EDUARDO RAMIREZ

"Era humana y lo sabía con certeza: su corazón de piedra en realidad era una fachada, que ocultaba en el centro, un gran deseo de amar"



UNA HISTORIA INOLVIDABLE

SOLO HASTA QUE TE VI

Eduardo Ramirez

Diseño, maquetación y montaje de cubierta: Elena Cardenal / Escritura más creativa escrituramascreativa@gmail.com

IG: @elena_cardenal / @escritura_mas_creativa

Primera edición: diciembre de 2023 Amazon

SOLO HASTA QUE TE VI

Janett Lanchester es una aclamada princesa en el reino del Olivo, la última monarquía independiente que queda en el sur de América, sin embargo, tiene una condición que la hace muy especial: es ciega

de nacimiento.

Claude Rivarola es un joven del común, dentro de un pequeño pueblo de oriente llamado: Rumpler. Y junto a su mejor amigo, van ahora en búsqueda de frutas prohibidas en los alrededores del reino para completar sus horas de juego.

Hasta que, en un día cualquiera, luego de una gran paliza propinada por varios protectores afuera de las murallas, se topan con Janett quien les cubre el pellejo. Claude, dolorido y angustiado, queda flechado a primera vista al observar la irradiante belleza del ángel que le salvó la vida. Desde ese instante, comienza su gran aventura de amor, el inicio de una historia inolvidable entre dos almas que sí saben amar.

Índice

Capítulo 1.

1986.

Trece años tenía; en aquel entonces, adoraba jugar en el Valle de los Lamentos con mi mejor amigo, y aunque tuviera un nombre de malos agüeros, se disfrutaba de sobremanera cuando corríamos por las praderas encantadas del Olivo. En ese lugar gobernaba una reina cincuentona de mala calaña que estropeaba nuestras travesuras y, a pesar de ello, no dejábamos de meternos en problemas entre los anhelos de ir en búsqueda de clandestinos tesoros, con la esperanza de obtener algo de prestigio a nuestros apellidos.

En medio del verdal, había un árbol gigantesco y azulejo que nos tapaba la figura del monte Robinson: contenía frutas exquisitas como granadas y mangos. Era particular, exótico y diferente. Su tallaje era de apariencia robusta con más de quince metros de altura. En primavera, decían que regalaba flores y en otoño, que expedía hortalizas.

—¡Corre! —exclamó Travis, con gran locura.

Como si se nos hubiera visto hurtando frutas granadinas —y mentiras no eran—, salimos a tope para escaparnos de las garras de los protectores del Olivo. Uno de ellos, salió desfilando por un camino secreto para pillarnos desprevenidos en nuestra inocencia. Al divisar en lo lejos a la línea de Crocker, nos dimos cuenta que la salida estaba a la puesta de nuestros zapatos; cuando, de repente, apareció ese hombre arrebozado y dispuesto a darnos una paliza que nos ahuyentara la malcriadez.

Aceleramos para evitarlo, pero fue inútil, aquel espécimen era ágil de piernas contra la insoportable fama de unos niños endebles. Travis, por su parte, tropezó por el desespero. El afán de alargar sus desmesurados pasos nos jugaba la peor pasada del plan, y cuando me detuve a observar cómo se veía, se había raspado la rodilla con una planta de Zuricata.

—¡No puede ser! ¡Nos alcanzará! —me gritó alarmado.

Asentí con la cabeza lo que parecía innegable, estaba a metros de nosotros. Nuestro fin parecía improbable, pero ya era una realidad a regañadientes, me sentía triste por ser tan niño porque no podía dar combate.

—¡Mamita querida! ¡No! —clamó Travis—. ¡No lo vuelvo a hacer!

Quedé en silencio, cabizbajo, esperando la multitud de golpes que nos iban a apilar. Travis lloraba arrepentido, su codicia de querer los frutos prohibidos nos costaba el pellejo de nuestras narices.

—¡Tengan! —gritó el hombre, bifurcado y al frente, mientras nos

golpeaba. Comenzó a darnos patadas y cachetadas con vehemencia, y aunque cedí mi postura para recibir menos dolores; no era efectivo, las lágrimas de mi amigo se veían más confiables que una cruda mudez.

—¡¿Por qué eres tan malo?! ¡Estoy llorando mucho! —renegaba Travis, acongojado y desesperado. El protector, parecía no tener sentimientos, o si los tenía, realmente eran muy escasos. Los golpes dolían como madres enrabietadas, furiosas por la falta de obediencia a sus mandados. Varios segundos de sufrimiento nos dejaron convertidos en leña y mi piel enrojecía con elevado ímpetu, no había nada que hacer.

» ¡No más! —reiteró Travis, quejoso. El protector, se turbó al escucharnos y disminuyó sus impactos; pero no desistió de hacerlo, porque nuestros cachetes se transformaban en cada coscorrón entrante.

A los minutos, nos dejó en paz al rematar su faena con un cocotazo fulminante. Eso les pasa por desobedientes, niños sucios —admitió entre un odio inocultable.

Después de la masacre, sentí que mi estómago se podía romper en cualquier momento. Mi cabeza y cabellos flameaban como el picante tomado sin agua. Todo había sido culpa de nuestros pésimos actos de rebelión infante.

Travis, cedió su cabeza, que estaba repleta de chichones y moretones leves. Tenía un fehaciente hematoma en el hombro de su brazo izquierdo, pero no estaba seguro si era un golpe o una mancha producto de la planta. Me acerqué hacia él gateando como un bebé, y me lastimaba todo el cuerpo, como si me hubieran aplastado con un enorme contenedor de hierro fundido. Pronto rodeé a Travis con mi brazo alrededor de su cuello.

—Somos un desastre —le dije tranquilo—, no creo que volvamos a casa sin un gran regaño.

—Ni lo digas. Tu madre o la mía, cualquiera nos matará, y lo peor... ¡Es que ya casi lo estamos! ¡Acaso ese burro no sabe que somos niños! —replicó, tosiendo con nervio.

—Sí, pero también ladrones: nos queríamos llevar las granadas.

—¿Y qué tiene de malo? Ni que hubiera que pagar para comprarlas —dijo con el descaro del mundo, no se guardaba nada. Desde niño hasta el día de siempre: Travis era un pájaro de tierra, volaba a lo torpe. Intentamos levantarnos, pero nos costaba por la gravedad de los golpes.

—Cierra la boca, alucinas —aseguré con afecto entretanto sacudía mis pantalones. Él entendió que se había equivocado. Tenía la cabeza abajo como perro regañado cuando regresamos a casa, y no hubo mayor lamento para nuestras conciencias que tener la certeza de

saber que nos esperaban «monstruos de guardapolvo» en la puerta de casa, severamente enojados y sin botín de consuelo para apacentar sus furias.

Así era parte de lo que vivíamos en el conocido país de los deseos, porque nos esquivaba la fortuna ante tanta belleza. Así como en un día podía regalarnos treinta granadillas dulces, al próximo; quizás, nos llevaría una golpiza inmemorable.

Antes del regreso, había una niña de piel blanquecina escondida entre los arbustos. Mi timidez me exhortaba a no voltear a verla; sin embargo, Travis se jactaba de lograr mirar hacia cualquier cosa que fuera peligrosa. Unos metros más adelante, nos tropezamos con la “fortuna” de hallar una pomada de «Jelsea» en el pasto y no teníamos dudas, ella la había dejado a propósito para sanar nuestras heridas.

—¡Gracias! —dijo Travis esperanzado. La niña, no pronunció palabra alguna, y solo movió parte de la vegetación, no deseaba presentarse al igual que nosotros. «Gracias niña», respondí en mi cabeza, que seguía funcionando luego del dolor y la quemazón.

Nos untamos un buen contenido de la pomada en las lesiones, y tenían un mejor color, no calcinaban tanto como antes. Travis, no se veía tan herido, aunque por mi parte no podía decir lo mismo. Tenía manchas hasta en las orejas.

Mi madre, sin piedad, me dejaría colgado del madero en las afueras de la casa si no fuera por la pomada curativa que nos regaló aquella niña. Después de eso, entendí que aún existían almas buenas en el mundo tan cruel en que contábamos; o quizás, solo estaba con existencialismos tontos de niño rebelde.

Capítulo 2.

1990.

Estaba cumpliendo diecisiete años. Era más alto y parecía alguien de confiar… aunque no creyera mucho en ello.

—Hijo, mírate: eres un hombre hecho y derecho, pero a veces también necio —dijo mamá, grandiosa y en sonrisa de encanto mientras apretaba mi espalda con sus brazos recogidos. Se había portado hermosa conmigo en aquel día. Me obsequió una torta de chocolate con nuez de pasas y unas botas granates recién logradas por un fabricante menor.

Mi vida hasta ese día fue tranquila, solo vivía con mamá. Entretanto; mi padre, casi siempre estaba trabajando en los países del norte. Mis amigos eran pocos, pero los justos. Sin embargo, tenía un vacío adentro: era como un vaso que estaba lleno a la mitad. No se llenaba con nada. Había algo que anhelaba tener y aunque nada asistía a mi pensar, se formaba en mis tardes libres y caía en la pesadez de la noche: confusa y desgastante, como el trabajo que construía las casas a pleno sol del día.

Un regreso que no dejaba de ser una piedra de acechanza en mis zapatos, ¿por qué un joven como yo, debía de sentir numerosa vaciedad de la nada?, preguntaba en los tiempos en que era normal para los chicos tener una compañía y andar de pantalones acampanados, aunque no fuera la excepción de oro en todos los casos.

Alguien tocó la puerta. Cuestionaba quién sería capaz de recordar mi cumpleaños en un día vetado cada tres años, porque era 29 de febrero. Mamá abrió mientras me ponía las botas, y mi nombre era gritado con brusquedad y cariño, una rara mezcla para alguien que podía saber de mis gustos frívolos. Me gustaba pensar que alguien decía mi nombre. Se percibía diferente y agradable… no lo creí en aquel momento, pero parecía ser el mejor tonto que conocía.

—¡Travis, mal amigo! Apenas acabas de venir y yo pensaba: “se le habrá olvidado” —Se acercó a darme un corto abrazo, dimos palmas y nos alejamos.

—Deja las tonterías, no olvido a mi mejor amigo por nada en el mundo —aseguró, animado.

Habían pasado siete meses desde la última vez que nos veíamos. Travis había cumplido dieciocho hacía dos semanas y se veía más inmaduro e ingenuo que yo. Mi infancia se postraba ante el recuerdo nostálgico de los días, y Travis; era la pieza que reciclaba aquellos momentos. Cuando perdíamos el tiempo con gusto y llorábamos a

todo pulmón cuando no nos soltaban de casa: risas, golpes inolvidables y bromas creaban aquellos retratos grabados en mis recuerdos con alegría. Hablamos durante horas y horas al tiempo que jugábamos «al toma y dame», con las monedas que había conseguido trabajando con su tío borrachín.

—¡Me enamoré! —dijo Travis, orgulloso, cuando me iba ganando la partida.

—¿Y eso? Tan raro y extraño de observar —le dije sarcástico. Travis amaba la vida y también a las chicas, que muchas veces se obligaban a deletrearle un «hola» aunque no se lo mereciera por ser tan desagradable y burlón con ellas.

—Ojos claros, y tiene un gran… —Elevó su mirada hacia arriba mostrando su lengua, le detuve de inmediato.

—¿Sentido del humor? —pregunté con gracia—. ¿O no querrás decir que te gustó su figura?

—¡Bah, para nada! Solo veo el corazón —sonrió mientras me veía y apuntaba con el pulgar hacia su pecho.

Reí luego de que dijera eso, y más cuando recordaba que su primer amor platónico —de tantos—, era Claudia Schiffer, la fantástica alemana de pelo rubio.

—¿Le viste el corazón? Deberías enseñarme a ver uno.

Travis hizo señas con la mano de no estar de acuerdo conmigo. Tú verás uno que te gustará —dijo serio, demasiado para lo que le conocía. Sonreí, confiaba mucho en él, era el único de mis amigos que sabía que nunca había tenido novia por la irremisible timidez que escribía a gritos en mi frente.

—¿Sabes? —dijo desafiante—. Deberíamos volver a recoger granadillas al Valle.

—¿Estás loco? ¿Quieres volver a morir?

—Es más divertido que trabajar con mi tío los domingos —se rió con torpeza—. ¡Vamos, no te resistas polluelo! —golpeó con maña mi hombro con el puño. Si había algo que odiaba de Travis, era su increíble manera para persuadirme de hacer cosas estúpidas. Aunque me contuviera y le dijera que no, siempre me convencía como un gobernante manipulador. Poco fue el tiempo transcurrido cuando ya íbamos camino a los Olivos. Mi cerebro se había borrado, era decepcionante saber que simplemente estábamos en camino. Hacía años que no volvimos allí desde el día que nos dieron una paliza que quedó para la posteridad.

Cuando atravesamos la línea de Crocker, ya nos hallábamos en peligro inminente. La sangre me hervía por la indeseada aparición del pasado, porque cuando era niño, moría del susto por volver a pisar ese engramado. Estaba enloquecido o mi tontería era muy sublevada, porque lo volví a hacer sin problema alguno, y junto a Travis, el

valiente capitán de misiones fallidas.

Gigante y hasta en forma de guía para perdidos entre campos verdes, resurgía un viejo conocido. Como si nos hubiera esperado para volver a intentar saborear de sus frutos: era aquel colosal de casi veinte metros de altura: azulino y frondoso, replegado de decenas de granadillas. Se asemejaba a una torre de la ciudad —sin contener ventanillas—, un reto en todo el sentido de la palabra.

Travis tomó una gran roca con la palma de su mano y la retuvo con esmero. Pronto con la otra palma hizo una especie de catapulta en ambas manos, y lanzó muy fuerte. No logró rozar alguna hoja, solo superó unos diez metros de altura. Volvió a hacer lo mismo cinco veces seguidas y en ninguna alcanzó el éxito.

—Está duro —dijo sin aire respirando hasta el cansancio—, ya estoy listo. Espera me recupero un poco.

Travis siempre tiraba y yo era el que recibía, pero aquella vez quería probar algo diferente. Agarré una roca más grande que la cabeza de Travis (quedaba en toda mi palma por ser deforme desde un lado y su peso era liviano) y había recordado la forma de lanzar que me enseñó el abuelo: era diagonal e izando el brazo como una bandera elástica. Al instante, suspendí aire y ejecuté con fuerza. Lancé como si estuviera en una partida decisiva, tal vez con técnica podía lograrlo.

Había atinado en la fruta madre. Me sorprendí con el tiro. Cayeron al suelo tres granadas, rojas y oscuras de aspecto rasposo, dulces como el arequipe y de textura achatada por su estrepitosa caída hacia la superficie. Travis emitió una emoción inolvidable, abrió su boca de estupor, pero no habló para evitar encontrar un cazarrecompensas. Fuimos sigilosos para no estropear el plan. Tomé una granada que llevé en la comisura de mis brazos, y Travis llevaba las otras dos en una mano, eran hermosas reliquias para enseñar al mundo.

—Vamos —susurró, Travis.

Antes vimos de lejos a un protector, pero nuestra suerte era que se hallaba charlando con una damisela de largas vestiduras. Caminamos sin afán para así evitar la naciente sospecha.

La sonrisa picarona en nuestros púberes rostros nos atribuía presunciones de grandeza; un coordinado equipo de jóvenes que aprendían de los errores remotos. Mientras mi orgullo crecía cuando volvíamos, recordé al azar una de las frases de mamá: «en esta vida el bueno paga, y en la próxima el malo debe». Bajé la mirada como un niño regañado conforme a la maldad. Los pensamientos culposos en mi cabeza eran la invariable tristeza futura, y desde ahí entendí, que no todo podía ir según nuestros intereses.

La llamarada en el castillo lejano del Olivo se había encendido. Nos habíamos quedado estupefactos, mirándonos las caras como pobres

sin fortuna, asustados hasta los huesos era poca descripción para el sentir del momento. Era una experiencia angustiante a todo terror. Solo aquellas brasas se disparaban cuando hurtaban en el palacio de la reina los «godines de Ágata» como intrusos clase tres, y al parecer… nosotros también lo habíamos hecho.

Como avestruces que gozaban del verdadero peligro, partimos parecidos a la brea que aparecía en la madera quemada. Los latidos, tensos y omnipotentes, sujetaban con fuerza nuestros corazones entre un aura de incertidumbre que vislumbró de la nada, advirtiéndonos lo que no deseábamos volver a sentir. Lo mejor era no pensarlo.

—Maldita sea, ni que hubiéramos dado muerte a alguien —reclamó Travis, agitado, al mismo tiempo que corría: era cierto; sin embargo, hurtar estaba mal de cualquier forma que se quisiera discutir.

Envanecía el esfuerzo al solo pensar voltear atrás: un dolor grimoso de cintura para abajo surgía en mi cuerpo, había efervescencia letal en mis venas. Se escuchaban pasos y carruajes por doquier, hombres que gritaban al unísono junto con piernas que se azotaban por la trabajosa carga de armamento pesado. También sonaban los filamentos metálicos de las armas y una multitud de armaduras frotadas como cuchillos afilados.

La diferencia era que estábamos dos kilómetros más adelante que años atrás, y ya éramos más ligeros y veloces de piernas, nuestra inteligencia era incluso superior. Travis esquivaba las piedras mientras yo danzaba evitando los árboles, que eran como postes de luz atravesados en el sendero lineal hacia la salvación del Crocker. Los sentía a diez metros y la línea divisoria estaba a veinte.

—¡Corre infeliz! —me gritó Travis enloquecido. Nuestras piernas quemaban y el fin parecía un destino concluyente, asimismo, llegamos a la meta transformados en atletas de alta competencia. Ambos nos lanzamos de bruces hacia el engramado del Crocker, libres de todo peligro y mal. Aquellos protectores, coléricos sin descanso, no dejaron de correr hacia nosotros. Y cruzaron la línea del mismo modo.

—¿Qué? —expresé dudoso y un poco asustado. Travis, me miró confundido sin decir nada. Un protector me golpeó en la cara con una furia tremenda, no alcancé a concebir nada. A Travis, lo sacudían dos más y se arrimaban tres en donde yo me hallaba.

—¡Malditos! ¡Estamos en el Crocker, perdieron malditos engendros! —bramó Travis enrabietado.

—No lo creo chicos —dijo uno, sin aparentes rastros de humanidad. Era una tramoya; no se podía golpear a una persona en el Crocker, era una zona de paz declarada por el rey.

Gruñían los huesos del maltrato y se escarnecía mi piel sumergida en el furor de esos hombres. Mi cuerpo y el de Travis lo lamentaban. Íbamos a morir como godines. No sentía nada y el dolor

desaparecía… ¿Era posible morir a tan temprana edad, por un par de granadillas dulces? «Madre, fui tan insolente», gemía en mis vísceras, que insoportable y triste era desfallecer ahí: como unos pececillos que combatían en la inmensidad del mar contra cientos de tiburones blancos y poderosos. La muerte, más temprano que tarde, se manifestó en una icónica ironía del pasado de nuestra infancia.

—¡Basta ya! —gritó alguien desde lejos, los protectores se detuvieron al instante, escandalizados. «¿Qué es esto?», volteé a mirar hacia Travis y estaba ileso, yo era el más afectado. Seis hombres eran los que me habían dado al menos una docena de golpes con saña de muerte.

—¿Cómo se atreven a golpear a estos chicos en la línea de Crocker? ¿Perdieron la razón?

—Dama, disculpe…

—Me importan poco sus razones, pseudocaballero. Son vergüenza para el rey —replicó tajante. El protector se humilló con impotencia inclinando su rostro—, vuelvan todos al Olivo —soslayó, decidida.

Los protectores efectuaron una reverencia hacia aquella chica, y uno de ellos, nos levantó a ambos, pidiéndonos perdón por haber cometido tal atrocidad. Travis, no aceptó sus disculpas y, luego me sustentó de su brazo, me costaba mantenerme en pie. Mis extremidades —la mayoría—, estaban inflamadas por el abuso de impactos.

Partieron en fila uno detrás de otro hacia los Olivos, mecánicamente ordenados como si fueran peones de guerra. No les tenía enojo, aunque la verdad poco podía procesar en aquel momento, las heridas eran más importantes. No dejaba de observar mis brazos, estaban magullados y atiborrados de cortaduras.

Capítulo 3.

Después de que todo acabó, giré a observar a Travis y él miraba hacia la chica. Hice lo mismo, pero apenas al hacerlo, mi corazón pronunció el sonido del maíz tierno cuando era incinerado. Mis ojos se dilataron de forma tonta, el sol se había mezclado al compás de las nubes en una puesta para el recuerdo.

«La belleza tiene rostro», pensé de inmediato; mi timidez no me daba el valor para decirlo en fonema. Aquella chica tenía un cabello precioso con bordes circulares en sus puntas, y un cuerpo de seda, bellísimo. También conservaba un vestido verdoso que parecía vivir de entre los árboles que latían y brillaban con intensa tranquilidad de lagos. Un ángel que existía en el mundo terrenal y estaba dispuesto a ayudar a los más aporreados. Su sintonía lograba sincronizarse en estado puro con la naturaleza, era deslumbrante para lo que alguna vez había observado en mi vida.

Cuando la veía, ella tomaba una granadilla que había quedado en el suelo: era la mía. Se había caído de mis manos al inicio de la línea. Pronto, nos vio, e incliné la mirada por cobarde. Al final no conseguí mirar sus ojos.

—No vuelvan por acá, les aseguro que sufrirán muchos abusos si siguen comiendo de estas cosas —mostró con un brazo elevado, la granadilla, sin ganas de querer devolverla—, aunque gracias por el regalo —sonrió dulce, lo supe al mirarla de reojo.

—No se preocupe señorita —dijo Travis—, no volveremos a cometer el mismo error dos veces.

Mientras él hablaba, había levantado mi cara para verla y ella volteó a observarme, cambié mi enfoque hacia otro lado haciéndome el desentendido. «Rayos, ¿por qué soy tan miedoso?», cuestionaba inútil al mismo tiempo que cerraba mis puños con impotencia, no había alguien más arruinador de oportunidades que yo.

Ella se marchó y nosotros también. Recogimos nuestras dos granadillas y las comimos en el camino de regreso. Nunca vi a una chica así y probablemente no la volvería a observar de nuevo... Qué triste era pensar eso.

Por eso siempre había sido de baja autoestima, me daba pena ver a alguien al rostro en mi mejor ocasión y el resto se traducía en mirar hacia los suelos. Nunca supe para qué servían mis ojos. Algún día tenía que conseguir el valor para ser capaz de describir el mundo a mi manera, de tener la confianza en que, a pesar de que no viera con seguridad; existía una versión de mí que contenía mi propia realidad, porque no usaba mis ojos para ver, no podía en realidad, aunque lo único que sí conseguía… era sentir con el alma. Y alguien —en algún momento—, tenía que descubrir ese tesoro tan guardado en mi

corazón.

(…)

Habían transcurrido tres semanas, mi madre se había marchado de viaje hacia el norte para reencontrarse con papá, era la primera vez que depositaba tanto en mí.

Las llaves de la finca y los jóvenes girasoles que yacían en el patio, me los confió como un amo de casa que encuentra reposo en el buen jefe. Travis se había ido unos días antes y estaba muy solo, porque mis amigos eran escasos. Aunque tenía un vecino que vivía en el frente y era un gran consejero, además tenía mi edad. Solo era llamarlo para que saliéramos a vernos.

—¡Cornelio! —vociferé desde la ventana de mi cuarto. Él oiría con facilidad, dada a su condición de que escuchaba hasta el canto de un grillo que se agitaba por lo necesario. ¡Voy! —contestó, airoso.

Unos pocos minutos se dejaban, y ya él tocaba la puerta dos veces. Abrí de costumbre, impaciente de culminar con las dudas del corazón.

—Amigo del alma —me dijo oportuno—, ¿qué necesitas de este acorazado de mil batallas?

—Primero, saludémonos como niños normales.

Él se rió. Lo invité a tomar galletas de rico apiñado con agua panela caliente. Cornelio, amaba con locura chupar panela y acompañarla con cualquier alimento que fuera agradable para sus papilas de campesino, decía él: «hermosa nuestra niñez que no tiene responsabilidad, hasta la mayoría de la edad», aunque de forma irónica trabajara incansablemente en los prados del gargantón fundido todos los fines de semana. El don del consejo, lo adquiría en abundancia por siempre toparse con viejos y mercaderes mequetrefes que, solo querían desahogarse con un niño escogido al azar; que fuera silencioso y de juiciosa matiz, eso también decía él.

—Muy sabroso esto —dijo complacido mientras saboreaba con denuedo la galleta, y sus rizos desordenados zarandeaban el aire—. Tienes cara de preocupación. Bajé la mirada, caracterizado en el miedo hecho persona —de manera negativa—, que recitaba en mi cabeza como una hilera de paja que se elevaba ante el pesado tractor que le conducía.

—¿Es sobre el amor? —reiteró ante mi silencio.

Moví los labios hacia un lado al mismo son de mis ojos, respiré con la dificultad que tenía un montañero al subir el *Mont Blanc*. Cornelio, poseía la habilidad de descubrir cualquier cosa que él quisiera, conmigo —por ejemplo—, salía a la perfección.

—Debe ser eso, despreocúpate; a todos nos llega alguien que demuestra cariño verdadero y es perdurable por siempre.

—Ojalá sea eso —le dije turbio—. Hay más.

—Ya entiendo —respondió con sonrisa y una risa soplada—. ¿Crees que tu timidez te va a dejar sin pareja? No conocía tus capacidades para la miseria infinita de espíritu.

—¡No! ¡Claro que no! Pero… —interrumpió sin aviso.

—Nadie llega del cielo para amarte precisamente, pero si puede venir alguien que enfrente contigo sus sueños, que pise los suelos para caminar a tu lado y demuestre sus razones para quererte.

Volví a ocultar mi vista y retrocedí un poco, me abrumaban tanto cuando hablaban del amor, más estando tan lejos de él.

—Claude.

Le observé a los ojos con una pizca de decisión. El físico de Cornelio era similar a un bohemio desperdigado de las calles, sus rizos sudados y sonrisa de vaquero me inspiraban una extraña confianza. Él volvió a sonreír, como si fuera un abuelo que estimulaba a su descendencia, y eso, que contenía una niñez parecida a la mía. Hasta inclusive decían que era mayor que él por mis largas patillas.

—El amor vendrá a ti y será admirable. Lo será tanto… que no vas a poder magnificarlo en palabras.

No se me ocurría ni venía nadie a mi mente. Por ejemplo, las vecinas —todas—, estaban comprometidas, algunas con hijos de hasta tres años y la única chica que me interesaba —aunque no lo supiera ella ni mi corazón—, había viajado a una de las islas del Caribe para comenzar una vida paradisiaca.

Cornelio había vuelto a su hogar después de que pensara la "gran lista", que corrió mucho en el tiempo. Hallaba mis sentimientos en el aire, a veces ni medía cuántos minutos y energías había gastado, costaba demasiado encontrar respuesta a todo. Asimismo, mi corazón se indisponía con facilidad. Era muy joven, era cierto, pero no podía evitar la tristeza de no sentir nada tan fuerte y pasional como vivían los demás.

Sin nadie en casa, salí insípido a caminar un rato. Quería abandonarme de los pensamientos irrisorios y detestables que latían desde las soledades del cerro. Porque encajaba en la lista de los nulos de Rumpler, aunque para las ancianas chismosas del pueblo, poco les interesaría anotar en marcaje de lino un alias con mi nombre.

Cuando seguí en mi andada, fijé los ojos en un aviso de llegada que se encontraba en los límites: Bienvenidos a Rumpler, a siete kilómetros encuentra a Sonora, y a trece llegará a la línea de Crocker, en quince estarán los Olivos.

—Los Olivos… —dije en vaciedad. No era descabellado irme derecho a ver si el tiempo me clausuraba una buena visita a los

Robledos de Herminda. Tal vez sería mi día de buena suerte, el sol otorgaba un abrigo sombrío que era transpuesto por nubes en cantidad, sin embargo, le tenía fe a un cambio de estación.

Capítulo 4.

Cuando caminaba solo, siempre recordaba al abuelo con sus cuentos raros. Había uno que me hipnotizaba, le llamaba: la zarigüeya veloz y el tigre cojo de bengala, nunca logré comprender cómo un ser tan diminuto e intrépido, podía darle lucha a un colosal que hacía aunar los suelos con decidirse hacer zanjas. Una de las muchas formas de entretenerme con simpleza era aquella, los relatos del abuelo eran tan inquietantes y risibles, que mis ojos al verle, se postraban como un clavo fino en la madera seca, no se dejaba de aprender algo nuevo con él.

Antes que frisaran las viejas hojas del roble en contra del viento mañanero, me hallaba a escasos metros del overol que utilizó uno de los hijos del príncipe Sauberio. Había dejado atrás a Sonora con desenvoltura. En la verdad, no sabía ni qué pensar; no tenía sentido ir hacia los Robledos de Herminda, cuando en casa, esperaba la carta de mi madre. Quizás estaba tan aburrido que imploraba salir a recordar y filosofar sobre la vida, y también porque la gente que se preocupaba por los demás, se había ido de los valles del Collado hacia Europa.

Los Robledos de Herminda eran lindísimos, cada árbol retenía un color diferente; los olores variaban cada cien metros al frente y sus frutos eran dulces y ásperos. Una de las cosas favoritas de mamá al almuerzo, era adornar sus platos con berenjena del roble Szachary, una de las arboledas más famosas del país, dada a sus berenjenas dulces de tono rojizo, y recubiertas de líquido blanco con un sabor similar al coco que se encontraba en la cúpula de las palmas.

«Debería regresar, no estoy haciendo nada», analizaba en mi caminata estéril. No había más que hacer sino volver de nuevo a mi única realidad. Al fondo, aprecié que la línea de Crocker estaba repleta de personajes bulliciosos. Danzaban un grupo de señoritas una clase de baile exótico que no conocía en absoluto, pero me intrigaba conocer de qué se trataba.

Retornaba a mirar hacia atrás, y el ímpetu de chico bueno se revolvía con las sobras agotadas de mis piernas después del depurado viaje. Tenía razones definidas para dejarme aquello a un lado y dirigirme a Rumpler, pero al final, no sé por qué decidí andar hacia adelante como si estuviera dentro de un modo espacial para explorar mundos.

En menos del canto de un gallo atragantado, había llegado a la línea. Viví el lugar con inesperado estruendo, érase una celebración de altura en la unión de tres grandes poblados: los del robledo, los virginios del sur —que pasaban derecho por la línea de Crocker y se iban directo del Collado—, y de último, los miembros del Olivo.

Se podía ver a simple vista: los dragones de madera que bailaban de arriba hacia abajo mientras se hacían voces dantescas, la deliciosa culinaria realizada por las señoras del Robledo de Herminda, el cual destacaban las galletas de levadura frita y las gomas de azúcar con olor a almizcle prefabricado, y la venta de artilugios de segunda mano por parte de mercaderes gordos de los pueblos olvidados. La última vez que vine a algo así, fue con mi madre hacía dos años y había sido en Valle Oeste, debajo de Rumpler.

Cuando seguía mi ruta, pude detallar a un hombre de piel oscura con signos de un trasnocho severo y una cruz enorme que colgaba en el pecho. Retenía ojeras monumentales, casi le bordeaban las mejillas del color pálido que contrastaba su cara. Aquel señor, se hallaba sentado en un banquito y al lado yacía una mesa pequeña con un cartel que escribía: descubre tu suerte. Mi impresión fue cambiar de lugar, pero ya estaba demasiado cerca.

—¡Chico! ¡Ven aquí para que confieses tus destinos!

Yo no creía en esas cosas de brujos, pero no podía ser tan grosero para no atender su llamado. Fui de inmediato con la cabeza agachada haciéndome el desentendido, la invitación fue incómoda.

» Tranquilo muchacho, no vengo a arrebatarte tu «dinerillo» solo deseo descubrir tu fortuna.

No le respondí, no encontraba palabras para decirle algo coherente con esa incipiente oración. Quedé postrado a dos metros de su tienda improvisada. Necesitaba sentirme confiado para no perder mi alma en medio de un juego esotérico.

» No tengas miedo. Ven y acércate, porque he de suponer que no has tenido mujer además de tu madre, ¿cierto? —dijo entretanto arreglaba sus corotos y libros de caza que reposaban a un costado de la madera raída de la mesa.

«¿Esto es una broma?» me dije a bocajarro, mi expresión denotaba los ojos abiertos como un búho nocturno. ¿Cómo era capaz de aseverar tal verdad así de la nada? Si antes no contesté, menos con eso.

» Eres callado y tímido —concertó, mirándome a los ojos—. Eso agrada a cualquiera porque tienes el don del oyente. Supe tu verdad al mirar tu calabaza cabizbaja, los muchachos de tus edades, posan su mirada enorgullecida por la confianza de sumar relaciones de mano con doncellas de clase media.

—Me intimida señor —dije abrumado con un arrojo de valentía. Sentía tenso el ambiente, el hombre lo notó, tomando cartas en el asunto.

—Calma —dijo optimista, molió de alguna forma mi resistencia—. El amor está sobrevalorado en estos tiempos de libertinaje, y la perfección no encuentra definición válida a la inmadurez de las nuevas

generaciones. A esto vengo a ti, pues contienes un propósito loable.

—¿Cuál? —le pregunté flotante en las nubes, me llevaba el ánimo a buen sitio y sentí especial mi espíritu por un instante.

—Redefinirás el amor verdadero —expresó borracho de verso—, todos lo verán, y al final… lo verás también tú.

Estaba loco de remate, y reí sin conservar hermetismo. Había tonterías de otro nivel y evitaba a toda costa el imaginar la felicidad de las historias de mi abuela, cuando tomaba sus pastillas, y el porqué había tenido casi docenas de hijos con el abuelo... o algo similar, me explicaba en sus tiempos libres.

—No te apresures —expresó con cierta acongoja y su mano elevada a mí. Intuyó que mi risa encarnaba un dolor, y en el fondo era cierto—. El amor entrará a tu puerta pronto, apenas al conseguir la hombría, solo no imites la desfachatez del ser humano de mentiras, lo justo siempre parece caer como un regalo del cielo, no dejes que se eche a perder por el color grisáceo de las nubes ante tus ojos.

—Disculpe mi risa, es que tengo la autoestima perdida y no me siento diferente a otros.

—Tu nobleza contiene buen tardar —concluyó. Se había hecho de oídos sordos a mis palabras—, te aseguro que verás lo que tanto quieres… y sostendrá tus manos —me sonrió. Apenas al finalizar, empezó a ignorarme y decir muchas cosas sin sentido, dirigidas hacia todas partes, con tal de atraer a los extranjeros de la Europa que gozaban de las delicatessen hechas por las manos laureadas de las señoras del Robledo de Herminda.

Capítulo 5.

Partí hacia los Olivos y mi locura no se asentaba, parecía carecer de memoria. El terreno prohibido agolpaba a mis piernas, entrando en el espacio verdoso del Valle de los Lamentos. Luego comenzó a traerme recuerdos graciosos de infante, porque ser niño, sin duda, era lo más adorable dentro del abominable monstruo en que se transformaba el ser humano cuando crecía, se perdía tan fácil la inocencia como una estrella fugaz que pasaba en medio de una gran oscuridad.

Todo el viaje era un mecanismo de defensa ante la inminente soledad que amontonaba a mi corazón, se infestaba de vacío, aunque mi pensamiento inculto era similar a una grandísima tontería. Me quejaba mucho de las cosas que, quizás, llegarían con el tiempo, en un proceso natural tan sencillo semejante a los ríos que fluyen después de las crecientes lluvias.

No retenía visión de algo que hubiera sido de real importancia sino solo de árboles frondosos y caídos que se abarrotaban con colores ópalos y azulejos contiguos. El Valle de los Lamentos al final del cuento era para niños que se gozaban quemando sus infancias mientras recogían frutas del naranjal, y se escondían en las auroras. También para aquellas ancianas vespertinas, que oraban con inmenso dolor la partida de algún ser amado. La verdad, estaba aburrido y con casualidad me perdía en mis pasos. No era normal manifestar signos tan bruscos y pronunciados de soledad. Era todavía más raro, porque había superado una celebración en el Crocker, incluso soportando aquel miedoso y elegido discurso del loco que profesaba deseos imposibles y se yacía en una rústica mesita sin gracia alguna. Tenía un olor desagradable que me producía náuseas invocarlo en la imaginación.

Escuché pasos lejanos, golpes de un caballo; o serían muchos, me imaginaba como una especie de carruaje —aunque tenía mis dudas —. De forma rápida se juntaban y me alcanzaban. Arribaron por un costado, era invisible ante ellos, aunque igual nada se podía esperar de los Olivos, porque todos siempre veían con malos ojos al forastero. Al parecer, procedían del palacio, porque su trayecto venía de aquella dirección.

Tanta organización y personal debía de ser motivo de una razón de sumo cuidado, cuando de repente; en un descuido, en el momento que menos me hallaba como persona; salió un detallado carruaje que se envaneció con voracidad, y dentro de sus adornadas cortinas, había una chica: una niña, sentía que era una hermosa reina, aunque me diera pena el solo pensarlo.

Cuando me di cuenta, mis ojos con notable asombro se habían

abierto en unión con mi boca. Deseaba mirar aquello tan único, como si se tratara de un cometa que se presentaba una vez por generación de vivos. Era la chica que se comió mi granadilla en aquel día de perros. Abajo del sentadero aforrado en que estaba, había una barandilla que enarbolaba una tela aterciopelada y escribía: princesa Jane.

«¡Era una princesa!», abrumado contaba los segundos que la había visto la última vez, estaba desconcertado y el corazón me tañía desenfrenado, no conseguía respiro que lo apaciguara. Era imborrable el lindo recuerdo de la persona que me había salvado. Además de ello; lo extraordinario, era que una princesa de verdad nos había ayudado.

Las princesas del Olivo eran lo más imposible de observar en la época, solo los reyes y príncipes eran los únicos afortunados que podían presenciar sus pieles y darse el gusto de tomar salida con sus delicadas manos. Un cuento de hadas perfecto para los chicos del Collado sería poder conocerlas —y me incluía—. Iba a ser considerable el tiempo que me tomaría superarlo con mis propios ojos. Después de rebobinar lo sucedido, me di cuenta de que ni siquiera había tenido el valor de sostener su mirada cuando tuve la oportunidad y me entristecía demasiado, porque era un chico estándar —incluso peor que eso—, sin habilidades especiales y que solo conservaba un corazón que no había sido estrenado de sentimientos. Luego de ello, volví en mi camino y regresé a Rumpler.

Mi deseo se reducía a volver sin ningún daño físico o emocional, aunque el segundo ya estuviera efectuado desde mucho antes de haber venido y, sin embargo, miré al suelo cuando había de partir. La naturaleza me exhibía un gancho amarillento que colgaba de una rama Tallarina. Esforcé mi enfoque pensando que veía mal, pero no existía error: ahí estaba. Por el borde, a sus extremos, salían dos orificios que se parecían al de un collar de piedras preciosas desvalijado, contenía un olor agraciado. Lo tomé y pensé de inmediato que se le había caído a uno de los caballerizos del Olivo. Mi ánimo declaraba volver al hogar cuanto antes y no quería entregar algo que tendría escaso valor, así que lo guardé en el bolsillo secreto del pantalón que llevaba aquel día. Tiempo después, siempre lo mantuve en mi cartera.

El resto del camino había sido trámite. Paré en los Robledos de Herminda para buscar unas fresas azules, y compré avellanas en Sonora. Antes de pasar el puente que separaba al Collado del camino de los deseos, hubo alguien que se había clavado una aguja de rosa pálida en forma estrepitosa cerca del río Aurelis, acaricié mi brazo y recordé mi miedo irracional a las agujas, porque las evitaba desde que era niño, y siempre escapaba de mamá para las jornadas de

vacunación. Cuando me di cuenta, estaba en casa. Mamá había llegado de sorpresa, porque vi que la puerta estaba sin asegurar.

—¿Llegaste tan pronto? —pregunté, sorprendido.

—Hola hijo, ¿cómo te fue? El viaje de vuelta era en la tarde, no puedo creer que se te olvidara… —dijo mientras hervía una olla de agua en la cocina. Estaba despeinada y su fiaca era atroz, porque estaba comiéndose los panes del viernes.

—Bien —dije al rato que iba por un pan de arándanos en la nevera —. ¿Tienes hambre? Traje avellanas.

—Gracias —tomó dos y las lanzó a su boca transformada en canasta—, hoy tu padre me puso a correr; por cierto, creo que tiene una linda propuesta para ti.

—¿Sí? ¿Qué cosa? Aquí el aburrimiento me tiene enloquecido — dije, cuando iba hacia mi cuarto a encerrarme, pensando en el infructuoso día que había tenido.

—Una oferta de trabajo.

Mi asombro se había revelado con aturdimiento y frené mi avance por interés. Papá quería lo mejor para mí, aunque no estuviera presente. Meses atrás, le pedí un buen trabajo y no lo había olvidado.

—Qué bueno —expresé animado—. ¿A dónde? Estoy listo para irme a cualquier parte.

Siempre había deseado trabajar, había terminado la época de lectura guiada y no existía mejor prueba que entrar en un ambiente laboral siendo joven. Mis amigos en Rumpler solo quedaban cuidando hogares o fincas de antaño, y no quería ser más de lo mismo, buscaba encontrar otros aires para la inexperiencia que rayaba en mi frente, me impacientaba no crecer. La excepción era Travis.

—*Mississippi.*

—¡Genial! —exclamé de euforia—. ¿Y eso dónde queda? — repliqué dudoso—. Espero que esté más cerca de donde vive la familia de Travis.

Mi madre se acongojó, y tomó palabra precipitada. Mi curiosidad por saber dónde depararía mi destino me llenaba de la emoción que me hacía falta hace muchos años.

—En los Estados Unidos, al suroeste. Debes llevar abrigo, hace frío.

No le respondí por la impresión. Debía dejar mi infancia atrás. Rápidamente tomé el mapamundi y lo ubiqué, supe de inmediato que Travis vivía en el centro y yo iría muy arriba. Me colmaba de tristeza el saber que verlo de nuevo sería muy complicado. Revisé mis bolsillos y recordé que tenía el gancho amarillo que parecía de oro, y no lo había notado hasta la segunda vez que lo observé, aún conservaba una dulce fragancia.

—Muy bien. ¿Cuándo me voy?

—En tres horas. Aquí traje tus pasajes, por eso corrí… —añadió mamá, con ganas de llorar.

Capítulo 6.

—No mamá… no llores —supliqué mientras venía a ella y le daba un fuerte abrazo acariciando sus cabellos.

—Hijo, ya es hora de alistar tus pertenencias. Tu padre te necesita, estaré bien aquí —expresó afligida, nunca nos habíamos separado desde que tenía conciencia. Arreglé la maleta de cosas superfluas y estaba dispuesto a tomar viaje. Me costaba dejar lo que tanto quería: el hogar y mi infancia. De los pocos amigos que tenía ya alistaba sus cartas de despedida, mamá tenía un paño en mano que lo usaría en caso de que se recordara el niño que todavía era, a pesar de casi cumplir la mayoría de edad en lo que restaba de año.

La gran ventaja de vivir en Rumpler, era que el único aeropuerto internacional del país quedaba una zona contigua al poblado, y estando ahí, era imposible perderse. Porque era lo más importado de la modernidad del norte, en el austero yacimiento del país de los deseos. Mis demás amigos estaban tan ocupados que les era improbable sacar tiempo de improvisto. Llevaba mi bolso naranja y un maletín grande y espacioso que tenía mecanismos rústicos para hacer buen uso de mis fuerzas: ropa, enjuagues, artículos personales y mi balón para quemar el tiempo era todo lo que tenía. Esta vez no podré dar saltos de alegría —dijo mamá, nostálgica e impasible. El avión llegaría en diez minutos.

—No te preocupes, apenas llegue te enviaré una carta.

—Sí… —admitió, cabizbaja, mientras se acercaba a mí. Me dio otro abrazo y tomó mis brazos con sus manos—. Hijo, qué lindo eres. Espero que puedas encontrar la mujer de tu vida por allá —dijo sólida, yo estaba estupefacto—. Mi mayor deseo es que seas feliz y aunque cueste tiempo que vuelvas, te espero.

—Gracias mamá… Lo que no esperé fue que dijeras eso —afirmé atolondrado y quieto, parecido a un enano de historias animadas. Ella me observó con dulzura y depositó un nuevo abrazo, aquella vez mucho más ceñido.

—Esperaba que encontraras a una chica del Collado. Pero quizás la indicada sea alguien del norte, me han dicho que son mujeres civilizadas y educadas. Nada como las de aquí, excepto las princesas del Olivo.

En el último párrafo que dijo, recordé a la princesa Jane. Era tan indescriptible pensar algo con ella, ni en mis sueños más lúcidos encontraría a su hermoso rostro. La nostalgia de saber lo lejos que le tendría me abatía, pero no cruzaba al punto de sentirme triste; porque nunca le pude hablar, aunque eso no significaba que ella dejaría de ser especial para mí. Siempre sería la imagen más bella que vi en alguien, y aun siendo tan torpe y apresurada mi manera de pensar,

estaba seguro: era mi amor imposible de mirar.

Entretanto pensaba eso, mamá me constreñía en otro abrazo rompe costillas. El avión estaba preparado y tenía que ponerme en marcha. Esperaba el norte del mundo con los brazos abiertos junto a una nueva experiencia que empezaba desde aquel instante, tenía miedo y el entusiasmo al mismo nivel. Era genial.

—Dios te lleve con bien.

—Así será. Te quiero —dije alejándome y elevando mi brazo derecho, la hora estaba dictada. Mamá me regaló una sonrisa helada asimismo que sacaba su paño, para empujar los párpados y cerrar sus lágrimas. Se lo contuvo hasta el final.

(…)

El viaje fue rápido. Mi segunda vez en avión no había sido tan mala experiencia. Abordé el transbordo en San Pedro Sula y me dirigí en dirección a Mississippi. De los aviones, me gustaba su velocidad y prisa al volar por los cielos, aunque en el fondo muriera del susto por imaginar si algún día uno cayera al precipicio, prefería mil veces el mar con todas sus criaturas.

«Bienvenidos a Mississippi, abrochen sus cinturones: vamos a presentar unas turbulencias finales», me engullía el temor por dentro, lo peor era no tener a mamá para darle un abrazo que calmara mi susto.

«Gracias por elegirnos. Lo esperamos pronto, tenga buena estadía» replicaba la bocina mientras ya estaba fuera, había salido con agilidad —no quería estar más tiempo—, y con par de equipajes a mis espaldas, por fin era liberto del Collado, aunque todavía sintiera que seguía atado a algo que no procesaba con exactitud…

Di varios pasos al frente y miré una gran pancarta que decía: Rumpler. Era mi padre que la sostenía. Fui a él con grandes ganas de entregarle un abrazo, tenía años que no lo veía. Desde los tiempos en que Travis se había marchado del poblado. No tenía canas y sus poderosos brazos aún seguían rígidos. Le di un abrazo muy enérgico, se le veía cansado por el arduo trabajo.

—Claude, eres todo un hombre.

—Papá, siempre ando comiendo verduras —le dije con orgullo, él carcajeó conmigo.

—Cuidado te vuelves una coliflor —replicó entre risas. Por supuesto que no —puntualicé serio.

Papá cargó a sus espaldas el equipaje más complicado y fuimos a casa. Al salir, presencié el urbanismo de Mississippi: era una locura repleta de asombro para lo contado que observé en mi vida. Era un

mundo diferente. Existía supremacía de automóviles, las personas se aglomeraban al pasar las calles y los establecimientos eran iluminados por focos enormes que no tenían fin. Yacía la tecnología que carecía en el país de los deseos, allá simplemente preferían nombrar las cosas como magia.

Una fuerte pasión crecía dentro de mí, quería conocer más de lo que se frecuentaba, ¿y si era solo uno al que había salido? ¿Cuántos lugares esperaban para ser conocidos? Enardecía mi alma en creciente emoción, el mundo inexplorado manaba a la puesta de mis ojos.

—Trabajarás aquí —dijo papá, volteé de forma inmediata como una lechuza alarmada. Era una industria de caramelo. Tenía de nombre “el Doradal”. Dejé mi impresión por los aires, no sabía que podía existir un sitio de trabajo tan grandioso e imponente. Lo más grande de Rumpler era la sede del aeropuerto y medía la mitad del tamaño que tenía el Doradal.

—Deberías cerrar la boca, capaz te ve tu jefe —expresó papá mientras reía, yo la cerré sin chistar.

—¿Quién será? —le dije curioso.

—El sr. Jonds. Es un hombre complicado, pero si trabajas bien le agradarás. Le comenté que tenía un hijo libre de obligaciones y él me dijo que te trajera si era posible mañana mismo y aquí estás. Necesitan a alguien rápido de manos en la empaquetadora, el trabajo es sencillo, pero tendrás que tener cuidado. Los muchachos son buena gente, hazte amigo de ellos y te irá bien.

Asentí a las palabras de papá y transformé mi pensamiento al de un trabajador insaciable, moría por conocer la fábrica donde me volvería un hombre de verdad.

Capítulo 7.

En los próximos meses, mi forma de trabajo en la máquina de empaquetado era rentable para la empresa. Lo que no sabía era que los muchachos que mencionaba papá, en verdad, eran hombres de muy avanzada edad. Eran amables y confianzudos y eran dos; el sr. Roberto y don Wilbert.

También el jefe me tomaba aprecio por mi agilidad con las manos, porque sellaba y envolvía los caramelos de cereza con una destreza genuina. Le había tomado la medida al plástico en que se cerraban, y aunque la dureza que retenía el jefe en su cara era de espanto, correspondía a una vaga impresión, en realidad era amigable.

Al único que casi no veía era a mi padre, que estaba en la zona gerencial, porque lo ascendieron a encargado del proyecto de los caramelos "*Fressetop*", solo podía verlo en las noches cuando regresábamos a casa, pero no venía todo el tiempo, porque debía quedarse dirigiendo el envío de paquetes internacionales para los minoristas de India, Letonia y Suiza.

En general, mi situación era estable tanto emocional como física. No había mujeres en la empresa, aunque siempre se hablara de ellas como si fuesen un tesoro al mejor postor. Por ello, mis amistades eran personajes de elevada experiencia, que me aconsejaban el cómo poder iniciar una conversación y saber decir un "hola" con elegancia, aun así, fuera de lo más simple del mundo.

—Muchacho —me dijo don Wilbert, mirándome con detalle—. ¿No dejaste un amor en tu pueblo natal?

Volteó a verme también el sr. Roberto, estábamos terminando los últimos pedidos, de ambos no se podía decir mucho, eran gemelos de apariencia: lánguidos, arrugados y serviciales, parecía que no rompían platos, pero eran traviesos, en especial el sr. Roberto. Nunca he tenido una novia —dije serio y pausado, sin conservar la sonrisa que me caracterizaba. Ambos sonrieron entre sí.

—¿Qué esperas para tener a alguien? Deberías actuar.

—¿Cómo hago eso? Soy muy tímido, me pierdo en mis palabras y para hablar con las mujeres me toca cerrar los ojos para no imaginar su hermoso rostro.

—¡Vaya! —vociferó el sr. Roberto, sobresaltado, el paquete que estaba haciendo se rasgó y maldijo en silencio—. Tienes un serio problema de autoestima. Me recuerdas a un amigo de la infancia.

—¿Sí?

—Claro, le decía «bobín». Era un completo idiota hasta para hablar con uno… le tenía miedo a todo —Don Wilbert se rió y parecía tener la garganta trancada por su forma de relatar. No denotaba una cara para poner, me hallaba concentrado cerrando paquetes.

—Deberías ir a ver lo que quieres —me dijo finalmente. Lo pensé por un momento y no se venía nadie a mi cabeza, la pared blanca del techo de mi cuarto era lo único que dibujaba una imagen cercenada, porque traía un soso recuerdo: el siempre andar sin compañía mientras caminaba en el Collado. Un desliz en el marco del plástico de mi mano, me hizo cerrar mal un envoltorio, imité por error al sr. Roberto y lo pagué caro, don Wilbert lo vio al instante.

—No te creo —admitió don Wilbert, incrédulo—, entonces, no has tenido un amor…

Bajé la mirada producto del fallo. La distracción encandiló mi alma y empecé a sudar, no me sentía muy bien. Aquellos temas me tocaban la fibra, era un principiante para cualquier cosa que definían sobre mí.

—Supongo que el dolor de las juventudes es el primer amor —dijo el sr. Roberto, pensativo—. Pero en este caso es diferente, el dolor está en la soledad que no desea separarse ante nada. ¿Cuántos años tienes, Claude?

—Dieciocho cumplí antier.

Don Wilbert manifestó una acepción propia y dio una respuesta mental para sí —al tiempo que me veía—, tomó mi hombro con suavidad y expresó orgulloso, como si fuera su hijo: Deberías ir a verla —señaló con claridad, no le comprendí al inicio, porque mi frente goteaba un sudor impregnado de nervios—. Hay una chica que habita en tu corazón, piensa en ella y se hará realidad tu sueño.

Rezagué en procesar sus palabras, porque al final nadie se presentaba; no había nada, era vacío de una cáscara de huevo que estaba rota. Lo pensaba y volvía a hacerlo, repetía el proceso como si fuera un bucle desenfrenado. Nada sentía arder en mi pensar, se consumaba mi desespero en el acto y no se asomaba nadie ni por descuido, no había chica alguna.

—Lo entiendo… —replicó don Wilbert sereno mientras creía que iba a morir de un derrame cerebral—. Quizás debas esperar más para que se aparezca ella.

El sr. Roberto y don Wilbert ya se marchaban a la hora de descanso, y la tristeza en mi rostro se forjaba evidente, no podía ser que hubiera tanto silencio en mí. No quise repetir un pasado y dije al azar:

—Una princesa —Ambos se detuvieron, regresando a verme, yo no entendí mi respuesta... Al parecer se les olvidaba almorzar y también se añadieron al interés de preguntar más.

—¡Esa es! ¡cuéntame más! —enunció don Wilbert con agrado y alboroto. No daba crédito a mis palabras, ¿por qué había dicho a alguien que ni siquiera conocía? ¿Cuál princesa? «Me volví loco tan joven…», sumaba y alimentaba de pensamientos desordenados mi

cerebro, una miscelánea confusa, no podía divagar más y colapsé, enfrié en malos términos mi síntesis apresurada.

No obstante, dudosa era la fortaleza que relucía en mí cuando deseaba narrar cualquier pregunta que me hicieran. El corazón estaba hecho de esperanzas.

(…)

Les comenté paso a paso sobre mi triste historia, y en cómo la tempestad recreada y personificada en una persona con timidez, te arruinaba en lo más absurdo. La soltura del discurso me sorprendía hasta a mí, porque relataba mi desgracia como si fuera un chiste malo y sin serlo de verdad. Mi mayor enemigo había sido yo, porque no aceptaba, no discurría, poseía una alta e irónica baja autoestima que regresaba en cualquier pestañeo, tomándose el poder de la situación y ejecutando una pesadilla a la hechura de la realidad.

—Nadie se ha decidido por ti, porque ni siquiera tú decides lo que quieres —contestó el sr. Roberto, don Wilbert corroboró su razón y yo no tenía nada que hacer en contra de aquella respuesta, tenían la certeza de los años y la sabiduría que me faltaba.

—La princesa que viste… no entra en tu lista —rectificó Roberto, le interrumpió don Wilbert al mismo segundo—. Se equivoca usted Roberto, yo pienso que la princesa sí tiene algo que ver.

Los dos charlaban sobre mi situación y profesaban pertenencia en mi sentir. Me estaba abnegando a seguir adelantando trabajo para el día siguiente.

—Mírame Claude —me dijo don Wilbert, encontré sus ojos en los míos—, no me apartes la mirada, por favor. —Conseguí fortaleza y no lo hice, pude seguir de milagro—. La chica que quieres está en tus pensamientos, debes ir a buscarla. Estoy seguro.

—¿Cuál? —Me hice el que no quería saber más del asunto. En la princesa —replicó él.

—¿Cómo cree que sea así? Ni siquiera le hablé aquella vez…

—No hacerlo una vez no va a impedir volver a vivirlo.

—Igual estoy muy lejos, mi oportunidad ya pasó —dije, casi discutiendo en un falso arroyo de lamentos—. Quizás hasta esté casada, porque el amor es injusto cuando lo desea, puede tener hasta hijos.

—Deja de ponerte murallas, muchacho terco —rabió el sr. Roberto, don Wilbert estaba de acuerdo—. Por eso el amor te ha sido esquivo, crees que no mereces nada cuando es lo contrario… ¡Terco!

Tenían la verdad consigo, pero yo insistía en caer más y más profundo en mi pesimismo, era excelente haciéndolo. Pero pensé largo y tendido en aquel instante que fue cortito, ¿por qué exhortaba al rechazo de mis intentos, si no lo había intentado en realidad? ¿Qué

era lo que me tenía así?

—¿Cuándo volverás a tu tierra? —preguntó don Wilbert, ambos me miraban con admiración. Sentían que merecía algo mejor, siempre decían que era un buen chico y a veces también me sentía así.

—Algún día —le dije calmado, él entendió mi deseo y supe que mi mente ruidosa no se iba a quedar atrás. Y desde aquel momento, vislumbraba un objetivo que no conocía, era extraño pero inspirador.

—Espero sea pronto —dijo distraído mientras se alejaba, la hora finalizaba y el sr. Roberto ya se había ido, el jefe quería que repartiéramos y apiláramos los pedidos cuanto antes, pero se nos había escapado de las manos, mi relato interrumpió la salida de la producción del día siguiente, sin embargo, al final la empresa recibió nuestras disculpas y luego acabamos después del mediodía.

Capítulo 8.

1992.

Dos años se habían corrido en el calendario, ni en cuenta tenía el tiempo como un referente en el trabajo. En el parque, arremangaba mi franela al conjeturar aquello tan sombrío, las horas eran como una guillotina: asolaba a los cuellos en un descuido y tenía mis zapatos embarrados, atestados de maleza sucia por culpa de las interminables lluvias.

Caminaba reflexivo, dubitativo ante el inminente reloj que nos apartaba un día incluyente, la rutina fue la misma cosa de siempre: me dedicaba a levantarme, disgregado de pensamiento, por el solar del techo mañanero. Cepillaba mis dientes con la pasta sobrante de papá y tomaba el té de mazamorra que enviaba mamá los fines de semana, y que se consumaba iniciando los jueves —a pesar de que le escribía para que enviara más, nunca lo hacía—, y circulaba en los suburbios de la ciudad buscando algo, que pudiera suplir ese vacío del estómago, porque era obligatorio sentir ese té deslizar las paredes en mi garganta. A veces lo saboreaba, pero no lo valoraba tanto… quizás, solo estaba muy distraído para hacerlo.

El día libre en el Doradal no venía tan de repente, había una noticia: una carta enviada de papá. No quería abrirla hasta que estuviera seguro de finalizar con mi bebida fría. Me senté en los reposaderos adyacentes, a un lado del viejo arado. La labor de sembrado en el *Central Park* se tardaba más de lo esperado, llevaba meses así, los mismos de papá que estaba de compromiso en Egipto.

Mi padre procuraba mantenerme informado de los progresos con sus textos espontáneos, lo habían ascendido a gerente del personal empresarial y me sentía orgulloso. Mis lazos con él habían crecido como nunca, mi paz agobiaba a tal punto, que vivía en una maravillosa e inesperada armonía, que también era monótona en la mayoría de las ocasiones. Porque mientras papá se superaba a un ritmo elevado, yo seguía empaquetando caramelos de cereza con mis viejos amigos, y conocí uno nuevo que se llamaba Cortés, le decían el peruano. De hecho, era tan buena persona, que cuando lo veía, todavía tenía fe en el mundo y su gente.

En el amor… fui un fracaso rotundo, un espanto para la sociedad. En aquellos años, me presentaron dos chicas: Romina y Sandra, ambas eran de universos diferentes, de esos que no emparentarías ni porque hicieses tu mejor esfuerzo. Ni pareciéndome a un galán de telenovela o a un ladrón de barrio podría hallar similitud con sus intereses. Incluso a una de ellas le parecí lindo a pesar de eso, lo

negativo era que le gustaban todos —y más los que fueran seguros de sí—. Estaba jodido, muy perdido entre deseos que no sabía ni siquiera acertar, aunque encontraba la manera de sentirme satisfecho con lo que llegara a mis manos, un balón o una galleta de maní, lo que fuere; lo que sosegara mi ánimo con entendimiento, cualquier cosa me hiciera feliz en grandeza, porque mis sentimientos los tenía tan guardados en el baúl de recuerdos… que sería un chiste de mal gusto liberarlo.

Había abierto la carta. Unas gotas traicioneras que sobraban del vaso en que tomé, rociaron el exterior del blanco de la carta. Un típico grabado con el nombre de «papá» realzaba el cariño con que escribía, la comencé a leer en voz alta porque no había nadie cerca:

—Hijo, estoy extrañándote mucho. Ayer hablé con el jefe y me dejó darte el permiso para que visitaras a tu madre, envíale saludos de mi parte, cómprale unas galletas de «Roscón», y si puedes, llévale una lámpara de tinta casera que necesita alumbrar el cuarto del fondo cuando viene la luna del sereno. Dale un gran beso y dile cuanto la quieres, ella está sola y necesita un acompañante, pronto estaremos juntos, hazlo especial. Te quiere hasta el final, tu padre.

—Ah, fue corta —dije en soledad. Iba a regresar al pueblo que me vio nacer, eso fue en lo primero que pensé. Llevaba mucho sin ver a mamá, o al menos lo suficiente para mí. Era hora de hacerlo, dejaría Mississippi por regresar al Collado. Me emocionaba imaginar la idea de volver.

(…)

Había tomado el avión esa misma noche. Creía que tenía la madurez apta para soportar el viaje, y así fue. Las turbulencias no me habían generado ni burla, sentí bien, aunque era inevitable no concebir un suave cosquilleo. Mis años en el norte me atribuían mejoría, pero no tanta, aunque servía de provecho para incrementar mi autoestima. Recordé que mamá era especialista en aumentarla, y sonreí al pensarlo, era importante para mí. Cargaba varios equipajes junto con el pedido de papá y olvidé el bolso que usaba en la empresa, lo dejé en el cuarto.

Cuando bajé del avión, inhalé un gran respiro como si volviera a revivir de un sueño. «De nuevo en Rumpler, mi casa», pensé sonriente: mamá estaba y quizás Travis, que andaba en los tiempos donde siempre se reunía con su familia de Sonora, también quería ver a Cornelio y a Juan Pablo, mi primo de occidente que vivía en Isla Paraíso, nos habíamos escrito varias cartas.

—¡Claude! ¡Claude! —dijo mamá en las lejanías, rápidamente

olvidé mi equipaje para correr hacia ella y fundirnos en el abrazo que merecíamos.

—Mamá, aquí estoy —le dije conmovido, ella me tomó de los cachetes con ambas manos y deseos de lagrimear. Ya lo sé. Estás enorme. Te extrañé mucho —emitió entre suspiros, me concedió un abrazo aún más fuerte que el primero, ambos nos quedamos así. Fue inolvidable.

Pronto recogí mis cosas y tomamos camino a casa. Mamá me tenía una sorpresa cuando llegara y estaba impaciente por saber qué era. Volvía a observar las vacas y mercados de lienzo por el camino, las calles eran de tierra y los carruajes sencillos, todavía se vendían repuestos en carpas improvisadas y el escolar de Margaret seguía intacto. Rumpler, era lo mismo desde que me había ido. Lo que sí cambió con creces era el aeropuerto, tenía un nuevo puesto donde se compraban avellanas, y ya no debíamos ir al extremo de Sonora para adquirirlas. Entramos a casa y mi sorpresa se desbordaba con facilidad. No lo creí hasta que lo vi, me sentía más niño que cuando lo era.

—¡Vaya! ¡Es de los Alpes! —Era un gabán exclusivo que soñaba tener y corrí a ponérmelo, mamá admiraba sonriente.

—Travis lo consiguió en Costa Rica, un mercader de la calle se lo vendió a buen precio —dijo animada—. Se disculpó por no tener tiempo para venir, hace dos días se regresó.

Consentí sus palabras, supe que Travis había madurado o tal vez el tonto escribía las cartas muy hurañas, creía que era más lo segundo, aunque igual algún día lo iba a confirmar. Me había encantado, siempre deseaba tener un gabán europeo, y así poder abandonar las bufandas oxidadas que usaba en el invernadero descomunal que presentaba Mississippi en marzo, y en las épocas del solapado invierno de octubre. Al pensar en Travis, mamá en mi descuido, sacó su regalo. Algo asombroso.

—Mira hijo —Volteé a mirar y terminé atolondrado. No era muy clásica, pero vaya que era impresionante.

—¡¡Una bici!! —Llevé ambas manos a las sienes de mi cabeza, no podía ocultarlo: volvía a mi niñez.

La última vez que mamá me obsequió una, fue aquella vez que me caí en Mantos, cerca del inicio del Collado. Desde ese accidente, me hicieron una cirugía de cadera y eso la traumó. Me prohibió toda clase de juegos, diversiones y saltos innecesarios que no fueran los de ella en casa. Me aconsejó conocer amigos de charla sin juegos pesados y al final terminé conociendo a Travis en la colonia, y fue el peor remedio para mi insólita enfermedad por las cuatro ruedas. Travis personificaba el dolor con diversión y locura. A veces, el no tenerlo cerca era una ventaja transitoria para estar bien físicamente. Mamá

nunca se enteró de eso. Él en verdad era un peligro latente, pero tenía tanta suerte consigo, que terminaba bien librado de los males que le acechaban.

—¿Puedo salir a dar una vuelta? —le pregunté, mamá se enterneció al saber que contaba con ella para decirle lo más mínimo, aun siendo un hombre. Estaba preparando la cena y calentaba el chocolate congelado de la nevera mientras yo veía enamorado a la bicicleta, su cromado en rojo y la rueda delantera enorme me fascinaban. Contenía un estilo gustoso, tal como siempre la imaginé en mis sueños.

—¿No estás cansado del viaje?

—¿Qué crees? Hace tres horas estaba en Mississippi y era mi día libre, voy a terminar engordando si no salgo a ejercitarme un poco —mamá se sintió tan agradada con mi compañía, que empacó dos panes en una bolsa para que los llevara, me dio permiso y dijo que me esperaba en la noche.

Era la primera ocasión en toda la historia de mi vida que no me indicó una hora de llegada, me sentía desheredado; como si no fuera su hijo, pero ya siendo coherente me reía de la grandísima estupidez que pensaba. Lo que sí me colmaba de verdadera nostalgia era saber que no sería niño otra vez, así me portara como uno para surtir efectos en mamá.

—Adiós. Te quiero.

—Ve con cuidado, está nueva.

Salí sin decir más, me moría por recorrer todo el Collado en un par de horas. Debía aprovechar la tarde al máximo para volver a tiempo, sin embargo, hice un mal movimiento y me caí, la suerte fue que mamá no alcanzó a ver. Me hubiera regañado.

Capítulo 9.

Mamá, como la vidente aguafiestas que era, no falló en su predicción, porque estaba perdiendo el equilibrio con la bicicleta. No concertaba el acatar su consejo y me costaba tomarle el ritmo indicado, pero en cuestión de minutos, mi cuerpo se sincronizó. Ambas piernas y brazos fueron metódicos a la hora de pedalear y mejoré bastante. Mi falta de costumbre se envaneció con decisión y no tuve oportunidad de crear cicatrices para lamentar.

Antes de salir en dirección a Sonora, dos chicos hablaban a cierta distancia mientras se iban acercando. Los escuché con claridad. Era raro que prestara atención a conversaciones ajenas, pero aquella en particular llamó mi atención, porque apenas se iban a encontrar para saludarse.

—¿Viste las noticias? ¡Una de las princesas del Olivo estará afuera buscando algo que se le perdió hace mucho!

—¿Qué cosa?

—Una joya de valor, no especificaron.

—¿Será de la que se quedó ciega?

—Lo que sea, hay que ir a encontrarlo —dijo cuando ya se habían acercado y yo me distanciaba todavía más.

Estaba intrigado, no sabía a qué apuntar. Las princesas del Olivo aún seguían como de costumbre, pero quién sabría cuáles cosas perdidas serían forzadas a una búsqueda. No conocía a ninguna princesa de la vida real, aunque mi única excepción había sido aquel día en el Valle de los Lamentos, cuando observé a esa niña, sublime y mágica, dispuesta a pasear un rato mediante sus carrozas blindadas.

Había olvidado el nombre de ella, el gran culpable: más de dos años de trabajo acumulado, adjuntos a un centenar de revisiones de nuevos materiales que se colaban mediante las distribuciones industriales, cualquiera así, podía perder hasta una brújula amarrada a las presillas de un bluyín. La memoria desaparecía en el arduo compromiso, pero después se podría llegar a pensar que la sentencia del olvido figuraba más en la ocupación indirecta de lo que hacíamos; entonces, entre ellas, trabajar era la más efectiva para el exterminio de un recuerdo.

Agitaba el pedaleo con progresivo ímpetu en ambos extremos, ya había atravesado el Robledo de Herminda en un suspiro y, todo seguía exactamente igual; la diferencia entre atardeceres, era mi decisión apresurada en cruzar un camino y retornar. Sentía liberación, tal como había dicho Cortés cuando iba de nuevo a casa: se tomaba un ahondado trago de anís, hacía gárgaras silenciosas y terminaba gritando: «¡Eureka! ¡He vuelto de dónde soy y vengo!», sin faltarle una media botella de aguardiente y un pizco pactado y característico de

sus raíces peruanas.

Mi ritual de llegada no era ni cercano a aquello, es más, creo que estaba vacío. Presentía que debía demostrarme a mí mismo, lo mucho que cambié en el norte a pesar de que nadie estuviera viendo el palurdo esfuerzo. Había botellas sucias por la cavada del puente y surcos que no se separaban ni porque el tiempo pisara con una tachuela sobrepuesta; estaba muy ansioso y no hallaba respuesta.

Y desguarnecido ante el campo quejumbroso. El sudor desfilaba por mi frente como una brocha con demasiada pintura, y la travesía estaba humedecida por las lloviznas de la anterior noche. Los pájaros no prorrumpían en la quebrada, solo buscaban bebida para mantener sus alas a flote.

Atravesé la línea de Crocker sin dificultad y me espantaba el suceso de toparme de golpe con la mayoría de los lugares que recorría cuando era un feliz inocente, casi que no hubiera deseado ni crecer.

Las ruedas empantanadas de mi bicicleta, rodaban con serenidad en el peligroso Valle de los Lamentos, podía asegurar con certeza una cosa, y era la inminente nostalgia que asaltaba a mi corazón cuando lo recorría. Parecía tener magia aquel sitio, como si se hubiera perdido entre lo celestial para dar una simple existencia y abrir paso hacia lo terrenal. El mundo tenía sus especialidades, y a veces estando ahí, pensaba que no tenía espacio la maldad, quizás por eso me encantaba jugar tanto en los alrededores, el Valle era un patrimonio invaluable de armonía.

Cuando menos lo esperaba; como si del cielo se estropeara una estrella breve a propósito, el aire se diferenciaba. Se percibía intenso y yacía en la nueva tierra, descansando entre las suaves praderas del pasto valluno. No era una granadilla —de eso estaba seguro—, y menos cualquier fruta poco convenida o cosa no grata que comiera la gente de los terrenos.

Era una chica, una joven vulnerable y desatada de pies; envuelta en un atuendo amarillento con tiras en las mangas, algo infantil y adorable, que fue lo único que conseguí describir en la imagen que vi. Dormía en la grama verdosa con una tranquilidad ruidosa, casi bochornosa y hasta admirable para los que no comprendían el escenario —y en aquel ocaso me incluía—. Se encontraba justamente dividida y en la división de la parte alambrada que distanciaba a los Olivos y el Valle de los Lamentos, de la línea de Crocker.

«Demonios, ¿qué se pensará esta chica? Casi muero del susto», deliberé alarmado, el sonido de mi rodaje no la había logrado despertar, era como una vasija de porcelana de esas que no se mueven ni al sonar de la campana, pero seguí de largo, distraído, y no hice caso al crédito de mi mirada. Pero mentía con descaro, debía de

parar, aunque no fuera de mi incumbencia. Había tropezado con algo que nunca imaginé.

Llegó a mi alucinación la imagen de don Wilbert, y de mi amigo Cornelio hace un par de años, que decían de cosas que no caían del cielo, pero tampoco habían aclarado si desde antes ya reposaban en el suelo.

Bajé la cadencia del pedaleo, la miré más de cerca sin cambiar mi trayecto y no lo noté, o eso me parecía, era preciosa. Nunca me había encontrado con tal obstáculo distractor; se veía difícil atravesar un prado, siendo un chico con las hormonas a tope, por vislumbrar a una sirena en medio de un bosque encantado.

—¡Oye! ¡Loco de la bicicleta!, si vas a andar lento para verme, por lo menos intenta saludar —me dijo fresca, sin siquiera abrir los ojos...

«¿Qué caraj…?» pensé torpe y ágil, me había caído de la bicicleta con alboroto, mi equilibrio se iba a la mierda y un hurto con voz delicada lo estropeaba todo.

—¡No! —exclamé trastabillando entretanto caía de topetazo—. ¡Rayos, qué estúpido soy! ¿¡Cómo me puede pasar esto!? ¡Soy tan estúpido! —finalicé adolorido, estaba en el verde, y mis rodillas y parte de mi espontánea vestimenta se desperdiciaba con provocada culpa. La chica se había reído con gracia, supo que la infracción se escribía con su nombre. Llevó velozmente su delicada mano hacia los labios, descubriendo y ocultando al tiempo, su progresiva risa burlona.

—¿Por qué siempre los chicos son tan tontos...? —dijo sin seguir abriendo los ojos, estaba dudando de su condición, ¿qué podía hacer ella aquí?

—Si se encuentran a una chica en medio de la nada… gritando cualquier cosa —reclamé con sosiego mientras limpiaba el pantalón por culpa de la caída—, quizás tenga la verdad.

—Uhm, no deberías ser tan directo, ¿sabes? A veces… ustedes son crueles. Había sido un maleducado sin notarlo, me extrañaba decir eso.

—Discúlpame —admití arrepentido—, fue el golpe que me hizo volverme tonto.

—¿Entonces lo eres? —preguntó cuándo volvía a reírse de nuevo guardando el rostro—. Además, ni la bicicleta sabes usar, así que lo eres.

Me acerqué hacia ella para defenderme y vi su cara más de cerca… me sentía nervioso. Nunca me había acercado tanto a una chica que estaba en la superficie, sin embargo, no sé por qué discutir mi nivel de estupidez me inspiraba ánimos para conversar.

—Los chicos también tenemos sentimientos, eso dolió.

—Ahora te aproximas y aprovechas que estoy acostada, vienes y me dices que sientes y tienes sentimientos, pero no sabes nada de lo

que siento, típico de ustedes.

Era verdad, cuánta confianza tenía ella para hablar con un desconocido como yo, sobre sus dolencias y precipitaciones. Había sido demasiado particular para mí.

—Discúlpame nuevamente, y… ¿qué sería lo que sientes?, o mejor disculpa por decir eso, no debería preguntarlo —balbuceé como un idiota; tenía razón, no había mejorado nada en Mississippi.

—Ya has dicho mucho: «discúlpame», repites como loro esa palabra. También se ve que eres tímido, bien puedes ser un gran chico o un idiota sin remedio, quizás por eso te dije eso, loco de la bicicleta.

«No abre sus ojos… no entiendo qué sucede, ¿será invidente?», tenía miedo de preguntar a través de mi pensamiento desaforado. Opté por mostrarme sutil y agaché mi postura para estar junto a ella. No sintió desagrado por mi presencia.

—Este loco tiene nombre y apellido, por si te interesa.

«Ahora que fue esto, ¿un intento de coqueteo? ¿A una ciega? Tienes que estar bromeando viejo» sintetizaba brusco y turbio de pensares, porque divagaba con tanto talento, que cuando me costaba mantener una simple conversación con una chica, que además era bonita, siempre lo terminaba arruinando.

—No me interesa la verdad —dijo sonriente y sin sonar grosera—, deberías irte pronto, porque ellos me están buscando.

—¿Por qué te buscan?

—No creo que sea bueno decirte.

—¡Oh! —Tenía razón otra vez, demonios, sí que era preguntón.

—Disculpa por todo —repetimos ambos al mismo tiempo, como si dos cuerdas vocales entonaran un canto al son de un dúo musical. Fue gracioso el momento. Vaya sorpresa se había disparatado en aquel instante.

—Ahora soy como tú, felicidades —dijo decepcionada pero complacida, no se movía en absoluto del suelo y a mi parecer formaba parte de los bellos decorados del bosque. Mi risa emergió de la nada ante su sarcástico lamento.

—No digas mucho la palabra “disculpa” —le sonreí a pesar que no me viera, era estúpido confirmado—, que luego terminas como yo y sé que tampoco te interesaría volverte así —ella mostró una cara agradecida, y yo volví abigarrado a la bici. Mi intento de socializar con una chica había sido un desastre brutal, aunque mi frase de remate era un salvavidas dentro de la poca autoestima que me advertía.

—Ya soy una tonta, y mi nombre es Janett —dijo dulce—, por si querías saberlo. Era imposible lo que había dicho, porque nunca esperé su nombre. Intenté no mostrar asombro, pero era inútil, ella no abría los ojos y estaba más claro que el agua.

—Me interesa saberlo. Gracias —señalé cuando me iba. Ella dijo algo más:

—Espera, se cayó algo.

—¿Qué cosa? ¿Y cómo lo sabes? —revisé mi bolsillo y faltaba algo. De forma evidente había conversado su ceguera con mi pregunta.

—Perdí mis ojos y olvidé el gancho de mi abuela, pero no me han abandonado los oídos, caballero.

—Disculpa… —Volví a bajar de la bici y fui por lo perdido. Era mi cartera que estaba a su lado. Janett se rió sin más.

—Siempre me dicen esa palabra —se tomó un respiro—, estoy cansada de escucharla.

Cuando tomé la cartera, no sabía qué decirle.

—Hasta luego —me dijo amable.

—Nunca la volveré a decir —prometí sin darme cuenta. Janett lo entendió con claridad y me regaló un bonito ánimo con su semblante. Volví a la bicicleta y regresé a Rumpler.

(…)

No entendía los acontecimientos, ni siquiera lo había analizado: fui valiente, confianzudo y valeroso de obtener conversa con una linda chica; sin embargo, al final, nada interesante concebía en mi exploración por el Collado, fue lo último que repasé.

Aceleré mi pedaleo para volver rápido a casa, y estaba sumergido como en una especie de trance que no salía de mi retina. Era la desconocida Janett. Un soez recuerdo de mi abuelo había entrado por mis tímpanos, como si estuviera hecho para el momento: «Hijo, nunca entenderás el significado de orinar cuando estás a punto de hacerlo, pero una vez sale el chorro, se libera la paz que necesitabas luego de tanto aguantar y, después, entiendes por qué lo hiciste». Solté una carcajada con ánimo. «¿Por qué pienso estas cosas?», volví a elevar mi risa al punto de ser un verdadero loco, se había vuelto muy larga y pronto aumenté las zancadas del pedal. Un emotivo y reprimido llanto encendía mi alma y necesitaba descargarlo como fuese.

—¡Collado! ¡Voy por ti! —vociferé extasiado mientras me paraba de los pedales. Varios niños estaban en el camino y me veían aterrados.

» ¿Qué ocurre? ¿No han visto la libertad? —expresé hacia el viento, no había nadie en el camino aquella vez, ni entendía por qué me encontraba feliz. ¿Era por hablar con una chica?

Faltaba poco para atravesar los Robledos de Herminda y mi éxtasis no deseaba bajar su nivel, estaba desbordado. Mis venas sentían el ardor con que se cruzaba la sangre tibia que tenía reposada

después de perder cientos de batallas dentro de la guerra de mi timidez. Siempre lo había sido y no existía desconsideración con una ciega.

Cuando mi cerebro navegaba por las aguas turbulentas de la cordura que parecía no poseer, había cometido un error gravísimo. Una roca escondida y puntiaguda que esquivé en la ida, antes de pasar por el falso puente del pueblo; continuaba ahí, inmóvil.

Sobresalté de la roca con vehemencia y mi llanta delantera se desfasó del camino. Tambaleé como un borracho con tres botellas encima y estremecí a las últimas en un importante chasco sonoro para los rines, que cuando apreté ambos frenos —con desespero—, hizo que la bicicleta no soportara el percance: no se detuvo, porque la velocidad bajaba de forma impredecible.

No caí por mera suerte. El encauchado se había desgastado, pero no lo suficiente para buscar un mecánico. Eso sí, algo me faltaba en el bolsillo. Bajé, y caminé hacia atrás buscando lo que se había caído. Otra vez era la cartera.

«Ahora soy experto perdiendo la cartera» pensé solitario, la recogí y luego se congeló el tiempo por un instante.

—Espera… —Algo amarillo salía de la cartera, era brillante y decoroso. Entrecerré mis ojos con depurado análisis y después una corriente me poseyó el ánima.

» ¡No puede ser! —Volví a decir con ojos directos y no lo creía… saqué lo guardado con las manos en sumo denuedo. Aquella vez, mis ojos no mentían: era la misma chica que vi en el carruaje hace años, y el amuleto de mi cartera, que reclamaba con viveza y escandalosa autoridad, se había echado al suelo para regresar al lugar donde pertenecía.

» Este gancho… ¡Es de ella!

Me alarmé al reconocer que poseía lo que no me correspondía y corrí a tomar el volante. Me impulsé en una pierna para atrasar la ruta y regresar a los Olivos.

» Espera, ¿qué estoy haciendo? ¿De verdad debo volver para entregar esto? —me detuve un momento a ver el gancho, que ahora brillaba hasta el cielo por el sol estacionario.

Llené mis planes de tendencias negativas, mi autoestima declaraba volver a casa para tener otra estúpida tarde recordando cosas que no pasaron, rememorando lo idiota que había sido con ella, y pensando por toda la eternidad las cosas que nunca dije y le quise decir; sin embargo, ya era tarde. Mi corazón pretendía volver a encontrarse con lo inefable. Dirigí mi camino hacia los Olivos y no podía negarlo, estaba impaciente por saber que sería lo próximo esperado a mis días.

Capítulo 10.

Los Robledos de Herminda y la línea de Crocker eran antiguos ante mis rústicos pedales. Estaba en el firmamento del Valle de los Lamentos y buscaba el territorio donde había pasado antes, la ruta que dibujaba en mi recuerdo se desaparecía del mapa, se había esfumado como los rastros de un fuego remoto. Era como si hubiera desaprovechado la oportunidad que tenía de hablar con ella, porque no existían dudas: era una princesa y se había escapado de su jaula.

«Rayos, ¿dónde estará? ¿La habrán encontrado?», intuía respuestas sin tener indicios. Lo único que odiaba de estar en el Valle era que todos los árboles eran idénticos, por algo tenía ese nombre tan molesto. De pura e inocente casualidad encontré el lugar, la diferencia… era que ella no estaba.

—Llegué tarde —añadí al aire, desanimado—. Te habías hecho aquí y yo ni pendiente de la señal.

Llevé la tristeza a mi cabeza como si una tragedia hubiera sucedido y di vueltas alrededor. «Seamos sinceros, es inútil hacer algo… ¿Cómo voy a pensar que una chica así me vería a mí? Ni que estuviera ciega… y aunque lo esté, igualmente no se fijaría en mí». Otra vez me zampaba una horrorosa pasada, la maldición de mi baja autoestima, que era una piedra insoportable que no podía ser esquivada ni viéndose de frente. ¿De dónde sacaría tanta insistencia para seguir empecinado en la misma porquería?

Volví a tomar la bicicleta, muy aturdido, y deseé volver a Rumpler de inmediato, no quería saber más de nada. Además, tampoco hice un esfuerzo en mantener una lucha que estaba perdida. Lo ignoraba de verdad, pero parecía desconocerme por completo… me rendía con una facilidad espantosa. Pronto, observé desganado hacia el suelo, en donde ella me encontró, y noté algo transpuesto en la grama: un mechón de pelo.

«¿Se le habrá caído?», después de detallar mejor, aprecié una estela dispuesta a seguir de largo, se advertían muchas más en las vertientes hacia los caminos anexos.

Era extraño, era como si una pesadilla se hubiera mortificado de hacer el mal, y así estaba yo; dudoso de la enigmática suerte que acarreaba a mi espalda. Seguí el improvisado sendero que dictaba cursar al frente, y con una refulgente curiosidad de soñador, no quise desistir. También tenía miedo; un arrebatado temor de encontrarme con alguien que finalizara con un plan sin ideas, además de ser posible que se cumpliera, porque más adelante me esperaban caballerizos; protectores, salamandras, y un sinfín de seres desagradables y aptos para proteger el palacio, a cómo les viniera el peligro.

Cuando iba a paso lento entre pedaleos inconstantes, me llené de mayores dudas: ¿Qué haría yo, al ver a un protector?, desenfoqué mi pensar y presencié cada cuero cabelludo que posaba en el pasto, era delicado y diáfano, pero había restos secos y que parecían haber sido arrancados con histeria, la totalidad de ellos estaban tal cual se veían: disgregados y cortados.

Un bache sorpresa se topó con la premura de mis avances, y me estaba afectado: el camino lo veía cada vez más angosto, y la incertidumbre se me abalanzaba con un dominio inminente. Pero retomé el gancho, lo miré sin temor y junto a él, volví al recuerdo de ella, y se consolaba mi semblante. Una corta risa me vino de las entrañas. Qué increíble era el poder de las cosas pequeñas cuando creaban grandes esperanzas.

—¡Oye! ¡Qué haces! —gritó una voz desde una distancia prudente; sin embargo, la sentí en la nuca. Mi piel rápidamente se estampillaba de puntas.

Volteé a mirar quién era, y un molesto protector que comía una naranja de la tierra marchita me había cachado. Cerré las manos y sostuve con firmeza el manubrio, y comencé la misión pedaleando despavorido por mi vida: estaba en las afueras del Olivo real.

—¡No te esca…! —se diluyó la voz a la distancia, y con eso, mi pesadilla recién comenzaba.

Retomé hacia los caminos abollados y poco transitados para evitar sospechas, aun así, lograba escuchar las armas y lanzas de caballeros que se preparaban para cualquier intento de saqueo. «¿Cuánta seguridad tendrá esto?», desvié mi trazado por una vertiente diagonal, que se cruzaba por la zona de la laguna del prado, era superar aquel obstáculo y ya vería desde lejos el gran amurallado. En medio de la corriente, fijé mi visión a un poste, que conectaba al pavimentado de los canales donde entraban los honorables al palacio, en mi lugar: era lo contrario. Cuando el palacio se veía a simple vista y solo era tapado por unos cuantos árboles, un insólito y encubierto grupo de seguridad me lanzó con desenvoltura una red, con la que se atrapaban las bestias del exterior, y se había atajado en la bicicleta conmigo incluido de postre.

—Y bueno… ¿qué tenemos por aquí: un godín?

«Maldición, quedé tan cerca…», no les dije nada, estaba petrificado.

—Tienes que ser un buen godín para llegar hasta aquí —dijo el otro; era más alto que todos, eran tres—, buen intento.

—No seas duro. Míralo Bruce, es un chico, tal vez se perdió en la bicicleta.

—¿Tú crees eso? ¿Qué un chico se pierda y consiga llegar tan cerca a las murallas del palacio?

—No, pero es bueno pensar que así fue —dijo el que me raptó. Se veía muy astuto.

—No soy ningún godín, solo vengo a entregarle algo a la princesa —dije firme, pero la verdad estaba cagado del susto.

—Hum… ¿Cómo y con quién piensas entrar? Sin invitación no podemos dejar pasar a un donnadie.

—Es difícil de explicar, pero tengo lo que se le perdió a la princesa.

—¿Qué cosa?

Parecía imaginarme que dirían lo más doloroso que escucharía en mucho tiempo.

—Un gancho de caballo —dije miedoso, y cabizbajo.

—¿Disculpa? —dijo el raptor.

—¿Un maldito gancho? ¿Bromeas cierto? —bramó al que llamaban Bruce. Quedé mudo, ¿en qué pensaba? Un gancho no era solución para mis problemas inmediatos.

—Chico, aun así, tengas cien de esos no podrás ver a la princesa. Lo lamento. Hice un ademán de tristeza con mi rostro apartándome a un lado mientras ellos veían. Detallé con maña un costado de la red, y estaba abierta desde aquella punta, con algo de suerte y un poco de fuerza tal vez podía conseguir más.

—Está bien —coloqué las manos arriba.

Ambos se miraron con gracia. El tercer hombre que estaba con ellos, solo vio la escena y partió desde antes para devolverse al palacio. Era un misterio aquel sujeto, no había dicho nada. Tragué saliva y colmé mi aliento de transitoria ansiedad.

—Muy bien —Apenas hizo la pausa, cometí otra locura: intentar salir de la red. Mi mano izquierda se pugnó para llegar al extremo de la malla, y con torpeza y algo de fortuna, conseguí quitármela de encima. Bruce y el señor astuto se quedaron impávidos ante mi reacción apresurada. Pedaleé con rapidez mientras Bruce corría para tomar una de mis ruedas y no alcanzó a hacerlo, lo había esquivado de milagro.

«Estás loco… ahora has ascendido a ser un Travis promedio y eso es demasiado», admitía y sonreía en la intemperie de la osadía. El afán de mostrar mi actitud rebelde se volvía una realidad que ni yo creía. No obstante, a pesar de verse a la puesta de mis ojos, el palacio estaba más lejos de lo destinado.

Saltaba los montículos de tierra con facilidad y el pedal se magullaba cuando iba en búsqueda del final. Había irregularidades en el último kilómetro por las cuantiosas piedras sulfatadas que se descubrían en todas partes, las habían dejado en el terreno al culminar la obra del castillo principal, y ahora eran trampas para godines.

Se había terminado el sendero pedregoso, y el asfalto de mármol

acariciaba el recorrido de las gomas con apacible figura. Podía ver la entrada principal y también en las afueras a las dos salamandras que cuidaban de la gran puerta que estaba cerrada.

Mi cerebro se acortaba y el tiempo hacía lo mismo, ya no sabía qué hacer: había llegado, pero no dominaba algo más elaborado para continuar hacia el palacio. El fin de mi tontería se acababa, no tenía vuelta atrás.

Seis protectores; tres del lado derecho y tres del izquierdo corrían detrás de mí, mientras yo insistía en pedalear hacia la puerta principal, no existía escapatoria y el miedo que sentía antes incrementó todavía más y se transformaba en un pésimo presentimiento de dolor en las patas, ahora sí cometía un verdadero crimen, ingresando en la entrada vigilada de la propiedad de los reyes más importantes del país.

A doscientos metros de distancia, empezaron a lanzarme flechas y estaba muy cansado para esquivarlas, aunque lo lograba más de astucia que de fuerzas. Sin embargo, una de ellas se había colado en el caucho de mi rueda frontal, causando un gran estrago: perdí la movilidad total de la parte mecánica en el circuito delantero. No conseguí dar frente y caí de bruces. La bici se había malogrado en el cuadro central y, al separarme del metal, alcancé a colocar las manos en la admirable fachada que yacía en la superficie, tan solo a metros de la puerta principal. Me salvé de terminar lesionado, pero no había de qué alegrarse, estaba perdido.

Desde el suelo, subí mi rostro para ver con detenimiento los adyacentes y hacia la cubierta de la puerta, y enfurecían por doquier aquellos demonios acorazados, defensores que venían por mí. Iban a destruirme y a reventar con el anhelo del chico que saltó todos los muros fallidos de contención con éxito.

Observé la muerte con claridad: la llamarada del Olivo se había proyectado con escándalo. Sentía mi piel desfallecer y el indescriptible dolor de muchos golpes que arrastraban mi cuerpo que se transpiraba en cuestión de segundos, como si fuera sujetado de forma exclusiva para mí. No obstante, la imagen de Janett prorrumpió en mi sufrimiento con el recuerdo fotográfico de su rostro, desde la hierba me lo dijo de forma directa: «ya soy una tonta y mi nombre es Janett, por si querías saberlo».

Abrí mis ojos y respiré aire con desesperación, y grité como si fuera lo último que tuviera atrapado en el *container* de mi alma:

—¡JANETT!

Se había raspado mi garganta por la intensidad. Gran parte de los protectores y las dos salamandras se detuvieron, pasmados, al reconocer que había dicho el nombre de la princesa, pero a otros ni siquiera les importó. Y continuaron para socavar la paliza de mi vida.

Tal como en el pasado, todo mi destino se resumía a morir después de cruzar la línea de Crocker. Mamá, como siempre con la razón revelada en sus más de cinco sentidos, afirmó en mi niñez: «Nunca cruces la línea de Crocker. A no ser que haya algo demasiado bueno del otro lado», sonreí lastimado y sabía que lo había, Janett lo era.

Vi el amurallado por última vez, y en una de las terrazas posé mi vista, recreando lo hermoso que sería si ella saliera y salvaguardara mi corazón como en el pasado… cuando estaba lleno de tantas esperanzas. Mi visión se perpetró a la neblina, eran varios y se amontonaban más; primero fueron patadas, puños y alguien tomó un palillo de madera y me daba con él cuantas veces quisiera. No sentía dolor, porque liberó en mí aquella sustancia que decían los doctores emitía un cuerpo en la fase final. Porque con adrenalina abordo, ya estaba listo para morir.

—¡Janett! —Había pronunciado alguien afuera del palacio. Tenía la suerte de escuchar, estaba en la torre de entrada junto a mi madre.

—Mi nombre… ¿lo gritaron? —dije sintiéndolo propio, parecía que sufría aquella alma.

—Hija, ¿qué estás diciendo?

—Madre, alguien gritó mi nombre afuera, lo escuché —admití preocupada. Sentí su tono de desaprobación, iba a mentir como siempre.

—Nada pasa, mira aquí estoy —respondió mamá que estaba cerca de la ventanilla para salir a la terraza. No se inmutaba.

—¿No tienes suficiente con no dejarme salir y sigues mintiéndome?

No dijo ninguna palabra. Lo volví a sentir, percibí su caradura, intentando desentenderse. No existía algo que detestara tanto como mamá cuando no le importaban mis juicios.

Estaba en cama y me punzaba la cabeza con un dolor eterno. Cuando me encontraron, fue tanto lo que me enojé, que desordené todos los tendidos de la cama por el escarnecido odio que tenía con mi madre, porque nunca me dejaba salir a percibir la naturaleza, y siempre estaba y continuaba encerrada en este maldito palacio que solo deseaba vestirse de gala para las almas más vacías y poderosas del mundo. Con fuerza de voluntad, aparté mis sábanas y caminé descalza hacia donde escuchaba la voz de mamá.

—¿Qué haces Jane? Quédate en cama.

—No volveré a estar ahí, necesito ver qué sucede —dije mareada, me llevé la mano a la cabeza porque me había levantado muy rápido.

—¿Por qué eres tan testaruda? Debería castigarte.

—Madre —dije decidida—. ¿Crees que existe algún castigo peor, a que observes lo que soy?

Escuché a mamá cerrando con candado la puerta que conectaba a la terraza, no se lo creía. Con lentitud llegué a donde estaba. No digas eso hija, te lastimarás y también a mí —dijo demostrando un dolor falso. Le tomé de la mano que soportaba los picaportes hacia las puertas vidriadas.

—Me decepcionas, el truco del seguro lo conozco desde que veía —Mamá apartó su mano del picaporte principal, quité el seguro y salí a la azotea.

Se escuchaban muchos golpes y murmullos desde abajo. Estaban dando una paliza a alguien. Debía hacer algo, esa persona había gritado mi nombre…

—Mátenlo ya, que no quede vivo —exclamó un protector con tono despectivo. Me indigné de inmediato. Al segundo contesté con rabia. No quería ningún muerto en las afueras del palacio a mi nombre.

(…)

—Mátenlo ya, que no quede vivo…

Fue lo último que escuché, había sangre por todos lados: era la mía. Morir tan joven… nunca había sido tan injusto para un alma… que solo buscaba devolver algo perdido.

—¡Deténganse ya! —expresó solapada una chica desde la terraza. Dios, sentí su grito entrar hasta mis tuétanos. Fue increíble, cómo nunca lo sentí. Los hombres no se detenían y seguían obstinados en lograr su cometido. La chica volvió a emitir palabra, aquella vez con progresiva fuerza.

—¿No escucharon? ¿O quieren ir a la hoguera por sublevación de órdenes? —Era la voz de Janett, mi futuro cadáver mejoró al sentir su delicado acento. Otra vez me había socorrido. En la mano derecha tenía el puño cerrado con el gancho a salvo. En aquel instante sí habían hecho caso, porque nadie deseaba ser ejecutado por defender al palacio de un hombre como yo.

—Muy bien. En este momento, mrs. Arismendi llévelo aden… con él… necesi… su… —ya no escuché más.

Capítulo 11.

Abrí los ojos con calma. Sentía mi cuerpo entumecido de pies a cabeza y mi brazo derecho tenía muestras de sesgadura. Asimismo, me impacté por lo que vi: descansaba en una habitación muy elegante, similar a un hospital, había silletería artesanal; amoblada para invitados y un gigantesco ventanal que contenía un hermoso panorama ante el indescriptible monte Robinson. Fui recobrando poco a poco las memorias de lo que había pasado.

—Niño, abriste los ojos —dijo una voz tierna, volteé y era una enfermera de unos treinta años, que tenía el pelo recogido y de color rojizo. Delgada y de silueta prominente, atrayente para cualquier viejo que buscara una noche de copas con alguien que fuera imposible para sus intereses.

—Estaba asustada —reiteró—, pensé que ibas al intensivo, tenías una contusión horrible en el estómago que podía dejarte parapléjico, oh y también un esguince de tobillo que si no era tratado a tiempo… podría generarte malestar indefinido —se rió de forma extraña—. Qué lindo fue salvarte, no tienes que darme las gracias.

«¿Qué habla esta mujer? ¿Tan mal estaba?», abrí mi boca para responder, pero no me dejó hacerlo.

—¡Espera! No lo hagas, estás grave… y si lo haces te desangras, ya no quiero buscarte más vías.

Abrí mis ojos como si fueran el escudo de un guerrero escandinavo, estaba atemorizado ante lo que decía, y lo peor, era que no podía moverme. Un enorme guiño salió de la enfermera, no lograba procesar sus palabras con facilidad, hablaba muy a las carreras.

—No coloques esa cara, estarás muy bien. Puedes incluso levantarte e irte, pero debes ver primero a la niña de la casa.

«¡Niña! ¿Cuál niña? ¿Se refiere a la princesa?», la situación se ponía incómoda, aquella rara enfermera no tenía definición, y se fue minutos antes de tomar en cuenta lo que había conversado conmigo. Pero sentí alivio cuando la vi salir y respiré con verdadera tranquilidad, luego lo recordé todo...

Era un fugitivo de la seguridad real del palacio, había ocasionado un disparate sin concertar en lo fatal que podía acabar, y de milagro estaba acostado ahí, con una vista privilegiada. Lo curioso, era que en realidad no sabía dónde estaba, la última vez que estuve en un hospital fue en Rumpler y no parecía ser la Clínica Central de los Robledos de Herminda.

Le eché un vistazo a los cuadros retratados del final de la habitación y se asemejaban al castillo de los Olivos. Una imagen cuando habían comenzado con la obra para edificarlo, otra; con su

acabado. Mi abuelo también tenía imágenes muy parecidas en casa. Otra cosa que llamaba mi atención eran los particulares embalajes de unos barcos plásticos de juguete en la última mesa, posicionados con la orden de un maniaco de la limpieza, era una colección de antaño para personas de gustos poco convencionales. Era un lugar muy especial, aunque daba lástima pensar que solo abuelos podían disfrutar de las cosas que yacían ahí, quizás por si se caían de una silla y necesitaban curarse del dolor de haber ordeñado vacas, sentados desde una mala posición con una numerosa cantidad de consuelos por el resto de sus vidas. No había nada de placentero para un chico contemporáneo dispuesto a hacer sufrir a su madre con las tonteras que se le ocurrieran. En aquel caso, me exoneraba de la gran historia que creaba hasta ese punto, llevaba tres veces queriendo ir a los Olivos y en la última… casi moría con el intento.

La puerta que había cerrado la enfermera se despojaba de su lugar. Alguien entraba. La ansiedad tocaba mis fibras, no reconocía que pasaría, pero por justicia llegó la paz que no esperaba, era ella: Janett, que venía a verme sin abrir los ojos. ¡Dios, estaba tan asustado!

Mi corazón era un deseo furtivo; un hirviente clamor, deseando la búsqueda de alguien que tuviera compasión de su extraña composición. ¡Rayos, si gruñía rápido aquel condenado bombeador de sangre!

«Llegó… si estoy en el palacio. Esto no lo esperaba», no creía que se pudiera tener tanta buena suerte de golpe en un solo día, era como si los astros del cielo se pusieran de acuerdo en darme una buena rebanada de eso que llamaban destino.

Se acercó delicada y ligera, similar a una hojarasca que tenía una gran historia para contar.

—Hola… espero estés bien —dijo sonriente—. Afuera los chicos pueden ser algo agresivos con los extraños. Reí de boca hacia adentro, había declarado una importante verdad. Tenía los músculos destrozados por eso.

—Sí… y yo que vine a entregarte algo.

—¿Sí? Lo hubieras hecho cuando nos vimos.

«¡Me recuerda! ¡Dios! ¿Por qué siento esto…?», estaba fluctuando por el recitar de sus letras, y sonreía con más insistencia, ¿por qué me lograba recordar? No lo entendía…

—Porque lo recordé después —dije aquejado, me molestaba mi brazo—. Y ya sabes, a veces los “después” te tiran a una cama y nada puedes hacer ¿No? Solo resignarte y lamentar lo sucedido.

Janett volvió a sentir agrado, se sentó en una de las sillas de invitado para sentir mi voz de cerca. Yo, como siempre, moría del susto. De verdad no supe cómo pasó, ni quién me ayudó. Solo estaba

ahí, junto a ella y por una coincidencia forzada que iluminaba mi rostro. Tardaría tiempo en demasía para lograr encontrar coherencia en mi razón, porque luego de eso, estaba seguro que en aquel lugar no la iba a conseguir, y con Janett a metros de mí, muchísimo menos.

—Eres un loco, ¿cómo te atreves a gritar mi nombre enfrente de mi casa?

—Oh, discúlpame…

—Pareces igual a todos.

Concebí sus palabras con un intenso dolor, ¿por qué era igual a todos? ¿Ya se había enterado que me gustaba…? No pude responderle. Ella culminó al presenciar mi definido silencio.

—Dijiste que no dirías esa palabra. Nunca más. ¿No?

—Oh —«¡No puede ser! ¡He roto mi palabra…! Ni siquiera sabe mi nombre y ya lo he arruinado… no puedo creerlo, he perdido mi oportunidad de ser un buen chico… ¿Por qué?».

Mis pensamientos se bifurcaron y largaron de mi razonamiento, mi cuerpo se agitó como si se hubiera hecho bebida fermentada y una mano apresurada batiera de su contenido. Mi estómago había sido el culpable señalado, no hubo forma de sentirme tan bajo y poco hombre. Hallé tormento y lo encontré, desprecié la vida y me dio razones válidas para hacerlo. La autoestima que respiraba en mis hombros cantaba somnolienta de júbilo, por lo despreciable que iba a ser buscar definirme en cuestión de milésimas y, sin embargo, la mano de Janett estaba reposada en mi brazo lesionado. Tocó mi herida y abrí los ojos como enciclopedias abiertas, recuperando mis suspiros en una vaga inhalación. Estaba tan distraído pensando lo peor que no había caído en cuenta de su afable gesto.

—No… —dijo tranquila—, discúlpame… fui yo la que hice esto.

Quedé eclipsado por su belleza. Janett estaba tan cerca que lo único que hacía era verle el rostro embobado, y sin síntomas de pretender mirar a otro lado. ¿Qué culpa podía tener el ángel que me había salvado varias veces? Me dolía más pensar en ello que mi propia humanidad.

—Janett…

—No me mires tanto la cara que me asustas —dijo sonrojada sintiendo mi risa.

—Lo siento —dije—. Es imposible dejar de ver tu rostro.

«¡Claude! ¡¿No eras tímido?!», estaba crítico y atrevido, o quizás, me habían inyectado una fantástica sustancia anti miedo, porque no había otra posibilidad de decir eso, no en vida.

—Solo… —se tomó una pausa para digerir—, no la vuelvas a decir. Porque me traerás malos recuerdos...

—Está bien.

Me sentía tan genial que no había cómo explicarlo, era puro

deleite… Janett era asombrosa y lo triste sería pensar que una vez aliviado, no la volvería a ver ni en pintura; tal vez solo en mis ambiguos recuerdos.

—Muy bien —dijo agradable—. Lucy me dijo que estabas en óptimas condiciones para ser dado de alta, hoy estás aquí sin el consentimiento de mis padres y eso… —expresó impotencia en su cara—, me tiene sin cuidado. Interrumpí su charla.

—No te lo tomes tan a pecho, yo estoy bien. Solo quería devolverte esto.

—Ah, claro, eres un chico listo. ¿Qué sería lo que perdí que tanto necesito? Pensaba que sería muy tonto, porque un simple garabato no lo iba a necesitar la primera princesa de los Olivos, pero no había de otra, era lo único que sellaba mi sentimiento con ella, el propósito del encuentro era el gancho. Me dolía todo, pero estaba orgulloso de retener en mi mano, aún después de la atención de la enfermera, el gancho amarillo. Lo entregué con sosiego, muy lastimado por mis esfuerzos. Lo había cuidado al paso de los años.

Ella lo palpó con paciencia y serenidad. Se quedó un rato importante haciéndolo, no tenía afán de nada. Y estaba admirado, no dejaba de estarlo ni un segundo. Una enorme sonrisa de placer brotó de su imagen, había florecido lo hermoso. Noté su mirada, ella obviamente no tenía ojos ni veía, pero sí pude presentir como distinguía complacida su alma por un momento. No sé qué había hecho.

—El gancho de mi abuela… —dijo contenta mientras balanceaba su cabeza hacia un lado—. Creí que lo había perdido para siempre después del anillo. Gracias.

Sonreí. Con simpleza apareció una sonrisa en mí que se sujetaba a la felicidad de Janett. Qué hermosa era aquella oportunidad de poder observar a alguien tan linda y que nunca olvidaría, porque había magia por todos lados. Estaba repleta la habitación de una esencia especial que no cualquiera podía oler, eso no era un cuarto para abuelos, definitivamente era el paraíso de una mujer.

—Oye, ¿por qué sonríes tanto? ¿Acaso te gusta?

—Sí. Me pone contento que al menos hice algo bien aquí. Si sumas estar contento con estar feliz, se añade una sonrisa.

—Sí, me la imagino… —ella también se alegró y al mismo momento apartó su linda mueca, no quería cometer un malentendido.

—Janett, siento lo sucedido, les debo un gran perdón a tus hombres, fui un dolor de cabeza para ellos.

—No lo creo. Ya eres un dolor de cabeza aquí donde estás.

Volví a sonreír, aunque con menor intensidad: no concluía mi faena de sonrisas.

—Tu herida sigue abierta, a veces Lucy exagera con sus medicinas

— dijo distendida, yo tenía razón, estaba loca esa mujer—, necesitas un chequeo constante. Así que te pido que sigas viniendo al palacio cuantas veces necesites hasta que logres recuperarte. «¿Disculpa? ¿Qué oí? ¿Puedo volver?»

—Bien, pero… ¿cómo consigo entrar? —dije perdido con rapidez, lo anterior no lo había escuchado bien, o si lo hice, pero no lo creía.

—Cuando estés a unos trescientos o doscientos metros de la entrada, en el bosque, conseguirás a tres hombres. Uno de ellos tiene la llave para pasar. Llámalo por su nombre, le dirás que vienes de parte de Janett Lanchester, es una orden de ella, impuesta en manzana negra. Eso debes decir, si no lo haces te pueden volver a dar una paliza y… tal vez si mueras, porque en las afueras del castillo no existe la piedad para los que desean ingresar sin autorización.

—Eso quiere decir… ¿Que en verdad estoy vivo de milagro?

—No, eso nos quiere decir, que estás muerto y en verdad esto es el cielo.

—¡No! ¿De verdad? ¡Rayos no puede ser! Entonces no te pude decir lo linda que eras...

—¿Qué? —exclamó impactada—. ¿Crees que lo soy? —Llevó la mano a tocar su pecho.

—Claro, ¿por qué crees que te vi todo el tiempo?

—Uhm, en verdad miento, porque sigues vivo… ¡pero eso no me lo esperaba! —expresó sorprendida, yo quería que me tragara la tierra. De verdad pensé que en aquel instante estaba muerto. La princesa Janett también tenía faceta de mentirosa.

—Debo irme —aclaró sin contratiempos—, la puerta de salida está al fondo a la derecha, por la zona del Redmond. Hasta luego. —Se levantó con agilidad, y sin necesidad de tocar ni observar nada, salió de la habitación sin ayuda. Yo la vi sin decir nada, le iba a decir adiós, pero no me esforcé para decirlo. Al final no salió mi voz, se había escondido la muy cobarde. Poco tiempo desfiló para que me diera cuenta de que no dijo el nombre del caballero que antes había mencionado.

—¡Espera! ¿Cómo se supone que voy a conocer el nombre?

Janett ni nadie me respondió. Ahora… ¿Cómo demonios se suponía que iba a saber cómo se llamaba? Estaba arruinado, tenía la llave para entrar, pero no sabía cuál de las mil puertas había que abrir.

Capítulo 12.

Dejé la cama al instante: estaba pulverizado. Si de verdad me encontraba en alta según esa tal Lucy, entonces danzaba con la parca al ritmo del dolor y sufrimiento. Mi brazo izquierdo estaba vendado y si lo movía mucho, empezaba a sangrar de nuevo. Al salir, admiré los largos y espaciosos pasillos del palacio; eran una genialidad: techos de arce exquisitos y pisos tapizados, marmoleados dorados y paredes de escarlata. Había cuadros por doquier e incluso hasta cuadros pintados con más cuadros dentro. Eran espejismos transpuestos.

Francis Bacon, Roy Lichtenstein y Willem de Kooning eran algunos nombres de las obras exhibidas que tenían firma, eran tres de los mejores artistas del mundo con un pincel, un trozo de papel y cuatro tonos de blanco, se hallaban envueltos en un deleite vanguardista y de agudo encanto. «Entregado con cariño para la realeza mágica de los Olivos», escribía en la mayoría de las muestras de arte. Y como había dicho Janett, al fondo y hacia la derecha, abrí una gran y elegante puerta de cedro con incertidumbre, no quería encontrarme sorpresas y menos de un caballerizo. Si llegaba a chocar con algo más, estaba seguro que lo iba a pasar terrible. Por suerte, no hubo nada raro por el camino.

La zona del Redmond era fascinante: contenía una fuente barroca de agua tratada, y una pecera enorme de estilo americano. Me acerqué al tanque acuático y pude observar varios «Bocachicos» y un extinto «Pimón», el pez legendario de las tres aletas. Si tuviera alguna cámara hubiera tomado una foto para mostrarle a papá, pero solo los ricos se podían dar ese lujo y a mí tampoco me gustaban las cámaras, muchísimo menos las fotos.

La temática del Redmond era náutica y me agradaba, la anterior era de un relieve más artístico, y parecía que cada sala y habitación que cruzaba, tenía vida propia entre sus paredones adornados. Al final, otra puerta de buen calibre estaba al fondo, y no tardé para abrirla al ser la única que restaba. De inmediato una luz penetrante asaltó a mis ojos, casi tuertos, que se dolían de lo anterior. Los cerré, y cubrí mi cara con la única mano que podía seguir moviendo.

El brillo se acentuaba con lentitud y pude observar lo que era y, sin darme cuenta, uno de mis sueños de niño se había cumplido… por fin estaba dentro del campo amurallado del castillo.

Las tierras eran tan deslumbrantes y extensas que no tenían fin divisible, lo que si lograba distinguir eran las altísimas murallas: nubladas, cementadas y ventosas a lo largo del trayecto. Había ejidos que se iluminaban solos y cambiaban de parecer con la luz diurna, y zonas verdes que contenían un color más claro que cualquiera de las vegetaciones adyacentes en las afueras. Una eminencia hecha

naturaleza era la extensión natural que acompañaba al Olivo real.

Y, por último, casi como una especie de trazo trabajado por seres celestiales, eran los imponentes bambús de tierra fría, que se remarcaban en los bordes de la colectividad de las tapias, todo aquello era un escenario estimado por el mundo; agraciado en belleza y hermosura. Lo intrigante, era que casi se consumaba el verano y se veía como primavera, no sabía que podía existir algo así; pero había una rareza en aquel lugar que hacía la diferencia a todo lo que conocí.

Un bosque pequeño también nacía en la zona de reyes, en la parte de las estatuas; conocía de ello porque mi abuelo relataba infinitos cuentos sobre eso, y como él había intervenido personalmente para no derrumbar la edificación histórica, con la maquinaria puesta en marcha para construir y preservar el olvido. Pero lo triste era que siempre me decía que el rey se había olvidado de él… y nunca superó su rencor hasta el día de su muerte. Tal vez con suerte podría contarle al rey sobre mi abuelo.

Deambulé por los vastos campos y conseguí la ruta para salir a través de la puerta principal, la verdadera, la que era defendida por salamandras a los costados. Era impresionante, tenía como unos diez metros de portento en roble acerado, se decía en bares que había sido tallada por los mejores ebanistas a fin de evitar motines en contra de la realeza.

En definitiva, no me topé con nadie más. Respiré con templanza, abandonando las futuras zozobras, porque no existía nada mejor que sentirse feliz de buscar salida. Tal vez había comenzado la aventura más grande de mi vida —sin creérmelo—. El palacio revestido de castillo real, más que tener tanto misticismo y gloria: estaba vacío de vivos a sus alrededores. El colindante de la llanura que juntaba aquellos valles, ordenados con pericia en la división de un muro, no era más que una belleza para almas solitarias. No existía otra forma de pensarlo, un poco más ahí e iba a sentirme con una tristeza insoportable. Giré las imponentes manillas de la puerta y el sonido de la madera alargándose en el tiempo era retumbante. Y salí.

Al dar unos escasos pasos, volví hacia mi alrededor. Estaban todos y cada uno de ellos, los que me habían acribillado por órdenes y otros con complacencia: las salamandras y los protectores.

Me comían con la mirada distraída y anhelaban deshacerse de mi esqueleto para echarlo al río. Mi verdadera preocupación era dónde había quedado el recuerdo de mi bicicleta, sin embargo, un hombre robusto como de dos metros apareció con ella antes de seguir pensando.

—Te felicito chico, lograste conocer a la futura reina sin un pase de entrada —dijo imponente, era un señor de bigotes largos y desordenados, tenía la espalda ancha y el traje percudido, me entregó

la bici y sentí pavor al verlo de cerca.

—No quería conocerla, solo vine a devolver lo perdido —respondí sin lamentar, aquel hombre afirmó su mirada. El resto de protectores y salamandras le veían con respeto, y, por ende, a mí también.

—¿Qué le dijo la princesa?

—Debo volver, porque desea saber mi progreso con las heridas que me dejaron sus hombres —Cambió su talante de inmediato, no pareció gustarle mi contestación.

—Lo siento… pero no creo que vuelva.

No respondí, pero lo miré resuelto sin mostrar temor. Aquellos hombres no respetaban la decisión de la princesa. Al segundo, añadí:

—¿Por?

—Es un intruso clase dos —sentenció franco—, cuando tienen ese número lo normal es que estén bajo tierra —Quiso intimidarme, yo no le dejé hacerlo. Igual estaba muy dopado por los medicamentos como para caer en esos trucos psicológicos, aunque si estuviera cuerdo, lo más probable es que me hubiera orinado hasta dos veces en los calzoncillos. Retuve mi brazo enyesado —que sangraba un poco—, lo miré a los ojos y le dije:

—Estoy arriba de la tierra, señor. Si la princesa desea verme mañana, aquí estaré —no me perdió de vista para matarme, aunque no lo hacía porque sabía que no podía. Me inspiraba mala espina aquel desconocido, no tenía buenas intenciones.

Tomé la bicicleta, que aún funcionaba, y volví a tomar calle para mi regreso. Ellos querían que cayera, porque veía piedras colocadas de mal agüero en el camino de vuelta, pero no les di el gusto de derribarme. Aunque en ese instante, me sentía tan liviano que cualquier descuido podía suceder. Lo bueno, era que mi habilidad con la bici era diferente, porque pedaleé sin problemas con la mano funcional hasta regresar al Collado. Ahora mi pensamiento se reducía en qué clase de excusa, era lo suficientemente creíble, para decirle a mamá y convencerla de que me había caído de una forma… un tanto diferente, eso sí, y que también conseguí malograrme de pies a cabeza con infortunio.

(…)

—¡Dios santo! ¿Qué te ocurrió? —expresó preocupada mientras venía a detallarme.

—No es gran cosa, me caí… —le dije tímido, el cuerpo me ardía de forma insoportable.

Mamá tocó mis heridas y puso su palma entera en mi frente, sacó del estante un viejo envase de alcohol etílico y medio limón.

—No tienes fiebre, pero esto te lo mataré con limón —dijo mientras sostenía el brazo donde tenía una violenta cortadura.

—¡Mamá! ¡Ahí no! ¡Es aquí! —le señalé con estrépito hacia el otro brazo enyesado, ella intuyó que estaba bien en la protección del material, porque solo le importó la otra extremidad, y lisonjeaba con un paño de algodón el resto de mi herida.

Bramé del dolor por el líquido discurrido en la piel y el exceso de gotas bañaban el suelo. Era cierto, si dolía como los demonios, más que en el brazo con el yeso: era un corte profundo y no lo notaba por estar preocupado en responderle.

—Ahora me dirás —amenazó, entretanto guardaba el alcohol en la cocina y el limón gastado —. ¿Dónde estabas, y quién colocó ese yeso?

Abrí mi boca, pero me detuvo antes de responder.

—No me mientas, voy a descubrirlo de todas formas, tramposo.

Miré hacia un lado con estado de culpa, era imposible esconder una mentira frente al ser que me había dado la existencia.

—Estaba en los Olivos.

Mamá agitó el semblante que retenía y había pulsado su botón de histeria del juicio. Antes de que dijera cualquier cosa, volví a defenderme con la verdad:

—En el real, en el palacio…

—¿Cuál palacio? —preguntó, en un intento inesperado para drenar su rabia.

Mamá admiraba todo lo que tenía que ver con la realeza, incluyendo los Olivos.

—En el de la reina y el rey. El mismo y verdadero. El único que siempre has querido conocer.

Se extrañó por descuido de pensares, y luego fue tanta la impresión, que se fue a sentar para procesar lo que había declarado.

—Entonces… —Acarició una copa de la mesa y la balanceó de un lado hacia el otro—, ¿estuviste con el rey y la reina?

—No los vi, porque debía devolverle algo a alguien.

—¿A quién?

Paré un rato para contestar, una diminuta gratitud salió de mi boca. Había hecho algo genial.

—A la princesa.

—¿Tenías la reliquia que buscaba la princesa? —preguntó y atinó sin tardarse.

—Eso… creo —expresé, sin todavía creerlo.

—Hijo… —dijo largamente mientras contuvo un aire que botó al mismo soplo—. ¡Felicidades!

—¿Mamá?

Su inesperado abrazo fue particular, pero frenó su deseo al verme tan adolorido.

—Pero espera, Claude, ¿entonces qué fue lo que sucedió? No

puedo dejarlo pasar.

—Es extenso, pero en resumen… —fui a reposar en el sofá y recosté mi cara mirando al cielo—, vi a la princesa, ella me atendió con lo que creo era su enfermera personal, le entregué lo que tenía y bueno, aquí estoy.

—Espera… —parpadeó varias veces seguidas mostrando atención y orgullo—, es sorprendente.

—Lo sé, y lo peor es que mañana debo volver.

—Pero… no entiendo algo.

Me erguí con la velocidad que pude y no quería darle más explicaciones, conociendo a mamá, iba a preguntarme hasta el cansancio el porqué estaba tan malherido.

—Iré a descansar. Mi cama ya está fría y las sábanas me están llamando.

—Espera, algo no me cuadra… ¡Claude! —dijo mirando perdida entre sus deducciones erradas. No tenía pruebas ni relatos específicos de mi parte. La había burlado con éxito.

Cerré la habitación, y aunque mamá pretendía analizar mis palabras, nada le concordaba. Al final era tarde y no hubo más, solo un entregado y meditado sueño. El sol se había ocultado horas antes y mi forma era sencilla: me encontraba sensible. Hecho pedazos en cada centímetro del cuerpo, y combinaba las sensaciones de angustia y complacencia en un inaudito marco de sentimientos encontrados. Lentamente fui a mi cama y me arrojé en ella. Hice mis esfuerzos hasta intentar alcanzar el medio de la cama y lastimaba la incomodidad del brazo enyesado, aunque no fue un problema latente, porque el recuerdo del asombroso día que había vivido estaba presente en mi mente.

Había visto a la princesa dos veces, y en una de ellas fui capaz de enmendar mi timidez. Un ahogado grito en mi pena de muerte, que era lo más indeseado e improbable que podía imaginar, había salido a la perfección como una nueva ocasión. No dejaba de sonreír, porque la fortuna brilló para mí por primera vez en mucho tiempo.

Quería que las horas volvieran y los relojes se adelantaran, mi corazón se impacientaba. Estaba ansioso, quería volver al palacio y mirar a Janett. La verdad, no sabía ni conocía de sentimientos, pero estaba muy animado porque el día siguiente iba a ser mi oportunidad de demostrarle lo mejor de mí. Aunque sonara tonto y repetitivo; estaba muy feliz, moría de felicidad —y de dolores—, eso sí era innegable.

Capítulo 13.

Había abierto mis ojos ansiosos, llevaba así desde que desperté. Mamá lo adivinó con facilidad, estaba proyectando alegría.

—Claude.

Estaba distraído mirando hacia la ventana. Pensaba en Janett y en lo que le diría hoy al verle. Escogía desde mis musas muy buenas opciones. Quizás un hola con una sonrisa o un apretón de manos, acompañado de una dulce mirada pese a que no viera.

—¡Claude! —gritó acalorada. Abrí confuso mi atención hacia ella, mi cara alargada mostraba una certeza bien definida, porque estaba gozoso de pensar tanto en una princesa.

—Lo siento. ¿Dijiste algo?

—Estás pensando en ella, deberías tomar la sopa, se va a enfriar.

—Ah, sí —Miré la sopa y no tenía hambre, se veía espantosa. Una mosca muerta en un borde con las patas elevadas me había declarado que lo ideal era no dar bocado. En un descuido de mamá, agarré el plato y boté la sopa por la ventana. Ella escuchó y yo hice de cuenta que la había tomado.

—Muchas gracias. Estaba deliciosa.

—¿Tan rápido? Debes estar muy contento.

—Sí —dije mientras me levantaba—, debo ver a la princesa, ya me siento mejor de la paliza de ayer.

—¿Paliza?

Mierda, lo había dicho. Estaba tan perdido pensando en ella que no pude repararlo.

—Sí, es que ese árbol estuvo rudo, fue como si me hubiera dado una terrible paliza.

—Muy bien dada, por cierto —recalcó asombrada entretanto lavaba los platos.

—Mamá… Algo se está calentado. Huele a quemado.

—¡Oh no! —manifestó en estupor—. ¡Los frijoles quedaron afuera! — Corrió al patio mientras yo le seguí de cerca. Estábamos asustados porque había bastante humo. Pero al final no pasó a mayores, lo seguro era que nos íbamos a quedar sin almuerzo para la tarde. Y verme sin comida, era como entrever un fantasma penando en la eternidad, me ponía débil por la furia del estómago.

Todo se había quemado, menos la capa superficial que sobrevivió al estar en aire.

—Se logró salvar algo, mira.

—Si tu papá estuviera aquí, no comería esto ni enfermo —dijo al mismo tiempo que usaba un cucharón botando lo incomestible.

—¿Lo extrañas? —susurré cauto, mamá volteó a ver hacia otro lugar.

—Claro que lo extraño, igual te extrañaba a ti.

—Sí, pero llevas muchos años sin estar con él, por más de dos semanas seguidas. O bueno; siquiera un año, siempre deben separarse —Mamá dibujó una sonrisa de lástima, y entendió lo que trataba de decir.

—Está bien. Claude, tenemos que ser fuertes —dijo decidida—. Sabes, en el amor a veces pasa esto, debes distanciarte por algún tiempo de quien quieres, pero es por el bien de todos.

—¿Cuál?

—Tú —me dijo nostálgica, no supe qué decir—, y déjame decirte que ha valido la pena. Eres nuestro tesoro.

Sonreí incomodado y hasta forzado, era raro tener aquellas muestras de cariño con mamá cuando se había incinerado el almuerzo, pero en el fondo, me sentía un completo afortunado. Mis padres eran los mejores. Habían sufrido tanto por estar juntos y se amaban con inmensa locura. Desde que tenía memoria, los observaba juntos y tomados de las manos.

—Algún día entenderás que la distancia une más que nunca a dos corazones. Tu papá y yo somos así. Solo espero que la princesa pueda comprender, valorar el hermoso corazón que tienes.

—Mamá no… —expresé confuso—, no creo que le guste, ni me ha visto.

—¿Qué no? Muy bien que sí. Quítate ese mal agüero que tienes: eres hermoso, recuérdalo.

Me fui de ahí y organicé mi bici que estaba recostada en el tablero de la puerta. Le respondí:

—Soy lindo porque me ves como un bebé, las mamás dicen eso. ¡Todas las que existen lo confirman! Y nunca lo dejarán de decir.

—Claude… —Desaprobó tierna, siempre había sido duro conmigo—, si fueras un chico feo, te lo hubiera dicho desde hace tiempo. Pero no, eres simpático, así como tu papá. ¿O acaso crees que me casé con un hombre feo?

—No mamá, si no que…

—Dices tonterías, te ves interesante hasta diciéndolas, porque soy una enamorada de ti. Si te digo esto, es solo la verdad. No sirvo para mentir y lo sabes.

Amaba tanto a mamá, siempre me llevaba al cielo con sus dulces palabras y le creía cada cosa que decía. ¿Cómo podía mentirme? Era imposible, porque el amor de madre era el más cercano al real. Me gustó aquel instante con ella, y ya debía irme a encontrarme con Janett; la puesta del sol estaba en su punto álgido y era el momento para hacerlo.

—Cuídate, voy a ver si puedo cocinarme algo. Si la princesa te invita a comer, come allá, aquí no queda nada más que esto en

brasas.

—Está bien. Te quiero.

Me picó un ojo mientras deseaba saltar de alegría como lo hacía cuando era un niño, pero no lo hizo por la paila tostada. Antes de irme, mamá me dijo más:

—¡Claude! ¡Cornelio está en la plaza! ¡No te vayas sin antes saludarlo!

—¡Está bien!

Partí con brío y ansia, estaba sumergido en una nube que no se precipitaba con nada. A fin de cuentas, llegar a la plaza en Rumpler era como salir del baño de mi cuarto, quedaba a unos metros de la salida. La plaza adornaba mis pedales en un chasquido y, desde lejos, vi a Cornelio. Elevó la mano con un gesto que conocía: deseaba encontrarse con su suerte.

—Vaya, vaya… ¿Pero qué pueden degustar mis ojos? —indicó divertido.

—Amigo —le dije cuando iba frenando la bici—. Tú siempre con tus frases excéntricas.

Se reía con un tosido, se le veía arrollado por la gripe.

—Disculpa, he estado comiendo mucha berenjena estos días y cuando se acerca la primavera me desgano como un puerco.

—Extraño que lo digas, cuando eres uno —admití con jugueteo.

—¡Oye! Que arree ganado y cerdos no quiere decir que lo sea. Nunca juzgues a un niño por su inocente condición.

—Parla barata es lo que dices, dime, ¿qué quieres?

—Dos años sin vernos e imploras buscarme una temprana decepción… eso suena a que hay algo invisible en la corriente de nuestras energías.

—¿Energías? Estás bien loco —No le entendí ni media oración—. En verdad han sido como tres, pero tú vives en tus cuentos raros, no sé qué decirte.

—Pero dímelo, y mejoro por tu sonrisa, porque te veo feliz… y me alegras —Cornelio se detuvo a indagar en su bolso raído y majado de polillas para sacar algo.

—¿Sí sabes dónde voy?

—No hallo lugar.

—A los Olivos —Cornelio abrió sus ojos pasmados, porque conocía mis pasados de muerte.

—¡Eres masoquista! —declaró siniestro— ¡Amas el dolor propio más que el ajeno! ¿Qué diría de ti?, oh Morfeo, que hace dormir a tu encarnada tristeza… —dijo tarareando como si estuviera cantando, carcajeé por eso: Cornelio era tan insólito y extraño, que no existía forma de dudar sobre lo profundo e incoherente que sonaba algunas veces. Siempre cerraba las frases como creía que era correcto, y se

lucía cuando menos lo esperaba. Sacó una piedra rara —al igual que él—, del viejo bolso que se colgaba al hombro. Es una roca de melaza endurecida, se usa para las personas que extrañan los atardeceres oscuros —me dijo sobrio, en un intento fallido de filosofía o lo que fuera haya sido.

—Gracias. No sé para qué servirá esto, supongo que para eso que dices. ¿Puedo lanzársela al menos a alguien?

—Si quieres —aprobó serio.

—Entonces te lo agradezco, y no te conté lo otro… —le dije mientras limpiaba un resto de suciedad de la bicicleta.

—Hay más, aunque creo tus ojos ya lo dicen.

Adopté una posición burlona por las recitadas necedades de su habla, Cornelio se había fumado un buen veraniego o tal vez muchos “puros” seguidos en un día o tal vez era mi parecer… ¿Qué clase de distorsionado cerebro existía en él? Era una incógnita universal.

—Adivina si puedes, míster palabras —le dije socarrón.

—Conseguiste novia.

—¡No! ¿Qué crees?

—Entonces te diste placer a ti mismo.

—¡No! —enseñé rabia—. ¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Crees que soy un lujurioso en mi soledad? —dispuse indignado.

—Se ven las caras, pero el jugueteo de los corazones es un misterio.

Nació mi sonrisa y la odié como nunca; vaya que era gracioso el imprudente.

—No, no, espera… te explico. Me pones nervioso.

—Tranquilo, te espero. Tengo el día liberado de obligaciones banales.

—Yo diría que estás hibernando como un oso, y tu tío, ¿desapareció?

—Lleva dos días así —señaló, serio—, no hemos podido saber qué pasó con él. Quizás sea por mujeres, ya sabes, son su perdición.

—Cuando dices algo así me pongo triste. Es un buen hombre.

—No temas, aquí todavía le sigo esperando, pero gracias por decir eso.

—A ti también, a veces no entiendo cómo puedo confiar tanto en tus estupideces ilimitadas.

—Son auras, y ener…

—Veré a la princesa —le interrumpí—. A una de ellas. Ayer me dieron una paliza y ella consiguió librarme de hacer huérfanos de hijo a mis padres. Cornelio profesó con picardía y su alegría sobrepasó a otro tono.

—Lo sabía, te iba a sobrevenir pronto algo muy bueno. La princesa amigo, eso es otra historia muy diferente —sonrió demasiado y con

ojos posesivos, se veía hasta más contento que yo. No le respondí, ¿ahora qué absurdo iba a decir?

» En el karma, cuando lo tocas sin haberlo vivido… solo te espera lo mejor y ya estás en ello. Disfrútalo con toda la locura que puedas.

—No… —Había entendido mal—. No soy nada de ella, ni creo que lo sea.

—Lo serás. ¿Por qué dudas lo que es para ti?

—Espera, ¿cómo vas a decir que me corresponderá, si apenas la conocí ayer? Además, es ciega —bajé mi voz.

—No diré más. Está perfecto —colocó su brazo con afecto hacia el mismo nivel de mis hombros—. Te irá fenomenal, me alegraste el día en tan pocas palabras... Me mantendré a la raya con la cháchara por tu noticia, es hora de sacrificarse en nombre de la amistad… hasta el final de la noche. ¡Lo juro por ti! —apuntó su índice hacia el cielo

—¡Genial! —le dije contento e irónico—. Salvarás muchas vidas.

—Solo espero haber contribuido a salvar la tuya.

Asentí sus palabras, y ya se había ido. De verdad lo sentí para mí. Cornelio era una gran persona, a veces pensaba que era mi mejor amigo, incluso superando a Travis, pero luego recordaba su peculiar filosofía de amistad: «No eres mi amigo, eres mi alma afín de compañerismo mutuo e íntegro» y se me pasaba aquel sentir. Entre duraciones y caminos diferentes, solo restaba comprender los cuidados de los corazones a capa y espada ensangrentada, porque el mundo estaba podrido desde antes de comenzar y el egoísmo… era el pan venerado del día a día. Agradecía conocerlo —aunque no se lo dijera por ser un “hombre de orgullo masculino”—, todavía existían y perduraban las intenciones nobles en el corazón.

(…)

Había atravesado el Collado, Valle y cualquier otro sendero que fijara el destino hacia mi meta. La bicicleta estaba empantanada, una tierra blanda me había volcado el rin entrando al Valle de los Lamentos. Los cielos estaban grisáceos y se les preveía dispuestos a llorar a toda máquina. Por lógica, no deseaba mojarme antes de tocar la gran puerta. Si ella me viera húmedo luego de haberle declarado que me cuidaría como un bebé, eso sería una poderosa razón para romper otra promesa.

Pero fallé, la lluvia se había escapado de sus nebulosos contenedores. En efecto, me empapaba como una hoja digerida y babeada por jirafas hambrientas. No había traído sombrilla, y me lamentaba por la torpeza y desgracia de ser tan olvidadizo. Ni la princesa ni la sombrilla; estaba sin nada, sonaba espectacular para

una obra de dramaturgos melancólicos, pero no era aquel ejemplo, el día estaba nublado al salir de Rumpler y no había hecho caso.

Encaminé mi trayecto cubriéndome con lo que podía, desde la sombra del cobijo de los árboles. Los Olivos estaban a la puesta de un par de firmes pedaleos, no faltaba tiempo para estar allí y, sin embargo, para mi inesperada sorpresa: un protector diferente a los que vi aquel día, estaba entregándose con furor e inclemencia, y se dirigía hacia donde yo estaba.

«Maldición, lo sabía…», me llené de impotencia, mientras cambiaba la ruta hacia otra zona instalada de camino al palacio. Supe que ellos no me dejarían pasar como yo quería.

Lo había esquivado con intrepidez y logró esfumarse de mi vista, respiré con sosiego por el sentimiento de inseguridad que se había evaporado, no obstante, lo peor ocurrió. Venían hacia mí en todas direcciones, eran caballerizos y cada uno jineteaba un caballo de distinto color. No hubo manera de evadirlos, me habían cazado.

Cuando se trataba de proteger a los Olivos: los protectores se encargaban de velar por sus alrededores, las mujeres de hierro o salamandras como las conocían, protegían los muros y las puertas, pero los caballerizos daban su vida por la realeza, afuera o dentro del palacio. Estaban capacitados para cualquier cosa que se les ordenara, y a diferencia de los dos anteriores… ellos sí cumplían sus misiones y si era de morir, lo hacían en batalla, porque no dudaban.

La adrenalina corrió por mis venas dispuesta a derramarse —y perderse si fuera necesario—. Me monté en los pedales con la valentía de un enano entonado, y comencé a darle a todo pulmón con tal de eludirlos por el mayor tiempo posible. Mi mayor problema, era como conseguir superar al caballerizo que tenía enfrente, estaba al norte, como si fuera la puesta de una montaña, así que, sin plan alguno, corrí sin organización ni amor propio hacia él.

Fruncí la cara con una decisión imperturbable: era la vida mía que estaba en juego y no existía más oportunidad para escapar. La locura se había aliado conmigo.

Capítulo 14.

Se abrasaban las piernas por el esfuerzo sobrehumano: estaba en mis límites. Apenas había superado unos cuantos minutos de nerviosidad. Estaba a 200 metros del caballerizo en su caballo y no tenía ni un atisbo de buena idea ante ello, no sabía cómo impedirme chocar contra un animal que venía a velocidad de salvajes. Estaba acoplado y encañonado entre sus pezuñas, que parecían chirriar fuego ante la dura erosión de la tierra marchita.

Me estaba envenenando con la pensadera, no me llevaba para algún lado que fuera provechoso y mi tiempo se acortaba a pasos agigantados. Liberé ambas manos del manubrio y fui dando trazos más largos, aunque con un esperado agotamiento irreverente. El tanque de adrenalina había cesado sus funciones casi por precepto.

Retenía una bolsa pequeña en la mano y algo me molestaba, cuando pude entrar en cuenta… lo había recordado:

«¡La piedra de Cornelio!»

Acaricié su pegajosa textura empuñándola en mi mano derecha, escondida de la vista del enemigo. Al instante, recordé lo que le había dicho unas horas antes. «¿Puedo lanzársela al menos a alguien?». «Si quieres».

Decidí canalizar mi desesperación a través de mis manos… porque a diferencia de ellos, yo tenía ambas extremidades libres. No lo pensé mucho y ejecuté a propósito un meneo extraño, donde columpié mi brazo al aire, "buscando un arma" para conseguir lanzarle al caballerizo. Él me vio sin inmutarse, descubrió que no había alcanzado a tomar nada del campo o de mi bolsillo. Mentí, enojándome conmigo mismo, por no conseguir lograr mi cometido, y ya a metros de mí, al tiempo que el caballerizo se puso en marcha para dar el acecho definitivo… había desfallecido en mi trampa.

Saqué la piedra de melaza escondida al interior de mi puño y lancé directamente a la visual de su caballo. Para fortuna de tontos, había acertado el golpe. El caballo frenó en seco por el instantáneo dolor adquirido. El caballerizo, buscando mostrarse fuerte ante la adversidad, perdió el control del animal. En aquella estrecha algarabía, consumé mis fuerzas restantes para escapar de las garras del mal con que me venían, y cuando se dio la vuelta con el caballo mientras la melaza le coloreaba su cara parda, el caballerizo, que antes estaba al frente, no consiguió seguir mis pasos, se estancó por el camino.

—¡Muy bien! —expresé con hurra de triunfo, estaba dispuesto a seguir hasta el fin, porque el amor valía hasta lo invaluable. Sudaban mis manos como la primera vez que conocí a Janett, morían mis piernas y no pillaba más energías para salir adelante, los demás

caballerizos acudían a mí con su poderío, entregados a finiquitar mis juegos pesados de infante.

«No lo conseguiré, no voy a durar» establecí esforzándome todavía más, estaba en el punto de quiebre… y veía al palacio tan cerca… pero el mismo no quería sentir mis desgastadas ruedas atravesando sus exclusivos pastos.

Bajé la velocidad con progresión hasta dejar el pedaleo atrás, y el ardor se había marchado… Mi explosiva voluntad estaba expirada y el estallido cobraba alma. Volví a comprimir mis dientes, impotente y encogido de la cara, rasguñé mi piel con las uñas, sosteniendo el volante con toda la fuerza posible. Era humano y me cansé como uno.

Los caballerizos estaban a un paso de poner sus metales en mis hombros. Respiraba desesperado para reciclar el poquísimo aire que recibía. Luego de la locura que se me ocurrió, me había despojado de la bici.

Los tres se detuvieron ante mí, rodeándome de forma impecable y señorial, los miré rendido entre suspiros atragantados. Vigilaban mi bicicleta de cerca para evitar un escape.

Ahí yacía, sin más que poder ofrecer. Ninguno emitió mensaje, porque me miraban como si fuera un bicho raro, sus miradas de desprecio se alargaban y me sentía intimidado. Pronto llegó el cuarto —al que le había lanzado la piedra—, y estaba colérico, aborrecido, ante la extraña sustancia viscosa que se había adherido a la cara del caballo y sus ropajes menores.

Eran los cuatro en torno a mi nombre y no sabía qué venía aquella vez, pero la amenaza se volvía un miedo infundido con bases. Estaba temblando. Tomaron una ligera pausa viéndose las caras entre sí y luego postraron sus caballos para que no se movieran, habían descendido varios.

—¿Por qué corres? —dijo el cuarto con tranquilidad. Su cara había cambiado, se le veía apacible.

—¿Por qué me persiguen? —pregunté indignado, mis respiros seguían siendo agitados.

—No sabes qué dices —respondió el segundo.

—Oigan… yo solo quiero ver a la princesa; ella me dijo que viniera hoy, y eso hago, ¿es difícil entenderlo?

—Ni sabes comprender en donde estamos…—replicó el cuarto, yo no entendía nada.

—Pregúntenle a Janett. Ella me envió. Eso es todo, no hay más.

—¿Quién es Janett? No existe ninguna Janett.

—¿Qué? —dije confundido, era un truco o una jugarreta mental que decían, o tal vez una broma de mal gusto.

—En este palacio no hay ninguna Janett ni princesas. Es solo un lugar sagrado que debe ser protegido.

—No… ya entiendo que tratan de decirme, ¿piensan que soy tonto?

—Niño —dijo el tercero, divido entre sosiego e histeria—, no vuelvas aquí, no hay nada de importante.

Dejé mi respiración acelerada en otro lado, sellé mis manos en puños ardorosos y me paré firme, como nunca.

—¡Déjense de trucos baratos! ¡Los sé todos y cada uno de ellos! También conozco sus cabales y están cansados de repetir el mismo discurso. Si no hay importancia, ¿por qué tanta seguridad en los alrededores? Cualquiera sabría que tienen cosas por esconder y no develar para el mundo.

Todos se volvieron a ver, las sonrisas coronaban sus rostros de manera perturbadora.

—Está bien —dijo el cuarto nuevamente—, entonces tendrás que despedirte de tu vida.

Sus palabras me entraron en la cabeza aumentando el miedo que estaba viviendo, habían sacado sus titánicas espadas de acero mientras se escuchaba la funda vacía por el estrenar de sus armas. No podía ignorarlo de nuevo, estaba abrazando a la muerte en un amargo rincón, como si me esperara otra vez para ser anotado con prontitud.

Lo extraño era eso: había burlado mi fin varias veces como si fuera un juego de niños, y aquella vez estaba seguro que Janett no vendría al rescate, era imposible, estábamos en una vertiente oculta de un único acceso del bosque lamentado. Al final, nada pude decir, quedé estampado de letras, ¿qué más podría hacer ante semejantes caballeros? ¿Recuperar mis energías y dar un último y absurdo intento, o simplemente dejarme morir?

La segunda era un consuelo para acabar con la consternación, mis fuerzas se habían evaporado. Pero la primera… era una fantasía recrearla. La suerte daba esperanzas a mi nombre, y todavía no creía lo que conseguía hasta ese momento, y aunque no retuviera el tiempo para pensar en eso —como hubiera querido—, mi instinto me invitaba a dejar de dudarlo, porque la insistencia había acometido a mi desgastado cuerpo entre buenas opciones, mi lucha era la excepción: tenía que darle un propósito a tantas cosas lindas de por sí. Sin embargo, ante mi improbable forma de sintetizar la supervivencia al peligro, ya no me sonaba descabellado intentar algo más.

Cuando se acercó el caballerizo con la espada, volví a correr desconcertado; pero a la vez tranquilo, era un estremecimiento. La bicicleta que custodiaban por una posible tentativa de mi parte, se había quedado desolada, abandonada a mis pensamientos. La había desechado a la intemperie, como una hija a sus padres recién desposaba. En mi ufana corrida, arribaban a mis pensares cortos

recuerdos de Janett con una rápida melodía de Beethoven, era estrambótica la resolución y se hacía paralela con mi vida real; era su risa junto con la mentira que me dijo y cuando se acercó a mí... y sentí su alma ¡aquello eran los primeros pasos de mi comenzar a vivir! ¡Janett existía! ¡Y mi sonrisa halada desde el corazón, era la prueba latente de ello!

Los caballerizos me siguieron con perspicacia mientras izaban sus espadas conociendo lo que harían, no tenían misericordia de ningún tipo, tal como había dicho ella, pero no entendí por qué no se afanaron en consumar el fin. Si iba a desfallecer ahí, debía hacerlo al estilo que me gustaba: no dejando de correr por lo anhelado. Cuando estaban a centímetros de mi cabeza, el tercero y más callado de todos, había elevado la espada muy alto por su cuenta, y se balanceaba como una goma de mascar. Iba a blandir la muerte mediante su sentencia.

Sin embargo, algo me ocurrió. Caí abajo para asombro del verdugo, un descuido transformado de salvavidas me otorgaba un nuevo chance, porque una falsa hoja que se escondía entre los arbustos enarbolados, se descubrió en medio del hueco de una piedra caliza, que era la respuesta al embrollo. Su estocada había rozado mi cabeza.

Al terminar abajo, sin darme cuenta, había pisado una calzada de vereda nueva y total; cóncava y escondida a la vista de cualquiera que se decidiera conocer el pasto. Era un túnel de naturaleza. La suerte del buen cavilar había atacado a mi depurado análisis y no me dejaba más que hacer. Lo que me rodeaba era un camino angosto, que bajaba por otra parte de la montaña, quizá un camino secreto y desamparado, pero que se veía de fácil acceso para continuar avanzando con cuidado. Aunque, si de algo estaba seguro, era que los caballos no cruzarían por esa zanja. Era demasiado angosta.

Los caballerizos se postraron esperando mi salida y para desconcierto de ellos, salí disparado hacia el paraíso revelado a la puesta de mis ojos. Las energías perdidas se habían restaurado y sin tomar bebida, era lo bueno de la juventud, un respiro y se reiniciaban desde cero.

Mientras me alejaba, bajaron dos caballerizos eufóricos por el sendero oculto junto con sus espadas, y fueron raudos e intrépidos al descender de sus caballos, mi diferencia ante ellos, era de unos diez segundos de ventaja. Todo aquello lo pensaba entre intermitencias mentales, y solo veía hacia adelante e intentaba no chocar con alguna rama mal puesta en el camino, para así evitar a toda costa otra caída, porque si terminaba en el suelo era probable mi fin.

A pesar de utilizar botas, eran extremadamente rápidos, yo atajaba algunas plantaciones y dejaba obstáculos estacionados en forma de troncos y madereros que nacían clavados en la tierra, los pisaba con

intención de generar problemas. Cuando volteé a estimar la distancia de sus pasos, observé uno de los perseguidores, y había colisionado en una de las trampas. Restaba uno: el tercero. Aquel hombre estaba sediento por acabar conmigo.

Era una locura ineludible, no sabía dónde llevaba el camino, pero por intuición estaba andando hacia el sureste porque no veía el lago por ningún lado. Había pinos enormes tapando las visuales del muro. Estaba enredado y enmarañado, no conocía que otra ruta podía alcanzar.

Cuando de repente, en unos segundos de zancada, los pinos finalizaron e iniciaban a aparecerse los árboles corrientes del Olivo. Sin embargo, para lamento propio, me había extenuado. Mis piernas no resistieron más recorrido, estaba en el clímax del esfuerzo. También me raspé los codos y mi herida del día anterior se agrietaba con repetición, producto del tropiezo. Expresé dolor en el cansancio y mis piernas y codos eran un infierno; las primeras por el uso excesivo y los segundos, por la abertura reciente de nuevas heridas, eran las joyas del desastre.

Llegó el caballerizo con su espada, desenfundada y sigilosa, entregado a acabar conmigo. Cerré mis ojos y supe que mi final venía de verdad. Aunque de nuevo, como si estuviera creada para venir en los peores momentos, la cara de Janett se asomó en lo profundo de mi sentir.

«No le pude decir que me gustaba», sopesé con forzada nostalgia y la mandíbula comprimida, era posible morir por amor sin siquiera haberlo vivido.

Quedé flotante en la incertidumbre, desahuciado del cuerpo por tantos planes erráticos en decisiones obtenidas. Mi madre llegó, luego papá y después el abuelo con una frase típica: «No entiendes las cosas hasta que te suceden, o… ¿por qué piensas que los magos no revelan sus trucos?», fue desesperante imaginarlo, pero intuí por dentro que se tardaba aquel hombre en decretar la muerte, había pasado segundos y mientras me perdía en el tiempo… de forma minuciosa, con mesura y cuidado de reyes, abrí mis ojos esperando un milagro.

Así sucedió. La espada del caballerizo estaba por encima de mi cabeza, congelada por unas carnudas pinzas de misericordia que brillaban sobre mi cabellera humedecida. Se había detenido el curso de mi fin y no sabía a ciencia cierta el porqué: tenía que descubrirlo.

Capítulo 15.

Cuando miré hacia arriba, era Bruce, uno de los tres hombres que estaba a la vigilancia de mis fechorías mediante el uso de las redes.

—Jocary, ¿qué intentas hacer? ¿Por qué piensas matar a este hombre? — dijo Bruce, ¿me estaba defendiendo? O quién sabe… estaba cansado para averiguarlo porque solo esperaba la hora de mi fallecimiento «¿Hasta cuándo va a durar todo esto?».

—Deberías apartar tu mano. El "hombre", al que llamas, intenta entrar al palacio y debo evitarlo a toda costa con su muerte.

—¿Te lo repito, Jocary? ¿No entiendes? ¿Por qué matar a este, cuando podemos darle una buena dosis de sufrimiento?

—Mejor muerte, es más efectivo.

—No, no todo se soluciona matando —Bajó su quijada hacia un lado—. Por favor, cuando vas a entender que no a todos los podemos matar. No eres dueño de la vida de los invasores, eso no te corresponde a ti.

—Por tal permisividad estamos nosotros, ustedes solo generan más problemas a la realeza. «La Secretaría de Órdenes» no desea más de los que ya tiene consigo.

—Si intentas matar a este chico tendrás problemas, pero conmigo.

Una impetuosa y superflua discusión en medio de la nada, daba lastre entre aquellos hombres encarnados. Sus diferentes puntos de vista y la disputa de un juicio abierto a través del debate, condimentaban una decisión muy simple: era vivir o morir en sus manos. Si Travis estuviera aquí, estaría muerto de la risa viendo el alboroto de unos lobos que eran incapaces de matar a un gallo. Nadie era amigo de nadie en los Olivos, eso estaba claro.

—¡Maldita sea Jocary! ¡Quita esa maldita espada de mierda si no quieres un verdadero problema conmigo! —maldecía Bruce, grosero, la espada estaba cercenando los contornos de su mano que sangraba y a su vez salvaba mi pellejo. Era irónico que estuviera ahí, apoyándome, sin darse cuenta de la circunstancia favorable que fundaba para mí.

—Cuando entenderás que fue un accidente… —aclaró Jocary. No entendía nada, Bruce había transformado su expresión y la sangre suya corría por mis cabellos.

—No seas señor de algo que no eres —dijo alguien más que se acercaba y miraba omnisciente a unos metros de distancia. La sombra se había estirado y dictaba presencia. Era un hombre vestido de terciopelo con suma finura; era el tercero del día de la red, el misterioso que nunca habló—. No te pertenece la muerte, por eso eres el peor de todos los caballerizos.

Jocary había mitigado y apartado su espada al mismo instante de

escucharlo. Descendió su mirada a las ramas despellejadas como un hijo regañado, mientras Bruce lo único que hacía era apartar su mano de mi cabeza para mirarse la cortadura.

—Debes estar cansado… —me dijo pensativo. Dirigí la mirada hacia él como pude, mi respiración seguía agitada, mi mano reposaba en el yeso roto y también ensangrentado. Pronto se acercó más el misterioso, Jocary y Bruce le veían sin despabilarse. Se puso a mi altura con rodilla en tierra.

—¿Qué te dijo la princesa? —replicó optimista. Mojé mis labios y titubeé la respuesta.

—Manzana negra… impuesta por Janett Lanchester —cerré mis ojos pensando en el resto, lo había dicho bien; batí un poco mi cara y seguí—: El nombre no lo recuerdo… eso dijo—. Me cansaba más, estaba hecho pedazos. Él susurró una frase que no escuché con exactitud.

—Hombre insolente u hombre infeliz, ambos son la misma cosa, pero solo uno puede ser digno de vivir feliz —Le vi sonreír con los labios, lo supe por entreabrir mis ojos—. Eres insolente pero digno, felicidades, porque son buenas noticias para ti. ¡Bruce! —Volteó a verlo—, llévalo al carruaje con cuidado, está agotado y sus heridas fluyen. Bruce asintió su pedido.

Vaya… me había salvado, y sin tener el nombre. Quizás no era necesario.

—No es relevante el nombre si es lo que piensas —acertó. Me asusté, reconocí que leyó mi mente o era un intento de «tarot» acertado. Había chocado con la persona que Janett dijo, porque además así lo sentí… era insólito, de toda incredulidad.

«Bendita suerte, ojalá nunca termines» prorrumpí con agrado entretanto me llevaban cargado a sus hombros Jocary y Bruce. Cerré mis ojos y dormí un rato al estar acostado en la madera, concebía alivio… La muerte debía esperar, porque primero era mi turno para ir a encontrarme con Janett.

(…)

—Hemos llegado —dijo el misterioso, sacando unas llaves para abrir las puertas del palacio, estábamos en un lugar distinto, no era la puerta principal. Venir nos había costado más tiempo del estimado.

—¿Dónde estamos? —pregunté, con signos de aturdimiento.

—En la entrada oculta del palacio, donde no entran parásitos ni víboras del exterior.

Cuando miré con detalle, no yacía ninguna puerta. Era una parte elevada del muro que cuidaba el acceso a extraños, estaba repleto de

bloques y ladrillos macizos hechos indestructibles. Él introdujo las llaves para entrar en una abertura mínima entre dos concretos vaciados que señalaban una raya.

Cuando de repente, todo se abrió. Los ladrillos se separaron unos de otros y una línea invisible adornada de madera seca, apareció desde dentro. El impenetrable muro de aquel eslabón en realidad era falso. Y en un instante, aparecieron las zonas y demás edificaciones del Olivo apenas al girar la llave hacia la derecha. Sentía la magia en estado puro, como si fuera la entrada real a la magnanimidad de los reyes.

—¡Qué increíble! —dije con mis cejas arqueadas mientras hacía un esfuerzo en sentarme dentro del maderero del carruaje.

—Claude, hay cosas que solo verás a partir de ahora…

«¡Qué rayos! ¡¿Sabe mi nombre?!», volteé a constatar, impávido; él expresó una corta sonrisa, era el señor sonrisas… la verdad no me inspiraba nada de confianza, pero al final percibía que sus intenciones no eran malas.

Él movió su mano hacia arriba con un gesto particular de señalización, apenas lo hizo: Jocary se regresó por el camino donde entró con nosotros y Bruce hizo lo mismo después. El carruaje, que en aquel momento él dirigía, se adelantaba con despacio hacia el camino marmoleado. Igualmente, no resistí al conocer que sabía de mí.

—¿Cómo conoce mi nombre?

—Mi deber de investigador honorario me otorga algunas licencias ante intrusos.

—Ah. Debe ser muy bueno en su trabajo —Llevé mi enfoque hacia otro lugar para no demostrar aprehensión, estaba hablando con alguien que pertenecía a los rangos más altos. Por alguna razón tenía llaves de ingreso a puertas secretas.

—Además —reiteró—, que una realeza tenga existencia a finales de siglo requiere de medidas de seguridad muy minuciosas —Volvió a sonreír, era su vicio o un tic nervioso, pero debía ser raro...

—Ya lo veo, casi muero dos veces.

—Si estuviéramos en las monarquías europeas, usted ya estaría en el juicio divino de San Pedro, sr. Claude.

—Ahora soy señor, estoy estropeado, pero soy señor.

—Claro, usted obtuvo el calificativo de invitado especial por parte de la futura reina, señor se le queda corto.

«Soy un invitado al palacio…» discurría con una tonta alegría interna, las heridas desaparecían al pensar el gozo que poseía en aquel momento. De forma extraña, la sensación de ser menos malo que un intruso, me dejaba de consumar. No sabía quién era él, pero sin duda me brindaba un gran respiro. También observé el mármol de lujo que esculpía el engranaje mecánico de las ruedas del carruaje, y

era excepcional, nunca había estado montado en un transporte tan lujoso.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto señor.

—¿Qué significa la manzana negra?

—Es un pase.

—Entiendo… ¿Y lo puedo decir siempre?

—No, solo es de un único uso. Si la reina me da la autorización para aprobar uno nuevo, sería posible.

—¿Eso quiere decir que sí soy un invitado?

—Correcto, e incluso es muy especial.

Quedé atónito. Janett era increíble, pensaba en todo. Él volvió a hablar:

—Si hubiera dicho otro color, estaría en otro juicio —me dijo sobrio y sonriente como le caracterizaba.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Si usted, por ejemplo, hubiera dicho manzana roja, sería una traición declarada, por ello es importante el color que mencionó.

—Bueno… Eso quiere decir, ¿que estoy vivo de milagro? —Le había dicho lo mismo a Janett un día antes. Los enlaces fatales siempre se cruzaban.

—El destino lo quiere aquí, solo eso le puedo decir.

—¿Por qué me atacaron los caballerizos?

—Dentro del mal que atañe al castillo principal, los caballerizos deben eliminar cualquier oportunidad de problema consecuente.

—Pero… ¿Por qué a mí? Ayer había entrado y salí, todos me vieron, no veo razones para que deseen hacerme daño. No entrego dolores de cabeza a nadie, venía a entregar algo…

—Hay intereses guardados y cuando se trata de las princesas, la dinámica es diferente. Además, su problema no es con las fuerzas del palacio, hay cosas en juego y por supuesto, existen reglas que se deben cumplimentar.

—No entiendo qué tiene de diferente, ¿por qué todos se empeñan en las princesas? ¿No es el rey el que tiene el mandato? ¿O hay algo que deba saber?

—Es válido —dijo sensato—. Sin embargo, hay miles de dólares invertidos en ellas, no por gasto o posición, ni porque algún día puedan ser reinas, sino que el rey busca la forma de obtener fuerzas y riquezas para las futuras generaciones.

—¿Qué trata de decirme con eso?

—Una princesa del siglo veinte no puede estar rodeada de personas sin escrúpulos, ni honor u otra distinción impropia de ser digna, menos cuando ya se nos ha escapado de las manos los valores impuestos de la vieja Europa. En simples palabras: los Olivos forman

el único reino monarca de América, y para poder mantenerse, a pesar de lo imposible que resulta vivir en un mundo de libertad autoritaria, la mejor forma de conservar un baluarte, es salvaguardarlo a como dé lugar.

Traté de entender todo el bocado de palabras complejas que había dicho en una sola oración, pero no hallaba respuesta, él se dio cuenta que mi cerebro no procesaba tanto de topetazo e intentó simplificarlo nuevamente.

—Solo debe cuidarse. No es difícil estar aquí, pero tenga presente que los Olivos representan un lugar apartado del mundo actual, acuda a pensar siempre de esa manera. Las reglas y políticas, aquí son otra historia incomparable a lo que verá.

—¿Es como si *Pangea* existiera, pero ya dividida en continentes independientes desde antes de su separación?

—Lo tomaría mejor como un intento de conservar una reliquia del pasado en un estado operativo, funcional y rentable.

—¿Usar taparrabos cuando existen pantalones e interiores en el mercado de confección?

—Mejor dejemos así… —dijo entre risas—, pero tiene la razón, hay verdad en sus palabras… —Cuando ya íbamos llegando a una de las tres torres disponibles, había una en particular y era la que más me asustaba, porque era negra como una noche con la luna recién desaparecida…—. Aquí está el castillo de la reina, ella le debe estar esperando señor —apuntó con su dedo hacia la torre oscura.

—¿Reina? Pero si vengo para ver a Janett…

—Oh —mostró profusa sorpresa—, se me ha pasado por alto en esta ocasión señor. Mis disculpas. Usted no está aquí para ver a Janett. O al menos, no por ahora.

—¿Por qué? ¿La manzana negra no era una invitación?

—Así es, tal cual como usted dice, la diferencia entre el color de las manzanas es lo que en verdad simboliza al invitado, la negra va para la reina.

No le dije más, se había borrado mi emisión de fuerza en la voz. Mis ojos se denotaron perdidos en el mismo acto. «Maldita sea… ¿Veré a la reina real? Esto debe ser una jodida broma… Janett, ¿qué quieres hacer conmigo?», me pregunté abrumado, la reina no tenía buena fama, sobre todo Rumpler, Sonora y al menos casi toda la extensión del Collado.

—Buena suerte, me despido. Tenga esto —Me dio una llave, justamente la de entrada—, le será de ayuda de ahora en adelante. Se ahorrará mucho trajín en días complicados.

Asentí con la cabeza en un movimiento imperceptible, y en aquel instante, si estaba asustado de verdad. Iba a verme con la reina del Olivo y por culpa de Janett.

«Creo que lo de hoy, en realidad, no fue buena suerte…»

Capítulo 16.

No sabía nada, no entendía con qué cara me iba a presentar ante la reina. Toda mi infancia viví esmerado en dañar las praderas alrededor de sus muros por la inocencia derramada, junto a la subsistencia de los monumentos y demás zonas verdes con salidas al exterior; sin embargo, por el continuo descuido de árboles granadinos y la escasez de campesinos para tratar las tierras fértiles, era un lugar muy muerto.

La mayoría de personas se olvidaron de cuidar al Olivo real, por culpa de la reina —según rumores no verificados—, que acabó con la hermosa naturaleza de los exteriores del amurallado. La incompetencia en el cargo, sumado a la negligencia de sus actos y el desfalco de los recursos destinados para una posible reconstrucción, se perdió en el tiempo y el restante también fue robado. Fue necesario avisar al rey, que se hallaba en tierras áridas, para que nuevamente volviera y dirigiera su reinado de jaspe hacia senderos victoriosos, porque los muros, antes vivos, solo resultaron en un fugaz recuerdo cuando se extinguieron del Collado y quedaron desolados sin adorno natural para sus relieves de armonía.

El rey llevaba cinco años desde su regreso, y existía algo que ocurría con la reina, era uno de los rumores más fuertes en Rumpler y no dejaba de ser una verdad a gritos. «Cuando existe el poder, que es tomado en manos que no se acostumbran a compartir, puede terminar en dos simples formas: por traición o por traición propia, no hay más», sobre mi abuelo, sabía que algún día le entendería aquello que dijo borracho en Navidad.

Subía miedoso por los escalones mientras rememoraba toda aquella historia atrapada en mis recuerdos, y se elevaba el nivel de mis esfuerzos, estaba en racha y no dejaba de intentarlo. Al final, me topé con una puerta blanca de exquisitos blasones que parecían tallados ayer. Toqué dos veces, la primera con fuerza y luego con delicadeza, no deseaba fastidiar a nadie y menos a la realeza, suficiente tenía con mis intentos de ser asesinado.

—Adelante, caballero —dijo una dulce y refinada voz de mujer. No parecía la reina, porque su voz era maciza y certera. Giré la manilla y entré.

El asombro que patinó mi cara en aquel mísero momento fue injusto, porque sonreí y luego perdí mi sonrisa, fue de tener y soltar. Era la reina del Olivo, la misma que era tan afamada en el país de los deseos y que seguía regia, imperturbable, con su vestido enterizo de colores oscuros. Estaba sentada en su trono de oro con cara de pocos amigos, me vio como si fuera una saeta que persigue al enemigo y no lo mata, pues solo lo hiere lentamente, como el agua que alcanzaba al

ahogado en su desespero, así mismo lo sentí. Tragué saliva y postré la mirada hacia el frente, advirtiendo su imponente asiento de brillo excelso.

—Buenos días su realeza, ¿cómo se ha de encontrar? —dije en un intento de parecer cortés, me estaba costando más de lo que pensaba. Se percibía falso.

—Muy bien —respondió con sus labios insatisfechos, estaba a la defensiva—, parece que alguien ha interrumpido la siesta de mi hija.

No contesté, estaba corto de palabras porque se habían esfumado de mi retentiva. Un tiempo incómodo pasó, y la reina retomó.

—No dices nada, y eso desespera a cualquiera… —replicó decepcionada. No comprendía, no había hecho más que decir algo positivo y ya me sentía abatido.

—Disculpe. Yo vengo aquí por su hija, ella dijo que viniera.

—¿Cuál de todas?

—Janett.

—Uhm —expresó desacierto ante mi contestación—, parece que hay un error.

—¿Error?

—Querido, un error es cuando no se está en lo correcto, ¿lo defino más sencillo? No deberías estar aquí.

—Sí, eso lo sé, pero ella misma me invitó, yo vine por su pedido.

—¿Cuál pedido?

—El gancho de su abuela, estimada reina.

—Ah, ese gancho… en realidad, no importa —dijo negando con la cara de forma despectiva—, Janett tiene miles de esos guardados en joyería, uno más o uno menos, no interesa.

—Todos me han dicho lo mismo —dije serio, ella colocó su cara haciéndose la que no entendía.

—No sabe las veces que han intentado matarme en estos dos días —expliqué—, y que venga usted, con todo el respeto que le debo tener, y me diga que no valió para nada lo que hice, ¿sabe algo? Yo intento… —me detuve al ver su expresión a rabiar, pero se contenía. Lo estaba arruinando demasiado.

—Joven… ¿Cuál es tu nombre?

—Claude Rivarola.

—Como te llames —expresó, desinteresada—. Por favor, no vuelvas al castillo, es por tu bien.

Bajé mi cabeza, impotente, y la quijada me ardía por el roce indignado de mis dientes, ¿cómo podía evitar cumplir una orden expresa y directa de la mismísima reina del Olivo? Una de las mujeres más poderosas del mundo y voto permanente en las decisiones de alta relevancia acerca de las guerras, tratados económicos y cientos de temas importantes sobre cosas que no conocía ni conocería,

aunque leyera los libros de historia que llevaran su nombre.

—Disculpe… —expresé con la mirada muy menguada, estaba desorientado.

—¿No dije que apartaras esa palabra de tu diccionario? —dijo Janett, que estaba atrás de mí en la puerta. Abrí mis ojos como el poniente de un nuevo sol y la reina se enojó más de lo que estaba, pero sus palabras eran lo contrario. No le quería demostrar a su hija el estado de conversación que presentaba conmigo.

—Hija… ¿Qué haces aquí? Hace cinco minutos iniciaste tu siesta, no puedes entorpecer tu horario de descanso. No entiendes que eso desmejora lo mala que está tu vista.

—Soy ciega mamá, dime ¿cómo piensas que puedo perderla más de lo que está? Y, te pregunto lo mismo.

Se lo pensó la reina antes de hablar. Ella buscaba las palabras justas. No descubría que sucedía, pero el ambiente poco a poco se tornaba intenso e incluso complejo.

—Le estoy diciendo algunas cosas a tu amigo.

—¿Qué cosas?

—Que debe ser respetuoso en su estadía en el castillo y que nos alegramos al verle y que se encuentre en mejor estado… —empezó a titubear—. Él se siente reparado, así que…

—Madre —dijo Janett, tajante—, ¿lo querías echar verdad?

—No… ¿Cómo puedes pensar eso? Si siempre quiero lo mejor para ti, hija —comentó, desvergonzada.

—Lo mejor… es que me dejes de atosigar, y detengas a tus tropas del demonio que matan a gente inocente afuera de los muros. Gente que solo quiere ver nuestro hogar de cerca… no entiendo. ¿Por qué tanta muerte a todos sin merecerla?… Y él, me vino a entregar el gancho de mi abuela. El único regalo que quedó de ella junto con el anillo perdido, y tú solo piensas en desechar a cada una de las personas que hace bien por mí.

La reina no dijo nada… supe que había perdido la conversa. Janett, respiró un poco para continuar porque se quedaba sin aire.

—¿Cuál es tu nombre? —me dijo entretanto se rascaba la cabeza pensando. Abrí mi boca para hablar, pero la reina se adelantó.

—Se llama Claude hija mía… —Estaba desconcertado. ¡La reina había dicho mi nombre! —. Cuida a mi niña, por favor, a veces se alarma así por la pérdida de sus amigos, pero es lo normal cuando se tiene su edad.

—Sigo aquí —dijo Janett intentando no ser invisible—, no soy tan niña mamá, solo tú eres cruel conmigo.

La reina se hundió todavía más de lo que estaba, no quería perder los estribos ante su hija. Aquel comportamiento llamó mi atención. Janett se había marchado. Volteé hacia dónde ella se fue y no sabía

qué hacer: si seguirla o quedarme ahí parado… o mejor irme y hacer que nada pasó.

«Demonios, ¿adónde?»

Miré estático a la reina y su enojo estaba apagado desde la boca. No me quería decir más, ni menos que Janett la escuchara. Siendo así, seguí a Janett por donde se marchó.

Escuché de cerca sus pasos y los preveía fluidos, parecía que mirara porque caminaba con la velocidad de una persona normal. Mis heridas estaban críticas, pero no lo suficiente para evitar correr por la estela de sonido que expedía.

«No lo entiendo… ¿Cómo ella es capaz de seguir este ritmo?», sentía a Janett corriendo, escapando de lo que fuera que la persiguiera, y lo peor es que yo era el perseguidor.

Salí del castillo y la vi a simple vista desde lejos. Ella se sumergió entre unos arbustos y desapareció. Aceleré mi corrida para llegar hasta donde había ido, llegué a los arbustos, y para observar hacia adelante, separé las ramas entre sí.

Cuando observé aquello, mi admiración se suspendió en el aire; me había topado con un parque de lujo. Tenía unos columpios hechos de lana y un hermoso lago que brillaba y arrejuntaba gansos y otros animales ribereños que no constataba. Giré hacia Janett y estaba a un costado, sentada de brazos cruzados sobre un asiento metálico al frente del lago. Se veía encantadora y también vulnerable. No había nadie más por las periferias.

—Impresionante —dije tardo e impactado. Batí mi semblante y caminé hacia donde estaba. Cada paso entregado, era una nueva forma de pensar que yacía en un sueño imposible. Fui con sosiego, no quería fastidiar. Janett era mujer, y yo, poco comprendía de sentimientos femeninos.

Cuando presencié su rostro, estaba herida y con signos de impotencia, el conocido dolor del alma como decía el viejo don Wilbert en la mezcladora. Me desesperaba verla de ese modo y no poder hacer nada para evitarlo. Las peleas de madre e hija son difíciles, pero al final del día siempre están recordándose lo mucho que se aman y logran superarlo. O algo de eso afirmaba la abuela cuando se peleaba con el abuelo, aunque bueno, cambiaba si era entre parejas.

—Siéntate, no me voy a desquitar contigo… —dijo Janett solo moviendo sus labios con decisión. Hice caso y me senté a su lado sin prisa. No dejaba de detallar su rostro, la ira trastornaba su dulce gracia y no drenaba con el paso del tiempo, me entristecía porque me sentía inútil.

Levanté mi mano para apoyar su hombro, pero no tenía el valor… solo dejé mi brazo ahí, colgando, izado en el viento mientras Janett afirmaba sus brazos como una caja asegurada que no tenía llave para

ser abierta. Volví a tragar saliva.

—Nadie entiende. Todo el tiempo es lo mismo conmigo. Odio este mundo de hombres.

—¿Es por ser ciega? —le dije pausado.

—No… —Janett mostraba síntomas de querer derramar lágrimas.

—¿Por qué hay tanto dolor en ti? Duele verte así…

—Bueno sí… —Dio un respiro agitado y suspiró fuerte por su nariz, estaba melancólica—, yo podía verlos a todos… admirar mis sueños y los suyos, mis grandes anhelos, cuando me aburría acariciaba a un cardenalito que sabía me veía a los ojos… —encogió sus labios, mínimamente—, todo lo que quería y hacía, se esfumó, otra vez como cuando fui niña, y es para siempre… ahora… no soy capaz sino de nacer en este castillo empedrado con cientos de muros y trampas ocultas… —Comenzó a respirar hondo, el aire se le perdía.

«¿Qué puedo hacer? No puedo hacer nada… me siento tan insignificante al lado de ella» perturbé mi mente con su congoja, me contaminé del dolor ajeno, ¿cómo podía regalarle una sonrisa a una chica que sufría por no ser consciente de ver una? ¿Era necesario pensarlo de ese modo…?

Janett empezó a llorar. No adivinaba qué hacer.

—Algún día —dijo, gimoteando—, espero ser feliz con esto…

—Y lo serás —le dije en un intento desesperado por regalarle esperanza.

—¿Cómo? ¿Si no puedo ver siquiera eso?

Bajé mi mirada, tenía razón… aunque algo me impedía dejarlo hasta ahí.

—Pero… tienes vida.

Janett detuvo un segundo su llanto, yo seguí.

—Yo puedo observarlo todo, puedo mirarte con mis ojos y ver tus lágrimas, pero también… te siento. Tu dolor…, mi corazón se marchita al verte llorar y tengo nostalgia de no poder ver nada de tu verdadero sufrimiento. Somos dos ciegos aquí.

Janett estrechaba su cara hacia un costado, estaba a punto de llorar con más fuerza; sin embargo, volví a retomar: Aquella vez era mi alma que elevaba soflamas.

—No llores, no llores más… —Apoyé mi mano en su hombro—, no pierdas tus lágrimas ahora —ella casi acostó su cabeza hacia el lado en que me hallaba—, guárdalas para una alegría secreta o para una sorpresa que no esperes… y así llorar de felicidad y vivir entre cientos de risas.

—¿Por qué tengo que hacer eso? —dijo resignada, se lastimaba ella misma. Era un mal vicio, uno espantoso que le sobraba hasta los sentidos para que no se viera al fondo.

Cerré mis ojos con fuerza por la incompetencia, mi tristeza se

percibía en cualquier cosa que estuviese cerca. ¿Cuándo un intento de hacer sentir bien a una hermosa ciega, era válido ante aquello que desconocía? ¿Por qué mi corazón latía tan afanoso? Quizás estaba a punto de decir algo que cambiaría mi vida para toda la misma. No lo sabía en realidad, aunque de la nada, tropecé con una rara inspiración al azar.

Mis manos temblaban como un hielo que desconocía su existencia fuera del glacial, consumí el miedo y mi timidez se marchó con honores de guerra. Sonreí sin explicación, y supe qué decir en ese instante tan cortito como el viento olvidado entre las vertientes de la gran montaña.

—*Porque algún día* —le dije—. *Te voy a regalar mis ojos para que veas. Lo verás todo y será hermoso, tanto… que no alcanzará sonrisa tuya para poder adornarlo. Será perpetuo y no tendrás que abrir los ojos ni siquiera para verlo… porque siempre lo vas a sentir.*

Janett alzó sus cejas. Sus lágrimas de estremecimiento se apaciguaron al momento de mis palabras. Su respiración encontró una tranquilidad inexplicable, como si la paz se hubiera sujetado con fuerza en un nuevo despertar. Y respiró varias veces, asestada en una exigua sonrisa.

—Muy lindo.

—Gracias —dije apenado y sorprendido. No tenía la menor idea de lo que había hecho; pero sin duda, era muy bueno. Janett, bajó su cara y me dijo:

—¿Cuál es tu nombre?

—Claude. Un gusto conocerla —dije con seguridad, ella sonrió al terminar mi presentación. No había recordado mi nombre y no me importaba en absoluto, porque vivía en un infierno de ricos y poderosos.

—El mío es Janett, aunque creo ya lo conoces…

Sonreí torpe, era cierto lo que salía de su boca. Ella se elevó de su posición y cedió el brazo para darme un apretón de manos. Envié la mía de inmediato, sin embargo, al estrecharlas… Janett cambió su posición para sostenerse de mi brazo. Era delicada y blanda, como una almohada preparada para un largo sueño, me contenté con holgura por el paso del tiempo; era algo perfecto, sin duda para mi vida de perros en el amor, lo era con certidumbre.

—Tienes una sonrisa agradable… —apartó su mano de mi brazo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—No puedo realmente —dijo breve—, pero no dejo de imaginar que en realidad es así.

—Solo mi mamá me dice algo así... En realidad, esa clase de cosas no me las dicen.

—Entonces, anota a alguien más a tu larga lista —Estaba rojo de la

pena, nunca había tenido un cumplido de una mujer… Era tonto imaginarlo, aunque cualquier cosa que pensara en ese momento no iba a ser con mente fría. Ella anotó en mi mano con un lapicero invisible una palabra de forma juguetona y luego la volvió con rapidez, y ardía mi corazón por saber qué escribió.

—Princesa Jane —llamó un hombre atrás de nosotros. Viré con instinto, olvidando lo anterior, y Janett respondió:

—Sounder, estoy bien —Lo observé con cuidado y era el segundo al mando de los caballerizos. Su insignia de caballo en el pecho era de plata. Me asusté, nunca había admirado a un caballerizo tan imponente: medía casi como dos metros, un cabello corto de novicio y piel morena, unos ojos azules color cielo y de férrea musculatura, Janett me regalaba serenidad para no cundir en el pánico.

—Me excuso ante usted, excelentísima princesa —inclinó su cerviz, parecía que yo no existiera en la escena—. Su padre, el rey, me dejó un significativo mensaje de suma relevancia para lo que requiere sea de su asistencia.

—¿Cuál sería? Si vuelve a decirme que no pelee con mamá por decir palabras hirientes, déjeme decirle que perdió su tiempo, caballero.

—Esta vez, le aseguro con pertinencia que no fue del modo que usted define. Me dijo que se preocupaba de sobremanera por su nombre y el deterioro de ánimo que presentaba; deseaba verle con una sonrisa, solo una, eso ha declarado.

—Él hace años no me hace feliz… —dijo pensativa y haciéndose que miraba al lago—, y este chico, que se llama Claude, lo hizo en cuestión de segundos con su atención —Volteé a reparar su postura. No sonreí por la presencia del caballerizo, pero sin duda estaba muy contento, no lo podía creer por nada en el mundo—, cuando él vuelva a sentir que su hija pide un llamado, que venga a verme… sino que haga lo contrario.

—Él no quiere una reunión, la quiere a usted.

—¿Sabe que sería lo mejor? Que venga. Además, tampoco debería de aprovecharse de los caballerizos, que trabajan tan arduo por mantener el orden de este innecesario palacio que cada día se desaprovecha en no ayudar a otros, no tema en decirle esto; hágalo, y si quiere devuélvase, que pretendo escuchar su opinión.

—Como ordene, princesa Jane.

—No soy princesa —afirmó, rústica—. ¿Cuántas veces debo decírselo Sounder? Llámeme Janett, si no lo hace tendré que transformarlo en orden. ¿Entendido?

—He de entenderlo, señorita Janett.

—Muy bien —Sounder siguió hablando.

—También hay otro pedido de parte del gran rey…

—¿Qué sería?

—Debe guardar recatamiento, porque el rey no le desea ver en manos de alguien desigual a sus dominios —giró a verme, quedé petrificado con ello. Su mirada era poderosa.

—Que siga en tranquilidad, porque no hay ningún hombre que sea digno de mi amor.

«Sabía que no tenía oportunidad con ella», me entristecí como un pingüino solitario de la Antártida, era como si hubieran apretado mi pecho para dejarme sin respiro. Janett había dirigido su cabeza hacia mí mientras le hablaba al caballerizo. Entretanto, me consolaba por dentro.

—Correcto, señorita… Janett —expresó con dificultad, le costaba evitar la formalidad—. En cinco minutos comenzará la merienda vespertina, la esperamos en el mesón ovalado.

—Allí estaré antes, y por favor, prepárese un plato con doble refuerzo sin espárragos; puede retirarse si así desea.

—Con su permiso, prince… señorita Janett.

—No se esfuerce, se le van a salir los ojos si sigue así. Hasta la vista en diez minutos, Sounder.

El caballerizo no se inmutó en ningún momento y, de mi parte, estaba de echar risas por lo último. Janett era graciosa hasta cuando no tenía que serlo.

—Hay una última cosa que debo decirte.

—Dime.

—Lo último que dije… no es del todo cierto, ¿de acuerdo?

—Bien —¿Se refería al esfuerzo, o al amor? No logré entenderlo.

—Está bien, creo que debes prepararte para la ocasión.

—¿Sobre?

—Es la hora de comer, sé que tienes hambre.

—No, para nada. Estoy entero del estómago.

—No me importa que estés completo, debes es estar satisfecho.

—¿Por qué lo dices?

—Antes escuché a tu estómago, es obvio que mueres de hambre y si reprimes el sonido solo vas a empeorar. Pero no lo hagas más, por favor.

Dios santo. Janett parecía psíquica, porque intuía con una facilidad de invención. Lo verdadero, era que tenía hambre desde que me habían atrapado. Ella se paró del asiento y apuntó con la mano al edificio más cercano.

—Allí queda el comedor vespertino, cuando desees comer algo; a ese lugar debes ir —Era una torre menor con aspecto de casa pueblerina, que no dejaba de ser impresionante. Su tejado era de fino roble de piel de granadinas, con razón no les gustaba que se las robaran.

—Muchas gracias. Janett, es demasiado esto —declaré, avergonzado.

—De pena no muere el hombre, de hambre sí, así que… —Miré su hermoso cabello por un rato y me perdí en ella—. ¡Corre! —gritó animada, al mismo tiempo que seguía ido.

—¿Qué? —Reanudé para verla con el cerebro puesto y la admiré corriendo con atrevimiento, envuelta en su vestido brilloso. Corría muy rápido y, a pesar de no ver, ella precisaba con habilidad donde tenía que pisar. Era extraordinario, y yo, podía ser capaz de verlo.

» Esto me suena a que volveré a perderme… —Salté de mi asiento, y fui preparado a descubrir su rastro. No quería volver a perderla de vista. Tal vez nunca quería hacerlo otra vez.

Capítulo 17.

Postraba mi atención en la puerta de entrada, Janett había ingresado hacía segundos. Mientras analizaba por el frente, vi una placa de bronce fundido arriba del madero de la puerta, en ella se dibujaba un tigre de bengala que estaba hecho a mano; era artístico e innovador, pues en los bordes contenía piedras preciosas, entre rubíes y zafiros de postrimera. Viendo aquello, era como si el hambre se detuviera en el tiempo. Regresó el abuelo a mi pensamiento y la puerta resonó fuerte en aquel instante.

Me entró un discontinuo escalofrío al cuerpo y despabilé en mi accionar, crucé la puerta y los vi llegar a todos.

Caballerizos, salamandras y desagradables protectores que esperaban en la mesa, daban bocado a los que protegían el reino y sus alrededores. No estaba la reina ni el rey, tampoco todos los ministros de comando y mucho menos la Secretaría de Órdenes. Era el personal que trabajaba en las afueras.

Cuando fui avanzando, me di cuenta que algunos de los rangos más altos de sus categorías, se encontraban, y no sabía qué hacía ahí, pero un bienhechor tenía que haberlo hecho, miré a Janett y lo recordé, era cierto que estaba pasando, no era un sueño fantasioso. Al seguir, veía las mesas cuadradas que se adosaban a la ovalada del fondo, y estaban repletas de muchas clases de protectores.

—¡Jeffrey! ¡Deja de comer esa mierda que morirás en dos años!

—En dos minutos serás tú, con mi espada atravesada en tu cabeza mientras me suplicas por misericordia —Respondía el tal Jeffrey, que comía su extraño alimento: almejas de carnada para peces. Luego de aquello tan curioso, vislumbré hacia otra mesa.

—La princesa Teresina es más bonita.

—¿Estás loco? Es obvio que Jane es mucho mejor —enunció el otro.

—¿Creen que algún día tenga ojos para mí? —expresó el tercero de ellos, los dos anteriores se rieron viéndose las caras.

—Yo opino que nunca nos verán; ni siquiera la princesa Jane, que tiene los ojos cerrados nos vería. Solo somos simples protectores.

—Mira —voltearon a verme—. Ese es el que logró superar la barrera de las salamandras… —Me miraron los tres con desagrado e intimidación, y retorné mi visión hacia un candelabro que estaba apagado y con la cera derramada.

—¡Claude, ven! ¡Siéntate aquí! —exclamó Janett atrayéndome con su mano a la distancia.

—¿Yo? —dije en voz baja, el asiento dorado que estaba a su lado era el más importante de todos, decía «REY» en el espaldar, suponía que el de la reina era de ella.

Fui timorato ante su propuesta, y los presentes de las mesas contiguas distinguían mis pasos. Estaban los más altos de cada uno de los escuadrones incluido el caballerizo Sounder. ¿Hablas de mí, cierto? —le pregunté.

—No conozco a otro con tu nombre, aquí está el lugar, no tengas miedo que mi padre no merienda aquí desde que era niña.

Asentí su propuesta y logré sentarme a su lado; me sentía tenso por la mirada de los hombres que tragaban y no ocultaban su atención en ningún lapso. Mi plato, lo trajo al instante un cocinero.

—Gracias.

Era carne en filete preparada al horno con salsa de barbacoa, se veía apoteósico para el hambre que cargaba. Giré hacia Janett, y ella solo olfateaba el plato, con la tranquilidad de una flor esperando el riego. Cuando dejó de hacerlo, dio una corta sonrisa y dijo tarda: está rico.

—¡Esto es delicioso! —le afirmé, había empezado a comer con desenfreno.

—Creo que sí tenías buen apetito —replicó amigable.

—No lo dudes, creo que dejaré el plato vacío.

—Yo pienso que no dejarás ni el plato, deberías comer más lento. En Roma los hombres comen despacio.

—No soy romano, soy rumplero.

—Se escucha desde aquí cómo masticas.

—¿No lo hago bien? —pregunté alarmado, el sonido de la sala era tan bullicioso que a duras penas la escuchaba—. Lo que ocurre es que en mi pueblo se come rápido porque si no se nos pierde la cosecha en un respiro. Es popular allá.

—¿Sí? Interesante… —expresó mientras se metía un puñado de coliflor a la boca—, eso significa que los hombres de allá no deberían tener un tracto digestivo saludable.

Tenía razón, porque desde siempre todas las personas que conocía en Rumpler eran iguales, comían como si fuera a terminarse el mundo.

—Yo pienso que todo es mentira —le dije, sin certeza—, en verdad al final comes y va al baño en importantes cantidades.

—Iugh —indicó desagradada, pero sonriente—. No digas eso, que luego me imagino olores que no quisiera recordar. También esta salsa es oscura…

—Lo siento.

—Está bien, ya entendimos lo original que son para dar rienda suelta al estómago, pero aquí no, ¿te parece bien?

—Sí.

—Aunque da lo mismo —reiteró serena entretanto masticaba más hierbas—. Al final estos hombres son peores; se inmortalizan como

caballeros, pero no todos lo son —dijo cruda, al mismo tiempo que apuntaba con la cara hacia los demás hombres de asientos cercanos. Varios quisieron reír, pero no lo hicieron en son de respeto y lograron entender que no era una mala influencia para Janett. Luego, Sounder, se defendió con elegancia.

—Con su debido respeto señorita Janett, yo pienso que usted nos prejuzga con dudoso albedrío. En mi defensa, mis modales alimenticios son refinados, provenientes de las cabañas de Verno en Grecia, con doña Petrova. Los caballeros no somos contendientes de hábitos cavernícolas, algunos sí poseen conocimiento a la hora de digerir alimentos.

—Defiéndase usted don Sounder, porque tal y como dice, capaz mastica correctamente y sin problemas; sin embargo, pienso que de nada sirve ir a Grecia para aprender a cómo comer si no se cultiva una sana alimentación. La mayoría de estos hombres… —asistió, apuntado hacia los que estaban hacia la derecha—. Come porquerías y los cocineros les complacen en todo. Mejor son los vegetales que la carne mal cocinada, porque la proteína llena de grasa solo sirve para matar al corazón en la guerra —Golpeó la mesa por error y movió su plato de comida. Observé deslumbrado.

Sounder vio de reojo a uno de sus camaradas y no supo qué decir. En definitiva, cuando se metían con las proteínas de un soldado, no había princesa que proteger. Eso quedó claro.

—Pero una buena carne no cae pesada…—dije, en un intento de ganar la aprobación de Sounder y los demás presentes.

—Claude, ¿sabías que las carnes son las grandes culpables de las derrotas en guerra?

—¿Por qué? —pregunté increpado.

—Los hombres solo piensan en un plato y no en emboscar al enemigo. Cuando atacas a una tropa que tiene hambre, está débil y sedienta. La mejor estrategia es desaparecer las provisiones del enemigo —empuñó su tenedor demostrando ejemplo.

—¿Dónde aprendiste eso? Suenas a un artífice de la guerra fría escocesa —le dije en confianza.

—El rey me ha enseñado algunas cosas… —contestó con timidez y finura mientras tomaba su jugo de zumo con decisión—. Además, tampoco es lo mismo una granadilla que se sirve en un plato de reyes, a una recién cosechada, aunque tomada del suelo es a otro precio.

No reconocía a qué venía el tema sobre lo segundo que dijo, pero recordé hace algún tiempo que ella había tomado la granadilla que Travis y yo conseguimos. Aunque pensándolo bien, era nuestro regalo para ella por salvarnos. Y justo cuando iba a responder que le había visto antes, alguien vociferó con temblor desde una gran distancia. El comedor agrupó los ojos para seguir el curso de la voz.

—¡Excúseme a mí, apreciada princesa Jane! ¡He llegado tarde a la merienda! —dijo un hombre de sombrero negro que entraba triunfal y gutural a la puerta, y tomaba palabra dentro de su propia disculpa. No podía verlo porque estaba lejos; pero, aun así, su lamento resonaba como si estuviera a mi lado.

Janett se elevó un poco y retuvo una mano en la mesa, inhaló aire y gritó por intención propia:

—¡No tenga penitencia! ¡Venga aquí pronto caballero Emilio, su comida se va a echar al gallinazo cuanto antes!

—He de correr por lo que me pertenece —exclamó con pasividad aquel hombre, a metros de nosotros. Todos lo vieron inmóviles y vueltos un cuadro decorativo, como si hubiera sido una aparición fantasmal de renombre.

«¿Caballero Emilio?», pensé ofuscado. Pero cuando observé mejor, caí en cuenta que se vestía como caballerizo, aunque este era diferente de todos, tenía otra insignia.

Cuando se fue acercando, poco a poco encontré razón a la respuesta instintiva de la multitud de protectores, permanecí colgado y de verdad me asusté del miedo, no supe actuar ante lo delirante. Era un hombre imponente, de hombros acorazados, pecho de gorila y una sonrisa de galán y mujeriego a la vez, además de eso, él era el caballerizo con el medallón de oro, eso quería decir…. el único hombre que era el «guardamáster» directo del mismísimo rey del Olivo.

—¿Qué hace aquí? —le susurré a Janett, entre temor e incertidumbre. Ella sonrió con cara de no preocuparse, aunque intuyó mi encarnación. A Emilio le gusta el filete —dijo con gracia.

Cuando el caballero se avecinaba, me observó con duda y se puso serio. No concordaba qué hacer, estaba mirando al suelo como si fuera mi mejor amigo de siempre, hasta incluso le puse un nombre: «Travisuelo, que buena compañía eres en el temor y la soledad del bosque», resolví coherente, y sumergido en una fórmula que me expedía ganancias en el miedo desde pequeño, sin embargo, ante aquel caballero casi invencible, poco podría funcionar un plan tan subjetivo y precario.

—Jane, ¿cómo se llama su amigo? —dijo airoso y sentándose con templanza en el reposadero. Se colocó a mi lado y, ante eso, se esfumó mi posibilidad de poder ignorarlo. Fue a parar en el puesto que le correspondía como el mando más alto, mientras yo era el falso rey.

Subí mi posición y lo miré a los ojos. No solo emitía dureza, sino que su mirada misma era de comerse vivo al que estuviera en malos términos.

—Claude, y no es mi amigo —dijo Janett, desentendida. «¿No? Entonces debo ser un intruso…» pensé con afán.

—Es un invitado de honor —concertó, idónea—, que vendrá en los días que sean prudentes para su pronta recuperación —señaló resuelta, y con relevancia en sus palabras. Me sentí bien al escucharla, porque era de sorprenderse al pensarlo, ¿de verdad tanto le importaba a una princesa del Olivo? Ella lo había respondido con sencillez, aunque no creyera.

—Interesante —volvió sus ojos hacia mí—. Así que el joven Claude busca la forma de curar heridas, muy buena decisión, los mejores curanderos del Collado están aquí. Pero no puedo decir lo mismo de la enfermera que acompaña a Jane, es más de lo que podemos presupuestar al rey para los invitados.

—Él sabe que es hiperactiva y un poco loca, aunque si no hubiera estado disponible, probablemente estuviera amputado de las dos piernas.

«¡Estaba loca de remate! ¡Ajá! ¡No me equivocaba!», pensaba en voz alta. Habían discurrido una verdad que bien reconocía, y lo curioso, era que a veces mi forma de sobrestimar a alguien se parecía a la de mamá, descubría a las personas extrañas sin conocerlas con anterioridad. Tenía talento para oler a los diferentes.

—Rebecca y Norberta tienen muy malos recuerdos de ella. Es muy buena curandera, pero no mide su bisturí con el carácter que se requiere cuando encuentra a alguien desconocido —enfatizó Emilio.

—¿Te gusta ella? Siempre me hablas como si quisieras que te atendiera —replicó Janett, en una elegante picardía.

—No lo creo —dijo sobrio; sus ojos se amilanaban sin darse cuenta, había algo encerrado—. Ya lo hizo hace dos años cuando me hirieron por el rescate a su nombre, usted me salvó de sus garras.

—Cierto… todavía lo recuerdo, aquella herida tan desagradable. Aun no entiendo hasta el día de hoy cómo sobrevivió a eso.

—Sí, tuve suerte. Luego, tiempo después usted…

—Emilio, no es necesario recordarlo.

«¿De qué hablaba Janett? ¿Tal vez se refería a ella?»

—Me parece justo… ¿Y por qué mejor no comenzamos con su nuevo amigo?

—Claude; por favor, haz el honor de presentarte.

Con algo de vacilación y valor adquiridos, tomé la palabra:

—Soy Claude Rivarola, encantado.

Capítulo 18.

—Evítate la formalidad, compañero —me dijo con sonrisa de confianza, ya no se veía tan duro como desde el inicio—, un placer, soy Emilio, y estoy de descanso del jefe para estar con la segunda al mando.

No le respondí porque no supe cómo continuar, Janett habló por mí.

—¿La reina está? —le preguntó dudosa.

—No, ella se encuentra en la torre norte.

—Entonces… ¿Quién es la segunda al mando?

—Usted apreciada Jane, aunque siempre objete desde su niñez que no es indicado.

—No tiene solución Emilio, es igual a Sounder. Algún día se deberán dar cuenta que no soy ni seré ninguna reina.

—Lo será, aunque no lo quiera —le afirmó Emilio, con amabilidad —. No lo tome a malos términos, la gran mayoría de trabajadores del Olivo, entre ellos me incluyo, sabemos que usted nos dirigirá en un futuro porque admiramos su voluntad y nos gozamos de su buen corazón. Sería la mejor de las reinas que alguna vez haya pisado el castillo.

—Ya lo has dicho, y también reitero lo mismo, no seré ninguna reina. Todos son grandes hombres y no es lo correcto que, en mi condición, dirija a otros.

—¿No le parece injusta nuestra forma de vivir? —preguntó, buscando una clara respuesta.

—¿Por qué lo nombra?

—Es tan compleja la extraña aura que emiten las personas que no desean gobernar. Es triste saber que siempre el poder acaba en las manos de alguien que no desea ayudar… Tal vez es un enigma incierto que en otra ocasión histórica tenga solución; por eso, entre tanto, mi sueño frustrado es verla hecha reina así sea por un día. Luego de ello, podrá declinar su reinado cuando desee y así podrá cumplir con sus palabras de ser lo que no quiere ser. Forma parte de su decisión conservar su integridad, como persona natural de alta relevancia en el Olivo. Es muy importante para nosotros, así como para usted: nunca lo olvide Jane.

—Como quieran… —admitió casi rozando a la grosería—, igualmente lo que haya que hacerse, se hará sin contemplación —concluyó Janett, sin buena cara. Se tomaba muy en serio la parte de no ser de la realeza impuesta por el gobierno del Olivo.

Luego de eso, el tiempo avanzó muy rápido después de terminar la merienda. Janett, me llevó como una guía turística a los alumbrados de la carcasa que venían desde el sur, acompañado junto a Emilio,

que se encontraba atento y en silencio ante cualquier palabra que se dijera al respecto. Me sentía incomodado, pero igual disfrutaba estar en compañía de la princesa.

—¿Eso es un alce? ¡Asombroso! —repliqué con emoción. Las luces de colores que se dibujaban en los iluminados eran espectaculares, parecía una Navidad dentro de un zoológico inventado de pura fantasía.

—Esa es de mis favoritas. Es el alce de Ponderrafina. Un animal legendario que solo existió en décadas pasadas. Era muy veloz, como si fuera tres alces en uno solo. Y así de rápido también se extinguió.

—¿Cómo lo sabes, lo has visto?

—Sí, solo que ahora no puedo hacerlo, pero conozco muy bien su relieve. Mi memoria es casi fotográfica, por eso recuerdo cosas que de niña solía mostrarme mi padre —dijo pensativa.

—Sé que no es conveniente preguntar, pero… ¿Te sientes bien después de eso?

Janett se sorprendió por la pregunta, y Emilio entrecerró sus ojos esperando una contestación, aunque no mostraba resistencia.

—Sí… a veces extraño mi antigua vida. Ya sabes, cuando lo podía ver todo bien —me dijo con una sonrisa y hombros encogidos.

—Lo entiendo de verdad. Yo también he sido ciego muchas veces.

—¿Sí? —replicó impactada.

—Claro, solo que la ceguera que tengo va desde mi boca, nunca soy capaz de decir algo bueno.

Janett se rió y Emilio enseñó una sonrisa, no sabía que había dicho un chiste, porque yo hablaba con la verdad. No era broma.

—¿Por qué piensas que no dices algo positivo? —preguntó Janett, con interés.

—Por timidez. Aunque contigo… es diferente.

—¿Por qué?

—No me ves, solo me escuchas. Tal vez mi ceguera para los demás sea visual.

—¿Eres feo? —me preguntó con inquietud, había sentido su tensión al instante. Quedé fuera de base para decir algo coherente.

—No puedo responder.

—Yo pienso que es simpático, Jane —dijo Emilio sin despeinarse. No podía creerlo.

—Emilio es de buen gusto para todo, así que confiaré en sus palabras —aceptó Janett con una ternura impulsiva, la situación era una locura para mí. Nunca me habían dicho esa clase de cosas en un lugar tan increíble.

El día fue oscureciendo y Janett se marchó, logró despedirse alzando la mano porque estaba lejos, y tenía que ir a dormir. Mientras eso pasaba, el caballero Emilio me acompañó hasta la salida

escondida del palacio. Al encontrarnos en camino, dentro de un silencio repleto de extrañez, él me habló de la nada.

—Me parece que es un buen muchacho —dijo con serenidad.

—Gracias, y usted… creo que hace bien su trabajo.

—No hay razón para decir eso. Pero igual gracias, siempre serán recibidas las buenas palabras. Aquí le espero mañana, en el alba.

—¿Alba?

—No tan temprano —admitió—, en el alba de aquí. Es la hora donde la puerta se abre a media mañana, es un código que pertenece al Olivo.

—Oh, lo entiendo. Gracias por la ayuda y confianza.

—No es solo eso, de ahora en adelante la tendrá difícil, es mi deber brindarle la máxima ayuda de mi parte, si es posible. Hay mucho en juego en las decisiones de la princesa, en ello, recae el futuro de esta monarquía moderna.

—No sé qué decirle —le dije, impactado—, nadie ha sido amable conmigo en este palacio.

—¿Le parece poco que tenga la aprobación de la futura heredera al trono? Le sugiero que vuelva a contar de nuevo quienes están de su lado— expresó sonriente.

Le seguí el juego con la sonrisa, era innegable, Janett me defendía sin darme cuenta de sus acciones, de forma indirecta lo hacía. No concertaba qué clase de cosa alcancé para que así fuera.

—Y también —volvió a decir—, sume a este servidor que tiene al frente. Estoy de su lado, caballero Claude, que tenga buen regreso.

Asentí con la mirada, agradecí con honor su bonanza y me marché a casa.

Capítulo 19.

Varios días después, estaba impaciente por regresar al Olivo. Rememoraba cada suceso y continuaba sin creerlo; me sentía especial por primera vez. Mi recuperación había progresado con creces.

—Claude… se te enfrió el agua panela. ¿Por qué no comes como es debido? —preguntó mamá, angustiada, al tiempo que me veía sentado frente al nuevo mesón que compramos, sin mosquearme.

—Lo siento, es que mi cabeza da tantas vueltas.

—¿Te volviste a golpear o, te están haciendo daño los medicamentos que recetó el médico?

—No, es que antier sucedieron cosas imposibles.

—¿Cómo cuáles?

—La princesa del Olivo me trató muy bien, y no lo sé… se siente extrañísimo, solo imaginarlo es...

—Estás enamorado de ella —confirmó, sin pestañear.

—¡No! ¿Cómo puedes pensarlo así? Además… no creo que se fije en mí.

—¿Por ser ciega? —dio una risa al decirlo—. Claude, el amor es ciego. De eso se trata.

—Lo dices muy literal.

—Como tú quieras verlo —me volvió a sonreír mientras se llevaba el vaso del jugo en que había tomado.

—Mamá… ¿podrías hacerme un favor?

—Dime —Se detuvo de avanzar hacia la cocina.

—¿Me ayudarías a quitar el yeso?

(…)

Estaba siguiendo el camino lineal hacia el Olivo, ya había dejado atrás a los Robledos de Herminda. Andaba en bicicleta y me sentía más liviano sin el yeso, a pesar de que el dolor todavía consumía mi brazo, pero podía avanzar sin problemas. La enfermera del Olivo me recomendó quitármelo en un par de días, su explicación del porqué, era que debía hacerlo ante la rápida curación de mi anatomía, juventud y buena alimentación.

Todo aparecía ante mí con resaltable libertad; los protectores que me habían visto, me dejaban seguir sin mostrar resistencia. Y en cuestión de minutos, ya veía hacia la gran puerta de entrada. Sin embargo, un personaje desagradable estaba a la defensiva, en medio de las dos salamandras de la puerta. Era el bigotón de aquel día y tenía puesto un traje diferente al resto de protectores con los que me había topado. Fui en dirección a él y, faltando unos metros para llegar,

alzó la mano en una evidente señal de alto. Frené en aquel momento.

—No puedes pasar—decantó aquel hombre.

—¿Por qué siempre es lo mismo? No entiendo qué tienen contra mí.

—No se preocupe, no es para golpearlo ni mucho menos. Pero aquí en el Olivo, no cualquiera puede seguir como si fuera el patio de su casa. Es un trámite protocolar que firme unos documentos que anexen su paso hacia las instalaciones del palacio, ya sabe… para evitar intrusos —dijo al final con un marcado ademán de incomodidad.

—¿Puedo leerlos? —le dije con astucia y él recalcó que no era necesario.

Mostró los tomos y eran cientos de páginas.

—¿Tan larga es la papelería para solo avanzar unas cuantas horas, y volver como de costumbre? ¿No es exagerado? —repliqué con más dudas que convicciones.

—Son políticas de seguridad, estimado Claude, y usted las debe seguir como a cualquiera ha correspondido —sacó un lapicero negro de un estuche, y me dio la compactada papelería.

Al cerciorarme de la gran cantidad de páginas, estimé con denuedo la multitud de letras pequeñas que estaban escritas, y presentía que había una presencia turbia en aquello; incluso al pensarlo, parecía demasiado conveniente y sospechosa la actitud del bigotón y sus cómplices de fechorías. No confiaba en las gentes que cuidaban las afueras del reino.

—Necesita firmar para pasar. No podemos abrirle así.

Eran demasiadas hojas para leerlas, no podía hacerlo y ni siquiera intentarlo, me tomaría el día entero completarlo, así que no lo pensé mucho y decidí firmar. Pero antes de hacerlo, la voz de alguien que venía desde un arbusto cercano al final del camino, me detuvo.

—No lo haga caballero, no es necesario cumplir con formularios clandestinos —replicó alguien de una voz muy familiar.

—Sounder. ¿Qué haces por aquí? —replicó el hombre disgustado.

—Viendo las extrañas acciones que toma junto a sus hombres, Monteredondo. ¿No se ha enterado que el chico tiene pase libre mediante el permiso expreso de la princesa?

—Por supuesto, pero él debe primero firmar para pasar.

—¿Por qué debería hacerlo cuando nadie ha hecho algo así? ¿Quién decretó tal orden?

—La reina.

—Lo entiendo… —respondió frío. No entendía lo que pasaba—. Sigue órdenes de la reina, pero no toma en cuenta una palabra de la princesa, ¿por qué entra en conflicto con las decisiones de la señorita Jane?

—No tengo problema alguno —negó, desechando su culpabilidad

—, solo hago mi trabajo ante las amenazas del exterior.

—Ese es el verdadero problema, que no sabe cuál es la verdadera amenaza.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma, Sounder? —dijo furioso—. Mis hombres y yo buscamos lo mejor para el palacio, al igual que todos los presentes.

—Estamos de acuerdo, pero discrepo con sus métodos rudimentarios. Por eso he de venir antes —respondió sereno, era impresionante la seguridad de las palabras del segundo caballerizo.

—No está calificado para decirme eso, solo Rebecca y Emilio pueden criticar mis formas. De resto, debería callar.

—Podrá usted ser el primero al cargo de los protectores… pero si dentro del deber que se me confiere, está estipulado el decirle a uno de mis compañeros de armas, sobre las irregularidades que llevan a cabo en sus actividades; nunca dejaré palabra sin debatir ni cuestionamiento a medias. Ya le he expresado las mismas palabras con anterioridad, no pienso aceptar sus preposiciones.

El bigotón o, mejor dicho, Monteredondo, no vio con buenos ojos las palabras de Sounder, pero con insistencia se expresó en desacuerdo mediante un silencio irrisorio. Se advertía el choque de ambos al ser de diferentes personalidades.

—Señor Claude —volvió a hablar Sounder al mismo tiempo que se acercaba—, disculpe mi descortesía al evitar saludarlo, pero le recomiendo que siga mi trazado, porque le he de mostrar la otra entrada. Ya que denoto que en esta no desean otorgarle un pase de entrada —dijo mientras me observaba y, a su vez, entreveía la barrera puesta por Monteredondo y sus hombres, que, amontonando sus fuerzas y decisiones erradas, no se movieron del frente de la puerta hasta que nos marchamos hacia el otro lado del amurallado.

Luego de unos minutos de transitar junto con el caballerizo Sounder, no aguanté más tiempo para expresar mi frustración.

—¿Por qué siempre tengo problemas aquí? ¿Hay razón para tanto?

Sounder se conservó de forma callada y avanzó delante de mí, sin responder, y la verdad no alcanzaba a entenderlo: era extraña y miserable mi situación en los Olivos. Me sentía usado, movido para otros propósitos, sin magnificar realmente qué se hallaba en juego. Había mucho por decir, pero no motivos para explicarlo.

Al llegar a la entrada oculta, le mostré a Sounder la llave que me entregó el hombre misterioso días antes, y él me dijo que la guardará para cuando volviera. Luego de entrar, después de unos minutos, él comenzó a contestar mis dudas con sosiego.

—No conozco respuesta, solo cumplo con mis órdenes señor. El caballero Emilio me encomendó que lo cuidara muy bien adentro y si

era posible más en los alrededores, eso hice o intenté hacer.

—¿Por qué lo hizo? No lo entiendo.

—Hay que evitar que los designios de la princesa no se queden sin cumplir. Eso lo reconoce y valora el jefe de mi tropa de caballerizos, es usted uno de mis deberes más importantes.

—¡Oh! —solté apenado, era muy caballero y educado. Parecía uno de verdad y no de una monarquía desgastada. Al menos, eso era lo que creía.

—En aquella capilla de los pinos, encontrará a la señorita Jane. Suerte y éxito en su transitar, si necesita de solución, no dude en vocear a mi nombre.

—Muchas gracias caballero Sounder, es muy amable la verdad —dije con gusto, él lo tomó sin problemas y se fue. Al abrir la puerta, me encontré con Janett y la saludé con cuidado. No quería otra sorpresa.

—Claude, puedes seguir con confianza. Es un territorio libre de amenazas.

—Qué alivio son tus palabras. La verdad no la pasé muy bien antes.

—Me imagino… —dijo al aire, ella se encontraba sentada mientras tejía una especie de capullo negro para cubrir objetos. La capilla era lo más parecido a una cabaña de estar; pero sin madera en sus bordes, sino hecha de concreto pavimentado.

—Es un buen lugar, ¿por qué estás aquí? ¿No te pierdes al caminar?

—No estoy sola. Emilio está en el baño con dolor estomacal. Pero la verdad, no necesito a alguien que me cuide, conozco cada rincón de este palacio.

—¿De verdad? —pregunté impresionado. En aquel momento, un fétido olor a podredumbre provenía del baño de Emilio. Janett, se tapó la nariz de inmediato.

—Pero creo que si necesitaré ayuda para salir de aquí —dijo desganada. Con seguridad y lucidez, la tomé del brazo para irnos afuera de la capilla. Su mano era muy delicada, similar a la hoja de una nueva flor.

—Buena opción el sacarme, lo valoro… —dijo agradecida. Yo sonreí a pesar de que no me viera, aunque tenía la sensación de que ella, era capaz de sentir cada sentimiento que expresaba.

—¿En qué parte está el faro de luz? —me preguntó.

—Al frente de donde estamos, pero con dos palmos de diferencia. Ella elevó su brazo y trazó un camino mediante él, luego me dijo:

—Ven, te quiero mostrar algo —La seguí sin dudar.

Caminaba con acritud y la cabeza elevada, similar a un peón en la guerra. Era indescriptible la forma en que se distinguía, además de ello, también transmitía una serenidad implacable; digna de una reina

en su esplendor. Entre curiosidad y cuidados, reparaba sus pasos con la mayor de mis disposiciones.

Luego de superar una falsa y pequeña montaña de la calzada, en un prado liso; en medio de la nada, había algo muy hermoso de por medio.

Janett, se guió con el delicado sonido, y se detuvo antes de tropezar con aquello. Inclinó su cuerpo y tomó del cristalino elixir con sus manos, que drenaban sus dedos. Esta es la fuente del Olivo, aquí se recogen los deseos que tienen las almas necesitadas —dijo estacionada al frente de la fuente.

Era de mármol blanco y tenía una mujer montada en un delfín como principal figura.

—¿Qué significa esa imagen? —le pregunté, con ganas de aprender.

—¿La que está en el medio?

—Sí.

—Es la representación de una sirena. Las leyendas dicen que antes las mujeres fecundaron con delfines para procrear el mar de una creación única, vasta y universal.

—Qué locura, ¿es cierto? –dije con la boca abierta, era difícil de digerir. Ella se encogió de hombros con ternura y dijo sin presiones:

—No tengo idea de nada —Me hizo reír.

—¿Por qué me traes aquí, hay algo especial que se encuentre?

—No hay mucho. Es más simple de lo que crees, se trata de ti la verdad... —dijo con pena y admiración, me tomó por sorpresa.

—¿Por mí?

—Antes, cuando era niña, o sea más pequeña —aclaró con gracia —, había un deseo que pedía todos los días. Pero nunca se cumplió en el tiempo que quise, y me frustré, porque supe que los sueños no vienen en cualquier momento y menos si los pides —La escuchaba con detenimiento, se estaba guardando y yo que tenía un extraño presentimiento. Mi intuición pedía a gritos continuar haciendo de buen oyente.

» ¿Quieres saber cuál fue mi deseo?

—Dime... O bueno, como quieras decirlo estará bien —repliqué destartalado, ella se alegró al tenerme de cerca y brindarle mi atención.

—Un compañero que nunca me abandonara… y ahora lo tengo sin darme cuenta.

—¿Tienes un compañero? ¡Qué genial! —dije con falsa alegría, sabía que aquellas palabras, no iban conmigo, me entristecí sin hacer más.

—Sí. Eres un compañero para mí, y pienso que lo seguirás siendo por mucho tiempo —dijo complacida mientras empapaba su mano

entre la corriente de agua que venía del centro de la fuente.

«¡¿Es conmigo?!», sopesé con ingratitud, no conocía cuánto tiempo me quedaba en realidad para despertar del sueño espléndido que estaba viviendo.

» ¿Llegó alguien? —volvió a decir Janett, confundida y sin ánimo, al no encontrar ocasión de palabra en mí.

—Nadie —repliqué al instante—. Me tomas desprevenido, nunca me han dicho eso y menos en un castillo como este. ¿Sabes? Lo único que he escuchado en mi vida que es de valor, son las vacas corriendo espantadas de los lobos mientras yo voy con un palo de escoba dispuesto a salvarlas.

Janett, mostró una alegría indescriptible al oírme. Eres afortunadamente gracioso —me dijo—. Y eso, es bueno para tus intereses en el futuro.

—Gracias —dije con amabilidad—. Por cierto, ni yo conozco cuáles intereses tendría yo contigo en… —enmudecí de inmediato al observar el caballero Emilio detrás de mí.

—Emilio, asustaste a Claude —dijo Janett, divertida—, querido, ¿cómo te fue en el baño?

—Muy mal, Jane. Esa sopa de fideos estaba de días y mi intento por salvarla terminó en la consumación de mi estómago —contestó seriamente y sin tomar en cuenta que yo estaba ahí. Su tono era más apacible, quizás, producto del dolor por el tiempo perdido en un baño.

—El limón es efectivo para eliminar esos daños gástricos de raíz, pero tú insistes en ser orgulloso como primera solución a tus problemas. Por eso nunca vas a salir de un mísero baño, Emilio.

Quería reírme, pero no encontraba ocasión para hacerlo —y si lo hacía era hombre muerto—.

—Ante el caballero presente, tomaré una decisión inolvidable. Por eso, necesito las llaves de la cocina que usted tiene para iniciar la travesía del limón y hacerme el sanatorio mediante la soledad. ¿Las tiene de casualidad? —preguntó Emilio, con una pérdida de dignidad que no le vi a alguien.

—Tranquilo, quedas en buenas manos. Tenlas, pero no vuelvas a mi lado hasta que hayas hecho arreglo contigo —amenazó Janett, y en su intento fallido por contener su risa, le dio las llaves.

—Por favor don Claude, cuídela —me confió con una asombrosa muestra de respeto, terminé helado y bajé la cabeza de manera sosa, en muestra de acepción a sus vocablos.

Emilio, se marchó con prontitud y volví a estar con Janett. Era asombrosa la confianza que me tenía el caballero para dejarme a solas con la futura heredera al trono.

Capítulo 20.

—Y… nuevamente estamos solos —dijo Janett con tranquilidad mientras se sentaba en el borde de la fuente, y balanceaba sus pies posándose sobre el agua cristalina que tenía de cerca—. Ven, puedes sentarte aquí también si quieres, recuerda que no soy una reina ni tampoco un monstruo.

—Claro, es un gusto hacerlo —le dije cuando iba para sentarme. No me acerqué tanto a ella, ni tampoco entré los pies a la fuente. Me senté hacia fuera, donde los zapatos tocaban la grama baja y delineada de cuidados.

Hubo un momento de silencio, que a mi parecer era bastante incómodo. Además, a eso se sumaba un pedazo de mi pronunciada timidez, que pensaba que perdía con ella. Pero todo se asemejaba a una vana ilusión, pues al verla jugar con los pies sumergidos en la fuente; con un estoicismo de los dioses del Olimpo, fue imposible tener la fortaleza para compartir un comentario de provecho.

Estaba sudoroso por no poder encontrar palabras. Pero ella no se inmutó, porque antes de que yo lo pensara, Janett vivía en otra tónica totalmente distinta a la mía.

—Eres muy silencioso. Creo que te gusta escuchar el agua caer —dijo rompiendo el hielo, ante los remangos de mi mudez.

—La lluvia no me gusta —dije resuelto—, pero, creo que tienes razón con eso del sonido. Digo, no creo que sea lindo estar bajo la lluvia, pero con un paraguas tal vez se disfrute de alguna manera.

—¿Sabes? Pienso lo mismo que tú.

—Vaya… entonces debería darte un premio al poder compaginar conmigo en eso —le expresé de buena manera, Janett lo tomó con una ligera sonrisa.

—No, gracias. Ya tengo muchos premios inmerecidos.

—¿Por qué? —dije curioso.

—Ser una “supuesta” reina, te otorga demasiadas “libertades” de las que estoy cansada. Mi sueño, en verdad, es conocer lo más lejos posible de estas murallas.

—¿Qué quisieras conocer?

—El mundo —dijo sobria y con auras de soñadora, mientras elevaba la cabeza con admirable simpatía.

—La tierra es una naciente de esperanza para las vidas que algún día esperan verla, tal vez de cerca… o quizás a lo lejos. Pero no deja de ser la inspiración de las almas que desean con fervor encontrársela, así sea, metida en un sueño perdido, entre vagos y envanecidos pensamientos del azar —expresé con denuedo, Janett me escuchó con atención, estaba fascinada sin darme cuenta.

—¡Qué genial fue tu descripción! ¡Estuvo bella!

—No es nada… —me interrumpió.

—Tienes talento para narrar, no había escuchado algo así dentro de estos muros.

—¿Sí? —repliqué, sorprendido.

—Por supuesto, y dime, ¿dónde aprendiste a decir todo eso?

—No sabría decirte, porque no soy de lectura. Pero me gusta escuchar lo que mi corazón tiene para decir, y a partir de ahí, busco las palabras y las dejo en libertad.

—Entonces ese debe ser tu talento: narrar las cosas del mundo.

—Oye, no —le dije de manera que no malinterpretara mis palabras —, yo digo lo que para ti suene interesante —admití.

—Pues lo que sea que hayas hecho, para mí está muy bien. Sigue haciéndolo siempre que puedas. Es una orden para ti.

—Está bien —dije aceptando, primera vez que se me había ocurrido hacer eso y salió tan bien que, para Janett, no tenía errores. Me alegraba de sobremanera el saber que estábamos en sintonía.

—¿Y no conoces del amor? —me dijo sin filtros, yo tomé un tiempo prudente para responder.

—Muy poco para ser exactos.

—Si no eres feo y tienes el don de la palabra, ¿por qué dices que no lo conoces?

—Gracias por eso —admití apenado, y traté de responder con la mirada erigida, puesta a voluntad, a pesar de que me muriera del susto. No sabía de dónde sacaba tanto valor para hablar como lo estaba haciendo, andaba en racha—. Nunca me he animado a estar con alguien. Quizás es por...

—¿Por qué? —Volvió a interrumpirme. Esperé unos segundos para contestar.

—Por timidez, o tal vez estoy esperando a la persona indicada sin contarlo… —la vi, y mi sonrisa melancólica me decía que yo no sería el hombre destinado para su vida.

—¿Cuantos años llevas esperando a esa persona?

—Desde que tengo uso de conciencia o, mejor dicho, desde que nací.

—¿Cuál es tu edad?

—Diecinueve.

—¡Absurdo! —contestó con desagrado—, nadie espera tanto por amor. Al final la gente se cansa o termina con platos de segunda mesa.

—Yo no soy “la gente” —le contesté con respeto y en defensa propia, ella lo tomó sin molestia.

—Disculpa, es mamá la persona que me guía en estos temas amorosos. Por eso, quizás, salté rápido a la defensa contigo y tus declaraciones.

—No te preocupes. Sé que cuesta, pero es la verdad.

—Te creeré, pero debes demostrármelo con el tiempo —me dijo de forma analítica.

—¿Cómo se hace eso?

—No lo sé, eso debes saberlo —dijo perdida mientras a la vez me confundía con sus inexplicables pedidos de futura reina.

—Muy bien, buscaré una forma.

—Creo es lo correcto. Así que… si tomas esa decisión, me dejas en la posición de también admitir algo.

—Si crees que es necesario… —le dije al aire y a ella de forma indirecta.

—Yo tampoco he tenido un amor y, la verdad, espero alguien que me abrace hasta el alma. Pero no conozco a alguien que cumpla con esos requerimientos.

«¿Y para qué me tienes aquí?» dije en la soledad de mis pensamientos, no podía creerlo; una reina del Olivo sin historial amoroso, y yo que pensaba estaban apartadas para alguien desde antes de nacer. Así lo auguraba sin conocer más al respecto.

—No entiendo, ¿no se supone que las princesas tienen a su príncipe?

—No es como crees, porque todos los “supuestos” príncipes que llegan, son unos cretinos. He conocido a los de Europa y la gran Asia y son pura palabrería que al final se convierte en un completo chorro de babas.

—Yo que pensaba sobre lo perfectas que eran sus vidas, que conocían al hombre que era su príncipe y se casaban y tenían muchos hijos para ser felices.

—Siempre todo estará lejos de ser perfecto… pero si nos esforzamos, buscaremos algo que se le acerque —dijo Janett con profunda filosofía, al mismo tiempo que sacaba sus pies del agua, para cruzarlos en el acabado de la fuente.

Unos segundos pasaron y el silencio no pesaba como antes, aquella vez era más ligero, flamante, cuando una brisa descuidada en medio de un cielo inerte y sin montañas.

—Tengo algo más para decirte —dijo Janett, la observé al instante —. Me siento bien con tu compañía, Claude… no lo puedo negar. Es bonito que estés aquí.

Mi corazón me dio un golpe tremendo en el pecho, se había vuelto boxeador, y definitivamente se quería salir. Dentro del impasse que suscitaba aquello, no me quedé atrás.

—Yo también me siento agradado por ti, y no lo oculto. Te agradezco con mansedumbre y buenos deseos todo lo que has hecho hasta este momento —dije con confianza—, ha sido maravilloso.

—Eres diferente, lo puedo sentir… —dijo con una sonrisa de

labios, mientras se resignaba a decirme lo más imposible que había escuchado alguna vez.

—¿Por qué?

—No lo sé —se largó a chirriar una corta risa—. Quizás porque nadie había gritado mi nombre con tanta fuerza, pidiendo por mí, eso ya te hace diferente. ¿No? —dijo en un aparente estado de saberlo todo. Terminé en *jaque mate* luego de aquella oración, porque nunca fui capaz de contestarle.

(…)

—¡Pase y sea bienvenido!

—Señora reina, discúlpeme que me presente de tal modo. Pero el objetivo que me encomendó, no se cumplió como se esperaba…

—¿No fue competente para conseguir una simple firma de tinta negra? ¿Monteredondo, en qué falló?, usted no es de los que termina de brazos cruzados —dijo la reina con una rabia imperturbable en el rostro, aunque su tono todavía era hospitalario.

—Dos minutos antes de lograrlo, apareció Sounder de la nada y me dejó sin misión para cumplir. Ya sabe que una discusión contra él es muy compleja para llevarla a cabo… No hay hombre de su calibre y honor en el Olivo.

—Hum... —se lo pensó con detalle—, desconocía que Sounder supiera algo sobre el chico, pero tampoco había indagado sobre los deseos de mi hija. De seguro fue Emilio el culpable de esto… —expresó con detenimiento, no sabía qué hacer ante aquella sorpresiva defensa.

—¿Qué piensa hacer al respecto, señora reina? —preguntó Monteredondo, mientras hacía genuflexión a metros de su trono. La reina se elevó de su asiento y se apartó hacia un costado del palacio, en dirección al ventanal de la escotilla que abría una terraza.

—Tendré que usar mis influencias para terminar esto de raíz. No tenga dudas, esta pesadilla se acabará para mi hija. Gracias por su cooperación, Monteredondo. Puede retirarse —culminó, entretanto veía en la ventana de colores hacia el amplio paisaje de hábitats inefables que presentaba el reino y casi todo el excelso amurallado de los Olivos.

(…)

Los siguientes cuatro días con Janett fueron únicos y colosales. Mis heridas sanaron a velocidad del rayo, su compañía me alegraba

las tardes y cada vez crecía más una bonita amistad con ella. A veces, aunque me costara pasar por el sendero oculto del palacio, no tenía más problemas con los protectores que me tropezaba por el camino. Era una tranquilidad que no había vivido, mis amigos —en especial Travis—, me envidiaban por las facilidades que tenía para superar las defensas del castillo; nunca les conté que, en realidad, era un invitado de honor de la futura reina y heredera al trono.

Pero no todo fue color de cantares: hubo un momento en la tarde del quinto día, que conocí lo que significaba el estar en un castillo del que nunca había sido bienvenido.

Tocaron la puerta del salón de convenciones. Ten libertad de pasar — aceptó Janett mientras yacía a su lado. Estábamos conversando sobre lo horribles que eran los hombres que eructaban, y medían sus actos grotescos, para reafirmar cuál de todos era el más varón o "caballero". Era Sounder.

—Excúseme, señorita Janett, pero hay problema de debate clase "A" en el palco de justicia y tiene que ver con usted y el caballero Claude.

Janett puso una cara de terror y no entendió lo que sucedía, se quedó sin palabras. Traté de comprenderlo, preguntando por mi cuenta.

—¿Cuál es el problema?

—El rey decidió, por pedido expreso de la reina. A que se convoque una trascendental discusión mediante la admirable Secretaría de Órdenes, el motivo: es para aprobar la acción formal de las autoridades competentes del castillo, para decidir sobre el futuro del señor Claude Rivarola, sea de prohibir o vetar su entrada, al no ser un miembro importante del Collado. Además de injerencias divisorias que genera su posición de invitado, en los días que se halla dentro de los senderos adyacentes al Olivo.

—¡Vaya! —dije impactado, ¿tanto odio y resentimiento tenían guardado conmigo? —No sabía ni qué decir al respecto…

—Mamá siempre ejecutando sus crueles actos… —afirmó Janett indignada y con el ceño fruncido, estaba más devastada que colérica.

—En la tarde, antes que se esconda el sol en medio de la gran nube, será la reunión. La esperamos señorita Janett —expresó Sounder, sin contratiempos. Al llegar al palco de Justicia, Janett habló antes con Emilio sobre mi futuro. ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué han incurrido a tal acto, tan ruin y despreciable? —increpó Janett, que seguía con el rostro bifurcado. No se preveía ni aparentaba ser una candidata a reina para el futuro en aquel instante.

—Jane —susurró Emilio, no quería que los presentes le escucharan—. Su señora madre fue la que solicitó el juicio, no se preocupe que las salamandras nos apoyan y también están

conscientes de que esto es un abuso de autoridad.

—No comprendo por qué hacen esto, es injusto para alguien que recibió castigo sin merecerlo. Es una acción que me deja sin posibilidad de defenderme. «¿Janett se refería a mí?»

Luego de diez minutos, me senté a su lado y el de Emilio, mientras los acusatorios venían desde un costado, no podía ver quiénes eran, pero ya tenía mis sospechas sobre ello.

—Déjemelo a mí, tengo un plan para debatir. Tal vez perdimos una batalla, pero no se ha ido la guerra. Por eso soy el confidente de su padre, defenderé sus deseos con mi vida si es necesario.

—No tienes que ponerte caballeroso, Emilio, pero lo agradezco. Por ahora me encuentro en blanco —reveló Janett, en un intento por calmar los ánimos. Emilio expresó una sonrisa juguetona y entendió que la cosa se iba a poner peliaguda.

—¡Silencio! —expresó duramente el juez del palco, al tiempo que la corte se sentaba viendo el caso a su diestra—. Doy mi voto de palabra a la señora reina, ante su excelentísima petición mediante la solicitud aprobada a puño y obra del rey. Adelante —se sentó el juez. La reina se elevó del asiento, estaba a un costado de nosotros, hacia el otro extremo como protestante.

—Gracias, sr. Justicia. Mi razón es recta y sin objeciones, he de decir que el chico Claude Rivarola no es alguien digno para posar sus pies sobre este elaborado baluarte, además de tener intenciones infames con mi hija, como una piltrafa, que solo desea ponerle un dedo a la princesa para herirla —enfatizó de forma despectiva y sin piedad alguna—. Basta dejarlo un par de días más… para que lo peor se desencadene. Hay muchos de mis hombres, que desaprueban su ingreso y permanencia en nuestro valorado lugar de reyes y honorables. Por lo tanto, mi ocasión de palabra es para llamarle; exorarle, a que esto se lleve a una votación inminente para aceptar la petición —apenas terminó de dictar su sentencia, regresó al asiento y tomó un ajustado respiro, sosegando su mirada. Se le admiraba la sensación de haber cumplido con la tarea.

—¿Qué va a suceder ahora? —le pregunté a Emilio, temeroso, él me respondió sin apuros.

—La justicia del Olivo es muy diferente a la convencional. Aquí se aprueban o derogan peticiones mediante la votación de seis importantes miembros de seguridad, sin contar los votos del rey o reina respectivamente.

—¿Qué significa eso? —le volví a preguntar como un niño que no sabía nada —y en realidad era cierto—.

—Si la mayoría vota en tu contra… serás expulsado sin opción a nada, y lo peor, es que estamos contra viento y marea, porque la reina seguramente votará y su voto vale por dos. Tenemos a las

salamandras de nuestro lado y está bien, pero no puedo asegurarte el voto de mi subordinado Sounder, cuando él es hombre derecho de camino justiciero que conoce bien sobre el honor en estos casos. Queda ver si mediante mis palabras puedo llevarlo al lado de tu defensa.

—Es increíble que todo esto suceda por mí. No lo puedo creer —expresé impávido, Emilio puso cara de lástima e intentó darme ánimos: era el Olivo entero contra mí.

Capítulo 21.

Al comenzar la votación, Emilio contó que la Corte Suprema que se develaba al interior de las murallas del Olivo, la citada Secretaría de Órdenes —dicho antes por el sr. Justicia y la reina—, era la comunidad de seis miembros de seguridad que conformaban la verdadera defensa, integridad y soberanía del reino. Cada uno de ellos era impartido mediante tres fuerzas: protectores, salamandras y caballerizos. En mención de sus eslabones, se encontraba el jefe de las fuerzas y el sustituto directo como segundo al mando, siendo dos honorables por línea de competencia, y seis en total: dos protectores, dos salamandras y dos caballerizos.

La fortuna de mi azar; era que el primer y más importante caballerizo del Olivo, estaba de mi lado. Al mismo tiempo, desconocía la providencia del imponente Sounder; el segundo al cargo, al igual que los demás. Pero estaba seguro, de que los despiadados que se hacían llamar protectores; eran los primeros que pedirían mi cabeza sin razón alguna. Quizás era envidiado por diversos hombres al ser el acompañante natural de la princesa.

—Excelente. Es hora de iniciar con la votación de escogencia por el futuro del nombrado Claude Rivarola, en relación a los muros y praderas del Olivo real —expresó con denuedo el sr. Justicia—. Ahora, por la admirable corte de la Secretaría de Órdenes, en su posición innegable como equipo de defensa para la protección del rey, se decidirá en orden de fuerzas mediante los seis miembros de la mesa redonda, y la reina en su puesto de supremacía jurídica, tendrá relevancia como sustituto directo del rey.

Apenas el sr. Justicia hizo la mención de una mesa redonda, llegaron varios entes encargados de la seguridad del palco y trajeron rápidamente una mesa redonda de roble excelso; no tan alargada y rústica, con unos tres metros cuadrados de largo y un metro de ancho ante la portentosa altura del estrado.

—Sean bienvenidos a la mesa, los protectores: Monteredondo y Cristensen —Apenas escuché el nombre del primero, recordé al molesto bigotón con cara de malos amigos y supe que el juicio iba a ponerse complicado—, las salamandras: Rebecca y Norberta y, por último, los caballerizos: Emilio y Sounder. En añadidura hacia la reina, que el asiento especial sea reservado para su preferencia.

Los nombrados tomaron asiento después de que la reina buscara su posición y pronto inició un juego de miradas y poderes entre sí. Janett estaba a mi lado: nerviosa y trémula. No sabía qué postura tenía que adoptar para sopesar la compleja situación que me representaba. Las votaciones estaban a nada de comenzar. Era un choque absoluto entre fuerzas importantes y hombres de gran

categoría; no solo del Olivo, sino de todo el país de los deseos. A ciencia cierta, era un privilegio encontrarse en aquel lugar rodeado de tales personalidades. Lo difícil, era cómo todo había sucedido.

—Si han de encontrarse preparados y dispuestos, comenzaremos con la votación por ocasión de los primeros al mando. Pero antes, de forma jerárquica y respetuosa ante la reina, ella dará inicio. Los últimos en sufragar el laudo, serán los segundos de la línea de competencias. Siendo así, le pido y exhorto a usted: reina del Olivo, que abra la brecha de decisiones que necesitamos en este palco de igualdad, para decidir el futuro trascendental de la monarquía que resta en América.

—Gracias, sr. Juez—replicó la reina; y sin tomarse más beneficios, comenzó a dictar palabras—: Como sucesora y representante directo del mismísimo rey del Olivo, mi petición es afirmativa para la aprobación de la nueva ley.

Sentía un importante arrebato al consentir su sentencia, ¿por qué la reina me quería fuera del palacio? Era la muestra final de su verdadero rostro. Y tenía una corazonada en el interior, que me hacía profesar sobre lo terrible que se desencadenaría pronto, en preceptos de su propia actitud. Su lengua era de serpiente: peligrosa y malvada.

—Entendible —señaló el sr. Justicia—. Conforme ahora el voto es traspasado a los primeros mandos. Protector Monteredondo, cuando quiera.

—Gracias por su medio, sr. Justicia —dijo Monteredondo, con un visible y enmarcado rostro hacia la dirección de su voto—. Mi representación apoya a la moción de la reina en total respaldo a sus palabras. Desde el comienzo de esta reunión, estamos de acuerdo en unidad —concluyó, viendo de reojo a Emilio y con una corta sonrisa de victoria.

—Mi respuesta es negativa —aseveró Emilio con rapidez y puntualidad—. No tomo acepción ante la petición de la reina, porque deseo defender y valorar los propósitos de desprendimiento y buenos sentimientos, de su hija, la princesa y futura heredera al trono, Janett Lanchester.

La reina y Monteredondo se disgustaron de inmediato al escucharlo. La intensidad y el ambiente alrededor comenzó a pesar con importancia desde aquel momento. Los respiros de todos, sus sentidos de defensa y la autonomía de sus independencias, los caracterizaba a cada uno en la expansión de palabras: era una lucha de inteligencias. Nadie sabía con exactitud quién daría el golpe conclusivo.

—Mi voto y el de Norberta, van dirigidos a la intención de mi compañero de armas, el caballero y salvaguarda del rey, Emilio Lapadula. Nada más que agregar, sr. Justicia —expresó Rebecca

impecable, en un sorpresivo apoyo hacia mi estadía. Rebecca, la salamandra de oro, era la encargada de defender la puerta de entrada al castillo principal donde reposaba el rey. Era una mujer ruda, fuerte, que no perdía la feminidad; contenía una piel de mil batallas y un rostro precioso junto a dos espadas que reposaban en su cintura. Era increíble equiparar cómo alguien que no conocía ni había visto, podía apoyarme y estar de mi lado en una situación tan desesperante e injusta. Desde ese instante, supe que Rebecca y la silenciosa Norberta, eran buenas mujeres de guerra, valedoras indiscutibles del castillo y estratégicas defensoras del reinado del Olivo.

—Hasta ahora se cuentan tres y tres, sobran dos votos para concluir.

La reina y Monteredondo se veían tristes, no creyeron que las salamandras fueran tan definitivas y oscilantes en la declaratoria. Estaban contra la pared, aunque todavía tenían un as bajo la manga.

—Yo, Cristensen, segundo al mando de los protectores: afirmo mi postura en pro del discurso de la reina, y apruebo con enérgica conciencia, que lo superior es aceptar su petición —dijo aquel joven protector de pelo blanquecino y voz refinada. Parecía un fantasma con forma de hombre, porque no denotaba algún tipo de sentimientos y era el menor de todos en la mesa. Era la clase de protector del que no te quisieras topar en un día de mala suerte corriendo por el Valle de los Lamentos, ni tampoco en un día de cacería de brujas.

—Estimado caballerizo Sounder, queda en sus manos el último voto — replicó el sr. Justicia, atento. Sounder tenía un recto semblante, sin síntomas de abandonar la calma y, a diferencia de todos; era el que tenía su voto más que reservado dentro del sentido de sus palabras. Estaba asustado, porque dependía solo de él. No había más opciones.

—¿Qué sucede si vota por mí? —le pregunté a Janett en un susurro relampagueante. Lo sabrás en nada —me contestó. Soltó un respiro inminente y, con cara de fortín, respondió:

—Después de presenciar el naciente intercambio, forzado y apocado de posturas —dijo en indirecta hacia sus compañeros de mesa con una pausa de ensayo—. Se me ha develado la definitiva contestación a esta petición inequívoca por parte de la reina, señora esposa del mismísimo rey del Olivo. Sus razones y defensa principal, me tintinean a una verdad con buen ilustre de justicia —declaró Sounder mientras yo caía al borde del nerviosismo—. Pero he de sentir que la misión de mi jefe… es de corazón honroso y cumplidor. Por ello, decido, fielmente cegado a mi convicción de honor y rectitud, que no apoyo sumar mi nombre con ninguna de las afirmaciones, negativas o positivas, al respecto del tema solicitado… esa es mi decisión.

Era mi derrota, lo supe apenas al voltear y observar a Janett con una consumida tristeza. Sin embargo, Sounder no había acabado.

Capítulo 22.

—Aunque mentiría con alevosía si me hiciera uno con el silencio —retomó Sounder, luego de una corta pausa, y dio un respiro envuelto en seriedad. Sus palabras eran a otro precio. En la mesa se advertían pasmados con bastante revuelo, pues era infrecuente verlo en aquella apariencia—. La pasión y el sentido del corazón, me otorga una nueva posición, y para el señor acusado; supongo que ha de ser para gran augurio —expresó satisfecho—. Desde que le descubrí por primera vez, con la piel desgarrada, suplicante de auxilio, sentí que mi alma se manchó con gravedad. Porque hemos de cuidar "el Olivo" con respeto, admiración y vida, no con lo contrario como algunos piensan… —vio a Monteredondo, con una mirada aguda y fugaz—. El poder no es opresor, y en mi apresurada realidad, pienso que el señor necesita todas las oportunidades que un caballero como yo pueda consagrarle. Mi petición, es negativa ante la reina. Sr. Justicia: es mi última palabra.

—Maldición —susurró la reina, con la voz arremangada. Fue tan escaso su timbre, que solo en la mesa pudieron escuchar. Emilio, consintió ante el buen gesto de su subordinado.

—Admirable… por primera vez en quince años, nos topamos con un empate totalitario. Es de extrañar que no estén de acuerdo todos los miembros de la mesa en esta oportunidad —añadió el sr. Justicia con franqueza—. ¿Saben el significado de esto?

El rostro de Janett se percibía más amilanado y espacioso. Esto es bueno —expresó con diminuta alegría. No alcanzaba a comprender de qué se trataba, todavía no.

—Me ofrezco como defensor a la petición negativa —aceptó Emilio con plena seguridad. La reina y Monteredondo tenían cara de muerte circundante, estaban disgustados como nunca los había visto.

—Excelente decisión caballero. Ahora, es de trascendencia saber quién será su contraparte. ¿Algún defensor de la petición sobre la nueva ley?

—Yo —dijo la reina sin más que acotar. Luego de entrar en razón sobre la acalorada votación, le pregunté a Janett con condena:

—No entiendo por qué hacen todo esto… me siento triste, ¿cómo es posible que los protectores y la reina me quieran fuera? ¿Por qué debe suceder de este modo? ¿No se puede detener?

—No entres en pánico —indicó Janett con sosiego—. Muchas veces vendrán cosas malas. Por eso es necesario defender nuestra posición, porque antes de ti, estamos nosotros que buscamos lo mejor para los que están lejos del Olivo. No es todo contigo, también tiene que ver con la imagen real del Olivo y nuestra representación ante el país.

—Vaya… entonces creo que nunca me había sentido tan importante —le dije, en un intento de tomar su consuelo, ella me respondió con una dureza que no se la había conocido sino hasta ese día.

—Prepárate, porque seguirás siéndolo por mucho tiempo.

Mi sonrisa se evocó en una mirada que decía: No puedo creer que consiga vivir lo que imaginé.

En aquel lapso, la mesa redonda se dispuso para dos asientos. Uno al lado derecho donde se hallaba la reina y otro en el izquierdo donde reposaba Emilio. El que impartía justicia estaba al frente de ellos hacia un extremo distinto, y sentado como un miembro más. Era el debate final de desempate.

—Cualquiera puede comenzar, aunque me gustaría que por caballerosidad propia de los que conservamos esta mesa, sea primero usted: señora reina del Olivo, en profesar su postura.

—Gracias sr. Justicia. Primero, con antelación, quisiera cerciorarme que mis palabras serán comprendidas en su justa medida y que tomará la mejor opción para el reino —expresó con sumo cuidado e ineludible transparencia—. Mi deber y legado como reina, es saber que antes de ello; soy madre, y estoy encargada de proteger en los medios que sean necesarios a mis hijas, en especial a Janett; dada a su condición de ceguera, y alejarla de los intrusos que deseen aprovecharse de su buen corazón. Tal como ha pasado en años anteriores. Lo mejor es conservar hermetismo en su nombre y no mostrarla ante el mundo cruel que yace en los alrededores del amurallado. Porque siento que el chico no es más que un mal vaticinio para nuestros intereses y el futuro generacional del reino, por eso, les pido encarecidamente que cuiden el patrimonio principal del Olivo y no dejen que caiga en malas manos… En eso, se basa mi posición como madre y reina defensora. Muchas gracias.

Era increíble que la misma reina, tan despectiva e hiriente, se expresara con tanta elegancia bajo una forma déspota sobre mi futuro en el reino. Era un golpe demasiado bajo y contumaz, sin embargo, Emilio también tenía lo suyo.

—Siento que su posición deja muy mal parado al señor, Claude Rivarola —replicó Emilio, sin tardar—. Sr. Justicia, en mi concepción, quiero que sepa del padecimiento y admiración que poseo ante el grandioso gesto de bondad de la princesa Janett, que antepuso la libertad y ocupación del uso de su tiempo, para poner sus influencias y lograr sanar las heridas del invitado. Que antes fue, de forma miserable y despiadada: atropellado, masacrado, abusado de golpiza inmerecida y propinado de injusticia en manos de protectores de este mismo castillo —enfatizó a lo último—. Por ello, defiendo la negativa tomada ante la petición de la reina, con total conciencia y honor de por

medio. Soy defensor de este reino, pero fervoroso al respeto ante aquellos que anhelan conocernos.

—Hum, siento que sus palabras caballero Emilio, contienen un lindo propósito; pero recuerde bien que es defensor y salvaguarda, no es padre de la princesa —contestó la reina—. Además, ese señor al que usted pretende llamar así, fue un intruso antes de conseguir entrar por palabras de mi hija. Sabe muy bien que los protectores tienen el derecho a encargarse de cualquiera que prorrumpa con la paz de los muros que nos rodean. Ese chico quiere buscar acabar con nosotros.

—Por supuesto que estoy de acuerdo en lo primero —indicó Emilio con rostro apacible, Janett sentía aquello con una zozobra come uñas —. Pero al ser llevado adentro para atención inmediata, luego de la evitable paliza, no se le encontró ninguna arma u objeto que pudiera atentar contra la integridad de alguno de nuestros protectores. Solo retenía una bicicleta recién pintada como herramienta para visitar el castillo. Los godines, en su mayoría, siempre llevan en sus bolsillos, cuchillos o puntas afiladas de alto riesgo, este chico nunca contuvo ni tendrá nada de eso entre sus manos, no mediante el uso aplicado de la fuerza para lastimar a alguien. De eso, estoy seguro de palabra.

La reina empezaba a mostrar resistencia ante las refutaciones de Emilio, sin lugar a dudas era mi ángel guardián, era impresionante la confianza que me tenía sin conocerme a fondo.

—¿Y se preguntará por qué quería entrar a la fuerza? Burlando la primera línea de defensa y acercándose a la puerta protegida por las salamandras. Eso es muy peligroso y merece ser sancionado con severidad.

—Él solo quería ver a la princesa, pero no le dieron opción para expresarse. Lo golpearon hasta que su hija ordenó que le dejaran en paz; incluso salvándole, por tan heroica decisión de proteger a un desconocido. Quienes deberían de ocuparse de esto son los protectores, ellos fueron los que perpetraron el cobarde acto de atacar a este chico mediante sus hombres con una deshonrosa bajeza. Por ello el Valle de los Lamentos está embrujado, ha de ser por tantas vidas arrebatadas de forma injusta por los protectores del pasado. Antes de defender a muerte el castillo, la vida, es la prioridad compasiva de esta monarquía contemporánea señora reina. Por ello, exhorto al sr. Justicia y a los protectores encargados, a cuidar y velar por la seguridad del señor: Claude Rivarola, haciéndose cargo de sus actos y de la recuperación del susodicho en relación a su salud y, así cumplir con el deseo de la princesa.

Levemente alterada por la petición de Emilio, la reina enunció con desesperación sus últimas cartas:

—Los protectores no están encargados para proteger intrusos. Me

parece muy incongruente su subjetiva petición de cuidar y proteger a un extraño, que lo único que ha hecho, es dar problemas a nuestras autoridades competentes.

—Usted misma lo acaba de aceptar —dijo Emilio sin complicarse, la reina le vio desaforada. Los presentes estaban atónitos—. Es cierto que no corresponde a los protectores. Por ello, el honorable acto de humanidad que ejecuta la princesa Jane, de verdad lo hace en beneficio del palacio y el reino, porque evita que los protectores de forma indirecta se hagan cargo del error cometido. Jane, con sus propias manos, como si se hubiera dado el tiempo de pensarlo: toma la batuta ante el sacrilegio cometido por las fuerzas que nos representan, protegiendo a todos sin darse cuenta de lo sucedido. Tanto nuestro honor como el derecho del forastero... ¿Entiende esto? Estamos ante la presencia de una verdadera decisión de reina defensora de su pueblo y país, orquestado de parte de una princesa con una madurez admirable y de inefable bondad… ¿Qué opina de ello, sra. Blanchet?

La reina quedó enmudecida y sin respuesta, dentro de una cara arruinada. No consiguió ocasión para hablar y menos para defenderse… El sr. Justicia apenas vio aquello, dio su dictamen final sabiendo que no existía nada más para agregar.

—Ante la vigésima séptima proclamación de votos mediante la Secretaría de Órdenes del reino amurallado del Olivo, y en función de sus competencias hasta el punto de debate personal: es negada la petición de la señora reina y aprobada la ley de beneficencia en nombre del señor, Claude Rivarola —Los que habían votado en negativo, sonrieron entre sí con una naciente alegría desbordada —. Señor, puede seguir entrando al palacio con llaves y ser un invitado de honor, siempre mediante el permiso y consentimiento de la heredera al trono: Janett Lanchester, y a la persona que lo lastime o vuelva a izar una espada a su contra, con intención de infligir daño, terminará expulsado del reino o en su defecto, ejecutado mediante la hoguera moderna. Fin de la discusión —Tomó el mazo y golpeó a la mesa marcando la conclusión.

El ambiente era de algarabía y conmoción espontánea. Janett, al escuchar las últimas palabras del juez, se elevó de su asiento y fue a enfundarse en un abrazo de victoria con el caballero Emilio. Lo hiciste, eres el mejor —dijo Janett con ánimo de júbilo. Monteredondo y los demás derrotados en la corte salieron rápidamente espantados y desilusionados, sin opción a mostrarse conformes ante la resolución final. Al contrario de la reina, que permaneció estática hasta que por fin soltó su molestia:

—Usted no quiere proteger a mi hija. Solo busca que este reino se caiga a pedazos con sus defensas imposibles. No sabe el mal que nos

hace a mí y a mi señor esposo, Emilio.

—He de sentir eso como propio… —respondió Emilio, decepcionado por las palabras—. Pero quiero que entienda la necesidad de su hija por conocer el mundo y hacerlo un lugar agradable. Eso se consigue invitando, no desechando y menos despreciando a los demás como usted desea hacer. Algún día deberá comprenderlo, apreciada reina.

La reina se marchó de forma grosera sin terminar de escucharle. Janett, entristeció su cara al reconocer el sonido de los pasos enfadosos de su madre, sabía cómo le sonaban cuando estaba disgustada. Me levanté de mi asiento y le agradecí al caballero.

—Muchas gracias, me salvó. No sé cuándo se lo pagaré.

—No es nada. Sabe que el problema y la discusión no es por usted. Hay más cosas en discusión, así que no piense que soy el héroe o algo parecido — dijo con una entrante sabiduría de por medio. Asentí agradecido como nunca.

—¡Muy bien! ¡Es hora de celebrarlo por lo alto! —expresó Janett alegre, luego de un largo y arraigado respiro.

—¿Cómo se celebra esto? —pregunté con duda.

Janett volvió a retomar una sonrisa y exclamó:

—Subiendo a la torre del rey, al comedor de lujo.

—Allá en el frigorífico dejé unas carnes, yo cocinaré —replicó Emilio, festivo. Janett se adelantó y le seguí el paso.

Gracias a ellos seguía ahí, de forma inexplicable, como una sardina en medio de tiburones feroces, en todo el corazón y gloria del Olivo. «Es increíble», dije mientras lo pensaba con una gratitud de oreja a oreja. La fortuna que tenía en aquel momento nadie me lo podía arrebatar, quizás, el único capaz de poder hacerlo… era el mismísimo rey.

Capítulo 23.

Luego de comer harto estofado de carne hecho por las gratas manos del caballero Emilio. Él no dejaba de sorprenderme en ningún momento, porque además de ser un afamado defensor y salvaguarda del rey, era también un inexplicable chef máster para la culinaria a tiempo completo. Sus platos le eran deliciosos en gran medida y nutritivos de pies a cabeza. No había comido tanto ni quedado tan satisfecho después del banquete de la fiesta del primer año en el trabajo, cuando todavía empacaba pedidos en Mississippi.

Como no había sitio en donde alojarse para reposar la comida, decidí quedarme en la mesa donde había comido; sin embargo, Janett sintió que estaba incómodo estando allí y me invitó a sentarme a su lado. Movió sus dedos de atrás hacia adelante para llamar. Janett, se hallaba en medio de un pequeño mueble primoroso que escasamente tenía espacio para alguien más, estaría más cerca de ella, como jamás lo estuve. No sabía cómo tomarlo con rectitud. Emilio no estaba ahí, se retiró minutos antes por pedido del rey. Estábamos a solas.

Me senté como pude a su lado y tomé aire, me faltaba cuando estaba junto a ella. ¿Por qué tan silencioso? Recuerda que no soy molestia —expresó Janett, con agrado.

—Gracias por tu amabilidad, sucede que cuando a veces almuerzo, me quedo sin respiración y necesito hacerlo muchas veces para tomar aire. Es raro, lo sé —le mentí con descaro, Janett, ponía nervioso a cualquiera que quisiera y de mi parte, no lo podía evitar. Sus delicadas piernas y estrecha cintura rozaban las mismas partes de mi cuerpo. Janett, notó mi agitación a los minutos, pero lo omitió por falta de atención, o tal vez eso creía.

—Pero… ¿Andas bien? Siento que estás sudando y temblando —preguntó con extrañeza. Me había descubierto en la palpable evidencia de mi nerviosismo acalorado.

—No soy de estar cerca de una mujer… —admití, mirando hacia el otro lado como si ella lograra observar mi afanado gesto. Lo entiendo, tranquilo —respondió sin contrariedades—. Yo también tengo poco que conocer de los hombres.

—¿Sí?

—Oye —aclaró con prontitud—. No es porque yo quiera, sino porque ustedes así lo han decidido. Si el refrán que dice: “todos son iguales” aplicaría para mi vida, diría si siempre que pudiera o tuviera opción de hacerlo.

—No todos lo son… —susurré con una voz tan baja, que no creía que Janett la escuchara.

—Eso espero de ti —me dijo con sonrisa y volviendo hacia mí, había quedado congelado. No terminaba de procesar si significaba

algo muy importante, me perdí por pensarlo.

Me costaba decir las palabras adecuadas para responder. Así que mientras el tiempo corrió silencioso, en el poco espacio que había entre los dos, Janett siguió hablando con una soltura admirable.

—¿Sabes? Hubo un día que me dijiste que te parecía bella, quisiera saber si tal vez…

—Es cierto —le dije con confianza. Me sorprendí al decirlo, pues no era de los que contestaba a la par de lo que tenía en mente. Era una importante excepción.

Janett sonrió temerosa y alzó su brazo un poco para tapar su rostro por la indeseable aparición de la vergüenza.

—¿Sí? Qué increíble...

Cuando ella terminó, puse el rostro serio como un señor mayor y el tiempo se congeló en ese lugar, era como si el reloj se hubiera escapado hacia el nunca jamás para no volver sino hasta el momento que fuese necesario. Por aquel escaso perímetro de pensamiento que retenía, olvidé que Janett era una princesa, y la tomé por lo que en verdad era: una chica con un corazón precioso y puro como el cristal, incorruptible ante la perversión del mal.

—Es verdad, me pareces muy bella. Pero soy tan tímido para decir algo así, que tengo que excusarme en decir que es mentira lo que dije.

Janett empezó a reír como una tierna niña que encontraba un compañero de juego y me respondió:

—Eres raro y gracioso a la vez, eso es agradable. Tal vez no haya otro chico como tú en este país, y estás justo aquí… a mi lado, te agradezco por eso —replicó con una sonrisa adorable. No pude evitar sonreír al verla.

—Gracias… eres también muy amable. Si no fuera por ti estaría muerto —le dije sin reservas

—No, es al revés, la persona que estaría así sería yo.

—¿Por qué? —pregunté alarmado, no entendía la razón.

Janett respiró con denuedo y se mostró avergonzada ante sus reveladoras palabras, pero a la vez intentaba decir lo que quería y pensaba hacer, y para mí, iba a terminar siendo la cosa más fantástica que le había escuchado a alguien decir sobre mí.

—Si no hubieras venido aquí, nunca te habría conocido.

Abrí mi boca como un hijo desaparecido del mundo, estaba perplejo y desatinado en mi propio sentir. Mi rostro era una apuesta rutinaria en mal estado, porque no era igual y nunca lo sería de nuevo. Janett había atrapado mi corazón en ese mismo instante y, sin poder evitarlo, sin ni siquiera lograr conservarlo, simplemente lo había perdido para siempre.

—Janett… ¿Cómo vas a decir eso? —dije casi entre pequeñas

lágrimas que no deseaba por nada en el mundo que salieran. Estaba sensible como un niño.

—¿Qué dije? —preguntó, preocupada. Janett buscaba la forma de abrir sus ojos para verme, pero al reconocer cómo siempre que no podía hacerlo, se sintió impotente. Buscó con su mano apoyarse en mi hombro y así lo hizo.

—No, no está mal. Solo que no puedo dejar de sonreír y no sé por qué, tengo ganas de saltar hasta el que se vaya el sol y salga la noche. Pero no sé, es tan extraño —dije contristado, confundido y contento al mismo tiempo. Mi voz titiritaba, mis emociones eran todas las posibles, y aglomeradas de golpe en el ínfimo espacio de un ser humano. También quería llorar, reír, gritar y escaparme del universo, para volver a él en un segundo. Me encontraba feliz y no lograba describirlo, era como tocar el cielo con los dedos y saber que bajarías sobre él en un abrir y cerrar de ojos, como si fueses una especie de superhéroe en acción aun siendo la persona más normal que yacía en el planeta.

—No tengas prisa… te espero hasta el día que sientas y puedas estar bien recuperado —expresó comprensiva y con delicadeza.

—Desde que estoy aquí: mi vida ha cambiado mucho, antes no era tan animado para salir de casa y ahora incluso, ¡siento que soy un estorbo en ella! Creo que es un buen signo de mejoría…

—¡Eso es genial! —Dio un hurra de victoria suspendiendo su puño al aire—. Espero con firmeza que tu tiempo de sanación, sea el mejor que le suceda a cualquiera que haya venido antes. En la mayoría de los casos recibimos muertos de los alrededores, por eso eres un milagro andante.

—Es gracias a ti que puedes decirlo.

—Yo no hice nada… —dijo Janett, despojándose de agradecimientos.

—Hiciste más de lo que crees —expresé con seguridad. Era cierto, porque tal y como siempre había pensado, Janett era el ángel que salvó mi vida en aquel día de muerte anunciada.

Capítulo 24.

Varios días después, Janett y yo nos llevábamos como niños que siempre habían sido viejos amigos. Era hermosa la forma en que expresaba sus ideas y hacía hasta lo imposible para lograr cumplirlas y, a pesar de tener una ceguera permanente, nunca daba un paso atrás.

El día era brilloso y ventoso en el ambiente. En el castillo se evocaba una paz abrumadora donde reposaban las almas, los pájaros trenzaban el cielo con la finura escogida a manos del Creador y los riachuelos estaban en pausa. Caminábamos en medio de los prados del sureste, en donde descansaban las reliquias escondidas del castillo, y también, era el lugar sobre la leyenda que Janett había explicado cuando estaba almorzando.

Ella decía que, en invierno, el alma que fuera valiente se le abría el camino hacia un deseo de vida, desde unos manuscritos prehistóricos, dando un enigmático premio ante los justos y castos de corazón, pero era pura habladuría histórica de los libros de entretenimiento que contenía el palacio; aquella historia era de sus favoritas.

—¿Podrías describir esto? —me preguntó Janett, mientras seguíamos avanzando hacia la villa sur del castillo —y donde según ella—, había un lago inmenso que mostraba los secretos que ella deseaba descubrir. Me lo pensé un poco antes de hablar. Pero luego, comencé a narrar con entereza los versos ocultos, dispuestos a salir disparatados como cometas hacia el cielo.

—El viento es estruendoso y con él… mi alma se aliviana. Aunque andemos hacia el sur, siento que es de norte, porque el prado se envanece y el mar resurge entre las falsas tierras, en donde se divisa el manantial de vida de los seres vivos, que encuentran lo que tanto quieren… —En un descuido, volteé a verla y estaba encantada en su caminar, era diferente cada vez que le describía algo. Y era sorprendente para mí, el poder de lograr eso en alguien, la realidad ni creía que lo hiciera bien. Solo ocurría como magia resplandeciente.

El aroma del lago se tornaba intenso como la sal del mar. Janett, alentaba su trayecto con lentitud, era un lujo observar cómo sus pasos firmes siempre eran tan seguros como un candado en bodega; no se equivocaba, era inexorable. A veces, dudaba que fuera ciega; cuando de improviso, empezó a correr con dirección hacia el lago en total osadía.

—¡Janett, ten cuidado! —le grité siguiendo su huella, me había adelantado con creces.

—¡No te preocupes, conozco todo! —aclaró para entregar calma, pero la verdad me había iniciado un estrés impoluto en el cerebro. No veía con buenos ojos el posible escenario de verla sumergida en una

indeseable agua con el color pálido, menos conmigo como el único encargado por la gran responsabilidad de su nombre.

Al observar que no frenaba, corrí lo más rápido que pude para evitar que cayera y; sin embargo, había tardado demasiado. Janett estaba muy lejos y no tenía la fuerza suficiente para recuperar la ventaja perdida. Janett había encendido una llama de velocidad en sus pies descalzos, como si fuera digna de ser una maratonista de las primeras olimpiadas.

Janett se abalanzó sobre el agua sin dudarlo. Al instante siguiente, también me lancé hacia el lago, emprendiendo una desesperada búsqueda. No sabía por dónde empezar; primero, por lo malo que era ver dentro del lago, la visibilidad era nula. Y lo segundo, por algo muy aterrador que recordaría luego.

—¡Janett! ¡¿Dónde estás?! —expresé de boca hacia afuera del agua mientras buscaba estabilizarme, Janett no respondía ni aparecía en ninguna parte.

La locura de su acto infantil, había rebasado el vaso a la peor de las circunstancias. El afán me revolvía el estómago y no contenía la frialdad para pensar en cómo resolverlo.

Volví a repetir su nombre con un grito ensordecedor, pero nada se develaba ante mi mirada.

—¡Demonios! ¡¿Por qué hiciste eso?! —expresé agitado, entretanto me hundía con desenfreno. Había olvidado que nunca aprendí a nadar y, además, era una de mis peores fobias desde la niñez. El agua dulce incrementaba mis posibilidades de morir ahogado, eso siempre lo determiné en los días que vivía con mi familia cerca del lago de Sonora. La adrenalina y mi valentía por salvar a la chica que quería, habían hecho estragos en mi cordura. Fui estúpido sin remedio.

Empecé a patalear con brusquedad y lo único que conseguía era irme abajo con rapidez. Parecía un destino final, sumado a que Janett no se percibía por ningún lado y tampoco había otra persona por los alrededores. Todo estaba abandonado y era comparable a una película de terror con la presencia del monstruo definitivo.

Había tragado demasiada agua y no podía dar un buen respiro. No tenía la fuerza necesaria para seguir subiendo ni la tranquilidad para flotar de suerte, pero algo fuera de mis límites, sucedió.

Mi brazo fue sujetado con fortaleza desde unos metros abajo y subía de forma repentina. No concebía lo que ocurría, pero ya sabía de los fallos de mi cuerpo por ingerir agua putrefacta, mis pulmones estaban repletos. No hallaba ninguna forma de normalizarme y tampoco sentía que pudiera hacerlo. Me desmayé antes de notarlo.

(…)

Desperté trastornado en medio de la nada, confuso y angustiado, apegado a una falsa ilusión que se había convertido a una cuneta de nubes por doquier. En el cuerpo, sentía incomodidades tangibles y, de forma involuntaria, empecé a escupir montones de líquidos salinos que yacían en mi garganta, era asqueroso presentir la suciedad en la lengua y el esófago. Me costó un tiempo entenderlo.

—¡Estás bien! —dijo Janett, con claras muestras de alivio—. Pensé que te ahogarías y sería el fin, estaba muy asustada.

Janett lloraba, me ardían los huesos que bifurcaban mi piel a pesar de estar inundando. Me rompía el observar su doloroso y tímido llanto, pero no tanto como para hacer lo mismo… ¿Por qué lo hacía? ¿No era suficiente saber que todavía vivía? Desde aquel momento… odié con toda mi alma verla llorar por mí. No lo quería, ni en la peor de mis pesadillas.

—Oye… no más —le dije lamentándome cuando aún estaba acostado en la tierra pasando el mal trago.

—Nunca me dijiste que no sabías nadar. Casi mueres por mi culpa… no voy a perdonarme eso. No puedo aceptar el hacer morir a los que me cuidan.

—No debes condenarte, me salvaste y eso es lo que importa, que salves a los que puedas y quieras. Por eso mismo te quiero cerca, porque no dejaré que nada malo pase por encima ni debajo de ti. Jamás, mientras viva con tu compañía, Janett —le dije con sentimientos encontrados. Era una declaración de admiración y también amorosa sin que cayera en cuenta de la vergüenza. Janett, evocó una sonrisa entre lágrimas cuando me escuchó decir eso, ella había entendido incluso más de lo que podía imaginar.

—Espera… tal vez me equivoqué —replicó, con otra naciente sonrisa de asombro, que le brotó de la nada.

—¿Por qué? —pregunté con duda, me había elevado del suelo entretanto Janett aún se mantenía sentada en la tierra, al margen y de piernas cruzadas. Estaba con una alegría incomprensible, como si fuera feliz tan solo en ese lugar y en aquel momento conmigo.

—Fuiste a mi rescate sin saber qué hacer… porque no podías nadar. Pero tu fe ciega y ganas de salvarme, te hicieron comprender que tal vez si podrías lograrlo; porque, aunque no supieras y se viera difícil nadar, tenías una esperanza guardada —Presencié a Janett, enternecido y apenado, no entendía lo increíble que se veía en ese momento que dijo esas cosas, me hacía sentir más especial que nunca…—. Por esa fe y esperanza, yo choqué contigo, y mientras subía con ansias por buscar respiro… tú eras el perdido en el lago, y yo me transformé en un salvavidas que era capaz de sentirte cerca.

—Janett —le dije corto, sin más. Los pelos estaban de puntas, entendí que sí me había declarado.

—El hombre que siempre he buscado… está frente a mí, sin entender que me ha encontrado.

Me arrodillé hacia ella conmovido por sus palabras, y le di un fuerte abrazo. No quería ni me gustaba verla llorar por tonterías. Tampoco me separaría de ella ni volvería a dejarla sola de nuevo, no lo haría mientras la tuviera entre mis brazos. Nuestros ropajes estaban húmedos y empapados, impregnados de un fuerte olor a pantano. Y, a pesar de eso, no fuimos capaces de separarnos al seguir fuertemente abrazados. Janett, acercó su rostro para sentir de cerca mis latidos. Mi pecho estaba como locomotora, era una máquina de revoluciones, no había camino de regreso ni tiempo para poder esconderse, mi amor se delataba sin remordimientos. Janett lo percibió con claridad porque lo sabía desde hace tiempo.

Y se acercó tanto a mis labios… que me besó sin dudar. Le correspondí. El primer amor existía para mí y, en aquel momento, había nacido como un cactus que erigió su única flor en el desierto de mi corazón.

(…)

Luego de lo inexplicable, nos dirigíamos hacia el castillo principal con la pena de unos pequeños que habían roto los platos de la cocina. Janett, no era capaz de girar hacia donde me encontraba y, de mi parte, no podía hacer contacto visual, estaba solidificado. Éramos icebergs en medio de un campo llano. No sabía si había cometido un error grosero, o si mi beso fue tan insípido que no le agradó. El silencio entre nosotros estaba a nada de volverse incómodo, hasta que Janett lo detuvo.

—Disculpa por eso, quizás fui muy apresurada. Lo siento —dijo, con un nerviosismo que se le observaba a leguas por los gestos afanados en su rostro.

—Está bien, somos jóvenes. Nos podemos equivocar siempre que no lastimemos a otros —repliqué en voz baja, olvidando por completo lo anterior.

—¿No te gustó? —preguntó, estando a punto de sentirse mal. Aclaré de inmediato.

—No, es que no sé qué decir. Me parece muy asombroso lo que hiciste. Eso es todo —dije sosegado, cuando la verdad me moría por gritar a los cuatro vientos lo que había sucedido. Janett, se sintió agradada por mi respuesta.

—¿Te digo un secreto?

—Por supuesto.

—Fue mi primer beso, caballero Claude —dijo entre risas con un

aparente orgullo, y a su vez, dio un largo respiro. Luego, con afán y picardía, volvió a correr para perderse de mi presencia.

—¡¿En serio?!—le pregunté mientras volvía a perseguirla con una permanente sonrisa de locos, lo que Janett no sabía... era que también había sido el mío.

Llegamos al castillo en estado de gracia y ahí nos encontramos a Sounder y Emilio, preparando a las futuras generaciones de caballerizos. Después, nos encumbramos a leer historias en la nueva capilla que había construido el rey para los invitados de renombre del otro continente.

Janett, poco a poco, comenzaba a ser la protagonista de mi acelerada y fascinante recuperación. Era y había sido un día soñado. Porque el amor que tanto esperaba, comenzó ahí, con un simple beso. Uno de esos que piensas que nunca llegaría, pero al final termina ocurriendo como una milagrosa realidad, un sueño de ojos abiertos que se anotó en mi existencia para convertirse en una anécdota para la vejez. Me costaba imaginarlo, y hasta dudaba en cómo recrearlo. No percibía si todo era cierto. Pero lo seguro, era que el dulce sentir de sus labios era como una suave corriente en los bríos de mi alma, la validez ya estaba firmada en lo más especial que había sentido alguna vez en toda mi vida. Janett me conquistó.

Capítulo 25.

—Esto se salió de los planes… y cuando creía tener la victoria en mis manos. Tendré que hablar con Sabrino —precisó la reina frente al espejo, mientras hablaba en la soledad de su recámara. Intuyó que su propósito estaba más lejos de lo destinado.

» No puedo dejar que un chico destruya el reinado que tengo... Y si está en mis manos defender a mis hijas de los hombres, lo haré hasta las últimas consecuencias —añadió a lo último, con ánimos de luchar contra las peripecias del amor. La reina, no quería perder el control del reino.

(…)

Los siguientes días con Janett eran mágicos. En cada nuevo instante, crecía un ambiente de complicidad y bonitos sentimientos entre nosotros. Era diferente a todas las chicas que había conocido, y lo demostraba de la forma menos esperada. En la tarde de aquel día de agosto, cuando seguía sentado a su lado después de reposar la merienda, acabamos conversando de lo que siempre me intrigó desde el día que la conocí.

—Ese día fue terrible, no me gustaba ver a mi padre enfadado. Era mi juguete favorito, preso en sus manos de mandón —contó Janett mientras se soltaba sin complicaciones—. La verdad no ha sido fácil para mí tener esta condición.

—¿Cuál? —pregunté con atención.

—Bueno… ya sabes, esto —subió una mano a propósito para indicar hacia sus ojos.

—Ah… —Entendí—. Janett, sé que es un poco incómodo, pero me gustaría decirte…

—¿Cómo sucedió? —se preguntó antes de que lo dijera, adivinó con astucia. Asentí, procurando comprender.

—Cuando nací, los médicos les dijeron a mis padres que, si sobrevivía a la malaria que atacaba al país en esos años; iba a recaer en una fortuna muy grande para el reino, porque vendría una princesa justiciera de visión indomable... —sonrió cuando lo decía, se veía inspirada—. Así fue, logré llegar bien, pero no todo podía ser perfecto. El karma antes de tiempo afectó a mi padre, y luego, hizo estragos en mi nacimiento.

—¿Qué sucedió?

—Él le dijo al curandero que su primera hija sería una reina perfecta. Decidida en ver los problemas del mundo; luego, al día siguiente, los parteros le dijeron que venía ciega desde antes de

nacer.

—Vaya… eso es difícil —Desconocía que las palabras apresuradas pudieran contener tanta miseria y dolor adicionadas. No supe cómo consolarla en aquello.

—No creo que haya sido tan solo eso. Porque él, en ese tiempo, era el rey de casi todo el país. Dejó el reinado en manos de mamá con todos los amurallados en construcción y la nueva plantación de los prados y campos verdes. Y le cayó la maldición del rey falso, mamá no gobernaba como era debido y hubo muchos conflictos armados y malos entendidos. Es una leyenda popular en el país, pero creo que con lo que sucedió, puede ser que así sea. Las palabras de mi padre me condenaron antes de nacer.

—Pero antes… ¿Veías? O tal vez estaré equivocado... —pregunté mientras rememoraba con añoranza los años que merodeaba con Travis y conocí a Janett por primera vez. También recordé con amargura que nunca fui capaz de observar sus ojos. No tenía pruebas para reconocer si era verdad, pero todo estaba enmarcado en un vago recuerdo que guardaba de siempre.

Janett, se complacía con la conversa y a modo de broma, me contestó:

—Tonto, me falta contarte la mejor parte —me dio una palmada en el hombro, yacía esperanza dentro de mí por conocer la historia real —. Cuando tenía ocho años, un importante chamán y cirujano ocular conoció a mi padre y, le expresó que tenía solución a mi problema. Mi padre se alegró, y comenzó con los preparativos para la operación de recuperar mi visión, y se logró sin problemas. ¿Puedes creerlo? Yo, que nunca había visto nada, ¡por fin podía ver lo asombroso del mundo que me rodeaba! —soltó en maravillosa alegría, me contagiaba de su emoción; sin embargo, conservó un terrible desaliento que en realidad estaba adornado de tristeza.

—¡Eso de verdad es brutal! —sonreí con entusiasmo. Janett también sabía narrar sus historias con emotividad incluida. Estaba feliz por saber que tal vez Janett sí me había visto alguna vez, aunque fuera tan torpe para no dilucidar ni figurar lo que sentía dentro de mis sentimientos ocultos.

—Sí… en esos años, conocí todo el castillo. Indagué cada rincón, cada espacio confinado: la base histórica, las figuras de las estatuas, los valles, todo era mi mayor inspiración, creo que también me obsesioné detallando el fondo del lago con su exceso de dulce —dijo con la satisfacción de haberlo hecho—. Nada me aburría saber. Amaba al castillo como la niña que era. Desde ver una partícula de polvo y acabar dormida entre un esperado y cálido atardecer. Después de años de recorrerlo, decidí conocer el mundo con mis propios ojos, unos que nunca me volverían a abandonar de nuevo.

—¿Lo hiciste? —Janett se esperó un momento, trataba de recordar lo que quería decir.

—No…

—¿Por qué? —pregunté, amilanado.

—Existen infiernos de ojos cerrados —explicó con un cambio total en su rostro… Me tomó por entendido. No podía sopesar su dolor y, aunque tratara, era insuficiente.

Quería preguntarle por qué no podía hacerlo luego de haberse recuperado, pero sentí que no era lo que pedía el momento. Mantuve el silencio y la tomé desde la cintura. Janett aceptó mi gesto de calidez. El viento sopló hasta caer sobre nuestros cabellos, y la llamarada del amor revolvió mi estómago como siempre ocurría cuando estaba a su lado.

—No debes preocuparte —dijo serena—, la vida no es como queremos, sino lo que tenga que venir. Por ejemplo, cuando estoy contigo… me siento muy bien así —Dejó descender su extensa cabellera al frente de mi pecho mientras tomaba descanso entre la clavícula y mi cuello. El corazón me pulsaba con estrépito, era incontrolable. No sabía si podía soportarlo, pero no quedaba de otra que intentarlo. Mi sonrisa hizo una sosa aparición.

—¿Y yo que tengo de especial?

—No lo sé… si supiera te lo diría —susurró con deseos de reírse y dormir al mismo tiempo. Estuve a punto de caer en su trampa de risas, pero me contuve con templanza. ¿Cómo era posible que una princesa dijera eso? ¿El amor era tan impredecible y al azar, como para estar atrapado en el corazón de una chica, que creía imposible para mí?

La sonrisa que contenía en aquel lugar estaba a punto de estallar, entendía que cosas buenas debía hacer y asimismo imaginaba que mis dientes saldrían expulsados como flechas de ballesta por estar tanto tiempo expuestos al aire. Me ardían los pómulos, y sin duda alguna, estaba en lo más maravilloso que había vivido con alguien. Solo ese momento fue suficiente para sobreestimar que vivía en lo más adorado de la creación humana: en las mieles del enamoramiento y, lo mejor, era que cada día entrante era superior al anterior. No lograba creer que tuviera la envidiada suerte de un príncipe azul.

(…)

Nuestro amor era secreto y profundo, porque la verdad nadie lo conocía en realidad. Ni el rey con sus miles de hombres ni el viento que nos arrastraba para escondernos en los montes y mucho menos el destino con sus páginas crueles de final declarado. El único, que sospechaba por jugueteo, era el caballero Emilio. Aunque sus teorías fuesen anuladas por Janett, que le decía lo mismo cada vez que lo

veía: “Nuestro lazo, es una fervorosa amistad”.

Sin embargo, poco nos duró la dicha de no ser descubiertos. Sucedió de forma inesperada, era como si la felicidad hubiera sido hurtada porque ella misma lo pidiera.

Justo antes de lograr entrar a una de las puertas ocultas del amurallado oeste, en un paseo de manos tomadas, un protector camuflado entre toscos arbustos nos vio con nuestra aura de enamoramiento, y decidió en su honor de caballero fiel al rey, no guardar silencio. Lo contó a la reina sin desparpajo y ella lo tomó con desagrado, pero sin represalias inmediatas, porque sabía perfectamente que lo que teníamos Janett y yo, iba a suceder sin contemplación. Si me indican el porqué, diré siempre que el instinto de madre se encuentra por encima de todo lo trivial.

Estábamos en la punta del cielo estrellado. En el lugar más álgido del castillo, en donde se idealizaban los sueños de las antiguas salamandras que murieron en primera línea por el nombre del país y el resguardo de los reinos democráticos de la princesa Herminda y Virginia.

—¿Cómo vamos a seguir con esto? —le pregunté, dudoso. Janett sabía que la reina era de no rendirse y aquella noche… era melancólica a su lado.

—¿Crees que lo nuestro tenga futuro? —me preguntó con el alma en vilo. Lo sentí tan adentro, similar a un hilo atado en el corazón. Tambaleé por el frío, no solo de sus palabras, sino por la desternillante aurora que cubría de nubosidad el sereno.

—Siempre quiero estar contigo, y si mi deseo es ese, creo firmemente que podemos superar todo juntos… pero también debes prometerme una cosa.

—¿Qué cosa?

—No debes rendirte, porque si uno de los dos deja de intentarlo... —respiré un soplo para poder continuar, estaba muy pensativo, tenía la voz atascada en la garganta—, el amor se transforma en olvido. Y ya en él, es muy difícil salir.

—¿Piensas que te olvidaré? —expresó Janett desafiante, nunca le vi así. Tragué saliva y no fui capaz de responder.

—Te siento triste... —me replicó con síntomas de querer estarlo.

—Janett… yo no quiero que sufras conmigo. Solo soy un chico normal que quiere un amor y una vida normal, pero dentro de mi normalidad, deseo dejar algo extraordinario y si eso eres tú, entonces prefiero que no me olvides.

Mientras veía a la nada, volví a Janett y ella contenía un rostro bastante cautivador, enseñó paz y afirmó con la cabeza, todo fue en un mismo movimiento y expresó decidida:

—Está bien, haré mi esfuerzo.

—Gracias... —le agradecí con la voz ronca. Janett sacaba lo mejor de mí, la quería mucho y de verdad, con sentimiento duradero. Ella se acercó lentamente hacia mi rostro como si fuera un gato buscando cariño, entendí su mensaje y la abracé desde el cabello mientras sostenía su delicado cuerpo con el largo de mi brazo, el corazón me volvía a explotar el pecho. Avancé con cuidado y fui rumbo a besar sus labios repletos de insomnio, cuando de repente, un grito atronador retumbó nuestros tímpanos con gran vehemencia.

—¡Aquí está! ¡Le hará daño a la princesa! —Era un protector calvo y robusto con una linterna de bengala en la mano, se escabulló hasta encontrarnos desprevenidos.

—Hazlo ahora —susurró Janett, desesperada cuando grababa el mensaje en mi oreja.

Me coloqué detrás de ella y rodeé mis brazos alrededor de su cintura. Al instante, comencé a apretar su caja torácica mediante una compresión abdominal de abajo hacia arriba. El protector corría hacia nosotros con sentido de héroe imperturbable. Y a escasos metros de que llegara, logramos el objetivo. Janett, expulsó una falsa comida que había ingerido minutos antes.

—¡Princesa! —gritó eufórico el protector, a sabiendas de que había llegado muy tarde.

—¡No se acerque, caballero! —expresó Janett agitada, recuperando el aliento por la acción anterior.

—¡¿Qué le sucedió, por qué este chico le hace esto?!

Mientras Janett exhalaba e inhalaba a la vez, yo estaba congelado con los brazos arriba en posición de arresto, luego, ella le explicó en cuestión de segundos aquella forzosa situación.

—Me estaba atragantando con una manzana, si no fuera por Claude… habría muerto asfixiada —expresó dramática. Volvió a dar rienda con otro respiro, tocándose del cuello—, él salvó mi vida con garantía de la honestidad, aplicando la maniobra salvavidas.

—¿Esa locura? —le preguntó el protector abrumado, confundido y perplejo como un joven en examen de física. No sabía qué objetar ante la complejidad del letrado.

—¡Sí! Hizo la “*maniobra de Heimlich*”, muy conocida en Europa y en los alrededores del país. Es mi héroe al igual que usted caballero.

—¿Yo? —se reconoció, despavorido y avergonzado, no entendía que había conseguido.

—Así es, usted demostró lealtad y arrojo de valentía en buscar salvarme de mi ahogamiento, si no fuera por su lejanía, habría de completar su misión con rectitud cabal —expresó Janett con seriedad, el don de la palabra decorada, era una fuente derramada a través de sus labios.

El protector me observó y no se tragó el cuento completo, aun

siendo halagado por la palabrería de Janett, él sabía que lo visto de lejos no era una ilusión, había más. No obstante, al parecer pocos conocían la verdad sobre nuestro amorío con lujo de detalles, a excepción de la reina y unos cuantos hombres. De resto, eran solo rumores de ladrillo viejo.

—Su majestad y futura excelente reina del Olivo, señorita Janett, me excuso y disculpo con la infamia de mi corazón, por interrumpir su mesurado horario de descanso. Pensé que estaría mal acompañada con este joven. Pero al ver el acto loable que ejecutó, está en las mejores manos, en las de un caballero del país.

«¡Se lo creyó el pobre!», discurrí con gracia, Janett era un genio en todo lo que se trataba ordenar, dirigir y guiar a las tropas de combates, darles un lugar en el castillo y vivir con complacencia.

—Permítame concretar su nombre, "don protector del cielo estrellado".

—Mi nombre es Ramiro, su excelentísima princesa.

—Don Ramiro, agradezco su sentido de pertenencia y honorabilidad tal y como indica su posición de protector del campo, y... ¡Lo reafirmó como un hombre sagaz, de labor incansable y trabajosa! Puede retirarse si así lo aprecia en su buena intención.

—¡Muchas gracias princesa! ¡El rey la lleve con bien! —recitó excitado y se marchó corriendo por el mismo lugar de donde vino.

Janett era una cosa seria, porque a pesar de que no fuera una princesa real según ella, el papel lo realizaba con una actuación de nueve puntos de categoría, y el otro punto restante, se lo guardaba por su ingenio y creatividad para resolver.

—¿Se fue? —preguntó introvertida.

—Hace muchos años que nos dejaron abandonados en el cielo estrellado —dije con sarcasmo y coqueteo aparecido de la nada.

—¿Y si terminas lo que comenzaste?

—Solo si no actúas en esta ocasión.

—Deseo concedido, caballero —murmuró mientras se envanecía en el regodeo de mis cálidos brazos. Podía contemplar su rostro tan de cerca, que no quería estropearlo con un chiste tonto. Tampoco la besé todavía, porque no deseaba perderme el brillo del cielo que veía junto con ella.

—Lo que alcanzas a ver desde aquí… ¿Es bonito?

—Hay cientos de estrellas que algún día nos olvidaremos de ver, como es natural en la vida, tan efímera y acortada, y me pierdo en el tiempo que lo sigo pensando... e imagino lo que tiene que venir y vendrá luego, y recreo e ilustro tanto que no recuerdo… pero si de algo estoy seguro… es que de tanta estrella que divaga en el espacio exterior, lo que alcanzo a ver a tu lado no es que sea bonito, porque contigo… y solo contigo, una simple noche, se transforma en una

grandiosa y nocturna celebración de estrellas danzantes.

—Claude… eso es hermoso —expresó encantada de corazón, pero nada le duró la dicha. Porque a los pocos segundos, le embargó un sentimiento desesperado—. Pero, algún día… ¿Me olvidarás a mí?

—El día que me olvide de ti… sabré muy bien, que ya me he rendido.

—Entonces… siendo así, ¿te rendirás?

Di una pequeña risa burlona y le contesté más seguro que nunca, porque cuando hay amor de por medio, la lucha se intensifica hasta el último suspiro, y con ella a mi lado, darlo todo era nada de esfuerzo.

—Nunca lo haré.

Capítulo 26.

A la mañana siguiente, Cornelio había interrumpido mi salida al castillo con un intempestivo saludo, y no podía ser malo con él, no luego de su siempre exagerada y abundante palabrería de consejos, con ayuda de índole psicológica. Además, el regalo de la piedra que me había salvado el pellejo, era fundamental para mi supervivencia. Le recibí con aprecio en casa. Mamá no estaba porque viajó de nuevo para verse con papá.

En medio de risas y repartos de sabiduría, decidí sin hermetismos sincerarme con él. No perdía nada con intentarlo, porque sabía de todos modos que jamás me creería lo que diría.

—Cornelio, mi pareja es una princesa real.

—Oh, debe ser muy buena tu capacidad cerebral para recrear sueños hermosos… yo también soñé con algo parecido, solo que ella era un dragón.

—¿Dragón? ¿Bromeas?

—No, nunca podré decirte mentiras cuando se trate del amor, porque así sea en sueños o el suelo que pisan mis sucias sandalias, mi corazón no deja de sentir en ambos mundos.

—¡Oye! ¡Lo mío es real! ¡No estoy diciendo mentiras!

—Amigo, hay unos que son muy lúcidos, creo que le han de llamar sueños lúcidos precisamente, no estoy seguro… he vivido en algunos intensos, acabas desparramado tanto en el interior como hacia el exterior… —comentó depravado, Cornelio estaba demente.

—Ugh —expresé con desagrado, era demasiada información para mi estabilidad mental—. No era necesario que lo dijeras —Cornelio retomó sus extrañas formas de reír como acostumbraba, e imaginé que tanta sabiduría en su soledad, le abrumaba en el cerebro, porque estaba siendo muy directo con sus palabras.

—Yo creo en ti, pero tengo que seguirte el juego de no hacerlo, porque siento que se vuelve aburrida la vida.

—Estás loco viejo, necesitas estudio y atención de tus padres —dije serio, era un loco, lo bueno que inofensivo. Pero asustaba más, porque era la tranquilidad hecha ser humano.

—No, solo necesito comer de esas galletas que tenías aquí. Por eso he de venir, ¿no piensas que te incomoda algo?

—Haberlo dicho antes... —le dije despectivo, saqué unas galletas viejas que estaban a tres días de vencerse y se las entregué. Se fue sin decir nada y yo hice lo mismo, solo le puse seguro a la puerta antes de irme. Todo estaba en orden, no había tocado ni un centímetro del baño, sala de estar y terraza del cuarto de mi madre. Era oficial, nadie me creía.

(…)

Había llegado la hora segunda cuando bajaba, tomé la bicicleta y antes de cruzar al castillo, abrí la puerta oculta con la llave; sentía el ambiente adverso, como si chocara contra mi pecho. Tenía la sensación de percibir las miradas que resguardaban el castillo, eran más intensas que antes, parecía que había sucedido un hecho desafortunado. Esperaba esperanzado en que no fuera nada para lamentar.

Cuando caminaba con normalidad luego de seguir, divisé a varios grupos de caballeros reunidos y conversando acerca de lo bueno que había sido el desayuno. En eso, me topé con Sounder en una de las entradas hacia el castillo interior. Me saludó con gran entusiasmo. Nunca le vi así conmigo.

—Caballero Claude, mi buen día y deseos para usted. Espero que se haya de encontrar bien de sus esforzadas heridas.

—Honorable Sounder —dije en un intento por parecer refinado—. Gracias por sus deseos, le obsequio lo mismo. Ya creo que estoy bien recuperado... —le volví a decir mientras movía mi mano curada como una nueva prótesis, él lo tomó de buena forma.

—Me complace escuchar eso. Por cierto, todavía no he digerido alimentos por falta de cocineras, y tengo que esperar un poco. Me gustaría su compañía para una conversación amena y enriquecedora.

«¿Qué hice tan mal para que Sounder me hable a solas? Dios santo...» pensé entrando en un corto desespero, veía con ojos más malos que buenos su petición, a pesar de que confiara en lo buen hombre y caballerizo intachable que era, pero me asustaba la idea de hablar a solas con él. No tanto por no tener tema para hablar, sino por mi limitado aspecto de palabras. Además, lo especial y atolondrado que era no se podía ocultar en más de cinco minutos de conversa.

Acepté su invitación con gusto y miedo a la vez, y le seguí por el comedor de los hombres de protección del reino. Aquel era diferente al que había visitado antes con Janett, porque solo se daban meriendas "refuerza estómagos" y desayunos cargados para los que defendían con el corazón. A eso, se sumaban de forma lógica las tres corrientes de fuerza: protectores, salamandras y caballerizos.

Al continuar más al fondo, me percaté que las demás mesas estaban repletas de protectores, no había ni caballerizos ni salamandras visibles. Lo extraño y perturbador, eran las miradas posadas sobre mí, me querían hacer cosas malas y lo presentía con facilidad. Sin embargo, Sounder me tranquilizó. Nos sentamos en un mesón central del comedor que solo tenía dos asientos.

—Al que le cometa daño alguno, no escapará de mi sentido de justicia, así condene mi puesto en este castillo.

—Me va a dejar sin palabras Sounder, pero sucede que cuando

veo muchos protectores reunidos… me trae mala espina.

—Comprendo su sentir, pero no debe temer, yo le defiendo con capa y espada. Y aunque tenga la capa guardada, mi espada está más cortante que cualquier día del ayer.

—No debe molestarse, con tal de tener su compañía… iré bien aquí.

—Sí —aceptó Sounder, con decisión—, quería preguntarle algo de sumo cuidado, pero primero deseo que usted exprese si está de acuerdo en declarar. Guardé mis labios e hice un ademán con la cabeza para aceptar, era obvio que si lo decía de ese modo, iba a acceder. Estaba tranquilo. Sounder, era muy diplomático y sus preguntas eran agradables, sobre todo por su amabilidad y transparencia.

—Se rumorean cosas sobre usted y la señorita Janett —Sounder empezó a hablar en voz baja solo para que le escuchara—, ¿es cierto que ustedes son novios de palabra y hecho? Me disculpo con antelación si soy imprudente en mi preguntar —dijo sonriente y sin malicia alguna. Quedé friolento… y no le respondí.

Pasaron diez segundos de silencio total, y Sounder, hizo una aparición vergonzosa de su rostro mientras quedaba herido por no verme contestar, la verdad, no sabía cómo hacerlo. Porque del último hombre que podía esperar una pregunta así, era de él, así sucedió. Era una locura sentir la ironía en su máxima expresión.

—Siento mucho incomodar señor Claude. Valoro lo justo que es no responder si así desea.

—No... —negué en un evidente esfuerzo por querer lo contrario—. Solo no esperaba eso. Me dejó volando en el aire.

—Eso quiere decir que interrumpí parte de su paz, le expreso mis más sinceras disculpas.

—No, no me parece Sounder, es al revés. Ahora me siento impotente al verlo pedir eso cuando no se merece un silencio tan amargo. Acerca de la pregunta... sí, existe amor entre la princesa y yo.

«¿En verdad estoy en esto con una princesa real? Debo estar soñando...» pensé anestesiado, todavía seguía sin creerlo. ¿Una princesa con alguien de raíces mestizas, de un pueblo que solo tiene el aeropuerto y varias calles destapadas? Era un buen chiste para cualquier cantinero que trabajara en el país de los deseos.

—Eso es muy positivo, le felicito. Espero que siempre cuide a la princesa —dijo con sonrisa de caballero, se le denotaba en la mirada que imploraba descubrir la verdad desde hace algún tiempo. El honor y respeto de Sounder, eran asombrosos.

—Gracias, es lo que intento todos los días.

Unos compases de tiempo transcurrieron, hasta que decidí tomar valor en aquel momento para interrogarlo. Sounder, desayunaba sin

afán y disfrutaba del silencio en la mesa, era de los que tomaba la comida como una hora sagrada en el día.

—¿Cómo se descubrió que la princesa y yo teníamos algo? ¿Alguien divulgó cosas por allí?

—No creo, son solo rumores entre hombres defensores que son entrometidos en la vida personal que tiene la princesa. A mi juicio, son puras patrañas. No existe mejor ocasión que aclarar la duda con la posible fuente del suceso.

«Si la reina no le dijo nada… ¿Quién inventó el rumor?» intuí en un corto análisis. Sounder era de los buenos, no tenía dudas, pero también entendí en aquel lugar que la reina tramaba algo y sentía que no era para bien.

—¡¡Caballeros, auxilio!! ¡Se quema! ¡Se quema! ¡Incendio! —gritaban al fondo del comedor unos hombres alarmados y con latente desespero. Había resonado una fuerte explosión, las brasas ardían sin parar. Se rebelaron fuegos y tensiones provenientes de la cocina.

La mayoría de los protectores lo veían con preocupación, pero no hacían nada. Unos cuantos fueron al rescate levantándose con ánima de guerreros. Y, en cuestión de nada, Sounder se irguió de su asiento y expresó con talante:

—¡Manténgase ahí sentado, he de volver cuanto antes!

Fue en dirección hacia donde se escuchaban los gritos con otros protectores colaboradores. Sounder, era un alma de inagotable servicio, presto a la situación que requiriera de su ayuda en el lugar que fuera. Ahí lo había confirmado delante de mis ojos. Recordé la escena de mi niñez cuando corría con Travis por las praderas encantadas del Olivo, y venían por nosotros con furia. Desde ahí, entendí, que nunca hubiéramos tenido la oportunidad de escapar si los caballerizos fueran los que protegieran los alrededores del castillo. Eran máquinas humanas con sentido de justicia y valores irrefutables para su prójimo.

Mientras esperaba sentado, me carcomía la curiosidad el saber qué hacían para solventar la compleja situación, me imaginaba a Sounder como un superhéroe de las películas clásicas, con una espada de cartón e ideas ingeniosas. En aquel pensamiento, llegó a mi mesa uno de los protectores que me traía una discreta impresión —Y era cierto, porque apenas al verme, se llegó hacia mí y se sentó en el puesto dejado por Sounder con descaro—. Para colmo de males, era el segundo protector al mando: uno de los que votó en mi contra para que no volviera a pisar el suelo consagrado del Olivo.

Capítulo 27.

—Sr. Claude, espero que perdone mi hurto de un espacio confinado, pero no pude encontrar asiento en el extenso comedor de fuerzas especiales —dijo, simulando una cara triste. Volteé a ver hacia los costados y las demás mesas en su mayoría, tenían asientos libres. No entendía por qué se había sentado aquí, pensaba que era un chiste, sin embargo, no me hizo gracia en absoluto.

Seguí viendo un tanto distraído hacia cualquier parte, mientras de reojo, esperaba con rapidez el regreso de Sounder. El protector Cristensen —que era solo unos años mayor que yo—, cobró un aspecto de peculiar amabilidad en su rostro y no dejaba de sonreír al aire en un aparente estado de garbo. Se admiraba a gusto con mi compañía, y la verdad me increpaba, parecía un muñeco de torta clavado en medio de un pastel de unos novios recién casados. Estaba paralizado ante su turbia presencia.

—Le quería felicitar por sobrevivir al juicio de la Secretaría de Órdenes, pocos viven para contarlo. Lo que lamento con culpa, fue haber votado en positivo para su expulsión. Quería reafirmar mi imagen haciéndole una decorosa invitación a recibir, y, si usted lo ve con acepción, ser mejor un amigo de confianza entre el grupo de protectores que imploramos por una sana convivencia con los demás miembros respetables del castillo.

—Gracias por sus palabras, pienso lo mismo —repliqué, siguiéndole la corriente. Cristensen me vio de forma plausible y comenzó a hablar con más confianza, me estrechó la mano con el gesto de tomar su iniciativa.

—¡Me parece muy simpático! —dijo complacido—. Aunque pienso que le hace falta saber una parte de la verdad sobre el juicio que se llevó a cambio de su destino, sr. Claude —Fue acercándose con lentitud y cambiando su tono por uno más mesurado, en parentesco al susurro. Le escuché sin atención, no quería problemas, y menos con él. Sin embargo, para mi fortuna de perros, sucedería lo indeseable.

—Tiene que ver sobre la princesa —replicó con severidad.

Apenas hizo mención de ella, volteé de inmediato hacia él. Me atrapó por completo en su descarado juego, no esperaba escuchar eso en la conversación.

—¿Qué sucede con ella? —le pregunté, intrigado.

—Es complicado —acotó, rascándose la cabeza con duda, pero sin aspecto de quedarse callado—. Intentaré explicarlo...

—Bien.

—La princesa Jane, con todo el respeto que le debo a una honorable y respetuosa dama, está usándolo en beneficio de su propio propósito.

Al oír aquello, me fue imposible no evitar palabras con él, y en segundos, comencé a entrar en un espantoso estado de ansiedad. Tanto, que me puse a hacer preguntas confusas en mi cabeza. «¿Es posible que Cristensen supiera lo de Janett y nosotros? ¿Incluso las intenciones que tenía la reina? ¿Por qué me habla de eso?».

—¿A qué se refiere? —pregunté soso y enlagunado de pensamientos.

—No se desentienda, porque como solicitan aquí, siempre se manejan intereses que se escapan de la comprensión de todos. Ni yo y menos usted, sr. Claude, escapa de ello.

—No quiero juzgarlo, pero... ¿A quién le podría servir algo viniendo de un chico que tenga mi estatus?

—Más de lo que se imagina. Hay acciones que suman aprobación mediante buenos actos. Le llaman: la compra de conciencias.

—¿Cómo puede ser eso posible? —dije con decisión mientras en el fondo estaba embargado de corazonadas, nadie había dicho algo negativo sobre Janett, era la primera vez.

—En el Olivo, una parte trascendental para continuar con una monarquía contemporánea, es la figura femenina que gobierna junto con el rey. Para nadie es un secreto que la reina está haciendo todo lo que está en sus capacidades para cuidar la estabilidad del reino. El juicio suscitado por la acción entregada de Janett, fue por querer protegerlo hasta que recibiera cuidados médicos y demás beneficios, eso fue valeroso y de buen corazón; aunque a la larga, no es conveniente para el reinado tener a alguien que se cure de pocas heridas y menos que no sea digno de memoria.

—¿Pocas heridas? ¿Quiere saber cuántas me dejaron sus aliados de fuerzas? —le dije con intensidad de palabra, él no se inmutó al escuchar mi acusación. La tomó con respeto, y entendió.

—Lo lamento profundamente, lo bueno es que ya sucedió y usted se encuentra bien. Eso es lo mejor para todos sumando a los protectores. No crea que deseo hacerle daño, por el contrario, solo intento que crea en lo que digo. No todo lo que brilla es oro y menos en este castillo.

—¿Cómo puedo saber que dice la verdad?

—Los días se encargarán de hablar.

—Eso espero —dije intrépido con ganas de zafarme de la conversa. Cristensen, me ponía a volar con sus posturas engañosas, aunque la verdad era imposible negar que el buen trato de Janett hacia alguien tan normal como yo, parecía algo prácticamente imposible de entender… Pero confiaba en Janett, porque estaba seguro que su corazón era puro como el cristal, y porque dudaba que un alma como la de ella, viviera de espantosa maldad.

—Siento mucho decirle todo esto… tal vez soy muy intimidante —

se disculpó entretanto bajó su mirada, y se entristeció de ser la persona encargada de contarme lo que sabía. No pude responder y, en un suspiro, llegó Sounder.

—Protector Cristensen, ¿no encontró más asiento en el comedor?

—Caballero Sounder, ahora soy ciego porque encontré un compañero de guía. Sounder cambió su rostro de forma inmediata. Cristensen, no había captado el oscuro trasfondo de las palabras con que respondió.

» ¿Qué sucede? —preguntó, dudoso, al ver que no había contestación.

—No voy a permitir que se consienta un humor negro y despectivo en referencia a la princesa, no en mi presencia y menos en mi anterior reposadero. Así que, puede tomar su oportunidad de irse ahora.

Cristensen, entrecerró sus ojos con impotencia y cayó en cuenta de su error. Se levantó con apuro y se marchó sin disculparse, aunque con su rostro espantado no necesitaba decir más. Sounder, volvió a su lugar indignado y no dijo una sola palabra.

—¿Todo en orden? —le dije mientras comía los restos que sobraban de la comida.

—No he desayunado. Pero solo un bocado de alimento y me tendrá con sonrisa, caballero.

—Tómelo con calma —dije con gracia, le di una palmada en el hombro y él sonrió con gratitud.

(…)

Después de una hora de tomar el camino hacia el castillo, antes de dejar a Sounder para encontrarme con Janett, comencé a pensar en muchas cosas. En especial las malas, o con final desalentador, y me odiaba por eso. Mi permanente baja autoestima y falta de confianza creaban un aura de pesimismo en mis pensamientos. Sin embargo, apenas vi a Janett, lo malo desapareció. Y, en un rato, concebí que ella era realmente maravillosa para mí… y que debía luchar para que siempre fuera de ese modo.

—Claude… ¿Ocurre algo? —me preguntó Janett con ternura y preocupación. Le sonreí por intención propia.

—No, es solo que me sorprende que te hayas fijado en mí.

—¿Qué tiene que ver? Me agrada tenerte cerca, lo demás sale sobrando.

—¿Por qué te agrado?

—Eres interesante y respetuoso conmigo… y también estás aquí.

—No lo sé —respondí turbio, pero en aparente serenidad—. Todavía me cuesta creerlo.

—Bien, pero esa es mi respuesta a tu interrogante, Claude —expresó Janett, sin complicaciones.

—Me ganas, la acepto —dije satisfecho.

En aquel día, pasamos juntos en la mayoría del tiempo libre. Conversamos de nuevo sobre todo lo que nos rodeaba y cada vez reíamos más encantados. No había recordado un día que hubiera soltado tantos chistes malos, y haberme reído de ellos como si fueran una sublime obra de arte. Lo peor, era ver que Janett me seguía la cuerda y disfrutaba de mis tontos recursos humorísticos.

—¿Sabes qué le dice una papa a otra papa? —le pregunté con seriedad, estando dispuesto para volver a reír.

—No, ¿qué le dice?

—¡Papacito! —solté con risa y vergüenza. Janett se tapó la boca con sus manos para evitar volver a reírse, le fue imposible. Se rió como no la había visto.

—¡Dios! Ese es demasiado tonto... ¡Deberías ser un comediante o animador del rey! —replicó antes de volver a caer entre risas, casi llorando por la alegría.

No podía también dejar de carcajear a sus risas, Janett era contagiosa a todo lo que le decía en aquel momento, era como si tuviera la medida justa para hacerla reír hasta reventar.

Tampoco podía creer estar ahí y seguir a su lado como un afortunado pasajero de primera clase. Janett, me hacía elevar a donde nunca había estado, eso era lo más impresionante, porque en su condición de ciega, parecía ser una experta guía de viaje, una muy divertida e inolvidable. No tenía más palabras para definirla.

(...)

—Sabrino, ese chico no es bueno para la princesa.

—¿Tienes razón para pensar eso? —expresó el rey—. ¿Qué ha hecho mal el muchacho que mencionas?

—¿Estás preparado para escuchar? —le advirtió la reina—. Nuestra hija ha caído muy bajo... y me entristece —expresó afligida con gran dolor de espíritu—. No lo soportaré por más tiempo si te lo guardas sin atención.

—Si es por Jane, con Emilio, siempre estaremos en buenas manos.

—Las manos de Emilio no son las de antes. Están manchadas de deshonra.

El rey, volteó con incertidumbre a juzgar el rostro de la reina, y con depurada decisión, expresó su verdad:

—Emilio se ha mostrado amable, leal y honesto. Es intachable en sus años de honorable servidumbre… ¿Cómo te atreves a increpar al hombre que ha hecho demasiado por el reino?

—Lo he vigilado desde que llegó ese chico… él aprueba sin desdén y juicio esa relación clandestina. Hasta incluso lo defendió cuando su nombre era despojado del castillo. Creo que hay maldad en todas esas defensas disfrazadas. Siento decir esto, pero es lo que pienso, y no callaré sin descanso hasta que logres saber la verdad que tengo entre mis manos.

—En mi reinado no permitiré ninguna clase de mancha. Dime... ¿Qué tienes para objetar, Darlyn?

Capítulo 28.

Al volver a casa después de otro día maravilloso con Janett, en medio del camino pedregoso, me topé con un protector. Sin embargo, fui más rápido y me oculté entre arbustos para impedir que me viera, no quería problemas con nadie, solo quería ir a casa.

Entre mi pausa, caí en cuenta que lo acompañaba alguien más, tal vez otro protector, aunque aquel era diferente, porque su vestidura no era grisácea, sino de un color opaco como el pan español. Sus ropas eran anticuadas, pero pulcras; su voz era un derroche de masculinidad, debido al grueso de su timbre vocal.

—¿Has sorteado lo último que se expresó de la princesa? —le dijo aquel hombre de atuendo enigmático al protector. Su voz me parecía familiar.

—No tengo la menor idea, ustedes deben saber más sobre eso.

—La princesa utiliza a ese chico para ser reina, y luego de eso, dominar el castillo a diestra y siniestra. Qué horror —Era Bruce, el que me defendió de morir sin saberlo.

—No creía que la princesa fuera de las que le gustara el poder. Tiene la sed de los gobernantes actuales.

«Ni yo…» pensé con desilusión. Supe que nada era perfecto.

—¿Crees que una futura reina del Olivo, se fijaría en un chico que viene de los pueblos olvidados del este de Herminda? ¡Eso jamás!

—¡Hey, escuche algo! —expresó el protector alarmado, aunque no había de qué preocuparse. Porque me fui corriendo con tristeza a casa y nadie pudo seguirme. Mi dolor era más rápido que cualquier hombre.

En casa, cuando llegó la noche, me sentí un ser melancólico de historia fúnebre. Mis pensamientos eran tóxicos en cantidades de barril para exportar, y mi ánimo, antes aumentado por Janett; era una sombra pálida de lo que había sido. Lo bueno, era que mamá no llegaba a casa y podía sentirme triste en libertad, pero no con arrojos para soportarlo con fortaleza. Era una pesadilla. Luego de conciliar el sueño, mi duda se resumía a una sola cosa: ¿valía la pena volver al castillo sabiendo las intenciones de Janett?

No lo sabía, pero lo que era de reconocer; tal vez, era el sonido de mi corazón a punto de romperse a bocajarro.

(...)

Cuatro días amargos pasaron hasta que volvió mamá, además de regresar, también vino con alguien muy especial para mí. Llegó con mi prima. Amarilda, tenía el pelo churco y botas rosadas, se había vuelto

mujer y vivía con la única tía que tenía en el sur del continente.

Me llevaba dos años y contenía una singular belleza, era estimable consejera y amiga de caridad, lo que más valoraba era lo último. Su don compartido conmigo era de neta palabra, sin duda alguna, era una oportunidad ideal para superar lo confundido y enmudecido que estaba. Llegó como si fuera una bendición caída de un cielo nublado.

—¡Claude! —Se aproximó con denuedo y me entregó un abrazo—. Tiempo sin verte, primo —dijo aliviada y satisfecha.

No le respondí, solo pude verla. Mi dolor era latente y de fácil visibilidad.

» Te veo apagado... ¿Te mordió un bicho de arena?

—Quizás ha pasado mucho —le dije con una falsa sonrisa, porque el mar de quebranto que retenía, no lo podía ocultar aun así lo quisiera.

(...)

Mientras le terminaba de contar la historia, la luna ya se había posado para crear una noche lozana y resplandeciente. Amarilda, me observó con ojos incrédulos y se negó a creer lo que le dije. Sopesaba hasta la mitad y eso siendo optimista, porque si algo detestaba, era que le dijera mentiras.

—Primero... —dijo despacio—. ¿Aún existen princesas en el siglo XX?

—Sí, tanto en Europa como aquí.

—¿Y si estás soñando y no te das cuenta? Recuerda que los sueños no son reales.

—¡No! —negué acalorado—. No bromees que estoy hablando con la verdad. Créeme. Es cierto.

—Entonces... ¿Sueñas con princesas? O ¿Conoces alguna que sea falsa en la vida real?

—Tampoco, nada de eso.

—Bueno... Mejor es dejarlo así, haré que te creo —dijo no muy convencida.

—¿No me darás tu opinión? Sé que suena imposible, pero es real...

—¿Sobre? —expresó desentendida. Amarilda se aburría al escucharme porque no creía una sola palabra, todo comenzó luego de decirle que una princesa se había fijado en mí. El resto que escuchó, era un chiste andante.

Después de mis absurdos esfuerzos. Llegó mamá en un descuido y le contó que todo era cierto. Mi victoria había sido fulminante, porque si existía alguien en quien Amarilda creyera, sin duda esa era mi madre. Por fin pudo creer y en consecuencia a eso, cayó en un *shock* que ella misma se provocó al no tenerme fe; sin embargo,

sorprendida, decidió continuar buscando una solución a mi problema y me siguió escuchando con detalle.

—¿Por eso te sientes así? ¿Te usaron para ese beneficio?

—Sí… y ella es mi primer amor. Tal vez duele más por eso.

—Ahora me silencias a mí... —dijo Amarilda, cabizbaja. A mí también —incluso mamá respondía. Era inevitable no opinar aquello.

—Sí, ella... —mojé mis labios con impotencia y reniego—. Es lo más hermoso que he vivido y me siento devastado.

—Quisiera algo así con Travis... —susurró Amarilda con la mirada desorientada entretanto golpeaba una pelusa en el suelo, había olvidado lo mucho que ella quería a Travis, aunque la gran diferencia fue que él nunca la quiso —O todavía no la conocía de esa forma—. Aunque la verdad... yo tampoco estaba tan lejos de eso.

—Confío en que cada quien tiene lo que merece, pero en mi caso no sé qué hacer ni pensar.

—¿Se lo preguntaste?

—¿Qué cosa?

—Si en realidad te está usando. Deberías preguntarle a ella para salir de dudas.

—¿Es en serio? —dije incrédulo, no creía en sandeces inventadas.

—No hay broma. Lo mejor para resolver las cosas es confrontar el problema cara a cara, ya que si reservas ese dolor a la larga será un inconveniente—dilucidó Amarilda. Mamá aprobaba su buen sentido de resolución.

De mi parte, hallaba indecisión y ganas de querer ir a dormir; no obstante, después de minutos amargos, entendí que Amarilda tenía razón. Tanto en el amor como en la vida, todo se guiaba bajo el mismo principio: sinceridad y lealtad, la primera para creer y la segunda para cumplir.

—Comprendo lo difícil de la situación, pero debes tomar una decisión que te regale la paz que buscas. No puedes vivir en silencio —dijo Amarilda, con gran sentido de pesadumbre. Se puso en mis zapatos como una buena amistad. Le agradecí el gesto, porque no cualquiera tenía esos detalles tan vívidos en carne ajena.

Antes de dormir, observé la única ventana de mi cuarto, que mostraba el panorama del cielo nocturno y estrellado. Pensé en varias cosas interesantes:

Primero, no entendía por qué a lo largo de mi vida siempre había sido tímido y de baja autoestima; mis padres eran geniales y mi educación era estándar, sin contar que mis sueños frustrados eran los mismos que todos. Igualmente nunca dejaba de sonreír y ser correcto a como diera lugar.

Sin embargo, al discurrir en lo segundo se me había olvidado lo anterior, y del “porqué” no siempre contenía un sentido definitivo. Eso

debía entenderlo o al menos tratar de captarlo, mi subconsciente era bombardeado desde la existencia, y creía que podía ser un buen hombre o mejor persona, tal vez crecer por voluntad propia sin consuelos rebuscados. Tenía que verla pronto y el día siguiente era mi oportunidad de limpiar la densidad de mis pensamientos ofuscados y repletos de prejuicios.

La tercera era mucho más simple:

—Te extraño... —admití en voz baja hacia fuera de la ventana mientras me preparaba para descansar. Lo había dicho con el corazón, el que Janett me robó desde el día que le conocí.

Capítulo 29.

De camino al castillo se me olvidó traer un regalo de disculpas para Janett, aunque tampoco sabía que obsequio podía ser bueno para alguien que había tenido siempre lo material. La excusa perfecta no podía ser otra que esperar la llegada de la Nochebuena. Pero lo mejor era preguntar para salir de dudas.

Mientras iba por el sendero de piedras, me encontré con varios protectores que ignoraron mi andar como si se tratara de una aparición fantasmal. Estaba sorprendido, casi siempre me veían como un enemigo o me recibían con una “calurosa mirada de compañía”. Sin embargo, al pensar eso, se apareció una persona escondida entre las numerosas plantaciones que transitaba. Subsistí estático, porque creí que me haría daño, aunque no fue así.

Cuando lo vi, no recordaba en el pasado aquel rostro, pero su voz fue lo suficiente para conseguirlo. Si lo conocía, de eso no tenía la menor duda.

—Sr. Claude, me complace profundamente encontrarlo por aquí. Espero que vaya bien en su camino trazado.

¿Cómo olvidarme del hombre misterioso que me dio las llaves del castillo y que me dejó indefenso a manos del cruel interrogatorio de la reina? No sabía si agradecer su antiguo acto o recriminarle.

—Voy bien, aunque creo que no he muerto de casualidad.

—¿Por qué?

—La princesa tiene la palabra, yo no tengo nada que ocultar ni poder decir en mi defensa. Además de estar triste de corazón, creo que estar muerto por fuera es mejor.

—Eso suena deprimente —aclaró impactado—. ¿Te parece si hablamos dentro? Aquí hay muchos hombres con mal transitar.

—¿Cómo puedo creer que no hará igual que ellos? Cuando usted fue quien me lanzó a las manos rapaces de la reina —dije desentendido, con las manos cruzadas.

—Pido disculpas si hice eso antes, seguía órdenes. Pero puedes confiar en que estoy para ayudarte. No busco nada, solo quiero todo lo que sea bueno.

—Tampoco tengo otra opción con usted.

—Tendrás más oportunidades luego —apenas terminó con sus palabras, me hizo seguirle hasta el fin de su camino.

—Está bien —Volví a recordar otra cosa más, él me había salvado de morir a manos de Jocary... ¿Cómo podía ser tan desconsiderado para no aceptarle?

(…)

Nos hicimos en uno de los últimos sentaderos contiguos a la puerta secreta, y al frente de nuestras narices, se vislumbraba el grandioso borde final del otro muro que provenía del oeste. El medio día se matizaba en estado de gracia con el inicio de una buena tarde. La sensación era de calidez y silencio absoluto, era el momento perfecto para entablar una plática con alguien que querías conocer a fondo. Aunque no podía engañarme, era muy indiscreta la invitación del hombre misterioso, pero más todavía era sentirme cómodo con su presencia.

—¿Cómo te has adaptado al castillo? ¿Te parece bien el lugar?

—¿Me va a preguntar sobre el lugar que todos los ciudadanos del país quisieran ver con sus propios ojos? —dije incrédulo—, me da risa su pregunta.

—Tomaré eso como una respuesta definitiva —replicó con su característica sonrisa. Hasta ese instante no conocía de sus facultades. Mi duda terminó cuando decidí preguntarle.

—No entiendo por qué habla conmigo. ¿Tengo algo especial? ¿Quiere oler como yo? O ¿Acaso le gusta mi forma de caminar herido?

—Buena pregunta, aunque si quieres resolver tu presencia aquí, creo que deberías empezar a saber primero quién eres.

—¿Quién soy? ¿No le han dicho ya? Soy el chico invasor que se aprovecha de la futura reina, aunque pienso que sucede al revés. El señor misterio se quedó extrañado y preguntó con sapiencia.

—¿Al revés? ¿Crees que te están usando?

—No tengo pruebas de ello… usted es más rápido que yo porque es investigador. De mi parte, solo quiero sanar mis heridas.

—Te lo piensas mucho —dijo decisivo, y en un descuido, golpeó uno de mis brazos heridos con saña—. ¿Dolió? —volvió a sonreír. No respondí porque ya conocía la respuesta.

» ¿Qué haces aquí si ya has sanado las heridas? —reiteró.

—No, falta una… —expresé con la cabeza agachada. Era pésimo ocultando cosas, era una ley enmarcada en mi frente.

—¿El artefacto del pecho?

—Sí, y duele como no tiene idea, no sabía que quemaba desde el interior.

—Hay cosas que queman más fuerte... pero en tu caso, quizás es un malentendido —reparó con la mirada distraída en el paisaje.

—¿Por qué cree eso? Todo está claro.

—Aquí nada lo está, más si te dedicas a escuchar rumores de “caballeros en época de celo”.

—No entiendo —admití ofuscado.

—Ya escuchaste, ¿o lo hago más sencillo para ti?

—Sí, por favor y gracias... —expresé alentado, sus palabras eran

un elixir de esperanza. Él sonrió y comenzó sin tardar.

—La princesa Janett no se quiere aprovechar de ti, es más, ella no quiere ser reina. Odia con su corazón que le llamen de esa manera… ¿Tal vez no has pensado mejor, que si ella hubiera querido ser reina, lo sería desde hace mucho? No tiene por qué esperarte a ti para ser algo que tiene en sus manos desde que nació.

Abrí mis ojos como si fuera la mejor aclaración del año; sin embargo, trataba de tomarlo con calma. Faltaba escuchar la versión de Janett y acabar con el dilema que me consumaba.

—Usted está en lo cierto señor… —hice un esfuerzo por llamarlo de alguna manera, pero quedé vacío—. Gracias de todos modos.

—Lovett, así me llamo.

—Gracias señor Lovett, ahora parece que me siento mejor.

—¿Mejor? —preguntó sorprendido como un astronauta en carrera de carros.

—Oh sí… ¡Mucho mejor! —dije sonriente en gran medida. Pensaba que Janett no era mentirosa con sus sentimientos y tal vez lo nuestro sí podía ser real… aunque siguiera sin creérmelo. Era muy pesimista o, retirando lo dicho, el campeón número uno del pesimismo. Lovett, me vio con detalle y siguió respondiendo para decirme lo que quería escuchar no solo en aquel momento, sino en toda mi vida.

—Antes de cantar victoria pienso que deberías hacer el ejercicio que te dije con seriedad. Claude, descubre bien quién eres y lo que quieres, en ello estará el equilibrio de tu propósito aquí. No hablo del castillo, sino también de tus días. Janett te espera con los brazos abiertos porque te extraña mucho.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Recuérdalo bien —enseñó una sonrisa total y declaró sin problemas—: El investigador debe saber más de lo que crees.

La tarde arribó y mi visita a Janett era inminente. Sounder me había dicho minutos antes que ella estaba ocupada en la torre de la reina y, por eso, tenía que esperarla. Mi estómago era una especie de bramido infinito, nunca cesaban sus ansias y nervios acumulados. Janett siempre tenía la propiedad específica de hacerme sentir cosas raras, y lo eran porque no conocía lo que podía llegar a sentir.

Y la vi, saliendo de la puerta con la tranquilidad de una ballena que conocía el mar de pies a cabeza, Sounder me vio con buenos ojos y dijo:

—Vaya a por ella, estoy seguro le espera.

Me acerqué temeroso, pero confiaba en que no tenía de qué preocuparme. Fui lo más lento que pude hasta tenerla a unos escasos metros. Ella notó que alguien venía.

—¿Claude? —dijo al frente de donde andaba con gran curiosidad —, ¿eres tú...? —volvió a preguntar.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—No puedo verte —expresó con gusto—, pero sí logro escuchar tus pasos. Son diferentes.

Ella vino hacia mí, despacio y con temor, y me dio un gran abrazo, yo lo recibí feliz.

—No te pierdas tanto. Me asustas así.

—Disculpa, no volverá a pasar. Lo prometo.

—Está bien, ¿por qué no habías venido antes?

—Sucedieron muchos problemas en mi cabeza —No pude agradecerle a Lovett por aclarar mi espíritu—. Hay cosas que tengo para preguntarte.

—¿Cuáles?

—Primero, este... —No sabía cómo empezar, moría de la vergüenza cuando intentaba prejuzgar a Janett con tonterías.

—Trata sobre mí, ¿cierto?

—Sí.

—Ha habido muchos rumores en estos días que no me agradan y me da tristeza que existan personas que quieran hacernos mal.

—Janett… escuché a alguien decir que solo querías estar conmigo para ser la reina, y yo, me sentí fatal.

—Lo entiendo... —dijo separándose un poco y tomando con su mano mi rostro—. ¿Y tú qué crees? ¿Piensas así de mí? —me preguntó con el alma, deseosa de saber lo que diría.

—Desde que te conozco eres la chica más maravillosa que he visto y eso es decir poco… pero no lo sé, a veces no creo esta historia contigo —dije sentido y rasposo de voz—. Es la realidad, y siento ser tan crudo contigo.

—Eres el chico que quiero y he esperado por mucho tiempo… no quisiera creer que esto es mentira, porque en mi caso nunca lo será para mí.

—¿Por qué?

Janett tomó una pausa, le costaba hablar porque el viento era muy fuerte y su cabellera se revoloteaba a un lado con brusquedad. Era capaz de verla como una admirable reina de ojos cerrados, que estaba dispuesta a darlo todo sin saber de nada. Así era Janett, quería al otro por encima de su propio sentir, al menos, eso creía firmemente en mi propia convicción.

Luego, ella lo resolvió todo.

—Hay cosas que no puedo explicarte, no porque no quisiera decirlas, sino que me cuesta hacerlo ahora… Solo quiero que confíes en esto y en este amor que he compartido contigo. Sé que hay dudas en ti… y no conmigo sino contigo… Pero pienso siempre demostrarte de qué clase de material está hecho mi corazón, porque luchará hasta el final.

No podía verla luego de que pronunció la mitad de sus palabras, estaba llorando como un bebé que jugaba a las escondidas, y me había conmovido.

¿Cómo era posible ver a una princesa, decir tales palabras de tanta belleza, para un chico tan normal y corriente? Aunque mentía asaltando a mi propia autoestima, porque me sentía más especial que nunca.

—Claude. Mi único deseo es estar a tu lado, lo que no sea eso… me entristece —expresó segura—. Espero lo entiendas.

—Gracias —le dije perdido. Un buen hábito que tenía era aquel: agradecer cada vez que no reconocía por qué era tan feliz en realidad.

—¿Por qué me das las gracias? No he dicho nada que no sea verdad.

—Hay vidas que son afortunadas —la vi de pies a cabeza con inmensa ternura—, para vivir sus sueños sin esperar tanto.

—Oye… eso suena bien. ¿Lo inventaste?

—No creo que haya sido yo —le dije volviendo a admirarla. Janett, siempre había sido la persona idónea para escuchar mis frases inventadas.

Capítulo 30.

Faltaba poco para el inicio de la Nochebuena, y era una maravillosa eventualidad. En especial, porque estaba emocionado en reconocer que mi primera Navidad en pareja, sucedería con una persona única. Mamá había cocinado un pastel de frutos del bosque ermitaño y dejó guardado para ella, después de que pasáramos la noche junto con Amarilda.

—¿Recuerdas la vez que pensaste que, si dejabas de respirar, era porque venía una sorpresa guardada a tu estómago más tarde? Y al final solo tenías diarrea y fiebre.

—No me lo recuerdes —dije perturbado—, pensé que moriría.

—¡Tonto! ¡Te estabas muriendo! Menos mal tu madre y yo corrimos a salvarte antes de que fuera peor —replicó Amarilda, preocupada y divertida, por la vivencia de sus recuerdos.

—Cierto —asentí—, pero creo que la anestesia me hizo olvidar varias cosas.

—¡Oye! ¿Por qué la tía está así hoy?

Al voltear para observar a mamá, se le presenciaba con un paulatino sentimiento de tristeza. Estaba sentada afuera de casa, en una mecedora de trenzas, mientras veía hacia el cielo que atardecía con prontitud y sin tiempo de espera. La nostalgia era palpable en el ambiente.

—Lleva más de diez años sin pasar Navidad con papá, tal vez recuerda ese último año con él.

—Deberías ir a ver qué le pasa, me preocupa.

—Lo haré, pero antes dime: ¿Cuándo te vas?

—Cuando conozca de quién se trata tu prometida.

—No te adelantes a los hechos —dije irritado, pero en el fondo era feliz.

(…)

Me senté en la maderera de las escalas con cuidado, no tenía intenciones de arruinar su momento emotivo. Sin embargo, mamá me habló de inmediato apenas me sintió venir.

—¿Llegará? —me preguntó, impaciente.

—No lo sé, pero creo que mientras sigas firme y con esperanzas. Él volverá y nos sorprenderá a todos.

—Tonto... —me dijo a regañadientes y con una indescifrable alegría a bordo. No le entendí sino hasta después—. Hablo de tu novia.

—Ah —dije sorpresivo, me rasqué la cabeza de la pena—. Eso

creo… ¡Pero oye! ¡No es mi novia! —admití con la cara enrojecida.

—No puedes ocultar ante mí, el caos que genera esa mujer. Soy tu madre, no soy cualquier amiga. Sé muy bien cómo cambias cuando piensas en ella —me dijo orgullosa—. No estoy triste por tu papá, si es lo que piensas… estoy aquí porque tu abuelo cumple otro año más en el cielo.

—¿El abuelo? ¿Hace cuánto pasó?

—Siete años.

—¡Vaya! ¡Eso es mucho tiempo! No creí que fuera tanto…

—Sí —encogió un hombro y se acarició el antebrazo—. Mi suegro siempre fue una persona para imitar, vivía al límite. Hasta te pareces a él.

—¿Crees eso?

—Por supuesto que sí. No me equivoco, y si lo hago, entonces es tu culpa hacerme equivocar —dijo mientras me mimaba de los cabellos.

—Todavía recuerdo las Navidades con él, eran geniales, lo que no me gustaba es que a veces se emborrachara con miel de abeja y panela dulce. Le caía terrible.

—Tantas veces le dije que no lo hiciera y no hacía caso, porque hombre terco como él, pocos.

—Yo pienso que te debe estar escuchando y riéndose en tu cara por las veces que hizo lo que quiso. Era más infantil que un niño.

—Sí… lo importante es que logré cuidarte de él y sus malos hábitos, porque no me gustaría un segundo borracho en la familia. Mucho menos que sea mi hijo.

El sonido de una carroza y los constantes zapateos de caballos se escuchaban a lo lejos y se acercaban.

«Es ella» percibí ansioso, no pensé que llegaría tan pronto. La noche apenas había caído en frente de nuestras narices. Amarilda, salió a vernos, y al acercarse donde estábamos, en aquel instante se estacionó la carroza de Janett al frente de casa. Entró con elegancia al lado del callejón que provenía de la calle y paró en el pequeño campo.

Observé los rostros de ellas y estaban sorprendidas de manera grata, aunque la diferencia entre una y otra, era que Amarilda colocó una cara incrédula y mamá sonreía fascinada juntando las palmas de sus manos.

—¿Ven que no era mentira? —dije con soltura mientras picaba mi ojo hacia Amarilda.

—Te voy a creer para siempre de ahora en adelante... —me contestó impactada. Al observar la carroza detenida por varios segundos, en aquel momento, salió un hombre.

Era nada más y nada menos que el caballero Emilio. El

sorprendido en ese instante, entre los presentes, pasaba a ser yo.

—¡Caballero Emilio! ¿Qué hace por estos lares?

—Don Claude, vengo a disculparme ante usted y la presencia de sus hermosas damas... —expresó con decoro. Mamá y Amarilda le veían con ojos amorosos, el caballero Emilio tenía la reputación de ser un Adonis en el reino del Olivo, ese era otro rumor y al parecer era bastante cierto—. La princesa Jane, le trajo unos obsequios para vivir la Nochebuena con el mejor de los presentes y también le pide excusas por no haber venido.

—¿No vino? —dije visiblemente contristado. Pensaba antes que Janett no había salido de la carroza por la timidez de conocer a mi madre.

—Tuvimos que atender con el doble de refuerzos y personalidades en el castillo, hoy están de paso el rey de Escandinavia y otros altos mandos militares del resto de las naciones.

—Entiendo... —dije distraído mirando hacia el césped—. Pensé que ella vendría, me hubiera gustado.

Amarilda y mamá me observaban con lamento, les había hablado tanto de Janett que al ver que no llegó, terminé en nada. Sin embargo, alguien desde atrás tapó mis ojos con la suavidad de sus manos.

—¡Adivina! ¿Quién soy? —exclamó una voz esforzada que parecía de mujer en años de vejez.

—No tengo ni idea, pero por cómo veo la cosa, puede ser que se me olvidó pagar unas cuentas o que no invité a un amigo que tenía que invitar.

—Nada de eso, sigue intentando —el tonó de voz la delataba. Era Janett.

—¿Eres tú, Janett?

—¡Sí! —afirmó al mismo tiempo que apartaba sus manos de mi rostro. Mi estado de ánimo pasó de estar en el foso a sentir el cielo en cuestión de segundos. ¡Llegaste! —le dije emocionado, dándole un gran abrazo mientras Mamá y Amarilda nos distinguían con ternura y satisfacción. Emilio estaba sonriente, era un plan que habían elaborado para que lo creyera.

—¿Cómo pudiste llegar con las personas que se encuentran hoy en el Olivo?

—Cuando eres hija del rey y eres persistente. Todo se puede —Emilio, logró interrumpir:

—Ser molesta puede ser una palabra más indicada —llevó su puño a la boca para ocultar sus solitarias risas.

—Claude, ¿no me vas a presentar?

—¡Verdad! Mamá, Amarilda, les presento a Janett Lanchester, la hija del rey y heredera directa al trono de reina mediante la actual sra. Blanchet.

—¡Oh! —expresaron al unísono, Amarilda y mamá, con elevado estupor—. Magnífico —replicó Amarilda.

—Deberías ahorrarte las presentaciones que me avergüenzas... —dijo Janett, apenada—. Pueden llamarme Jane si así desean. El inmenso placer es mío.

—Jane —dijo mamá al tiempo que le sostuvo su mano dando un saludo—. Gracias por cuidar de mi hijo y siempre traerlo con bien de pensamiento y espíritu. Te lo agradezco.

—No debe agradecerme, Claude ha sido respetuoso —Janett le sonrió con regocijo.

—Es genial conocer a una princesa real, mucho gusto, soy Amarilda —Se acercó y le recibió con un cordial saludo de manos.

—Gracias. Para mí es gratificante conocer a las personas más importantes para Claude, es un honor.

Hizo una pequeña reverencia y ambas la vieron estupefactas. No podían creer los modales de una princesa que era real, y además de eso, también mi chica.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Janett, con gran intriga en presencia de todos.

—Por nada, eres muy cortés —Le mentí, la verdad era imposible no reírme al saber que por fin le había traído a mi madre una mujer a casa, y tal vez, la mejor que podía haber traído. Me sentía un presumido. ¿Una princesa en Rumpler y en casa? Tal vez debía empezar a confiar más en mis sueños imposibles, porque alguno de ellos sí se podía cumplir.

—Para las damas presentes y en mi condición, esto es lo menos… —aclaró sin despeinarse, volteó al lado de Emilio y le susurró—: Trae los presentes para ellos y déjalos en su mesa de bienvenida. Por favor, espero que gusten de ellos.

(…)

Rosas de Florencia y hortensias de los mejores valles de Virginia del sur, perfumes, rubores de la colonia arcaica del norte, panes y trigales de los campos heredados del príncipe Sauberio y un sinfín de artesanías con la copia de reliquias arcaicas del Olivo eran algunos de los presentes traídos por Janett. Mamá y Amarilda estaban enloquecidas al advertir todo lo que había en la mesa.

—Me disculpo si traje poco, no tuve tiempo para traer otras cosas que quería... —Mamá le interrumpió con dicha.

—¡No se preocupe señorita Jane! ¡Todo está hermoso, muchas gracias! —exclamó con los ojos brillosos. La noche y Janett, le habían cambiado el semblante por completo. También Emilio y su porte de

galán.

—Está bien —replicó Janett, complacida, estaba feliz de estar ahí—. Claude, te veo callado. ¿Pasa algo?

—No… nada —Estaba tan preocupado por lo ocurrido, que me distraía con lo que viniera de los alrededores. Además, ni sabía qué decirle, porque no tenía un presente para obsequiarle, solo había un pastel hecho por mamá que ni siquiera había probado y mi ansioso temor era que ella le ofreciera.

El pastel del año pasado sabía a retrete viejo mezclado con chocolate podrido y ese podía ser cualquier cosa o hasta peor. El avergonzado sin duda alguna pasaba a ser yo. Mi mirada no subía del suelo, estaba postrado viendo maleza.

—No importa si no tienes presente, el mejor para mí, es estar aquí con los tuyos —dijo Janett, prácticamente había acertado mis pensamientos. No quería fallarle.

—Pues…

—¡Hay pastel e hice mucho para ti y tus padres! —expresó mamá encantada, irrumpiendo mis palabras—. Serviré en la mesa para que degustes.

No hubo de otra, me tocaba confiar en mamá —era irónico hacerlo en la mujer que me dio la vida—. Emilio, se sentó gustoso en una de las tres sillas y esperó el plato de pastel. También recordé lo flojo de estómago que era Emilio, un plato mal ingerido y tendríamos serios problemas en el baño de casa. Fui de inmediato hacia un costado para notificar a mamá mientras Janett se disponía a acercarse al lado de Emilio. Ahora dependía de ella.

(…)

—Es un plato exquisito, se nota que está preparado para ser lo mejor de la noche… ¡Gracias! —dijo Janett atrapada en el sabor de los frutos del bosque ermitaño. Estaba muy sorprendido, miré a mamá y supe que había preparado un pastel a la altura de una princesa de la era moderna, me sentía feliz.

—Con suma finura y preparación esforzada, he conseguido degustar un espectacular pastel, tal vez, de los mejores que he probado, y eso que soy un intento de chef... —replicó Emilio satisfecho y abordado en felicidad. Mamá, le veía con ojos de amor y una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—¡Les agradezco mucho! ¡Mi sueño de ser repostera no se ve tan frustrado luego de sus hermosas e incesantes cortesías!

—Tiene futuro para esto, se lo aseguro. Y si me permite, le llevaré al mismísimo rey y reina con gratitud —dijo Janett amable y cordial

ante mi madre, era genial observar a las mujeres más importantes de mi vida compartir sus presentes.

—¡Hay mucho y de todo el que deseen llevar! ¡Será un honor para mí!

—Entonces pediré un plato extra, y si es posible una docena más, la barriga no puede quedarse sin su Nochebuena —expresó Emilio gustoso, todos nos reímos por el voraz apetito del caballero.

Capítulo 31.

La juventud de la noche había desaparecido y se vislumbraban las horas extras cercanas al inicio de la Navidad. Los momentos que pasé con Janett fueron inolvidables: estuvimos juntos en la festividad de fuegos pirotécnicos de Rumpler, paseamos en carroza por la calle del aeropuerto, decorada con los alumbrados de colores intensos y destellantes y, por último, hacia el lago del Primado donde descubrimos el único estanque de peces saltones que reside en el país. Janett, se encontraba encantada por los sonidos de Rumpler y mis descripciones fantasiosas, era imposible no inspirarse en el lugar donde nací acompañado de la chica que había estrenado mi corazón.

Faltaban un par de horas para la Nochebuena y, mientras pasaba el tiempo, Emilio charlaba con Mamá y Amarilda en casa; al mismo instante, Janett y yo caminábamos tomados de la mano por las zonas aledañas del pueblo con rumbo hacia la deriva. No dejaba de admirar la delicada y sincera sonrisa que tenía Janett, al disfrutar de una noche que nunca podré olvidar.

—¡Me encantó Rumpler! ¡Es hermoso de noche!

—Y eso que no has estado en los días de comercio, aquí te encuentras hasta con lo que no quieres tropezar.

—Suena interesante. Quizás algún día vuelva —dijo Janett con tristeza. No comprendía lo que estaba sintiendo.

—Espero puedas regresar, siempre eres y serás bienvenida.

—Sí… —dijo Janett recostándose en mi hombro—. Pero no sé… me siento extraña. Tengo un mal presentimiento. Es como un nudo en mi garganta.

—¿Por qué? —pregunté impaciente mientras tragaba saliva. Cuando todo parecía ir bien, apenas lo malo estaba calentando para entrar.

—Siento que te perderé algún día.

—Nunca lo harás. Estaré aquí contigo.

—Gracias por eso —Janett me obsequió un bello semblante de alegría—. Oye… te quería decir una cosa.

Asentí, solo deseaba escuchar a Janett, era lo único que me importaba.

—¿Qué tan fuerte crees que es nuestro amor? ¿Superaremos las adversidades? ¿Juntos?

Pensé por un momento lo que había dicho y la verdad era una pregunta difícil, de por sí estar con Janett era una fortuna casi imposible, sin embargo, desconocía cómo conservarlo. Era un chico normal que luchaba con todas sus fuerzas el ser correspondido por una princesa y, a pesar de eso, resultaba victorioso. Pero no tenía respuesta para la posteridad, era una incertidumbre reconocer si

tendría la maravillosa oportunidad de estar siempre con ella.

—¿Crees que no? —me reiteró con pesadumbre, el tiempo que lo había pensado era demasiado para seguir en silencio.

—Janett… soy un chico que te quiere en cuerpo, alma y corazón. No soy un superhéroe para conseguir superar una guerra.

Janett me soltó la mano indignada y se alejó un poco de mí.

—¿Piensas que lo nuestro es un juego?

—No dije eso —expresé decidido—. Solo deseo que sepas que ahora estoy dando todo lo que tengo, y no sé si me alcanzará… para estar contigo —concluí con la mirada perdida.

—¿Y yo no estoy haciendo nada? —me afirmó desafiante.

—Has hecho mucho —dije sonriente—, más de lo que podría imaginar… que una chica como tú venga a pasar una noche tan especial conmigo… Es lo mejor que me ha pasado.

—Entonces, ¿por qué dices esas cosas? Me lastimas.

Me acerqué a Janett y le di un estrecho abrazo, fue tan corto que podía sentir su nerviosismo y ganas de vencerse, porque conseguía tocar su desesperanza con la palma de mis manos. Al verla en ese estado, no dudé en tranquilizarla con las palabras que afloraron de mis entrañas:

—Hay una chica que conocí tirada en la grama de un valle de muerte, y que, al observar el destello de su inmensa hermosura... quedé atrapado para siempre de sus encantos como una letra al anillo de las palabras. Luego, me sonrió la moneda de la buena suerte, al poder encontrarla otra vez, como si la magia me hiciera un favor, porque ella apareció al frente de mí con un corazón genuino e imposible para olvidar: creía que el amor era exclusivo, contado para unos pocos escogidos, señalado para los que merecieran sentirlo en realidad; sin embargo, contra vientos y mareas nació la belleza de un atardecer visto desde el brillo y claridad de un niño soñador. Ese era nuestro amor, que siempre encontró la manera de brillar cuando no hubo un rastro de luz.

Janett me apretó con vigor entre sus manos afables, en aquel instante, era ella la que me abrazaba con una fuerza inexplicable. Estaba conmovida al igual que yo por lo que había dicho, hasta parecía que alguien hubiera puesto en mí aquellas palabras a propósito para hacerme entender que, lo nuestro, era verdadero. No existía razón para rendirse y dejarlo atrás. Janett era mi musa ideal, la única que despertaba mi amor celosamente guardado y protegido hasta que ella llegó, como un foco de luz que hizo una casita de vereda, justo al lado de mi corazón. Janett dejó de abrazarme, me tomó de las manos y susurró:

—Volvamos.

Y sin decir nada, regresamos a casa. Nunca un silencio había sido

tan placentero y agradable en mi vida.

(…)

Janett me había dicho minutos antes que su deber como princesa era hallarse en la hora del comienzo de la Nochebuena, por lo tanto, tenía que irse con inmediatez. Supe de qué se trataba por las anteriores palabras de Emilio y era lo predestinado. Elevamos los brazos para despedir la carroza y mi sonrisa no se iba, era amiga de la eternidad. Aunque no dejaba de estar pensativo por el mal presentimiento de Janett, asimismo, no podía tener una actitud derrotista, había sido una noche genial para mí. Pero sentía una melancolía del tamaño del cielo, que no podía borrar de mi alma… y no entendía por qué.

—Hijo.

—Dime mamá —contesté, distraído en mis pensares.

—Es hermosa, te felicito.

—Gracias —le dije sonrojado y avergonzado como nunca, había vuelto al mundo después de su conclusión.

—Es una gran chica —dijo Amarilda—. Espero sepas cuidarla. Aunque con los ojos que la ves, dudo mucho que dejes de hacerlo.

—Sí, tendría que ser muy tonto para dejar de verla.

—Tonto ya eres, lo otro no lo sé —dijo socarrona, luego pensó un rato y volvió a decir—: Creo que también es mi hora de irme —replicó Amarilda, en un largo y arreglado suspiro mientras retenía la maleta en su mano y limpiaba su blusa del sereno. No creía que se marcharía tan pronto, había pasado desapercibido ese detalle.

—Yo pensaba que ibas a quedarte para vivir la Navidad con nosotros.

—Ya la es —admitió con gozo—. Está más temprano pero no deja de serlo. Los latinos lo celebramos toda la noche hasta la madrugada, además, si no tomó el vuelo no llegaré a la hora.

—Amarilda... —le dije, mirándola a los ojos.

—Solo iré a Sudamérica, no es que muera… ¿O sí?

—Ni se te ocurra, o bueno sí, pero no ahora —le dije sarcástico. Ella volvió a las risas con facilidad.

—Eres un gran hombre, por eso te mereces lo que sueñas. Pero no puedo negar que hay tontos con mucha suerte —dijo mientras tocaba mi pecho con su dedo índice.

—También tú —le dije sin dudar.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Me ayudaste… y otra cosa: Travis irá el próximo año a tu país. Ahora es mucho más maduro y tal vez no se asuste al verte —le di un

toque con el codo en complicidad.

—Muy gracioso —dijo con seriedad, mamá se reía—, no creo que él sea para mí… Travis vive el mundo a su manera. Nadie se interpone en eso.

—Si yo pude con una princesa, ¿no vas a poder con un bueno para nada?

Amarilda sonrió con vergüenza, y antes de irse, me dijo:

—Ya veremos quién ríe al final… Ojalá me visites pronto, allá te espero.

(…)

La Nochebuena había terminado. Mamá y yo nos quedamos conversando luego de que se fueran los demás. La noche fue agradable con tanta compañía y la verdad no había pasado un comienzo de Navidad tan asombroso desde que el abuelo y papá estaban con nosotros, el tiempo voló al frente de nuestras caras.

Las palabras de Janett, eran lo único que no salía de mi cabeza. Era lo que había estropeado la felicidad plena. Era un desconsuelo espantoso imaginar perderla, por eso, debía luchar con todas mis fuerzas para siempre poder conservarla en mi corazón, así fuera en un corto recuerdo o una extensa nostalgia.

Pero aquel día, fue el comienzo inadvertido de la muerte de un amor atrapado por todas las vías, ¿y la culpa de quién fue? Quizás, del mal llamado: destino.

Capítulo 32.

El destino es un lugar cruel y oscuro que arrebata sueños, realidades, corazones y mucho más… Pero siempre hay amores que lo contrarrestan: con lucha, fortaleza y bastante sentir… Sin embargo, ¿qué puede hacer un hombre ante un reinado entero? ¿Con qué manos puede batallar aquel que enfrente tiene un ejército? Era bueno el cuestionamiento… pero su objeción debía esperar mucho o tal vez… no tanto.

Todo comenzó en aquel día de perdices alocadas. Mi día estaba siendo positivo desde casa y no quería arruinarlo con malas noticias. Los protectores de los alrededores me habían observado sin problemas e ignoraban mi acostumbrada ruta de entrada hacia la puerta oculta del castillo. Cuando entré, al preciso minuto de hacerlo, el cielo se tornó oscuro y opaco, rodeado de densas nubes grisáceas y profusas. Era lo opuesto al día brilloso y campestre que venía siendo desde que había superado los Robledos de Herminda, incluso observando el monte Robinson, había una parte del cielo que seguía siendo luz natural de paz.

Al continuar, divisé en la distancia a algunos protectores que transitaban y venían desde la capilla norte. El resto del campo estaba vacío, como si nadie estuviera presente además de ellos. Hasta que; en un descuido, sentí los pasos en velocidad de alguien que venía de atrás. Me volví lo más rápido que fue posible.

—¡Cuidado sr. Claude que hay trampas ocultas! —expresó Cristensen, con inquietud y agrado a la vez, sentí que su presencia no era de maldad, así que le respondí con más calma que responsabilidad.

—Gracias Cristensen por la advertencia, ¿cómo ha estado todo?

—En excelencia gracias a la incalculable gestión del rey, reina y princesa Jane. Han hecho algo realmente excepcional —Caminamos juntos mientras iniciábamos un nuevo diálogo.

—¿La princesa? —pregunté, confundido.

—¡Sí! —expresó con emoción de niño—. En el día de Navidad con la llegada de los funcionarios y representantes europeos, sucedió algo maravilloso. La prensa a nivel mundial nombró este día como la unificación de los continentes. Eso mejorará no solo los aspectos del Olivo, sino de todo el país. Estoy feliz de saber que el mundo cada vez puede ser mejor.

—¡Vaya! ¡Eso es muy genial! —dije asimilando sus palabras. Cristensen, traía muy buena espina, se veía que era un gran tipo a pesar de mis anteriores prejuicios.

—Sí… solo debemos luchar por transformar el país y cambiar las bases de este mundo injusto e irremediable en que nacimos. Hay

mucho que trabajar.

—Eso me gusta, cambiar el lugar donde vivimos por uno que nos regale paz y alegría, puede ser interesante. Pero es utópico.

—Confío en los que gobiernan y pienso que no es imposible —dijo ciegamente—. Debemos corregir para seguir creciendo, mis hombres dejan avanzar a los que merodean hasta los muros, les dejamos verlo y les pedimos amablemente que se retiren, y desde eso ya no ha habido muertes. Gracias a su juicio entendimos eso —expresó con orgullo, me sorprendía que Cristensen se declarara así. Era el primer protector que veía con una clara intención por mejorar el reino. Me estaba agradando.

—Si es de ese modo, entonces decidiré confiar.

—Gracias por el apoyo —admitió contento—, la esperanza se mantiene hasta las últimas consecuencias porque es lo último que se pierde.

A lo lejos, veíamos llegar un par de protectores rabiosos. Pensé que iban a seguir de largo, pero se detuvieron al frente de nuestras narices y presentía que algo terrible se avecinaba.

—Protector Cristensen, tenemos que hablar con usted —dijo uno de ellos—, ha cometido una traición de gravedad punible por nuestra ley. Sus morales intachables no son las de antes y merece un juicio de inmediato.

—¿Juicio? —expresé en voz baja, incrédulo, me parecía muy raro que dos protectores de rango menor se sublevaran ante un subcomandante de sus fuerzas, aunque me quedé escuchando la acusación con una mala espina atrancada en el cuello.

—No entiendo qué carrizos quieren decir… no he hecho absolutamente nada. Estoy departiendo mi tiempo con un hombre honorable, es más, deberían de distanciarse si no desean ser relevados o expulsados de este castillo por acusaciones erróneas… ¿O acaso quién me acusa? —expresó Cristensen indignado, el ambiente se volvía tenso con creces.

—Si no quiere venir o aceptar la petición de la mayoría, tendremos que pagarle con su merecido.

—¿Qué clase de hombres son ustedes? —admitió extrañado—. No los he visto por aquí...

En un segundo; uno de ellos, el que se había quedado en silencio todo el rato, se acercó a Cristensen y le dio un puñetazo por debajo de las costillas.

—¡Demonios! ¿Qué mierda hacen? —replicó Cristensen, dolorido, mientras el otro le atestaba un brusco empujón que casi lo hacía caer. No sabía qué hacer, estaba viéndolo sin tomar cartas en el asunto para poder ayudar. Me sentía un inútil como siempre y aunque mis heridas habían sanado casi por completo, no podía pelearme con

alguien del castillo y menos con protectores. Tenía inmunidad de parte de la Secretaría de Órdenes y con claridad habían dicho que no podía golpear a miembros del Olivo.

—¡Maldita sea! ¡Dejen de hacer eso! —pronunció Cristensen, que recibía golpes y patadas al mismo tiempo que yacía en el suelo como un perro herido, mi sangre se empezaba a hervir porque me parecía muy injusto. Un hombre que solo seguía la ley con rectitud y era masacrado vilmente, no podía ser más que indignante.

—¡Y tú! ¡Eres un cobarde, bastardo e infeliz! —me gritó uno de ellos. Abrí los ojos con profuso temor, y Cristensen; desde el suelo, me defendió con la valentía de un tigre acorralado.

—¡Déjenlo en paz! ¡Él no tiene nada que ver aquí! ¡No mancillen su honor con sus jugarretas de palabrería!

Empuñaba en mi mano una espada invisible con gran frustración. Enardecía mi alma al encontrarme con una escena tan insoportable y despiadada. Sentía que Cristensen pedía ayuda a gritos, pero mi fuerza era ínfima al lado de hombres tan musculados y con espada.

En un momento, uno de ellos sacó una espada. Negué de inmediato al tropezar con su atrevimiento.

—¡Maldito! ¿¡Qué piensas hacer!? —repliqué fúrico—. ¿No te irás a pensar en lastimar al honorable protector?

Mis ojos se quebraron al intuir lo que iba a suceder… y con la ágil velocidad de un cocodrilo oculto en el pantano, atravesaron al hombro derecho de Cristensen, que clamaba desgarrado por el dolor del malestar. Y comenzó a sangrar, aquellos protectores estaban volcados sin juegos ni misericordias de mando. Eran demonios vestidos de caballeros.

—¡Corre y pide ayuda! —expresó Cristensen mientras yacía apuñalado de sufrimiento. Mi corazón me decía que no era capaz de abandonarle y mucho menos en una situación que se debatía entre la vida y muerte de alguien tan importante.

Vi hacia mi alrededor buscando encontrar algo de utilidad y para mi sorpresa: la espada desnuda de Cristensen se encontraba al lado de mi pierna. Sin dudarlo ni un segundo, la tomé con firmeza y fui corriendo a socorrer. Grité con saña de guerrero de primera línea y marché en dirección hacia uno de ellos. Con fortuna y un poco de suerte, pude atinar con la espada a una de sus piernas. Conseguí hincarla arriba de la rodilla de aquel protector, que ya bramaba de desconsuelo por el creciente infortunio que revolvía lo más profundo de sus carnes.

—¡Infeliz! ¿¡Qué has hecho!? —se preguntó con desgarro. En ese pequeño santiamén, arribaron varias salamandras luego de escuchar los alaridos de histeria.

—¡Qué ocurre aquí! ¿¡Han perdido la cordura, caballeros!? —

sentenció mrs. Arismendi, la salamandra que cuidaba la puerta con su acompañante, había también otras tres mujeres de su clase. Clavé mi vista en ellas mientras todavía aprisionaba en mi mano la espada manchada de sangre, la había despojado de la integridad del protector por el reflejo de la adrenalina y, acto seguido, le comenzó una escandalosa hemorragia. Antes de que llegaran, el otro protector, dejó de blandir la espada y la mandó al campo de ramas crecidas.

—¡Este maldito me hirió! —me acusó aquel protector adolorido, tapando con una mano su eruptivo sangrado. Cristensen, me observaba casi desahuciado y sin fuerzas; y cuando lo miré, solté el metal de mis manos.

—¡Llévenselos que serán juicio para el rey! ¡Y busquen a enfermería para atenderlos! —expresó mrs. Arismendi, preocupada y desafiante. Todo había pasado muy rápido. Había hecho algo que nunca se me ocurriría ni por desidia ni ensimismamiento, la calentura de la sangre me pidió hacerlo en el momento justo. No tenía remordimientos, sin embargo, no dejaba de sentir que algo horroroso se avecinaba para mí.

(…)

Estaba esperando en el cuarto de los castigados mientras sentenciaban un veredicto para el suceso insondable, era un salón de sillas largas e incómodas, con cuadros en la pared que se dibujaban solos y recordaban las ejecuciones del siglo pasado. Me perturbó observar la imagen de los muertos por guillotina, con sus cabezas vertidas en un viejo balde dibujado de color verdoso, que parecía al de mi casa. Al final, el ambiente estaba enrarecido y mi estómago rugía por el hambre de mis estrépitos. Además de ello, tenía que sumar que me sentía muy abandonado, porque no se veían en los alrededores a Emilio o Sounder, no había cara conocida. Janett no existía en un lugar tan lúgubre como ese.

—¡El chico! ¡Puede pasar! —expresó uno de los dos hombres que custodiaba la puerta de entrada al ejecutorio: el cuarto destinado a los juicios de los maleantes del castillo. Mi mala espina era muy notoria, y no dejaba de sentir zozobra en ningún momento. Solo me volcaba a tener esperanzas en saber que había obrado de la manera correcta. No había que temer, porque los justos ganan siempre, en esta u otra vida.

Capítulo 33.

Estaba paralizado por completo, era una locura lo que se hallaba en aquel lugar. Era el mismísimo rey del Olivo. Sobrio e imponente. Sentado dentro de un improvisado trono de roble desaliñado, y en medio de todo aquel espacio de juicio declarado.

Conocía tantos cuentos y relatos tan maravillosos sobre él, que me resultaba imposible imaginarme algún día habitar al frente de su presencia. Uno de los principales que atendía a mi mente, era que él, en valeroso acto de bondad, había salvado al país de los deseos de caer en las fosas del olvido por las guerras intercontinentales, y era uno de los principales pilares de la economía y el mantenimiento de la subsistencia de miles de familias de escasos recursos. Un hombre de corazón gigante, que era un admirable gobernante con todas sus letras.

Mientras divagaba en lo que el rey había hecho, definí el lugar donde estábamos: era hondo y anchuroso, con un peculiar olor a azufre y flores marchitas, también estaba equipado de sentaderos repletos de polvo y vejez, corroídos por un fantasmal comején. Al lado del rey, había dos guardaespaldas junto a un pequeño y ordenado grupo de personas vestidas de juicio, parecían espectadores o votantes para la sentencia, aunque la verdad no tenía idea del porqué se encontraban tantas personas en un lugar tan espantoso y para un evento tan lamentable.

El rey se levantó de su asiento, todos le vieron con gran atención. Admiré mejor sus implacables vestiduras doradas y azules color cielo, que caían por la gravedad y el uso excesivo de telas condecoradas a su nombre. Vociferó con ligereza, pero con visible repudio por mi estadía:

—Por favor, estimados caballeros y presentes, ¿podrían concederme el deseo de ser tan amables y concordantes, para despojarme unos minutos a solas con el acusado? Resolveré esto a mi propio cantar.

Cuando dijo «acusado» sabiendo que el último en entrar había sido yo… me entró un escalofrío al cuerpo. Empecé a temblar, indescriptible y somnoliento, porque sentía que cualquier cosa estaba por venir. «¿Por qué me tiene que pasar esto?» pensé con asombro y un raro orgullo, estaba satisfecho por lo que había logrado hasta ese momento, porque vivía un cuento de hadas en un mundo que era cruel para mucha gente.

Todos por acto de obediencia y respeto hicieron caso a las palabras del rey y, en una mudez irremediable, empezaron a desalojar su presencia del sitio —hasta inclusive sus guardaespaldas—. Éramos solo nosotros dos: el rey y yo. Sonreí un poco en soledad al entender

que estaba en presencia del señor que podía ser el único suegro que había tenido en la vida, y ni siquiera tenía las agallas de decirle “gracias” o el poder de expresarle lo mucho que lo admiraba.

—Muy bien muchacho, estamos aquí en presencia de un conflicto que me tiene sin cuidado y en una posible pérdida de mi capacidad resolutiva, sin embargo, tomaré mis funciones como juez y decidiré esto con mano dura, considerando la rectitud de las leyes sobre usted. ¿Qué opina al respecto? —me preguntó el rey, con una franqueza y amabilidad extraordinaria. Estaba sorprendido de estar en su sola imagen, lo único que pude hacer fue asentir con un gesto afirmativo.

—Excelente —Siguió el rey declamando y comenzó a caminar por medio del lugar mientras discurría con previsión—. ¿Ha herido o apuñalado a uno de mis valerosos protectores con sus propias manos? ¿Utilizando, tal vez, un arma de guerra proveniente de uno de nuestros honorables?

Me sentí perplejo ante sus palabras, era un juicio, crudo y real para mí. Con lo malo que era mintiendo, solo pude responderle con lo que sucedió.

—Sr. rey… he hecho tal cual menciona en sus palabras… —expresé temeroso, era absurdo tener valentía para hablarle con un tono armónico siendo censurado por él. El rey, sobrellevó el resto, un tanto disgustado por la declaración.

—Muy bien —replicó serio con extrema dureza—. Cristensen, es uno de mis mejores hombres. Un caballero de valores refinados y portentosos, además de ser el vocero de la juventud en el futuro de este reinado por tener una progresión sin límites —dijo con excelencia de vocablos al mismo tiempo que disminuía la travesía por los alrededores—. Con esto trato de decirle, que confío en él y su genuino sentido de justicia y verdad de palabras… pero con esto, en contra, también deseo conocer su versión de los hechos antes de tomar un veredicto ante lo ocurrido.

—Sí, sr. rey… —repetí con timidez, toda la situación me tenía en un desdén interminable que deseaba acabar cuanto antes. La verdad, me sentía intranquilo.

—¿Qué opina de Cristensen? —me preguntó con interés.

—Pienso que es un caballero honorable que merece gran respeto —dije con honestidad—. Y creo firmemente en sus palabras y acciones, porque a pesar de malentendidos o problemas ocasionados en un pasado, el protector Cristensen es un buen hombre en el reino de los Olivos.

—Bien —expresó el rey con la mirada un poco perdida, era la primera vez que lo veía así—. ¿Cree en la versión de Cristensen, por encima de la suya? ¿Piensa que dice la verdad sobre lo sucedido?

—Sin dudarlo, él contiene una verdad mejor que la mía —dije con

apoyo y confianza en sus palabras y nombre. Me sentía contento. Había hecho lo correcto ante un hombre que me defendió luego de una terrible acusación en su contra. No obstante, mi sentimiento se marchitó al siguiente compendio, cuando el rey estableció su horripilante dictamen. Su cara era un puño cerrado de golpe junto a una cólera vigilada por su estatus de rey, parecía que estuviera enfrente de un asesino que tenía la frente marcada con mi sola presencia. El rey detuvo su larga caminata y se sentó en el trono que le confiaron desde un principio, y concluyó en una importante declamación:

—Tiene cinco minutos disponibles en el tiempo de su reloj de mano para largarse para siempre y nunca regresar a tantear, ni tan siquiera un mínimo centímetro del pie, hacia los espacios confinados de mi reino amurallado, ¡porque el Olivo se respeta con intachable moral! —golpeó con su puño lleno de argollas en los dedos al improvisado estrado, abrí los ojos como un pobre loco, no deducía nada—. Su veredicto fue confirmado por usted mismo, no es necesario para mí el conocer su futura versión errada y distendida de la realidad. No es posible —reiteró irritado—, que se haya aprovechado de mi hija y de su maravilloso propósito de sanarle las heridas, para poner al fin sus sucias intenciones en este palacio lleno de hombres y mujeres de buen ser.

—Rey… concédame un perdón. Tiene que haber un error… —dije perdido y contuso, no hallaba la forma de poder limpiar mi imagen, todo era muy definitivo.

—No hay existencia de error —aclaró con más calma—. La princesa Jane no puede estar con alguien que no sea tenido en cuenta como digno, añadido a su aprovechada inmunidad por parte de la decisión de la Secretaría de Órdenes, su principal arma fue para perpetrar el dolor a mis semejantes, los rumores clandestinos sobre su estatus confirman la hipótesis final. Le otorgan la validez que hacía falta.

Cuando comenzó a mencionar a Janett, perdí los estribos y divagué por el espacio infinito… no sabía ni qué pensar, mi mente estaba llena de especulaciones: era lo de Cristensen y su versión, los rumores, mi pasado de muerte, lo de Janett y no ser digno, y otras cosas que ni recordaba… La verdad, estaba colapsado. Sin embargo, presté más atención en Janett, porque mi corazón siempre valoraba lo importante y ella lo era.

—Sr. rey… Yo respeto a Janett y le doy su valor. Todo esto es una gran mentira inventada, no sé cómo decírselo en la turbulencia que encuentro… —dije en un intento desesperado por limpiar mi imagen, aunque la verdad, estaba más perdido que nunca.

—Entonces… ¿Por qué los protectores Cristensen y Roglic, están

gravemente heridos? No es justo para ellos encontrarse con el hombre que perpetró tal acto, por el contrario, agradezca el gesto de misericordia que promuevo en su nombre para no ejecutarlo y enviarlo al purgatorio de almas.

No comprendía lo que ocurría… el rey parecía que estaba bifurcado y enceguecido en que yo era el gran culpable. Algo acontecía sin que lo supiera y no podía hacer nada, me sentía tan impotente y frustrado que no podía creerlo. Estaba solo, completamente dejado en la hoguera del abandono y sin nadie que viniera a ayudarme. No había ángel de salvación que me liberara del secuestro de la verdad. Tragué saliva con aspereza y no fui capaz de responderle.

» Tengo conocimiento sobre los amoríos que mantuvo con mi hija… —expresó con sosiego de indignación. Lo descubrí abrumado —. Y pienso seriamente en desterrarla de mi reino por ser tan indigna al presentarse con un muérgano de los alrededores del Collado —me dolió la dureza de sus palabras—. No es justo que haya manchado su alma con un ser tan despreciable y vil como usted.

Mi corazón empezó a hervir y me importó un bledo que fuera el mismísimo rey del Olivo. Porque con Janett, nadie se metía sin mi consentimiento, ni siquiera su padre.

—¡Está muy equivocado! —profesé encolerizado con una valentía que no me conocía. Me había revelado ante la propia presencia de la monarquía—. ¡Janett merece integridad! Porque nunca he rozado un minúsculo espacio de su piel con despropósito, siempre le he otorgado el valor y respeto que como gran mujer posee desde que nació. No permito que ofrezca palabras repudiables a tan valerosa princesa —El rey me vio con cara de pocos amigos, sin embargo, me dio la razón con su expresión atolondrada.

—La obligaré a hacerse de faldas largas para que no conozca otro hombre —replicó sin lamentaciones—, y evitaré a diestra y siniestra, concederle casamiento alguno con un caballero que sea ignominioso, solo aceptaré que sea concedido mediante mis propias manos. Jane, merece algo mejor que un hombre que solo trae dolor y sufrimiento a los demás. Y usted, nunca ha sido digno para ella.

—No… —Bajé mi rostro, había pasado el revuelo y envanecieron mis fuerzas, sabía que estaba perdido… pero no podía perder más el tiempo en ver cómo el rey, decidía vilmente en falacias, conclusiones para la mujer que amaba. Mi tristeza no se hizo esperar—. Ella no merece eso…. Ella merece ser libre y escoger a quien quiera…. Porque la verdad no entiendo su mandato señor rey, no entiendo a esta monarquía que gobierna, al decantarse por tomar una decisión tan radical e injusta… pero bueno, quizás algún día usted logre entender mi último deseo, porque, aunque tal vez no sea digno para

ella como usted lo dice señor rey… Tengo un final para objetar.

El rey me observó sin decir una palabra, era un oyente implacable, característica principal de un rey que consentía el dolor de su pueblo. Empecé a llorar y fruncí mis dientes como nunca, y dije con dolor en el alma… como nunca había dicho por alguien en mi existencia:

» Ella… sí fue digna para mí —Una lágrima descendió de mi mejilla mientras gimoteaba nuevamente con respiros asistidos, el rey no se pellizcó en ningún momento. Fue rudo y categórico, tal y como un rey de su naturaleza debía de ser en una decisión irrevocable. No hubo ocasión para más mensajes porque era el desenlace final—. Hasta luego, sr. rey… un honor conocerlo —dije amargo a más no poder, con la mirada desahuciada hacia los espacios ausentes del recinto. Quería largarme del mundo.

—El gran placer es mío… —respondió lamentándose por lo sucedido, pero reacio como piedra estancada en la orilla del mar incesante—, puede retirarse si lo desea.

Volteé de inmediato, sequé las lágrimas de mi indecencia y dejé las llaves que me entregó el sr. Lovett en una repisa que yacía al lado de la puerta, y no volví al palacio después de ese día. No pude ni siquiera despedirme de Janett. No hubo oportunidad para más. Era la peor despedida que jamás se había realizado… y con eso, mi corazón; mi ingenuo e infantil corazón, se había roto por primera y única vez en mi vida.

Capítulo 34.

Un mes después, comienzos de 1993.

—¿Por qué no ha vuelto? No entiendo… Le he escrito varias cartas y no ha respondido —se preguntó Janett, muy frustrada y entristecida del corazón—. ¿Ya no me querrá? —Janett quería llorar, pero su madre acariciaba su espalda intentando socorrerla. Emilio también estaba ahí, se encontraban en el palco de entrada, donde Janett yacía como princesa de cuentos de hadas esperando el regreso de Claude.

—Él volverá hija… solo se tomó un tiempo, los hombres a veces son así —replicó la reina con un rostro falso, en un intento de darle ánimos a su hija. Emilio no la perdía de vista mientras entrecerraba los ojos con impotencia.

—¡Claude no es así! ¡Él me dijo que no me olvidaría! ¡Sé cómo es él! No es como los demás… —dijo al mismo tiempo que ya lloraba sin poder detenerse, Janett era una magdalena de la tristeza. Emilio, empuñaba las manos con una inmensa desolación, aunque su semblante fuera imperturbable.

—Cuando un chico incumple sus palabras… no hay vuelta atrás —expresó la reina, indiferente—. Si queriéndote no consiguió mantenerse cuidado, poco hará siendo honesto. Los hombres también son así, son simples y mecánicos; si les interesas, vienen, si no, nunca lo harán —al finalizar, vio a Emilio y notó su ligera molestia con un rostro incómodo.

—¡No digas eso madre! —gritó Janett mientras apartaba las consentidoras manos de su madre—, no escucharé más palabras tortuosas, me voy de aquí. Prefiero escuchar la fuente o ir al lago —Janett se levantó y salió del palco cerrando la puerta con fuerza. El ambiente había dejado de ser tenso para volverse lúgubre. La reina y Emilio, se retaron con la mirada y Emilio no soportó el silente de la reina:

—¿Por qué le dice mentiras a Jane? Sabiendo que ese hombre se muere por regresar aquí. Todo esto es por usted, ¿cierto?

—No sé de qué habla —expresó la reina, desentendida, cuando caminaba para verse al espejo y retocarse con un rubor de arándanos en la frente.

—Muy bien sabe lo que digo. Una vez usted empezó a decirle que Claude no quería volver, perdió la paz. Su juego de psicología aguda la tiene en unos días muy difíciles. ¿Por qué no envía las cartas que Janett escribe? El rey no actúa de maneras tan directas si no es por su intervención. Debería alejarse de la maldad.

—¿Quién le dijo eso? Debería dejarse de infantiles arrebatos,

porque tantas mentiras lo ahogarán en la miseria.

—A mí nunca me va a engañar con sus artilugios inventados —expresó Emilio, conturbado—, soy hombre de honor hasta la muerte.

—Pura palabrería e infamias expresa, Emilio. No ha dejado de tener rencor después de ese día en que casi muere a manos de los godines. Siento mucho lamentar sus acusaciones de forma tan peyorativa, pero reconozco su valor y le perdono —expresó la reina con serenidad, deseando limar drásticos pasados.

—Esa etapa la superé hace mucho y quizás esté en lo cierto, me ha absuelto. Pero yo inclusive le he salvado la suya, y varias veces. El agradecimiento también es la laboriosa práctica de lograr crear un alma generosa y de buen compartir… aunque pienso que su sed por el poder, la tiene abandonada en la pretensión de hacer crecer un buen corazón.

—Gracias por lo que me corresponde —respondió sarcástica—. Emilio, ha sido muy amable, pero su presencia ahora atosiga mi futuro aire respirable, puede retirarse si lo requiere.

—Está bien sra. Blanchet, pero lo último que diré es que cuando comenzó esto… Activó una bomba de tiempo que explotará cuando menos lo piense.

—¿Por qué? —se preguntó, nuevamente desinteresada.

—Contra el amor de una princesa nadie puede luchar y eso algún día, usted lo entenderá. Hasta luego.

La reina contrajo un poco su mirada y la envaneció en el paso del tiempo, asimismo en prontitud, volvió a subir su rostro caprichoso, y siguió aumentando su belleza mediante el uso de costosos cosméticos. Le daba igual los malos agüeros que cayeran sobre ella, porque creía en sus decisiones como los preceptos de una verdadera reina.

La reina Darlyn Blanchet, había ganado el pulso de evitar que Janett se topara con un hombre, porque su egoísta deseo de defenderla y cuidarla de cualquiera que pretendiera su nombre, en realidad era una absurda fachada para su sueño de quedarse en el reinado, como la única reina trascendente y autoritaria de las extensas praderas y murallas de lujo que contenía el lugar más sagrado del país de los deseos.

(…)

—¡Detesto esta vida! ¡Es espantosa! —denigró Janett, dispersa en medio de la grama de uno de los vastos prados del Olivo real.

—¡Hermana! ¿Por qué? —se preguntó Teresina, su hermana menor. Teresina era una niña de 12 años, con alma de infante y

corazón de caballo, siempre se ataviaba en un delicado vestido blanco con tirantes y mangas de color transparente y brillante. Su rostro era de ángel terrenal.

Janett cambió su rostro de inmediato por una copiosa alegría, no deseaba en lo más mínimo que Teresina la viera de ese modo. La protegía como la joya más preciosa de su existencia.

—Lo siento si te asusté, «Tere», es que me parece triste no tocar el cielo con las manos… porque debe ser hermoso hacerlo… —Janett elevó su mano al cielo y abrió los dedos simulando ser una estrella.

—Hermana… ¿Será que algún día tocarás el cielo? Me imagino que cuando lo veas nuevamente… ¡Será hermoso!

—Linda… ya no es posible y lo sabes bien —admitió segura—, perdí ambas retinas ese día, no existe milagro médico que sane esto —se dijo abatida. Janett se aburría pensando en cosas que nunca sucederían.

—Tal vez no ahora porque quizás sea imposible en este tiempo —replicó Teresina—, pero creo en un futuro que sea posible, la medicina avanza muy rápido. El nuevo milenio puede traer sorpresas que nadie se espera.

—Si avanza rápido… dime, ¿cómo aún no existe un medicamento para curar un corazón roto? —preguntó melancólica mientras descendía su mano del aire con desparpajo, y caía sutilmente hacia un lado de su pecho.

—¿Lo tienes roto? Dios mío, iré corriendo a llamar un médico —Teresina se había volteado para irse con rigidez, pero Janett la retuvo con sus palabras:

—¡No Tere! No vayas… es una broma, para nada lo tengo… —mintió con cara de agradable—, además, dime… ¿Quién podría romperlo si aún no me he enamorado? Es imposible.

—Cierto. Todavía no ha llegado ese hombre para ti, y ojalá nunca llegue. Porque no me gustaría verte con el corazón destrozado.

—Tonta —replicó Janett, con gracia agregada. Teresina le había ablandado el semblante con su ternura—, no me verás así, te lo prometo.

—¡Sí! —dijo Teresina con la emoción de un bebé meciéndose en su nueva cuna—. ¿Puedo estar a tu lado? —le preguntó con amor.

—Ven —Teresina de inmediato fue a recostarse en el cálido pecho de Janett—. Tere… ¿Quieres que te diga algo?

—Dime, cualquier cosa que digas la escucharé con la atención que merece —expresó ocurrente. Teresina amaba a Janett, porque además de ser la hermana menor, era la más consentida por el inmenso cariño de su soñada familia de reyes.

—No quiero ser princesa y pertenecer al palacio —sentenció resuelta—, pero si tú quieres, me gustaría decirte que cuando sea

reina, te regalaré la corona. No quiero nada de esto porque no pertenezco aquí.

—Hermana… me entristece saber eso —añadió, afligida—, entender que tu lugar no es con nosotros —Janett empezó a acariciar el cabello de Teresina mientras ella se ponía tristona—. No me gustaría que nos dejaras tan pronto. De verdad, quiero vivir toda mi vida contigo —insistió, esperanzada.

—Hasta ahora has vivido conmigo, ¿por qué crees que te dejaría? Siempre te llevo presente en mi corazón. Más bien anímate, porque te voy a contar la historia de un hombre asombroso —Teresina, comenzó a sonreír timorata, entretanto se imaginaba la gran historia que Janett le estaba por contar.

(…)

—¿Ya tienes listo el equipaje? —me preguntó mamá, con un falso intento de verse feliz por mi inminente regreso a Mississippi. Era hora de retomar mi vida con normalidad, había transitado la amargura de las semanas con una voluntad de acero en el día y lágrimas de nostalgia por las noches. No me sentía preparado para irme, pero de igual forma cualquier cosa era mejor que estar encerrado en casa.

—Sí, es hoy. También tengo lo demás —dije sin contratiempos. El aviso para partir había llamado para hacer al ingreso.

—Es hora hijo, te vendrá bien distraerte por allá. Porque te he sentido tan decaído estos últimos días…

—Ya te lo dije, esa muerte nos afectó a todos, y me dijeron que no volviera hasta que culminara el luto. Solo estoy esperando —le había inventado un cuento a mamá sobre mi ausencia en los Olivos. La explicación de mis lágrimas era por la repentina muerte de un miembro importante del reino, cuando la verdad se basaba en mi profunda y dolorosa despedida del Olivo. Y en el olvido transformado de injusticia por parte de la maldad.

—Hijo, recuerda, soy tu madre. Debo saberlo todo y siento cuando ocultas algo. A una madre jamás la burlarás.

—Lo único que te puedo ocultar, mamá, es mi tristeza por no volver a verla. ¿Te das cuenta ahora? —Miré al suelo, entristecido de forma evidente. Además de ser un mentiroso con mamá, era un pobre hombre abandonado a la soledad de los amores destinados a separarse—. Pero espero algún día regresar al castillo cuando me llamen. Tengo fe en que eso sucederá —expresé con ánimo, porque algún día, la verdad tendría que salir a flote. Nadie escapaba de la justicia divina.

—Muy bien, entonces ve empacando las galletas sobrantes y

despídete de tus amigos. También creo que tu padre tendrá una sorpresa. Lo escuché extrañada cuando hablaba sobre ti, parece que va a ser bueno.

—¿Cuál sorpresa? ¿Me dejarás esperando?

—No seas impaciente, ya llegará el momento de decirte cuando lo veas. De momento, alístate rápido que el vuelo sale.

—Listo, ¿me acompañas al arribo?

—No, hoy irás solo para que aprendas a cómo seguir tu camino. Y… — mamá comenzó a llorar, sacando unos papeles de servilleta de su bolsillo—. Cuídate mucho…

Sonreí por instinto y le di un abrazo nostálgico. Con reiteración debía despedir a mamá, y era la crónica anunciada de una segunda oportunidad para continuar madurando. La vida, para nada estaba siendo amable conmigo hasta ese mismo momento, sin embargo, tomaba su iniciativa como la oportunidad de crecer como nunca lo había hecho, aunque no entendiera la nueva tarea del futuro para mí.

(…)

—¡Hijo! ¡Qué alegría que estés aquí! —dijo papá animoso, luego de haber esperado un par de horas en el aeropuerto. Todo había pasado muy rápido, ni siquiera tuve oportunidad de procesar mi despedida de Rumpler y los Olivos, cuando ya estaba en suelo americano.

—Sí, vengo para quedarme. ¿Todavía tienes un trabajo para mí?

—¿Acaso cuando lo has perdido? Eran tus vacaciones —expresó con lógica.

—Ah, cierto —dije como un idiota—, entonces quiero trabajar ya. Me cansé de estar en casa sin hacer nada.

—Tu madre me contó que tenías novia… ¿Terminaron? —me preguntó, con total confianza.

Perdí mi felicidad con sus palabras, no obstante, él me sostuvo de un hombro con sus manos.

» Tranquilo, si es para ti se dará. Ten buenos pensamientos y deja que el resto te sorprenda —aconsejó con sonrisa de medio lado, papá era un observador excepcional.

—Gracias papá —contesté como hijo obediente.

—Vamos, nos va a dejar el tren y el carro lo tengo en reparación.

—Te sigo —le dije con el corazón roto. Me había dado cuenta que mi historia con Janett terminó sin siquiera poder despedirme. Eso era lo que me mataba y me seguiría hiriendo hasta el día que decidiera extirparlo de mi corazón. El único problema, era que se había quedado allá, colgando del pecho de Janett y protegido

magníficamente por las murallas impenetrables del Olivo.

—Te tengo una sorpresa. Ahora estarás con Juan Pablo en la procesadora de importe para los dulces internacionales, te encantará tu nuevo trabajo.

—¡¿Mi primo está aquí?! —pregunté alarmado, el primo era un vago de primera mano y verlo en Norteamérica era demasiado increíble para el orgullo de la familia.

—Claro, y hasta es de los mejores trabajadores. En tus vacaciones se puso a tono con la empresa y reveló unas cualidades que no le conocía.

—Genial papá, entonces ya no estaré solo.

—¿Y Wilbert y Roberto? —me preguntó curioso.

—Ellos son geniales, pero también necesito alguien de mi edad. Los consejos de ellos me agobian un poco, aunque no niego que ayudan mucho.

—Esos viejos cascarrabias… —remarcó sus cejas con detenimiento.

—¿Por qué lo dices? ¿Son malos?

—La verdad, no, sino que desde un comienzo dijeron que querían un nuevo integrante para echar de la empresa.

—No entiendo. ¿A qué te refieres? ¿Son malas personas en serio?

—Nada de eso, sino que con tanto que hablan y discuten entre sí, a veces toca cambiar a sus compañeros porque los consejos que da uno y otro son diferentes. Si alguna vez lo hicieron contigo hijo, debes decidir lo que pienses correcto. No te mates pensando una solución, a veces la tienes y no actúas.

—Vaya, eso explica tanto —repliqué con gracia y rascándome la cabeza. Era cierto, no sabía a cuál de los dos debía seguir, pero igual me decantaba por hacer lo que decía.

—Hijo, descansa un poco cuando llegues. Te doy el día libre.

—¿El día libre? ¿Ahora eres mi jefe?

—Sí —replicó sonriente—. Ahora lo soy. Pero eso no te hará trabajar menos.

—¡Eso es brutal! Y desde ahora muchas gracias papá, o mejor dicho jefe, ya sabes… es bueno acostumbrarse.

—No me digas así, es terrible. Pero a lo mejor luego le encuentro el gusto.

—Algún día lo harás. Al ser humano le encanta mandar a sus empleados. Aunque ojalá nunca recargues a nadie de trabajo papá.

—¿Quién crees que te crío? No me des consejos que no los aceptaré — expresó dándome un pequeño puñito en el brazo, la confianza que tenía con papá era asombrosa—. Está bien, hijo, dale, ve y descansa, esta es la parada —El tren se había detenido.

—Gracias papá, mañana te veré. Y también a Juan Pablo, no

puedo creer que esté aquí.

—Ni yo… ese vago resultó buen trabajador, aunque bueno está igual que tú.

—¿Cómo igual?

—Le tocó dejar a alguien que quería mucho… quizás eso los una más.

—Muy duro, pero puede ser… —Estaba impaciente por conocer la historia de mi primo y también contarle sobre la mía.

Capítulo 35.

—Hay hierbas medicinales que te hacen perder la noción, primo. Consumiste alguna y estás en un sueño largo que parece real, pero es un holograma feliz de tu cabeza. Lo siento, pero es la única explicación que encuentro, el resto son patrañas —replicó mi primo Juan Pablo, con insistencia. Debía pasar por el filtro de no creerse mi historia —al igual que todos—, en especial la parte donde una princesa me había besado los labios sin tener que tomar la iniciativa.

Juan Pablo era caucásico, flaco como una varilla metálica y de extremidades aún más lánguidas lo que lo diferenciaba del resto: eran sus camisas con calcomanías de Ferrari y unos zapatos *Jordan* falsificados. Trabajábamos en la nueva planta de importación. El trabajo era más sencillo, pero de mayor cuidado, aunque no era nada del otro mundo.

—Es cierto, créeme por favor. Sabes que no soy mentiroso como tú.

—Igual es casi imposible creerlo siendo real… ¿Qué clase de pacto hiciste con el dios de la suerte?

—Nada, no he utilizado ningún truco. Me he portado como siempre y he sido el mismo. Juan Pablo, ¿por qué es lo mismo contigo? Nunca ayudas.

—Tenlo listo —expresó con decisión mientras ordenaba el papeleo para la entrega de un nuevo pedido.

—No entiendo.

—La cosa es sencilla —volvió hacia mí—, cuando sientas que sea tu momento de ir, estate preparado. Uno nunca sabe si de repente vuelven a contactarte o mandar una carta.

—No lo creo, el rey fue muy definitivo. No son de arrepentirse.

—Entonces… acepta tu asquerosa realidad y sigue trabajando enano

—expresó hiriente. Juan Pablo a veces era muy ácido con sus comentarios, pero indudablemente me hacía reír. Era tan especial como una lombriz en tierras áridas.

(…)

Al caer la noche, entendí varias cosas… y me costaba asimilar el golpe tan devastador que había recibido. Me sentía peor que un escusado sin usar. Creía que era el momento de pensar con tranquilidad, de calmar las aguas agrias de mi sangre. Papá no estaba conmigo y Juan Pablo se había independizado para vivir en el centro estatal.

Me senté en uno de los viejos muebles y posé mi mirada en el gran ventanal que tenía el apartamento; el cielo estaba nublado, pero se lograba ver una luna gigante que estaba llena. Hacía un clima que congelaba las almas, pero no fui a buscar abrigo por el calor abrasador que tenía en mi corazón. Cada vez se apagaba más la llama en el espacio que la recordaba, y no podía consentir el haber sido tan miedoso y poco hombre, como para abandonarla a su suerte. Me parecía lo más lamentable del mundo. Todo era confuso, no solo pensaba en Cristensen o en los protectores, también se comparecía en mi retina la imagen del rey inmisericorde.

Mi corazón seguía latiendo tan fuerte como en ese momento, casi parecía que iba a salir de mi pecho por alcanzar la ineludible valentía para enfrentarse a cualquier adversidad, sin embargo, la respuesta era tardía. Porque Janett, ya hacía parte de mis recuerdos y no de mi vida. No dejaba de joderme la existencia pensando cosas terribles, desaparecía mi estabilidad mental con talento.

La tristeza caía como una saeta envenenada, y punzaba con sufrimiento constante. No escapaba de conjeturar qué haría Janett en mi lugar, ni siquiera sabía si al menos pensaba en mí. Lo que fuera que haya sido, todo era una mierda impresionante. Era una pesadilla que solo podía entender estando cuerdo, ya que cuando la tristeza acechaba, era imposible enfrentarla junto a la realidad. Eran como un paño de agua tibia para la inmensa ola derramada que tenía en lo profundo de mi ser.

Fui a la nevera para buscar agua, pero me arrepentí y tomé de la pila. Mojé mi rostro en el lavamanos, y después volví a retomar mis pensamientos:

«¿Qué haría Janett en esta situación?» me pregunté con zozobra y pena. Quería dormir, pero atesoraba un poderoso insomnio que me obligaba a hacer vigilia.

(…)

—¡Hija! ¡Ha llegado! ¡Por fin apareció Claude! —enunció la reina, contenta. Janett le escuchó sin atención, no le creía ni una sola palabra. La reina se detuvo y cambió de actitud, mostrándose menos ruda. Estaban en uno de los cuartos de la capilla menor, donde Janett había pasado muchos días con Claude.

» Bueno… —aclaró nuevamente—, la verdad dejó una carta en la puerta que recibieron las salamandras… Si quieres, te la entrego. Dicen que vino caminando solo y se fue de la misma manera. No quiso avanzar, aunque le dijeron que podía.

—Él nunca fue bienvenido aquí —admitió Janett, severa—, pero

por fin lograron hacer un buen gesto con él. Hicieron lo que debían de hacer desde un principio: un trato digno y honesto con el invitado de honor que ha sido desde siempre.

—Son humanas querida, no esperes tanto de nosotras que a veces también nos equivocamos.

—Es raro que lo digas.

—¿Por? ¿No es cierto?

—Ellos, los protectores, no las salamandras. Fueron los protectores que se equivocaron por mucho tiempo. Aún siento que tienen la culpa de que él no esté.

—Con esta carta enmendamos un poco la frustración que él sufrió, la recibimos, eso dice que estamos abiertos al diálogo, no a la guerra —dijo la reina evadiendo la respuesta de su hija—, no se merecía nada de esto.

—¿Su carta? —dijo Janett, visiblemente diferente. Habían pasado muchas semanas y sus esperanzas eran mínimas, o tal vez eso enseñaba hacia el exterior. En el fondo, Janett era un alma de niña que no tenía precio para su corazón, ni tiempo para olvidar lo que amó.

—Sí… —la reina se acercó con la carta en la mano para dársela, pero Janett la detuvo.

—Lee, quiero ver qué tiene para decir… —aceptó desentendida, la reina captó el mensaje y empezó a leer titubeante, pero antes de hacerlo, le aseguró si quería. Janett, afirmó sin dudar.

Janett cruzó los primeros dedos de su mano derecha para formar una cruz de negación, todavía no le creía a su madre, no después de tanto complot al querer ver a Claude fuera de los amurallados. Sin embargo, tomó la carta de Claude como real, pues en ella, sentía que podía serlo.

—*"Janett, querida y estimada Janett, ¿qué puedo decirte? Mis primeras palabras serán: maravillosa e inolvidable mujer, gracias por tus días y besos más especiales* —La reina tosió incomodada y Janett residía con los oídos sensibles a flor de piel—. *Me hiciste creer que existían los amores de cuentos infantiles, de esos que dicen "felices por siempre" y de los que nunca pasa nada malo, o que tal vez, lo malo realmente no lo es tanto porque también reconoce y se rinde ante la fuerza del amor…* «Es su forma de relatar… es él» dilucidó Janett, ilusionada. Hasta que llegaría al *clímax* del dolor. *Sin embargo, en este caso no fue así, aquí estoy muy lejos de ti y sin deseos de volver a pisar ese acaudalado castillo, no quiero volver a un lugar donde me hieren, donde me matan, y aunque tu amor es de precioso valor; no deseo dejarme la vida por ti, solo quería compartir un rato agradable y lo diste con tu admirable corazón, pero es hora de dejar atrás para seguir creciendo como jóvenes que somos: vendrán más*

amores y nuevas historias, espéralas en el tiempo indicado, yo me despido con cariño de ti y créeme que mis sentimientos siempre fueron honestos, me despido con rapidez, así mismo como llegué a tu vida. Gracias por todo. Mi lucha por ti ha llegado a su fin”.

Janett, bajó su rostro, y de sus manos desnudas alcanzó a sostener lo que le restaba de fuerzas. Percibió en el ánimo las palabras de Claude, y se frustró de su corazón ya roto, con el reconocimiento de una absoluta verdad: Claude no era suyo y nunca lo fue. Se largó a llorar con consternación. La reina, se acercó y le secó las lágrimas como pudo, pero era crudo y desgarrador. Claude, se había despedido sin un abrazo ni un beso, solo en palabras estériles y sin honra para hombres. Es un cobarde —dijo la reina, despectiva, al final relució su consuelo de madre como un poder especial que tenía guardado para darle un brillo a su hija. Janett, le dio un gran abrazo y la reina le sustentó la espalda. Dejaron a un lado sus diferencias y se encarnaron en el dolor de dos almas que se compartían los pesares.

» Hija… pasa tranquila tu momento. Desahógate —replicó sonriente y con la energía pesada, Janett no prestó atención a su madre sino a las palabras que había dicho, porque se descompensaba con totalidad. Claude había herido con lamento el novicio corazón de Janett, y pronto; su dolor, se transformó en apremiante negación. Detrás de la puerta, Emilio escuchaba todo y olía la maldad de reina. No era de fiar.

—Madre, ¿por qué me pasan estas cosas a mí? No es justo —replicó gimoteando de tristeza, sentía que perdía el cariño que alguna vez concibió por Claude, como un grifo abierto y sin llave para contenerse.

La reina se irguió del asiento que tomó a su lado y le respondió sin recogimientos, no tenía una pizca de discernimiento en aquel instante.

—La vida no siempre lo es, debes aceptarla como sea lanzada y es nuestro deber tomarla. Iré por una bebida. ¿Quieres algo?

—No… déjame sola. Suficiente hiciste con leer.

Emilio rápidamente se alejó de la puerta y la reina asintió a la contestación, y se marchó de igual forma. Janett, estaba envuelta con pesadumbre en el corazón y; sin embargo, apenas la reina se retiró, ella dejó de cruzar los dedos. Janett tenía una esperanza más pequeña que el tamaño de una partícula subatómica, aunque en la verdad, había sido un golpe pavoroso para su gran amor de cuidados. Claude, le escribía en lo que era casi el calco perfecto de sus palabras. Janett, se entristeció sin más, pues le costaba tener lejos al hombre que amaba.

Capítulo 36.

10 meses después.

—Hijo, llegó tu correspondencia de Rumpler. Mamá tenía que contarte algo importante —dijo papá con la taza de café hirviendo en su mano y el periódico en la otra, comía con afán porque ya casi lo dejaba la ruta, el carro aún no se había reparado.

—Sí, ella me dijo, pero no me quiso contar —Era mi día libre, y también la hora de despejarme un poco de tantas cosas. Pronto comenzaba vacaciones, podía definir el día de descanso y los días disponibles que quisiera recibir.

—Bien, me voy —se levantó de su asiento y dejó la comida a medio terminar—. Claude, por favor limpia este desorden. Mañana llamaré al técnico de la lavadora para ver si dejamos de usar los mismos pantalones.

—Listo papá, suerte, que te vaya bien.

—Hijo, hay algo que quiero decirte, pero no lo hago por respeto a ti —dijo cuidadoso y en un aparente estado de tener más de tiempo para hablar.

—Dime, te escucho.

—¿Por qué no has conseguido una novia? O alguna chica para pasar el tiempo… ya sabes, los hombres tenemos nuestras necesidades.

Le sonreí entendiendo la referencia. No papá, es que la verdad no he tenido ganas… y aquí hay chicas muy raras, no he encontrado a la que es para mí, eso es todo —contesté a media verdad, porque no había superado el trago amargo de Janett con éxito. Sentía que todavía la quería y no podía librarme de sus hermosas palabras que eran la principal atadura a mi corazón.

—Entiendo… no hay problema, lo importante es que te sientas bien contigo. Bueno, ahora sí. Seguimos el camino —Papá tomó su maleta llena de papeles oficinistas y se marchó corriendo al trabajo. La plática que sostuvo conmigo, lo había retrasado.

Tomé algunas correspondencias viejas de mamá y varios regalos cuidados con cariño de su parte. Me sorprendía lo atenta que era, porque siempre alistaba mis galletas favoritas con los dibujos que adoraba —y seguía queriendo—, desde que medía un poco más del metro de altura. También me guardaba algunas frutas especiales que le sobraban a Cornelio de sus cosechas a fin de mes. La carambola era la que más disfrutaba, era una delicia que extrañaba desde que había dejado Rumpler.

Mientras veía sin asombro lo demás de la mesa, encontré la carta

de mamá. Me intrigué de inmediato como un detective al iniciar un nuevo caso, porque la carta no la había escrito ella… era de alguien más.

La retuve entre mis dedos y leí el enunciado que sellaba en el frente, estaba escrito como en italiano o portugués, idiomas que desconocía; sin embargo, podía entenderlo con desenvoltura.

—*Carta della onore di Olivo, re Sabrino Lanchester…* —Asentí con estupefacción, era el nombre del rey del Olivo. ¿Qué querría saber sobre mí, el hombre más poderoso del país de los deseos?

No lo pensé demasiado y la abrí sin convencimiento de buenas noticias, porque las palabras de un rey eran enriquecedoras e intimidantes para cualquier pobre acongojado, y todavía más hacia mí, al no poseer riquezas observables, ni honor de valía, o menos un estigma de reconocimiento hacia mi registro de días en el reino. Saqué la hoja con mesura y observé varias cosas, increpado y forzado en pensamientos ansiosos. En el desenlace, decía algo sobre volver… Leí en voz alta desde un principio.

—*Estimado caballero; Claude Rivarola, he de excusarme ante usted con infortunada vergüenza. Ha ocurrido un error en nuestro juicio; que, de forma postrera, fue llevado a cabo en decisión propia de mi nombre y de mis facultades en el legado como hombre de palabra e historia de la nación de los deseos. Con estas palabras recitadas y expresadas a mano, selladas y dictadas desde lo más profundo de los embargos de mi alma, le exonero de cualquier discrepancia; juicio vano o sometimiento cometido a su estancia y también lo libero de culpas infundadas y con esto trato de no solo disculparme ante su esencia y honorabilidad, sino que también le invito cordialmente a regresar a nuestros castillos de roble.*

Queda totalmente invitado a venir en el paseo de nuestros hermosos prados y lugares del recuerdo y demás sitios históricos de gran renombre, ilustres en magia y maravillas de la antigüedad. He aquí abajo le obsequio un pase especial, por favor; tómelo en el tiempo que sea indicado, le esperamos lo más pronto posible y entre más pronto mejor… Atte: El Rey Sabrino Lanchester I.

» Esto tiene que ser una broma… —profesé abrumado—. Qué locura es esto. Dios santo, ¿el rey me está pidiendo disculpas? —empecé a reírme como un pobre infeliz que no estaba al corriente de lo sucedido. La verdad, había sido espectacular, porque la justicia era restituida al lugar donde merecía estar.

» ¿Es en serio? ¡Dios! —repliqué admirado en soledad de cantares. Era inevitable no comenzar a sentirme ilusionado con tales palabras tan gratificantes y complacientes al oído. Era sublime y maravilloso, no lo alcanzaba a creer… sin embargo, me atacó la

autoestima con un golpe digno de su primitiva bajeza.

» Espera… ¿Por qué el rey dice esto? ¿Y Janett? Esto tiene una razón… Uhm.

Dudas tormentosas empezaron a socavar mi regocijado semblante, y me sobrevino una reforzada teoría entre tantas manías y discrepancias: ¿por qué el rey se disculpaba de ese modo y me invitaba a volver con aquella peculiar insistencia? ¿Tenía algo que enseñarme?

Después de eso, no volví a sentirme feliz por el mensaje, y me odiaba con insistencia, porque no había hombre como yo en la tierra que titubeara más acerca de su fortuna y demás regalos que recibía por obra de la providencia.

(…)

—No te desgastes pensando en tonterías. Todavía tienes oportunidad de encontrar el amor que tanto quieres. ¡No entiendo! ¿Qué esperas para ir por ella? —me exhortaba Juan Pablo, mientras enviábamos los primeros paquetes del día, también nos acompañaba Cortés el peruano, que en un par de semanas se había transformado en uno de mis amigos de confianza.

—¿Por qué el rey quisiera verme tan rápido? Eso no me deja dormir tranquilo. Además, ¿qué tiene de bueno que un “mugroso del Collado” vaya a transitar sus hermosos prados? Suficiente tendría con sus caballerizos imponentes.

—Le atacó la culpa o qué sé yo, pero algo le picó —añadió, impaciente—, aprovecha la oportunidad antes de que manden la carta de arrepentimiento…

—¿Será? Es que no consigo un motivo diferente para ir al castillo… Janett y yo llevamos casi un año sin vernos, ella es una mujer muy hermosa, de repente se consiguió alguien más.

Juan Pablo me veía férrico y Cortés se decepcionaba de mis palabras, era el pesimismo encarnado en un rostro con el valor por el piso. Mi primo, aprovechó el silencio para ir ofuscado al baño. Al mismo tiempo le pregunté a Cortés:

—¿Qué opinas al respecto? ¿Crees que soy tonto?

—No amigo, pienso que esa definición se te queda corta en este momento —dijo entre risas, quise también hacerlo, pero me frustraba serlo en realidad—. ¿Por qué piensas que no va a funcionar si vuelves? Tienes demasiada pensadera y eso es malo.

—Es lo más probable. Intento guiarme pensando en torpes probabilidades que pueden suceder, ya pienso que con conocerla tuve suficiente riqueza.

—¿Piensas que tu historia con ella, acabó desde ese día que te fuiste?

—Sí… lo creo con firmeza. Pienso que nuestra historia terminó —repliqué cabizbajo, Cortés dio un gran respiro para despejarse y concluyó un empaquetado con habilidad. Luego, en cuestión de nada, me respondió con la serenidad de los vientos reposados.

—Claude, deberías considerar seriamente la opción de abandonar tu patética vida y empezar a crearte imposibles mientras existes. De nada te servirá esas posiciones mediocres que dices, como expresan en mi natal Perú, ¡qué roche contigo hermano!

Asentí a la postura de Cortés y enfoqué mi atención hacia los aires, en realidad, sus palabras me calaron hondo. En efecto, siempre vivía con la suerte metida bajo un bolsillo, sabiendo que la irrumpía como una extraordinaria coincidencia, y entendí, con coraje de verdad, que era un hombre de un tesoro inconmensurable. Una princesa se había enamorado de mí y no sabía cómo magnificar esa fantasía que me hacía escapar de la realidad.

Juan Pablo, volvió a incorporarse y me detalló con atención, continuó con otra pregunta:

—¿Qué harás? ¿Te lo pensaste bien? Te di mucho tiempo —pronunció con sarcástica seriedad.

—Volveré —dije tajante, Cortés y Juan Pablo se vieron los rostros incrédulos, y posó sobre ellos una fluorescente aura de orgullo—, porque es mejor intentarlo que quedarse con la duda.

—¡Bien dicho muchacho! —expresó don Wilbert que entraba a la procesadora, le seguía el rastro el sr. Roberto.

—¡Amigos! ¿Cómo les ha ido? ¡Tiempo sin saber de ustedes! —Se acercaron ambos y me dieron un sentido abrazo.

—Al fin tienes algo bueno para hacer, chico bueno para nada —expresó el sr. Roberto con reclamo, a lo que volví a reír sin pestañear.

—Gracias sr. Roberto. La verdad, esto del amor es una cosa muy extraña —le dije con las manos metidas en los bolsillos, estaba reflexionando con insistencia. Me parecía intrigante como un par de palabras de unos viejos bien sabios y conocidos me colmaban de energías.

—¿Por qué lo dices? —me preguntó curioso el sr. Roberto mientras los demás observaban con atención.

—El amor te regala tantas esperanzas e ilusiones que, así te encuentres con una muy pequeña, casi trasparente, es suficiente para dejarse todo por esa mínima razón.

—Dicen que el amor todo lo vale —replicó don Wilbert—, aunque creo que son argucias. Porque por amor, cualquier excusa resulta una buena idea.

—Viejo verde, tienes razón, te compro esa postura —asimiló el sr. Roberto con denuedo al mismo tiempo que no dejaba de sonreír. Pensaba muy dentro de mí que volvería a verla. Aquella hermosa

princesa que había caído como una estrella imposible en mi vida, era tan real como un parque de flores visitado en un día cualquiera.

Debía luchar por la grandiosa fortuna que había alcanzado, aunque solo retuviera en mi corazón un inapreciable cosquilleo de esperanza.

Capítulo 37.

El viaje de vuelta a Rumpler había sido pan frío que se sirvió sobre la mesa: duro de procesar, pero blando al caer, a la postre, en los sentimientos. Papá aprobó mis vacaciones sin cuestionamiento, más bien al contrario, me incentivó a buscar lo que me hiciera feliz y alivianara mis cargas. Al momento, no entendía qué era lo que realmente quería encontrar, porque después de mi escandalosa salida del Olivo y de nunca haber recibido una carta de Janett, dudaba con insistencia si era prudente un regreso. No tenía más motivación que un corazón deseoso de buscar respuesta, porque no podía mentirle, sabía que Janett era la única que lo hacía estremecerse.

—Hijo, te noto muy pensativo… ¿En qué piensas? —dijo mamá con aparente preocupación, estaba ocupada mientras se reía con unas fotos antiguas de mis primos como bebés. Había llegado a casa hace media hora. Al tiempo que desempacaba los embalajes, solo le conversé a mamá con un abrazo de bienvenida y dándole unos bombones de chocolate de la empresa.

—Nada, es que pasó algo muy extraño con esa carta que enviaste. Al final, ¿no la leíste?

—¡Jamás! —enfatizó gritando—. Mi promesa de respetar tu privacidad ha sido fuerte desde que cumpliste los 18, una madre nunca sería capaz de incumplir a su palabra.

—¿Segura no sabes? —le pregunté con minuciosidad. Era claro que lo había hecho.

No pasaron ni diez segundos cuando mamá saltaba de la emoción, despojándose de las fotos como si fueran papeles para tirar al suelo. No pude evitar sentirme agradado al ver su enternecedora imagen.

—¡El rey! ¡El mismo rey! ¡Es una locura, hijo! Qué maravilla… ¡Dios mío! —gritó con afán, no se aguantaba ni un respiro más, estaba contenida a montones.

—Sí, mamá… pero no cantes victoria todavía.

—¿Por qué? —me preguntó asaltada, como si hubiera sido un golpe bajo que detuvo su palpitante desparpajo.

—No sé qué intenciones tenga para verme, sin contar que Janett no ha enviado nada. Esto es muy extraño.

—Hijo, no digas tonterías, el rey no jugaría contigo. ¿Por qué crees que enviaría una carta así? Fue un error, como todo eso que mencionó ahí.

Recordé en aquel momento que mamá no conocía sobre mi expulsión del Olivo. Sin embargo, la carta del rey no era tan explícita como para rememorar lo que había sucedido. Mamá asumió el perdón del rey con la rebuscada excusa que le entregué desde antes.

—Sí —sonreí con molestia—. Todo fue un malentendido.

—Bueno, entonces… ¿Vas a ir ahora? Tengo lista tu bici. La limpié hace unas semanas, está como nueva.

Bajé el ánimo enseñando mi rostro con lamentaciones y mamá lo intuyó de inmediato.

—¿Sucede algo? ¿Por qué siento que no estás bien del todo?

—Mamá, discúlpame… la verdad te mentí. Mereces saberlo.

—¿Qué debo conocer? Claude… no me digas que embarazaste a alguien y viniste por eso.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? No podría hacer eso… —renegué sin freno—. ¿Crees a tu hijo capaz de eso?

Mamá se despejó de inmediato, me miró con admiración y dijo:

—Eres hijo de tu padre, el único hombre que fue capaz de esperarme por años enteros, y que sigue haciéndolo. Esa clase de locura solo se las conozco a los Rivarola. Aunque no sé qué clase de locuras harías ahora hijo, tal vez ni las conozca.

No pude responderle, me había dejado mudo en un universo de cartón. Distinguir a mamá en un plano tan detallista luego de una acusación tan severa, me había encrespado la piel y enrojecido los cachetes.

—¿Qué es eso que debes decirme? —preguntó, inquieta.

(…)

Horas habían transcurrido y tenía la mirada firme de mamá posando por encima de mis cabellos, era lo que merecía por encubrirle la verdad y ser un farsante de todas las versiones honestas con cuentos ficticios.

—No puedo creer que hayas sido capaz de ocultarlo tanto tiempo, ¿acaso tu madre está pintada en la pared? Soy tu mejor amiga, ¿o hay alguien más?

—Sí… —dije envanecido mientras recorría con mis ojos el horizonte observable desde la ventanilla de la cocina. Mamá había liberado una pizca de su rabia contenida.

—Es bueno que vayas para que sepas lo que ocurrió de verdad, no es justo que te hayan sacado del castillo. Lo único que hiciste fue cuidar un protector que estaba sufriendo.

—Es cierto, pero lo dejaré para mañana. No tengo ganas de ir ahora, el viaje fue largo. Quiero descansar.

—Bien, toma el agua panela que está en la nevera y si puedes también los pasabocas del cumpleaños de Cornelio, están guardados por si quieres comer. Aprovecha hoy que en dos días se dañan.

—Gracias mamá, ya ahorita regreso para otro consejo, los necesito más que nunca porque ahora soy un humano en pausa, no sé lo que

es vivir.

—Despéjate un poco, ya verás que pronto todo se resolverá según los designios de Dios. Repósate en Él con confianza.

Subí a mi habitación y me encerré un rato. Pensé en las palabras de mamá, aplacado, pero mi reciente volatilidad de pensares se percibía culpable ante el abandono de mi sosiego, tirado por completo hacia la inmensa deriva de las oscuridades. Debía pensármelo bien, porque ver a Janett —además de ser casi imposible—, era una misión titánica que siempre había sido resuelta por los presurosos golpes de mi azar.

(…)

La noche era muy larga y no conciliaba el sueño en ninguna circunstancia. Sentía una extrañeza metida en el pecho, un “algo” que me abrumaba la existencia y no reconocía en realidad. Estaba atrapado en un mecanismo de engranajes, impregnados de una ilusión desconocida.

Tenía preguntas sin resolver y demás interrogantes que me fastidiaban con responsabilidad. Era extraño, y cada vez que avanzaba se empeoraba: ¿Por qué el rey pidió mi regreso de ese modo? ¿No era más fácil ir a casa y decirle a mamá? ¿O que Janett fuera? ¿Por qué al final no fue?

En el vaivén de aquellos misterios sin resolver, terminé dormido sin más. Era fulminante el agotamiento, por el producto de mis suposiciones atroces. Logré observar a Janett dentro de un sueño. Se maquillaba flotante y tripulante entre los extensos y vastos verdes del Olivo real. Yacía dentro de un atuendo rojo de encajes resplandecientes y su cabello se había liberado para recorrer los vientos al ritmo de las luces boreales. Janett era un ángel arrebatado del cielo. No dudé jamás en querer acercarme.

Cuando me vio, la escena era imaginarse a un padre cuando hallaba reposo en el hombro de la madre de sus hijos, y corrió con afán para toparse con mis brazos desnudos y envejecidos. Logró abrazar mi cuerpo con nervio y vigores acumulados. Casi tropezaba por la brusquedad de su abarrotada estampida de amor encantado.

—Claude… ¡No sabes cuánto te extrañé! —expresó afligida y elevada de sentimientos, contenía sus lágrimas con lo que le restaba de potestad. Arrejunté mis manos para rodearla al frente de su iluminada figura y le vi el alma en estado de gracia. El tiempo se había distorsionado alrededor. Janett, tenía la habilidad mágica de desaparecer su mundo, y el mío en un chasquido de imprudencia.

—No sabes las noches que te he pensado mi amada. Eres el amor

de mi vida y no te lo dije. Pero quiero que lo sepas ahora, porque no aguanto un segundo más sin ti.

—Te juro que nada es lo mismo sin verte, no hay colores, nada tiene brillo —replicó agitada y contentada de corazón, nuestras vibras estaban en perfecta sintonía, era como si nunca nos hubiéramos separado.

—No me dejes otra vez por favor… —suplicó Janett, abrumada, sentí eso en el alma como propio. ¿Era probable que estuviera soñando? Todo parecía real…

—Ya sabes la respuesta, nunca lo haré —Cuando dije eso, me acerqué a besarla, pero no tuve tiempo para hacerlo.

Desperté con agitación y mis ojos lloraban por lo que había soñado, era aquel momento tan corto con Janett uno de los mejores que viví, y era indiscutible lo último que recordaba: no podía rendirme con ella, porque ella era mi anhelo más grande, la mujer por la que había esperado sin esperarla, y eso, era suficiente para dejarme la piel y hasta el aliento en el campo de batalla. Aunque costara un sinfín de dolores e infinita devastación.

Sequé mis lágrimas y volví a recuperar el descanso, la luna se ocultaba entre nubes presurizadas y aún el sol no salía porque acampaba en la hora aledaña, sin embargo, ya venía enseñando su llegada al poco tiempo, y era lo único que deseaba con descaro, que por fin la gran estrella surgiera para lanzarme hacia un nuevo reencuentro con el amor.

Estaba dispuesto a demostrarle que la esperaba y que mi corazón nunca había abandonado nuestra historia, atraviesa espacios y destinos.

Capítulo 38.

El día era asoleado y de buena naturaleza para un viaje con la bicicleta. No tenía prisa y, la verdad, tampoco quería arruinarlo con una nueva imprudencia. La principal pregunta que rondaba a mi atontado corazón era compleja pero básica: ¿cómo me iban a recibir en el castillo? ¿Con honores o como un godín de Ágata? Porque si no mal recordaba, dejé las llaves de la puerta secreta que me había entregado el sr. Lovett.

A pesar de contener algunas dudas, mi amor era muchísimo más fuerte. Estaba decidido a cualquier cosa con tal de volver a encontrarme con Janett. Tampoco tenía mucho para perder, porque lo había perdido todo; sin embargo, era mejor seguir con la premisa escrita en lo profundo de mí.

—Claude, ¿cómo te sientes? —me observó con un apresurado análisis, mamá estaba más ansiosa que yo y se le notaba a simple vista.

—Bien, estoy dispuesto a ser rechazado por segunda vez.

—No seas tonto —replicó riéndose—. Ella no te ha dejado plantado... ¿O lo ha hecho?

Una pequeña alegría en forma de sonrisa nacía de mí. Janett, nunca me había dejado con el corazón herido, y mucho menos abandonado, era una estupenda verdad. Porque la princesa no solo de todo el país de los deseos, sino también de mi historia —al igual que yo—, esperaba con el alma en vilo el desenlace final de nuestro amor. No podía negarlo, tenía más esperanzas que un niño cuando se iba a estudiar su última hora de clases para salir al recreo.

—Llévale esto —sacó otra bolsa enorme y luego una foto de Rumpler en los años setenta—, y esto.

—Mamá, ¿qué es? Está muy grande… —pregunté alarmado, era demasiado para llevar en mi miserable equipaje. Solo tenía un bolso negro que había traído de las tiendas de marca de Mississippi.

—No es nada, son unos cuantos presentes para la princesa y también para el rey.

—¿Todo? —elevé la bolsa y pesaba un montón, se la eché en cara —. ¿Enloqueciste?

—Si no quieres llevarla, lo haré yo.

—Haré el intento —acepté resignado—, pero si me pesa mucho lo dejaré donde alguien pueda guardarlo—, y la verdad no lo haría, porque como siempre los hombres y nuestro estúpido orgullo de ser cada vez más fuertes, nos obligaba a completar todo lo difícil en un solo viaje. Cargué el bolso pesado, subí a la bici mientras me despedía de mamá y fui en camino hacia el Olivo.

(…)

Había pasado la ruta establecida con una preocupación significativa: Rumpler, Sonora y los Robledos de Herminda eran el trazado perfecto para pensar en cientos de cosas al mismo tiempo. Todo era más y más preguntas sin disipar cuando ya se venía la luz de la tarde como furiosa estampida de animales. Andaba lento y perdía mi perspectiva observando las vicisitudes del Olivo, no obstante, para mi sorpresa, antes de llegar a la línea de Crocker, me topé con mi gran amigo. Frené en seco porque estaba a punto de estrellarme con él, ya que había salido de la calle, como un escombro oculto entre andenes desprolijos y asfaltos húmedos.

—¡Cornelio!

—¡Oh, vaya sorpresa! —expresó gozoso cuando volteaba a verme en complaciente locura. Una enorme pipa marrón salía de su boca y la sostenía en medio de su dedo índice y anular. Cornelio no se había inmutado ni un segundo, mi desenfreno no le pellizcó ni un poco en astucia.

Bajé con habilidad, dejé la bici en la grama más verdosa y me acerqué con serenidad. Le di un abrazo.

—Gran amigo, ¿qué haces aquí? —le dije al desligarnos. Cornelio no había soltado su pipa en ningún momento.

—¡Tiempo sin ver tu presencia por estos lares! Te pregunto lo mismo, ¿qué has de hacer en un sitio tan neutral y neurálgico? —insistió Cornelio con aparente sabiduría. Se le admiraba más centrado y franco.

—Estaba paseando, apenas ayer volví de Norteamérica. Pensé que estabas trabajando en el gargantón con tu tío.

—He dejado la servidumbre, caballero de batallas. Ahora me dedico a mis emprendimientos personales.

—¿Emprender? ¿Fumando?

—Es difícil el comienzo —añadió mientras inhalaba y exhalaba humo, se había atragantado con él—. La verdad, cuesta lágrimas y botones rotos de camisas viejas, pero ten tranquilidad. Estoy sereno como la campana de la iglesia en Semana Santa —expresó airoso de pensamientos, Cornelio era un loco de primera categoría.

—Si eso es arrancar… no me imagino si abres tu propia empresa. Por cierto, ¿cómo sería eso?

Cornelio miró hacia el cielo y abrió los ojos con grandeza, se le vino una idea a la cabeza y me dijo lo primero que pensó:

—Juegos de azar en un bar y cervezas gratis los domingos —hizo un ademán con la cabeza aceptando la moción, me miró y creyó que era el mejor acompañante que podía existir.

—Eso está hecho para los viejos, además, tal vez hasta existe.

—Lo único que sería diferente es el nombre —analizó, ignorándome—, eso le daría la magia e ínfulas necesarias para coexistir en el mundo primitivo.

—¿Cuál? Sorpréndeme cerebro.

—El bar de Cornelio —concluyó con orgullo de soldado victorioso.

Fue inevitable no reírme ante su absurdo intento de nombrar un sitio que posiblemente nunca iba a existir, o quizás sí, porque Cornelio era impredecible en cantidades industriales.

—¡Lucharé para que así sea! —exclamó Cornelio mientras alzaba su pipa con determinación, y contemplaba el cielo oculto entre árboles imponentes—. Y espero que tus risas también sean el punto de inflexión ideal para que me brindes tu incalculable compañía.

—Así será viejo, pongamos fe en la mesa.

—Y una buena birra de la Europa clásica —expresó con una sonrisa de oreja a oreja.

No pude resistir a decir lo que embargaba a mi corazón, y quería tener su aprobación; a fin de cuentas, Cornelio era el único amigo importante que me quedaba de mi antiguo hogar.

—Voy al palacio a reencontrarme con la mujer de mi vida. Eso es todo lo que estoy haciendo aquí.

—Asombroso —Profesó admiración—, entonces… ¿Todavía luchas por un amor para el recuerdo? —me preguntó sin pelos en la lengua, Cornelio nunca se guardaba nada al bolsillo.

—Eso parece… —Asentí cabizbajo, él enseguida se preocupó al verme.

—¡Oye! Tu rostro no encuentra alegría en tu acto fortuito… ¿Por qué te angustias tanto?

—No sé lo que encontraré, eso me tiene pensativo porque tengo casi un año sin verla.

—El amor olvidado... Cuando dos personas se esperan con todas las fuerzas de su alma. Vuelven a encontrarse para estar siempre juntos… Ojalá la halles y espero que el destino no sea usurero contigo, amado amigo —volvió a meterse la pipa a la boca.

Le dediqué una sonrisa melancólica a Cornelio, que me observó en silencio mientras una calma reconfortante se extendía por toda la línea de paz. Lentamente, se acercó y me abrazó con sentimiento. Su sabiduría actuaba como un bálsamo incondicional para tratar a los corazones ansiosos, y el mío no era la excepción, porque sentí su abrazo como un gesto de verdadera amistad.

—Si no sale, ven a buscarme —dijo en la humareda total luego de haberse alejado, y se largó hacia los bosques del sur de Virginia.

Miré la vegetación aledaña con detenimiento y el viento había hecho una aparición intensa y genuina. Sostuve la bici con fortaleza desde el manubrio y descubrí las hojas del terminante otoño, que

parecían ir lento incluso ante el peso de la gravedad. No era época de frutos ni grandes sembrados, pero sí de limpieza general, porque la propia naturaleza se encargaba de limpiar sus pantanales de fango. Aún no prevenía a protectores ni menos amenazas a simple vista, pero no dejaba de fraguar una zozobra interna que me dejaba sin respiro, o si respiraba, aunque no con la normalidad que frecuentaba.

Intenté calmar mis ánimos y agitaciones constantes con pensamientos de bien, y recordé parte de mi historia con Janett. Eso me tranquilizó al menos hasta adentrarme en el Valle de los Lamentos, que seguía intacto, como una joven doncella vestida con recelo para un hombre en su mejor momento.

Cada paso hacia adelante era bajarle la velocidad al pedal, terminaba perplejo al presenciar lo que había sido parte de mis sentimientos más intrínsecos, lo más íntimo que conocía de mí una muralla que se iluminaba en el fondo y no podía evitarlo: mi corazón estaba ardiendo. El fuego de mis latidos ardía en la profunda conexión que sentía al confiar en una nueva expectativa de amor.

Los protectores se enseñaban ante mí, y todo era diferente, porque los que antes cuidaban como perros enrabietados, obedeciendo las órdenes de la reina, parecían ahora estacas clavadas y despojos de tierras incipientes en el piso vegetal. Eran como postes de luz que encendían con sus miradas las ruedas empolvadas de mi bici, pero no me prestaban atención, era invisible para ellos. Eso era una señal de que sucedía algo que se escapaba de mi entendimiento… El Olivo, ¿ahora no era un lugar cruel?

Tragué un poco de saliva y tomé la ruta principal para ir a la gran puerta. En mi entorpecido avance, se multiplicaban los protectores permisivos a diestra y siniestra, miraban a la nada, era una extraña y agradable sensación, aunque no dejaba de asustarme. Eran actitudes que nunca había observado en ellos y llamaban mi atención.

Abrí los ojos con inmensidad, por fin observaba a la puerta enorme que no había visto en casi un año: la entrada principal al Olivo, la misma que era custodiada por dos salamandras a los costados y siete protectores dispersos.

A unos cien metros de distancia, bajé de mi bici sin despeinarme y con serenidad, la sostuve a una mano y empecé a caminar hacia el frente. No quería acercarme corriendo, porque con los recuerdos que tenía de la última vez que lo había intentado, eran suficientes para mí. No era necesario revivir los fantasmas de antaño.

Volví a repetir la dosis de saliva y ya estaba reseco, tenía escalofríos, pero estaba exagerando la situación. La energía de aquellos hombres vigilantes no era resistiva, hasta parecían simpatizar con mi presencia. Pronto reconocí a una de las salamandras, era la que Janett llamaba mrs. Arismendi; la que me había llevado a

enfermería el día de mi paliza y una de las responsables de que continuara con vida hasta ese momento. Al mirarla, ella vino y se acercó.

—Don Claude, me place mucho verlo por estos lares, ¿cómo se encuentra? —dijo en buena sintonía de palabras.

—Muy bien, mrs. Arismendi. Todo marcha excelente —dije incómodo mirando hacia los costados, quería alejarme cuanto antes. No me incomodaba su presencia, sino la de los protectores rapaces.

—Vengo de parte de…

—No debe mencionarlo —añadió puntual—, sabemos y reconocemos que usted tiene estadía y presencia de honor en el Olivo. Por ello, abrimos la puerta para que su nombre de alta reserva, adopte la valoración que merece. En el palco de reyes, le aguardan en calurosa bienvenida —Mrs. Arismendi elevó el brazo y chasqueó los dedos por encima de su cabeza.

Pronto la salamandra que la acompañaba dividió la gran puerta con esfuerzo, empujando hacia el centro de los herrajes y abriendo la sobria madera de roble que yacía desde sus entrañas. Era una escena espectacular, pues nunca me habían dado acceso en aquella magnífica apertura de realismo mágico, que era únicamente para personas de elevado estatus o reconocidos miembros internacionales que visitaban América.

Estaba paralizado, no hallaba pistas ni tenía voz para agradecer, era demasiada recompensa para un chico que había sido echado como un vagabundo por la salida de emergencia.

Había entrado y sentía estremecimientos por todo el cuerpo, la nostalgia y los recuerdos de maravillosa índole se enredaban en mi cabeza como rocas atascadas en las fluyentes de un manantial corredizo. Sonreí con la alegría que no había sentido en mucho tiempo, me sentía uno con el otoño del portentoso amurallado, y sabía que había regresado para quedarme. El Olivo era mi hogar, el único que obtuve por Janett, porque así lo decidió. Ella era la gran culpable de mi suerte de sueños imposibles y cumplidos a cabalidad por la intervención divina del Creador.

Capítulo 39.

Era un manojo de nervios. Estaba en las cercanías y por mi buena memoria ya me conocía el sendero hacia el palco de reyes. Janett había sido una guía turística de las mejores, porque me enseñó hasta el último rincón de su fortificado hogar de monarcas. Me sorprendía el hecho de reconocer que todo estaba exactamente igual al día que me habían expulsado en la desolación del espíritu.

El campo estaba rodeado de charcos, ciénagas con flores; lagos azulinos; prados frescos y limpios de hojas patriarcales, entre otros magníficos ambientes naturales que eran los que diferenciaban el Olivo del resto, con sus muros de aura, magia y encanto. En aquellos pensares, había denotado uno de los campos verdales favoritos de Janett: el de fango marinesco, uno colmado de barro en las aglomeraciones de la tierra, predispuesta para ser abono en un futuro próximo. Contenía una peculiar forma lineal que parecía a un tobogán de naturaleza andante. Janett, corría de costumbre por los orillos e iba descalza para sentir el barro entrar y salir por las comisuras de los dedos de sus pies. Sonreí entusiasta y decidí en soledad imitar su antiguo acto de enloquecimiento.

Fui directo a correr por el camino fangoso con mis zapatos, y una vez atravesé el montón de tierra, fue fácil continuar zarandeando como pez en el agua por medio del tránsito desembrollado, sin embargo, para infortunio de mi equilibrio, me caí con torpeza en los mediados del lago amarronado. Para colmo de males, el barro estaba seco y parecía de piedra con los bordes afilados. Era como sentir que entraba un pedazo de lija áspera y punzante en forma de hierro desgastado. Al terminar en el suelo, incluso sentí una gran raspadura. Pero no le presté cuidado y, con rapidez, sequé el polvo de los pantalones que no se habían manchado de milagro. Fue muy estúpido mi vulgar intento de rememorar lo que Janett hacía como un juego de niños. Era difícil, y lo había subestimado con descaro.

Cuando estaba a punto de entrar, limpié con mayor insistencia las pequeñas zonas que todavía contenían polvo y seguí al palco. Mi estupefacción era evidente, no había encontrado a ningún caballerizo por la redonda y tampoco salamandras custodiando la puerta de entrada. Al entrar, mis pasos resonaban como címbalo que retiñe en el metal de hueco, aquel sonido entraba en mi piel, y me estremecía sin esfuerzo. Tenía sensaciones peculiares en mi cuerpo y ms manos sudaban con un esfuerzo duradero.

Toqué la puerta que destinaba el punto culminante del camino y no dejaba de imaginar cien mil futuros probables sobre lo que encontraría después de ella. Podía ser Janett, Emilio o hasta Cristensen y una horda de hombres asesinos, o tal vez alguien que no conocía y

deseaba tener un nuevo amigo de un pueblo del oriente. Pero todas mis versiones se habían opacado cuando finalmente había entrado por el permiso concedido, mis ojos se toparon con el final de su angustia.

Era la reina del Olivo, solitaria y asentada en el trono del rey, como si le correspondiera dirigir los hilos de las almas perdidas que trabajaban en las haciendas y en donde la fruta cosechada significaba el futuro para generaciones venideras.

—¡Qué maravilla! ¡Por fin ha de venir gran caballero, Claude! —expresó con aires de estimable júbilo—. Lamento mucho todo lo sucedido y siento con profundo dolor en el corazón haber sido copartícipe de su injusta expulsión. Finalmente, aclaramos dudas con nuestros hombres de confianza y la exactitud cristalina salió a luz. ¡Gracias por venir! ¡Nos sentimos avergonzados de seguir siendo reyes y haber cometido tan poderoso error a su nombre!

Las palabras de la reina parecían patentadas y planificadas, demasiado líricas para lo que estaba escuchando. Pero no me salía un fonema naciente de los labios, estaba realmente navegando por los vientos de mis ausentes ideas flotantes y nada venía a salvarme tampoco. No tenía un plan para resolver problemas y la reina con su cháchara protocolar, me había arrojado al fondo de mis azares.

» Lastimosamente no hay nadie ahora, pero yo puedo acompañarlo en este día si así usted lo desea… —dijo con cara de absoluta serenidad. Me daba una extraña impresión verla de ese modo; no obstante, no podía dejar de pensar que tal vez su tiempo de villana la hacía recapacitar sobre el trato tan deplorable que ejecutó en mi contra. No era de los que olvidaba con rapidez a las personas que se portaron mal, pero debía guardar reservas.

Mi corazón tampoco podía mentir y ser rencoroso por mucho tiempo, porque el perdón brotaba de mis venas cuando alguien se disculpaba, era incontrolable, como la caída de un chorro, más con la persona que le había entregado la vida a la mujer que más quería en el mundo.

—Tomaré su petición honorable reina… con honra y fortuna de caballero —acepté con fulgor de palabras. La reina asintió con amabilidad y, sin perder más tiempo, decidimos salir a caminar. Nuestro destino era ir por las hermosas naturalezas que se conocían desde siempre.

(…)

El silencio no era incómodo entre ambos, pero tampoco podía apagar mi estado de alerta. Parecía que éramos solo nosotros los

únicos seres vivientes en el campo circundante del Olivo. No había nada, todo eran extensos ejidos color ocre y collados magníficos en preciosura, remarcados por una última página de enmudecida voz que era abrumadora para cualquiera que no gustara de los tiempos de sosiego.

No había dicho una palabra desde que salimos del palco y había aceptado su invitación con decoro y amabilidad, no supe ni qué pensar. Estaba en el limbo.

—Vamos, pregunta. Sé que tienes mucho para preguntar —mencionó la reina, desafiante, pero en aparente estado de gentileza. Me había tomado desprevenido.

Balbuceé de forma tonta y no hallaba palabras; sin embargo, la reina quiso seguir por intención propia.

—Seguro te preguntarás por qué no hay nadie aquí, ¿cierto?

—Eso parece —expresé con gratitud mirando absorto hacia la nada, muy lejano de la cercanía mental y física que la reina recorría conmigo.

—Los miembros de defensa y demás valiosos integrantes se encuentran ahora en Virginia del este, justo al sur de nuestro templo de murallas por problemas de democracia en las zonas limítrofes de nuestro país. Es justo defender lo que nos corresponde por ley. Por cierto, Jane tampoco está aquí —Mi atención se elevó a lo más alto, la había nombrado—, también está lejos, en Europa, regresa el fin de semana cuando finalice su capacitación para ser reina.

—Entiendo —dije sin más. Todo se formaba en mis discrepancias como un meticuloso rompecabezas casi a punto de resolverse por el imprevisto paso de los minutos. Mi intriga era levadura creciente y espesa.

—Sí, le dije a Sabrino que enviara una parte de las tropas y prefirió enviarlas todas. No me hizo caso, aunque bueno, su palabra siempre ha significado la vida para estos hombres acorazados.

—¿Dónde está él? —pregunté con sigilo. El rey era el que me había invitado, prudente hubiera sido que él fuera mi anfitrión.

—Él utiliza estos días para dar una larga siesta de veraneo de sus responsabilidades. Si deseas puedo despertarlo para que converses con él. Se alegrará mucho en verte.

La reina cada vez era más amigable, la situación se ponía compleja para lo que empatizaba, ¿cómo era posible tanto cariño de golpe y con sorpresa? No dejaba de ser insólito…

—¿Sucede alguna cosa? —me preguntó, con leve curiosidad.

—No —dije, sin despeinarme—. Es mejor que no dañe su sueño, el rey merece descansar ante las pesadumbres que obtiene de su pueblo.

—Es lo correcto caballero —dijo, y en ese preciso instante volteó a

observar hacia mi pierna con conmoción. Abrió los ojos como si un monstruo nos hiciera compañía indeseable.

—Dios mío. Claude, mire su pierna… está sangrando.

Fui a ver lo que tenía y era una realidad inobjetable, tenía manchado el pantalón que usaba con un notorio rastro de rojo oscuro que ardía en las profundidades de mi piel. No lo había detallado desde que estábamos, sus elaborados discursos me hicieron olvidarme hasta de mi propia integridad. Lo más probable era que había sucedido luego de mi estupidez de jugar en el barro.

—Si desea puede ir a enfermería. Allá le pueden atender esa dolencia —aseveró, con cuidado de madre preocupada. Ya no podía engañarme, la reina: había cambiado o era un excelente tonto para creer que las personas malas podían convertirse en buenas. Entre ellas, se sumaba la reina sin ninguna duda, estaba preparado para hacerla entrar en mi lista personal de personas positivas.

—Es buena idea, la tomaré de inmediato.

—Bien —aclaró, agradecida—, cuídese mucho por el camino, aunque de igual forma no creo que encuentre percances. Hace décadas que estamos fortificados y desde la última guerra no ha existido más que paz en estos fragmentos del Olivo. Le dejo por aquí, tengo que volver para atender al viejo Sabrino. Ha sido un día difícil para las aspiraciones de nuestro reinado.

—No tenga problema, muchas gracias por su disponibilidad, sra. reina. También le agradezco su hospitalidad. Ha sido amable en la mayoría del tiempo y no he sabido qué decirle.

—Tranquilo, es normal que luego de un pasado tan incómodo como el que vivimos le sea difícil hallarse. Sin embargo, gracias por tomar la petición del rey y le esperamos que vuelva mañana para encontrarse con Janett, creo que estará ansiosa de verlo.

—¿De verdad cree en eso? —pregunté ansioso y con el corazón atronado, la reina había dicho algo que creía imposible escuchar proviniendo de ella. Era una confesión admirable, y con sinceridad, veía en buenos ojos nuestra historia.

—Ella ha estado muy triste, últimamente debe ser que la soledad le ha afectado. Un acompañante audaz y atento como usted, caería muy bien en un nuevo comienzo para ella.

—¡Estaré aquí mañana a primera hora y esperaré con denuedo por su princesa, honrosa reina!

—Permiso concedido, estimado Claude. Me alegra en gratitud saber que no ha perdido el amor que ha depositado en mi hija. ¡Le confiero las gracias eternas!

—Quererla a ella ha sido la mejor decisión que he tomado. Sería muy injusto abandonar y despojar todos estos sentimientos tan lindos que siento. No hay forma de definir el amor que siento por ella… —La

reina había abierto sus ojos, como si no creyera en tanto amor de verdad.

—Gracias caballero, me llena de espíritu y desborda mi alma con sus palabras. Lo esperaremos mañana —expresó encontentada mientras nos despedíamos y distanciábamos nuestros caminos.

—¡Así será! —dije con gozo perdurable, entre tanto me sentía anclado en la misma puesta de las nubes, mientras era acariciado por la esperanza de los nuevos atardeceres. La herida que retenía en mi pierna, sentía que no existía y que solo era una mancha de ropa sucia.

Justo antes de marcharme, la reina vociferó mi nombre desde lejos con la sintonía patente de su buena sapiencia. Regresé corriendo con interés y me puse a su frente nuevamente.

—Discúlpeme Claude, estuve a nada de olvidar un regalo de Janett para usted. Tenga —elevó su mano hacia mí, después de haber sacado un objeto de su recogido escote. Era una hoja envuelta con cuidado y cariño de por medio.

—¿Qué es? —dije con deseos de saberlo todo. Me estaba conteniendo. La reina había sido tan increíble que no quería perder la oportunidad de seguir apreciando su nueva versión.

—Es una carta. Jane la escribió para usted. Me dijo que si volvía lo mejor era entregarla.

—Oh, ¿de verdad? Muchas gracias —tomé la carta y agradecí su gesto con una pequeña reverencia.

—Buena suerte y le espero mañana —reiteró amable, y se distanció de forma definitiva.

No lo podía creer, era demasiado bueno para ser cierto. La carta era tan liviana que parecía sacada desde la dirección de mis sueños más anhelados. Quería abrirla en ese mismo instante, pero lo mejor era esperar hasta llegar a enfermería para no mancharla con mi sangre.

(…)

Mis manos sudaban con esmero, no dejaba de ver la carta y su delineado contorno escrito con elegancia. Janett, era una especialista para las cosas hechas a mano, en especial escritos, tenía una recámara que antes me había mostrado; llena de dibujos y textos personalizados con los nombres de los objetos del castillo.

Mi corazón estaba en estado de gloria, era más liviano que una pluma recorriendo los aires, la dopamina inundaba todos mis rincones vacíos desde la última vez que vi a Janett. De tener tantos pensamientos bonitos, ya vislumbraba la enfermería desde lejos y no

dejaba de traer nuevos recuerdos a mi sentir.

El lugar donde había hablado con Janett por primera vez en el castillo no perdía su esencia. Era un recuerdo inolvidable y renacía en los escenarios que me habían traído a vivir un mundo de ensueño, porque, en efecto, todavía no lo soportaba. No magnificaba la veracidad de mi historia de amor con Janett. Era increíble y perdurable.

Al entrar, era lo mismo: las zonas del Redmond y los cuartos llenos de misticismo, y en una de las pequeñas salas de espera, estaba una persona que no me generaba un ambiente de confianza: era aquella enfermera alocada de cabello rojizo y figura de sirena que me había dado mis primeros auxilios, sentada y leyendo un libro sobre la educación cultural para los turistas y otras particularidades. Cuando la vi, me arrepentí sin pensarlo y cambié de sitio, aunque la verdad fue imposible, ella me había visto la espalda al hacerlo.

—¡Oye! ¡Ven! —expresó disgustada mientras cerraba su libro con estrépito. Era de tapa dura y había sonado como un tambor estrenado.

Hice contacto visual con la enfermera, aún sumergido en la distancia. Ella me vio la pierna como si fuera un sistema mecánico averiado y con problemas de funcionamiento.

—¡Detente ahí! —replicó furiosa—. ¿Crees que me dejarás aquí, plantada, sin revisar esa gran mancha roja que te sale de la pierna? —Terminó indignada. No desistía de pensar que, si me tocaba una loca como esa, iba a ser terrible mi estancia en el castillo. La última vez que me atendió, me había dejado trastornado con el montón de palabras que decía, no le respondí y salí con rapidez.

—¡Eh! ¡Nadie me ignora y se marcha de aquí! —expresó airada cuando se volvía hacia mí, corriendo con mal genio.

Pocos minutos pasaron, y ya estaba en una camilla con los pantalones arremangados. La frenética enfermera me revisaba de forma protocolar y hacía curaciones con unas gasas mojadas en alcohol isopropílico. Mi vergüenza era evidente, parecía un niño regañado que no abandonaba la malcriadez. En eso, la enfermera me preguntó:

—¿Qué estabas buscando con irte? —dijo serena—. Esta herida está muy horrible, menos mal llegaste, si no, hasta luego pierna —Ella observaba de cerca mi cortadura y los restos del barro endurecido.

—Tengo malos recuerdos con los hospitales, eso es todo.

—Uhm, entiendo, igual estás loco de remate. Eso no se puede hacer a la próxima, ¿entendido niño? —aclaró, Janett hace algún tiempo me dijo su nombre y lo había olvidado, también me dijo que era exagerada al decir y hacer las cosas.

» Oye, si quieres puedes leer algo para sentirte mejor. Esto no

tardará mucho. Digo, para que te relajes —replicó, entretanto hacía nuevos movimientos curativos.

Asentí silencioso y sonriente al presenciar la carta de Janett que estaba impecable como una cobija lavada y no dudé en tomarla. La abrí con calma, no quería arruinar algo tan único con el enredo de mis dedos, sentía igual que se me podía salir el pecho en cualquier momento. Estaba tembloroso y friolento, era un escalofrío diferente a lo que alguna vez reconoció mi espíritu, y su sensación era desigual. Era como una nostalgia muy terrible, devastadora.

Confiado en lo que retenía a mi posesión y admirando el amor tan grande que habíamos pausado en el tiempo, reservado para una ocasión especial, empecé a leer en silencio lo que iba a ser el cambio que mi vida requería desde hace tiempo.

«Querido Claude, amor de mi vida y hombre de maravilloso carácter. Guerrero de corazón y único consorte de los poblados del oriente. ¿Cómo podría olvidarte? ¿Cómo dejarte atrás con mi corazón que se niega a olvidarte? Pues tengo en este caparazón que me rodea, una sentencia perpetua a tu nombre, como exclusivo propietario del amor que deseo honrarte algún día que sea pronto y lo más antes. Ruego a Dios que regreses, y vengas a sostener las manos polvorientas de esta mujer, que desea conocer lo profundo de tus temores, grandes pasiones y vivencias tristes más admirables. Te mando un abrazo en este momento.

Y también tengo otra carta para ti, porque esta es de agradecimiento por tus esfuerzos de nunca dejarme de querer a pesar de los olvidos de la distancia».

Me sentía en las nubes. Janett, era una completa escritora. Había descrito mi pasión con sus besos y delicados extremos de piel, en una carta sublime, del amor que nos profesábamos desde siempre. Era ella… La mujer que me pertenecía para una vida en conjunto, era el sueño que más deseaba en todo el mundo. No existía nada que pudiera arruinar mis sentidos sentimientos hacia ella, así que abrí la segunda carta con la alegría del mil amores.

«Aquella carta que leíste… era la primera que había escrito una semana después que te marchaste. Hoy, mucho tiempo después, sin el amor que te he tenido antes, he decidido dejar ir esta locura a los ríos del olvido” ¿Olvido? —dije silencioso entre mis pensares”. *No puedo negar que fueron lindos y buenos momentos, pero debo ser sincera con mi honor de futura reina… porque creo que nunca estaré con alguien como tú. No es mi sueño terminar con alguien que ni siquiera sabe qué desea, con alguien que nació en un pequeño pueblo con insignificancia para los propósitos de mi existencia, con alguien que solo tiene una bicicleta para venir a verme y no un carruaje*

importado de otro país del lejano occidente. No desearé eso nunca; ni hoy, ni antes, ni en ningún tiempo. Lamento si alguna vez te ilusioné con mis palabras o cuando fui a verte, sé que fue especial, pero todo era para sentir el amor por primera vez, y no para hacerlo quedar en ti como la persona más importante… no sé si logro explicarme, pero sí es de este modo que realmente lo siento. Disculpa los malentendidos y espero verte algún día. Deseo regalarte un abrazo como buenos amigos. Hasta luego. Atte: princesa de los Olivos, Jane Lanchester».

—Oye… —me dijo la enfermera, acongojada al verme—. Uno de los efectos secundarios de este alcohol no significa hacerte llorar… ¿Qué sucede? No tenía palabras para lo que había leído, era simplemente desgarrador y fulminante, era un conjunto de palabras que mataban y masacraban el amor del corazón de un pobre hombre como yo. Empecé a gimotear con la mirada perdida, y la enfermera no desistía de la idea de alarmarse todavía más. Estaba frustrada al no encontrar respuesta, porque ella distinguía mis imponentes y taciturnas lágrimas, que caían solas como la indetenible muerte, era ineludible: había conocido una horrorosa desgracia con la forma de un monstruo arranca almas.

—¡Maldición! ¡Responde! ¿Qué carajos sucede? ¿Leíste tu testamento? —interrogó con desespero mientras jalaba y empujaba mi franela desde el hombro con rudeza. El aire era insípido, vago, como si fuera reservado para una oscuridad ambulante.

Mi cara se había vuelto un paño húmedo que estaba a segundos de exprimirse en llanto, mi desolación no tardaba en llegar y la mierda que había temido por toda mi vida se transformaba en un hecho tangible, hasta incluso lo podía sentir con el cuerpo: Janett nunca me quiso de verdad. Su amor por mí, fue una fantasía soñada que se diluía en los apremiantes golpes de lo irrealizable. Ya no podía sostener mi cara en una apariencia que tuviera un poco de dignidad. Estaba destrozado.

La enfermera, se echó a llorar antes de que me viera en lágrimas, y afligida me consoló:

» Lo lamento tanto… soy una simple enfermera y no puedo curarte… no llego a tocar las heridas del alma, ¿por qué no puedo curar ese corazón que está botando sangre? Lo siento mucho —se acercó y me dio un fuerte abrazo. Ni lo sentí porque no había podido resistir más, y lloré, y grité con el incendio hiriente de un infierno. Estaba mezclado y ensimismado en dolores ocultos, enterrados, clavados en lo más recóndito de mi corazón. Porque el amor —como nunca y como siempre—, me había dejado con las manos vacías.

Capítulo 40.

Mis respiros eran tan esforzados y antinaturales que parecía la personificación de un ser demacrado ante las incesantes vueltas que daba la vida. No sopesaba la fuerza suficiente para equiparar el durísimo golpe propinado por el fusilamiento escrito, que era como una horda de espadas sedientas en batalla. La enfermera, había terminado con la curación de mi pierna y no deseaba otra cosa que irme. Era lamentable tener un rostro lloroso ante una bella mujer, ya que, aunque decían que los hombres también podían llorar, la verdad no deseaban hacerlo.

—Mi nombre es Lucy, caballero. Entiendo su dolor con tristeza y para eso le receto tiempo consigo mismo y mucha bebida para pasar el trago amargo.

—No puedo ser malo con usted… —repliqué cabizbajo—. Gracias de verdad. Me salvó antes y le debo esto… Esto es horrible —expresé a punto de caer otra vez en llanto.

—No tienes que agradecer. Es mi deber salvar vidas como la tuya, tan valiosas y honorables. Me recuerdas al caballero Emilio en ese día que casi muere por salvar a la princesa.

Lucy, aparentemente no sabía de la relación que había tenido con Janett, y tampoco preguntó sobre quién era la persona por la cual sufría. Sin embargo, mi novicio dolor era un apéndice que todavía no había madurado porque aún seguía en las corrientes de la negación. Sin dudar, le pregunté:

—¿Qué sucedió? ¿Por qué Emilio casi muere?

—Hace algún tiempo, la princesa, se perdió en los senderos ocultos del Olivo, cercanos al Valle de los Lamentos. No solo eso, fue el comienzo de una triste historia.

(…)

Diciembre, 1990.

—¿Por qué demonios la dejaron ir de nuevo? ¿Acaso no saben de la condición tan delicada que se encuentra mi hija? —formuló la reina, malhumorada, ante las fuerzas del castillo que se arrodillaban en su presencia, al sucumbir por la última noticia. El Olivo, estaba en crisis nerviosa y emergencia clase cuatro.

—¡Blanchet! —replicó el rey, apenas incorporándose a la sala de decisiones con sus principales salamandras y el caballerizo de oro, Emilio Lapadula.

—¡Sabrino! ¡Menos mal llegaste! Ha sucedido lo que más temía…

Necesitamos movilizar a nuestro ejército ahora. Hagamos ejercicio del poder que tenemos después de estas murallas.

—¿Qué sucedió? Por favor, te imploro que me expreses —volvió a suplicar el rey, abrumado. Emilio escuchaba con cautela.

—¡Jane! ¡Jane se perdió y afuera hay muchos godines! Temo por la vida de nuestra niña. Esos engendros no tienen sentido moral ni ético, ¡sálvala, Sabrino! —dijo desesperada, sin embargo, su actitud impaciente era exagerada y solo generaba un efecto negativo en las fuerzas armadas.

—¡Menos la tendrán si nos quedamos aquí conversando! —dijo Emilio sin pelos en la lengua acomodando su armamento mientras los demás le veían con admiración—. Sé qué hacer, acompáñeme quien sea valiente.

—Emilio… dejo esto en tus manos y experiencia de guerra, desconozco sobre secuestros o desapariciones y me es suficiente abandonarme en tu nombre —dijo el rey con absoluta confianza en su mejor hombre.

—Entendido rey Sabrino, voy de inmediato. Caballeros valientes y honrados, síganme y alisten los caballos. Vamos a ejecutar una operación de búsqueda inmediata de categoría cinco.

—Emilio, otra cosa importante… —el rey se acercó y en voz baja, le dijo—: cuida de la vista de Jane, hace poco la visitó el médico y nos contó que sigue muy delicada. Por favor, no dejes que nada malo atraviese su espíritu.

—Con mi vida si es necesario —respondió Emilio con determinación, el rey le consintió a plenitud.

(…)

Unas horas después, al frente de la conclusión del único río que seguía por los valles, hasta bajar hacia las dos Virginias, Emilio y Sounder; junto a otro grupo de hombres, continuaban buscando en caballo sumergidos en la decisión pertinaz de encontrarla a como diera lugar.

—¡Don Emilio! ¿Qué hacemos? Vamos mucho tiempo y nada que aparece… ¿No será hora de volver a mandar un aviso a la comunidad del país? —le dijo uno de sus hombres.

—Negativo, ella debe estar aquí. No podemos pasar una nueva vergüenza luego de las malas decisiones de la reina. Perder a la princesa significaría el fin del Olivo, y mandar una noticia con nuestra insignia, sería un golpe de autoridad en la mesa para los medios internacionales y reinados europeos.

—Emilio, confiero palabras en esta ocasión —pidió Sounder, con

decoro—. Creo que lo mejor será separarnos. Disminuiremos el tiempo y aumentaremos las probabilidades de este encuentro.

—Muy bien. Sounder, entonces yo iré por el oeste y ustedes sigan a las demás direcciones, nos veremos en quince por las sombras del alambrado antiguo del cementerio de los lamentos.

Emilio, siguió en solitario con el camino trazado en su mente asertiva. Sus sentimientos de caballero le otorgaban una minuciosa capacidad para encontrarse con lo oculto —y que para los demás era imposible de imaginar—, se recordó a los tiempos en guerra cuando el país estaba en crisis y todo era charcos de sangre derramados sobre los antiguos campos de concentración del Olivo. Era un paisaje psicodélico para cualquier habitante del común. Y se temió lo peor al querer encontrarla y no hallarla, porque no quería llegar con malas noticias al rey.

No obstante, en un presuroso descuido, sintió que algo le entró al cuerpo, como un espíritu atrapado dentro de un bolsillo. Según su intuición, fue a seguir el camino de las cicatrices pasadas, y sus ojos, en producto clarificado de la ansiedad, encontraron regocijo en uno de los próximos árboles caídos. Había una formación vegetal de masividad previsible: era Janett esparcida en el suelo silvestre, en medio de un círculo pavimentado con tres godines de Ágata, que buscaban hacerle daño.

Aquellos seres repugnantes eran maleantes provenientes de las peores zonas del Collado, su estatura era más baja que la del humano promedio, pero su agilidad superaba con creces a una persona normal, aunque no podían competir en fuerza a la par de un guerrero escandinavo, o algún latino de los Olivos, pero compensaban su debilidad con dagas y cuchillos afilados de las rocas estrelladas que tenían a orillas del mar Solano. Su amenaza era feroz en años pasados, aunque su número había disminuido por la militarización de los pueblos del país y el control de valores éticos de la nueva sociedad.

Los godines se postraron con vista intimidante al frente del caballero Emilio, que no dudó en bajar del caballo con audacia y empuñar su espada de hierro, decidido en dar terminación. Uno de los godines, con la rapidez del rayo, retuvo a Janett como carnada y fijó la daga acerada en su cuello desnudo.

—Maldito… suéltala —expresó Emilio, en contingencia. Janett, yacía dormida en los brazos de su raptor. Los godines, eran mudos por tener la lengua cortada desde la maldición de sus antepasados, ejecutada por los dioses del poblado. Sin embargo, su comunicación se realizaba mediante señas y con facilidad expresaban sus intenciones.

Uno de los que estaba más cerca de Emilio, con sus manos, hizo la

señal de que soltara la espada o heriría a Janett de muerte. Al parecer, desconocían que tenían en su poder a la misma heredera del Olivo, pero no por ello desistían de restarle importancia.

» Muy bien, eso es lo que quieren… —Emilio empuñó su espada hacia el cielo y los godines se asustaron con tenebrosidad. El que sostenía a Janett acercó más su daga, aunque se detuvo al observar que Emilio había arrojado su espada muy lejos, la lanzó para que no tuvieran sospecha de su honorabilidad.

» Ahora —se puso en posición de batalla con los nudillos al aire—, vengan de a uno. A todos les atenderé sus reclamos.

El godín más contiguo asió su cuchillo y fue directo a cercenar a Emilio mientras el otro le seguía el rastro para vigilar los movimientos de la confrontación. Se detuvo al metro de distancia, al observar a Emilio rígido y enfocado como gallo de pelea, sin pestañear. Emilio y los dos godines caminaban de lado a lado para no quedarse estáticos. Al instante, el primer y valiente godín, apuñalaba con su cuchillo a los espacios adyacentes del caballero, con tal de lograr acertar por sorpresa. Estaba aumentando la pesadez del aire y aunque Emilio se mostraba sereno, jamás desistió de Janett.

El segundo godín, del desespero, fue al frente. Y en un segundo, Emilio, esquivó el fallido intento de corte. Logró golpearlo por el costado del estómago con picardía y atestó un puño con su otra mano a la mandíbula del godín, que quedó despatarrado en el suelo de inmediato. En ese corto momento, el otro godín aprovechó la situación e incrustó su cuchillo en parte del brazo derecho de Emilio que, sin inmutarse, tomó del metal con sus dedos desguarnecidos, y sangrando desde ambas palmas, lo arrebató de las manos del godín. Janett abrió los ojos, confundida, y el alma le dio aviso de lo que acontecía.

Agitó su cabeza con velocidad y vio que al lado de ella estaba un godín que observaba a Emilio devastar a los suyos. Janett, de forma inteligente, aprovechó el desconcierto y, estando en el suelo, impactó con su pie a las partes nobles del godín raptor, que gritó fugaz como un salvaje, por conocer su inédito umbral del dolor.

En su destartalada acción, el godín no soportó la bajeza del golpe y sacó de su bolsillo trasero una bolsa raída de tierra extraña. Janett, intentaba levantarse; pero le fue inútil, todavía seguía debilitada. El godín, con sus dedos enanos, sujetó gran parte de aquella sustancia como si fuera un montón de arena y se la echó a Janett en la cara, quien sollozó de dolor al tener sus ojos abiertos.

—¡Mis ojos! —gritó Janett, tapándose el rostro con sus brazos. La situación era crítica, porque el godín había tomado la daga que se le había caído por el golpe, y se dirigió hacia Janett para matarla sin consentimientos.

—¡Argh! ¡Maldición! —gimió Emilio, con desgarro. La sorpresiva daga del godín raptor, se había escudado con su espalda luego de saltar antes evitando que Janett fuera cortada. El godín, quedó perplejo al presenciar la defensa tan inhumana de Emilio. La daga yacía en su espalda, y Emilio, con una respuesta casi sobrenatural, extrajo la daga con restos admirables de fuerza y miró con furia al godín.

—¡Si no te largas de aquí te clavaré esto directo al corazón! —enseñó la daga con insania mientras goteaba su propia sangre.

El godín raptor, entendió con claridad y pavor, tomó su bolsa de tierra extraña, y se marchó corriendo lo más rápido que pudo con sus compañeros heridos. Apenas se marcharon de su vista, Emilio, fue a parar arrodillado al suelo sosteniéndose con el codo en la grama. Comenzó a respirar entrecortado porque reconocía muy bien que estaba bastante malherido. Una hemorragia había comenzado a manar de su espalda.

—Emilio. ¿Qué sucede? No veo nada —expresó Janett, angustiada—. ¿Estás bien?

—Sí… ya se fueron… —respiró hondo—, los enemigos…

—Espera… estás extraño —Janett se acercó a Emilio gateando como una bebé guiada por el sonido de su voz y tocó su espalda, reconoció el hedor de la sangre fresca con experticia.

—Dios mío, estás mal… Tenemos que llamar a un médico urgente.

—Tranquila… Está bien —dijo Emilio, casi sin fuerzas. Janett, exasperada, quiso abrir sus ojos y no podía. Le ardían con saña. ¡No! ¡Nunca va a estar bien! ¡No te dejaré morir aquí! ¡Ni te lo pienses! —gritó acalorada e indignada. Emilio la escuchaba mientras terminaba de caer al suelo, estaba perdiendo mucha sangre.

—¡Auxilio! ¡Auxilio, tengo un herido! —vociferó Janett con todas las fuerzas que le restaban. Emilio, le escuchó con simpatía.

—Todavía sigue siendo tan buena… Será una reina única.

—No digas eso. No vas a dejarme aquí, porque si seré reina… tendrás que verme —dijo Janett, casi llorando.

—Bien… entonces buscaré la forma de escapar del más allá cuando tenga que hacerlo.

—No, solo te escaparás del castillo de mi padre mientras lo cuidas, porque hoy vas a vivir. Es una orden —expresó Janett llorando y decidida en hacer vivir a su caballero de oro como le fuera posible.

—Está bien… sus órdenes…, son mi ley —Emilio retuvo sus escasos respiros con más cautela y concentró sus dolores a más no poder, sabía que su salvación dependía de un milagro... y en aquel pequeño cúmulo de esperanza amontonada, apareció un carruaje con dos caballos blancos. Emilio, sonrió para sí y se dijo: «Jane… si sobrevivo, prometo cuidarla con mi nueva vida si es necesario, y

nunca le abandonaré porque desde hoy, me ha obsequiado otra».

Bajaron del carruaje dos caballeros exploradores del pueblo de Virginia y subieron a Emilio y Janett con mucho cuidado. Se los llevaron a la Clínica Central de los Robledos de Herminda —que era la más cercana—, lo más rápido que pudieron.

(…)

—¡Doctor! —Corrió el rey impacientado, similar a un estudiante relleno de insomnio. Y mientras se acercaba más, preguntó de nuevo—: ¿Cómo están? ¿Cómo lo ve?

—Le tengo buenas noticias. El caballero está fuera de peligro. Gracias a la aparición de aquellos hombres pudo ser atendido a tiempo. Pero su condición es crítica, perdió demasiada sangre. Sigue vivo por su valentía. Es muy fuerte.

—Mi hija… ¿Cómo está ella?

—Muy bien, tuvo cortaduras leves y se recupera sin daños.

El rey entendió la situación, pero le fue inevitable hacer otra interrogante:

—¿Sus ojos? ¿Están bien?

—¿Sus…? —se mantuvo en pausa el doctor—. ¿Por qué lo pregunta? Pensé que el estado de ambos era la prioridad.

—Lo que ha de ocurrir es que mi hija sufrió de ceguera antes de su nacimiento, y recuperó la visión gracias a una intervención… me encomendaron cuidar sus ojos al menos hasta la mayoría de edad. Dígame por favor que están bien, se lo suplico.

El doctor, cambió su rostro sin despeinarse y asintió lamentándose. El rey, le observó con desavenencia y comprendió lo que trataban de decir sus ademanes. Cerró su puño con la impotencia de un hombre incapaz de hacer algo por los suyos.

—Señor rey… Su hija fue objeto de un extraño polvo de cobrizo que contenía paja, afortunadamente ya fue retirado de su visión gracias al oftalmólogo general; sin embargo, es irreversible. Lo lamento, hicimos todo lo que pudimos.

—Comprendo —relajó su brazo empuñado, y respondió en sosiego—. ¿Es inalterable su condición?

—En mis años de experiencia, lo certifico.

(…)

—En ese tiempo trabajaba en la Clínica de los Robledos de Herminda, pero por atender con acritud las gravosas heridas del caballero Emilio, el rey me contrató para elaborar funciones de enfermería para los hombres de guerra en su reino. Don Emilio estuvo a minutos de morir, fue muy afortunado.

—Entiendo… —dije divagando por el aire. Janett, había perdido la visión por un desdichado acto de defensa propia, aunque realmente no me importaba demasiado conocer sobre su lamentable historia, porque estaba muy herido para seguir escuchando sus cosas, aunque la amara con la severidad y castigo del alma.

—¿Es raro no? Creo que sí… —me preguntó Lucy, que se contestó sola sin que le dijera algo—: A veces crees que tu vida será en un sitio que pensabas, pero al final viene el destino y te cambia los planes. Traspapela todo y se vuelve un completo desorden.

—Cierto, es verdad… —afirmé por amabilidad, la verdad ya no estaba ahí. Mis pensamientos pertenecían al patético dolor de los corazones rotos.

—Ten esto —Lucy subió su mano para entregarme lo que sería unos medicamentos, también me obsequió una toalla y un cuadro de ilustración que tenía el primer castillo construido de los Olivos—. Cuídate y vuelve pronto.

Asentí con la cabeza y partí rumbo a la salida de los Olivos, me sentía sin ánimos. El día, proveía atisbos de apagarse con una imponente nubosidad de lluvia. Después de leer la respuesta de Janett, había botado su carta del dolor en la basura de la enfermería. No quería tener en mis manos una sentencia de muerte para lo poco que sobraba de mi corazón. Y cuando empecé a caminar para irme, una chica apareció ante mí, nunca la había visto. No le presté atención y seguí mi curso; sin embargo, un curioso saludo de su parte hizo perturbar mi destino. Al verla más de cerca, admiré que tenía un largo vestido color marino y un cabello rizado que le tentaba casi hasta la cintura. No era una chica realmente, era una niña vestida como princesa.

—¿¡Oye por qué te vas!? ¿No te quedarás? —me preguntó, en un aparente estado de tristeza suscitada.

—Tengo que irme, no es bueno estar aquí.

—¿Por qué? Déjame al menos saber cómo te llamas, por favor, no deseo que un visitante nos abandone tan pronto.

—Mi nombre es Claude.

—¡Mi hermana me ha contado sobre ti! —expresó emocionada y revuelta de júbilo, no entendía nada.

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho? —le pregunté buscando conversa. Janett hace algún tiempo me había dicho que tenía una hermana menor, y creo que la había conocido.

—Que eres muy importante en su vida y que nunca te va a olvidar.

—¿En serio? —expresé incrédulo, no sabía cuál era el siguiente nivel que seguía después de escuchar tantas cosas bárbaras, porque no creía en nada de lo que me decían en aquel lugar.

—Sí, ella me lo dijo.

—Bueno… creo y parece que ya lo hizo.

—No, jamás. Janett no es de esas… —expresó con una confianza inequívoca. La verdad me hubiera encantado creerle, pero la carta que me había escrito era directa y sin anestesia, Janett no me amaba y ni siquiera tuvo el valor de decírmelo en persona—. Lo juro, ella no es así —volvió a decir, defendiendo el honor y nombre de su ilustre hermana.

—Gracias de todos modos, pero la verdad me quiero ir. Me siento muy mal aquí.

La niña, me vio con los ojos encharcados, y sentí que tenía que quedarme un poco más. Pero mi corazón solo pedía una cosa irrefutable: vete y no te lamentes por el ayer.

—¿Por qué lo quieres hacer? —preguntó, entristecida.

—No aguanto un segundo más —pensé en solitario—. «Lo siento niña… No tienes la culpa de nada, pero no deseo volver aquí… No más».

Di la vuelta hacia el otro lado y continué mi camino. Ella solo me vio irme, sin decir una palabra diferente a las que había dicho. No me sentía mal por haber sido un maleducado que ni siquiera se despedía, pero suficiente tenía arrastrando las partes rotas de mi espíritu por todo el sendero de hierbas marrones y resplandecientes.

Antes de salir por la puerta, me entró una debilidad al cuerpo, porque presencié a otra persona que entraba a las murallas y su cara se me hacía conocida. Me absorbió el miedo y un temor renaciente. Era el protector que nos había dado la paliza a Travis y a mí cuando éramos niños de juegos pesados.

Aquel hombre de rabia rebosante, que en ese momento regresaba con uno de sus compañeros de armas, me observó y ni se chispeó, parecía como si nunca hubiera existido para él, o quizás ya había crecido lo necesario para ocultarme entre el brillo de la adultez. Tragué amarga saliva y avancé lo más que pude, sonreí melancólico y sopesé las palabras más crudas que guardaba desde la primera vez que abandoné el castillo.

Había empezado una lluvia farsante que no me entraba en la piel sino en el alma, y me di cuenta que jamás pertenecí al castillo, porque era un fantasma inerte para las personas importantes, era un pedazo de historia que no había existido con tinta; algo desapercibido y de poco recuerdo… y eso, me quemaba por dentro en cada espacio visible y acechado de mi ser.

Había dejado mi corazón en ese frío, mojado y empantanado lugar; desquebrajado y lloroso, después de haberme entregado a unas ilusiones revienta estómagos que no se cumplieron.

Decidí crudo que nunca volvería al castillo a menos que Janett, o el mismo rey lo pidiera de vuelta. Tenía que terminar mis días con un

vestigio de honrosa dignidad, la que había perdido desde mi regreso al Olivo.

Capítulo 41.

Dos días después.

—Hija… ¿No tomarás el reinado? —le volvió a preguntar el rey a Janett, que estaba sentada en una de las sillas de su dormitorio. Había llegado el día anterior luego de completar su curso como reina.

—Padre, ya lo dije y no pienso repetirlo, no seré reina. Si tomé ese curso fue para complacerte, ¿quién te ha dicho que quiero ser reina, cuando desde siempre lo he rechazado?

—Pero… si no haces posesión tendrá que tomarlo Teresina —expresó disgustado. El rey caminaba en círculos alrededor del asiento de Janett sintiéndose impotente. A pesar de la negativa insistencia, era un total caballero que respetaba las decisiones de su hija.

—¿Y? Me parece genial que lo tome, es mejor. Teresina desea ser reina.

—El problema es que no podrá serlo, apenas tiene 12 años. Es muy joven para tomar la batuta.

—Tengo 16, ni siquiera soy mayor de edad, ¿qué te haría pensar que conmigo será diferente?

—Porque eres una mujer de decisión, contienes dureza y eres inteligente. Lo harías mejor que tu madre.

—Eso no dice nada. Lo lamento papá, pero no quiero ser reina, no lo deseo ahora ni nunca, no es mi sueño. Deberías preocuparte en otras cosas conmigo, como, por ejemplo, en ser más atento y no aparecerte una vez al mes para hacerme la misma pregunta.

El rey, inclinó su rostro y enseñó frustración, su remordimiento era invocado cruelmente por el fantasma de su pasado.

—Hija… yo te amo, y eres mi…

—No —respondió Janett, irrumpiendo—. A ti solo te interesa tu reinado, si me quisieras también estarías presente. No puedo ver nada, pero que no lo haga no significa que no pueda sentirte venir. Me has abandonado.

—Fueras reina… y estarías a mi lado hasta el día de mi muerte.

—No quiero eso. Un padre es un padre, un rey es otra legislación, podrás ser el mejor de los reyes, pero me has quedado a deber tu atención —expresó aburrida y un poco decepcionada.

—Lo lamento hija… —dijo con la mirada envanecida—. Ahora tu madre debe tomar el reino nuevamente… Ojalá fuera diferente algún día.

—Lo será, espera a Teresina que va en buen camino, y a mí, déjame ser libre que suficiente tengo con mi padecimiento.

El rey se acercó y le dio un cálido beso en la frente mientras se

angustiaba con el peso de sus errores. Algún día me encantaría volver a estar todos los días contigo, hija. Ojalá en alguna oportunidad pueda cumplir mis deseos más profundos, porque quiero tu felicidad —señaló acongojado. Janett, se mantuvo apagada e inmisericorde, su padre la amaba, pero había dejado de ser cariñoso luego del accidente. Era doloroso cuando lo recordaba, porque no fue la culpable de sus desgracias.

(…)

—Teresina ven, necesito decirte algo importante —expresó la reina mientras reposaba en el palco de reyes. Ambas estaban pasando un tiempo de calidad con invitados europeos. Era noche de fiesta y bebida, el rey y Janett no se encontraban presentes. Teresina se acercó sin problemas y le dijo:

—Dime. ¿Qué sucede mami? —la reina se le acercó con cuidado y le susurró al oído:

—¿Viste a un chico llamado "Claude" hace unos días? —le preguntó, impacientada.

—Sí, claro. Jane me contó de él y lo vi venir porque se fue muy triste… ¿por?

—Ah, entiendo —dijo aplacada y satisfecha—. Entonces te diré una cosa, pero no se lo cuentes a tu hermana, por favor.

—¿Por qué?

—Puede ser peligroso y ella podría dejar el castillo como lo hizo ese día que perdió su vista. Necesitamos tener controlada a tu hermana. Ya sabes que sufre episodios de depresión.

—¿De verdad? ¡No puede ser! —dijo sorprendida cuando ocultaba su boca con ambas manos. Teresina era muy ingenua y le creía todo a su madre.

—Así es… y por nada en el mundo le vayas a decir que viste a ese chico. Es mejor que no sepa nada por su seguridad. No queremos que Jane caiga en otra tristeza profunda. ¿O lo quieres?

—No mami. Amo a mi hermana y no permitiría que algo le hiciera daño.

—Bien hija, te felicito por tener la conciencia y capacidad de ver a través del bienestar de tu hermana. Te amo —le dio un beso en la mejilla y la abrazó muy fuerte.

—Yo más. Debemos cuidarla, Jane es la princesa —la reina al escucharla, desvió su mirada hacia el vacío, y sintió un gran yerro penetrando su piel. No obstante, dejó el abrazo a un lado y continuó con la reunión saludando a varios funcionarios británicos mientras tomaba una copa de vino blanco proveniente de los viñedos chilenos.

(…)

Janett no se había trasladado a ningún otro sitio desde su llegada. Estaba impasible en su sitial de madera refinada con la ventana abierta y ambos codos apoyados en el alfeizar, mientras un gran viento soplaba y enfriaba la habitación de noche. En eso, el caballero Emilio tocó la puerta con una exclusiva forma de tocar que solo Janett reconocía.

—Avanza, tengo días esperándote.

Emilio abrió la puerta y entró atolondrado. ¿Cómo le fue por allá? ¿Cómo estuvieron los chicos europeos? —le preguntó con interés. Ocultó su atención con una risa indivisible para Janett

—Vengo de un viaje extremadamente largo, ¿y piensas si conseguí novio?

—No, no pienses mal. Es una pregunta rutinaria. Para colocar calor a la conversa.

—Me parece una pregunta muy inútil, suficiente tuve con las de papá.

—Lo siento Jane, soy un oyente para usted. ¿Qué sucede?

Janett se levantó del sitial, caminó un poco y se detuvo frente a uno de los espejos que estaban al borde de su cama, quería sentir un poco de paz consigo misma y aligerar la intensidad de sus pensamientos. No lo tomes mal… —dijo reposada—. Pero odio estar aquí. Desearía desaparecer para siempre.

Emilio, posó sus ojos desentendidos en el dolor interno de Janett, y aunque conocía muchas cosas, no era capaz de decirle nada por una promesa que había hecho con el rey. «Emilio, se lo suplico —imploró el rey—, que nunca Janett se entere de esto», «¿Por qué? ¿La reina le obligó a guardarse esta injusta decisión en contra del joven Claude?», «Sí, lamento profundamente usar mis dominios con usted, pero sé que contiene intimidad de confianza con mi hija; sin embargo, no le cortaré la lengua a plenitud, si ella le pregunta sobre él, cuente todo inmediatamente. Solo de ese modo se lo permitiré».

—¡Emilio! —vociferó Janett con indignación. No le había prestado atención.

—Disculpe Jane, me perdí en mis pensamientos.

—Es raro que te ocurra. ¿Qué cosa fue?

—Pensaba en palabras de su padre, el señor rey, sobre decisiones trascendentales para el futuro del país

—Comprendo… —dijo Janett—. La verdad, yo solo deseaba a alguien que fuera un apoyo en mi vida.

—¿Y él no lo era? —preguntó a la mesa, en un intento por querer mencionarlo.

—Sí… pero prefiero no hablar de eso.

—Entiendo… —Emilio reflexionó sobre lo triste que se sentía al no poder contar absolutamente nada, pues le debía primero honor al rey, y luego en segundo lugar, a Janett. Eso lo frustró todavía más, porque reconocía con excelencia que no podía cambiar el curso de la historia —. Entonces… ¿de qué desea hablar?

—Me siento un poco aburrida… —admitió mientras al mismo tiempo seguía caminando para ir hacia el gran ventanal abierto de su cuarto. El viento aún seguía entrando con libertad y sus cabellos zarandeaban los aires.

—¿Por qué?

Janett se detuvo a un costado de la ventana, colocó una mano en el marco y dejó su rostro a la intemperie de los vientos nocturnos.

—No quiero estar más en este castillo.

—¿A dónde irá, si no desea estar?

—A conocer todo el mundo que existe después de estas murallas —encumbró sus brazos e hizo un arcoíris con las manos. Emilio, la observó decidido.

—Lo conocerá, no lo dudo.

—¿Crees que volverá? —le preguntó con el corazón en la mano. Era una curiosa interrogante para el caballero. Janett tenía los sentimientos a flor de piel y no quería escuchar otra cosa que no fuera una buena respuesta.

—Jane… la vida da tantas vueltas, que parece un huracán lanzado con fuerza en el mar.

—¿Cómo es eso?

—Es sencillo, si el huracán sabe girar con denuedo a través del agua, nunca se hundirá. Pero si no contiene intensidad, se perderá en las profundidades. La vida es así, coloca la fuerza de las vueltas y les otorga su medida exacta.

—Está bien… creeré en lo que tenga que venir —dijo con el mínimo anhelo que le regalaba la brisa que retozaba sobre su rostro. Janett, a pesar de ser fuerte y helada en la adversidad, era una chica con el alma de una niña que creía en imposibles; aun así, fuera lo último que creyera bajo la protección de su ternura. Emilio la vio con una sonrisa de medio lado y supo que no podía concebir más por ella.

Capítulo 42.

1995, Mississippi.

Más de un año había transcurrido y parecía que el tiempo volaba después de los dieciocho. En el trabajo, me sentía más genial que nunca. Estaba esperando a papá en la cafetería del parque porque me tenía una noticia increíble, y no dejaba de pensar que la vida por fin tenía un color más fresco y brillante comparado al del pasado. Me había costado mucho tiempo superar los golpes que había vivido. Papá apareció sonriente, se sentó en la silla que restaba y abrió los ojos con la impaciencia de un abogado deseoso en querer soltar sus verdades, aunque detuvo sus gestos afanados para pedir con señas una bebida achocolatada. Apenas lo hizo, dijo lo que no podía contener:

—Hijo… ¡Te van a ascender!

—¿Qué? ¿De verdad? —pregunté emocionado y conturbado a la vez. Un ascenso era lo que había estado buscando hace tiempo.

—Sí, hijo, el sr. Jonds te quiere como coordinador de operaciones. Te triplicará el sueldo y el horario será por las mañanas. Es una hora antes de lo habitual, pero… ¡tendrás toda la tarde para ti!

—Papá… ¡No puedo creerlo! —me levanté del asiento y fui a darle un importante abrazo con palmas en la espalda. Papá había sido mi principal fuente de trabajo y el jefe observaba con buenos ojos mis esfuerzos. Era un sueño hecho realidad.

—Hijo. Bien hecho, buen trabajo —nos distanciamos y ahora no podía dejar de sonreír. Había llegado la bebida de papá y le agradeció a la mesera—. Ahora es tu turno de decidir qué quieres. Con tu sueldo puedes pensar en cosas más grandes.

—Sí… son tantas cosas que quiero, que no sé por cuál comenzar.

—Primero ten tranquilidad, aún el puesto no está listo. El sr. Javiero tiene que terminar unas asignaturas y te lo entregarán.

—¿Cuánto tengo que esperar?

—Probablemente unas tres semanas, y con eso podrás iniciar tu nueva vida hijo.

—Qué bueno… entonces esperaré tranquilo.

—Así es —dijo—. Hay otra cosa que quiero decirte: ¿Has salido estos días?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a… —me hizo un cómico ademán, pero no le entendí hasta que habló—. Socializar, conocer amigas nuevas, tú sabes… los jóvenes lo saben todo.

—Ah, claro, por supuesto —dije con timidez. Lo había comprendido

a la perfección—. Papá, pues que te digo… Juan Pablo ha sido muy fiestero y Cortés ya tiene su familia. Y no soy de un bando ni del otro. Juan Pablo solo busca llevarse chicas a la cama y Cortés quiere es que vaya a su casa a conversar como compadres, así que lo único que hago es quedarme en casa descansando.

—¿Y una novia? ¿No has pensado en una?

Quedé pasmado ante sus palabras, y cuando le iba a responder, reiteró:

» Hijo, igual tranquilo, eso viene cuando menos crees. Sé que vienes de algo difícil y me parece muy prudente de tu parte tomar un tiempo. Eso es de varones, y tú eres uno mejor que yo. La que venga a ti debe ser maravillosa.

—Sí, igual… no me preocupo por eso, todavía soy muy joven y no creo que vaya a quedarme viejo y solo.

—Díselo al sr. Roberto, eso decía en su juventud y míralo, es el viejo solitario.

—¿De verdad? Yo pensé que tenía esposa.

—No, nunca la tuvo por desaprovechar sus días con mujeres, ya sabes, lo que busca Juan Pablo.

—Con razón siempre ha sido tan ácido con sus comentarios…

—Pero el problema no es él, eres tú. Conozco a una chica que quiere conocerte, le pareciste lindo cuando le mostré tu foto.

—No papá… Será una broma.

—Mírala, me vas a creer —sacó una foto de su cartera y me la entregó—. Dijo que te la diera si le parecías agradable, es buena mujer, trabajadora e interesante, deberías conocerla.

Observé la foto y verifiqué las palabras de papá, era cierto. Era muy bonita, demasiado para lo que esperaba.

—Déjame pensarlo… que las cosas para mí son diferentes al resto.

—Dímelo a mí, hijo, que esperé años por tu madre… tómate el tiempo, aún estás joven.

Papá aceptó, se le veía la intención de querer despojarme del mal recuerdo que cargaba. Pero se me dificultaba sobremanera imaginar a alguien que fuera diferente a ella, quien había sido lo más especial de mis días en el Collado. Y aunque no me había valorado como hubiera deseado, sentía que merecía respeto. Todavía no lo sabía, pero en aquel momento aún mi corazón estaba enlazado con el de ella. A veces, estaba loco, porque me bebía los imposibles como si fueran agua de cañería en un desierto.

El día fue planeando hasta caer la noche. En aquel espacio nocturno, había quedado de encontrarme con Juan Pablo y Cortés para una reunión de amigos. No tardé mucho en comentarles la buena noticia de papá, y cuando saqué la foto de la mujer, Juan Pablo la raptó de mis manos y la observó de cerca.

—Uf, esto es de lo que te hablo primo… Una mujer de cinco estrellas. ¿Y se fijó en ti? Definitivamente el mejor premio siempre lo reciben los tontos —Cortés se reía al tiempo que veía la foto y admiraba su belleza. Se contuvo en decir halagos por la presencia cercana de su esposa.

—Oye, devuélveme la foto —expresé malhumorado mientras hacía el intento por recuperarla, era inútil. Juan Pablo era muy ágil de manos, y yo, torpe de reflejos.

—Espera, ¡déjame ver un rato más a este mujerón! Te la entregaré pronto.

—Amigo, deberías darle una oportunidad —expresó Cortés en voz baja, viendo de reojo que su esposa se había ido al baño—. Hay bendiciones hechas personas, y si no las tomamos, se nos escapa el tren.

—¿Tren? Eres un pendejo si la dejas ir —admitió Juan Pablo crudo y sin filtros. Sus palabras eran más claras que la caída de una catarata llena de peces brillantes.

No dejaba de pensarlo y, sin embargo, reconocía que debía darle una oportunidad, porque era un hombre que, tarde o temprano, jamás podría huir del amor que el destino le estaba preparando.

(…)

Los Olivos, palacio real.

—¿Debo volver a repetírtelo? Ya he dicho en reiteradas ocasiones que un “no” es mi mejor respuesta. No encuentro cómo mejorarla para que por fin lo aceptes.

El rey la observaba cabizbajo y con la mirada desahuciada. Tenía evidentes signos de frustración en el ceño. No entiendo por qué sucede esto… —dijo derrotado. Janett le percibió con el ánimo fuerte y razonado.

—¿Qué cosa?

—Nunca quieres aceptar lo que he guardado para ti desde antes de tu concepción. Es el regalo más grande que como padre puedo entregarte… y lo desprecias como si fuera una comida descompuesta lista para echarse a los desperdicios.

—No tengo objeción en tu ejemplo, pero muy bien te he conversado sobre esto, y no es mi destino terminar dirigiendo las riendas de este castillo amurallado.

—Tienes la edad casi indicada para dirigirlo, en unas semanas cumplirás dieciocho y la madurez que contienes es todavía mayor. No

entiendo por qué la vida no viene a entregarme el regocijo que requiero en una aprobación tuya. La paz no habita en mí. Porque no sabes cuánto deseo con el alma verte como la reina total de estos muros, y no solo de aquí, sino también de todo un país que estaría en tus manos.

—Si he madurado más, no ha sido por mi edad o mi forma de vivir, que de por sí es muy monótona, como bien sabes —Janett se encogió de hombros, haciendo referencia a su ceguera—. Sino porque he sido infeliz aquí, no sueño mis días en este sitio y menos hacerme cargo. Son cosas que personas como tú y mamá… —el rey le interrumpió con autoridad.

—Los más aptos para gobernar, nunca gobiernan. Es una condición que se cumple contigo y me entristece.

—No creas que una cara de cordero degollado me hará cambiar de opinión, simplemente no lo haré. No importa qué clase de truco o recurso temporal utilices contra mí, la última mujer burlada fue Eva cuando tomó el fruto prohibido y no seré la segunda de esa extensa lista —enfatizó al final, sarcástica—. No me parece verte aquí como un buen padre cuando has sido una poderosa razón para comenzarme un nuevo dolor de cabeza.

—Está bien… —aceptó el rey impotente y abatido—. Seguiré esperando el momento de Teresina. Lo postergaré hasta una nueva escogencia. Debemos forjar el inicio del futuro.

—¿Hasta cuándo decidirás esperar? Porque conmigo no cuentes, dale tiempo a Teresina y te acompañaré de manos como la hija que soy en este espacio tan miserable.

—Duele sentir el dolor de tus palabras. Sabes que he de buscar tu bienestar y días ideales para ti.

—Lo ideal, sería que estuvieras todos los días. Aquí, acompañándome.

—Hija… algún día me tendrás. Te veré siempre.

—Llevo años esperando un día que no llega, y no necesito verlo para identificar que no llegará, mejor puedes marcharte a seguir con tus disposiciones. Tienes mucho que hacer.

—Lo lamento… y me disculpo con la congoja del alma, ojalá supieras que mi amor por ti atraviesa más allá de estas murallas. Hasta el mundo se queda corto para lo que te amo, hija mía… —el rey se acercó y le acarició el rostro mientras lo protegía en su pecho.

—Yo también te quiero —susurró, con un vestigio de culpa—. Cuídate.

El rey le depositó un beso en la frente y se marchó para cumplir con las labores que le correspondían como monarca de los desguarnecidos. Al salir, Emilio apareció de entrada.

—Jane, ¿qué sucedió? —preguntó alarmado, el rey había salido

devastado.

—Salió a decir lo mismo de siempre.

—¿Qué debería desistir de ser tan malcriada?

—¡No! ¿Cómo te atreves? —expresó Janett en fase histérica. Emilio, intento apaciguar con ademanes reforzados.

—¡Era algo para calmar los ánimos, por supuesto que le entiendo! ¿Qué le dijo? —Janett tomó un hondo respiro y se aferró para sentarse con fuerza al sofá donde siempre reposaba.

—Volvió a postergar el nuevo monarca del Olivo, de forma provisional porque Teresina no tiene la edad apta para gobernar.

—Eso es entendible… pero, le siento un fastidio… ¿Por qué lo dice así?

—Es mi padre el culpable, no logra entender que mi destino no es aquí. No merezco ser algo que no quiero. No sé cuántas veces debo decírselo para que lo entienda. He pasado más de un año encerrada en estas murallas porque no me dejan salir. Es un desastre y me siento abrumada —exclamó Janett con la fuerza del dolor, sus uñas se ahincaban con resignación en el tronco tallado de su silla. Janett, odiaba su vida en el Olivo, y aquel sentimiento era más progresivo con el paso del tiempo.

—¿Qué propone para que sea diferente?

—No entiendo.

—Jane… es que usted es muy diferente de cualquier mujer, e incluso me atrevería a decir que cualquier persona —Janett escuchaba con atención a Emilio, que proseguía como si fuera el consuelo idóneo para sopesar sus tormentas de encarnada desolación.

» Alguien promedio de este país y hasta del mundo entero desearía ser usted en este momento —explicó, con sinceridad—. Valore un poco lo que es, porque, aunque no pueda ver, es capaz de sentir. Su padre; el rey, le ofrece desesperadamente ser reina de un reino increíble… porque gobernar a los Olivos es una fortuna codiciable para cualquier ser de la existencia, es poseer lo más añorado de América. Ser reina también es lo que han soñado las mujeres que antes eran niñas… y saber que usted desprecia esa oportunidad, la hace competir en el puesto de los diferentes, o… con todo su respeto —tosió, falsamente—. Los tontos que desperdician el número ganador.

Janett asintió con sosiego las palabras de Emilio y le respondió sin pelos en la lengua:

—Seré sorda para ti en lo último que dijiste porque tienes razón, pero estas cosas de reinos y demás protocolos rudimentarios no son para mí, tal vez esta época esté anticuada y todo el reino contenga un vejestorio de costumbres y reglas que son el fin de un nuevo camino.

Deberíamos imitar al norte que son liberales y cambian su realidad. Nos despojan estos estereotipos nefastos. ¿Sabes? Quizás esa es la vida que anhelo, ser un alma libre.

—¿Qué clase de libertad desearía? ¿En qué puedo servirle? Muy bien sabe que mi existencia le pertenece… —expresó Emilio con tono de caballero, deseoso de cumplir los deseos de su superiora.

—Tú… me ayudarás con eso.

—¿Yo? ¿Cómo? —se preguntó anonadado, primera vez que Janett le había descubierto de ese modo.

—Iremos a recorrer el mundo, porque serás mis ojos. No tengo acompañante, pero creo que serás una buena lumbrera para la oscuridad que habita en mí.

—¿Cree que seré capaz de alumbrarle el camino? —preguntó, enrarecido de pensares.

—Ya lo has hecho por años como nuestro hombre más importante, esto será como un juego de niños para ti.

—Puede ser… —expresó Emilio totalmente perdido y distorsionado de la existencia, no tenía la menor idea de cómo hacerse un par de ojos para Janett. Y mientras se quedaba pensando en más cosas, ni siquiera pudo responder, Janett había sentenciado:

—Comenzaremos pronto, hoy descansemos.

Capítulo 43.

—Emilio… ¿Viniste solo? —susurró Janett al aire desde el palco mientras Emilio volvía hacia ella. El cielo estaba en penumbra y apenas llegaba el alba a paso lento pero inevitable.

—Sí —afirmó, somnoliento. Emilio todavía usaba un gorro para descansar y el calzado para dormir. Janett, le había ordenado estrictamente encontrarse temprano sin que nadie supiera, iban a conversar para trazar el plan del día siguiente. El silencio en el Olivo era apremiante en cada rincón. En lo recién del día, el reino amurallado parecía la copia idéntica de un pueblo fantasmagórico y huérfano. Había neblina en altas concentraciones, las nubes eran escasas y la luz del cielo vislumbraba un nuevo camino hacia la libertad.

—Bien, te noto cansado. ¿Comiste algo?

—¿Le soy sincero? —dijo Emilio con sentimientos de culpa.

—Siempre puedes, dime —Janett se sintió culpable por la cita temprana con él. Emilio trabajaba de día y noche. Tenía extensos horarios de trabajo que a veces eran de diecinueve horas sin parar, y también venía de semanas defendiendo al reino de los pueblos rebeldes del sur.

—Me importa un carajo si muero de hambre o sueño —aseveró rudo—, su felicidad y complacencia es lo primero.

Janett enseñó una larga sonrisa y Emilio continuó:

» Es cierto, no sé por qué la risa. Me hiere con destreza —expuso Emilio mientras bostezaba con hondura. El sueño le respiraba en la nuca.

—No se distraiga caballero, que el mar benevolente no hace un buen marino —expresó con aires de sabiduría—. Me había contado la noche anterior que podía haber alguien bueno para mí… siento que lo pertinente es tomar su petición con responsabilidad. El alba es buen síntoma para ser responsable.

—¿Cree que estoy en lo cierto? —preguntó, sorprendido. Días antes le había mencionado sobre un príncipe desconocido de uno de los reinados coloniales del príncipe Sauberio: un joven enigmático y bien portado que hacía sus días en los Robledos de Herminda, su reinado residía en las playas del norte con cercanía al mar del Caribe.

—No lo sé, pero puedo sentir tus deseos por hacer que cambie de tren. Disfrutaría mucho que me dijeras un poco más sobre ese hombre que sugeriste.

—Podríamos hablar de esto en cualquier otro momento. ¿O quiere que sea aquí?

—Por eso te cité a esta hora, mis padres duermen y la mayoría de las fuerzas están en vanguardia. Es el momento adecuado para que

digas algo más privado.

—Entendido —dijo curioso—. No sé ni cómo empezar —añadió, atareado.

—¿Cómo es él? ¿Qué hace? —dijo ansiosa, era raro admirarla de ese modo.

—Tiene una fundación para los damnificados de la guerra de Sonora y los pueblos virginales. Asentó un reino con honestidad y respeto por el prójimo en base a un trato digno, y comparte sus bienes para los decaídos de espíritu.

—¡Vaya! Hace cosas interesantes…

—Sí… —respondió tardío—. Lo increíble es que contiene juventud y ya lo he conocido, estuvo de turno en los días críticos que tuvimos hace semanas. También es aprendiz de escandinavos o, mejor dicho, fue entrenado por uno.

—¿Y qué esperas? —preguntó Janett con sobriedad.

—¿Qué cosa tengo que esperar? —contrapreguntó con dudas inusitadas.

—¡Para presentármelo! —dijo diáfana—. Alista los caballos con el conductor y vamos a visitarle con cordialidad. Capaz ahora esté entrenando con sacos y entregando beneficencia a los escasos de recursos.

—¿Tan temprano? Apenas está iniciando la mañana… —se excusó Emilio, no deseaba viajar tan lejos para solo obsequiar contados saludos a un conocido de la guerra con buena carta de presentación. También quería dormir.

—Si es un verdadero príncipe americano de esta era… debería estar mínimo despierto. ¿No crees? O será un charlatán con traje abotonado y en armadura de aluminio.

Emilio apreció la observación de Janett y aceptó sus palabras, no había verdad más cierta del tamaño de un cielo dibujado por la montaña más alta.

(…)

Mississippi, un día antes.

Aquel día estaba asustado, creía que era una fantasía imaginar que le gustaría a una chica tan bonita. La fortuna tocaba a mi puerta y se aparecía como un inmerecido regalo, porque no reconocía la manera indicada de darle el valor que se merecía. Era una nueva oportunidad de oro para mi corazón, de querer seguir en sus andanzas de amar con el alma.

Me había puesto el pantalón de regalo del cumpleaños y una camisa de cuadros con colores azulados, tenía el pelo en orden y los dientes en su sitio, limpios y alineados. Me revisaba en el espejo una y otra vez para afinar los últimos detalles y el nerviosismo me arrinconaba por los costados de la piel. El carro de papá por fin estaba arreglado, podía disponer de él para ir y llevarla hacia donde quisiera.

—Hijo —dijo papá, que todavía estaba en *bóxer*, y desaliñado como un helado de ron con pasas—. Estate tranquilo y con confianza, eso les encanta a las mujeres. Uno debe demostrar templanza y ser un caballero todo el tiempo. Nada de ansiedad, nada de preguntas raras y siempre una sonrisa agradecida.

—Papá, es una cita, no un casamiento —dije entre risas, papá me sonrió enorgullecido—. Además, si no funciona, tendré otra oportunidad después.

—La vida es de estos momentos y hay que aprovecharlos. Si no vas por lo que te espera, ¿por qué esperar que te llegue? Mucha casa y confinamiento te tiene desprendido del mundo.

—Suenas a un orador motivacional. ¿Eres alguna especie de *coach* o lees libros para emprendedores audaces?

—He dado conferencias por el nuevo puesto que tengo —dijo sincero y de labios expresivos ante una segura verdad—. Pero no pienses que tengo un título, solo me dedico a dar lo mejor para ti y tu madre.

—Oye papá… —dije pensativo y con ganas de necesitar consejo —. ¿Por qué la vida no es cómo queremos?

—¿Estás leyendo libros de filosofía o algo por el estilo? —me preguntó con seriedad, no dudé en reír con repetición—. Es una pregunta tan complicada Claude, pero me iré por lo simple. Tu madre y yo nos amamos demasiado, eso creo que lo sabes, ¿no?

—No he conocido amor más grande que el de ustedes y soy afortunado de ser su hijo. Ver su historia, me inspira amar algún día.

—Bonitas palabras. Pero resumiendo —dijo con anhelos de zafarse de su idea venidera—, la vida hoy fuera perfecta si estuviera con tu madre, sería lo más soñado. Y saber que hoy sigo tan lejos de ella, pero a la vez tan cerca, me hace pensar que todo tiene sus espacios y destinos listos para ser vividos en un tiempo que será perfecto. Creo que Dios tiene que ver con esto, y no lo sé, muchas veces imaginamos cosas que desearíamos que nos pasen, pero la verdad es que solo están disponibles para mañana. La paciencia es la clave.

—Eso me asombra mucho… entonces, ¿este es mi momento de gloria? ¿Debo aprovecharlo?

—Vívelo como quieras. Una mujer bonita y buena no viene de la noche a la mañana, se trata del momento, pero no de pensárselo

demasiado, deja que las cosas te descubran y se sorprendan de lo que eres capaz de hacer con ellas. ¿Te parece?

—Genial —dije, sin más—. Creo que estoy listo.

Mi padre vio el reloj y casi bota el agua panela caliente que estaba tomándose. Mira la hora, ¡debes irte ya! ¡Las mujeres odian la impuntualidad! —pronunció, angustiado.

—Listo, ¡deséame suerte! ¡Iré con toda!

—¡Hijo espera! Me falta decirte una cosa.

—Dímelo rápido.

—Nunca te atrevas a dejar a una mujer en el limbo, el karma te lo cobrará con piel y sangre.

—Comprendido capitán —le dije enseñando los dientes con desagrado mientras me iba al carro. No quería vivir más incapacidades.

(…)

Había pactado con ella una salida al parque principal de la ciudad, para así conocernos mejor y no por imágenes. Discurría entre mis pensares imaginando lo que sucedería, y la ansiedad hacía una poderosa aparición en mis formas. Tenía todo bajo control. Andaba sin expectativas e igual asimismo deseaba con el corazón encontrar algo que moviera los hilos de mi destino. O tal vez solo soñaba disparates por ser un hombre con libertad de tiempo en el hogar. A fin de cuentas, mi padre era el culpable del alboroto que me tenía dispuesto a vestirme decentemente y a mejorar el léxico que conocía a rajatabla desde mi niñez. Debía cumplirle como un buen hijo y también ganar mi batalla contra esa baja autoestima que me hacía mella en la espalda.

Dejé el carro en la estación, y me arreglé el vestuario por última vez. El sol estaba calentando lo razonable y sentía que comenzaba una gran historia, cargada de todo lo ignorado que olvidaba y debía conocer cuanto antes.

Al llegar a la cafetería, ella fijó su mirada en mí mientras me acercaba y subió la mano para saludar con confianza. Levanté la mía para corresponder su afable gesto y con prontitud aparecí en la mesa. Ella se levantó de inmediato para acercarse a saludar y admiré su belleza desde una posición privilegiada: llevaba pantalones largos y negros, una blusa blanca que le dejaba enseñar un provocativo escote y unos labios rojos como la luna bajo un eclipse, era una bomba de belleza que no sabía que esperaba por mí.

—Hola, por fin te encuentro —Le di un beso en la mejilla con una arrolladora familiaridad, pero me senté tímido.

—Sí, eso creo que te lo debo decir a ti —dijo complacida con pequeñas risas mientras acomodaba su asiento—. Creo que no conocemos nuestros nombres. ¿Te gustaría presentarte de cero?

—Comenzar de cero es mi ley en estas tierras del norte —dije en un intento afortunado por parecer interesante, acerté con suerte.

—Me parece excelente —dijo sonriente—. Un gusto conocerte Claude, me llamo Jolina, pero puedes decirme Joli. Solo si quieres.

—Jolina suena muy bien, me quedaré con la primera opción, es más agradable. Siento que decirte Joli es como hacerte bebé cuando ya somos adultos —dije aberrado de verso—. Y oye, no me dejas la oportunidad de presentarte si ya te sabes mi nombre…

—Verdad, ¡qué tonta! —dijo apenada mientras tapaba su frente con una mano, su abundante cabellera se deslizaba por los aires como un monopatín—. ¿Me dejas comenzar de nuevo? —se le notaba más neurótica que yo. Por ello, decidí ayudarla sin pensarlo.

—Soy Claude Rivarola, un joven nacido en Rumpler y trabajador de las nuevas invenciones del Doradal. También puedo ser un ilustre narrador de las cosas primitivas del mundo y, en mis ratos libres, cocino unas papas a la francesa tan deliciosas que te quedarías con la boca abierta al verlas.

—Las papas no me gustan mucho… —dijo insatisfecha pero simpática. Le interrumpí al acto.

—Cocinaba… ahora ya no cocino más esas raras esferas achatadas, prefiero lo *gourmet*: ensalada y menos frito, ya sabes, para conservarse saludable.

Jolina sonrió y me vio con unos ojos de amor muy pronunciados e interesados. Pintaba de perlas para ser nuestra primera cita. Habíamos conversado todo lo que un par de desconocidos podían preguntarse y responder al instante. Hasta que, luego de aflorar la confianza a cabalidad, llegó el momento de la pregunta crítica. Nos estábamos riendo de un cuento infantil que había vivido cuando estudiaba en el kínder. Me había tropezado con una silla por haber saltado neciamente como un bebé con aparentes dotes de superhéroe. Y por querer superar la altura de mi profesor cuando estaba en pie.

—Eso es lo más alocado que se te ocurrió de niño… —respondió sorprendida entre risas florecientes—. Y de grande me imagino que las locuras serían mucho peores, como… por ejemplo, el amor.

—Sí… —admití con pena—. ¿Y el amor? —pregunté, curioso.

—¿No has tenido novia hace tiempo? O bueno, eso me dijo tu padre, disculpa si parezco una investigadora— dijo mientras se afligía, pensó haberse propasado.

—No, para nada. No creas algo que no eres. Pero papá no miente, he estado soltero desde que llegué aquí—aclaré, sin mentiras.

—Eso es especial y habla muy bien de ti… eres un buen chico. Eso me agrada demasiado.

—Gracias… supongo que lo soy —dije mirando hacia otro lado, con vergüenza. Jolina me ponía pálido cuando empezaba a decir cosas bonitas.

—Es la verdad —consintió con la mirada perdida—. Hoy los chicos de aquí son estrictos y aburridos, son buenos hombres, pero también tienen muchas historias con mujeres y eso me genera desconfianza, porque… ¿Cómo puedes querer a alguien que ya conoció al amor de su vida?

—Cierto… —Cuando ella me dijo eso, Janett corrió para darme un abrazo en el pensamiento, era un extraño golpe en mi cerebro.

—¿Pasa algo? —me preguntó Jolina con inquietud. Sus ojos me penetraban y querían descubrir mis estancias.

—Lo siento —dije sonriente y envanecido—. Es solo que tienes razón y me puse a pensar… ¿Cómo los hombres podemos amar a una mujer que ya no nos quiere? Es como si fuéramos maestros en perder el tiempo.

—Eso no es solo de ustedes, nosotras de tontas también lo hacemos. Somos especialistas en amar a un hombre que tampoco nos entrega amor. No estamos lejos.

—Eso me obliga a hacerte una pregunta —reiteré para salir del paso de la amargura de los recuerdos.

—Adelante —afirmó con cautivadora sonrisa.

—Cuando una mujer amó a un hombre… Ella de algún modo… ¿Le deja una carta para cuando vuelva? ¿Y saber que ya no lo ama más?

—Uhm… es más complejo de lo que parece. Pero creo que cuando una mujer ama de verdad, no lo deja de hacer. Si escribe la carta es para quien fue terrible con ella, o alguien que nunca quiso.

—Verdad… —Sus palabras me habían tocado para su fortuna, y era la memoria de mi verdad: no merecía recordarla, ni tampoco sufrir más por ella.

—Siento que sufres dolor en este momento —dijo Jolina, asertiva y preocupada.

—Hay una frase que dice: “Los caballeros no tienen memoria”. Prefiero guardármelo y espero puedas respetar mi posición —dije con decisión. Jolina, aceptó asintiendo con ternura.

» Y de tu historia… —volví a decir— ¿No existe ese hombre que ames para siempre?

—Lo hubo, pero me pasó un imprevisto que es muy difícil de explicar.

—¿Qué sucedió?

—Dejé de amarlo y me fui de su vida. Hasta el día de hoy no me

entero de si alguna vez lo amé tanto como parecía que lo hacía —Me habían congelado sus palabras, porque sentía que así pasó con Janett, al final, nunca supo cuánto la amaba, ni yo recordaba realmente si la amé como imaginaba.

—Y ante eso… ¿te sientes bien? —pregunté con rapidez.

—¿Te soy sincera? No quiero volver a recordarlo. Quiero vivir las historias distintas que tenga la vida para mí —me observó a los ojos con la sinceridad del alma, puesta en el brillo de su mirada. Le sonreí temeroso e incliné mi enfoque hacia lo contiguo… Jolina, era directa y coqueteaba sin decir una palabra que la hiciera culpable del interés que sentía... y eso, me hacía tan feliz como un pájaro volando por los aires despejados, siendo decidido en buscar un árbol de preferencia para posarse sobre él y regocijarse a placer.

Pocos minutos habían acontecido al reloj y Jolina debía irse a casa. Con disponibilidad y cortesía, dispuse del carro para dejarla en la puerta, y en medio de risas acaloradas y anécdotas graciosas, pronto el tiempo se evaporó entre los dos, hasta que el momento de la despedida se hizo presente. Nos miramos los rostros mientras el silencio por fin había vuelto después de conocernos. Jolina, observó mis labios con encantamiento. Mi lentitud al respecto de las mujeres me obligó a despojarla de la idea de buscar un beso de despedida. Tampoco me interesaba besarla en ese momento porque no quería acelerar el amor, ni buscarlo a la rápida como los jóvenes de mi edad, quería ser diferente. Jolina, con astucia y dedicación, entendió la situación y abandonó el carro para que no se hiciera una situación incómoda.

Cuando salió, volteó para encontrarse a mis ojos con una decorada sonrisa y alzó su mano para despedirse; le sonreí sin haber correspondido su despedida de manos —se me olvidó por completo —, pero había terminado bien para ser mi primera experiencia con una nueva mujer.

Y así sucedió nuestra primera noche juntos: una mezcla de emoción, magia y cordura que me había ofrecido una bella mujer adornada de misterios y encantos.

Capítulo 44.

Los Olivos.

Janett se disponía a salir con el caballero Emilio, el carruaje estaba listo para partir. Los deseosos gestos de Janett y su oculta pretensión de hermetismo, eran una cortina de humo para evitar que sus padres descubrieran su nuevo intento de dejar el reino, para así poder recorrer los inexplorados y simpáticos poblados del Collado.

—Caballero, ¿qué espera? Ya saldrá el sol y se hará el día brusco en calor —expresó Janett, sin recatos ni lamentos.

—Ya iré —respondió Emilio, abrumado—, es que he perdido eso y sin llaves no podemos volver… tuve que dejarlas por aquí… —Emilio estaba revolcado en el césped como una lánguida iguana descubre tesoros, buscando la llave de entrada a la recámara del rey. Se le había perdido de casualidad luego de avanzar por las rutas del lago al interior del reino.

Janett acariciaba el brillo del cielo tempranero con una prominente tristeza en su rostro, estaba enmascarada ante la muchedumbre intentando aplacar su espíritu combativo, se había aguantado malestares y tragos amargos en años pasados, que sentía debía ser su momento para dar un giro inesperado a su desgastada órbita. Anhelaba encontrar algo interesante y que le permitiera soñar dentro de su vida apartada a los placeres de la luz.

Mientras Janett se sentía en las nubes y el caballero Emilio tragaba pasto, se apareció un viejo conocido en una motoneta de hierro pintado, absorto entre llanuras que no le correspondían. «¿Quién será? ¿Tan pronto viene alguien a nuestras tierras?», pensó Janett, prejuiciosa y cargada de teorías racionales. No obstante, pocos fueron los minutos para que aquel hombre de curioso transitar se les presentara sin incógnitas. Emilio no perdió de vista a Janett y cuando vio quién era, abandonó su mirar.

—Un placer degustar de su presencia, me es plácido el intercambio de aires en cercanía con usted, estimada princesa —admitió encantado de letras, entretanto continuaba sentado en su monstruo de material fundido.

—Oh vaya, Lovett; es todo un poeta. Debe ser de los buenos charlatanes que consiguen mujeres con cerrar sus palmas o chasquear los dedos. Unos aborrecibles de karma lento y placer fuerte que llorarán por el resto de sus días cuando se den cuenta del mal que han hecho.

—Fue un cumplido decoroso y honesto —se defendió con temor. Janett, atacaba rudo y sin piedad—, además, solo soy un investigador,

no sé hacer nada de lo que refiere. Si trabajara para responder sus preguntas, sería un mediador y un auténtico conversador pasivo.

—Era una broma —dijo Janett de poca monta y con cara inexpresiva—. No debía ponerse tan declamador.

—Cierto, fue un error. Pero igualmente me puso en aprietos —dijo Lovett mientras limpiaba un poco el sudor de su frente con un paño que tenía en el bolsillo trasero, Janett le había vuelto el corazón un chispero.

—Si le enseño mi sinceridad… —respondió más afable—. Creo que le necesito.

—Estoy en plena disponibilidad de mis capacidades srta. Janett, ¿qué puede hacer este hombre, para definir una buena utilidad a su nombre?

—Tal vez dejando de ser tan formal y siendo más familiar conmigo… podría empezar por ahí —Lovett se sonrió con confianza mientras Emilio seguía en el pasto buscando lo perdido. Parecía que cada situación que conversaban se prolongaba infinitamente, ya que lo único que parecía moverse era el sol.

—Venga un momento, le quiero decir algo en privado… —Lovett asintió y le siguió unos metros más adelante, cerca de un gran árbol de hojas rojizas. Emilio solo renegaba a la tierra, golpeando con puños inertes a la maleza, siendo incapaz de encontrar el desencadenante de su desgracia.

—Bien, ¿qué necesita decirme? —dijo tranquilo.

—Hay algo que sucede… presiento que me están ocultando lo que debería saber.

—¿Qué cree que podría ser?

Janett batió la cabeza de un lado hacia el otro en señal de desconfianza y aclaró:

—No lo sé… es tan difícil que uno pueda ver lo que está ennegrecido. Siempre se me ocultan cosas por mi condición. ¿Qué piensa usted, alguna sospecha?

—La verdad no… pero, este chico que antes le visitaba… no le he vuelto a ver por aquí, ¿qué ocurrió con él?

—Es una historia triste… —dijo afligida—, pero no dejo de creer que hay una pieza que no encaja en esto, es un presentimiento, y como princesa desafortunada que soy, no puedo dejarlo pasar por alto.

—Entiendo su incertidumbre, investigaré al respecto. Su respuesta me ha dado interrogantes que estoy dispuesto a asumir.

—Gracias.

—Srta. Janett, le diré algo que quizás le conmueva… pero en mis años de investigador, nunca le había visto así. ¿Por qué hay tanto dolor en usted? Janett, como si le viera, se había quedado postrada

sin decir una sola palabra. Se tomó un tiempo y le expresó con sinceridad de culpas:

—Cuando una mujer está triste, llora como niña. Pero cuando no alcanza a ver cuánto le han herido, es porque no sabe llorar ante eso, pero su alma sí. Así me siento.

Lovett se acercó y le dio un sentido abrazo, se sacó el sombrero en son de respeto y siguió su camino provisto a resolver el acertijo que venía recargado desde el nacimiento de la infamia.

(…)

—¡Hemos llegado! ¡Espero le guste su estadía por estos nuevos lares! — dijo Emilio como anfitrión audaz y sensato. Janett, se bajó del carruaje, sin hablar, y en el rostro enseñó su satisfacción por el arribo. Estaban en los Robledos de Herminda, en la parte más norte, donde se divisaba la gran fuerza de los mares que iban y venían para finalizar hasta el fin del mundo: la resonancia de las batientes y el ambiente borrascoso, ambos colmaban a Janett de la paz que le hacía falta desde hace tiempo.

Se detuvo un momento para sentir con el corazón, el sonido que ponía su alma en una agradable anestesia: el mar y sus olas.

—Emilio —dijo plácida—. ¿Me podría describir la imagen que estamos viendo?

Emilio, se rascó la cabeza con la mano, y a pesar de ser un hermoso amanecer que hablaba solo, no hallaba qué decir. Estaba estupefacto por lo magnánimo que entraba en sus ojos como un torrente de belleza natural.

—Hay tanta… es increíble, es agua infinita y olas —dijo sin más, no encontraba palabras.

—Está bien… —respondió Janett, insatisfecha, sabía que no existía hombre como aquel. Sus relatos eran el viaje a otro mundo que tal vez no vería volver.

Janett se estacionó cinco minutos más para colmar su hálito de la energía del océano. Emilio se mantuvo a su lado, brindándole su compañía con nobleza.

—Jane —dijo—. Es tiempo de ver al príncipe, llevamos varios minutos en el mar.

—Sí… es esto. Me relaja al punto de vivir en el agua —ignoró a Emilio.

—Le debo decir que no he venido aquí. Una vez me invitó, pero no dijo un horario.

—Entre reyes y principados, no importa la hora. Tenga en cuenta eso.

—Hecho —afirmó como infante.

Antes de llegar, había que pasar por un bosque singular, cuidado de forma nativa y servicial. Había árboles de mar con escasas hojas y flores que nacían en las vertientes de los ríos, en un escenario mágico e inimaginable. La estrella mayor apenas daba sus primeros brillos y, Janett, era guiada con atención por su caballerizo acorazado. En frente yacía un palacio que parecía más a una casa de playa, resguardada con tres casonas y una mezquita altísima que posaba en lo más cercano del mar. Tenía muros largos, pero ni comparables en altura al Olivo. Había también una puerta con grabados artísticos de la época renacentista.

—Es aquí, parece que no tienen seguridad en los alrededores de la puerta —puntualizó Emilio.

—Me gusta, deberíamos imitarlos. Así dejamos que mrs. Arismendi y Gilma estén todo el día recibiendo el calor del sol en el rostro.

Emilio quedó admirado y enmudecido después de sus palabras. Janett, era un alma que; pese a sus complicaciones, nunca desistía de velar por los suyos. Luego, sin afán de perderse en la ansiedad del sentir, Emilio tocó dos veces a la interesante puerta metálica del nuevo reinado de Herminda.

Acontecieron varios minutos de un silencio rebosante, donde solo se escuchaban sonidos naturales llenos de armonía y tranquilidad. Una inquietud se les atravesó en la simpleza de un análisis: «¿Nadie estará aquí?». Se preguntó Janett curiosa, entre deseos de marcharse con premura. No obstante, la puerta se abrió velozmente en un soportado respiro. Emilio, retuvo su espada desde un costado y la desenfundó hasta la mitad. Estaba en alerta.

En ese momento, salió un joven príncipe vestido con un clásico uniforme que emanaba elegancia y refinamiento. Su atuendo estaba compuesto por telas nupciales y resaltaba con hombreras abultadas y llamativas. Retenía un pantalón blanco impecable; y una daga expuesta, que era sostenida por un retenedor de su brillante cinturón de gabardina. Su rostro era delineado, perfilado, y su cabello era amarronado con rizos profundos desde el centro, sus ojos también eran azules.

—¡Me excuso con gran vergüenza! —dijo con fervor y pena—. ¡Estaba en el marco de mis necesidades fisiológicas e hice acto de una depuración forzada para esta situación especial!

Janett, había elevado su mano para ocultar lo gracioso e imaginativo de sus pensares, y Emilio estaba perdido del mundo, no creía lo que había dicho. Pronto, el príncipe continuó en la avidez de sus palabras.

» Me presento ante usted, princesa Jane. Soy Calvert Sorrentino, nuevo príncipe de los vestigios restantes de la heredad del príncipe

Sauberio, y desde ahora, tiene un fiel servidor de este humilde recinto abandonado.

Emilio le vio con buenos ojos y Janett no podía contener su tímida risa por lo primero que había dicho, sin embargo, sintió su energía y le pareció agradable. Se conservó con buena postura y afirmó sin percances:

—Es un honor —expresó sonriente, intentando no reír—, caballero Calvert, disculpe la intromisión de haber generado tan abrupta molestia en horas tan tempraneras y angustiantes.

—No tenga reparo princesa, más por el contrario, han llegado en tiempo de justicia agradable. Les expreso mis más sinceras bienvenidas.

—Preferiría evitar que me llamara princesa, puede usar mi nombre si así desea.

—Gracias por su admirable confianza —dijo el príncipe, que hizo una reverencia hacia Janett tomando una de sus manos para darle un beso en el metacarpo. Janett, por instinto, se inclinó un poco para aceptar su afectuoso ademán y decidió avanzar en palabras del príncipe Calvert.

Emilio, al avanzar, estaba denotando con desconcierto lo sublime del pequeño reino: paredes hechas de roca selecta, minerales en los contornos y bordes brillosos en las ventanas; alfombras de felpa y un sinfín de pájaros con los colores del arcoíris, que salían de las depresiones acuáticas y se adentraban en las grietas construidas estratégicamente, para volar por el exterior del palacio a través de las claraboyas. La melodía animal era el condimento ideal para potenciar el sonido del mar. Janett, caminaba a la par del príncipe Calvert mientras iban de camino hacia la mezquita principal.

—¿Por qué siento que hay tanta soledad en estos muros? —dijo Janett, directa y sin tapujos.

—He dado descanso a mis hombres, merecen uno con honra luego de esa deplorable guerra que provino desde el sur. Por si lo pregunta, me siento bien en la soledad de estos estandartes —respondió sincero, era un hombre de confianza impoluta en sus letrados. El príncipe Calvert, mantenía el pulgar enganchado en una de las presillas de su pantalón, como si fuera una parte de su ser, preparado para desenfundar su espada en caso de un combate.

—¿No le da miedo que vengan asesinos o secuestradores a intimidarlo?

—Un futuro rey no debe temer a sus porvenires, sería un desaire terrible el dejarme ser gobernado por el miedo, prefiero mejor gobernarle a él.

Emilio le escuchaba y lo único que hacía era sonreír. Janett, no dejaba de preguntar cosas, y la mañana, ya se aparecía en frente de

sus rostros como era habitual con su brillo característico de todos los días junto al mar.

» Aquí es el reposadero principal —dijo contentado—. Donde el mar compagina en relevancia casi perfecta y nos despojamos un poco de las acechanzas de nuestra carne. Donde el espíritu se dosifica hasta aparecernos en las escamas de la piel.

Era un salón grande y abierto, con un maravilloso visor que ofrecía una vista especial del mar, como si estuviera solo a unos pasos de distancia. Estaba embaldosado de mármol verde oscuro y atesoraba el canto de la naturaleza desde dentro. Era un auditorio de espectacularidad sonora. Janett, se fue en soledad hasta el final del salón donde yacía una barandilla hecha de tela dura por jornaleros de piedra y confeccionistas. Elevó la cabeza y sintió la fascinación de un lugar que era parecido a estar en un paraíso terrenal. Respiró con sosiego y continuó su serenata auditiva.

—Es magia en movimiento… —susurró atontada y complacida.

—Como ha sido este encuentro —dijo Calvert, justo a su lado mientras se determinaba a hacerle compañía.

—¿Cómo describe este momento? —le preguntó Janett sin temor.

—Como la aparición deseable de alguien que hace muchos años estaba esperando… Una princesa de verdad.

Janett sonrió de medio lado y se admiró de sus bonitas palabras, sin embargo, Calvert desconocía lo que Janett percibía sobre los reinos y monarquías, y su odio encarnado hacia ellos. Porque desde siempre su posición era negativa para ser reina, pero reconocía que era princesa por ser hija de un rey.

—¿Usted algún día estaría con una princesa que no quisiera ser reina?

Calvert se lo pensó con detenimiento por unos instantes. Era la primera vez que había dudado, aunque su respuesta fue precisa.

—No importa si una princesa no quiere cumplir sus funciones, para mí, será reina. Con tal y decida vivir la vida con libertad, siendo feliz en su armonía.

—Interesante —expresó optimista. Janett se apreciaba a gusto con la compañía de Calvert, mientras Emilio vigilaba desde un costado los movimientos de ambos.

—¿Por qué vive solo? ¿No tiene mujer?

—Quise tener una vivencia amorosa con una chica de oriente, precisamente de Sonora. Una fémina vehemente en verdad y virtuosa de principios.

—¿Qué sucedió? ¿No funcionó?

—Rompió mi corazón y me abandonó, no le importaba un príncipe en búsqueda de su amor. Al parecer le llamaban más la atención los hombres deshonestos.

—Lo entiendo, debe ser horrible sentirse abandonado… —expresó recordando a aquel hombre que también le había hecho lo mismo—. Igual, el tiempo tiene propiedades sanadoras y con este mar imagino que se encuentra de nuevo en facultades amorosas.

—Es correcto, pero a pesar de ello, mis sentimientos siguen expectantes por alguien que desee compartir un amor de valía con mi nombre, porque me gustaría vivir la eternidad de los amores con una sola mujer.

—Es desconcertante su respuesta.

—¿Por? ¿Es malo? —dijo titubeante. Pensó que había arruinado todo hasta ese momento.

—Sí… porque no conozco al primer príncipe que haya querido eso, sino hasta el día de hoy.

Calvert mostró una sonrisa enorgullecida después de aquella impresionante aclaración. No encontraba manera de hallarse más en regocijo frente a Janett.

—Me dejó sin voz, menos con palabras. Porque al igual que los hombres de verdad, deseo de corazón que discurra lo anhelado.

—El anhelo del corazón… es raro, pero no siempre se cumple. Queda en nosotros insistir hasta que llegue ese momento.

—Por el bien inefable de la búsqueda de nuestra felicidad, a veces el ánima sabe esas cosas que usted menciona.

—Yo solo percibo… o a veces, ni eso. Me agrada su percepción, no puedo negarlo, caballero Calvert.

—Ahórrese su caballero, soy simplemente Calvert para usted, estimada Jane.

—Muy bien, Calvert. ¿Le puedo decir algo un poco salido de los protocolos?

—Todo lo que me diga será bien tomado en mi recuento de respuestas como una grandiosa fortuna.

—¿Qué busca en una mujer? —preguntó, sin complejos.

—Creo que lo primero es que sea de bien, que busque en sus fantasías y deseos más profundos el motivo principal de su felicidad. Si una mujer es feliz, será buena con cualquiera que le acompañe, no importa si es el amor de su vida o un simple hombre. La felicidad de la mujer es mi bien más preciado.

—Qué pensamiento… —añadió asombrada—, ojalá todos fueran así.

—¿Por qué lo dice? ¿Malos hombres han llegado a su vida?

—Es peor de lo que parece, porque han desistido de la idea de luchar un futuro a mi lado. Eso me mantuvo abatida hace algún tiempo.

—Me parece increíble que alguien se le pase por la cabeza cometer semejante perjurio, digno de un hombre visceral y falso de

valores honrosos.

Janett, trastornó su semblante al recuerdo de los amores pasados y dio espalda al mar, posándose por encima de las barandillas empedradas. Contestó con un silencio intermitente y sin atisbos para sostener la plática.

» Una mujer con sus atributos y dones sumados a su corazón caritativo, le ameritan de ser una espectacularidad para el deseo de cualquier hombre.

—¿Cómo sabe de eso? ¿Cómo me reconoce de ese modo, si nunca me ha conocido desde antes?

—He leído sobre usted Jane y he admirado cada una de sus decisiones desde que elabora funciones como princesa del reinado de los Olivos. Sus hombres, en aquella guerra del sur, cuando apoyé como guerrero de primera línea y conocí al caballero Emilio, no paraban de hablar maravillas sobre lo que ha hecho con su gestión, la definen como "la verdadera reina del Olivo" solo por sus decisiones impregnadas de sabiduría y benevolencia hacia sus iguales. Es una heroína para los más desguarnecidos.

—Ahora el que me deja sin palabras es usted… —dijo avergonzada. Janett, tenía una pésima memoria para recordar las cosas buenas que había hecho, porque tampoco se valoraba en absoluto. Sin embargo, no desistió de pensar sobre el bonito detalle que había tenido Calvert en decirlo. El recuerdo y la atención, siempre había sido una de las formas más hermosas de conquistar a una mujer de corazón difícil como era el de Janett.

(…)

Se hizo de noche en menos de lo esperado y ya la luna se reflejaba en los mares callados. La tranquilidad de las aguas y el horario nocturno eran un ambiente propicio para contar el resumen del día. Janett, hablaba largo y tendido con el príncipe Calvert, al mismo tiempo que Emilio hacía múltiples esfuerzos para no quedarse dormido como un vigilante de treinta puertas. Continuaban en la misma mezquita, pero en aquella oportunidad, en frente de un gran mesón del encuentro. Estaban sentados en unos asientos exclusivos, hechos en tela de seda y colchón de lana de fábrica. Se despojaron de formalidades en el trato y el tuteo había aparecido más por intimidad que por costumbre. Janett, había rematado la noche con un cuento infantil de risas inevitables:

—¿Tú fuiste capaz de hacer eso? ¿En serio? —expresó galante, entre moderadas risas. Janett, le había contado que se salvó de incontables caídas luego de perder su capacidad ocular, pero que; al

mismo tiempo, no pudo librarse de caer en un montón de estiércol de vacas albinas—. No dejas de sorprenderme, Jane.

—¿Por? —expresó Janett con encanto de sirena mientras tomaba un sorbo de la bebida que Calvert había dejado servida: un exquisito vino blanco de Bulgaria. Emilio, ya dormía en el sofá de entrada hacía unos minutos.

—¿Cómo será posible que una mujer con tales sentimientos y trajines, se encuentre en una inmerecida soledad? No siento que exista la justicia.

—La vida no siempre es justa —afirmó con denuedo—, es como si fuera una mujer, hace lo que quiere y nadie puede contradecirla. Está chiflada.

—No sé… —dijo cauto—. Siento tanto malestar en tus palabras, que me daría pena preguntarte más allá de lo que estoy permitido, Jane.

Janett, sacó su brazo y lo mandó a la mesa para sostenerse el rostro con la mano, entrando así en un aparente estado de relajo y aburrimiento. Se había tomado diversas copas, no tantas como para embriagarse, pero las suficientes para contar los tormentos de su pasado.

—El hombre que quise… simplemente me dejó.

Calvert abrió los ojos con impacto, y quiso consolarla de inmediato, aunque no se atrevió para no incomodar. Janett continuó sin apuro.

» Era un gran caballero, pero no tengo idea de qué ocurrió. Un día me estaba dejando el alma y al día siguiente ya no la tenía… Pero no quiero hablar de eso, porque me costó mucho recuperarla.

—No tengas miedo ni tampoco es necesario que te expreses más de lo que debes —dijo comprensivo—, he escuchado lo suficiente y agradezco tu buena voluntad de contarme tus secretos más profundos… y quiero decirte que te acompaño en el dolor y deseo consolar o serte de utilidad, así sea, para ser un simple paño de lágrimas.

—Gracias Calvert… eres un verdadero príncipe, te felicito —admitió Janett con impresionante asombro, nunca le había dicho aquellas palabras a ningún hombre. No podía dudar de sus sentimientos, que a pesar de ser ligeros y de poco encuentro, vislumbraban un amigable puerto en la bonita caballerosidad del príncipe Calvert.

—Jane… —dijo Emilio imponente e incrustado, a un costado del mesón. Bifurcado del sueño, pero latente de espíritu para calmar las conversaciones sinceras—. Creo que es hora de irnos, la noche está en su punto álgido y más tarde puede ser peligroso para nuestra seguridad.

—Pueden quedarse si así desean, y también podrían disponer de

mi *suite* principal. No tengo contrariedad en descansar en uno de los cuartos de huéspedes. Ustedes son mis invitados de honor y no se merecen más que estimables obsequios.

—Suena buena la idea —dijo Janett, le había madurado el efecto tardío de los tragos del vino.

—Muy honrosa y apreciable su invitación, pero el rey me encargó cuidarla con reservas y no creo que pegue el ojo en toda la noche luego de esperar hasta el fin de su reunión. Pasaremos de su invitación para una futura ocasión.

—Ojalá sea en tiempo de prontitud —señaló Calvert con esperanzas, se le denotaba muy triste por la partida de Janett.

—Tranquilo Calvert, fue una noche inolvidable y de renacimiento con este hermoso mar que me tiene en las nubes del olvido. Que descanse y tenga buena noche. El príncipe tomó nuevamente la mano desnuda de Janett, se inclinó y le otorgó un beso en el metacarpo, se mantuvo unos segundos para luego después pronunciar con infortunio:

—Una pena tener que abandonarte en lo pronto de la noche Jane, pero deseo impetuosamente volverte a obtener en cercanía.

—Tus deseos serán concedidos, no te preocupes. Me has liberado de algunas ataduras con tu palacio de mares encantados.

—Me enalteces de forma inmerecida, gracias por eso. Feliz noche para ti y para el gran caballero Emilio. Gracias por su visita. Les espero complacido.

(…)

Luego de haberse marchado, Emilio entendió que después del tercer trago, Janett ya se mostraba muy volátil de pensares y bastante vulnerable de corazón. Emilio entendía el porqué y decidió actuar al instante después de observar su respuesta.

—¿Tienes celos, Emilio? —dijo Janett con signos de ebriedad. El carruaje se movía con brusquedad por el sendero de regreso.

—¿Cómo va a pensar eso? Soy un caballero, no su novio.

—Respuesta típica de alguien que busca protegerme… no me convence Emilio —aclaró dramática y serena—. No te pensarás que tengo quince años como antes, ahora mis dieciocho, me dejan ver el mundo de otra forma.

—¿Ver con los ojos cerrados? —dijo Emilio con ganas de querer ser sarcástico un rato.

—¡Cómo sea que haya dicho! —vociferó enrabietada, el exceso de licor hacía estragos en Janett como nunca se le había visto.

—Está bien… debería descansar, el día ha sido muy extenso.

—Para mí, apenas fue unas horas de plática, ¿cuándo pasó tan rápido el tiempo?

—Tal vez cuando comenzó a tomar.

—Es una falacia, una injuria que me acuse de esa forma —se defendió de forma vana.

—Ni siquiera puede sostenerme una conversa con orden y cree que no ha sido de esa manera, entonces… ¿Cómo lo fue?

—Solo te pido, lo suplico por favor. Que me dejes en paz. Quiero ser feliz un rato, y despojarme de este dolor que tanta compañía me hace desde que él se fue...

—Claro… —dijo Emilio, con profunda tristeza—. Solo espero Jane, que, en su inescrutable decisión de ser una mujer independiente, escoja lo que le sentencie el alma de gozo perpetuo.

Janett, entendió sobria las palabras de Emilio y le parecieron lo más profundo que había escuchado desde hacía tiempo. Y razones no faltaban. Janett reconocía con habilidad que su vida era una arena movediza de sentimientos, y de quién se encontraría luego de acabar su embrollado viaje, era un misterio a ciegas que solo ella, con su intuición, sería capaz de descubrir.

Capítulo 45.

Mississippi, fabrica del Doradal.

Varios días se pasaron volando como una horda de balones calientes después de un entrenamiento deportivo, y mientras seguía trabajando, me preguntaba qué sería de Jolina. No había tenido noticias ni cartas y tampoco hacía un esfuerzo memorable por contactarla. Quería que la vida me sorprendiera, pero tampoco podía ser un palo enterrado en el suelo esperando a que viniera el alambre posicional de un jornalero de turno. Cuando lo pensaba, había venido Cortés corriendo eufórico, como nunca le vi.

—¡Claude! ¡A que no adivinas! —expresó más emocionado que coherente, no le entendí sino hasta después de un rato.

—¿Qué ocurrió?

—¡Llegó ese bombón que conociste el viernes! ¡Afuera está esperándote para saludarte con un beso!

—Debes de estar molestando, eso es imposible —dije incrédulo, ninguna mujer tendría el detalle de venir a verme, a menos de deber una deuda o necesitar un informe del área administrativa.

—¡Vamos amigo! ¿Crees que miento? Sabes perfectamente que soy muy serio con las cosas y no jugaría contigo como tu primo, por eso vine corriendo a darte la noticia.

Profesé asombro en calofrío y tenía razón, Cortés era —sin dudarlo —: El más aplomado y correcto de la empresa.

—¡Qué locura! ¿Dime cómo estoy? —le dije desesperado. No traía perfume y me sentía de pulgas, pero al menos me había bañado en la mañana, aún tenía el olor a jabón de mercado en la piel.

—De lujo, más «bacán» que nunca —dijo orgulloso, no le creí el cuento completo.

—¿Así son en Perú? —dije a regañadientes. Cortés estaba siendo adulador.

—Todos los días amigo, todos los días.

Le hice caso y salí a observar quién venía a esperarme en las afueras. No podía reprimir mi pecho, estaba sintiendo cosas interesantes, tanto así era, que hasta la nostalgia se me aparecía como un retrovisor, porque podía verme en el pasado y sentir que casi lo había superado. Solo esperaba que no fuera un espejismo que invocara un episodio sepulcral de continuo dolor.

Al salir, vi a lo lejos y era Jolina, que corrió hacia mí como una niñera que había perdido al abuelo de su cuidado en toda una tarde, y se fundió en un abrazo de oso apretado, utilizando mi cuerpo como su pista de aterrizaje. Quedé inmóvil ante su increíble muestra de cariño.

—Claude, disculpa por esto, pero quería verte. No tenía noticias de ti — admitió alertada y sofocada. No sé por qué sentía que Jolina de alguna forma estaba enamorada o se preocupaba como si ya fuera mi esposa. Pensando esas cosas no podía olvidar qué carrizos había hecho con mi suerte al premiarme con alguien así, con el albedrío para expresar lo que sentía. Liberé mis manos un poco, sostuve su cintura con despacio y sumo respeto. Jolina se sentía complacida. Luego, se alejó en tiempo prudente para no ser hostigante.

—No te preocupes —aclaré sonriente—. La verdad siempre había estado bien, estoy trabajando y concentrado en lo mío. Me alegra mucho verte.

—¿De verdad? Me encanta escuchar eso —sonrió con una mayor alegría, su efusividad se palpaba en el aire. Eran aires de persona enamorada, eso era lo único que pensaba.

—Afirmativo, ¿o te parece que tengo aspecto de mentiroso?

—Para nada, sé que lo que dices es la verdad. Por eso sonrío.

—Entonces… ¿Te gustaría alargar la alegría? —dije decidido.

—Sería maravilloso ser más feliz que ahora.

—Después del trabajo no tengo mucho que hacer. Si te parece… eh —me había quedado mudo, se me olvidaba que nunca invité a una mujer a salir. Todas mis salidas en el pasado eran planificadas, pero no por mí.

—¿Salimos? —preguntó atenta mientras me veía sufrir con mis palabras.

—Sí, eso… tú sabes, a charlar y decirnos cosas vergonzosas para reír. Eso sería lo ideal —«Debo parecer un tonto diciendo esas estupideces».

—No había escuchado un plan así, y claro que lo acepto. Anótame en tu larga lista de espera, te esperaré animada.

—¿Larga lista? —pregunté curioso. Me recordó a Janett, algo parecido que había dicho antes.

—Imagino que debes tener una agenda apretada, porque si antes no podías hablar conmigo… —expresó con la mirada perdida como si entendiera que le tocara esperar demasiado tiempo.

—No, no… si no es por el trabajo sería un vago sin oficio. Te lo juro —me parecía absurdo lo que decía Jolina, no lo podía creer. Parecía un súper galán ante ella y no entendía cómo había sucedido eso.

—¿Seguro?

—Por supuesto, estoy libre de libertad.

—Vaya, entonces… me parece tan genial. ¿Puede ser hoy? Claro si quieres… —pidió Jolina con desbordada satisfacción, pero su cara yacía apenada por el ofrecimiento de querer salir conmigo. Me parecía imposible que la causa de esa asombrosa emoción fuera yo.

Consentí a su respuesta con mi cabeza y ya no era capaz de

decirle nada, Jolina era una bomba de sensualidad y ternura que me dejaba frío cada vez que la veía sonreír por mi culpa. Ella se retiró contenta a más no poder y cuando regresé al trabajo, Cortés y Juan Pablo, no dejaban de alegrarse por mí, vivían en una felicidad tan dulce que parecía ser el único que no se había enterado.

(…)

Los Olivos, torre menor.

—Hija, ¿por qué estás tan malhumorada? —le preguntó la reina mientras tomaban la merienda antes del almuerzo: frutos secos con trigos del higuerón. La torre del comedor estaba en solitario y las acompañaba un caballerizo en el salón y una salamandra que custodiaba la puerta de afuera.

—No tengo hambre —dijo Janett, mientras se distraía con atención en el efecto sonoro de los trastes dejados por su madre.

—Preocupas, me haces sentir que no soy buena.

—¿Por qué deberías pensarlo? Creo que exageras con tus apreciaciones.

—La pregunta es: ¿por qué sería buena madre?

—Me diste la vida, eso es suficiente para cumplir tus deberes.

—Lo dices como si fuera lo único bueno que he hecho.

—¿Es que hay más? —indagó, sin guardarse mesura. La reina abrió la boca en una notable decepción con la respuesta.

—No seas malagradecida, te he dado hasta lo que no has tenido.

—¿Cómo la vista? Porque si me la hubieras entregado desde mi nacimiento, nada de esto pasaría. Sería como Teresina, solo pendiente de comer y jugar con flores de albahaca. Ni siquiera me interesarían los sueños que tengo planeados.

—¿Cómo cuáles? —preguntó la reina a la defensiva, Janett percibió el aparente estado de repelencia de su madre.

—Son muy grandes mis sueños. No cualquiera los conoce.

—¿Ocultarás tus anhelos a tu madre? —preguntó vulnerable, la reina era especialista en liberar drama con rebuscadas excusas.

—Mejor defenderlos de ti y no darte ideas para hacerme daño.

—¿Cómo crees que te dañaría? Hija, me lastimas.

—Sigue así, vas bien. Ahora voy a llorar —respondió sarcástica y retadora.

La reina, le vio con ojos enfurecidos y sumisos. Mientras eso pasaba, la salamandra de guardia había entrado para dar noticias. Se acercó y esperó en silencio a que la reina finalizara de objetar ante

Janett.

—Exprese sus intenciones, dama de guerra —le ordenó la reina, desistiendo de Janett.

—Honorable reina, tiene visita la señorita Jane, un príncipe llamado Calvert de los Robledos de Herminda, espera ansioso un encuentro con la princesa.

—¿Calvert? —volvió a preguntar, sorprendida.

—¿Cómo habrá llegado? —se dijo Janett al aire con síntomas de haber cambiado los ánimos.

—Desconozco el paradero de su llegada, pero me dice que viene en son de paz y desea con anticipación, entregar un regalo a la princesa más incontable que ha conocido.

La reina, no olía para bien la situación y; sin embargo, sentía que debía investigar al respecto. Haz que pase —mandó Janett.

—Parece que tienes mucho que explicarme —sopesó, con cara de malos agüeros.

Se apareció el caballero, tardío y elegante. Vestido con una capa azul con encajes junto con una armadura compacta y ceñida al cuerpo, como si fuera una extensión de su piel. De entre sus manos —ambas atrás de su espalda—, ocultaba algo que debía ser de suma relevancia, pero no lo enseñaba.

—Estimada reina, me presento ante usted con importante modestia —Hizo una corta reverencia. La reina, le observó de ojos pequeños—. Soy Calvert Sorrentino, actual heredero de los reinos olvidados de Herminda y un fiel servidor. Es un gustoso honor encontrarla a mi frente.

—Lo que diga está bien, pero igual no le pregunté —dijo la reina con total apatía a su condecoro verbal.

—No seas grosera mamá, es terrible tu presentación ante un hombre que ha sido un caballero en todas las tierras del país —defendió Janett, intentando amilanar el brusco sentir de su madre. Volteó hacia donde Calvert y le dijo—: Mil disculpas, no ha sido su día y creo que necesita un descanso. Mamá, por favor, puedes retirarte.

—No me iré de aquí hasta que expliques qué sucede —La reina se estaba bifurcando con saña. Calvert, de algún modo, quería ayudarle con sus sentimientos profundos de irrespeto desbordado.

—Sra. reina, lamento con enardecida inquietud y dolor… verle de ese modo, y deseo aclarar sus respuestas acometidas al pensamiento con gran respeto ante su nombre —La reina le vio con interés, y a pesar de desaprobar con su barbilla clavada, fue el mejor momento para contestar con coherencia. Había bajado su guardia.

» Vine aquí con la intención de traer este presente a la princesa —Sacó a sus espaldas un ramo de hermosas flores playeras y una caja de piedras marinas de divino relieve. La reina, profesó encanto—. Y

de antemano, sin reservas ni deseos malintencionados. Deseo conferir ante usted mis intenciones con su hija, la srta. Jane, el tesoro más importante que atesora el Olivo.

—¿Qué intenciones tiene? —preguntó la reina, susceptible. Nunca se imaginó que un príncipe real tendría palabras tan clasificadas y determinantes. Janett, afirmó el rostro con contados ademanes, y Calvert prosiguió con su deseo reservado.

—Quiero con el corazón, casi escalado y obstruido en mi garganta, tener una maravillosa relación con su hija: la princesa Jane, en donde juro en solemnidad de mi nombre —se tocó el pecho izquierdo con la mano empuñada—, otorgar los valores más puros y los defectos más exiguos, procurar su felicidad como mi misión de primera línea y respetar cada una de sus decisiones como si fuera la principal gobernante de mi corazón, porque nunca dejaría de complacerle, en honestidad, perseverancia e integridad.

La reina había dejado de presagiar su estado de estupefacción mientras Janett no creía si lo que había escuchado, era un chiste de un lunes aburrido.

—¿Qué puedo hacer para creerle? ¿Cómo piensa que no puedo llegar a imaginar que se hará el esfuerzo de quedarse con este reino?

—En lo poco que he conversado con Jane, siento que su respuesta a eso es una clara negativa. No desea lujos ni tampoco el poder, implora su felicidad y quiero compartir la búsqueda de sus deseos con la mayor de las voluntades.

—Eso suena muy lindo. Pero… —Janett le interrumpió.

—Déjale hablar, que además de hablar maravilloso también reconoce el valor de lo que merezco, y que tú, siendo mi madre, no me has dado.

Calvert, envaneció su mirada a observar los estrambóticos cuadros presentes en la torre mientras se pensaba la ruda pelea que había suscitado entre madre e hija.

—¿Cómo te atreves? —preguntó airada—, yo que te he dado tanto… ¿Crees que haría mal contigo hija? ¿De verdad lo piensas?

—¿Cómo no pensarlo? Si ni siquiera me permitiste vivir el amor que soñé... —respondió Janett, rasposa y afligida.

La reina sintió con hostilidad sus palabras y, de algún modo, comprendió que parte de la culpa que atormentaba a Janett le pertenecía… a pesar de ello, no dejó de ser infame ante sus peticiones. Calvert, yacía fuerte y sereno, como un tronco de roble en un campo de otoño.

—¿Qué otra intención tiene? ¿Quiere vivir aquí con ella o llevársela a su reino? —interrogó la reina, sin medida, al mismo tiempo que Janett no dejaba de sentirse agobiada por el resto.

—Me cuesta contestar al observarla tan triste. No puedo hacerlo…

—Calvert se acercó hacia Janett y le dio un abrazo. Janett lo recibió con cariño y le apretó fuerte desde la espalda, y como un caballero de fina estirpe, respondió al observar un mejor rostro en ella.

» Es su decisión, yo solo deseo compartir una bonita historia con una verdadera princesa, porque si me hago llamar príncipe, sería idóneo tener a mi princesa.

Janett le escuchaba y una sonrisa posaba en su rostro como acto reflejo de sus sentencias. No se lo creía, pensaba que vivía en un sueño, pues ningún hombre le había afirmado tanto deseo en tener una relación. Le pareció un precioso detalle.

—Puedes llevarte a mi hija donde quieras… pero el reino del Olivo, lo respetas. ¿Entendido?

—Será con mi vida si es necesario, porque el Olivo, es el reino más importante en el país de los deseos. Desde ahora, le presento mis más insondables agradecimientos ante su acepción de confianza.

—¿Madre? ¿Estás en lo correcto? —preguntó Janett mientras se distanciaba del abrazo, lo entendió tiempo después por estar divagando entre los dulces gestos de Calvert.

—Emilio te cuida. Yo no decidiré tu futuro, hay que proteger el reino para que ningún ser maligno lo tenga entre sus manos. Partiré al encuentro con tu padre, tenemos que gobernar nuestro hogar.

Janett estaba confundida, no entendía que tramaba su madre o por qué había sucedido su positiva contestación. Janett, giró para sentir a Calvert y le brindó una tímida sonrisa, todavía estaba muy dispersa de encontrarse con su mejor versión, pero ya comenzaba a sentir cosas. Era humana y lo sabía con certeza: su corazón de piedra en realidad era una fachada, que ocultaba en el centro, un gran deseo de amar.

(…)

Janett salía con Calvert, casi tomados de las manos, para caminar a paso lento por los prados y ejidos siempre encantados del Olivo. El viento danzaba gracias a la claridad del cielo y las ramas eran un coro musical en medio de los suelos y tallos enrojecidos por el sol de la tarde. El silencio era presuntuoso en el ambiente, pero Calvert, decidió apagarlo con la llama de su elocuencia.

—Es un reino inigualable y único en su especie, toda su obra es sublime —expresó sin creérselo. El reino del Olivo, era valorado con la máxima puntuación por cada nueva persona que recorría sus extensiones de tierra.

—Sí, he escuchado eso varias veces a otros reyes, en especial de los europeos. La arquitectura y relieves que tenemos aquí, son diferentes a cualquiera de las convencionales.

—¿Conoces todo el reino? —le preguntó en clara alusión hacia su ceguera.

—He vivido siempre aquí y me he unido con los reinos amurallados.

—¿Eso significa?

—Sí —interrumpió con amabilidad—. A pesar de no ver lo que el mundo trae, puedo reconocer la mayoría desde mi hogar. También lo debo a que antes pude recuperar la vista por algún tiempo.

—¿Cómo? Me sentiría muy honrado si tengo la fortuna de saberlo.

—Decirlo ahora sería largo —evadió sus palabras, la verdad no quería contar nada—. Algún día.

—Suena a una historia importante.

—¿Y tus padres? ¿Eres la única descendencia y dependencia de tu reino?

—Mis padres, los antiguos reyes, ahora viven en retiro de sus facultades políticas y gubernamentales. Radican en una finca aledaña a la Villa Santarino, lejos de los límites de esta zona del país.

—¿Te dieron la confianza de manejar sus riquezas?

—No, yo mismo les solicité que se tomaran un descanso. Era lo justo y conveniente, pues cumplían más de cincuenta años en activo.

—Mis padres llevan lo mismo… y aún no desisten de la idea de entregar.

—Tal vez, porque no han de encontrar a un príncipe o una princesa que sea un buen líder. Nadie quiere que su patrimonio de años de esfuerzo y sacrificio, se vea reducido a cenizas.

Janett entendió sus palabras como un regaño; sin embargo, por alguna razón no se sintió ofendida, pues el príncipe había sido correspondiente en gran respeto.

—O puede ser que tengan el poder regocijado en sus entrañas y no lo abandonen por el gusto de ser autoritarios.

—El poder… —dijo al aire—. Es ideal para devorar las almas que, a pesar de no haber sido buenas desde los tiempos de antes, sigan enseñando su verdadera naturaleza.

—Yo enseño mi rostro todos los días y el único poder que tengo es el de ser princesa, pero una que ni siquiera parece que lo es.

—Me atrevería a decir que formas parte de la decoración del Olivo como un cuadro en movimiento —dijo con seriedad y sumisión añadida en el tono de su voz.

—Algo así.

—En la sobriedad de mis palabras —dijo correcto mientras se tomaba una de las presillas de su pantalón—. Pienso que eres el decorado más inefable de todo el magnífico Olivo.

—Eso es muy bonito —dijo tímida, con las mejillas rojas. Janett, cada vez se sentía más cómoda con la presencia de Calvert, y pronto empezó a tomarlo en cuenta para las decisiones de su corazón sin que él mismo lo supiera.

—Me honra conocer tu agradable respuesta, es un gusto poder enmarcar cada pequeño detalle a tu nombre.

Janett, le sonrió plausible y con gran incógnita cuando avanzaba más rápido. Le había superado con renuevo, porque un innombrable recuerdo tocaba a las puertas de su memoria. Era aquel hombre que le rompió el corazón, y que le rememoraba con una nostalgia de mil amores, que no todo era tan perfecto como parecía. Calvert, era un príncipe magnífico, pero todavía le faltaba recorrer los reinos creados por aquel caballero, que primero había despertado el amor en ella.

(…)

«Alguien tocó la puerta, pero… ¿Quién sería? Mi hijo está en Mississippi, y Travis no vuelve sino hasta el siguiente año, Cornelio se fue de viaje. Volvieron a tocar y no abandonaba la idea de que sería un hombre que estaba equivocado, o un pobre borracho. Pero no quise dejar en el olvido a ese hombre. Algo me decía que no debía hacerlo».

—¿Quién es? —preguntó la madre de Claude con firmeza, parada al frente de la puerta cerrada mientras esperaba su respuesta.

—¡Hola! ¡Me disculpo por tocar su puerta de este modo! Pero necesito información relevante para la solvencia de un caso.

—¿Por qué me busca?

—Hubo un malentendido con el joven Claude Rivarola.

—Le abriré si me dice quién es… —pensó indiscreta y miedosa, «¿Un caso? Tal vez esto sea lo que he esperado en estos días tan aburridos».

—Me llamo Lovett. Un gusto —dijo hacia la puerta sellada en frente de su rostro, sin síntomas de haberle importado en lo más mínimo. La madre de Claude, asintió sin problemas afirmando con torpeza y le abrió con total confianza.

Capítulo 46.

Mississippi, Centro Comercial.

La juventud de la noche hacía gala de su presencia. La ciudad estaba tranquila y parecía momento de reuniones familiares y encuentros matutinos previamente aplazados por la falta de tiempo. Había acordado un mensaje para Jolina con mi padre haciendo de vocero, el encontrarnos en el Restaurante de Priscila, un estupendo lugar donde servían alcachofas dulces, pipián beniano y otros platos exquisitos de los países del sur de América. Estaba sentado en la mesa, expectante y ansioso. Pensaba muchas cosas a la vez y, en medio de mis pensamientos, descubrí que había alguien detrás, tapándome los ojos.

—¡Descubre quién soy! —dijo Jolina, en un esforzado intento por alterar su voz, le seguí el juego.

—No tengo idea, ahora soy ciego.

—¡Aquí estoy! —expresó animada entretanto inclinaba su cabeza para un lado con coquetería, y ya poniéndose en frente, la saludé en silencio porque con mis palabras recordé a Janett. Era tan torpe pensar que unas simples palabras evocaran un sentimiento casi atropellado por el tiempo.

—¿Sucedió algo? —preguntó atormentada, pensó que no me había gustado su pretenciosa e inocente llegada.

—Disculpa —le dije sonriente cuando intentaba incorporarme al mundo real—. Me agarraste dormido, he tenido un día pesado en el trabajo.

—Eso se libera con un gran… ¡juego de palabras! —expresó entusiasmada, como si fuera una nueva persona que apenas conocía los juegos de mesa.

—Claro, ¿y cómo es eso? ¿Hay que decir cosas para disfrutar?

—Si tienes cosas que lo sean, sí, pero podemos cambiar las reglas del juego por esta noche.

—Excelente —añadí con amabilidad, Jolina era muy enérgica y espontánea. Estaba bellísima y no lo había notado, tenía un camisón negro con piedras moradas que brillaban como estrellas.

—¿Nunca has jugado algo así? —preguntó curiosa en una sonrisa de medio lado—. El juego se llama “es cierto o mientes”.

—¿Qué tengo que hacer?

—Te voy a decir algo y me responderás con la verdad, yo te diré si pienso que es cierto o estás mintiendo. En eso consiste —Cuando Jolina terminó de hablar, llegó el mesero. Pedimos nuestras bebidas y un abrebocas de sal para pasar la noche. El picante y las ganas de

divertirse que mostraba Jolina, me animaba en el resto de las horas.

—Te responderé con la verdad, o eso creo —dije al final, con pretensiones de querer comenzar.

—Muy bien… la primera será íntima, ¿hace cuando no besas? —preguntó sin tapujos, me había tomado desprevenido en mi simpleza. Tardé unos segundos en pensarlo con ambos codos apoyados en la mesa y mis manos arrejuntadas en señal de recuerdo.

—Varios años… y me cuesta decir una fecha —Era verdad y mentira a medias, porque los primeros besos con ella, fueron los más inolvidables que había vivido en mi juventud de corazón lleno.

—Es cierto —dijo Jolina con agrado—. Ahora te toca a ti.

—Genial… ¿Así es el juego? Está interesante —repliqué contento —. ¿Eres feliz o te gusta sufrir en silencio?

—Soy muy feliz. Vivo mis días en una felicidad espontánea —dijo con un rostro visiblemente afectado por su pudiente mentira.

—Estás mintiendo… ¿Por qué? —Jolina redujo su mirada hacia una mesa vacía y presentía que diría algo muy importante.

—Vivo sola desde hace dos años, mis padres me abandonaron por ser callejera y hasta el día de hoy… me afecta.

—¿Por qué te abandonaron? ¿Vivían contigo? ¿O te echaron de casa?

—Estudié una carrera corta en la universidad y fui a una casa de estudio. Cuando volví a casa, después de terminar, ellos no estaban…

—Qué fuerte —dije impactado—. ¿Ahora dónde vives?

—En un estrecho hogar arrendado en las afueras de la ciudad. Pero no te preocupes, estoy mejor contigo, gracias por ser atento… —sacó su delicado brazo y acarició con cariño el costado de mi barbilla. Me puse rojo de la timidez y Jolina retiró el afecto en un santiamén. Me sentía extraño pero contento, era una reacción inesperada para volver a creer un poco más en el amor.

—Ahora sigo yo —dijo Jolina, librándose de los viejos escollos del pasado—. ¿Has tenido sexo?

¡Dios santo! No podía creer su acalorada pregunta… me había dejado perplejo.

—Eh… no. Nunca —dije tartamudeando con una palpable incomodidad.

—Mientes —respondió Jolina con una sonrisa de oreja a oreja.

—No. Te lo juro, nada de eso… —dije avergonzado, creía que era un idiota porque no sabía ni cómo decirlo. Jolina se echó a reír y me dijo sin pausas:

—Está bien, te creeré —dijo con más risas—. Pero no es bueno decir mentiras. Vaya, eres un pícaro que juega a ser niño, me encanta.

—Bien… —No reconocía qué pensar, porque la verdad no había

vivido eso.
—Sigues.
—Bueno, voy… —dije ansiando incorporarme—. ¿Cuál es tu peor miedo?
—Vivir sola, sin nadie que pueda amarme como yo quiero. Me lo pensé varios segundos antes de contestar.
—Mientes —certifiqué, no estando seguro del todo.
—¿Por qué crees que miento? —me dijo con los ojos abiertos, casi leyendo mis pensamientos.
—Una mujer nunca vivirá sola, porque tiene amor en su espíritu. Pienso que el miedo a la soledad no es más que el temor a conocerse.
—Verdad… —expresó Jolina con la mirada perdida.
—Ahora sigues tú.
—Dime, ¿qué buscas en una mujer?
—Amor sincero, y que nunca se atreva a abandonarme… —dije en lo más acertado de mi corazón.
—Es cierto —asintió satisfecha—. Se ve que eres de los que quieren hasta con el alma, ojalá nunca dejes de hacerlo.
—No lo sé. Hay veces que ni hasta amando con todo el amor del mundo alcanza.
—Por qué siento que cada vez que hablas de amor, es como si supieras en absoluto lo que ocurre en él… Sería un sueño estar con alguien como tú.
Mi emoción era evidente luego de sus palabras. No me habían dicho cosas tan hermosas en mucho tiempo, ser hombre y acoger halagos, era un premio extraño para ser de la estirpe acostumbrada a no recibir de lo que entrega. La belleza de su oración, había activado en mí; una dulce mudez.
—Vas —reiteró Jolina, con encanto. Estábamos en el mejor momento de la noche. Tragué saliva por un entrante nerviosismo que tocaba mis puentes sellados, y que deseaban abrirse para siempre. Le pregunté lo que quería decirle hace mucho:
—¿Qué viste en mí o qué te gustó?
Jolina emitió serenidad y respiró hondo, parecía que también esperaba esa interrogante.
—Percibo un hombre maravilloso dentro de ti… y pienso firmemente que mereces que te valoren con todo el amor. Estoy segura que entregas lo mejor de ti, y cuando permites entrar a alguien en tu vida, es para quedarse.
—Creo que… ¡Es mentira! —expresé a viva voz de broma y Jolina negó con rudeza.
—¡No! ¡No es así! ¿Cómo puedes decir eso? —Jolina rascaba su cabello pensando cómo podía hacer para que dijera “verdad” en su

declaratoria. Ella no mentía, me lo había demostrado desde un inicio con sus atenciones.

El mesero arribó con las cosas y habíamos parado las preguntas para hablar de otros temas interesantes, como los *ovnis* y las sectas secretas que dominaban a la humanidad. Jolina, era especialista sobre aquellos tópicos, mientras yo discernía entre las cosas simples y carentes de profundidad. Mi corazón tenía dos modos: apagado y encendido, y en aquel momento estaba demasiado cerca de llegar al segundo; sin embargo, Jolina me preguntó algo que me dejó friolento.

—¿Todavía amas a alguien de hace algún tiempo?

El mundo se había desvanecido al escucharla, era como si la totalidad de la existencia estuviera vestida de blanco. Cientos de recuerdos llegaron a mi cabeza como un enjambre de mariposas que volaban en un mismo sitio. Estaban dormidas desde siempre en un sueño, esperando las palabras indicadas que empujaran sus alas. No le respondí sino hasta que volvió a preguntar.

» ¿Amas a alguna persona? —Jolina reiteró, mirándome a los ojos con arrojo.

—Creo… que no —Mentí descaradamente. Mi corazón no estaba ni cerca de sanarse, porque todavía alguien seguía ahí: con insistencia, poder y sostenimiento, no podía evitarlo. Era terrible saberlo en aquel momento.

—¡Es cierto! —gritó Jolina, con ánimo de triunfo.

No pude con el sentimiento de culpa y le quise decir la verdad.

—Jolina… yo creo que lo que dije es una verdadera mentira. Porque…

—Te estás tomando muy en serio el juego —me interrumpió antes de que le dijera el resto—. ¿Crees que no pienso en lo gracioso que eres? Me pareces un hombre muy interesante porque te metes en la mentira y parece real.

Cada cosa que decía Jolina, me hacía pensar que era increíble observar la autoridad de una mujer que se negaba de forma absurda, a conocer sobre el pasado de un hombre. Jolina, simplemente lo aceptaba y me parecía asombroso… pero era más que claro que mi corazón aún tenía a alguien.

—Está bien.

—¿Quieres seguir?

—Dejémoslo aquí, ya está tarde.

—Me gustó esta noche —dijo Jolina, con el ánimo en su sonrisa.

—Sí —dije en un esforzado intento por corresponder—, a mí también.

—Oye… —puso su mano encima de la mía, que estaba apoyada en la mesa, percibí su temblor—. Claude… creo que me gustas.

—Gracias —le dije de forma incómoda. No vivía en la sintonía de

aquel momento. No supe qué era lo mejor para declamar. Jolina, apartó su mano al instante.

La situación se tornó muy extraña, de alguna manera; Jolina, no se apreciaba abatida o avergonzada. El que se sentía de ese modo parecía ser yo, porque me pesaba el pecho. Era como si el tiempo se hubiera dado reversa en mi corazón, porque no tenía pasión, y el rato agradable que tuvimos, tampoco evocó tanta importancia. Se había esfumado lo bonito de mi recuerdo con su increíble pregunta, y mi respuesta… era la confirmación de que Janett todavía existía en mi alma. La llevaba incrustada, con pesares y dolores ajenos a mi amor propio, porque era la posesión más atesorada de mi memoria desgarrada.

La noche pasó, deshaciendo el brillo en conjunto de los establecimientos comerciales. Esperaba junto a Jolina, la llegada de su transporte. No podía llevarla en carro porque papá lo usaba esa noche. Mis silencios con ella eran interesantes, pero no dejaban de tener una rara certeza que me hacía pensar en cientos de cosas. Porque seguía divagando entre la profundidad de mis primitivos cuestionamientos y ausencias existenciales.

—Justo esta noche de junio del año pasado estuve aquí… —rompió el silencio, asimismo le hablaba al sereno nocturno mientras la escuchaba con atención—. Y fue… uno de los momentos más especiales: tenía a mi familia conmigo, la música no me había dejado de gustar y la persona que quería para mi vida apenas la conocía. Era como ganarse la lotería sin haberla comprado.

Quería hablar, pero en una corta pausa, Jolina lo que hizo fue seguir:

» Tal vez la vida no es como esperas. Pasan acontecimientos que al final no sabes qué formarán a lo último. Es una locura que nos tiene los días contados, y en cada uno de ellos, puede ocurrir lo que menos piensas. Porque de algún modo pensé… que sería feliz en mi pasado, pero nada de eso me haría feliz de verdad hasta llegar al día de hoy.

Me conservé silente. Jolina, decía lo más íntimo de su corazón, no se guardaba ni lo más mínimo.

» ¿Qué te parece? —me preguntó con libertad. No había volteado a mirarme.

—Siento que tus palabras, tienen buena porción de razón —dije al mismo tiempo que observaba la calle pensando en todo lo que se venía—. Muchas veces sentimos que lo mejor que nos puede ocurrir es lo que soñamos, pero a veces, hay sueños que no recordamos y son los que más anhelamos… quizá; son tan únicos, que no somos capaces de recordarlos. Porque la ganancia del que tiene mala memoria: es que no sabe lo que ha perdido.

El taxi había aparecido, era hora de que Jolina partiera.

—Claude… eres un mundo —dijo con sinceridad—, ojalá alguien sepa valorar tu amor como pretendo hacerlo...

—Dame unos días, hoy ha ocurrido mucho. Lo lamento —dije queriendo darle las esperanzas que deseaba otorgarle, porque en el fondo, sí quería tener algo con ella. Pero me costaba.

—Sí, cuídate… —se arrimó y me dio un sentido abrazo. Pronto abrió la puerta del carro y se fue sin decir más. Sentí cómo su tristeza se aferraba a mi cuerpo, pero también el roce de su espectacular figura agitaba las fibras de mi pantalón. La vi con detalle por unos segundos y no creía lo escultural que era, no entendía qué sucedía conmigo… ¿Por qué era así con Jolina? ¿Por qué el corazón debía ser un jodido malcriado, que amaba a quien no lo quería y rechazaba a quien no debía? La contestación de aquello… todavía seguía buscándola. Lo positivo, era que aún, continuaba perseverante para descubrirla.

(…)

—¡Por fin llegamos! —vociferó Emilio, con orden y resguardo. El carruaje se había topado con el fin de su destino, en una de las playas más paradisíacas del norte de los Robledos de Herminda. En el fondo del camino alambrado, se veía un círculo imperfecto en medio de la arena: un grupo de carpas seleccionadas y estratégicamente posicionadas para que las fuertes olas no hicieran estragos. Y, alrededor de sus comparsas arenales, en el centro, había una fogata aquieta que sobrevivía a los poderosos vientos nocturnos.

Janett, bajó del carruaje ayudada del conductor, adornada en un bellísimo vestido azul oscuro de colores brillantes similares al diamante. El príncipe Calvert, le había invitado a una noche de encuentro y copas selectas para compartir como ánimas viajeras, todo supervisado con la mirada escrutadora del caballerizo de oro como su fiel acompañante.

—¿Cómo me observa, caballero?

—Desborda belleza para esta noche, querida Jane… —expresó Emilio, encantado.

Janett sonrió con agrado y sintió los mares, ya estacionados con delicia en sus oídos. Su alma encontró deleite, porque sabía que aquella noche era el comienzo de una estupenda velada... y también la oportunidad perfecta, para olvidar aquellos pasados de dolores intensos sobre amores del mismo calibre.

Capítulo 47.

El príncipe Calvert veía atónito el caminar de Janett, como un joven enamorado de un amor imposible que llegaba a su potestad, con el destino aliado a sus deseos más prohibidos. Emilio, le tendía una mano para que no se perdiera bajo del diluvio sonoro de las olas mientras proseguía con lentitud. El camino para llegar estaba alfombrado en una sencilla olefina rojiza de cien metros paralelos por la extensa redonda de la arena. Janett, apenas al sentir la tela que guardaban sus pasos, sonrió entusiasmada. El tacto y los sonidos, eran sus aspectos favoritos de la vida.

Se puso en frente de Calvert y antes de que le saludara, el caballero Emilio, inteligente en su modo de actuar, aprovechó el silencio de ambos para asegurar unas palabras.

—Esto de andar de noche debe evitarse de ahora en adelante —dijo con seriedad—. Sin embargo, aquí le tengo la futura reina, cuídela por favor —se lamentó melancólico. Emilio, siempre hacía caso a Janett y le aceptó sin reclamos su deseo de querer hablar a solas con el príncipe.

—Mi vida es poca ofrenda para el cuidado de la reina. Pero dejaré toda y hasta más de ella si es necesario. Por el futuro Olivo y su herencia que trasciende las generaciones.

Emilio hizo una pequeña reverencia hacia Calvert, con un respetuoso ademán entregó a Janett, y se marchó a paso firme. Unos segundos después, gracias al encanto del recorrido y como si fuera un acto de magia, Janett, comenzó a brillar.

—Las aguas me tienen en el cielo, no sé cómo no te desposas con el mar.

—Viendo tu figura, pienso que sería más provechoso casarme contigo. Porque el mar va y viene en miles de formas, pero tú llevas toda la eternidad bajo los ropajes de tu piel. Estás hecha una reina de verdad.

Janett, se tapaba la cara con delicadeza y vergüenza. Calvert le ponía sin cuidado con sus fascinantes mensajes de admiración y cortejo.

—¿Me regalas tu mano para sacarte de paseo al fuego? —le sonsacó, decoroso entre afectos.

—Solo… no me prives del calor de estos mares.

(…)

El príncipe Calvert, acicalado en el orden de un joven rey, llevó de manos a Janett hacia un florecido asiento de plumas acolchadas, y de

pies al fuego, para apaciguar el regodeo de las brisas. Había vinos internacionales y frutas frescas en un improvisado canasto a la altura de los alcances de Janett, entretanto Calvert, se sentó a su frente con una vulgar cerveza que vendían en los barrios pobres de Sonora. Tenía almendras dulces en los bolsillos y sus piernas descansaban en la arena. Lo predispuesto de la velada era una compendiosa agregación para la noche.

—¿Tus sueños más grandes? —le preguntó Calvert, en quietud. Tenía muchas preguntas para Janett.

—El mundo es mi sueño más aclamado, quiero ser con lo tangible. Deseo encarnar, fundirme en un abrazo con el mar, volar por los vientos y recrearme en una canción. Tal vez, por eso, me encuentra tan a gusto aquí.

—Tierno y adorable… —dijo sonriente—. ¿Qué te hace falta para cumplirlo? Tienes riqueza, poderío y una familia que te ama. ¿Por qué esperar para vivir tus sueños?

Calvert había puesto sobre la mesa un interrogante muy importante, tanto así fue, que la pensó por un rato. Janett, no era de las que se quedaba pensando sus certidumbres por largo tiempo.

—Porque me hace falta algo muy importante.

—¿Un acompañante? —expresó atento, estaba siendo muy condescendiente.

—¿Te parece que lo necesito?

—No tengo la verdad a esa respuesta… —dijo con síntomas de querer sonar sabio—. Porque soy de los que cree fervorosamente que los sueños se cumplen para los que desean hallarlos en el ahora, y no posponerlos para un futuro lejano. La muerte también se encuentra en el mañana —se encogió de hombros con sapiencia.

Janett, todavía seguía inundada en el encanto de la armonía marina, y las palabras de Calvert le calaban más hondo, parecía que vivía en una novela de fantasía de esas que le escuchaba de niña a su padre, cuando era más familiar y despojado de sus obligaciones como rey.

—Siento que un buen acompañante cumpliría mis sueños como deseo —dijo sincera—. Ir con cualquier persona, como un hombre de confianza o un guía turístico, le haría perder el encanto al horizonte… vivo de paisajes que me son contados.

—Entonces… ¿No puede ser monótono o silencioso? —preguntó, en ilusión a él.

—No… tampoco así —respondió agradada por el sonido de las olas, que venían con más fuerza hasta casi rozar los dedos de sus pies—. Hay silencios que son mejor que las palabras, ahí nacen y también saben hablar, creando un momento que se vuelve perfecto… —Al terminar sus palabras, recordó a Claude.

—¿Cómo quieres que sean tus hijos?

—Vaya, esa pregunta es una sorpresa —profesó una sonrisa de golpe.

—No vengo con la intención de ser aburrido —replicó sonriente, Janett sintió su próximo contentamiento.

—Muy bien… pues, que sea un hombre de bien, porque quiero un caballero.

—¿Y una princesa?

—Ya tengo a mi hermana Teresina, una hermosa princesa que gusta de la realeza y siempre está viajando a Europa en su condición de mimada, disfrutando, porque la amamos con locura.

—Es gratificante saber eso… en mi caso —añadió con dificultad mientras mojaba sus labios con la lengua—. Mis dos hermanos mayores murieron en la guerra de Hibernalia… y se despidieron de mí, dándome un beso en la frente.

—Oh, lo lamento… ¿Cuántos años tenías?

—Tres años, pero lo recuerdo como si fuera ayer, aunque no tengas temor. Ellos se despidieron de mí y eso lo agradezco en todas mis noches.

—¿Por eso eres el único príncipe de tu reino?

—Sí… y por eso tampoco le temo a la muerte, no me importa si viene por mí, estoy preparado para enfrentarla.

—Qué rudo, yo no sería capaz de ver a la muerte… o bueno, la verdad no podría —dijo entre risas, Calvert también se agradó con su risa—. ¿Sabes? Es una cosa definitiva.

—¿Morir?

—Sí, todos los que conozco sé que lo harán, pero igual no quiero estar para verlo. Ver morir a alguien que amas… debe ser desolador.

—Es una buena ventaja ser ciega en esos momentos.

—Sin duda. A veces, nos damos el lujo de tener grandes beneficios, pero igual caemos al suelo como tórtolas adormecidas —dijo con elevados aires de orgullo y mientras seguía profundizando la noche, Janett, se sentía plácida con la presencia de Calvert.

Los vinos bajaban lentamente, las olas marchitaban sus fuertes vaivenes por la despedida de los ventarrones, la fogata era breve y las frutas que restaban eran las más añejas. Calvert, dispuso la noche para abrir las vivencias más íntimas de su corazón; al mismo tiempo que, Janett, olvidaba los agüeros del pasado en una soledad de pesadumbre. Ambos estaban compenetrados al azar de las estrellas, que fungían el tiempo para ellos. Era la ocasión escogida para demostrarle a Janett, que sí se podía querer desde cero.

—Jane… ¿Por qué decidiste venir? ¿Deseabas estar cerca de mí? —preguntó Calvert sin temor, luego de que el vino especial del Maipo le despojara del peso de su espalda.

—Estaba aburrida la verdad… Pienso que vivir, más allá del castillo, es una pérdida de tiempo. Quiero mis sueños, y estar encerrada como princesa no me garantiza vivirlos como se merecen.

—Entonces… ¿Soy producto de tu afán de escapar del blanco y negro?

—No… eres más que eso —dijo Janett, que también se vislumbraba de copas airosas y ligera estima—. Porque si conocerte hubiera sido un simple capricho, esta noche no habría venido hasta aquí…

—Eso me hace hacerte una pregunta… ¿Qué soy para ti? —expresó con los sentimientos atrancados en la garganta. Los príncipes, también se ponían nerviosos.

—Dijiste hace un momento que la vida tiene dos colores… ha sido así, todo lo veo descolorido, pero aún recuerdo la intensidad del color… y puedo afirmar que desde mi venida a conversar contigo, me he encontrado con un vivo azul en movimiento y unas cálidas palabras en naranja, eso me agrada.

—Me honra en el pecho llenar tu imaginación así sea unos instantes y haber sido por un poco de luz para ti…

—No. Deberías ser más ególatra y aceptar que dejaste en mejor posición a los príncipes. Porque los que he conocido antes de ti, eran unos patanes con un traje bonito que ni siquiera veía. De resto, son babosos de primera clase.

—Muy bien, entonces me tomaré el crédito. Gracias Jane —dijo al final, tomándole una de sus manos. Janett, se percibió embelesada con él y no le apartó en ningún momento.

—Oye… no he preguntado eso.

Calvert le vio con mucho amor contenido, quedó en silencio al apuntar sus ojos a la bonita piel de Janett. Quería que algún día fuera suya para hacerla una verdadera reina, no solo del Olivo, sino del país entero.

—¿Qué pregunta? —susurró conforme. Ya no podía ocultar el gran deseo que sentía por Janett.

—¿Cuál es tu sueño más grande?

—Restablecer los antiguos reinos del príncipe Sauberio —contestó al acto—, reverdecer los valles del norte con sublime belleza y hacer una monarquía moderna que ampare el bien de los necesitados, que sueñe con los niños del nuevo milenio, y desate ejemplo en el mundo como un lugar de encuentro turístico para los que deseen reposar sus almas bajo el manto de las olas caribeñas.

—Suena increíble. Tienes trazado con lujo de detalles lo que quieres para tu vida, ojalá pudiera decir lo mismo.

—Sí… y para esto que te dije, me encantaría una gran compañía —dijo mientras apretaba con dulzura la mano de Janett, que se dedicó

a sonreír entendiendo el gesto.

—Déjame pensarlo un poco más… —reanudó Janett, que alejó su mano de él.

—El tiempo que necesites —Calvert se acercó a Janett y le depositó un largo beso en la mejilla.

El tiempo pasó navegante al igual que los mares y reapareció el silencio como el artista que trabajaba hasta la medianoche. Estaban sentados a orillas del mar. Y Janett, aprovechó un soso descuido de Calvert para mojar sus pasos desnudos dentro del agua. La oscura frialdad y el pegote de la sal, hacía un espectacular contraste con la brasa incinerada que recorría la imaginación de Janett.

—Jane. ¿Te gusta leer? —dijo Calvert con despacio mientras Janett se perdía con repetición entre tímidas olas.

—Me gusta más escuchar, siempre ha sido así. Además, soy pésima para el braille. Cuando podía leerlo era difícil, pero la verdad no me gustaba por la falta de práctica. Pero escuchar a alguien narrar el mundo es lo más hermoso.

—Desconocía esa faceta de ti.

—¿Cuál?

—El de ser buena oyente y preferir el silencio como ahora. Creo que entiendo tu afán de viajar, es por querer escapar de los que escriben malas páginas en ti.

—Eres inteligente —dijo asombrada por la comprensión de Calvert. Era considerado, decente y educado. Digno de un príncipe de la vieja vanguardia.

—Gracias… Dime, ¿qué más puedo hacer por ti?

Janett se lo pensó con calma, y se le alumbró el pensamiento. Quiso intentar algo que había realizado con Emilio.

—¿Qué ves en este momento?

—¿Ahora? ¿En el mar? —preguntó un poco liado. Janett, asintió al instante. Calvert, contrajo sus ojos, y sopesó a rienda suelta lo que vislumbraba su corazón.

» Observo hacia las olas hermosas y me imagino infinita hermosura, que también contrasta contigo de forma magnífica. Porque las olas llevan tu nombre.

—Muy bonito… —admitió Janett, nostálgica, algo sintió en su recuerdo, pero no lo suficiente como para verlo venir. De alguna forma siempre le hacía falta algo.

—¿Regresamos a tu carruaje? —le preguntó Calvert, caballeroso, la noche había señalado sus últimos compases—. Digo, porque las princesas merecen un descanso.

—Me parece idóneo —dijo Janett en las nubes, le enternecía que Calvert la llamara así cuando no se había considerado una.

Janett, venía por el sendero trazado junto con Calvert, tomados de

la mano. Tocó la puerta del carruaje dos veces y le salió Emilio como un fantasma en medio de la hierba crecida. Calvert, soltó a Janett para desenfundar su espada y luego volvió a bajarla cuando observó que era Emilio.

—¡Qué pasó! ¿Ya acabaron? —expresó somnoliento y babeado. Se había mareado por haberse levantado como perro de presa.

—¿Estabas dormido? ¿No eres el caballero de oro? ¿El de sueños imperturbables?

Calvert estaba inexpresivo y Janett yacía seria como un roble recién trabajado.

—Una recaída es de humanos, señorita —dijo sin inmutarse. Emilio comprendía que Janett era ágil en resoluciones cuando le tomaba desprevenido. Emilio, distinguió que estaban de manos entrelazadas… y entendió que el joven Claude; finalmente, la había perdido.

Janett hizo omisión a las palabras de Emilio y se despidió de Calvert antes de que terminara de hablar. Gracias por esta noche —expresó, campante.

—Tu confianza lo hace más fácil, es un placer —Hizo una reverencia y le besó el metacarpo con suavidad, liberó su mano, y en un gesto indicó a Emilio que le podía tomar.

—Bien, muchachos… o, mejor dicho, príncipes del país. Espero hayan disfrutado su velada.

Calvert, afirmó con el corazón al igual que Janett, que subió al carruaje y partió de regreso al Olivo. La noche se puso muy tarde y la luna había bajado el fulgor.

(…)

Estaba lloviendo con estruendo. Sentía que se hundía el cielo con tan rudo aguacero. No obstante, también escuché una extrañeza. Alguien golpeaba la puerta de casa con furor. El sonido de los tejados era escandaloso, pero no lo suficiente para evitar escuchar el bochorno. Bajé con prontitud, estaba descalzo. Tenía mi franela de rayas y un pantalón de pijama. Papá no estaba porque se había ido de viaje y volvía en unos días, tampoco me dijo sobre algo pendiente, y en mi caso, menos conocía a alguien diferente de mis compañeros de trabajo.

Quise preguntar quién era, pero decidí evitar incomodidades detrás de la puerta y abrí sin reveses. Terminé incrédulo, con los ojos abiertos como un simple ovoide y dije sorprendido:

—¿Jolina? ¿Qué haces aquí? —Veía a Jolina y traía una falda corta donde se resaltaban sus prominentes piernas, bien torneadas, y

una blusa con un escote muy llamativo. Vi su rostro y lloraba, la lluvia no ocultaba su tristeza.

—¿Puedo pasar? Me echaron de la casa donde vivía.

Capítulo 48.

Los Olivos, afueras del reino.

Monteredondo y un grupo de protectores estaban regresando al castillo para tomar alimentos y aprovechar su descanso del mediodía: discutían y charlaban sobre cualquier tema que tenían en mente.

—Ese enfermo solo le gustaba comer huevos crudos de avestruz, menos mal dejamos de encontrarlo —dijo un protector, el más pequeño del grupo.

—Parece que los raros y extraños se eliminan solos. Esa clase de personas, son desagradables —respondió Monteredondo, infame, hacia los caballeros que se habían retirado de las guerras del oeste.

—Terrible todo eso —dijeron dos protectores. En aquella respuesta, otro hombre diferente apareció por atrás.

—¡Monteredondo! —gritó, queriendo llamar su atención. Monteredondo volteó y el grupo de protectores siguió su camino: era Lovett, que le llamaba con sorpresa.

—Sigan su camino, me necesitan —dijo Monteredondo al aire, a pesar de que ya habían tomado camino hacia el castillo.

—Protector honorable, tiempo sin verle… —dijo Lovett en aparente sarcasmo entretanto se le acercaba. Monteredondo, lo intuyó de inmediato.

—Tu saludo me trae mala espina, ¿qué quieres? —dijo ofuscado.

—Bigotón, ¿ahora no puedo decirte algo cómico? La edad puede ser un tormento para los que no quieren envejecer.

—Deja ya de tus cosas y habla de una vez o me iré. Tengo hambre y eso me pone de malhumor.

—¿Más del que le has ocasionado a la princesa? —recalcó con seriedad. Monteredondo, se confundió como un hombre sin labor.

—¿Disculpa? ¿Por qué dices eso?

—¿Qué sabes de Claude Rivarola? —preguntó, sin vacilar.

—Me estás hablando de un fantasma.

—¿No vas a recordar al único personaje que ganó un juicio en la Secretaría de Órdenes? Por favor, sácame una mejor excusa. Soy investigador —expresó indignado.

—¿Qué quieres entonces? —interrogó, bajando la guardia. Entendió que no le podía burlar.

—¿Qué paso con él? ¿Por qué no volvió?

—No me interesa la vida de los demás, solo me encargo de mi trabajo. ¿Para qué estaré pendiente de un chiquillo pretencioso como ese?

—Tengo entendido que te absolvieron del cargo y dejaron a otro

como primer protector. ¿Es cierto? Porque con esta respuesta entiendo que sí merecías caer al abismo. Monteredondo, deseaba sacar la espada, pero no podía. Lovett era un zorro viejo con artimañas muy bien reservadas.

—¿Viniste aquí para joderme la existencia? Suficiente tengo con el maldito jefe que tengo.

—¿Cómo se llama tu jefe?

—Cristensen, el niñato ese malcriado. No sé cómo le dieron mi puesto cuando he entregado tantos años de mi trabajo a este reino, debería retirarme y abandonar este maldito lugar que no valora a la gente hacendosa.

—Lo dijiste todo —dijo reacio mientras esbozaba una grandiosa sonrisa.

—¿Retirarme? —preguntó, absorbido en pensamientos inocuos.

—Tómalo como quieras. Nos veremos luego.

—Eres extraño, me detienes y ahora te vas bajo las sombras del bosque… pero está bien, seguiré aquí si así lo pides. No tenías que rogar —dijo en irónica soledad. Lovett, se había esfumado de su vista.

(…)

Interior del reino.

—Sounder… ¿Dejaría de mirarme por un momento? Me intimida.

—He de sentirlo con profunda vergüenza… Una disculpa, princesa Jane —dijo apenado a más no poder. Era imposible no observar el llamativo sombrero de plumas de pavo real que contenía Janett, todo para salvarse del firmamento solar.

Janett, respiró hondo intentando ser comprensiva con él, le había aceptado meses atrás que le dijera princesa. Sounder, no soportaba nombrarle de forma informal, porque sudaba y balbuceaba, mejor optó por lo tradicional.

—¿Qué ha hecho en todo este tiempo, caballero? —le preguntó mientras estaba sentada al lado de la vieja fuente de deseos, esperando a que Emilio y el rey, vinieran por ellos. Sounder, estaba plantado como un árbol en espera del supuesto regalo sorpresa para la princesa, que había sido ocultado hasta ese momento con hermetismo.

—Lo perpetuo princesa, trabajar y velar por el porvenir de este admirable reino amurallado —dijo mecánico. Sounder, como siempre, era un caballero de servidumbre con todas las letras—, lugar de fantasía para los hombres del Olivo y excelso…

Janett le interrumpió.

—¿Por qué debe sonar tan refinado? No es necesario que sea tan léxico. Puede descansar si desea.

—Disculpe princesa, pero mi nombre siempre hará función de mis mejores palabras. No puedo despojarme de lo que pertenece a mi alma.

—¿Cómo será usted antes de morir y pedir auxilio por su vida? ¿Contendrá la misma calma y verso?

—Es un cuestionamiento de valioso impacto, pero nunca dudaría en cambiar lo que he sido, moriría desde el primer momento que decida hacerlo.

Janett, sonrió. Sounder de alguna forma le sosegaba en demasía, porque era un hombre que, a pesar de su blandura, resultaba astuto y entregado en su noble papel de caballero.

—Era una broma para que riera, pero veo que mis chistes son malos —dijo apenada.

—La risa… no es mi fuerte —dijo sonriendo a medias—. Pero hacer un intento, sería una maravilla.

Cuando Sounder terminó de hablar, desde atrás les apareció Emilio y el rey.

—Hija, al fin —se acercó y le dio un gran abrazo—. ¿Por qué te pierdes tanto? Abates el corazón de tu padre.

—Tu voz me resulta imposible de encontrar, porque estás lejano. No me eches la culpa —reclamó Janett abrazándolo fuerte. Era dura con su padre, pero nunca le dejaba de amar.

—¿Cuándo me perdonarás tanto rencor? —le preguntó, cuando le acariciaba los cabellos bajo el sombrero.

—Si me dejas ser feliz. Así te daré la paz que te falta —dijo cuándo se despojaba de sus brazos. El rey, rápidamente sacó algo de uno de sus espaciosos bolsillos de seda.

—Ten.

Janett, lo sostuvo con su mano derecha y lo palpó sin espera. Era una caja que abrió con rapidez, sintió el forrado y sacó con impericia el envoltorio de sus contornos, se dio cuenta que era un anillo.

—¿Qué es esto? —preguntó, incauta.

—Es el anillo de oro que perdiste cuando tenías nueve —le dijo, aliviado—, es el símbolo que faltaba para que toda nuestra familia tenga la bendición de Dios bajo los terrenos de nuestro reino.

—¡Qué bueno! —dijo con alegría—. ¿Quién lo encontró? Pensé que lo había perdido para siempre.

Janett, se lo puso en el dedo anular, y lo lisonjeó un rato con los dedos de la otra mano.

—Un joven protector caminaba rumbo a casa y lo encontró al lado de un árbol con las raíces reveladas —añadió Emilio.

—Qué suerte tuvo para encontrarlo… —dijo sorprendida.

—Sí… todavía recuerdo esos días que te escapaste para encontrarlo en el Valle de los Lamentos, tenías contigo el bolso de medicamentos y pomadas de tu abuela —expresó el rey—. Mal recuerdo hija.

—Ya me reprendiste, sé que hice mal pero también ayudé a unos chicos que habían recibido una paliza.

—¿Cómo crees que olvidaría la pérdida de los medicamentos más caros que teníamos?

—Un rey llorando por la leche derramada, que considerado con una niña —dijo sarcástica.

—Pero hay que reconocer que, gracias al Señor, no encontraste godines de Ágata en tu grosera pérdida.

—Mi abuelita cómo estará… —dijo cambiando el tema entretanto avanzaba por los alrededores—. Me imagino que en el cielo con ese montón de ángeles cantando hasta la eternidad.

—Sí… mi madre fue lo más grande después de ustedes, hija.

—Lo más importante merece atención —reprochó a su padre. A pesar del emotivo momento, no se olvidó de expresar lo que le importaba—. No soy un trofeo de vitrina.

—He escuchado que el joven príncipe, heredero de Sauberio, te pretende hija —admitió intentando burlar el reclamo—. Le conocí hace varios días, es un buen caballero.

—Se ha portado a la altura —definió complaciente—. Nada como los príncipes europeos, ha sido caluroso con su trato y es amable.

—Te pido… —tardó un instante en hilvanar las palabras adecuadas—. Que te cuides de los males del corazón. No lo digo porque sea un mal hombre, pero si es que vas a decidir, espero que por lo mínimo estés segura de lo que anhelas.

—No creas que vivo en la indecisión. Y menos se te ocurra influir sobre mi negativa de ser reina en las reiteradas ocasiones que te lo he dicho, porque siempre me negaré a tu egoísta y propositiva petición. Hasta que tal vez, sea el fin de mi vida.

—Eres muy difícil conmigo… —El rey clamaba misericordia al mismo tiempo que Sounder y Emilio no podían dejar de mirarse las caras, asombrados, al ver lo áspera que era Janett ante lo estéril del rey y sus desérticas refutaciones.

—No deberías ser tan hostil con el hombre que ha dado tu resguardo, Jane —dijo el príncipe Calvert, en medio de Sounder y Emilio. Se había aparecido como un donnadie sin hacer alarde ni gala de su entrada.

—¡Oh, un honor tenerle por aquí gran caballero! —expresó el rey, agradecido.

—¡Calvert! Qué amigable sorpresa tenerte cerca, viniste a tiempo.

Por favor, sácame de aquí —expresó Janett, levantando el brazo en un gesto burlón e indirecto hacia el rey y sus principales caballerizos. Calvert, demostrando toda su cortesía y respeto debido a su gran valía, tomó a Janett suavemente de los dedos y se retiró con ella, haciendo una silenciosa reverencia ante el rey.

(…)

Calvert y Janett, habían salido del castillo con los pasos recogidos y las manos aglomeradas para escaparse ante los ojos de los protectores, sin que fueran objeto de prejuicio. Luego de unos minutos en paz, Calvert, tanteó la zona de los alrededores y percibió el premio de la soledad en compañía de Janett. Sonrió de buena gana, y con el pecho contentado, dijo:

—He cumplido satisfactoriamente con la misión de escape de su entrañable hogar, y puede hablar a totalidad si así desea estimada “casi” reina — expresó Calvert, en pleno acato a sus órdenes como si fuera un simple peón de ajedrez.

—¿Casi reina? —preguntó Janett curiosa y con gracia. Calvert, le sostenía del brazo en aquel instante. Janett reposaba con merecido descanso.

—Casi —afirmó sonriente—. Porque princesa ya eres.

Janett enseñó una dulce imagen y le respondió—: Gracias. Tú como siempre, querido y correspondiente.

—Es un placer mostrar mis intenciones ante ti.

Mientras seguían caminando entre cortas palabras y silencios de continuo agrado, Calvert rompió el hielo de la formalidad e hizo una pregunta de relevancia:

—¿Qué regalo te gustaría recibir en la vida?

—¿En vida? —Calvert asintió con buen síntoma. Janett prosiguió —. La verdad no lo sé… antes lo sabía muy bien, pero en estos tiempos… me siento atrapada en una laguna.

—¿Por qué?

—Cambió mucho… Antes, hasta veía la alegría, pero siento los colores más oscuros. No lo veo, lo presiento.

—Cada quien hace su vida al antojo de sus anhelos. Si deseas ser triste, la vida te enseñará la verdadera tristeza, pero si eres feliz… la vida te entregará felicidad cuando menos creías recibirla.

—Es coherente verlo de ese modo —admitió serena—. Pero hay tantas veces que quisiera irme de aquí y no volver.

—En mi defensa —dijo con deseos de sorprender—. Podría darte el país entero para que así te sacies de conocer cada rincón del mundo.

—¿Me entregarías todo un país? —dijo con admiración. Calvert, cada vez era más flexible y afectivo.

—Un príncipe que desea ser rey, cumpliría imposibles para ver la sonrisa perdurable de su añorada reina de cuentos hechos realidad.

Janett, siempre le salía a rebosar una sonrisa en estado de gozo cuando escuchaba a Calvert decir esas cosas, se había acostumbrado en poco tiempo a su voz tranquila y respetuosa, llena de buena estima.

Sin embargo, no todo era color rosa para Janett; porque en un nostálgico respiro, se acordó de Claude en una suave brisa. También rememoró que sus deseos no eran estar en un país y se nubló de pensamientos con una pasmosa velocidad. El golpe de sus azarosos pensares, le hicieron cambiar el rostro de inmediato. Calvert, recurrió a la astucia.

—¿Dije algo que fuera malo?

—No, es... No es importante.

—¿Segura de eso? —preguntó, no tan confiado. Se llenó de dudas al ver aquellos cambios tan pronunciados en Janett.

—Sí… es que hace tiempo nadie me decía eso, imagino que debo acostumbrarme.

—Es parte de ser mujer, la flor de nuestra existencia son ustedes. Daríamos todo por una que nos ame y otra que nos mate.

—¿Dos mujeres? —preguntó, desafiante.

—Mi madre y el amor de mi vida. Ella me ama y la otra me mata de amor.

—¿Entonces por qué sigues viviendo? —dijo Janett, retando de nuevo. Estaba decidida a probar la poesía del hombre que la pretendía. Y si era posible, desenmascarar su juego de bellas palabras para así quitarle definitivamente el disfraz de príncipe que retenía. Calvert, respiró con bastante sosiego y detuvo su caminata con Janett para tomarse una pausa. Se puso de frente a ella a una distancia considerable y Janett le sintió con particular energía. Sonrió por instinto, un poco confiado y miedoso, pero dispuesto a decir las palabras que había reservado para deslumbrar lo insondable de su corazón para el amor:

—Hago el intento de vivir, porque ya muero por ti.

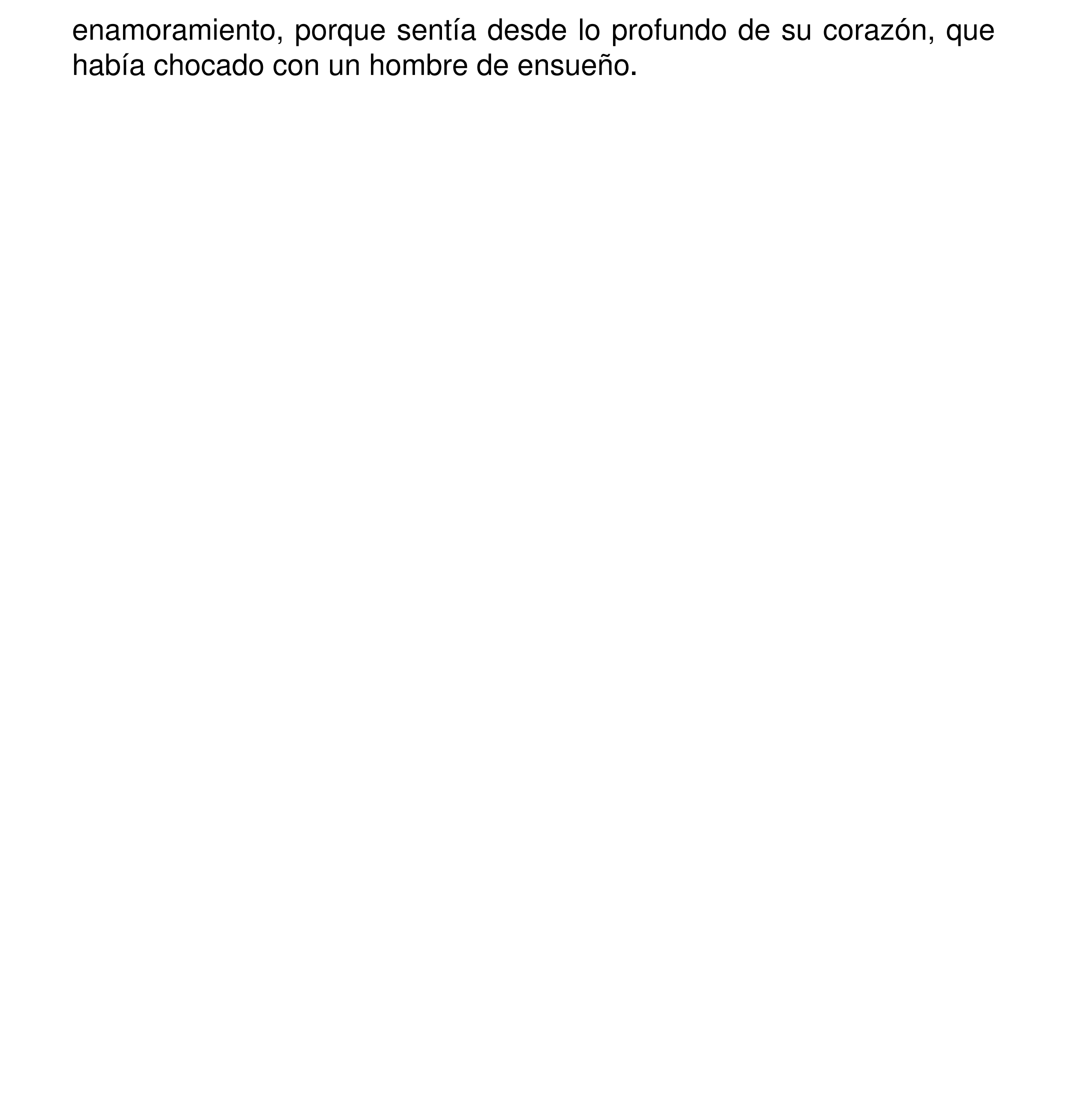
Janett, abrió la expresión de su rostro como platillos voladores que recorrían los cielos de un parque, y dijo boquiabierta:

—Vaya… —no se lo creyó hasta unos segundos después.

Luego de ello, Janett, entró en un trance de hermosura y embrujo. Su corazón se inundó con la magia de aquella frase impregnada de un elixir pertinaz, al mismo tiempo que todo lo negativo de su interior había desaparecido de su ser con una inmediatez soñada.

Tomó de las manos al príncipe y se pensó en ir decidida a entregarle un beso. No quería esperar más, no deseaba atormentarse con reiteración; fantaseaba con concebir las mieles de un nuevo

enamoramiento, porque sentía desde lo profundo de su corazón, que había chocado con un hombre de ensueño.



Capítulo 49.

Noche anterior, Mississippi.

—No hay forma de que te deje afuera, pasa.

Jolina avanzó con la mirada baja y, a medida que se acercaba a la casa, pude notar que sus ligeros ropajes estaban mojados.

» ¿Necesitas una toalla? —le pregunté mientras íbamos camino a la sala.

—Sí, por favor. Te lo agradecería —expresó trémula del frío que estaba sintiendo. Antes de entregársela, aproveché un rato para calentar un poco del chocolate que me sobraba de la tarde. Sumé también los despojos restantes de las últimas galletas especiales que mamá había enviado la semana pasada.

—Está delicioso, muchas gracias —murmuró Jolina, entretanto bebía el chocolate. Estaba cobijada con la toalla sobre su cabello y temblaba de escalofríos, apenas podía defenderse del frío húmedo de la ciudad.

—Con gusto Jolina. Si necesitas algo más, dime.

—Un abrazo —dijo con necesidad mientras me veía a los ojos—. Uno y te lo cuento todo —insistió. Acepté sin contestar cuando ya iba dispuesto a recibirlo.

Cuando la abracé, sentí lo mojada que estaba. No era solo su ropa, también la piel estaba empapada; sin embargo, percibí una llamarada de calor en su corazón. Estaba enseñando una apariencia muy taciturna que no le conocía hasta aquel momento.

—Gracias —dijo tímida—. La verdad estoy cansada de sufrir. Me despojaron del lugar donde viví por dos años, todo por un malentendido.

—¿Qué pasó? —le pregunté cuando me sentaba a su lado.

—Los pagos en mi trabajo han estado lentos —gimoteó dos veces —, y bueno, yo les dije que me esperaran, porque tardaría un mes en pagar el resto, pero no comprendieron y me echaron.

—Entiendo… —empequeñecí mis ojos, no sé por qué imaginaba que hacía falta un pedazo de la historia.

—No es solo eso, me parece inconcebible que luego de tantos años de estar con ellos... —volvió a gimotear, con tristeza—. Me hayan dejado como una pordiosera, cuando he trabajado tanto para pagarles.

—Hay algo que es raro —dije con cierta insinuación—. ¿Por qué lo hicieron ahora y no antes?

—¿Por qué lo dices? —intuyó la intención de mis palabras y se mostró renuente.

—Si llevas tiempo viviendo con ellos, lo hubieran entendido, creo que al menos dos o tres años pagando te da su confianza, ¿o llevabas menos?

—Es lo que recuerdo… —dijo serena, desconocía si mentía en realidad.

—Está bien, te creeré.

—Sé que todo suena difícil, pero es la verdad. No te mentiría cuando has sido tan bueno conmigo —dijo alegre a lo último.

—Te creo porque no veo necesidad de que mientas, es un buen ejercicio confiar en los demás.

—Bueno… la verdad también es otra cosa.

—¿Otra?

Jolina bajó los ojos de nuevo, pero era diferente, porque retenía un brillo en ellos. Por alguna razón, tuve la sensación de que estaba a punto de decir algo comprometedor.

—¿No te has dado cuenta ya? —elevó el rostro para mirarme, fijamente.

—¿De qué debería?

—Estoy enamorada de ti —gimió, con una sonrisa en la cara. Sus ganas de seguir llorando contrastaban con su belleza, se veía preciosa.

—¿En serio? —le sonreí con entusiasmo, tuve la fortuna de creerle en aquel instante.

—Sí… y que te puedo decir, Claude, creo que tu forma de vivir me ha encantado: eres tan trabajador, siempre esperas lo bueno y no haces daño a nadie. No aparentas y tampoco reniegas. Creo que conseguir a alguien que sea como tú… es casi imposible.

—No puedo creer que digas esas cosas —le dije avergonzado al máximo. Jolina, era un gatillo de sensualidad con sus ropas todavía húmedas, y su sonrisa era el detonante perfecto para mi corazón moribundo de amor.

—Sí… te lo diría siempre… —Se acercó hacia mí y me quiso besar. Mi timidez me hizo evitarla, aunque al final alcanzó a darme un beso en la mejilla. Después, me abrazó muy fuerte.

Comencé a respirar agitado. Jolina, estaba con blusas muy trasparentes y livianas, sentía todo debajo de ella y era inevitable que la llama de la pasión no tocara a mi puerta con ello, porque hacía años que no había sentido el roce de un voluptuoso cuerpo de mujer, entregado al abrazo reservado de intenciones ocultas. Tragué saliva con dificultad, preocupado por perder el control sobre mí y mis extremidades; sin embargo, percibía cómo los pensamientos que tenía se transformaban en petardos voladores, recreando escenarios que solo concluían en la cama. El abrazo se alargó demasiado, creía que Jolina también concebía el fuego que se apoderaba de mí.

Y volvió a besarme, pero ahora… en los labios. La verdad, estaba helado. Trastornado con ahínco mientras especulaba cientos de posibilidades que no venían de mi corazón. Me alejé un poco de ella, recogiendo mis pasos hacia atrás, y mientras caminábamos al revés, Jolina seguía volcada besándome con un pronunciado frenesí. Era una situación demasiado intensa para lo que podía sopesar con rectitud. Mi cuerpo y cabeza estaban en conflicto, y mientras el primero quería hacerlo, avanzando hacia la puerta abierta del cuarto para terminar en lo prohibido, el segundo evitaba entregar los besos con una absurda fidelidad a alguien que no aparecía en la mente. O tal vez, intentaba darse un lugar de respeto ante ese rápido y acalorado acto femenino de querer poseerlo todo.

En menos de lo que pensaba, ya la cama estaba detrás de nosotros, y me había dejado caer sobre ella. Al mismo tiempo, Jolina cayó encima de mí, estando en la posición perfecta para cometer los primeros pecados de mi vida correcta, creada en la resistencia de hallar lo que valiera la pena. La suerte había acompañado a Jolina en ese momento, porque fue despojando uno a uno los botones de mi franela de rayas, y en cuestión de nada, logró hacerlo. Pronto, comenzó a besar mi pecho con lentitud e insistencia, me comenzaba a encender viéndola con su locura hacia mi piel; estaba entregada por completo, no podía creerlo. Mis respiraciones estaban sobresaltadas porque mi presión había aumentado.

Jolina fue bajando hasta llegar a mi estómago y luego siguió bajando, hasta casi la parte más íntima, donde detuvo sus besos desde antes. En ese escaso momento, mi tiempo se detuvo… y me reduje a la nada. Pensé con calma lo que estaba ocurriendo y no sabía en qué minuto había comenzado ese vaivén de desenfreno de espíritus deseosos en consumarse, para hacer el amor en una noche lluviosa.

Jolina, bajó mi cremallera. Tenía las pulsaciones a mil, me sentía un demonio infernal, dispuesto a quemar todas las carnes que pusieran en frente de mí; sin embargo, como si un ángel de paz hubiera venido a apaciguar el descontrolado incendio que yacía en mis ánimas derramadas. Janett, me visitó en la mente como si fuera mi protectora y salamandra a la vez. Se había atrincherado en las puertas más ocultas y desconocidas de mi corazón.

—Detente —le dije, entrecortado y en voz baja.

Tenía su mano sobre mis pantalones, mi fuego estaba encendido y lo rozaba de cerca; no obstante, se alejó después de mi inesperada oposición. Luego recuperó su compostura y se arrodilló en la cama justo frente a mí, me miró con gran extrañeza.

—¿No te gustó? —cuestionó, con los ojos a punto de quebrarse en congoja. No podía responderle, solo la veía con frustración y sin

entender qué había sucedido. Respiraba de forma desordenada y no encontraba la serenidad que buscaba. Jolina, aprovechó mi indecisión para probar una última vez. Se despojó de su blusa y liberó sus pechos al aire. Observó de reojo mi pantalón, buscando encontrar un premio y la verdad no había nada.

» Yo sé que quieres… todos los hombres quieren conmigo —se fue acercando de nuevo… Jolina, no se rendía.

Me abrazó en ardorosa cercanía, y mi corazón estaba revolucionado, pero al mismo tiempo estaba rígido como la placa tectónica de San Andrés. Me susurró al oído y, endulzando su voz, me dijo:

» Solo regálame esta noche y te enseñaré a olvidar un corazón.

Sentí un cosquilleo en el cuello, porque en repetida ocasión, besaba de él. De Jolina, admiraba sus ansias apasionadas; su obsesivo anhelo ante mi nombre y su vaporada calentura de estar conmigo, pero en realidad… ya no había vuelta atrás.

—Dije que pares —reiteré, sin lamentar. Me dolía la carne. Había dejado pasar el oro para conservar una torpe castidad que no me servía para nada.

Jolina, se distanció con la rapidez de una mujer herida y, con vergüenza, tapó sus pechos con toda la extensión de su brazo y con la otra buscó su blusa con afán. Se la puso al acto e intentó ocultar la escasa dignidad que le restaba. Se fue a un costado de la cama y me dio la espalda. Conservó su mano en el rostro, reconociendo con tristeza el descontrolado trance de acoso que había ejecutado. Luego de eso, no fue capaz de mostrar la cara en toda la noche.

Era una escena inédita en mi vida, nunca había hecho algo así. La adrenalina todavía corría por mis venas, aunque disminuía gradualmente a medida que transcurría el tiempo. Había sido una experiencia muy intensa. Atesoré el silencio un par de minutos mientras ella permanecía en la habitación sin decir nada. La percibí de cerca y pensé que me odiaría, pero sorprendentemente, no se marchó —igual tampoco se lo había pedido—. No pesaba ni incomodaba su presencia. Decidí hablar para aclarar lo que brotaba de mi corazón.

—Jolina… eres una mujer guapa y única, incluso creo que podrías gustarle a cualquiera, pero no sé por qué no me siento contigo. Recuerdo con claridad que, en el amor, una duda es lo último que uno logra percibir. En él, jamás hay espacio para la incertidumbre. Lo lamento.

Jolina, gemía en contados susurros aun escondiendo su rostro, a pesar de eso, lograba escucharme con bastante atención.

» No soy esa clase de hombres que buscan pasiones de una noche. Allá que se queden los otros, porque yo espero mi oportunidad cuando sea el tiempo prudente. También soy malo con las mentiras, lo

que dije en el día de las preguntas era cierto.

Janett, corrió a abrazarme en mis pensamientos forzados y nublados, como si la luminosidad de mi espíritu le perteneciera. No sabía por qué continuaba empecinado en seguir recordándola, porque sus verdaderos ojos —los que nunca había visto—, eran tal vez los del alma, y habían penetrado tan profundo en mi piel, que interrumpían mi capacidad de amar a otros para solo amarla a ella. Porque no la había dejado de amar, ni tampoco tenía razón para hacerlo… porque si ella no me quería ni me iba a recordar, igual yo no dejaría de amarle con todos los términos de mi corazón. En el amor, mi ley era dar sin esperar a recibir, ya que los afectos no conocen de medidas ni cantidades.

En el tiempo que pensaba todas esas conclusiones, veía a Jolina y era un completo desierto; no hablaba ni discurría, solo se limitaba a estar ahí, existiendo. Encorvada y obscurecida, de espaldas y con la cara secreta por el inminente desprecio del rechazo. Me lastimaba saber que había sido el culpable de toda la confusión.

—Iré a dormir en el sofá, no tienes que irte —le dije con moderación—. Puedes quedarte en mi cuarto. En el baño, tienes toallas si quieres bañarte — me levanté de la cama y fui a la sala para hacer lo que había dicho. Jolina, ni siquiera me respondió, pero más no podía hacer. Había dispuesto lo que creía y pensaba era lo indicado. Unos minutos pasaron y me nació un espantoso sentimiento de culpa, reconocía que estaba dejando pasar una oportunidad con una mujer que era el deseo de cualquier hombre, pero… ¿Quién era yo para renegar ante las peticiones caprichosas y absurdas de un corazón que se había vuelto loco por un antiguo amor?

Al poco tiempo apagué las luces de casa y pasé el resto de la noche a oscuras, entre incomodidades y curiosidades. No dejé de pensar en cómo estaría Jolina o qué imaginaba, menos paraba de discurrir en cómo iba a tener la valentía de despertarme mañana temprano para verle la cara y compartir palabras con ella. Cada vez que avanzaba la noche, rememoraba la historia con Jolina y por qué las cosas se dieron desde un principio. Todo era perfecto e incluso me había abordado como deseaba que una mujer hiciera en mi acentuada timidez y baja autoestima de siempre. Fue comprensiva, amable y entregada, lo único que me asustó de ella fue que era demasiado directa, tanto, que mi escudo de protección no era suficiente para resistir a una mujer que lo deseaba todo de mí.

Sin embargo, al final de la noche, solo una cosa quedaba clara en mi mente antes de dormir: era imposible deshacerme de Janett. Estaba condenado, pues aunque intentara escapar, mi espíritu la llamaba con desesperación, anhelando acariciar su piel y sentir su presencia. ¿Y cómo podría librarme de alguien que estaba grabado en

las paredes de mi corazón? Aun siendo un hábil ignorante en evadir lo que realmente importaba, solo Janett era lo único que no podía olvidar.

Capítulo 50.

Desperté tarde. Ni cuenta ni razón había tenido en el tiempo que, sofocante y veloz, se había zarandeado y deslizado como un niño rebelde entre las manecillas del reloj. Pero sucedió algo inexplicable de lo raro que fue. Cuando me levanté para llamar a Jolina y ver si quería desayunar, descubrí que no había despertado. Tenía la puerta cerrada.

Toqué varias veces y no contestó a mi llamado; sin embargo, decidí no esperar y abrí la puerta. Supe que no estaba, se había ido sin dejar rastro. La cama, estaba pulcra e intacta, como si nadie hubiera pasado la noche. Miré de cerca la curiosa magia de la limpieza y, justo al lado; en la mesita de noche, había una hoja a la mitad con palabras escritas.

Jolina dejó una nota en mayúsculas, se podía ver a simple vista: Lo siento, espero algún día puedas perdonarme.

A un costado de la hoja también estaba el dibujo de una cara triste. Asentí con arrepentimiento y decidí arreglar las cosas para irme al trabajo.

Tenía mucho que contarles a los muchachos y luego a papá cuando llegara de viaje. Me parecía increíble la oportunidad que había dejado atrás, no sabía cuántas veces la vida me regalaría la oportunidad de estar con una mujer así de hermosa y encantadora. Había soñado con Jolina por el resto de la noche, atormentado por reconocer aquel horrible acto de desprecio hacia ella y su fantástico cuerpo.

Aunque el significado real de esa llamativa decisión radicaba en un aspecto que no conocía y no tenía nada que ver con Jolina, ni siquiera con Janett. Era solo la llenura de mi pecho, incrementándose en cada nuevo minuto de espera, porque sentía de corazón, que había sido correspondiente con mi ser y mis principios; los valores arraigados de mis años en Rumpler. Sin duda alguna, sabría que mamá estaría contenta por mí… pero no podía decir lo mismo de mis compañeros, no al menos hasta decir lo que sucedió. Había bastante por analizar y mi cabeza no sabía ni qué pensar.

(…)

Cuando llegué al trabajo, esperé silencioso el momento indicado. El día era tranquilo y los paquetes de Cuba ya habían llegado a nuestro recibidor. Pasó un tiempo corto y ya no pude aguantar para contarle a mi primo y a Cortés lo que había sucedido.

—Ayer me vi con Jolina…

—¿Sí? ¿Y qué pasó? —preguntó Juan Pablo atento, mientras cerraba y escribía los nuevos destinos de los empaquetados, Cortés escuchaba.

—Nada, pues… se quedó en la casa ayer —dije sin titubeos, había acelerado el cierre de varios caramelos con la cinta de embalar.

Cortés y Juan Pablo, se miraron sorprendidos entre sí. Sus reacciones de orgullo afloraron en cuestión de segundos.

—¡Demonios primo! ¡Eres mi ídolo! ¡Tu chica es una mujer de diez puntos! —expresó emocionado.

—Impresionante amigo, eres un artista de la pasión. La coronaste —respondió Cortés, al próximo segundo.

—No sucedió nada, no malentiendan —dije decepcionado—. Solo se quedó en casa y ya.

—¿Y ya? ¿Crees que somos estúpidos? La mujer de este tiempo no pasa a tu casa solo para saludar, si lo hace, hay otra intención —afirmó Juan Pablo. Cortés, apoyó su moción al asunto.

—Bueno… ella sí quería algo, pero yo no deseaba hacer nada.

—Amigo, ¿en serio? —no creyó Cortés.

—Ah, entonces… ya sé quién fue el estúpido… —intuyó Juan Pablo.

Detuve mis paquetes por la incomodidad de sus palabras y respiré con hondura, no hallaba qué más podía decirles para que no sonara tan espantoso.

—¿Quieres decir que una de las mujeres más hermosas e independientes de la ciudad quiso algo contigo, y no quisiste? —preguntó Juan Pablo.

—Sí…

Juan Pablo, tomó el paquete que tenía en la mano y se golpeó en el rostro con él. No podía dejar de pensar la estupidez que había hecho. Intenté complementar la historia con el resto de lo sucedido:

—Ella llegó a casa, empapada de lluvia. Me dijo que la habían botado de su casa y la hice pasar. Eso fue todo.

—¿Qué llevaba puesto? —preguntó Cortés.

—Una blusa blanca y falda corta.

—¿Era transparente? —dijo Juan Pablo.

—Eh… —dudé demasiado tiempo, ellos entendieron que sí.

—¿Se le veía algo debajo? —volvió a decir Juan Pablo.

—Pues…

—Te perdiste de un sexo inolvidable —expresó el sr. Roberto, atrás de nosotros—. Oportunidades como esa no te aparecen dos veces, niño.

En aquel momento, Juan Pablo se cubría el rostro por la vergüenza de ser mi pariente. Cortés sonreía ligeramente, creyendo que lo declarado era solo una historia para entretener el rato. El sr. Roberto

estaba furioso por la idiotez que se estaba perpetuando. No soporté más sus respuestas e interacciones y decidí responder con lo que creía era mi mantra oculto: ser un hombre firme y de intenciones honestas.

—Es que ustedes no entienden un carajo. Me gusta ser diferente, yo tengo mi pasión guardada. Allá que se queden los que desean encarnarse con lo primero que encuentran, yo espero mi oportunidad con calma. Si no quise es mi problema y no seré menos hombre por dejar pasar la primera mujer que quería intimidad conmigo.

Todos se quedaron viéndome, congelados y pasmados ante mi respuesta subida de tono; sin embargo, el sr. Roberto, no se contuvo para responder:

—¡Patrañas! —dijo indignado, y retirándose se tapó los oídos para no escucharme. No quería señalar ni refutar mis palabras. Juan Pablo, volteó la cabeza de un lado para el otro negando con un increíble disgusto.

—Primo, ¿eres tonto o qué? Mujer que veas, mujer que aprovechas. Creo que voy a vomitar —expresó con un semblante similar al sr. Roberto, pero se tapó la boca con la mano, simulando estar enfermo ante mis versos incoherentes. Se había retirado, solo quedaba Cortés.

En su rostro, la claridad de su desagrado era intimidante y uniforme, porque al venir de un país latino gesticulaba los músculos faciales de una forma excéntrica y acentuada. También se le admiraba con simpleza cuando no le gustaba o parecía algo, y en ese momento, pensaba que no iba a responder. No tenía expectativas para una reacción favorable.

Cortés se acercó con irritación, pero con una sorprendente serenidad. Y cuando me tuvo de frente, me dejó pálido con la acción que hizo: me abrazó. Una fuerte palmada selló nuestra conexión, como si fuera el amigo que no había alcanzado a obtener en Mississippi.

—¡Grande viejo! ¡Eres asombroso! —dijo mientras aún me abrazaba y, luego de terminar; se alejó sin contrariedades, pero sonriente en gran medida.

—¿Por qué? —le pregunté incrédulo, Cortés me había abrazado como nunca y tenía que tomar mis defensas contra un ataque fulminante.

—Pienso que los caballeros de verdad ya no existen, amigo —me dijo con lástima, y no por mí, sino por el resto de hombres que estaban ahí. Sentí sus palabras y me impactaron profundamente. No sé por qué, pero cuando dijo aquello me hizo recordar al reino del Olivo, y pensar que quizás sí pertenecía allá, aunque fuera el anhelo más fantasioso de mi alma.

» Es más, ¿sabes algo? —dijo nuevamente, estaba fascinado—. Yo pienso que los hombres reales dejaron de existir hace tiempo, ahora solo quedan enfermos. Pero carajo, te felicito, todavía eres un verdadero hombre de esos del pasado, con olor a pintura de la época clásica, y más con esos actos renacentistas tan alocados, porque dejar plantada a una de las mujeres más hermosas de la ciudad solo porque no sentías amor, es simplemente áspero —Cortés, seguía sin creérselo. Acepté cada una de sus palabras con una silenciosa alegría. Al menos a alguien le había impresionado.

» Me dejaste sin palabras, no pensé que dijeras eso. Claude, eres genial, te esperan cosas muy buenas porque sabes querer de corazón ¡Ya verás! ¡Bien que te sorprenderás! —aseguró Cortés mientras se dirigía a almorzar, lleno de entusiasmo por mis palabras sinceras. Sonreí con fortuna en una tierna soledad, adquirida por los abandonos forzados y complacientes. Sabía en mis adentros que estaba caminando por la ruta idónea, porque tanto en la vida como en el amor, tomar el camino difícil era un dolor necesario para fortalecerse, y dejar el resto en manos del olvido.

(…)

Cuando volví a casa, llevé unos panes exquisitos del portugués. Papá ya había llegado y percibía el aire ávido. Suponía que se había vuelto compinche con Jolina para que esa “extraña e inesperada visita” se lograra de forma satisfactoria.

—Hijo, ¿cómo te fue? —dijo animadamente. Estaba optimista, incluso más que de costumbre.

—Bien —dije corto, no hubo más. No tenía inspiración para mentir.

—Entiendo… entonces, ¿nadie vino? —delató con su mirada analítica lo que había ocurrido, no estaba ni cerca de hallar respuesta.

—Sí, alguien llegó.

—Ah —sonrió con picardía—. Bueno, espero haya ido bien.

Quise reír, pero la verdad no podía actuar con falsedad. Lo habría arruinado con categoría.

—Gracias por el intento, papá… pero lo arruiné. No me sirve nada con nadie

—dije abrumado de mí y mis estúpidas decisiones ausentes de sentido común.

—¿Cómo así? ¿No pudiste?

—No —dije entre risas de decepción—. Y aunque todo hubiera funcionado con ella… Papá, ¿crees que soy de jugar con las mujeres? Jamás.

Papá, movió su cara hacia un lado y definió lo mejor que pudo, me

vio de pies a cabeza para luego poner un rostro irónico.

—Eres mi hijo, nada te puedo decir. Lo que hayas hecho está bien, no necesito referencias.

Sonreí de medio lado y dejé la bolsa de panes en la mesa. Toqué su hombro dos veces y me fui al cuarto a descansar. Tal vez el amor no era para mí. O quizás, la mujer idónea, estaba en algún lado esperándome con impaciencia. Porque la verdad no entendía esa manía misteriosa de mi alma, el traerme viejos conocidos al cuerpo. Eran como ensordecedores, temporizadores rumiantes que iban directo al corazón, una dinamita que eclosionaba en el momento desacertado, pero que no podía ver desde el punto de vista correcto del asunto. El amor parecía un amigo que se portaba con una ajustada extrañeza, a lo sumo rígida, para sus propósitos casi perfectos.

(…)

Janett besó a Calvert y él le devolvió el sentimiento con extrema pasión, como si hubiera guardado aquellos besos en reposo de años para la princesa ideal de su vida. Janett, no se detuvo y le siguió la cuerda, y entendió que el amor sí le tenía una segunda oportunidad para después de los días de llanto y dolor. No dudó en buscar un espacio de romanticismo y felicidad.

Calvert la sostuvo de la cintura y la besó con calma, como un caballero. Luego subió el ritmo del revuelo; para al final terminarlo con un beso breve, en el cierre de la confirmación de un nuevo amor para sus vidas.

Janett estaba feliz, sus risas enmudecidas y brazos aferrados en la espalda de Calvert la hacían sentir protegida y renacida en un sentimiento especial, porque estaba impregnada de un caos mágico y brillante. Luego de eso, Calvert con un tiempo perfecto, sostuvo con delicadeza la mano de Janett y apartó la estrechez de sus cuerpos para así llevarla tomada de manos como si fueran una pareja del reino amurallado. Juntos, partieron en silencio hacia el Olivo. Y una cosa era clara, era el turno de Janett para hablar con el corazón y explorar su alma con la ilusión de encontrar su lugar en el mundo —el que tanto buscaba—, en una aventura que se mezclara a la par de las travesías.

Capítulo 51.

Los días siguientes fueron el escenario pragmático para hacer una reevaluación de mi vida y descubrir cómo la estaba viviendo, ya que sentía que desperdiciaba mi tiempo trabajando y sin nada que hacer. No tenía una historia increíble detrás de bambalinas y tampoco poseía un recuerdo memorable que embebeciera mis páginas de letras inolvidables. Sentía que había perdido el propósito de mi vida y ni siquiera lo conocía. Mi padre, me veía orgulloso de mis decisiones como hombre y mamá me extrañaba mucho, pero eso no me hacía cosquillas en lo recóndito, algo faltaba y necesitaba saber qué era.

—¡Te falta mujer! —me gritó Juan Pablo, había olvidado que todavía estaba trabajando. Aún no apartaba vacaciones. Parecía que mi primo me había leído la mente.

—No puedes ser más estúpido porque no quieres… —respondió Cortés, defendiéndome. Me hizo sonreír.

—Amigo, es que míralo… es patético recordando lo que dejó pasar. Es un desastre —aclaró crudo. Mi primo tenía razón, pero lo curioso del asunto era saber que, al ser parte de mi familia, no se venía con consuelos baratos. Decía las verdades en la cara y siempre le respondía con un silencio amargo. Un Juan Pablo nunca debía faltar para avistar a la realidad.

—No todo es malo, deja de exagerar —dijo Cortés—. Mira que pronto lo ascenderán, creo que está a días de suceder. El sr. Javiero está a punto de retirarse.

—Cierto, ahora le van a pagar el doble al canalla ese. Es hasta capaz también de desperdiciar la mitad de su sueldo —dijo Juan Pablo, despectivo. Al parecer no me había perdonado el error de haber dejado a Jolina.

—Claude Rivarola, coordinador de operaciones del Doradal. Suena chévere —Cortés era especialista en darme ánimos, y me lo pensé con solicitud: ¿En verdad mi vida iba a terminar como un coordinador de una empresa?

—Amigo —me dijo Cortés, tocándome de un brazo—. ¿Estás bien?

—Sí… —dije con la mirada extraviada—, mejor que nunca. Excelente.

Había aprendido la habilidad de mentir descaradamente ante ellos y me resultaba divertido ser así, pues estaba tan cansado del mundo y de los actos de los demás que, muchas veces, sentía que pertenecía a otro lugar.

(…)

—Jane, te he visto más alegre que de costumbre. ¿Por qué sería? —preguntó su madre. Estaban en el palco de reyes, cerca del balcón donde se veía la parte sur del resto de prados embelesados del reino.

—Sigo igual, y no creas que tiene que ver con Calvert —dijo mintiendo, Janett no quería tener las sucias manos de la reina hurgando en la olla de sus asuntos privados.

—Pienso que mientes… —dijo abnegada—. Pero da igual, si lo haces será tu condena. Porque verás lo malo venir hacia ti.

—¿Por qué debes decirme cosas tan negativas? Deberías ser más amable con tu hija.

—Te protejo, y eso no lo entenderías.

—¿De quién o qué? —reclamó Janett, furibunda, y pronto se levantó de la silla del palco para alejarse del espacio de su madre—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué siempre haces lo mismo?

—¿Qué mal haría una madre que te ama? —respondió con una falsa tristeza ante sus palabras.

—Siempre buscas alejarme de alguien cuando me quiere y no entiendo por qué lo haces. Parece que tuvieras algo en mi contra.

—¿Cómo se te ocurre Jane?

—Claro que sí —aseguró peregrina por los alrededores—. Antes, el chico que me quería desapareció por extrañas circunstancias, y luego, llegó una carta de él… Cosas extrañas pasaron, como su juicio y demás acusaciones. Ahora no sé qué quieres hacerme al observar que ha venido alguien nuevo.

La reina abrió los ojos, desconcertada, y se defendió a fuerza de palabra.

—Nada ha pasado, son alucinaciones tuyas. Deberías descansar un poco.

—¿Nada? ¿En serio? ¡Aquí ha pasado de todo! ¡Maldita sea! —renegó con rabia. Janett, fue directo hacia la puerta y salió del balcón para irse.

—¡Hija! —reclamó la reina con tono elevado. Janett, no le escuchó—. ¡Jane!

La reina, otorgó un inmenso respiro y apaciguó sus ansiedades con libertad condicionada. Ella entendía cosas y no quería contarlas a nadie. Era egoísta en su deseo de guardar lo importante, más todavía porque su aparente deseo de proteger a Janett, era solo una fachada que distaba mucho de lo que realmente sentía en su corazón.

(…)

—Jane… ¿Algo malo sucede? —le expresó Calvert con calma, ambos estaban al frente del monte Robinson. Se habían quedado de

encontrar unas horas después.

—No… O bueno, tal vez —dijo abatida, no entendía por qué sentía que algo inexplicable estaba ocurriendo. No encontraba paz en su corazón ni rastro de felicidad, incluso junto a Calvert.

—Recuerda que… —Calvert, puso su mano sobre la de ella—. Estoy contigo.

Janett sonrió de medio lado.

—Gracias —dijo.

Calvert estaba contento y había entrado en un estado de relajo. Luego a Janett le nació una curiosidad:

—Oye… ¿Y cómo es aquí? —preguntó. Estaban en un espectacular visor adyacente a la línea de Crocker, que hacía elevar la belleza de las montañas. Los vientos eran sobrios y cálidos, el sol del jueves apenas comenzaba a calentar la tarde con un fuego inteligente.

—Es muy bonito, es como… —Calvert se detuvo un rato a pensar el resto, le costaba la poesía—. Una magdalena que adorna el paisaje con la belleza que tú representas.

—¡Vaya! —dijo Janett con alegría, y pronto sintió una curiosa vibración en el alma.

—Jane… —dijo Calvert mientras intentaba acercarse para darle un beso. Janett, sintió su deseo de querer hacerlo, y aceptó su petición. Ambos se fundieron en otro beso, en aquella ocasión, más de quitapesares que otra cosa. Janett, cayó rendida en el sosiego, al sentir que la energía del amor crecía en ella y despejaba sus preocupaciones con más amor, porque no había mejor medicina que el cariño entregado a sorbos medidos y concienzudos.

Calvert, se alejó con lentitud de sus labios y decidió callar entre los regocijos de la naturaleza. Creía que tenía a Janett y con paciencia esperaba a su mejor versión. Al fin y al cabo, era un príncipe que quería ser rey con su princesa.

—Deberíamos irnos a casa —dijo Calvert.

—Pero allá está mamá, yo me quiero quedar un tiempo más.

—No hablaba del reino… sino de nuestro futuro hogar.

—¿Sí? —dijo Janett asombrada, no entendió bien hasta que Calvert le aclaró.

—El reino del príncipe Sauberio tiene su futuro rey, le falta la reina… que eres tú —dijo decidido, pero con tono loable. Janett, se cautivó por instinto.

—Me parece muy bonito de tu parte que me veas como una reina —dijo amable—. Pero sabes que eso de los reinados no va tanto conmigo —Susurró con amabilidad, no quería decepcionar a Calvert.

—Algo haremos para que seas reina, no te preocupes —Janett dedujo que Calvert no la había comprendido. Sin embargo, lo dejó

pasar sin problemas, porque ya bastantes tenía rondando en los confines de su mente.

Aunque solo por un breve instante, Janett logró imaginar cómo sería su vida como reina. Y analizó, casi por reflejo de sus sueños incumplidos, que sería una completa pérdida de tiempo. Ni el amor ni un futuro romance serían suficientes para hacerla cambiar de opinión, a menos que fuera algo que la marcara de forma permanente. No iba a ser reina, eso lo tenía más claro que un cielo completamente despejado.

(…)

Uno de los protectores más importantes del reino estaba en el exclusivo lago del Primado, mientras pescaba en una improvisada balsa de bambú. Tenía la caña de pesca sumergida en el agua, con su correspondiente cebo de mar. Estaba adormilado, con un sombrero de viajero de las épocas cavernosas. Los rayos solares no le afectaban y sostenía firmemente el mango de la caña.

Sigiloso como un detective en su descubrimiento, estaba el investigador Lovett. Y con la mirada de una antorcha con la brasa enterrada, se acercó lentamente al protector, con un bote de mejores proporciones y fue con la intención de llegar hasta a su encuentro. Se arrimó tanto con la barca, que chocó con la empobrecida maquinaria del protector.

—¡Hola muchacho! —le vociferó Lovett, con clase y soltura. El pobre protector se despertó afanado, casi soltando la caña. Cuando pasó el temblor, tocó su cabeza con frustración y se quitó el gorro haciendo resaltar su cabello grisáceo. Reconoció la voz de inmediato.

—Sr. Lovett, un gusto tenerle por aquí. Tenía años que no tanteaba el porvenir de su presencia.

—Protector Cristensen, ¿qué más le puedo decir? Tengo tantas preguntas…

—En pro del saber, acepto sus contestaciones con plena humildad y agradecimiento —Cristensen se había reincorporado con valía, y se sentaba en el único lugar, cómodo y trivial, que ofrecía la madera flotante. No obstante, tenía una pequeña esencia de incertidumbre adherida al cuerpo.

—He conocido la noticia de su ascenso. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Trabajo duro —respondió firme.

—¿Está seguro? —dijo mordaz, admirando al gran lago, que presentaba un espectacular ambiente para descansar del dolor de las guerras pasadas.

—¿Por qué piensa que es diferente? —Se le notó un poco nervioso.

—Hace unos días vi a Monteredondo, trabajando con molestia y

quejándose… y en el castillo la única persona que impone ascensos es el rey.

—Es lo correcto.

—Pero —subió el dedo índice al descubrir otra noticia—, me enteré por fuentes fidedignas que también este año, la reina, adquirió el derecho de asignar cargos. El mismo año donde fue condecorado a ser primer protector, ¿o me equivoco? —preguntó escabroso, pero en reserva de sus facultades. Cristensen, ya estaba adoptando una posición defensiva.

—Es correcto —afirmó entre pizcas de titubeo.

—Entonces… iré al grano del razonamiento, ¿qué sucedió con Claude Rivarola?

—¿Cuál Claude? —contrapreguntó, sin despeinarse.

—No te hagas el desentendido. No va a funcionar conmigo, niño. Sabes muy bien quién es.

—Por supuesto, reconozco su nombre… ¿Cómo podría olvidar el amor imposible de la princesa?

—¿Imposible? —discernió, con desagrado. Desde ahí, Lovett lo supo.

—Sí… porque ahora no están juntos. Claude no volvió, y la princesa creo que tiene una relación con el nuevo príncipe de Herminda —dijo mientras el anzuelo de la caña había tenido éxito y trataba de recoger la captura en el balde.

—Porque fuiste el culpable de todo. Por eso no están juntos —expresó deliberadamente, sin tener pruebas al respecto.

—¿Perdón? ¿Por qué yo? —El pez era muy renuente y no quería salir del agua. Cristensen, la pasaba mal con la red de la caña.

—Conocí al joven Claude; un chico de un corazón invaluable, sumamente respetuoso. No creo que se haya ido como un insensible, estando dispuesto a cambiar su amor por uno distinto. Lo grave, sucedió, y todos mis caminos conducen a ti.

—Entonces… —rechinó sus dientes con fuerza para sacar el viviente marino y no fue capaz, se le había roto el hilo. Se golpeó detrás de su cabeza con la balsa—. Debe reformular sus caminos, porque están erróneos —expresó seguro mientras recuperaba los hilos. Se había evaporado su naciente periodo de nerviosidad.

—¿Qué hace aquí pescando? —le preguntó, sin querer increparlo más.

—Disfruto de mis merecidas vacaciones luego del trabajo.

—¿Qué trabajo hizo para recibirlas? Le escucho con atención. Cristensen, se quedó en silencio durante un rato. En aquella muestra, Lovett, le cazó como una bruja que hacía alquimia para atrapar a los demonios que le maldecían.

» ¿Nada asiste a su pensar? ¿Será porque el joven Claude no está

presente? Y gracias a eso, inició su destartalado acto de fantasía.

—¿Cuál… fantasía? —replicó balbuceante, se había enfermado como un bebé en su cuna. Fue un sube y baja de importancia. Cristensen entendía que Lovett no preguntaba cosas así de la nada. Estaba informado y no sabía cómo le podía contener.

Lovett, elevó su postura y se puso en pie dentro de la embarcación, e hizo gala de su posible teoría de investigación. Cristensen, vio su figura: postrado con temor, al lado de un balde sin peces. Lovett, era imponente en resoluciones.

—Según la orden y versión de los hechos, dada por la Secretaría de Órdenes. El 27 de diciembre de 1992, el segundo protector al mando; Cristensen Monterrosa, fue herido de gravedad por un daño de espada. Los presentes en dicho lugar de los hechos eran cuatro personas, curiosamente tres protectores. ¿No le suena la idea que trato de decir?

Cristensen, posó su mirada hacia cualquier parte y sintió el mundo tan pequeño como una escala microscópica. Mantuvo su agonía en silencio, sin formular ninguna defensa, mientras que Lovett continuaba:

» Tuvieron la inexplicable fortuna y, diría casi el descaro, de hacer todo esto cuando me hallaba de vacaciones. Reconocían con inquisición que dejaría pasar el expediente de este caso y trataron de ocultarlo de mi vista… ¿No le da vergüenza ser parte de una coartada tan miserable? —expresó, decepcionado.

—No entiendo a qué se refiere… —admitió Cristensen, sudoroso, dando sus últimas patadas de ahogado. Respetaba a Lovett y le tenía admiración. Pero también comprendía lo perdido que estaba en un debate con él, porque era demasiado talentoso para descubrirlo todo.

—Protector mentiroso… no lo hagamos más difícil. Dígame, ¿quién es el culpable de esta barbarie? Porque, ¿quién demonios puede creerse que un chico de apenas 19 años, heriría de gravedad a dos de los mejores protectores, entrenados por las fuerzas más poderosas de América?

—Puede suceder… —dijo con escalofríos, la tablilla en la balsa se empezaba a hundir por su temor a declarar.

—Si eso es realmente cierto, ustedes son el hazmerreír del reino —expresó burlón—. Aunque eso es imposible. Le daré mi principal sospechoso: ¿La reina? No puedo imaginar a otra persona.

Cristensen tragó saliva y bajó la mirada, sintiendo el peso de la culpabilidad. Lovett era implacable cuando conocía los hechos irrefutables y las conjeturas que estaban hechas por personas inexpertas en el tema. Le parecía inaudito que alguien se aliara para ponerle un desalmado fin a un valeroso joven de Rumpler.

» No tiene que hacer esto… —dijo con seriedad—. Sea hombre.

No tiene que hacerle daño a los demás… ¿No es acaso un protector de nuestro reino? Porque me demuestra con sus actos que aún sigue siendo un mocoso. Ojalá aprendiera a respetar y no meterse en los asuntos de los demás.

—Ya no siga diciendo estas cosas… yo solo hacía mi trabajo.

—¿Te parece trabajo romper un amor como el que tenía la princesa? ¿A quién le eres fiel? ¿A la reina o al rey? Porque con esto dejas en la palestra que eres capaz de abandonar a un rey, por irte con las sobras del pan de una polémica mujer, acusada por la opinión pública, que apenas es respetada por las fuerzas del castillo, y no por ser reina, sino por tener un distintivo como esposa del rey.

Cristensen, se había transformado en un mudo, y miraba a todas partes con la intención de marcharse, pero era difícil. No tenía habilidad para el nado y menos podía escapar de uno de los mejores investigadores del país.

—Bien… Te esperé mucho. Me iré y le comentaré al rey. Tengo las pruebas suficientes para acabar con esto —dijo Lovett, decidido a irse cuando había tomado uno de sus remos; sin embargo, Cristensen le detuvo con amargura.

—Por favor, sr. Lovett, no me imponga una dura penitencia. Permítame al menos seguir trabajando en los Olivos —suplicó, como un hombre abatido por los oscuros secretos de su pasado.

—Si dices la verdad, te perdonaré no solo la estadía, sino también la vida, porque creo saber que la pena de muerte por traición al rey es una ley aprobada. Cuando la verdad se descubre a los ojos del mundo, la mentira termina sin lugar donde esconderse. Recuerda eso, niñito.

Lovett le ayudó a Cristensen con la mano apoyada en el antebrazo a subirse a la embarcación, dejando la balsa arruinada y flotante en las inmensidades del lago. Sin tardar mucho, en lo pronto de sus reclamos, empezó a contarle los detalles de la historia que había sucedido en realidad. Era tiempo de librar las falsedades ilusorias del Olivo, y enseñar la verdad absoluta al reino, en el marco de sus necesidades más elementales.

Capítulo 52.

Dos días después. Los Olivos, afueras del reino.

El carruaje iba directo hacia el reino del príncipe Sauberio. Janett estaba con la cabeza erguida y asomada por fuera de la ventana abierta. Le gustaba sentir el aire esparciéndose en su rostro como un abrigo natural de la belleza del país. Se imaginaba como sería volver a recuperar la visión y recordar el color de sus cosas favoritas; admirar los atardeceres que tanto le encantaban, y dejar de recrear en su mente los espacios que alguna vez vio por cientos y casi miles de veces.

—La veo pensativa Jane, ¿qué pasa? —le preguntó Emilio, su fiel caballero de guerras. Janett, se descubría nostálgica. Era inevitable escapar ante aquel semblante, apañado por el ataque del pensamiento.

—¿Cómo sería el mundo visto a través de los ojos? —dijo con ternura—. Me imagino que será especial para los que logran ver…

—No tanto así —aclaró Emilio. El carruaje avanzaba a paso determinante y se agitaba como una maraca de carnaval. Había bastantes piedras por el camino preparado hacia el borde final de los Robledos de Herminda.

—¿Por qué?

—La imaginación es una herramienta más poderosa que la visión. Creo que imaginarse un lugar, si alguien lo explaya en poemas y lo crea desde el pensamiento, debe ser muy personal y sin precedentes.

—Sí… así es cuando alguien me dice lo que ve, pero…

Emilio le vio con atención. Janett, se abatía por lo desconocido; sin embargo, Emilio creía con certeza saber qué era. O mejor aún, de quién se trataba su fallo.

» Le hace falta magia —reiteró Janett—. Todo es igual, ya desde hace años no me viene un cuento fantasioso.

—¿Y por qué no lee?

—Usar el *braille* me agobia. Ahora, por ejemplo, me parece aburrido que alguien me cuente una historia. Nadie ahora es un cuentista y en el país no existen esos hombres. Están extintos. En fin, soy una mujer destinada a creer en nada.

—Una luz que agote su permanente gris… —indicó Emilio, pensando en aquel joven que había venido de años atrás.

—Eso parece… —sonrió sin esperanzas. Las pocas que retenía las había depositado en Calvert. No tenía espacio para una sola ilusión más. Janett, pausó unos segundos su discurso y aferró sus fuerzas en un soplo para proseguir—. Te lo agradezco Emilio y

perdona si he sido antes terrible contigo —declaró con marcados síntomas de culpa.

—¿No le parece arriesgado decirme eso? Es raro verla de ese modo.

—No —afirmó consiente—. Para nada. Gracias, por acompañarme con la grandeza de tu lealtad y no abandonarme en las afueras del reino.

—Es un placer hacerlo… —añadió melancólico. Emilio, se odió a sí mismo por tener que guardar en silencio la verdad de la historia. No había experimentado tanta angustia en tan poco tiempo. Emilio era humano, no solo el caballero impenetrable de siempre, pues vivía con una culpa que carcomía sus carnes con demencia. Sabía que algún día tendría que desquitarse y deshacerse del exceso de pesadumbres.

Cuando llegaron al reino costero, Calvert recibió a Janett en la puerta. Con gran atención y dulzura, tomó su mano y la hizo bajar del carruaje estacionado.

—Por fin ha llegado mi reina —expresó gozoso. Janett le sonrió tímida y tal vez un poco incomodada, porque no le agradaba aquello, y se lo había dicho antes. Calvert, una vez más, tenía a Janett en puerto fijo. Acercó su cuerpo al de ella y, con deseo, fue a entregarle un beso. Janett, concibió la intención y le apartó el rostro, puso su mejilla con agilidad. Emilio todavía no se había ido y seguía plantado como caballo obediente, esperando su momento para retirarse al carruaje.

—¿No te gustó? Mil disculpas —lamentó Calvert, apenado. Pensó que le gustaría su accionar de príncipe.

—No es eso, esperemos que se vayan… —aseveró afectada. Era una excusa piadosa, porque Calvert estaba avanzando rápido en el compromiso, mientras que a Janett aún le faltaba poner varios puntos en la mesa.

—Príncipe del antiguo reino de Sauberio —expresó Emilio, tibio—. Le confiero el honor de entregarle a la princesa Jane en facultades de resguardo, con respuestas cordiales y respetuosos actos. Volveremos en la caída del sol, al inicio de la noche.

—Es un gran honor la confianza de su gente y sobre todo del rey. Tenga buen viaje de regreso, le espero caballero Emilio.

(…)

El reloj marcaba las horas dentro de una preciosa tarde de brisas que zarandeaban todos los mares. Calvert y Janett se hallaban debajo de la mezquita principal, a metros de la puerta de entrada, con una vista panorámica del mar, disfrutando con tranquilidad. Calvert

hablaba animadamente sobre el reino y las numerosas batallas que había librado como hombre de primera línea, mientras que Janett le escuchaba con desinterés.

Quería abandonarse en los sonidos de mar, flotar en lo bello, pero no le eran suficientes como antes. Se sentía enrarecida, como si el aire le quemara y no permitiera a su espíritu entrar en reposo del viento. Estaba preocupada. El tiempo parecía aquieto y era una inesperada contingencia. No se sentía cómoda de ningún modo, pero tampoco quería ser grosera.

—Una de las peores guerras que sufrimos, fue cuando la antigua Escandinava atrincheró sus hombres en la puerta de entrada del refugio, de ese que tanto hemos de pasar. Y… —Janett le interrumpió.

—Disculpa, ¿podríamos hablar de otra cosa?

—Claro que sí, mi reina… —volvió a decir con aura de enamoramiento.

—¿Por qué me dices así? Sabes muy bien que no deseo serlo…

—Pero, aun así, lo serás —añadió como un veloz andaluz—. Porque es parte de nuestro destino.

Janett respiró con dificultad, le atragantaba en demasía las presentes corrientes marítimas y la eterna arenosa. Sabía que cuando le sucedía aquello, era porque su alrededor pesaba y se intensificaba. Por si fuera poco, sintió a Calvert venir para otro beso. Janett, puso las manos en el pecho de él y le detuvo con paciencia.

—Ahora no… por favor —dijo abrumada. Calvert entendió y, sin decir nada, se distanció. Pensó que había desaparecido parte crucial de la sincronía que poseían.

» Tal vez luego… —expresó de nuevo, con ganas de regalarle un alivio. Calvert, se maravilló y decidió esperar en buenos términos. Comprendía que el corazón de Janett era una flor delicada que se tenía que abrir con el cuidado de un hidalgo. Esperaba el momento indicado para entregarse al arrebato del amor y sumergirla en la desbordante pasión de sus cuerpos, al unísono de sus carnes. Janett se sentía rara, porque su idealización a Calvert estaba distorsionada por el poder del afecto y los besos antiguos.

Al final concluyó en una laguna terrible, porque se sentía abandonada y aunque nuevamente dejó transitar la situación, reconoció más tarde que temprano que terminaría por acostumbrarse. Pero algo pasaba con ella, porque al comienzo, todo fue muy maravilloso. Pero… no era lo que esperaba. No entendía qué sucedía, el amor se había transformado en olvido, o quizás su corazón, ya no sabía amar con la intensidad que recordaba. Fue una chispa de ilusión lo que descendió antes, y era fatídica.

Janett, en los revuelos de su forzosa desaparición, quiso recordar el porqué. Pero se olvidó de lo importante, aun deseando traerlo de

vuelta.

(…)

La noche estaba cerca y mientras volvía de trabajar, lo único que hacía era escarbar en la profundidad de mis recuerdos. Era capaz de recordar lo intrascendente, porque lo que creía esencial, estaba tapado por mis reniegos. Omitía el dolor con un talento tan selectivo, que impresionaba a mis soledades. Un reinicio de fábrica en mi corazón, eso pedía a gritos. Pero a la vez, descompensado en silencio, deseaba que alguien trajera líquidos salinos para beber algo corrosivo.

Papá estaba en casa, y analizaba con simpleza su estancia. Él solo veía televisión como un humano normal, esperando encontrarse de nuevo con el amor de su vida. Me hubiera gustado tanto ser así y amplificar la felicidad, esperarla con ansias, pero me tocaba vivir los caminos tristes, saturados de tormentas implacables.

«Ella no es así…» se aparecía su hermana en mi recuerdo. No vislumbraba porque bajaba aquella imagen de vez en cuando, en cada domingo, a las dos de la tarde, en medio de la alegría; era un vicio recordado con desdén. No sabía si era mi luz de esperanza o tan solo la soledad que me hacía jugarretas de mal gusto, pero mi alma auguraba otros finales que estaban en el borrador de mis días grises. Mi gran historia, la que añoraba, el sueño del resto de mis días. Era la que esperaba vivir… pero se acabó como una llama consumida por el tiempo, porque alguna vez pensé, que el amor era un fuego que nunca se extinguía. Pero me equivoqué rotundamente al dejar pasar el hecho de que existían corazones que helaban afectos, y no sabían utilizar el recurso de la memoria en tiempos de crisis.

Trabajaba aburrido y vivía desanimado, jugaba con amigos para quemar el tiempo con egoísmo, y el resto lo dedicaba al ocio y a frivolidades insignificantes, que eran una fuerte señal de desgracia. En resumen: veía pasar los días como páginas en blanco, dentro de un libro sumergido en un mundo sin posibilidad de escribirlas.

Pero ¿sería posible algún día alcanzar ese maravilloso sueño que no dejaba de sentir en algún punto lejano de la galaxia? Donde las personas eran felices y no había presencia de finales tristes. Donde las sonrisas creaban una forma de enamorarse con una realidad más verdadera que el pan amargo que acababa de comer en la desgracia del hambre. O tal vez, imaginaba tonterías en mi tiempo libre.

También pensaba otros derivados sofocantes: ¿Ella pensará en mí? ¿En alguna ocasión puntual de su maravillosa existencia, recordará mi nombre? Y si era así… ¿Ella podía corresponderme con

alma, vida y corazón, como lo estaba haciendo yo? Lo desconocía, porque igual hasta ese punto, mis corrientes filosóficas y teorías infundadas, tampoco tenían mucho sentido.

(…)

Janett entró en una divagación flotante: era el renacer del sueño de su vida, lo que más quería. O tal vez, eran sus neuronas subconscientes, que absorbían el tema presenciado en la mesa del pensamiento. Calvert, hablaba a bocajarro en gran parte de lo que serían sus fantasías cumplidas, logradas a la medida de los deseos que promulgaba.

—Tendremos un reino más grande que el de tu padre, no haremos murallas porque atraeremos a gente que nos quiera observar de cerca. Seremos la admiración para cualquier habitante del país de los deseos, apoyaremos a los que sufren la guerra y daremos moral a los abatidos por la patria.

Janett, afirmó con timidez, pero con la misma inseguridad de siempre. En aquel instante, fue mucho más de lo que sintió jamás. Pero deseaba ser fuerte en el inicio de su nuevo amor, y no quería autoengañarse, tampoco quería remar contra la corriente, menos perder la atención hacia su futuro. Le sonrió a Calvert con el entusiasmo que había atesorado en la memoria cognitiva de sus recuerdos, hasta posteriormente, librarse de los aspectos negativos.

—Me encanta tu sonrisa —cortejó Calvert, hacia su compañía soñada.

—¿Por qué? —preguntó, quería redimirse de los pesares.

—Hay sonrisas sinceras y otras llenas de belleza, pero podría decirte con sinceridad que estás llena de belleza en la sonrisa.

Janett se sintió feliz al disfrutar del improvisado pasatiempo de ser poeta y jugar con las rimas.

—¿De dónde sacas esas cosas? —expresó curiosa, debía admitir que Calvert se esforzaba con denuedo al enseñarse tan enamorado como lo estaba. No perdía la oportunidad de admitirlo en ningún momento.

—El corazón cuando quiere hacer gala de su amor, nadie es capaz de frenarlo.

Janett, se empezaba a complacer, y entendió quizás, que estaba exagerando las cosas como una mujer que no siempre era capaz de calmar sus pensamientos confusos.

—¿Qué más tienes para decirme?

—Tengo en el baúl de mis viejos escritos de infancia, una lista interminable de poemas incompletos, canciones sin sonido y cariños

inconclusos. Espero los labios indicados de la persona correcta para prender la chispa que me hace falta y así completar los versos vacíos que adornan mi vida desde que tengo uso de razón.

Le pareció hermoso lo dicho por el príncipe y en un momento se abandonó a él y a una existencia a su lado. Después de todo, ser una princesa convertida en reina era un afortunado tesoro para pocas mujeres que existían en el lugar y el momento adecuado. Encontrar el valor de la vida de la forma más inesperada de todas, era como ganar una extraña lotería que nunca se esperaría alguien aburrido.

Calvert volvió a buscar los labios de Janett. Desesperado, pero en despacio y con tics en exceso. Y aunque al principio Janett se resistía a un tercer beso, en ese momento aceptó sin dudar ni juzgar. Pensó que uno de ellos le liberaría de sus incontables culpas, y haría reposar sus ansiedades en el amor que buscaba con gran anhelo. Se fundieron en la angustia de un beso esperado desde hace tiempo. Calvert, estaba en terreno dulce, y Janett sucumbía por dentro entre los brazos de él, con la plena confianza de los amores.

Al final, recuperó una parte incontable de ella, y no había de qué preocuparse: Calvert era un verdadero caballero, y posiblemente el hombre que había estado esperando para su vida. Sonrió con calidez esperando que su destino le revelara lo que le tenía reservado. Su padre soñaba con ese tan esperado y anhelado encuentro, y Janett solo podía imaginar la amplia sonrisa que tendría al contarle que su último reclamo había funcionado. Ella sería reina, el destino ya lo tenía escrito.

Sin embargo, como si la historia perteneciera a otro final no ensayado, en un breve lapso de tiempo; lo imposible de creer sucedió en su máxima expresión.

Janett, sintió una mano horripilante y mezquina descender hasta lo más íntimo y prohibido de su ser, en dirección a sus espacios más privados.

—Ahora que quieres estar conmigo… te daré lo que pides —expuso Calvert, en voz baja y pacífica.

Calvert había tocado a Janett en los límites de su intimidad, resguardada por las prendas extensas que cubrían su cuerpo. Calvert se aprovechó creyendo que había ganado el favor del cielo, en lo que profesaba que ya sería su futura esposa.

Janett abrió los ojos que no tenía divisibles: los portones del espíritu se habían activado en una intensa alarma con gran rabia de cantares y, aun así, en completo silencio, lo apartó colérica y lo empujó con todas sus fuerzas, haciéndolo caer al suelo cubierto de arena movediza y pedruscos florales. Calvert quedó con la mitad de su cuerpo mojado por las inminencias del mar.

Capítulo 53.

Papá me había llamado antes de dormir. Fui a verle con más sueño que ánimos porque de verdad deseaba caer profundo, pero sentía que podía ser muy importante y tomé la petición de su llamado.

—Hijo —me dijo también casi dormido en la cama—. En tres días, el sr. Javiero se va y regresa para el retiro de sus pertenencias, habrá una fiesta de despedida por sus años de servicio. Cuando llegue el día en que él no esté, en la primera hora del día, debes tomar su puesto. El sr. Jonds ha tenido muchos problemas y quiere tener competencia inmediata en ese lugar.

—Claro, así será —dije con poca confianza, papá lo percibió al instante.

—No te veo motivado, ¿qué pasó? —preguntó directo. Papá nunca se iba con rodeos.

—No le prestes atención. Debe ser el sueño —mentí, y no me creyó.

—Entonces, tu padre nació ayer y viniste a dar tres vueltas a la manzana… dime qué sucede y listo —se había despertado de su alentada somnolencia.

—No sé… es que son estupideces. No dejo de pensar en alguien del pasado.

—¿La chica del Olivo?

Tardé un tiempo para despejar mi mirada y moví la cabeza de arriba hacia abajo, contestándole con vergüenza. Papá respiró con profundidad y recordó un gran problema en su juventud.

—Cuando conocí a tu madre, te juro que pensé que no sería para mí… No sabes la cantidad de días que me hice esa pregunta.

—¿Cuál?

—Esa caótica pregunta de: ¿será que sí es para mí?

—¿Por qué? No entiendo.

—Es muy sencillo, y con esto te lo quiero decir. Cuando uno se pregunta con temor y cientos de dudas sobre esa persona y no hay soluciones, sino más incertidumbre, es como un circo sin payasos, da pena. Es mejor esperar una persona sanadora, que venga y no siembre dudas, y que entierre todas las del pasado para crear una historia.

Cuando me dijo eso, no dejé de pensar en la historia de ellos y agradecí al cielo como un tonto, porque me había llegado una gran curiosidad al cuerpo.

—Papá… —dije tardío—. Si te hiciste esa pregunta con mamá, ¿por qué ahora están juntos? ¿No sufriste por ella?

—¡Claro que sí! ¡Bastante! —sonrió con torpeza y quiso rematar con algo revelador—: Pero ella también se hacía la misma pregunta y

ambos sufríamos, tal vez por eso en nuestro mar de inquietudes, vino el amor con su generosidad y nos unió en tierra firme. Nunca sabes cómo actúa el destino, es incierto.

No le respondí, aunque podía sonreír como si mi mímica estuviera preestablecida desde un inicio con ellos. Sin duda alguna, mis excepcionales padres eran mi mayor orgullo; sin embargo, aunque pensara tanto en Janett y nuestra historia, no podía hacer más que desearle lo mejor en silencio, orar un poco y esperar a que algo hiciera el resto. Pero si aun así no funcionaba, nada se podía hacer, porque la verdad era muy fantasioso con mi vida o quizás me faltaban más experiencias para abandonar con decisión todo mi pasado. Porque de nada servía preguntar lo que, tal vez, ni ella misma tenía claro.

(…)

Calvert, yacía plantado en la arena como una flor despojada de sus pétalos, desparramado como un pote de pintura a medio acabar y soso hasta la médula. Tenía la boca entreabierta mientras observaba a Janett en silencio, avergonzado por haberse excedido con descaro.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le inquirió Janett, indignada y alterada.

—Este… —Calvert se elevó y recompuso sus vestidos con elegancia, sacudiéndose de la arena sin despeinarse—. El amor tiene sus momentos de debilidad.

—¿Disculpa? —replicó, enmarcada de odio, le parecía un absurdo tales contestaciones tan cínicas. Cada segundo entrante, era la afirmación exacta de sus pensares.

—La verdad estoy loco por ti —se destapó con vehemencia mientras se acercaba—. Enfermo de amor por tener tu cuerpo, porque quiero que seas mi vida, Jane.

—Enloqueciste, pero de malestar mental —dijo áspera. Janett, se había despertado de su trance amoroso como si se tratara de una pesadilla. Calvert intentó tocarle la mano en señal de arrepentimiento, pero ella la apartó rápidamente.

» Ni te acerques, no creas que te daré otra oportunidad. Lo arruinaste todo, loco.

—No… déjame recibir tu perdón —enunció exasperado. Calvert, en aquel instante; se transformó en otra persona, era otro príncipe o solo un demonio de los muchos distintos que estaban vestidos de buen disfraz.

—¡Maldito loco, no me hagas gritar! ¡Aléjate de mí! —reclamó con dignidad. Calvert, volteó a ver de un lado hacia el otro y entendió que

todavía tardaban en venir los caballeros.

—¿A quién? —dijo travieso—, si no hay nadie aquí.

—Si grito alguien va a escucharme, te lo juro.

Calvert, acercó la mano y sostuvo a Janett con firmeza. Por favor —le imploró—. Perdóname ahora, no volverá a pasar…

—Si no me sueltas voy a gritar, no creas que soy muda, y si algo tengo en la voz es que soy bien altoparlante.

Calvert hizo caso, y aflojó los dedos para que Janett saliera de su rencorosa prisión de manos. No obstante, se arrepintió de haberla soltado y volvió a retenerla. Todo había sido en contra de la voluntad de Janett, que se malhumoró a niveles desconocidos.

—No me dejes… por favor —expresó afligido, asimismo se tocaba el rostro con la otra mano, pensando en la tontería que había cometido. Aún estaba caliente por sus esfuerzos, porque la pasión le había rebasado con un beso y ahora deseaba limpiar su imagen.

—Entonces, así eras… un pobre hombre al que confundí con un príncipe. Das asco.

Calvert la acercó a su pecho y Janett no se contuvo. Gritó con todas sus fuerzas, pidiendo por ayuda. Su voz desgarrada resonó en la oscura noche, mezclándose con el eco del mar y la melancolía que la envolvía.

—Nadie te escuchará…

—¡Suéltame! ¡Bastardo! —Janett movía su cuerpo con brusquedad, quería soltarse de aquella bestia repleta de terquedad.

Calvert, mantuvo el silencio con martirio, y con inteligencia se dio cuenta de lo que estaba haciendo, porque era un sinsentido aprovecharse de una mujer que, además de ciega, no podía defenderse.

» ¡Infeliz! ¡Déjame en paz! —Janett, después de gruñir en repetidas ocasiones, sintió algo venir. El príncipe no se había dado cuenta.

—La futura reina ha hablado, «principito de pacotilla» —respondió el caballero Emilio, como un libertador en tierras lejanas. Con su espada desenvainada, amenazó al cuello de Calvert con determinación. El falso príncipe, se asustó de golpe por la impensada voz, y soltó a Janett sin dudar, temiendo por su vida como un engañado.

—¡Ya lo hice! ¡Por favor, no me haga nada! —clamaba Calvert, que se alejaba al mismo tiempo que Janett reposaba sus manos en el costado de su fiel caballerizo de mil batallas. Emilio, iba a responder con un rugido de guerra, pero Janett le detuvo con decisión.

—¿Pensaste que estaba sola? Este hombre es mi sombra, nunca me abandona —dijo Janett encantada con Emilio. Sabía que apenas gritara, él aparecería como un ángel guardián, uno que tenía cara de pocos amigos, y el único capaz de volver del infierno para proteger a

su valerosa princesa.
Janett, se decepcionó por el horizonte, porque pensó que Calvert; “el supuesto príncipe de Herminda”, era diferente a todos. Había sido una desgraciada artimaña de raíces muy cortas. Estaba rabiosa, y con el alma descompuesta por la indigestión de los malestares del corazón. Y en un chasquido de dedos, recordó los viajes y demás vivencias con él. Le parecía increíble lo egocéntrico que se había vuelto, cuando no paraba de mencionar que sería su reina en la pasión que esperaba, pero que no se podía decir lo mismo desde su lado, porque no era el acompañante que buscaba. Estaban atados a la mutua correspondencia de los corazones, pero faltos de amor en el destino de la unidad.
—¿Quién te crees? —dijo Janett, con decisión—. Afirma tu postura, porque ha sido patética esta noche.
—Soy un príncipe y seré un rey, lástima que no te hayas dado cuenta de eso… —expresó a regañadientes, admitiendo que Janett era una tonta por dejarlo escapar. Eso la hizo recapacitar para no dar reversa, porque estaba al frente de un bueno para nada.
—Eres un sapo, con el debido respeto a tan agraciados animales, porque nunca fuiste un príncipe… —Estaba enardecida de la rabia, pero Emilio la sostenía del hombro para calmarla. Janett, había tomado energías inherentes de sus lagunas pasadas para ajustarse ante aquel desagradable instante—. Eres peor que un sapo, eres un ogro vestido de príncipe. Qué fortuna es no tener que verte y conocer tu horrible rostro, infeliz.
Calvert escuchaba impotente y se distaba lejos de enseñar un verdadero arrepentimiento.
—Dejaste pasar una buena oportunidad, Jane. Nadie te amará tanto como yo, porque, ¿quién se enamoraría de una ciega? —reiteró sin más que acotar, ni le dolían las palabras de Janett porque se hizo de oídos sordos desde el primer minuto. Emilio frunció su aspecto, deseando sacar la espada y Janett le detuvo con estrépito.
—Hiciste todo al revés —aseguró, impasible—. Y por fin he confirmado mi teoría. Ahora sé que no existen príncipes en Europa ni en ningún otro lugar. ¡Todos son basura disfrazada de realeza, con una espada llena de telarañas que dudo sepas usar!
Calvert, bajó su mano hacia el manto de la espada y agachó la mirada, Janett había atinado. Emilio estaba a punto de reírse, pero se portó a la altura que ameritaba la ocasión. De igual forma, expulsó aires de gracia por encima de sus narices.
» Y por último y más importante todavía… Un verdadero príncipe no toca a su princesa en el tiempo equivocado. Él espera pacientemente, hasta que ella le muestre con amabilidad la puerta de entrada, con sus actos perdurables en el tiempo… —Recordó a un

hombre que ya no existía en su vida con una insípida melancolía, tragó el ardor acumulado y sentenció para irse—: Maldita sea.

Janett se dio la vuelta para marcharse junto a Emilio, dejando a Calvert estéril e impotente para responder. Las contundentes palabras de Janett habían aniquilado sus defensas. Lo único que logró ejecutar, con furor, fue golpear unas sillas que tenía alrededor con notable frustración, y no hizo más.

(…)

De regreso al castillo, Janett estaba entristecida y quebrantada, no paraba de llorar. No asimilaba qué había ocurrido, era una locura bombardeada de poderosa realidad, porque una persona en la que había empezado a confiar, traicionó su sensible condición para abusar de sus bondades, protegidas por guerreros y ángeles del otoño.

—¿Qué he hecho yo? No es justo… —dijo llorosa con los dientes plegados. Emilio la acompañaba con amargura, no había cómo defenderse de observar a una princesa así y mucho menos reponerse con aliento.

» No es justo —repitió, alienada—. Parece que los hombres son monstruos del dolor, solo sirven para lastimar o aprovecharse. Es horrible de verdad… me duele tanto haber confiado —Janett comenzaba a llorar de nuevo, tocando su pecho, sacándose de arriba y de sus adentros, el sentimiento vertido que le había renacido con Calvert. Era un espejismo, un engañoso reflejo de una historia de amor que resultó ser un juego en el corazón de aquel que nunca amó realmente. Fue una ilusión de palabras no dichas, pero sí imaginadas para un futuro que nunca llegaría. Pero de nada servía pensarlo, porque Janett estaba destrozada.

—Sé que no soy el indicado para decirle esto… —dijo Emilio, comprensivo—. Pero la justicia del amor vendrá en el justo momento…

—¿Cuál? ¿El mío, que ha sido burlado en esta ocasión? —respondió abrumada y desesperanzada.

—No… —expresó, omiso—. El suyo no fue ultrajado, más bien se está guardando para lo que vale la pena. Confíe en el porvenir.

Janett, volvía a lloriquear con más insistencia, mientras aceptaba a medias las palabras consoladoras de su caballero. Reposó en ellas con tranquilidad de culpas hasta llegar al final del viaje. No quería escuchar más, había sido suficiente en aquel día, o eso pensaba, porque no reconocía lo que le vendría en lo inesperado del tiempo.

(…)

Se había bajado del carruaje con un paño blanco para limpiar los excesos de su alma, la noche era tardía y no quería malentendidos en la puerta. Los focos estaban encendidos en la espera de su arribo. Emilio, le hacía compañía a su lado.

Aunque aún seguía agitada por el abrumado revoltijo que le asaltaba dentro del corazón, se pensó algo por casualidad y hasta casi no deseándolo:

«¿Cuándo volveré a encontrar la felicidad que tanto sueño? Porque esto del amor… parece no funcionar en este mundo».

En la puerta de entrada, estaban mrs. Arismendi y Gilma, las implacables salamandras en labores de seguridad. A Janett no le habían contado hasta ese momento que también las mujeres y los hombres de vigilancia trabajaban hasta la noche. Era una ley impuesta por su padre desde hace varios años y continuamente prolongada por la reina en el castillo. Esta ley prohibía a las fuerzas del castillo, saludar a Janett en las afueras. Porque si algo odiaba Janett, era saber que sus compañeros eran explotados con desfachatez y carencia de humanidad.

Emilio, saludó a ambas con la cabeza y siguieron derecho en su caminar; sin embargo, cuando estaban a punto de entrar, una voz de atención llamó desde atrás:

—¡Srta. Jane!

—Detente —le dijo Janett a Emilio, que ya se había dado vuelta de inmediato. Era Lovett.

—Srta. Janett —reiteró, agotado por haber corrido en la cercanía —, es un placer encontrarla en la vorágine de la noche, caballero Emilio —saludó cordial mientras también se presentaba con sigilo ante las salamandras.

—¿De dónde saliste que ni te sentí? —expresó Emilio, sorprendido de las capacidades auditivas de Janett.

—Un caballero resuena sus pasos, pero un investigador es un maestro del silencio. No pregunte más —dijo sonriente.

—Lovett, si me detuvo para un saludo… con decencia quiero decirle que no estoy de ánimos, porque la verdad deseo irme a dormir. Así que hable ahora o calle para siempre.

—Por supuesto, como no, con su debido respeto le tengo noticias muy importantes. Si quiere, sosténgase bien del caballero, porque será definitivo.

Janett, estaba indispuesta con categoría, pero sentía que Lovett tenía algo que deseaba escuchar hace años. Las salamandras también observaban con curiosidad mientras estaban presentes en la puerta de entrada.

Lovett, tomó aires necesarios y dijo lo más importante en mucho tiempo para la vida de Janett:

—El señor Claude Rivarola —Apenas escuchó su nombre, Janett sintió un escalofrío recorrer su cuerpo—. Fue expulsado del reino por orden del rey. Eso es todo lo que tengo para decirle.

—¿Qué? —reaccionó Janett, encendiendo su pensamiento a una impresión crucial. Instintivamente soltó a Emilio debido a la sorpresa que le había invadido. Janett, había vuelto en una sola oración: corta, ruda y eficaz, y también como lo era la palabra existir con todas sus masividades. Claude, nunca se marchó.

Capítulo 54.

Janett se encontraba como una joven viuda que había descubierto su nuevo estado civil. Había adquirido una firmeza inaudita y su boca permanecía abierta, reflejando su desconcierto. Emilio la miraba con ojos de alivio porque por fin se enteraba del revuelo que ocurría en la clandestinidad del reino, y entendía — complacido—, que Janett no iba a detenerse hasta saber descubrir una solución en el compendio de sus capacidades. Su mente estaba llena de pensamientos acelerados, estaba indignada, y una mujer con la venganza metida en la garganta, era capaz de mover montañas con sus acciones.

—Todavía me falta una versión —dijo Lovett, pensativo—. Es la última persona que necesito para recabar la verdadera versión de los hechos, pero esta información preliminar es muy cierta. Se la tendré cuanto antes.

—Es que no tenías que decir más… esto es una porquería —dijo agobiada y a rabiar—. ¿Cómo puede ser posible esto?

Lovett, miró de reojo a Emilio entendiendo que él yacía en la corriente de todo. Emilio, solitario, se encogió de hombros con inocente tristeza. Las salamandras también se miraban espantadas al reconocer la terrible verdad de por qué Claude no regresaba.

—Iré a ver a mi padre mañana a primera hora, y terminaré con esto de una vez por todas —Janett, al borde de las lágrimas, apenas podía articular palabras—. No puedo creer que mi propia familia me haya hecho esto… Gracias, Lovett. Gracias de corazón —le dijo sollozando, mientras lo abrazaba fuertemente. Lovett aceptó el abrazo con pesadumbre.

(…)

Día siguiente, Mississippi.

—Últimamente estás extraño. ¿Qué sucede? —me preguntó Cortés, con gran preocupación. Habíamos quedado de acuerdo en venir temprano al Doradal para resolver la empaquetaría que restaba de los días pasados y así aprovechar el descanso del fin de semana.

—No es nada… —expresé, distendido—. Perdí apostando ayer, es normal el desánimo —mentía con una facilidad implacable.

—Cuando uno lo apuesta todo es imposible no sentirse triste, más bien la cosa, es estar decepcionado. Vamos, amigo, cuéntame… No te haré daño como tu primo, soy bueno dando consejos.

—¿Estás seguro?

Cortés me sonrió y asintió, dejando claro que quería escucharme.

—¿No te burlarás si es muy estúpido? —volví a preguntar, con previsión.

—Los hombres ya lo somos, ¿por qué tendría que reírme de nuestra propia naturaleza? Eso es incoherente.

—Tienes razón —lo pensé, rascándome el borde de la nariz—. Creo que dejé ir al amor de mi vida… y eso me hace sentir extraño.

—¿Por qué la dejaste ir?

—No lo sé… es que todo paso muy rápido y me faltó comprender otras cosas. Quizás pude haber luchado más.

—¿Luchar? —preguntó, intrigado—. ¿No lo hiciste?

—Claro que lo hice —admití decidido—. Dejé todo por ella… pero al final el destino o algo más grande dijo que no. ¿Qué piensas de eso?

Cortés, había perdido el enfoque en los paquetes que estaba realizando y se dedicó exclusivamente a ponerse en mis zapatos.

—Me imagino que hay destinos cercados…

—¿A qué te refieres?

—No sé, ya sabes que hay cosas muy simples. En mi natal Perú hay un dicho que dice: “la vida es un tango y hay que saberlo bailar” —movió sus manos como si danzara en la soledad—, pero hay gente que no baila y tampoco sabe qué es un tango. Al igual que los destinos cercados, muchos no los ven por estar ciegos —se me vino Janett al recuerdo—. O porque no saben saltar la cerca aun viéndola de frente. Así pasa muchas veces, dejamos de luchar porque no buscamos la última instancia.

—¿Y si esa tal instancia, no existe? —le pregunté, desalentado.

—¡Claro que sí, está ahí! ¿O cómo crees que me casé hace unos años? —elevó su mano y enseñó con orgullo la sortija de matrimonio en su dedo anular—. Todo fue gracias a luchar por lo que era casi imposible, pero no lo fue.

Le sonreí con agrado y un poco de nostalgia añadida, me daba la impresión de que me había rendido muy pronto con Janett. O tal vez estaba loco, porque aun así lo único que me rompía la cabeza era aquella carta del dolor que había leído hace tiempo. Quizás el recuerdo borroso de ella o mi constante aislamiento de las mujeres estaban a punto de enloquecerme, sin opciones para regresar a la normalidad. Como hombre, debía actuar si quería a una compañera importante para mi vida y que al final se quedara para siempre. Porque cuando la mujer valía la pena, se quedaba postrada con un escudo en la mano, soportando todas las guerras que le costaran la piel, porque las enfrentaba sin temor a perderse en el rodaje de las calles, en nombre de su gran amor a otro ser.

(…)
Los Olivos, castillo principal.

Janett golpeaba con desenfreno la puerta del palco del rey, triturando con desesperación los fragmentos de la madera tallada. Aunque era temprano, las principales salamandras se negaban a abrirle, con la excusa de que el rey, tomaba un merecido descanso luego de rendir cuentas a los chinos en un ajetreado día de mercaderes. Además de ello, había sentenciado que nadie podía fastidiar su sueño, porque viajaría a África cuanto antes.

—¿Ustedes no entienden qué sucedió? Mujeres del carajo tenían que ser, son unas lamebotas con papá… ¡soy su hija, no una extraña! —les expresó con impotencia, no se detenía en la búsqueda de encontrar a su padre. Emilio, no había despertado todavía y las demás mujeres que estaban, tampoco le hacían caso.

» Demonios —reclamó, viéndole los rostros a las dos salamandras —, ¿ustedes creen que estoy de ánimos para soportar ahora las reglas del rey? Necesito que abran esta puerta… —suplicó a lo último.

—Estimada princesa, sentimos este mal rato que le hacemos pasar… pero las órdenes son nuestra ley —replicó una de ellas, temerosa. Janett, asentía decepcionada. Estaba triste al descubrir la gran cantidad de tiempo que debía esperar, pues el rey salía a la hora de su preferencia hacia cualquier sitio asignado. Y lo más probable era que todavía estuviera durmiendo, ya que era conocido por tener un sueño muy pesado, tanto que ni siquiera el comienzo de una guerra lo hacía inmutarse. Así que decidió, en nombre del amor que aún le tenía a Claude, esperar en la puerta de entrada como una niña deseosa de verse con el culpable de la catástrofe.

(…)
Los Olivos, recámara del descanso.

Estaban tocando la puerta con parsimonia. Emilio, reconoció el llamado y ya sabía quién era. Puedes pasar —dijo resuelto. Se había levantado hace unos minutos y esperaba con resignación.

—Caballero Emilio, al fin solos para entrar en conversa —expresó Lovett, con sosiego.

—Así es, mi apreciado investigador. Entonces… ¿La versión que hace falta es la mía? Le haré café.

—El mío sin azúcar y en término medio, por favor —señaló, puntual —. La verdad son dos, la reduje a una porque la reina no desea mi presencia desde el problema del incendio forestal. Han pasado años

de eso… —dijo con profunda tristeza y desolación.

—No se preocupe, no se pierde de nada —le expresó simpático mientras iba a la cocina a servir dos cafés—, es mejor estar lejos de ella, porque es el ser malvado que maquinó todo esto.

—¿Por qué no ha hablado desde un principio? —se sinceró—. Lo único que retribuyo es que está aliado con la reina o debe una promesa de muerte.

—La primera debe ser una barbaridad —dijo al tiempo que venía con el café y Lovett lo recibía con agradecimiento—. Jamás estaría con la reina. Es la segunda, le debo mi vida al rey y me confió no hablar con insistencia.

—Estaba más sencillo de lo que pensaba… —expresó un poco disgustado, entretanto daba un sorbo al café.

—Siempre lo ha estado… —dijo mirando hacia la ventana con el café abordo, en donde también se divisaba una hermosísima vista de flores moradas y amarillentas—. Y he sufrido por mucho tiempo —se dio vuelta—, porque he pensado en romper la promesa con él, hasta dos veces. Jane, es una mujer maravillosa que merece lo mejor que la existencia le atesore.

—Usted es un hombre de palabra y respeto su gran decisión de guardarse hasta la ocasión de contarme. Pero, ¿por qué se quedó tanto tiempo en silencio o no fue a mis servicios? Como miembro activo de la Secretaría de Órdenes puede actuar conmigo en conjunto y nadie se enteraría.

—No sé… es que, ¿sabe? El amor es agradable y todo lo que quiera, pero en mi caso hace años que no sé sobre eso. Estoy dedicado a plenitud en la defensa del reino y no tengo tiempo para ayudar a la princesa a buscar a alguien que ama. No es mi obligación cambiar el destino.

—No es por el chico, es algo más que eso... ¿No gusta de alguna mujer del personal femenino del reino?

Emilio, sonrió con un poco de admiración por una mujer. Lovett, ni corto ni perezoso, le lanzó un nombre.

—Lucy, la enfermera, siempre pregunta por usted. Me imagino que ella sería la persona en que tanto piensa.

—Tonterías —dijo mientras iba hacia Lovett para sentarse al frente —, esa mujer es muy difícil y la vez que le invité un café, se burló de mí.

—Usted ha sido muy aclamado en este reino, y más de una desearía una cita con usted —Emilio afirmaba la mirada en el café—. Ella me contó al respecto de lo que sucedió.

—¿Sí? ¿Qué le dijo? Me interesaría saber el desenlace fatal de mis actos. Porque un café no es un asesino que ande suelto.

—Ella me dice que se arrepiente de haberle dicho que no, y si no le

respondió con agrado fue porque se asustó de que un hombre, cito textualmente a sus palabras: “tan guapo me invitara a salir”. —Emilio, cambió su abrumado semblante por un profundo regocijo, adherido al cuerpo.

—¿No estará diciendo una broma? Aunque no le conozco dotes de humorista… Supongo que dice la verdad —dijo modesto y sin creerlo.

—En el amor no se deberían generar falsas expectativas, es una ley de vieja índole.

Emilio sonreía en total silencio. Lovett, siguió con la charla.

» Bueno, ya usted verá que hace con esta información. De postre, podría decir que debería animarse a hablarle y también hacerlo con la srta. Jane. El café estaba bueno —aclaró al final, y lo dejó en la mesa a medio tomar—. Seguiré investigando un poco más, pero creo que ya está resuelto.

—¿Hablará con el rey?

—Por supuesto. Si la reina va a odiarme como siempre con las fuerzas de su corazón, como lo ha hecho, entonces, debería darle una nueva razón para mantener viva la llama de sus odios frecuentes.

—Debería aprovechar ahora de hablar con él, hoy se va para África.

—Iré en la tarde, aunque la verdad creería que es innecesario. La princesa estaba decidida en hablarle y creo que ella lo resolverá. Yo, por lo tanto, he terminado mi trabajo aquí. Si el rey me llama, iré a verle.

—No sé cómo le hace la verdad… Si hubiera empezado por mí desde un principio, se habría resuelto hace mucho… —dijo Emilio, entendiendo con confusión que los reclamos de Lovett eran absurdos, pues él mismo era en secreto, el jefe y mano derecha del sr. Justicia. Conocía de todos los trámites legales y resoluciones propuestas antes de ser objeto de juicio.

—Dejé lo mejor para el final, que fue este café con usted —Hizo una pequeña reverencia hacia Emilio—, además, la resolución de un caso pierde la magia cuando los cabos sueltos son más rápidos de entablar; aquí aprendemos, hablamos y resolvemos. Ahora sí, le deseo mis mejores ánimos y que tenga buen viaje en su transitar, estimado caballero de oro.

—Lo mismo le auguro, laborioso investigador. Buena suerte en sus andares. Aunque; por cierto, debería visitar a la vieja gruñona, usted siempre la pone en su merecido lugar —le dijo cuando apenas empezaba a tomarse el café, estaba muy caliente y le resultaba difícil hacerlo. Se había quemado de antemano.

—Le dejo eso de tarea mejor a usted, caballero. Sabe ahora qué hacer —Emilio le escuchó en detenimiento y, entretanto lo pensó, Lovett ya se había ido.

(…)

Janett, estaba dormida en posición de descanso al frente de la puerta principal. Le había acosado el sueño de improviso y con enloquecido poder. El rey, en aquel instante había abierto la puerta para irse. Las salamandras, rápidas y dispuestas, le contaron sobre la situación de la princesa y le desearon buen viaje.

—Me inunda de profunda tristeza no poder hablar con ella, pero tengo que irme en este momento —les dijo con maleta en mano y el carruaje listo para abordar en Rumpler—. Cuando le despierten, les imploro que le digan que me escriba, le responderé en la brevedad posible. Hasta luego, queridas guerreras, tengan buen día.

(…)

Janett, abrió sus ojos instantes después de eso. Se levantó a rastras, y adormilada volvió a tocar la puerta con afán; sin embargo, una de ellas le contó que el rey se había marchado.

—¿Por qué no me despertaron? ¿Hace cuánto se fue?

—Hace minutos, estimada princesa.

—¡Tengo que correr! —soltó al aire, cuando se incorporaba como nunca y volvía del camino de regreso, estaba entregada a salir con ímpetu para reencontrarse con el rey en su apresurado andar.

Janett, pasaba por los pasillos de salida y esquivaba los muros transpuestos con una asombrosa capacidad de memoria y confianza, que parecía había dejado de ser ciega por unos instantes. La llamarada del amor se había activado en lo escondido de su corazón, y poco le importó, dejarse todo para recuperar el tiempo perdido. En su afán por llegar a las escaleras —pues estaba en el cuarto piso—, quiso saltar desde ahí, pero se lo pensó con una ráfaga de cordura y decidió seguir bajando con alboroto. Sin embargo, no corrió con tanta suerte, porque se golpeó drásticamente con un tubo metálico que apareció en uno de los pasillos. Frenó en seco y detuvo su cabeza a reposar por unos segundos, y luego, siguió como si nada hubiese pasado.

Al final, halló la puerta de salida y salió cansada por la ausencia de respiros, y para su fortuna; el rey apenas estaba embarcando. Lo percibió a lo lejos gracias al sonido de los caballos.

—Vamos a Rumpler, caballeros —indicó el rey mientras subía al transporte—, tenemos un viaje importante para definir territorios en otro continente. Será un día histórico para la nación. Podemos… —

Escuchó de lejos una voz berreando desde el campo exterior, y detuvo sus palabras—. ¿De quién será ese grito?

—De su hija, señor rey —le dijo el conductor.

El rey, bajó de su asiento conturbado por la repentina pérdida de tiempo, y observó a su hija viniendo con un aspecto de maratonista después de andar.

—Hija… ¿qué estás haciendo? —dijo en voz baja al mismo tiempo que Janett apenas había llegado, y con rodillas en el suelo y la respiración agitada, le respondió con asperezas y lamentos:

—Padre… ¿me vas a dejar aquí sin decirme qué carajos hiciste?

—¿Qué cosa he hecho, hija mía?

—Arruinaste mi vida…

El rey la vio y pensó que era una pataleta, por lo que decidió voltear para irse. No tengo tiempo para hablar, hija… hablamos después— concluyó.

—Por favor, padre… —le suplicó con llanto.

El rey la observó de reojo, y se sentó. Le dijo al conductor que arrancara, que era tiempo de viajar; sin embargo, no le hizo caso. El conductor estaba renuente de tomar la orden al ver llorar a la princesa.

—¿No me escuchó? Arranque hombre, no tenemos todo el día.

—Señor rey… con el respeto que se merece, observe a su hija —le expresó con temor.

—Si no marcha en este mismo instante, me buscaré a alguien que desee conducir y cumplir con su trabajo —amenazó, sin clemencia.

Unos segundos después, se le apareció Janett y le tocó el hombro desde afuera del carruaje.

—El corazón de la princesa es más importante. Es tu viaje o me dejo de llamar tu hija. Tú decides —afirmó, osada y desganada.

El rey se volvió para mirarla, indignado. Dio un gran respiro con absoluta terquedad y asintió ante el conductor con una inédita resignación. Sacó de su hondo bolsillo el pasaje hacia tierras africanas y lo rompió con la yema de los dedos. Luego, de forma asertiva, le respondió al conductor:

—Caballero del volante, dígales a los mensajeros que no me esperen en Marruecos, porque me quedaré resolviendo la tiranía y manipulación de una princesa malcriada —apuntó a Janett con sus ojos—. Y por favor, hágalo cuanto antes. Disculpe las molestias.

Pronto se bajó del carruaje, miró hacia el cielo en un soplo y renegó en silencio tener un corazón tan lozano e influenciable para los poderes de su hija. Janett, le tomó de la mano como una bebé que recién aprendía a caminar, y con el tremendo moretón en la frente producto del golpe con el tubo, también se fue preparando para hacer la defensa de su vida.

Capítulo 55.

Las salamandras observaban incrédulas el imposible regreso del rey. Mayor fue su asombro cuando le miraron tomado de manos con la princesa, como si se hubieran transformado en la mejor relación familiar del reino. Luego, el rey, se plantó en frente de ellas y les expresó una orden con importante sentencia:

—Damas, les ordeno con profunda inquietud, que nos dejen a mí y a mi hija reposar en el palco. Así por favor, necesito que nadie interrumpa la siesta, estaremos muy ocupados.

—Lo que ordene, sr. rey —dijeron ambas al unísono. Janett, ágil y victoriosa, cambió el rostro y empezó a hacer ademanes burlones hacia ellas como un acto de venganza por no haber querido cooperar desde un principio. Las salamandras se miraron entre sí y asintieron sin decir nada más, porque entendieron que habían cumplido su trabajo con rectitud, aunque fuera inadmisible para la futura reina.

Janett entró y se preparó para enfrentar la situación. Tenía su alma atrapada en la garganta y no sabía por dónde empezar, porque la rabia también la sujetaba trepada del cuello, precisa y caliente, para salírsele por las orejas.

(…)

Los Olivos, torre de la reina.

Alguien tocó la puerta en el descanso de la reina con medido respeto y delicadeza. La reina se sintió extrañada por la suavidad del llamado y al levantarse del extravagante sofá, fue cándida y cumplida hacia el abrir de la puerta.

—¡Emilio! —profesó, asombrada en demasía—. ¡Vaya sorpresa!

—Caballero Emilio, para usted —le dijo muy serio.

—Yo le nombro como a mí me complazca.

—Como quiera, Darlyn —admitió Emilio, despectivo. La reina no cuajó sus palabras con ordenanza.

—¿Cómo se atreve? ¿Sabe con quién habla, cierto? —expresó ardida, pero en estable cordura.

—Lo sabría si me conociera a mi primero. ¿O acaso se le olvida quién puso a salvo la vida del rey, tres veces, o la de Jane? Que, por cierto… es su hija. Ser agradecido es un acto de bondad que pocos tienen.

—Deje el cinismo —reiteró con soberbia—. Siempre debe recordarme esa tonta guerra de hace años y también sus buenos

actos, viva el presente, Emilio. Respire de él. Además, soy la reina, no una aparecida de los ayeres.

—Usted puede ser reina del mundo entero si lo desea, pero no tiene y nunca tendrá poder sobre mí —afirmó rudo—. A los únicos seres que les debo lealtad y vida son su hija y el rey. Jamás confiaría en alguien que destruyó el reino cuando puso sus voraces manos sobre él, cumpliendo las fantasías de los detractores.

—Si vino para insultarme, bien puede retirarse —replicó, haciéndose la desentendida.

—Tampoco vengo para hacerle reclamos ni mucho menos —afirmó, ya sereno—. Solo quiero que entienda que cumplí mi palabra ante el rey y no le dije nada a su hija.

—¿Sobre? —Puso ojos pequeños.

—El muchacho que la pretendía.

—Ah, ¿hablas de Calvert? La verdad ese principito no me importa, con tal y se lleve a mi hija donde quiera, está bien.

—¿No le importa? —le preguntó Emilio, impaciente.

—¿Cómo se le ocurre pensar cosas así? —dijo mientras se iba a tomar una copa de vino servida horas atrás—. Soy su madre, debo amarla por siempre.

—Usted no ama a su hija ni la cambia por el puesto que tiene de reina. Es una egoísta de primera categoría —La reina, transformó su semblante en palpable enojo y frustración.

—¿Ahora qué he hecho para merecer esta ignominia de usted? Venir aquí… a mi aposento, a decirme cosas tan infames… ¡Solo se halla en la clase de hombre que no tiene pantalones para respetar a una mujer!

—Reclamar la verdad a un mentiroso que solamente está herido y es incapaz de cumplir sus caprichos… es el ejemplo perfecto de lo que hace hoy en día. Nunca le dije sobre el príncipe, claramente hice referencia al joven de Rumpler —enfatizó con fuerza a lo último.

La reina, abrió los ojos con espasmo, y su furia se había desarrollado de forma notable.

—¡Me importa un carrizo todo esto! —Al instante, colocó una cara inanimada y sopesó con mejor réplica—: Debería retirarse caballero. No deseo tenerlo a mi vista.

—¿Por qué desea que me vaya? ¿Le da miedo hablar sobre él? —expresó desafiante. La reina guardó prudencia, repugnada por sus palabras—. En usted hay algo muy turbio… y es su sed de poder tan abominable. En definitiva, es un demonio vestido de soberana.

—¿¡Cómo rayos se le ocurre decirme así!? ¡Está loco! —alzó la voz con gravedad mientras se le entrecortaba y dejaba el vino a un costado que rebosaba de lado a lado—. ¡Le diré a Sabrino sin tardar! ¡Es hora de que dejemos atrás a los viejos elementos del reino, ya

están diciendo disparates! ¡Usted será el primero!

—Debería comenzar por usted… y si lo desea, yo mismo le acompañaré con el rey —amenazó con la plena confianza de sus capacidades. La reina, terminó fría y le respondió más por reflejos que inteligencia.

—¿Qué quiere que haga acaso? —preguntó, haciéndose la indignada. La reina vivía varios estados de ánimo al mismo tiempo.

Emilio se quedó en silencio durante unos segundos, inmerso en un lapso reflexivo. Y aunque parecía estar considerando las ideas con respeto, la verdad ya tenía la respuesta desde antes de entrar al palco de la reina:

—Sea humana —aseveró—. Deje de manipular y abandone su actitud. La muerte nos llevará tan fácil a usted y a mí que ya estamos muertos en el futuro, así que dejemos de pensar en esto. Porque tampoco conocerá a Dios si sigue en el mismo camino. Aplaque sus caminos de una vez y busque el bienestar de los suyos.

La reina escuchaba atenta a sus palabras y aunque deseaba aceptarlas, en el fondo ya le resultaba imposible. Estaba completamente sumida en sus propios intereses, que consistían en mantener su posición como la respetada, poderosa y venerable autoridad suprema del reino de los Olivos.

(…)

Janett, luego de resolver sus problemas y dudas, fue directa y sin rodeos desde un comienzo:

—¿Por qué expulsaste a Claude? —preguntó, impactada—. ¿Qué hiciste padre? —le reiteró, con insistencia y más dolor.

—¿Quién te dijo eso? ¿Emilio? —El rey había enseñado insatisfacción en el rostro.

—Emilio nunca me ha contado algo, solo me ha acompañado en silencio. Yo misma me he enterado por otras fuentes fidedignas.

—¿Quiénes? —replicó curioso. Janett, le sintió con malos ojos y no se contuvo.

—¡Responde la maldita pregunta! —le gritó—. ¿¡Por qué evades el tema!? ¡Soy ciega pero no estúpida!

El rey se elevó del asiento que había tomado y comenzó a caminar en círculos, ya tenía preparadas sus contestaciones diplomáticas de siempre.

—Ese chico iba a terminar con el reino, sus sabotajes y golpes de espada a mis hombres me dieron la pista definitiva. También estaba buscando los medios para casarse contigo y así estropear nuestra descendencia. Era justo y necesario.

—¿Qué? —divagó Janett con increíble sorpresa—. ¡Eso es una asquerosa patraña, vil y miserable! ¿¡Quién te dijo semejante mentira del tamaño del Robinson!?

El rey, antes poderoso e indómito, perdió su mirada y también gran parte de la seguridad que retenía. Tu madre —dijo con voz débil.

—Por Dios… —Janett, comenzó a llorar—. ¿Qué es esto?

—Hija… —El rey quiso acercarse, pero Janett continuó con sus dolores.

—Claude era un grandioso caballero que se recuperaba de sus heridas. Me respetaba, era amable y jamás fue descortés. Era un hombre maravilloso —expresó cuando se limpiaba las lágrimas, visibles en la tristeza del corazón—. Y lo único que se te ocurrió hacer, ¿fue echarlo por qué mamá te dijo eso? Qué cosa tan abominable hicieron con nuestra relación…

—No fue mi intención —irrumpió—, tu madre me dijo y yo accedí porque las pruebas estaban —enunció confirmando su veredicto de antaño—. Él hizo daño a los protectores Cristensen y Roglic, les hirió a ambos con una espada por empezar a recibir "supuestas" ofensas cuando los protectores estaban en labores de descanso. Se aprovechó de su inmunidad como invitado de honor e incurrió en el abuso de poder… ¡No podía permitir su atroz delincuencia! Era un enemigo en potencia… —El rey balbuceaba como un joven nervioso —, puede ser peor que un godín, porque casi mata a dos de los nuestros.

—¡Él siempre fue un alma honesta! —lo defendió hasta desgarrar su garganta—. Mucho más que la falsa hipocresía de hechos que me encuentro en los alrededores de este castillo… ¿Por qué heriría a alguien de los componentes? ¿Qué razón tendría? ¡Ninguna! —afirmó a viva voz, recuperándose—. Además, si realmente lo hizo… ¿Por qué no lo hizo antes cuando lo intentaron matar tus hombres por querer entregarme el gancho de la abuela? Eso es imposible. Él jamás haría eso.

—Pero lo hizo —dijo el rey, perturbado por sus pensamientos. Janett se la ponía difícil con sus refutaciones directas.

—Nunca —insistió Janett—. Más bien… ¿No crees que tal vez él defendió a alguien, y lo culparon tus asquerosos protectores para ahorrarse de culpas? Eso tendría más sentido, porque… ¿Cómo le vas a creer tanto a esos "caballeros" que han asesinado, en contra de un maravilloso hombre que ni siquiera ha empuñado una espada y quizás la usó para defenderse de un vil ataque? Defenderse de los que te atacan no es un deber…. ¡Es un derecho marcado en la frente con una verdad que todos conocen! —impugnó, con mayor vehemencia. El rey estaba perplejo por la admirable elocuencia y sabiduría de su hija.

» Papá… ¿Todavía crees en mamá? ¿En la mujer de la falsedad? —le dijo en voz baja, muy cercana a su oído —El rey se debatía en una soledad abrumadora. Estaba demasiado confundido para entenderlo de inmediato y, sin embargo, a pesar de todo, logró responder:

—Ella es el amor de mi vida… La persona que escogí para amar. Debo creer en ella hasta el fin de mis días —dijo enamorado con torpeza. Su corazón, firme y aclamado, al final siempre había sido presa vulnerable de un ser miserable, lleno de maldad y sin amor.

—Ese es tu peor error… Eres un rey, uno que ha llevado el reino hasta donde se encuentra, elogiado por el mundo y su perfecta gestión. Imitado y casi idolatrado, pero confiar a ciegas en alguien que no tiene el coraje de compartirse a los demás y es la egolatría hecha persona, es la ironía más estúpida que vi en mi vida, ese viejo refrán debería ser actualizado contigo… La reina, en definitiva, vive del rey bobo. De ti, papá, ¡de ti!

El rey se sentía perdido y ya no era el mismo, porque parecía haber desaparecido por completo. Escuchaba las palabras de Janett y sufría en silencio, volando en un mar de decepciones. Janett, pronto retomó sus lágrimas con fervor y dijo afligida a más no poder:

—Y él… se fue. Ya no me ama… no me parece justo —Janett bajó su rostro, sintiéndose patética y desvanecida—. Me despojaste del amor de un hombre que me amaba de verdad. Porque Claude… era único, eso sí te lo puedo asegurar. ¿Y cómo va a querer volver? Lo echaron como un perro… Por eso nunca regresó —sollozaba con desesperación, comprendiendo que el amor de su vida ya pertenecía a otro mundo muy distinto al de ella.

Al rey se le partía el alma viendo la desgarrada pasión de su hija. Quiso acercarse a ella con cariño de padre, pero Janett lo detuvo de inmediato.

» Debiste contármelo, papá. Ahora no sé si te odio, aunque no sé ni qué sentir, simplemente estoy decepcionada. La supuesta princesa no es más que un estorbo de carne para el futuro de este castillo. ¿Ya ves por qué no quiero ser reina?

—Hija… —Estaba muy cerca de Janett; sin embargo, volvió a ponerle un alto.

—No te acerques… ya no necesito saber más. Ni se te ocurra hablarme. Quiero estar sola, porque esto… es suficiente, ya no más.

Con el corazón roto y las lágrimas inundando su rostro, Janett salió de la habitación y cerró la puerta con el peso del dolor.

El rey se sentó en su trono, amargado y culpable por ser el responsable del sufrimiento de una mujer que amaba con toda el alma. En un arrebato de ira, lanzó varios cuadros de colección al suelo sin reconocer su valor, pues lo que más le importaba en ese momento

era su hija y el dolor que ella estaba atravesando.

—¡Maldita Darlyn! ¡Siempre juegas conmigo! ¡Mierda! —gritó con frustración, empujando también su trono dorado al suelo. Se dejó caer desordenadamente sobre él, apoyando una mano en el respaldo y dejando la otra sin fuerzas sobre la superficie. En ese momento, su imagen reflejaba el retrato de un gobernante utilizado y abusado por el poder, siendo víctima de la infinita maldad de una sola y despiadada mujer.

Capítulo 56.

Al rey le quedaron sonando las palabras de su hija y, con cara de incurable desastre, en aquel mismo día llamó a sus tres mayores personas de confianza. Estaba acalorado de males y también angustiado hasta el cansancio por no reconocer qué hacer. Solo era cuestión de esperar hasta el día siguiente para que vinieran a su rescate, porque el rey necesitaba de carácter urgente un consejo que le ayudara a construir el futuro del reino.

Eran solamente ellos tres; sin embargo, Emilio no había podido estar presente, ya que se encontraba brindando consuelo a la princesa en su eterno llanto. En su lugar, apareció el valeroso caballero Sounder, acompañado de la salamandra Rebecca y el gran investigador, Lovett Sambert.

Ellos se presentaron en el palco con gran admiración ante el rey, que estaba sentado en su trono apañado, con la ansiedad al tope de sus posibilidades. Lo había rebasado horas antes.

—¡Gloria a mi acongoja, porque han aparecido mis salvaguardas! —dijo a Sounder y Rebecca—. Y don Lovett, tiempo sin verle, ¿cómo han estado las investigaciones en contra del reino?

—Agradezco su llamado, rey Sabrino. En relevancia al reino, vamos de perlas. Aunque en realidad tenía algo para usted, es una información sustancial —añadió mientras tomaba asiento en uno de los puestos disponibles enfrente del rey.

—Le tengo algo mejor, es más exacto. Tiene que ver con mi hija.

—A eso mismo accedí a su llamado y de eso trata —aclaró sobrio.

—¿Es usted su informante? —le preguntó directo, sin despabilarse.

—Solo le he dicho la resolución final de un caso, no es mi fuerte brindar detalles.

—En ese caso… Mi hija tuvo un planteamiento que me dejó tirado por la borda, y me tiene transformado en un ser patético que ahora debe recurrir a lo mejor que tiene disponible para resolverse.

—¿Qué le dijo? —expresó Lovett, atento. Rebecca y Sounder permanecían en una respetuosa genuflexión desde hacía varios minutos.

—Todo se tergiversó —dijo con seguridad—. El honorable joven Claude Rivarola, ex invitado de honor y actual desterrado, se defendió de alguien que le hizo daño. O más bien, defendió al protector Cristensen. ¿Es eso cierto?

—¿Me está citando las palabras directas de la princesa? —preguntó ameno y con gran curiosidad.

—Es un breve resumen, pero sí… son de su autoría —Lovett, lanzó una corta risa al aire, sintiendo una increíble satisfacción.

—Sí —dijo sonriente—. En efecto. Eso ha ocurrido.

—¿Quiénes son los implicados directos? —preguntó el rey, sabiendo que la pregunta era demasiado lógica; sin embargo, quiso tener una poderosa opinión al respecto.

—Cristensen es el mayor culpable junto a otros dos protectores que lo ayudaron en el plan. Y la última persona incriminada…—Iba a decirla, pero se contuvo por respeto a los personajes presentes—. Sr. Sabrino, esa persona la debería conocer usted en la plenitud de sus facultades.

El rey respiró con una infinita decepción, no se lo creyó hasta haberlo escuchado por las propias palabras de la justicia de su reino. Sounder y Rebecca estaban sorprendidos por lo que oían, porque nunca pensaron que un miembro tan distinguido como Cristensen, se hubiera prestado para generar discordia y quebranto entre los decorosos invitados del Olivo. Sounder era el más afectado, pues recordó a Claude con estimación, ya que habían entrelazado una gran relación basada en el respeto y la integridad.

—Sr. rey… —expresó Lovett, con deseos de hablar. El rey asintió para escucharle—. Déjeme decirle que tiene una hija excepcional.

—Gracias… y ahora —Puso cara de lamento—, tendré que tomar decisiones, porque de lo cierto de esto… radica en que volví a ser engañado. En definitiva, el amor lo hace a uno un completo imbécil —dijo contrariado, Sounder y Rebecca, sopesaron con asombro el acto de sinceridad que había tenido consigo mismo.

—Rebecca —le llamó el rey.

—Sí, sr. rey, ¿para qué he de ayudarle? —dijo poniéndose en pie con inmediatez.

—Solicite al sr. Justicia una carta de destierro irrevocable a nombre del protector Cristensen y sus dos secuaces. Le reitera en mi palabra, que no deseo jamás volver a verle más por estos lares, que son una vergüenza para la poca decencia y honorabilidad que nos resta. Apenas haga aquello, en función de mi nombre, devuelva el cargo de protector principal a Monteredondo Vitoria. Es lo justo por su trayectoria.

—A sus órdenes, rey —Hizo una reverencia en señal de respeto hacia él y se marchó para cumplir con la tarea encomendada.

—Maldición… —dijo en soledad mirando para los lados, haciendo de cuenta que no había nadie. Sounder se preocupó y le preguntó con instinto:

—¿En qué podremos ayudarle?

—No sé cómo resolver esta situación con mi hija…

Lovett, le escuchó con detenimiento y en un suspiro se acordó de algo que le sobrevino a la cabeza como un rayo en cielo abierto. Sin perder más tiempo, le contó con ansias al rey:

—Rey Sabrino, casi se me olvida decirle esto… Hay una

constancia de envío de una carta que fue efectuada a su nombre y desde la mensajería del reino con destino a Rumpler, para el joven Claude Rivarola en el mes de octubre del año 1993. Le pregunto… ¿Recuerda aquella carta?

—¿Cuál carta? —preguntó, analítico e intrigado.

—La que acabo de mencionarle.

—Jamás he enviado una carta a Rumpler —sentenció con claridad y apenas terminó de hablar, como si estuviera rondando un espíritu por el salón, abrió la boca con desparpajo y pérdida de sí. Lovett, también lo comprendió al segundo entrante. La maquinación del plan contra Claude había sido una perfecta orquesta de maldad, creada con incontable barbarie y perversidad.

El rey cerró ambos puños con arrebato y golpeó uno de los apoyaderos con enardecido furor.

—¡Maldita sea! ¿¡Qué ha hecho esa mujer!? También utilizó mi nombre como excremento de cerdo, esto es una reverenda mierda.

—Vaya… debo admitir que es algo sin precedentes —replicó Lovett, insólito. Sounder estaba callado como una piedra bajo un fuerte relieve, y había pensado en su corazón, que la maldad era muy compatible con el poder.

—Debemos enviar un mensaje. Esto no se quedará así.

—Si necesita datos de envío rey Sabrino, tengo todos recopilados: su sitio de origen y también la dirección donde trabaja, proporcionado gracias a su señora madre. Incluso conversé con ella y me dio su versión del caso.

—¡Qué excelente investigador es, don Lovett! ¡Siempre va un paso adelante!

—Todo sea por el bien del reino —afirmó gozoso y modesto—. Procesaremos la información lo más rápido posible.

—¡Sounder! —expresó el rey con holgura de palabra.

—Sí, sr. rey —respondió Sounder, elevándose al mismo instante.

—Por favor, pase a mensajería y dígales que preparen un mensaje de carácter perentorio. Si es posible, hagamos uso del telegrama, quiero que hoy mismo se envíe un informe de esclarecimiento ante ese pobre joven sobre esta verdad. Además, me pondré a escribir una carta personalmente.

—Sr. rey, lamento mi discrepancia… —señaló Sounder—. He de decirle que un telegrama tiene un costo en precio realmente desorbitante. Si destina una carta, cada palabra tendrá un costo adicional … —El rey le interrumpió.

—No importa lo que valga. Lo que pueda hacer por mi hija lo vale, porque si tengo que entregar el reino para escribir una enciclopedia en un telegrama, lo haré sin dudar.

—Entendido, sr. rey —expresó Sounder con total obediencia y

admiración.

—Por favor, les imploro que asignen y liberen los recursos que sean necesarios. Vamos a hacer uso de nuestras máximas libertades. Deseo poner fin a esto y compensar a mi hija con todo lo que se merece… ¡Y por todos los cielos, nieguen cualquier acusación falsa! Quiero que el buen Claude, sepa de mi profundo remordimiento y la vergüenza que siento por haberlo atacado injustamente, por culpa de mentirosos despreciables y malintencionados.

—Excelente decisión —reiteró Lovett—. Rey, ¿en qué más podemos ayudarle?

—De momento… solo necesito un espacio a solas. Es todo por ahora —dijo el rey, elevándose de su asiento—. Ahora debo ir a la torre de la reina. Tengo que ser determinante con la aborrecible acompañante que me ha vituperado el alma en estos años de mandato —El rey caminó con paso firme, terminando por abandonar el salón lleno de rabia, sin pronunciar una sola palabra adicional. Entre tanto, Sounder y Lovett se veían impactados, porque al parecer lo que se venía para el futuro del reino iba a ser demasiado intenso para todos sus miembros sin ninguna clase de excepción.

(...)

Janett llevaba encerrada el día entero en su cuarto mientras Emilio le hacía compañía desde fuera, como un adorno de lujo estampado en la puerta.

Varias veces intentó entrar, tocando el madero con perseverancia, y Janett no le abría ni daba permiso. Horas después, le llevó alimentos que dejó a un costado de la puerta. Janett no los recibió por el gran orgullo de su estómago, y pasaron minutos como el caminar de la luna bajo la sombra del cielo. Emilio estaba impaciente, pero sin perder la compostura, golpeó la puerta que conducía a la princesa en una secuencia original de golpes suaves y calculados.

—¡Emilio! —soslayó Janett, detrás del madero—. ¡Ya le he dicho que no quiero ni deseo tener a nadie cerca! —El caballero la escuchaba con fastidio mediante el ojo del picaporte. Los fulminantes alaridos de Janett rompían sus oídos como una máquina tronadora que parecía gritar desde el otro lado—. ¡Puede hacer vigilia todo el día y toda la noche! ¡No logrará convencerme!

—No deseo entrar —dijo comprensivo—, solo quiero que esté bien, ese es mi único propósito.

—¡Nadie entiende mi dolor! ¡Eso es lo único que debería saber!

Emilio, había guardado un silencio glorioso y nunca se quejó, soportando con paciencia las peores etapas de la princesa. Por otro

lado, Janett, abrumada y exhausta, mostraba una negación constante hacia el duro golpe de la realidad. Porque su incapacidad, además de ser visual, también era espiritual y sentimental. Sentía que, en la descompensación de sus fuerzas, se perdía en un torbellino de agitadas respiraciones y con un protagonista clave, metido en lo profundo de sus recuerdos más tristes. La melancolía estaba causando estragos en su ser; sin embargo, como si un cabo suelto se hubiera enlazado a la perfección con sus pensamientos, descubrió una nueva respuesta. Emilio escuchó unos pasos venir desde la puerta y la misma se abrió con pródiga extrañeza. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos

—Avance —dijo sin más—. Necesito hablar con usted.

Janett, había contradicho a sus propias palabras. El caballero Emilio, aceptó en amargo silencio y tragó saliva con escasez. Fijó su mirada en el marco de la puerta, sintiendo que era hora de enfrentar las consecuencias y rendir cuentas, las mismas que sabía desde el inicio de la historia. Y quizás, también de su nuevo comienzo, porque para él, todo había cambiado desde que entregó la permanencia y complejidad de sus días al absoluto mando de la princesa.

Capítulo 57.

El caballero de oro se había transformado en un ser de plástico: temeroso, impaciente y amilanado por el paso voraz del tiempo de espera que Janett le otorgaba. Se había enmudecido con significativa reencarnación, pues ya no era él, porque sentía con amargura el renacimiento de otra persona en su interior. Era como si fuera una oruga a punto de despojarse del cascarón, y volar en la esperada libertad que soñaba tras mantener por tanto tiempo aquella verdad imperdonable.

—He estado pensando varias cosas —dijo con ocurrencia y serenidad—. Sé que hay mucho que guardas… y como el hombre más importante para mi padre, siento que me has ocultado cosas. Puedo percibirlo.

—Exprésese con libertad, que si hay algo que deseo en mi corazón… es comentarle lo sucedido.

—Es mayor que eso —afirmó, tajante—. Eres el miembro más importante de la Secretaría de Órdenes después de mis padres. También manejas y vigilas los trámites legales con aristocracia, porque sin duda eres el hombre más dadivoso del reino.

—Me honra con sus palabras, pero sepa que nada de eso soy. Lo primero sí, pero lo segundo es demasiado.

—Deja de estar rebajándote, es lo menos que mereces. Siempre has sido leal y te has entregado, incluso salvaste mi vida cuando no te correspondía hacerlo y en donde te estaré siempre agradecida hasta el último día de mi vida.

—Solo hice mi trabajo, no es más que eso… —indicó, avergonzado de verso. Emilio, en el fondo, era un hombre tímido que se conservaba firme ante las dignas aseveraciones y actos atribuidos a su figura.

—No te abrí la puerta para lanzarte flores —dijo ruda y con templanza—. Porque con esto pienso que debes conocer lo que ha sucedido también. Y tal vez… hasta desde el principio.

—¿A qué me hace referencia? Si me hiciera la pregunta directamente… le respondería sin dudar —dijo de forma forzosa, deseando hasta el alma que por fin Janett le hiciera la pregunta del millón.

—¿Qué sucedió con Claude? Te ruego encarecidamente que me expliques todo lo que sabes.

Emilio enseñó una sonrisa. Algo tosca, pero regocijada en el cuestionamiento ideal que necesitaba para abrir la caja de Pandora que se había guardado desde tiempos remotos.

—Jane, fue engañada… —afirmó, angustiado—. Durante mucho tiempo por su madre, la actual reina del Olivo —admitió, liberando al menos la mitad del peso de su coraza. Se sintió rejuvenecido y loable.

—¿Qué carajos? ¡Emilio! ¡Tú también me mentiste! —replicó indignada a plenitud. No tenía contemplaciones con su laureado acompañante. De su madre se lo esperó, pero de él, jamás. Emilio transformó su retrato con gran culpa, porque sabía que Janett tenía razón, no había excusa para presentarse ante aquello. Sin embargo, sacó a relucir lo único que podría salvarle el pellejo, pero no consiguió hacerlo al momento, porque Janett; en demacrada visualización, volvió a objetar con el ardor del reclamo.

» ¿Por qué no lo dijiste antes? Claude, fue sometido a un juicio personal. Emilio… me has fallado, y eso me duele, porque no esperaba esto de ti. Quiebras mi corazón al igual que todos… Pensé que eras diferente —Emilio sintió el peso de sus palabras en lo más profundo de su ser, pero con las pocas fuerzas que le restaban, reveló la última verdad que guardaba.

—También fui engañado por la reina y el rey… —dijo agobiado, pero al final demostró serenidad. Janett le escuchó con atención—. Su madre sobornó al rey para que guardara silencio frente a usted.

—¿Le hiciste caso a mi madre? ¿Es que acaso los hombres de este reino no saben la maldad que tiene en el corazón? ¿Por qué todos la siguen teniendo en cuenta?

—Yo nunca lo hice, ni lo hago y tampoco lo haré… —dijo a viva, pero pausada voz—. La razón principal por la que nunca se lo dije, fue porque el rey me pidió encarecidamente que no se lo revelara… a menos que usted, en curiosas actitudes, lo preguntara —reiteró, con gran pesadumbre en el corazón—. Y yo, cumplo primero las órdenes del rey antes que las suyas, señorita Jane… Sé que le debo mi vida, pero a él le otorgo mayor importancia… porque está en manos de su padre, el rey del Olivo. Espero que algún día sepa perdonarme… —bajó la cabeza.

Janett entendió al contrito Emilio, y sintió su estado de ánimo. Emilio nunca le había mentido ni trasgredido, pero si algo tenía en la cabeza, como un mantra imborrable, era la de conservarse leal hasta el desaliento de sus virtudes y deberes. Janett no podía reprochar el valiente camino de un caballero que había decidido, en perpetuidad de estándares, entregarse por completo hacia un hombre que le gobernaba hasta el fin.

—Igual estoy enojada contigo. Debiste buscar la manera —replicó, con menor pesadez.

—Muchas veces le conversé… pero nunca deseaba saber sobre él.

Janett, frenó su despotismo y se dio cuenta que era cierto. La nueva compañía de Calvert y la carta del adiós de Claude, se habían hecho trascendentales en su toma de decisiones, porque mientras ella quería enterrar los recuerdos perdurables de su memoria, había un

hombre detrás, paciente y laborioso, que deseaba contarle la verdad.

—Ahora, ¿qué hago, Emilio? Ya lo perdí… y hubiera sido asombroso tener tu cooperación. Pero… tampoco es justo que tenga odio, no después de tu esfuerzo.

—Lo lamento de igual forma, yo tampoco deseaba que esto acabara así. Pero si las cosas sucedieron de este modo, por algo había de ser. ¿No cree? Porque los deseos que más anhelamos, a veces, ni la muerte los entiende.

—Eso parece… —dijo acongojada. Janett, era una pequeña con el corazón roto, desconocido en cada renglón del tiempo, y no podía evitarlo, porque haber descubierto una verdad tan dolorosa años después, solo podía ser el golpe definitivo para hacer un cambio en su vida.

Emilio le reparó con tristeza, y Janett, volvió a conversar:

» Pero todavía sigo muy afectada…

—¿Y si le hago milanesa de pavo el día de mañana? ¿Aún seguiría así? ¿Del mismo modo, con la misma discordancia? —preguntó Emilio, como un niño revoltoso que se proponía lavar los trastes para salir en búsqueda de juego.

Janett seguía enfadada, pero pronto comprendió que no podía ser infame con él.

—Que sean dos y me lo pensaré… —dijo desafiante, haciéndose la difícil. Janett, amaba con locura la culinaria de Emilio y su milanesa de animal provinciano. Era de sus formas favoritas de disfrutar la vida.

—Mejor tres —agregó Emilio, campante. Janett sonrió en un respiro—. Y con todo el gusto se las haré, porque no deseo estar enemistado con usted, mi querida Jane.

—Igual yo… —admitió con ganas de lloriquear, y corrió a abrazar al caballero. Después de hacerlo, se echó a llorar desconsoladamente.

Necesitaba un hombro para hacerlo, porque se había contenido con demasiada frialdad hasta ese punto. Era humana y de emociones florecientes y sensibles, como toda mujer que sabía amar con el alma y conocía el final de su pesadilla, cumplimentada a través del dolor. Emilio le otorgó caricias en el hombro, y entendió más que nunca su desconsuelo. Aquel desgarrador sufrimiento de una verdadera princesa del mundo real, ese tan a veces sombrío e inexplicable que no merecía llevar tanta injusticia de golpes en el amor. Janett estaba para cosas mejores, y el tiempo, algún día, tenía que ponerse a su favor.

(…)

Sounder había terminado de enviar el telegrama junto con el rey y su investigador estrella. Luego se reunió con Rebecca para dar la estocada final al protector Cristensen, que se había paseado por las filas del reino con abuso de autoridad e inmerecida condecoración.

Aquel hombre vanagloriado, se encontraba en los alrededores de la fuente de los deseos, asimismo estaba acompañado por una multitud de protectores que le escuchaban con idolatría. Monteredondo estaba apartado mientras lo veía desde la ventana abierta del comedor. Eran como once protectores irreverentes. Apenas Sounder y Rebecca habían llegado, en cuestión de minutos y sin perder el tiempo, Sounder, el caballero de plata, se dirigió al círculo de hombres con una notable habilidad diplomática:

—Protectores —Nadie le escuchó, incluso estando a un par de metros de distancia—. ¡Protectores! —volvió a afirmar, con un tono más decisivo. Varios voltearon, incluido el protector Cristensen.

—Disculpe, caballero Sounder, no entiendo el motivo de su llamado —dijo confundido—, ¿ocurre algo que ya haya sucedido?

—Ha acontecido lo imperdonable… y es hora de castigar el derroche de la indecencia —expresó, levemente airado.

—¿Cuál, caballero?

—Que su tiempo ha finalizado aquí, ex protector Cristensen. Puede retirarse si lo desea pertinente y será exonerado de culpabilidad y demás acusaciones en su contra —sentenció, de forma brutal.

—¿Sounder? ¿Se volvió loco? —preguntó rústico, mientras veía con una sonrisa incrédula a los protectores que lo apoyaban, se sentía distinguido.

—Si en mis palabras, que son una clara referencia a lo expresado por el rey, implicaran estar loco… entonces, lo estoy; sin embargo, usted ha querido decir que el rey está equivocado, mostrando signos de discordancia consigo mismo.

—¿De qué me incriminan? —preguntó, abandonando un poco la soberbia y confianza de un hombre terco.

—Un juicio mal impugnado —aclaró Sounder, correcto. Cristensen, delató los ojos sin más.

—Protector Cristensen —enfatizó Rebecca—, le imploramos tome sus cosas y se retire de inmediato, porque el rey no desea verle ni con el pensamiento.

—Debe ser un error —dijo entrando en desespero—. La reina me ha dicho que este puesto me pertenece, no creo que sea justo ir en contra de ella.

—¿Y es que acaso quién crees que gobierna? ¡Es el rey! —aseguró Monteredondo, sorpresivo desde atrás. Había venido en silencio sin que nadie se diera cuenta.

—¿Quién le llamó? —señaló, engrandecido entre vocablos—. Esto

es una reunión entre las fuerzas más honorables del castillo… no debería estar aquí

—Cristensen trataba de humillar a Monteredondo con su insignia de protector dorado, pero ya estaba rota.

—Deberías decirles a todos que eres el gran farsante. Sabes con excelencia de memoria que obtuviste ese puesto por haber conseguido la confianza del chico de Rumpler y haberle culpado de tus falsas heridas. Vamos, atrévete a hablar, ¡embustero! —aseveró Monteredondo, disgustado. Los protectores presentes se advertían aterrorizados, porque primero no entendían nada, y segundo; les parecía imposible que el protector de cabellos grisáceos y estilo único, se prestara para hacer el mal a alguien, cuando era el ejemplo vivaz de las nuevas generaciones de guerreros decentes y de buenas costumbres.

—Última advertencia, Cristensen —explicó Rebecca—. Si nos hace llamarle de nuevo, tendremos que cambiar su nombre a estatus irrevocable.

—¿Quién demonios son ustedes? —preguntó hacia el aire, en aparente soledad; haciéndose el tonto ante los juicios promulgados—. No les entiendo, porque aquí el único que puede desecharme es el rey y no ha dicho nada. No pueden efectuar procesos sin tener la valía de sus palabras.

—Ya lo he dicho… —rememoró Sounder mientras iba perdiendo la calma—. El rey hace horas departió, y no pretendo hacerle pasar un rato indeseable si se encuentra con la repudiable imagen de un ser indigno. ¿O me hará usar mis destrezas en su contra?

—Me está fastidiando mucho, caballero —indicó Cristensen, enojado—, voy a tener que sacar la espada, porque me haré a respetar.

—Le exhorto a hacerlo en confianza y verá a qué se está preparando, ingrato.

Cristensen desenfundó la espada y se abalanzó entregado a rebanar la carne de Sounder. Quería demostrar el poder de su nombre. Y Rebecca, en total desconcierto, también sintió el impulso de querer blandir el metal; sin embargo, Sounder le retuvo de reojo.

Cristensen, lanzó hacia Sounder un vigoroso tajo en forma diagonal, rápido y difícil de esquivar. A pesar de ello, el caballerizo logró esquivarlo con éxito. Sin detenerse ni sorprenderse por el excepcional movimiento de Sounder, volvió a ejecutar otro golpe, elevando la espada hacia arriba para trazar una “x” en el aire. Sounder se mantuvo imperturbable y evadió el segundo impacto con mayor destreza.

La multitud de protectores junto a Rebecca y Monteredondo reparaban con admiración los grandiosos reflejos del caballero.

Cristensen, ya con rabia y agotamiento mental, aprovechó las facilidades que le brindaba la espada y decidió avanzar dispuesto a cortar piernas, pero al pensar en hacerlo; Sounder, le había atinado un puñetazo en la quijada. Cristensen había dejado el rostro indefenso por el descontrol de sus ataques y pausas inexistentes. Por el efecto del golpe, había terminado en el suelo como un hombre derrotado y, a la postre, humillado.

Cristensen, se quiso incorporar, pero le fue imposible levantarse en aquel instante. El impacto había sido determinante. Sounder, se le acercó con quietud hasta elevarse al frente de él. Estaba entero y con el rostro irreconocible, pues había perdido la seriedad que le caracterizaba por la falta de respeto.

—Traicionó al Olivo y a la princesa Jane —expresó directo y bifurcado de pensamientos—, devastó con un plan denigrante, el fruto de un compañerismo especial entre la futura reina y aquel caballero. Blasfemó al rey sin contemplación ni conciencia y, por último, desacató la orden postrera que le encomendó la honorable salamandra, Rebecca. No merece ni siquiera que lo llamen por su nombre… si es que todavía posee algo de valor en su vaciedad. No puedo permitir tanta impiedad —Nadie había observado al gran Sounder, especialista en guerras antiguas y hombre de paz, responder de forma tan vehemente—. Esta es la última vez que volveré a hablar, porque si no se retira en este instante, tendré que esgrimir mi espada a voluntad y ejecutar mi propio sentido de justicia, sin que el rey ni su futuro lamento… puedan descubrirlo.

Cristensen, desde el suelo, se limpió la tierra sobrante de los hombros en silencio. Miró a todos como si fuera un paciente agobiado por el exceso de medicamentos, y como si por última vez estuviera ahí, se elevó sin decir ni objetar nada a cambio. Su rostro era deprimente y emanaba una luz insípida, mojó sus labios con la amargura de la lengua, y supo con claridad que Sounder era imparable cuando hablaba, y aún más al pronunciar sentencias.

—Lo lamento, señores, sé que no hice lo debido… —Cristensen, tomó su espada y la clavó en el campo sagrado del Olivo con pesar—. Me retiro con mi más sincero arrepentimiento por los daños ocasionados. A veces, por un hombre no estar pendiente a lo que hace, realiza lo que no debe…, que tengan buen día, caballeros.

Cristensen dio la vuelta y se marchó hacia la puerta de salida, y nunca más se volvió a saber de él.

Sounder, volvió hacia donde estaba Monteredondo y, con un simple ademán, le dijo que tomara la espada dejada por Cristensen. Con alegría, Monteredondo la tomó sin dudar, guardándola en su funda empolvada.

—Gracias por la confianza —dijo sereno y lleno de gratitud, pues

sabía finalmente que había recuperado su posición como el primer protector del reino.

Capítulo 58.

Un día después. Mississippi, fabrica del Doradal.

El día parecía estar hecho para las mismas cosas de siempre; sin embargo, tenía el aliciente especial de saber que al final de la noche, llegaría una noticia que estaba esperando. Mis compañeros no dejaban de alegrarse y sentir orgullo por mí. Cortés estaba sensible y me había dejado algunos souvenirs de su amado Perú.

—Amigo, te extrañaré —me dijo afligido—, ahora ¿a quién podré aconsejar en sus tonterías existenciales?

—¡No seas tonto! ¡Solo cambiaré de planta, no creas que ya morí!

—Pasar de ser un simple empaquetador a un coordinador de operaciones es motivo para que tengas tu propia oficina y te alejes de la estirpe trabajadora de la clase media —reiteró con orgullo. Cortés, estaba más emocionado que yo.

Juan Pablo, apenas había vuelto del baño y volvía a gritar lo que me venía diciendo desde la semana pasada:

—¡Coordinador Rivarola! ¿¡Cómo va su día!?

—¡Deja la cosa! —reclamé, ofuscado— ¡Ya te he dicho que bien! —reclamé harto de sus lambonerías.

Cortés se rió junto a él y no dejaba de sentirse en el ambiente una notoria sensación de nostalgia, sobre todo en mi primo, que me veía afectado.

—Claude… —susurró, lo sentí diferente aquella vez. Mi primo no era de bajar la voz.

—Cuéntame.

—Lamento mucho si fui malo contigo —dijo con la mirada postrada en el paquete que procesaba con sus manos—. Eres un gran hombre primo, y si no funcionó o no quisiste nada con Jolina, es tu problema y decisión. Te admiro por eso.

Mi sonrisa brotó como la magia escondida en las mangas del mago. Juan Pablo, había soltado belleza en palabras inesperadas que me dejaban en la nada, pues no supe qué contestar. Cortés, también se unió a la moción del discurso de mi primo.

—Amigo, ya te he dicho que eres impresionante, pero no sé por qué siento que tu vida va a ser increíble, o puede ser que comí mucho estofado de mondongo ayer, no lo sé… —añadió con alegría y gracia, nos reímos todos—. Pero es raro, pienso que te viene lo mejor del mundo.

—Muchas gracias —repliqué con el pecho inflado—. Pero no me voy a morir tan pronto, y aunque no nos veamos como siempre, igual fue genial trabajar con ustedes. Don Wilbert y el sr. Roberto me han

acompañado desde que vine, esta empresa es como mi familia. Bueno, papá y Juan Pablo lo son, pero es todavía más fraternal.

—Cierto… —dijo Juan Pablo, más animado—. Y ahora debes aprovechar, nada de dormirse porque allá en el salón de operaciones están María Elisa y Miriam, dos bombones, ambas diosas del olimpo bajadas al plano terrenal esperando a su nuevo coordinador —sentenció, lujurioso. No pude evitar sonreír. Juan Pablo, era un total sinvergüenza, inmerso en la fantasía de la depravación. Caminé hacia uno de los ventanales dispuestos y observé la gran ciudad, y volví a esbozar sonrisas. Sabía que mi vida cambiaría por completo al día siguiente, y sentía en el espíritu que pronto vendría la historia que estaba esperando para vivir por siempre. Al fondo, a pesar de que todavía seguía escuchando las barrabasadas de Juan Pablo, no paraba de pensar en mi nuevo futuro lleno de esperanza.

—¿En la noche vas a tomarlo? —preguntó Cortés.

—Sí… papá me va a acompañar. Ya tengo las cosas listas en el antiguo despacho del sr. Javiero.

—Bien… —abrió los brazos para acercarse y regalarme un abrazo. Se lo recibí en silencio. Juan Pablo, segundos después, también se acercó y nos abrazó, fue un recuerdo muy emotivo.

(…)

Los Olivos, prados verdes.

Janett iba de camino hacia enfermería a recoger algunos objetos en compañía de Emilio, que estaba nervioso como un joven que esperaba una respuesta positiva de su amada. Reconocía timorato que se encontraría con una mujer que le despojaba el aire del pecho y lo hacía volar por los aires de la imaginación del realismo mágico. Janett, sintió aquel inesperado nerviosismo, y le resultó inevitable no preguntar.

—Emilio, ¿estás asustado? —dijo mientras ya estaban a punto de llegar a la enfermería.

—No —mintió, con temblorosa voz.

—Sé que te agrada Lucy, pero es raro verte así. Me enternece —dijo con picardía y cariño. Emilio solo conservaba su postura de caballero con dificultad y en su mejor ley que era el silencio.

» Puedes decirme algo si quieres —expresó amable—. Tal vez podría darte un consejo.

—Es muy buena consejera, pero deseo pasar de largo.

—Uhm, casi nadie me rechaza, pero supondré que es tu orgullo

disfrazado de caballerosidad.

Emilio asintió. Estaba pasándola mal y no quería tener complicaciones al verla, porque se había guardado con recelo una declaración de amor para aquella enfermera que lo dejaba ir y venir al paraíso con el pensamiento.

—Aún no puedo creerlo —dijo Janett, filosofal.

—¿Qué?

—El tiempo se ha ido demasiado rápido, casi parece que no es necesario sentirlo… las cosas cambian demasiado.

—La vida no es estática, cambia de lugar y se transforma. Es su naturaleza —respondió, sensato.

—Lo sé… pero, me encantaría regresar a esos tiempos…

—¿Cuáles?

—Cuando lo veía todo… y no necesariamente cuando tenía mi visión. No sé por qué todavía sigo sintiendo que hay cosas que me ocultan.

Emilio no fue capaz de responder, porque a pesar de haberle dicho lo que sabía, se negaba en el pasado de haber sido omiso ante el corazón de la princesa. Era un hombre de poco soltar. Janett, al mismo tiempo que transitaba con paz y preguntas, arribó a la enfermería.

—¡Hola! ¡Los estaba esperando! —les saludó Lucy con cariño y admiración, entretanto Emilio se mantenía taciturno. Aceptó los saludos con reverdecimiento y, al mismo segundo, ya estaba decepcionado por no poder responder. No entendía qué poderes ocultos tenía esa hermosa mujer.

—Hola, Lucy, ahora tienes que decirme, ¿cómo has estado? ¿Qué ha venido estos días?

—Nada por ahora… han sido años de paz continua —expresó, nostálgica—. La última vez que tuve actividad este año fue para tratar una hepatitis de tres salamandras, todas ilesas, y de resto… hace años que estoy sola.

—¿También de pareja? —dijo Janett con sonrisa. Emilio se puso rojo y temeroso, y cerró los oídos para no escucharla.

—Sí —dijo sonriente mirando de reojo a Emilio—. Hace años no ha venido un hombre a verme, la verdad no puedo hacer mucho desde aquí. Es triste, pero a veces ser mujer no te garantiza que vendrá uno.

—No digas esas cosas, puede estar más cerca de lo que crees… —Janett golpeó a Emilio desde un costado, mientras Lucy se marchaba hacia la bodega para buscar algunos reportes de medicina general. Emilio, contuvo los embates de Janett con el pecho. No seas así conmigo, me vas a matar de un susto —le susurró, intimidado.

—¡Vaya que si eres cobarde! —gritó Janett, sin contemplación. Emilio abrió los ojos, despavorido. Lo bueno era que Lucy todavía no

regresaba de traer la papelería.

—Lo haré, deme tiempo. Lo lograré… —De nuevo, como un disco rayado, se enmudeció ante la venida de Lucy. Janett, disfrutaba la escena como la escritora de una nueva novela.

—Aquí están —dijo Lucy, entregando las hojas a Janett.

—Gracias, Lucy, ¿algo más para decir?

—¿Cómo ha seguido la adorable Teresina en Europa?

—Bien, la llevaron a conocer las auroras nórdicas y va superando el curso de ser reina con facilidad.

—Qué bien —expresó, sonriente—. Tengo tiempo sin verla, la última vez que la vi fue cuando vino el caballero Claude, a tratarse unas heridas.

Janett, transformó su rostro de la nada y enseñó conmoción. Emilio también quedó sorprendido. Janett rápidamente le preguntó:

—¿Cuándo fue eso?

—¿Qué cosa? —dijo extrañada.

—¿Cuándo vino aquí Claude? —preguntó Janett, con el corazón en la mano.

—Hace dos años, si no estoy mal, fue en noviembre.

—¿Dos? —cuestionó, advertida—. Pero si él no ha estado aquí desde hace casi tres…

—No, está equivocada. Recuerdo haberlo visto en noviembre del año siguiente, leyó una carta y se largó llorando.

—¿Llorando? —admitió friolenta. Emilio, estaba perplejo porque no conocía nada de aquello—. ¿Claude, lloró aquí? —Janett, empezó a gimotear y se le comenzó a trancar la voz.

—Sí… —respondió Lucy, triste—. Y lo consolé cómo pude… porque alguien lo había herido, y nunca me dijo quién fue…

—No… —Janett, precipitó su cuerpo hacia el pecho de Emilio y comenzó a llorar con desilusión. En cuestión de nada, se vio envuelta en las tinieblas de un mar oscuro, de donde venían aquellas cataratas de melancolía, que se transformaban en un diluvio de sufrimiento.

Lucy no entendía nada, y mientras Emilio consolaba y conjeturaba partes, se le vino a la mente la única persona con el corazón tan podrido e inhumano, que sería capaz de emular y escribir una carta sin sentir ninguna clase de arrepentimiento: la reina.

—¡No puede ser! —renegó Janett, desvanecida—. Lo sabía… maldición. Conocía que todavía había cosas que me ocultaban… ¿Quién demonios hizo esto? ¿Quién sería tan malvado de hacerme esto?

Lucy, abrió los ojos mirando a Emilio y entendió la situación por completo. Era Janett aquella chica que le había roto el corazón al devastado Claude.

—Lo lamento —dijo apenada.

—No… no debes pensar eso —discurrió, tragando sus lamentos—. ¿Él dejó la carta aquí? ¿pudiste leerla?

—La botó en la basura.

—¿Tienes esa basura? —preguntó Janett, con seriedad.

—Eso es imposible, se echó al olvido.

—Verdad… —lloriqueó, entrecortada—. ¿Cómo guardaríamos basura? Eso sería estúpido… —dijo desentendida del mundo. Janett, ya no se hallaba ahí.

Lucy se le acercó y le dio un abrazo, no se lo pensó dos veces para hacerlo. Emilio, observaba abrumado y estaba tan enredado que no se le ocurría un pensamiento.

—Él estuvo aquí… —expresó, apoyándose con más ímpetu sobre el hombro de Lucy. Y con gran tristeza en el interior, dijo—: Ahora sé que no va a volver más… Nunca volverá.

Janett, retomaba los llantos con resignación y abrazaba con toda la fuerza que le restaba a sus fieles compañías. Lucy y Emilio, además de estar ahí, se veían de cerca; a centímetros de distancia, haciéndose un dúo consolador para el indescriptible dolor de Janett. A pesar de ello, les fue imposible dejar de mirarse con amor, porque en lo profundo también se querían, pero sus corazones estaban unidos por la princesa. Y cerraron los ojos para fundirse en un abrazo doble con Janett, porque la princesa, que siempre era necesitada por todo el Olivo, ahora requería del apoyo de sus subordinados para enfrentar sus peores tristezas.

Janett solo pensaba una verdad a regañadientes, porque además de saber que el amor de su vida no regresaría, le dolía entender que nunca escucharía de nuevo su melodiosa voz, sus relatos de magnífico cuentero y su gran pasión de caballero. Y aunque cada día fuera más difícil al anterior, ya había perdido las esperanzas que le quedaban en la pequeña casa de espera, la que tenía en su corazón. Solo un milagro le traería de vuelta.

(…)

Estaba listo para irme. La jornada de trabajo se había terminado y se hacía de noche. Me despedí de Cortés y mi primo, y otros compañeros que me tenían aprecio en los años que soporté paquetes. Había forjado un gran nombre en la empresa y no podía sentirme más contento. Miré con añoranza mi antiguo puesto de trabajo por una última vez y salí preparado para ir a encontrarme con mi padre y tomar mi nuevo destino de trabajo. No obstante, Rubiela, la sra. encargada del departamento de mensajería, me gritó desde su oficina:

—¡Claude! ¿¡Ya te fuiste!?

—¡No! ¡Aquí sigo despidiéndome en silencio! —dije con absurda gracia. Mis chistes, desde hace años, eran muy malos.

—¡Genial! ¡Espero te vaya muy bien en tu nuevo trabajo!

—¡Gracias! ¡Espero igual a usted! —me fui de ahí, pero algo me detuvo. No sé por qué me quedé varios segundos ahí, pensando en nada. Y después, de nuevo, Rubiela me llamó con fuerza.

—¡Joven! ¡Antes de que se marche al otro departamento! ¡Tengo un mensaje que acaba de llegar ahora!

—¿Un mensaje? —dije en voz baja, mientras me devolvía y entraba a la oficina de Rubiela.

—Claude —dijo tranquila—. Te ha llegado un mensaje.

—¿A mí? —dije curioso, la verdad no conocía a nadie que pudiera mandarme algo—. ¿De dónde es?

—No tengo idea, pero parece ser procedente del sur… indica un importante marcaje y tinta, pero… esto está increíble.

—¿Por qué? —Estaba asustado, no quería saber si era malo. Una noticia de mamá sería espantosa.

—Es un telegrama muy largo, realmente es como una carta hecha en un telegrama —dijo impactada—. Creo que tuvieron que desembolsar un extenso pago.

—¿En serio? Eso es extraño.

—Tiene en el membrete una figura simbólica que escribe: Los Olivos.

«¿Los Olivos? ¿Será otra carta del rey?» pensé haciéndole un atraco a mis pensamientos, ¿qué demonios?

—¡Déjame verlo ahora por favor! —supliqué, como si no tuviera nada más que perder en la vida.

Mi corazón se había activado con rapidez, hasta incluso pensaba que se iba a salir, porque aquella sensación de pérdida de mis sentidos, estómago flojo y demás rarezas de mis profundidades… solo había una única persona en el mundo que tenía el poder para hacerlo.

Rubiela leyó un poco de lo que decía, y me entró el alma al cuerpo en un respiro:

—Carta della onore di Olivo, re Sabrino Lanchester … —sentenció con normalidad. Sonreí incrédulo, no supe qué decir.

Capítulo 59.

Al día siguiente, Janett había superado la amargura del ayer con una larga e improvisada caminata en soledad. Al mismo tiempo a la distancia, la acompañaban Emilio y Sounder en trabajo de guardacostas. Janett, era un espíritu libre que recorría todas las partes del reino como si fuera la palma de su mano haciéndose guía. Ella reconocía cada lugar con excelencia mientras filosofaba por los caminos dispuestos. La mañana era fresca y el pasto se había asentado a la perfección después de los tiempos difíciles.

Janett no hacía más que redimir los recuerdos pesados de su mochila interna, y quería seguir con la premura de sus avances, sin detenerse hasta alcanzar su objetivo. Quería llegar a la fuente de los deseos.

—Sounder —susurró Emilio—. ¿Qué te parece Jane ahora?

—¿Por qué pregunta eso…? —dijo apenado. Emilio, dio una corta risa y supo que no entendió.

—Lo que trato de decir es, ¿cómo ves su vida en este momento?

—Oh… —se tomó una pausa y respondió sin tardar—: En una desolación infernal, una guerra de ansiedad y un pasado destructivo.

—¿Eres poeta? —le dijo Emilio con seriedad. Sounder, esbozó reniego de inmediato.

—¡Caballeros! —vociferó Janett hacia los alrededores, haciendo referencia a sus hombres—. ¡Deberían dejar de cuchichear y seguirme! ¡Los espías dejaron de funcionar hace siglos!

—Nuestra misión es cuidarla —aclaró Emilio.

—Por eso mismo puedo saber dónde andan, porque la naturaleza que pisan también sabe hablar y mejor que muchas personas.

A una distancia sensata de ellos, se vislumbraba a una pobre salamandra corriendo con afán, queriéndose encontrar con la princesa para soltar su última información. Sounder y Emilio la vieron con cautela. La prudencia era el pan de cada día en el Olivo, y por eso, era raro observar a cualquier miembro de fuerzas corriendo sin ninguna razón. Nada sucedió, hasta que la salamandra se plantó de cara a Janett, comenzando a respirar con agitación para reponer sus esfuerzos. Emilio y Sounder, la pasaron por alto.

—Salamandra Karina, ¿qué tiene para decir? —Janett reconocía los pasos de muchos de sus elementos.

—Princesa Jane, le buscan a la puerta.

—¿Quién podría venir a interrumpirme? Mis padres están aquí y no tengo amistades más allá de estas murallas.

—Es un príncipe, creo que le conoce muy bien.

Janett, se mostró sorprendida y desconfiada, mientras Emilio reconoció con entereza las palabras de la salamandra. Emilio asintió

con determinación, recordando al único personaje que consideraba digno de sufrir en una paila con el agua hirviendo.

—Así que vino ese desgraciado… —dijo con creciente rabia. La salamandra se pensó lo peor, pero no por la falta de aire, sino por el exceso de nervios.

—Perdona —reiteró Janett, queriendo calmar los ánimos—. Dile que espere en la puerta, ya le atenderé cuando tenga tiempo.

—Dice también que, si no sale, la esperará toda la vida afuera hasta morirse de hambre, y repitió en varias ocasiones que era una muerte digna para él.

—Vaya, no creía que los estúpidos en gala fueran tan extremos —dijo Janett, sin despeinarse. Sounder la escuchaba aterrado, le parecía grosero que se expresara así ante la imagen de tan formal caballero—. Muy bien, dígale que aguarde, ya iré en brevedad de cantares —La salamandra asintió y se marchó con obediencia. Pronto, Emilio y Sounder, se acercaron. Janett les esperó con ganas de recibir consejo. Sin embargo, apenas llegó Sounder, no aguantó tantas palabras irrespetuosas por parte de la princesa.

—He de disculparme, princesa Jane, ¿por qué se dirige con tanto odio a tal honroso caballero? ¿No le agobia el alma o la culpa al reconocer que se equivoca?

—¿Le dices tú o le digo yo? —le dijo Janett a Emilio, con risa caucásica.

—¿Desconozco de la verdad? —interrogó Sounder, queriendo evitar un conflicto. Emilio conservó el silencio y dejó que Janett contestara por instinto.

—Se quiso aprovechar de mí —expresó, decepcionada—. Porque siempre hay hombres que no saben esperar los tiempos, también pensé que un último intento con alguien… valdría la pena —se lamentó.

—¡Me disculpo con amargura! ¡Y si hay ocasión de muerte para mí, la aceptaré sin lamentarlo! ¡He cometido sacrilegio! —gritó Sounder, apremiado en el tormento de haber sido infinitamente imprudente. Emilio consintió admiración por su tendencia suicida y Janett se alertó al segundo.

—Ni se te ocurra pensarlo, es que no pensé que fuera a hacerme eso. ¿Te agradaba? Es un cerdo de primera clase, no tengas ninguna duda —repudió con fiereza. Sounder seguía abatido y con cara de mil pesares, porque sentía con rigor que merecía escarmiento a pesar de que Janett hubiera establecido misericordia. Emilio, con rapidez, consoló a su amigo de armas diciéndole que no le prestara atención a las nimiedades. Luego de eso, Janett dictó otra importante orden.

—Pueden irse, yo daré mi presencia para responder al príncipe de los cochinos.

—Refuto *ipso facto* —aseveró Emilio, más serio que nunca—. No la dejaré sola de nuevo ante un hombre irrespetuoso.

Sounder, también presentaba reflexión y complicidad con el decisivo Emilio.

—Yo puedo sola, no tienes que preocuparte por mí. Además, tengo la vigilancia de mrs. Arismendi y Gilma, y un sinfín de protectores merodeadores.

—Es un príncipe que ha participado en guerras, es de cuidado.

—Jamás volverá a ponerme un dedo encima, ¿acaso quién crees que soy? Tienes mi palabra, y la mía vale.

Emilio, aceptó muy insatisfecho y Sounder se conservó tibio. Janett, en cuestión de minutos, fue partiendo hacia la gran puerta para reencontrarse con el príncipe.

(…)

La reina caminaba de puerta en puerta por los alrededores de su torre fortificada, donde siempre se mantenía voraz como una hiena. Pronto le sobrevino una noticia desagradable.

—¡Reina! ¡Han expulsado al protector Cristensen del reino! —le notificó un protector chismoso.

—¿Quién cometió semejante agravio? —preguntó molesta, no se lo perdonaría a la persona que lo haya hecho.

—El rey.

—Oh, fue Sabrino… —dijo aplacando su furia, y sentándose en una silla, se amilanó. Sabía que no podía hacer ningún reclamo—. ¿Por qué lo ha hecho?

—Se cree que por una falsa acusación que no se pudo perdonar y que fue imposible de conferir a juicio.

—Bien, entiendo. Si tiene más noticias… por favor, venga.

Después de ello, la reina quedó en un mar de pensares, y se contaminó de incertidumbre. Sus maniobras del pasado la tenían en un revuelo de chispas, y luego lo volvió a repensar creyendo que alguien había ventilado su plan magistral. Incluso, intentó tomarse un vino, pues la bebida era su mejor aliada para enfrentar sus propios demonios, ya que el espíritu de la embriaguez le entregaba tranquilidad. Luego, de forma desconcertante, empezó a hablar sola:

—Jane… tal vez he sido mala contigo, pero deberías de entender que busco protegerte de hombres… que atentan —admitió encogida de hombros mientras meneaba su copa—, con tu cuerpo y desean usarte. Porque así son todos, vienen… hacen lo que quieren contigo, y se van. No me ha pasado, querida —aclaró, medio sobria—. Sabrino ha sido bueno, pero a ti te podría pasar… ¿Cuándo entenderás a tu

madre, hija?

La reina dio un sorbo a la copa y el líquido se le quedó trancado en la garganta. Inmediatamente empezó a cuestionar su vida y el porqué había sido tan mala con su niña, pero no sintió más remordimiento que aquella zozobra, porque le había pasado el vino, y continuó con su contrato indefinido de abominable maldad.

(…)

Janett, salió dispuesta y serena a verse con el príncipe Calvert, que estaba arrepentido y con la cabeza sobre la tierra, sosteniendo un sombrío ramo de flores que había traído en compensación de sus querellas.

—¡Jane! ¡Ha sido correspondiente de mi dolor! —expresó el príncipe, arrodillado. Mrs. Arismendi y Gilma le veían con suspicacia —. ¡Gracias eternas!

Calvert se quiso acercar a Janett para darle un abrazo, pero apenas lo intentó, Janett lo detuvo:

—¡Ni se acerque! ¡Quédese ahí mismo, hombre! —gritó Janett, sin compasión. Calvert enmudeció—. Solo vine aquí para decirle con una absurda amabilidad, que no vuelva jamás. Lárguese.

—Pero no sea así conmigo… —lamentó con angustia —. Le traje flores.

—Puede metérselas por donde no le quepan, ex caballero —dijo áspera. Mrs. Arismendi, casi cometía el error de reírse, y Gilma recrudecía su boca, conteniéndose con gran esfuerzo.

—No tiene por qué ser tan difícil… podemos hablar, lo del pasado fue un error que no volverá a suceder hasta que usted lo permita.

—Así es, no volverá a suceder, ya lo ha dicho —dijo con la verdad —. Debería mejor agradecer el gesto de respeto que tengo en honor al príncipe Sauberio, de no responder por las vías que tengo disponibles para actuar. La misericordia es mi ley, pero a veces hay personas que no merecen ni morir.

Calvert bajó su cabeza, se le veía derrotado. A pesar de ello, intentó expresarse con lo que pudo.

—Yo quiero un futuro con usted. Si hubo más de un beso… fue porque existió una llama. Debería darme una oportunidad. No sé qué más tendría que hacer, porque siempre la he esperado con paciencia, solo fallé por error de mis manos, producto de su irresistible encanto.

—Las manos son una extensión del cuerpo, cuerpo que es suyo, por cierto. No hay errores, el que lo hizo, volverá a hacerlo cuantas veces quiera.

—Hice de mis sueños los suyos, y los míos son los que usted tiene

y anhela… —señaló desviando el tema. Quería, a toda costa, hacer entrar a Janett en un buen recuerdo; sin embargo, el tiempo se le había agotado hacía mucho, pues Janett ya había pasado la página final de la historia entre ambos.

—Calvert, usted me prometió un país… pero yo no deseo eso. Mi anhelo es tener el mundo y caminarlo con mis pies mientras veo con las luces de mi alma. Lo lamento, pero no soy quien busca... porque espero a que alguien tenga una luz en la ausencia, esa es la verdadera dádiva que necesito… a alguien, que me entregue su visión para ver el mundo con él… —Cuando dijo aquello, recordó a aquel hombre que le dijo hace años que le regalaría sus ojos para que viera, y le invadió la tristeza como un pingüino abandonado. Pero no se dejó amedrentar más tiempo por la memoria y prosiguió—: Yo no quiero vivir en un trono, ¡quiero unos ojos que me enseñen el amor! ¡Usted no los tiene y nunca los tendrá!

Calvert, escuchó aquello con infinita tristeza y dejó caer el florero de margaritas que tenía a su costado. Janett no dejaba de pensar en él, y se entristeció por haberse confundido con alguien que había sido el perfecto ejemplo de lo que no era el amor.

—Discúlpeme —lamentó Calvert, con sinceridad. Humedeció sus labios impotente y enlagunado, y siguió—: A veces los errores… son finales sin retorno. Espero su perdón.

Janett sintió pesadumbre, incluso pensó que se había propasado, pero no desistió de rememorar la asquerosa escena que había vivido con él. Jamás lo perdonó. Calvert, tomó la mitad de las flores, algunas ya rotas, y se marchó para nunca volver a pisar los territorios del reino del Olivo.

(…)

El rey se contempló en solitario a través del majestuoso espejo de quince metros que retenía en su habitación de reyes. Al mismo tiempo, se colocó una diadema de platino, encendió un cigarro clásico y se vistió con una túnica roja adornada de gloria. Reflexionó sobre sus diversas dificultades, y salió de su prestigioso palco con una misión muy importante: hablar con el amor de su vida, la mujer que había destrozado su reino y también masacrado el corazón fruto de su pasión pasada, el de su hija.

Capítulo 60.

El aclamado y venerado Sabrino Lanchester, era un hombre de gustos refinados e incontable poder, pero a pesar de su posición, nunca había perdido la modestia que lo caracterizaba desde el inicio. Era tan solo un joven soñador de los suburbios abandonados del otro continente, y un caballero de batallas postergadas, que estaba cansado de sufrir atropellos y humillaciones debido a su ascendencia aborigen en las colinas africanas. Después de vivir tantos episodios de sufrimiento, decidió, en lo pronto de su juventud, crear un lugar maravilloso, alejado en la medida de lo posible de las diatribas del mundo. Así fundó una numerosa asociación de hombres deseosos de forjar un futuro con trabajo estable, y en menos de lo que creyó, logró construir un imperio de cuarenta años.

El tiempo pasó muy rápido, y al invocar desde un inicio la justicia que conocía desde el principio, supo en la bondad de su corazón, que se había enterado de la absoluta verdad a oídos de su hija, y se disculpaba en silencio con un fervoroso arrepentimiento por haber estado lejano durante tantos años.

También se dio cuenta de que Claude Rivarola, en realidad, era un muchacho que peleó con dignidad contra un imperio que nunca le respetó, y porque desde su energía y derroche de bondades, era envidiado por el resto con ferocidad.

El rey, sopesó aquello confuso y ensimismado mientras se dirigía al encuentro con la reina. A medida que se acercaba, un odio implacable se apoderaba de él. Porque, a pesar de que había construido el reino gracias a su incansable labor, su acompañante, esa maliciosa mujer que había conocido cuando ya estaba laureado y condecorado de forma internacional, era un ser de fina estirpe que gustaba del poder. Ella era la principal responsable de que su hija estuviera desamparada como un barco en un siniestro inevitable.

Cuando lo volvió a pensar, descubrió que ya tenía la puerta al frente. Ni siquiera la tocó, solo avanzó con el peso de su autoridad, pues su nombre era suficiente para decidir lo que quisiera en cualquier momento, siempre y cuando su corazón estuviera alineado con la facultad idónea de ser un hombre justo. Era un humano común y vulgar que bien podía equivocarse, pero en aquella instancia, reconocía con entereza que no había sido así, porque su adorada Jane, le había abierto el alma con lágrimas de desilusión.

—Sabrino, ¿por qué no tocaste? —dijo la reina angustiada y temerosa, no entendía la venida de su poderoso esposo. Estaba sentada en uno de los muebles para descansar al tiempo que se hallaba a centímetros de tomar otro trago.

—El reino y todo lo que le rodea es mío en autoridad, hasta las

personas que yacen aquí. Puedo avanzar mil veces si así lo requiero, y sin previo aviso.

—Nuestro querido. Nuestro —dijo con sonrisa de complacencia. Quería beberse un sorbo de whisky.

—Mío —reiteró el rey, decidido. La reina había quedado suspendida en el aire, abrumada y confundida. Después de su implacable respuesta, no logró tomar la copa.

—Sabrino… ¿Sucedió algo?

—Todo ha ocurrido, de manera personal… contigo —El rey se mantenía de pie, imperturbable y directo, sin distracciones. Era un espantapájaros en el terreno acomodado de la reina.

—Si puedo reivindicarme de inmediato, tomaré esa opción —consintió, enfrentando sus errores con maestría, e incluso con un toque romántico y despiadado; sin embargo, el rey estaba sumido en una ira interna que ya no caía en juegos de trampa y manipulación.

—No hay forma de solventarlo, porque has cometido una profanación contra mí y mis mandatos, ¿cómo puedo confiar en una mujer que me hizo echar como un perro herido, a un pobre inocente?

—¿Quién te dijo eso? —expresó, impaciente. Había entendido el aviso del protector—. Quiero decir, ¿quién diría algo así? —replicó, tratando de desentenderse mientras libraba los cabos sueltos.

—Si querías seguir siendo reina, solo debías decirme, para así ser una buena gobernante. Pero no haciendo acciones tan infames contra Jane.

—No entiendo —respondió la reina con falsedad, intentando una defensa desesperada que sabía que ya era inútil.

—¡Deja de hacerte la sinvergüenza! ¡Sabes muy bien a qué me refiero! ¡Querías seguir siendo reina por encima de los deseos de Jane!

—La protejo.

—Nunca supiste cómo hacerlo… —admitió con dureza—. Y has superado con éxito el límite de paciencia que contenía mi amor por ti.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó, aterrada.

El rey, cambió su rostro con labios indignados e insaciables de querer enseñar su eterno disgusto. No se contuvo en ningún instante, pues quería desenmascarar al verdadero monstruo que tenía en su hogar de murallas. Estaba decidido en poner fin a los karmas acumulados y a ejecutar el golpe final para la posteridad.

—¡Porque siempre fuiste tú! —La señaló con el dedo en total desprecio mientras respiraba con temblor para reponerse. La reina abrió los ojos sorprendida ante sus palabras—. La que destruyó los hermosos prados que rodeaban al castillo, la única culpable del día gris, la mujer que expulsó a la calidad obrera y trabajadora de nuestra nación, que siempre cargaré con pesadez en el corazón… al no

devolverles tanta entrega y dedicación —expresó iracundo—. Incluso has arruinado nuestro reinado y la poca aprobación que teníamos en el Collado. Ya nadie nos respeta por tu espantosa gestión, porque también eres incapaz de hacer eso y, además, arrebatas el único amor que sentía nuestra hija por alguien que decidió, en el gran temor de su falsa acusación, abandonar su corazón antes que dañar a alguien que nunca lastimó.

La reina, le escuchó postrada e irrebatible, y empezó a sentirse mal para sus adentros, ya que había pasado mucho tiempo desde la última vez que recibió un reclamo tan enérgico. También experimentó una congoja implacable y no podía creer lo directas que eran las palabras en relación a lo que estaba escuchando. Apenas se hizo consciente del gran daño que había ocasionado.

» Parece que no sabes amar a nadie —afirmó el rey, con dolor en el pecho—. Aquel muchacho… pernoctó su vida a recibir desdichas que no merecía vivir. Es increíble que un chico quiera más a Jane que la propia mujer que le dio la vida, a alguien como nuestra hija, a nuestra maravillosa Jane… Darlyn, das vergüenza.

—No, yo jamás le haría eso —renegó, irracional.

—El exceso de poder te tiene en la mierda. Eso es lo que tienes en tu cabeza —admitió, sin lamentarse. La reina no se defendía, simplemente escuchaba mientras cubría su raciocino para recibir menos quejas. Estaba enloquecida de pensamiento.

—No seas grosero. ¡Respétame! —expresó como pudo en una fingida indignación.

—Si Jane se enamoraba y contraía matrimonio, sería reina por decreto... Fuiste tan atroz, pero tanto… —dijo mirándola con desprecio y odiando lo que decía, porque era la furia de la verdad—. Que te atreviste a eliminar a un gran hombre que la pretendía, ¡por tu maldita codicia de seguir siendo reina! Qué decepción.

—¡Basta, Sabrino! ¡Todo es mentira! ¿Quién te tiene así?

—¿Quién más ha de tenerme así? ¡Me utilizaste como un pobre imbécil a tu antojo! Tu historia, ese chantaje abusivo de los protectores que fueron heridos, todo ese estiércol de proporción colosal y aberrante. Fuiste tú… ¡con tus estúpidas teorías y presentimientos inventados para el mal!

—¡Soy humana! ¡También me puedo equivocar!

—¿Tanto? No seas insolente… —renegó, caminando hacia un costado—. ¿Cómo destruyes el amor así? ¡Darlyn! ¿Cómo demonios es posible que escribas una carta y la envíes para arruinar un amorío de juventud? Ahora… —se calmó como pudo—, mi afecto hacia ti se ve arrebatado por la violación de mi nombre… salvajemente manchado, ultrajado y manejado para tus propósitos egoístas.

—No sé qué decir… Sabrino —dijo mostrando un poco de culpa en

rigurosa cerviz, pues apenas le calaba el peso de su maldad.

Pronto, en una inesperada reacción, la puerta de entrada se abrió con estruendo. Alguien entró sin ser invitado, pero tampoco necesitaba presentación.

—¡Yo sí sé, madre! —El rey volteó sorprendido al igual que la reina, y quedaron aturdidos al observar que era Janett. Había escuchado la conversación a través de la rejilla agrietada que tenía el madero de la puerta.

—¿Desde cuándo estás ahí? —preguntó la reina, con disgusto.

—Lo suficiente para saber quién eres.

—Vete, hija. Esto es entre tu madre y yo —dijo solemne.

—Madre… —expresó Janett, con la voz quebrada—. ¿Esa carta que me leíste de Claude… también era falsa? —La sintió con el ardor del espíritu y con la ira de las verdades ocultas, más por su corazón que se espesaba en aquel momento, como un corrosivo infierno de miserableza. No se merecía vivir en la oscuridad de lo que no podía ver más allá de sus párpados cerrados.

La reina, simplemente bajó la mirada y no dijo nada, pues había perdido la capacidad de articular una defensa a su favor. Y con su mismo silencio, lo respondió todo. Janett quiso llorar, pero haciendo caso a su padre, salió corriendo como paloma herida, impulsada como una bala de cañón, entregada a la resignación de irse. No quería escuchar más, ya que el dolor se había convertido en su segundo apellido, uno que la empujaba a desaparecer del mundo cuanto antes.

El rey había permanecido en silencio durante varios minutos mientras la reina lo miraba con ojos vidriosos y lágrimas secas, angustiada ante el deseo de no querer más alboroto de letras hirientes; no obstante, el rey estaba con el corazón en vilo, apoyado en el interior de una mesa de tres patas, que caería más temprano que tarde en el tropel de su furor. Sentía una sed de justicia tan grande, pero tan formidable, que no había concebido con antelación que estaba a punto de desencadenar, con una atragantada exactitud, una verdad que le nacía por debajo de la fundación de sus carnes.

—El amor toca más a la puerta de los malos porque es justamente lo que ellos necesitan: más amor, para despojarse de su maldad —sentenció—. Pensé que funcionaría contigo, pero no… fue una utopía soñarte vestida de blanco, porque no eres un ángel y jamás lo serás. El negro te luce, es digno para tu maldad.

—Tampoco deseaba ser uno —dijo sin lamentaciones ni nada que perder.

—Por eso eres una infeliz, una hermosa e impresentable infeliz señalada como mi esposa. Ya no reconozco a la mujer que me enamoró desde un principio, porque ha desaparecido y ya no quiero verla nunca más en mi presencia. No la deseo más. Así que puedes

irte a tu adorada Europa o al quinto metatarsiano del infierno, ¡pero déjame en paz! Que si mi hija me repudia y ama a medias, es por tu maldito deseo de tener este reino solo para ti.

—Sabrino… —suplicó de sufrimiento, le dolió que le dijera aquello.

—Te lo entregué antes, era tuyo y lo mandaste al carajo —expresó, dolido—. Perdónate a ti misma y a Jane, porque estoy harto de tus fallas, harto de tu basura de decisiones que lo único que han hecho… es arruinar mi vida. ¡Lárgate de una vez! ¡Porque he hablado como un rey, y rey que habla es palabra que se cumple sin tardar!

La reina tomó la copa con avidez, ya que era lo único que quería poseer entre sus manos. Miró con agudez hacia su gran amor y con la mirada reconoció su error. Le resultaba difícil enfrentarse a una solución, pero finalmente se marchó con un peso en el corazón. Pero antes de salir, el rey le ordenó:

» Hablarás con Jane como te dije y resolverás esto si no quieres salir del castillo y enfrentarte a la corte. Te había perdonado y me juraste que no volverías a fallar. Lo hiciste sin dudarlo. Además, cuando ese joven regrese aquí, le entregarás una carta de disculpas adecuada y te excusarás por el daño causado. Y lo harás, porque si no, firmaré el divorcio hoy mismo y me importa una mierda la opinión del mundo. No toleraré a gente falsa en mi corazón, llena de avaricia por tener una fortuna que siempre tuvo gracias a la suerte.

La reina asintió dando un imposible trago a su whisky, se limpió una lágrima que cayó de su empedrado aspecto y salió con la cabeza en alto. Sabía que había sido derrocada sin piedad ni botín de consuelo para calmar su sed de poder, ya que había dejado de ser reina por primera vez.

(…)

En aquel día, habían transcurrido casi tres años y un poco más de dos desde la última vez que Claude había pisado el césped de inefable belleza que rodeaba al Olivo. En ese largo periodo, Claude y Janett, se habían distanciado y dejado atrás como dos almas sin fortuna que no tenían la oportunidad de un amor feliz, pues la franca herida de su pasado, se les aparecía en el desvelo de sus recuerdos. Nunca se superaron en realidad. Sin embargo, lo imposible estaba por venir, y eso era lo misterioso y enigmático del destino de sus desordenadas vidas, que siempre había tiempo para algo más.

Janett, había abandonado la habitación de sus padres en incontables lágrimas, afuera le acompañaba Sounder con una lealtad incorruptible. ¿Qué le ha sucedido, princesa? —dijo preocupado al verla, sabiendo que la había pasado terrible.

—Caballero… ¿Cómo vuelve alguien que no volverá más? —preguntó abatida y deseosa de respuestas que no serían respondidas con la verdad.

—No tengo contestación a su contradicción —aseveró, correcto—, pero si desea… mi hombro es un buen acabado de lágrimas.

—Sí, ya sé que él no volverá, no tiene que repetírmelo —meneó la cabeza de arriba abajo, desganada, mientras se acercaba a Sounder y pretendía desprenderse de varios lamentos en libertad. Emilio se había ido minutos antes para la gran puerta de entrada por un llamado urgente de las salamandras. Sounder, ya se había enterado de la última buena nueva de procedencia del mismo caballero de oro.

» Quiero irme de aquí y volar en un sueño incumplido —dijo con libre albedrío—. Acompáñeme a caminar, al menos el aire puede ablandar este ardor en el pecho que tengo como supuesto corazón, que, en algún tiempo, supo amar.

—Sus órdenes siempre serán cumplidas… solo debe esperar un poco más —expresó Sounder con sonrisa de confortación, cuando Janett se apoyaba de su mano para salir de ahí.

Pocos minutos fueron suficientes para saber lo que se sentía en el aire, porque luego de innombrables peripecias, el atardecer se apareció en medio del vasto verdal que rodeaba a propios y extraños en el país de los deseos; porque si algo de especial tenía el país, era de ser el lugar donde cualquier anhelo guardado con recelo, podía hacerse una agraciada realidad para el soñador de las tristezas. Y porque también, alguien muy diferente, se estaba apareciendo a simple vista. Sounder, quedó perplejo al observar aquello, todo había sido muy rápido.

Y lo era tanto, que cuando lo escuchó por primera vez, no se lo creyó. Hasta por fin admirar la gentil creencia del caballero Emilio, que venía en galante acompañamiento, y en vivaz silencio, al lado de aquel hombre de infinita espera. Esbozó una sonrisa de perpetua gratificación y se contentó con grandeza al verle repuesto de pies a cabeza. Era Claude.

Emilio, que estaba sentimental junto a él, supo de la inesperada venida gracias a la carta del rey. Ese fue el motivo de su llegada.

Al acto, se plantó al frente de Janett, a tan solo dos metros de distancia. Era una hermosísima escena, custodiada por dos espectadores acorazados, los mismos que se morían de amor como sencillos seres humanos, tan románticos y melancólicos como cualquiera. Emilio mantenía los ojos húmedos al ser copartícipe de aquel encuentro entregado por el destino de los amores en pausa y siempre en espera… por un nuevo reencuentro.

Claude veía a Janett con el corazón estático, tímido e introvertido, como si se le hubiera olvidado amar a propósito. O tal vez, que quizá

renacía de nuevo por el inesperado comienzo de un acostumbrado brote de sudorosos nervios, pues fue incapaz de decir algo ante la negativa del alma, de resignarse a lo que recibía de sus fantasiosos ojos de joven optimista.

—No volverá… —expresó Janett hacia el cielo y con el corazón roto, y sin embargo, Janett no entendía por qué Sounder se había helado. Se mantuvo distante y firme de pensares, porque, aunque reconoció con facilidad los pasos de Emilio a lo lejos, su energía, timbraba con especialidad al escuchar los de aquella otra persona que lo acompañaba. Le parecían familiares en reserva, porque eran como una apertura de puertas, como si de su espíritu recibiera varios toques selectos, muy específicos y escalofriantemente amorosos. Pronto sintió una repentina ausencia de aire que la hacía respirar con dificultad, porque desde el fondo lo descubrió. Remojó sus labios sin más... Y lo había reconocido: aquel nerviosismo, aquella emoción de niño… y no se lo pensó ni tres segundos para lanzar el nombre que se le vino al recuerdo. La sorpresa, se había vestido de vieja amiga.

» Claude… —dijo temerosa e intrigada—. ¿Eres tú?

Janett, se acercó lentamente hacia la fuente de aquella inolvidable esencia perfumada. El viento era un soplo impertinente, parecía hasta estorbar, y el sonido de las aves desaparecía en la copa de los árboles. Los Olivos eran de veraniego y sin aspiración de cantares, y aunque no había más que un riego de sensaciones encontradas por el suelo, de inmediato le tocó el pecho con sus manos. Luego, con más dudas que certezas, puso su oído en el centro del pecho y escuchó los desesperantes latidos de un hombre que nunca dejó de amarla… porque ya había vuelto por ella.

» Sí —le respondió con los párpados llorosos—. ¡Sí eres!

Janett, rauda y absorta, se alejó confundida por el cúmulo de impresiones, y le preguntó con cuestionamiento:

» Claude. ¿Por qué tardaste tanto? ¿No te dije que te marcharas apenas lograras recuperarte? ¿Estás bien? —dijo preocupada, estando por encima del desborde emocional que implicaba encontrarlo, porque lo primero que le importaba era saber si estaba regenerado.

—Sí —dijo en plena paz—. Me recuperé muy bien y te debo las gracias —reiteró con la mirada agradecida hacia su gran amor—. Pero dejé algo muy importante que no me ha hecho sentir completo desde hace un tiempo. La verdad… nunca me recuperé de eso.

—¿Qué cosa dejaste aquí? —preguntó con el alma queriendo escapársele del cuerpo y con el resto del amor que le sobraba de sus entrañas. Varios pájaros desfilaron por los aires canturreando en armoniosa melodía, y el sol estaba en la puesta más agraciada e imponente, dentro de su efímero atardecer.

—Mi corazón —dijo sonriente y sensible—. Se quedó justo aquí, la última vez que te vi.

Janett, sonrió complacida y en corta algarabía, pronto empezó a reírse con encanto mientras bajaba el rostro y se moría de la vergüenza por haber escuchado tan hermosas palabras. Luego, volvió a elevar la cara y sintiéndose cerca de él, con despacio y en soportada conmoción, se fundió en un largo y extendido abrazo junto a Claude, como nunca antes. Y en indescriptible emoción, volvió a llorar de alegría como la pequeña bebé que había encontrado lo que estaba buscando desde el comienzo de su vida: un acompañante de aventuras.

Claude, al mismo tiempo, asintió maravillado en profunda sonrisa de amor, y depositó incontables besos en la frente de Janett, y no se lo creía todavía, en realidad no sentía que besaba su dulce y delicada piel, pero cuando comenzaba a hacerlo en la interminable caricia de sus almas; el tiempo le decía que «sí» con mágica insistencia. Porque sobre el amor había cosas raras y encubiertas, pero siempre, persistentemente, aparecía en el momento más impensado de todos, justo después de agotarse el total de las esperanzas.

Emilio y Sounder veían deslumbrados, en especial Sounder, aunque la verdad era Emilio el que lagrimeaba entretanto alzaba un infantil puño de victoria desde un costado, reconocía que lo de ellos jamás se iba a perder ante el ataque de las maldades. Sounder, estuvo a punto de llorar, pero no lo hizo por respeto.

—Caballero Sounder —le susurró Emilio al compás que se limpiaba las lágrimas—. Vamos, hombre, ¿no vas a hacerlo en este preciso instante? ¿Me dejarás solo con esto?

—Los hombres también lloran —respondió resuelto y complicado de palabras, pues le costaba hablar por el conmovedor encuentro—. Pero no sé si los caballeros, señor.

—¿Usted no se enamora? —le preguntó picarón. Sounder, era invariable sin contar que llevaba una vida muy privada y en cordura, tal cual como los antiguos caballeros de la Caledonia.

—La mujer de mi vida vive en mi corazón desde hace cinco años —expresó, agradado—. Contengo el amor necesario en el espíritu.

—¿Ella murió? —dijo amilanado. No se imaginó haber hecho una pregunta tan imprudente y pasada de revoluciones.

—No —sonrió con regocijo—, aún perdura en mi memoria, porque lo que he de distinguir entre dos seres increíbles como Claude y la princesa Jane, me ha inspirado a la liberación del amor real. Existen lazos eternos que perduran hasta el más allá.

Emilio, tocó el hombro de Sounder y le sonrió con pesadumbre y desasosiego, no había tiempo para tristezas, porque por fin la futura reina se reunía con el amor y hombre que la había luchado para todos

sus días, y que jamás dejaría de hacerlo, porque finalmente nunca más se iban a separar. Estaban destinados para siempre.

Capítulo 61.

Nuestro amor había brillado en la oscuridad. En etapas largas y cortas se escondió, pero jamás murió, porque siempre retornaba al punto de regreso. Aquello había sido lo último que Janett escuchó en mi acción de palabras prometidas, y solo podía pensar en cumplirle hasta el último día de mi vida.

Cuando abrazaba a Janett, lo hacía con tanta fuerza, que se me escapaban todos los recuerdos difíciles en un abrir y cerrar de ojos. Más en los del día anterior, en mi inaudito viaje de regreso al Olivo. Me había estremecido por el mensaje del rey, porque en aquella carta, indicó que jamás envió una a mi nombre. Aclaró que las cartas pasadas eran falsas y hechas a manos de la reina. Se sintió avergonzado e indignado, y anhelaba mi regreso lo antes posible.

Sin embargo, lo que más me dolió después de recibir el telegrama, era saber que papá me esperaba para ir a buscar el puesto desocupado y así ser el coordinador de operaciones del Doradal. A la hora, le aseguré que no podía ir, y él quiso conocer la intención de mi enloquecimiento, pues no se creía mi veredicto ni porque el mundo se acabara al día siguiente. Estaba dejando pasar a las mujeres más hermosas de la empresa y de la ciudad, como si fueran una caterva de corrientes infructíferas para un deseo que no quería en realidad. También estaba desechando la posibilidad de tener una vida estable, cómoda, con un sueldo que ponía a soñar a cualquiera.

«Papá, la señal que estaba esperando… —le dije temblando del miedo, tampoco reconocía lo que decía, estaba frenético—. Tengo que viajar pronto». Él me sonrió como un niño encantado de iniciar un juego de toma y dame, porque lo que hizo después fue sublime. Me regaló el boleto de viaje que tenía para regresar a Rumpler. Le había prometido a mamá, con el amor más grande del planeta, que se verían en noviembre. Mamá lo esperaba ansiosa luego de meses de espera, pero que encantado, rompía su promesa para cumplir la mía. Después me dijo que se iba a disculpar con ella por ser un pésimo esposo y comenzó a llorar.

«Mamá te ama —le dije con la verdad—. Eres su adoración, eso es imposible». «No lloro por tu madre —me explicó—, lloro de ti, y de tener la solución para ti en este instante».

No le había entendido en aquel momento, porque se avecinaba una reflexión muy grande. Mi padre, fue siempre un erudito infravalorado en el universo de las maquinarias, y lo bueno era que yo, como su hijo único, podía recibir su vasto manantial de sabiduría y párrafos de incontable saber.

«¿Sabes qué pasa con el amor? —me dijo en acicalada sonrisa—. Que sucede en el tiempo exacto. Su reloj es perfecto».

No sé por qué después el tiempo pasó como una avalancha torrencial, ya que estaba a punto de llegar a Rumpler. Mi corazón palpitaba sin tener de cerca al Olivo y de alguna forma curiosa, hasta casi conveniente, como si el azar fuera mi mejor amigo, sentía que mi propósito de vida estaba más seguro que nunca. No sabía ni tenía forma de comprobarlo, pero lo percibía adherido al cuerpo, sellado en el alma desde la franqueza y con una tinta imborrable para tontos en el amor.

Le había contado a mamá. La verdad no pasé mucho tiempo con ella, porque entendió lo de papá a la perfección y sin llorar. Una hora después, el poderoso Olivo me alumbraba el rostro con su gran puerta de entrada, aquella que recibía a la gente más increíble que existía en el mundo.

Lo que realmente me sorprendió fue el recibimiento de mrs. Arismendi, que acto seguido notificó a la otra salamandra para que anunciara mi llegada. Apenas estaba parqueando la bicicleta y no se había contenido para un acercamiento.

«Caballero Claude —me llamó, con admirable respeto—. Lo estábamos esperando. Sea bienvenido a casa». Casi saltaba de la alegría al escucharla y estimar con análisis que, mi vida, tal vez sí pertenecía al decorado de excelencia que yacía en el firmamento del Olivo. A los minutos observé al caballero Emilio, que me dio un abrazo, y luego dijo que Janett me esperaba con amor, ansias y el corazón roto, porque el sanador de su tristeza no había llegado. No le creí hasta tenerla frente a mí y llorar mientras nos abrazábamos, dejando atrás la desolación de nuestros corazones, para siempre.

—¿Por qué no habías vuelto? —me preguntó Janett, separándose de mis brazos. Tenía el alma dulce.

—Yo sí volví, y dos veces por ti —Janett, sonrió.

—¿Por qué no gritaste?

—¿Por qué lo haría? —le pregunté con curiosidad.

—Si lo hacías te habría escuchado… —se acercó a mi pecho de nuevo—. ¿Sabes? Puedo escuchar muy bien los sonidos. La ceguera no tapa los oídos. Me reí. Janett, era la misma de siempre. Qué placer tenerla a mi lado. Al instante, le dije algo más:

—Yo siento que me atravesaste el alma sin verme.

—¿De verdad? —dijo cautivada—. Pensé que en todos estos años me habías dejado a un lado…

—No, jamás lo hice porque siempre fuiste perfecta. En mi memoria fuiste ideal, porque te sentí de a ratos: no fue tanto para abrumarme, ni poco para olvidarte. Fue un recuerdo amoroso equipado con lo necesario para sobrevivir esos años sin tu presencia.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué cosas tan hermosas dices! —me aseveró al mismo tiempo que vivía en las nubes y volvía a abrazarme

con ternura.

—También sabía que la carta era falsa.

—¿Cómo? —preguntó, intrigada.

—No lo sé, pero en el fondo lo sabía y te seguía queriendo… de alguna forma nunca moría mi amor hacia ti. Además, sé que tampoco firmarías una carta como la princesa del Olivo, y menos como Jane, tú dirías que eres Janett, sin adornos ni galardones. Esa sospecha siempre la mantuve.

—Si siempre lo supiste… ¿Por qué no regresaste? —se había separado de mí.

—Necesitaba una excusa para volver —dije sonriente—. No podía dejar abandonados a mis padres y tampoco tus cariñosos protectores me dejarían entrar.

—¿Qué más excusa que cuidarme todos los días? —reclamó en forma de malcriada criatura, exigiendo caricias—. Eso era más que suficiente… —De nueva cuenta se había acercado para entregarme sus brazos en otra unión. Estaba encantado teniéndola, y me surgió desde el fondo del alma, declamar un relato:

—Lloraba en las noches amargas, recordándote, versando pesares y pasados de lujo. Recordando una historia transformada en el pequeño souvenir de un corazón embolatado. Pensé en el fin, que por fin es hoy, y no sé cómo estamos aquí… pero la verdad, siempre he pensado que el amor no es para mí. Pero te veo y me doy cuenta, en realidad, que en mis días no existió mejor y hermosa mujer… —La vi con el amor que le profesaba mi espíritu—. Que fuera tan hecha para mí…

—¡Sí, eres tú! ¡Eres tú! —dijo Janett entre lágrimas mientras me apretujaba más fuerte, no queríamos nunca soltarnos—. ¿Por qué tardaste tanto? —reiteró con duda, lo quería saber todo y el porqué de las cosas que no estaban sujetas al destino de lo que queríamos, pero que; de forma proporcional, fueron necesarias para alcanzar el momento que estábamos viviendo.

—Es una larga historia.

—Me gustan las historias, cuéntame, no me quiero perder un solo detalle —dijo como una joven enamorada de la vida y sus cuentos.

—Está bien —le dije animado—. Tu silencio bastará.

—Con tus palabras… ni toda la vida me alcanzará para bien —afirmó con una sonrisa todavía más grande que la mía.

(…)

Horas después, Darlyn recogía algunas cosas de su habitación y preparaba con pesar la mayor parte de su equipaje para irse. Janett,

apenas había entrado a la habitación sin necesidad de tocar la puerta y, sin tardar, recibió la disculpa de su madre. Claude se había ido con Sounder para hablar con el rey.

—Siento haber definido el dolor para ti, hija… —dijo apenada en gran medida—. Ojalá puedas perdonar a esta madre avergonzada.

—No sé qué pensar sobre ti, no puedo creer las cosas que hiciste. Se me hace imposible perdonarte ahora, así que tampoco esperes una respuesta en este momento.

—Todas las cartas que envié fueron hechas por mí… por si lo necesitabas saber —admitió, sin más.

—Lo sé, papá también lo dijo. No tienes que repetírmelo.

—Bien… —expresó afligida. Se le veía entristecida porque su falsedad se había esfumado después de hablar con el rey—. Cuídate hija, nos veremos luego… Darlyn, había tomado sus sobrios embalajes, y con su mismo vestido negro, decidió ponerse sobre la marcha. No obstante, Janett interfirió:

—¿A dónde vas? ¿Por qué esto parece una despedida?

—Me voy, tu padre me dijo que era lo mejor.

—No, tú no irás a ningún lado. Te quedarás aquí, ¿cómo se te ocurre desaparecer sola? Las afueras del reino son muy peligrosas.

—Algún lugar buscaré, es lo que merezco. Sabrino fue muy claro.

—¡Me importa un carajo mi padre! ¡Te quedas y punto! —sopesó rauda. Darlyn se sorprendió—. Y no te lo digo como una hija… es una orden, como futura reina. No te irás madre porque yo lo digo. Es mi decisión.

Darlyn quedó paralizada, nunca había escuchado hablar a su hija con tanta autoridad. De inmediato supo quién era la verdadera reina.

» Resolveré esto pronto. Sé que has cometido cosas espantosas, pero tampoco es para que te vayas. Si hay que pagar condena, según el rey Sabrino, será aquí mismo.

Darlyn, le sonrió con admiración por primera vez, y se dio cuenta de todo en aquel instante. Reconoció con culpa, que había sido una pésima madre que no merecía tener una hija con un corazón tan bondadoso y dispuesto a entregarse, incluso a aquellos que le habían hecho daño. Era para quitarse el sombrero ante esos pensamientos, y en una irreconocible humildad, la antigua reina respondió lo impensable:

—Está bien, reina Jane. Acepto sus órdenes con apremiante consuelo y… la espero impaciente.

Janett se asombró con extrañeza, porque su madre no era así, y sintió que había tocado fondo. Quiso abrazarla, pero se contuvo, ya que sus ganas de ser hija no pudieron primar por encima de la decepción. Luego, sin decir una sola palabra, Janett salió, entendiendo que todo lo que quedaba lo retenía entre sus manos.

Capítulo 62.

Sounder había abierto la gran puerta del palco principal mientras me dejaba a solas con el rey. Antes de irse, me aseguró que no me preocupara, ya que el rey esperaba mi venida con entusiasmo. A medida que me acercaba y veía su rostro, noté que estaba vestido de forma impecable, con su pintoresca y laureada fama de monarca. Me sentí intimidado como la primera vez que hablamos e incluso mi corazón se quedó sin palabras. Sin embargo, él cambió eso en cuestión de segundos.

—¡Joven Claude! —vociferó con extrema alegría, al mismo tiempo que bajaba de su trono dorado y me otorgaba un abrazo de perdón—. Sea bienvenido a su hogar, y permítame expresarle mis más sinceras disculpas por mis acciones pasadas.

—Muchas gracias, sr. rey —dije corto, no podía creer que semejante hombre me recibiera como un hijo. Todavía más con unas justificaciones inesperadas—. No es necesario que se preocupe.

—Dejemos las formalidades. Claude, me siento en una insondable penumbra ante usted. Ha sido formidable su respeto y hombría desde un principio, y le presento mis patéticas excusas por parte de un hombre que ha abusado de sus poderes con imprudencia. Estaba infundado con blasfemias, dentro de una tergiversación rapaz. Me siento muy disgustado por la forma como se contrastó todo.

Pronto descubrí al rey con la cabeza abajo, era impresionante. Era una imagen que solo podía observar y no lograba fotografiar, no había cámara para capturar tal epopeya. El rey seguía hablando y no dejaba de sorprenderme.

» Le admiro su deseo de poder reivindicarnos y hacer realidad mi invitación, es gratificante verlo para expresarle todos mis embargos. Es un honor.

—Sr. rey... creo que ha sido demasiado, no es necesario su arrepentimiento.

—Hábleme por mi nombre —reiteró confianzudo mientras tocaba mis hombros.

—Don Sabrino —le dije con máximo respeto, lo sentía como otro padre para mí—. Me hace sentir como un héroe y como el hombre más afortunado del mundo. Fue un error y si necesita mi perdón, ya lo tiene desde antes. Reconocí que algo ocurría y sabía que no era el culpable, y aunque costara... déjeme decirle que jamás tuve algún sentimiento de desprecio hacia usted.

Después de mis palabras, percibí que el rey estaba más ligero, como una pluma planeando por los aires del salón. Y quizás, comprendí, que no era el único que sufría del alboroto de los engaños. También había otros corazones que permanecían callados y se

liberaban de sus dolores gracias a mi llegada.

Las horas fueron pasando de forma paulatina. El rey y yo, continuamos conversando sobre diversos temas de legítimo interés. Era un personaje muy honorable y sin duda alguien preparado para entregar lo mejor de sí, con todas las letras disponibles de un abecedario. Mi temor desaparecía con la familiaridad que me entregaba y, poco a poco, la cabeza y mis ideas se convertían en aliados para conversar de forma genuina.

Luego, cuando me sentí realmente bien, me acordé de mi abuelo con sus grandiosos relatos y pensé que era el momento exacto para preguntarle sobre él. Estábamos sentados en el sofá de huéspedes, que también era muy cómodo.

—Don Sabrino —le dije, con deseos de saber—. ¿Se acuerda del señor, Susano Rivarola?

—Oh, ¿Susano? —expresó queriendo indagar por qué le hacía aquella pregunta de otra conferencia.

—Sí, era mi abuelo.

Abrió los ojos y cambió la energía de su rostro, le presentí desdichado y de manos atadas, como si tuviera algo que decir.

—Susano... ¿Cómo está él? —preguntó, preocupado y lleno de incertidumbre.

—Falleció hace nueve años.

—Oh. ¿Ha pasado tanto tiempo?

—No se preocupe —admití con agilidad—. La verdad es que me encantaría conocer su historia aquí… me contaba mucho sobre el Olivo cuando era un niño.

—Fue un trabajador insaciable —dijo con la mirada perdida, entre atisbos de nostalgia—. Uno de los mejores de este reino. Con tristeza y por problemas que se escapan de mis esferas, no pude ni fui capaz de otorgarle lo que merecía, al igual que aquellos setecientos cuarenta y seis caballeros de hierro fundido que construyeron este palacio de gloria. Es algo que cargo con mucha indignidad, pero puedes dar por hecho que mi propósito no ha sido diferente al de velar por los intereses del país y sus conciudadanos. Porque en la fortaleza del débil, está la garantía de un grande. Tu abuelo, sin prejuiciar de sus virtudes, fue un hombre excelso que mereció más —replicó seguro.

—Mi abuelo se fue rencoroso del reino e intenté entenderlo... Pero, ¿qué sucedió con él y los demás? ¿Por qué terminó mal?

—Cometí un error —aseveró—. Creo que fue el peor... porque hasta el día de hoy, me arrastró hasta este dolor. Dejé a la antigua reina como la gobernante principal del Olivo, mientras diligenciaba reuniones con las naciones del mundo. Cuando no estuve, el reino sufrió una terrible deforestación que casi devastó no solo al reino y sus alrededores, sino también al país entero.

—El día gris del Collado... lo recuerdo, los godines lo quemaron todo... —dije con memoria de elefante. En aquel día, como niño, recordaba cómo la mayoría de los árboles se convirtieron en cenizas, arruinados por los cielos ventosos.

—Sí... pero no es tan así —aclaró, inconcluso. Me había pasmado.

Al ser la última monarquía de América, hemos logrado superar la adversidad gracias a la intervención de hombres como Emilio y Sounder. También hemos logrado obtener la paz que estábamos esperando. Pero, como una piedra en el zapato, ha existido un culpable que hizo de la vida en el Olivo un completo martirio.

—Con su debido respeto, don Sabrino, ¿Fue la reina causante de todo eso? —pregunté impactado, me había atrevido a dar una posición impensable para aquellos tiempos, porque creía en mis energías de infante, que la reina era un monstruo espantoso.

—Sí, ella ha sido... —bajó la mirada con desaire y la elevó para continuar—. Nuestra gestión ha sido rescatable por parte de las asignaciones al paso de los años, pero desde aquel día tan nefasto todo ha sido difícil —enfatizó mientras se levantaba y se dirigía a tomar un trago de vodka—. En el Collado, muchos años fueron necesarios para obtener el perdón de todo ser vivo. La culpabilidad general recayó en una persona que, según las investigaciones, y de hecho fue lamentable haber contratado a Lovett para que descubriera lo que ya se sabía. Fue ella. Por ello, creo que el amor puede volverte un ser inerte y miserable, ciego, porque nunca quise creer lo que sucedió.

—Pero no entiendo... ¿Qué hizo la reina para quemar el reino? ¿Fue ella quien lo hizo?

—No, pero fue una orden —admitió, sin defenderla—. Darlyn, con su escasa sabiduría, decidió quemar algunos árboles para construir una estatua en su honor. Y la naturaleza le jugó una mala pasada, castigándola por su deseo de poder y por creerse la reina del mundo.

Lo había entendido, la mujer que intentaba arruinar el amor que tenía con Janett también fue la responsable de destruir incluso lo más profundo del Collado, todo para construir una imagen de adoración. Descubría al rey y le sentía un dolor muy evidente, la amaba y el aire le importunaba, pero continuó con la leyenda sin interrumpirse en ningún instante. Era un auténtico hombre hablando desde la percepción inclemente de su corazón devastado. No podía mentir.

» De forma sorpresiva y absurda, por razones equivocadas, hemos reforzado la seguridad. Luego se creó un cuerpo novicio de fuerzas, debes conocer bien a los protectores...

—Sí, casi me matan dos veces —dije irónico. El rey quiso sorprenderse, pero al mismo tiempo no lo hizo.

—Bueno, en los primeros años, defendieron con honor los

alrededores del reino de los intrusos que no eran otros que los godines, pero es una gran mentira, ya que solo roban pertenencias y cosas sin valor, no le hacen daño a la naturaleza ni representan una amenaza real. La verdad fue un autoatentado a nuestros prados, propagados por esa terrible mujer y su oscuridad.

—Me deja impresionado. Nunca pensé que una persona pudiera generar tanta destrucción.

—Lo peor no es eso... —me dijo con amargura—. Es la mujer de mi vida. Lamentablemente lo es, y por eso me disculpo contigo. También soy sujeto de mi desgracia.

—Don Sabrino, no ha sido su pecado... es un rey increíble.

—No deseo desprestigiar mi nombre y tampoco vanagloriarme, pero gracias... joven caballero —su rostro se iluminó con una tímida sonrisa. En ese momento, alguien abrió la puerta. Era Janett.

—¡Padre! —Había entrado, alertada.

—Hija... ¿Qué ha sucedido? —miré a Janett en silencio y me alegraba verla así, siempre tan activa y capaz.

—Mi madre no se irá a ningún lado, ¡ella se quedará aquí! —expresó con determinación, el rey se extrañó por sus palabras.

—Jane... tu madre se ha portado mal y no merece otra cosa que partir, ha sido mucho lo que hemos soportado y no es justo para el reino. Hay que cuidar a nuestros hombres y sobre todo a ustedes, que son el futuro de esto. O lo eran... me quedaré sin reina porque sé que tus sueños no pertenecen aquí... —dijo entristecido.

—Seré reina —expresó Janett, sin complicaciones. El rey y yo habíamos volteado a verla muy impresionados. No lo podíamos creer en absoluto.

—¿Por qué has decidido ahora serlo? ¿Qué te hizo cambiar de opinión? —reiteró abrumado cuando por dentro deseaba que no fuera mentira.

—Haré algo muy importante: dictaré decretos y nuevas normas, porque hay mucho que cambiar en este reino tan anticuado y de poco prestigio.

Cuando Janett terminó de hablar, me puse a un lado de ella y la tomé de una mano en frente de su padre. Ella, sonrió con la belleza que le adornaba.

—Te acompañaré en tu camino de reina... —le dije sonriente.

—Gracias —respondió. Después, decidí en mi escasa valentía, plantarle cara al rey y expresarle mis intenciones con Janett.

—Don Sabrino... le prometo que haré el mejor intento… —me interrumpió.

—La cuidarás, lo sé... Porque creo que no existe alguien mejor que usted, caballero Claude —afirmó de buen rostro y nació el silencio entre nosotros mientras lo veía admirado. Con aquellas palabras, sentí

su aprobación inmediata y quería llorar, porque era demasiado genial para ser real—. ¡Muy bien, hija! Será la próxima semana. Te concederé el reinado como la nueva reina del milenio.

—No digas sandeces, solo necesito serlo por unos días. Reina y listo, nada más, sin ornamentos —dijo desligándose de nombres propositivos y enaltecedores. Janett era impresionante, nunca dejaba de sorprenderme.

—Bien... confiaré en ti. Lo dejaré a tus manos.

—¿Y mi madre? ¿No dirás nada de ella? —preguntó, esperando resistencia.

—No... ¿Por qué? ¿qué diría? Si para mí, la verdadera reina ha hablado...

El rey estaba resignado a los deseos de su hija, y lo que más me dejaba perplejo, era que Janett, parecía que fuera la única mujer a la que todos le rendían respeto y obediencia. «¡Qué mujer, Dios santo!», pensé en la tónica de mi soledad. No quería despertar del sueño, la tenía conmigo y en mis manos en ese momento.

No supe cuándo pasó, pero Janett, de forma inaudita y hasta fantasiosa, se había convertido en la mujer de mis sueños y de mi vida. Una rara combinación para una utopía que solo unos pocos cumplían.

Capítulo 63.

Una semana después.

Siempre había regresado solo a casa en la mayoría de los días de mi vida, la única excepción era Travis cuando éramos niños, pero nunca había traído a una mujer. Mamá cocinaba y estaba abatida porque no aceptaba lo de papá. Sin embargo, le preparé una sorpresa que tampoco imaginaba.

—¡Mamá! ¡Adivina con quién llegué! —dije apenas al abrir la puerta. Ella, volteó sin mostrar sorpresa, pero una vez observó quién era, dio rienda suelta a la alegría como si el mundo fuera a terminarse.

—¡Princesa Jane! —exclamó—. ¡Tiempo sin verle por aquí! ¡Qué emoción! —concluyó al mismo tiempo que dejaba los quehaceres y tomaba sus palmas para acostarlas sobre su mejilla con excelsa ternura.

—El eterno gusto de estar aquí, es mío —respondió Janett, entusiasmada—. Le traje algunos regalos, todavía me siento apenada desde la última vez que vine y le quedé a deber.

Mamá, se había transformado en una bebé, y abriendo emocionada los presentes, me observaba con éxtasis. Se me vino al recuerdo la vez que Janett estuvo en Navidad y dejó la mesa llena de un montón de regalos increíbles.

Después de conversar con mi madre, salimos a caminar tomados de la mano por Rumpler, como aquel día imborrable de nuestras mentes. El día era diáfano y de pocas nubes. En nuestro dulce silencio, Janett empezó a decirme cosas:

—¿Te sorprendiste cuando dije que deseaba ser reina?

Me lo pensé un momento y respondí con la verdad—: Sí, porque dijiste que no querías serlo.

—Es mentira, no quiero. Pero las circunstancias me han obligado.

—¿Por qué? ¿Hay algo más que debes hacer?

—Sí… deseo demostrarle a mi madre de lo que es capaz mi corazón. No pretendo defraudar mi crianza.

Apenas Janett terminaba de hablar, descubrí a un hombre con una gran carretilla de verduras. Al mirarlo me pareció familiar y, cuando caí en cuenta, entendí que también nos observaba. Tenía una cabellera y barba abundante que le ocultaba el rostro en conjunto.

» ¿Claude? —me preguntó Janett, extrañada, había estancado nuestro paso por lo que vi. Estaba sonriendo, ya sabía quién era, y se acercaba con velocidad de trote, porque había dejado la carreta en mitad de la calle.

—¡Claude! ¡Mi gran amigo! —gritó Cornelio a lo lejos, profuso en

emoción.

—¡Cornelio! ¡Ahora enloqueciste de verdad! ¡Pareces un manicomio hecho persona! —le dije en confianza. Janett, me escuchó aterrada y le susurré al oído que no tuviera miedo, porque Cornelio era uno de mis mejores amigos de siempre. Además que no mataba ni a un gusano aun así estuviera muerto.

—Estoy en época de hibernación, los veinte son una edad importante para descubrirse en el porvenir, amigo mío. Y mírate, pareces un humano simplón que come galletas y peces agrios de una ciénaga —dijo mientras me regalaba un corto abrazo, entretanto seguía sosteniendo a Janett de una mano.

—Amigo, te la presento. Por fin te daré el gusto de conocerla.

—Oh, eres la mujer que quitará los deseos privados y recelosos de mi gran amigo, ¡un gusto inmenso, apreciada dama! —dijo cuando tomaba su mano y le daba un beso en el metacarpo. Janett se reía por sus palabras de atrevimiento, asimismo yo me moría de la vergüenza.

—¡No seas cochino, Cornelio! ¡Tantos años y sigues siendo un loco de carretera! —reiteré con una nerviosa gracia de indignación.

—Ahora seré un volador, porque los aires serán mi hogar —dijo sereno, se le veía más maduro que antes, pero con una pinta de loco que no se la arrebataba nadie.

—Siempre has sido de los aires y eso que no consumes drogas, aunque bueno… no te hacen falta —Janett, estaba con una extensa y pronunciada sonrisa. Quería reírse, pero por sumo respeto no lo hacía ni decía nada.

—No, amigo, ahora si me iré. ¡Afortunado y alabado sea el destino que hoy me encontró contigo! —declamó mirando hacia los cielos con un desvarío de pensares. Parecía un hombre sediento, pidiendo bebida a los cactus en medio de un desierto.

—¿A dónde? —pregunté ansioso.

—Me iré a vivir a la Patagonia, a la ciudad sur del mundo. Me llevaré todas las pipas del pueblo y espero me regales galletas de tu madre, porque no puedo vivir sin ellas —dijo con descaro. Cornelio, era un idiota como amigo, pero también uno de los genios incomprendidos del país de los deseos. Le escuché apenas la mitad de lo que dijo porque estaba distraído viendo a Janett.

—Vaya, entonces, esto es una despedida forzada.

—Sí… —dijo con sosiego—. El destino es espectacular amigo, pensé que nunca volverías, pero qué hermoso es mi corazón, que escuchó la intensidad de mis suplicas. Ahora tú, acompañado de una gran mujer, no me resta más que desearte la buena vida… con eterna y fascinante bebida —me reí y Janett no pudo ocultar su risa sin soltar un ligero chirrido.

» No era un chiste —aclaró Cornelio, simpático.

—Eres un borracho, pero de los mejores. Sabes que no tomo, pero gracias por tu invitación.

—Tú te lo pierdes —dijo Cornelio, volteándose para irse.

—¡Oye! ¿¡No te vas a despedir!?

—¡No! —gritó con agrado—. ¡Si me despido de ti no te volveré a ver, así que mejor te veo el otro día! ¡Un abrazo a la distancia! ¡Te quiero, amigo! —Cantó al final con desparpajo, sin embargo, elevé mi mano para despedirme. Janett, había calmado sus ansias de risa conmigo.

—Tus amigos son raros e intrigantes —dijo sonriente y asombrada.

—Eso que no has conocido al peor de todos: se llama Travis y es como tres veces más loco que este.

Janett, volvía a resurgir con un enorme contento mientras terminábamos nuestra jornada de amor con un regreso triunfal a casa. Pero antes de que llegara el carruaje para su vuelta al reino, empezamos a hablar sobre nuestro futuro.

Me sentía un niño a pesar de ser un hombre de veintidós años, mientras que Janett, era una completísima mujer con sus dieciocho. Tenía incertidumbre, porque no sabía qué podía entregarle a una futura reina siendo de un humilde poblado. Mis bolsillos y pertenencias eran iguales o similares al cero.

—Claude, ¿cuándo te irás conmigo? —me preguntó cuando tomamos asiento en las sillas disponibles afuera de mi casa.

—¿A viajar por el mundo? —le pregunté tímido, a veces no creía que fuera el hombre que quería.

—No solo eso… a vivir conmigo —expresó complacida con decisión, aún estábamos tomados de manos.

Quedé en silencio. Janett, hacía todo el trabajo entretanto yo era un mudo de sonrisa afortunada.

» ¿No te gustaría...? —preguntó Janett, un poco insegura.

—Me encantaría —le afirmé—. Iría contigo hasta el fin del mundo. Pero… ¿Si sientes que estoy preparado para compartir intimidad contigo?

Janett me dio un pequeño golpe con su mano libre—: ¡Oye! ¡Allá tenemos camas! Puedes irte cuando quieras… —Terminó ruborizada. La había apenado por primera vez en mucho tiempo. Intenté reformular la pregunta:

—¿Crees que estoy preparado como hombre, para vivir una vida a tu lado? —le pregunté en libertad. Era como si otra persona madurara sobre mí, porque no sentía encogimientos. Era solo mi corazón a puerta abierta.

—No entiendo qué tratas de decir. Sí, sé muy bien que siempre me has respetado, y siento que eres un hombre que me encantaría tener a mi lado. Creo que eso es suficiente, ¿no te parece?

Mi sonrisa era evidente, hasta incluso creía que ella la sentía. Siempre era necesario que ella hablara para aterrizarme del sueño tan maravilloso que concebía a su lado.

—Así vayamos a una cueva oscura sin comida ni nada del exterior, siempre iría contigo —le dije con decisión.

—Suena asombroso, e incluso podríamos dormir juntos… eso también hacen las parejas —meneó sus piernas de arriba abajo como si buscara juego, estaba intranquila. Yo la veía con el corazón a millón y pensaba que mi vida se iba a escapar por el intenso colapso que vivía al escucharla. Janett, siguió hablando sin preocuparse:

» Viajaremos por todo el mundo, eso será maravilloso.

Miré a Janett en otro silencio, y no comprendía qué decir ante eso. Me daba ansiedad pensar que, aunque lo quería, el punto sería el aspecto económico.

A duras penas había recibido el pago de la empresa y no servía ni para viajar a tres países de la misma América. Todavía usaba bicicleta y no tenía un transporte más sofisticado. Janett, leyó con astucia mi pasividad y volvió a responder.

—¿Estás preocupado? No sé por qué te siento tan raro…

—Janett, ¿puedo decir algo?

—Lo que tú quieras, para mí está bien —me dijo resuelta.

—No sé cómo empezar… —Rasqué mi cabeza y mis ideas estaban en un foso; sin embargo, como pude me las arreglé para decir mis inquietudes—. Tú serás una futura reina y yo soy un hombre que apenas tuvo un trabajo estable en otro lugar… Ya sabes, en mi caso mi situación económica es muy diferente... No sé cómo expresarlo mejor.

—Sí, estás temblando —me dijo con la atención a flor de piel y me sostuvo de las manos con firmeza. Era cierto, parecía un terremoto de carne. Pasé de verla para observar las plantaciones de la casa y así tomé el impulso correcto para proseguir.

—No tengo el soporte económico para viajar tan lejos, a duras penas puedo vender la bici y me quedaría para comprar los pasajes de regreso.

Janett, se quedó tres segundos pensando en nada y luego dio una risa de afuera hacia dentro. Me soltó la mano para tomarse de la cabeza y negó de un lado hacia el otro—: Hombres… ¿Cuándo aprenderán a entendernos?

Le quise buscar la mano que me había soltado mientras la comprendía, luego ella se elevó y me dio un beso en la frente. Me estremecí de inmediato.

» No te preocupes por eso que, si hubiera buscado dinero para viajar, te lo habría dicho desde un principio. Mi padre me regaló a mis quince años una tarjeta de ahorro de la banca suiza. Debe tener el

saldo completo, porque la guardo desde el día que supe que conocería el mundo.

—Cuando trabajaba en el norte, enviábamos caramelos a Suiza… y ahora pensar que ese país lo tienes en una tarjeta, me impresiona —dije impactado. Con Janett, literalmente todo era a otro precio.

—Aunque no es que tenga al país entero en eso —dijo entre risas—. Creo que debe tener uno o dos, con eso será suficiente para viajar.

—¿Uno o dos qué? —le pregunté, intrigado. No entendía esa parte.

—Millones.

Mi boca, parecía una tapa de alcantarilla. Era una locura.

—¡Dios mío! ¿¡Tantos dólares tienes ahí metidos en ese cuadro!?

—No son dólares, tampoco te creas eso —me dijo con simpatía, parecía un bobo para la matemática de los billetes—. Son francos suizos, no sé cuánto valdrán ahora.

No pude dejar de mirar hacia el suelo como un torpe, mi semblante estaba petrificado al escucharla, porque si no estaba mal, los francos costaban más que el dólar.

» ¡Claude! —me tocó las mejillas con la palma de su mano. Estaba perdido y ensimismado en la nada—. ¿Te tragó la lengua un espíritu del Valle? Responde.

Agité mi cabeza para despertar del sueño, y no podía creerlo: era la vida real lo que estaba viviendo.

—Disculpa, es que no había escuchado la palabra millón desde la colonia.

—Bueno —dijo sonriente—. Tendrás que acostumbrarte a escucharla de ahora en adelante… —se recostó en mi hombro, pronto la retuve de mi mano.

—Perdona por ser tan tonto para las cosas. Si guardo silencio, es porque no siempre sé qué decirte —le susurré con el pecho abierto a sus caprichos.

—No te preocupes, los entiendo y me agradan.

—Oye… tengo otra pregunta —repliqué airoso—. Si eres reina, ¿seré rey?

—¿Tú qué crees?

—Que sería una locura serlo, porque ni siquiera en casa mamá me escucha.

Janett, carcajeó con ternura y volvió en sí. No serás rey, pero podrías ser un muy buen príncipe —indicó, serena—. Además, ser un rey o una reina no es nada del otro mundo, solo diriges personas y no hay más. Lo que le sigue es soledad.

—No me gustaría vivir solo —le dije con la verdad.

—Por eso te digo que serías un buen príncipe —reiteró con sonrisa—. Pero ya veremos qué nos enseña el camino.

Desde la distancia sonaba el carruaje, el sol aplacó su furia de fuego y un nuevo atardecer se había aparecido como un estruendoso viento de altamar. Janett se puso de pie para esperar. Mamá había salido para mirar.

—Jane, si quiere, puede pasar —dijo mamá—. Tengo jugo de ciruela y ponqués.

—Muchas gracias, pero ya llega el transporte y tenemos que irnos.

Sentí sus palabras como si también me hubiera incluido, pero preferí omitir el significado que había pensado. El carruaje estacionó, y de la nada, surgió el caballero Sounder, que se bajó del otro lado del carruaje y se detuvo ante nosotros.

—¡Princesa Jane! —expresó con obediencia—. ¡Le otorgo mi saludo a usted y al acompañante! ¡Les esperamos en el tiempo que deseen!

—Ya vamos —advirtió con simpleza—. Tengo que recibir el reinado mañana temprano en el comienzo del alba.

—Janett… —me acerqué y le di un corto beso en los labios—. Mañana nos vemos, espero que tengas un excelente día.

—¿No vienes conmigo? —me preguntó, sorprendida.

Miré a Sounder y estaba condescendiente con Janett, me di cuenta que también tenían un puesto disponible. Volví hacia mi madre y ya tenía ganas de llorar.

» Ven con nosotros —reiteró amigable—. Por vestiduras no te preocupes, tenemos mucho para los invitados.

—Pero… —Mamá me había tomado del hombro. Presentí que mi tiempo en casa había finalizado con ese toquecito de mamá.

—Hijo —dijo con la voz áspera y melancólica—. Estoy orgullosa de ti. Sé que todavía sientes que eres mi bebé, porque te hemos inculcado unos valores excepcionales. Pero si es hora de que vayas… ve, disfruta. La vida es corta y no hay tiempo para más.

Quise llorar, pero no tuve tiempo. Le di un abrazo muy fuerte. No pude decir nada ni menos contener lágrimas después, porque se me había quebrado el alma en un suspiro… Nunca supe en qué momento me convertí en hombre, pero pensé; tal vez, con una entrañable madurez, que cuando un niño dejaba de jugar… era porque había cambiado su infancia por adultez.

Había olvidado ese momento por un segundo, porque la belleza de Janett sostenía mi mano con su amor. Cuando miraba hacia el sendero empedrado del Olivo, el sol se ocultaba entre las nubes que restaban y mi sonrisa se contagiaba de una esencia única. La historia de mi vida estaba a punto de comenzar, o tal vez, ya había iniciado y no reconocía desde que punto contabilizarla, porque era perverso para las matemáticas del amor, pero sabía lo suficiente cuando sumaba a Janett.

Capítulo 64.

El sol todavía no había aparecido y, sin embargo, ahí estaba yo, codeado al lado de los hombres más valientes y sacrificados del reino: Sounder, Emilio y Monteredondo. Las grandes salamandras, Rebecca y Norberta, también tenían una imperial presencia femenina. Estábamos en medio del campo verde, en primera fila y por encima de una alfombra para dar discursos. Al frente, había una tribuna de madera sencilla que guardaba su atención para revelar a la protagonista del día.

El rey estaba arriba, sentado en su trono solidario en espera de Janett, que ya hacía acto de presencia. Circulaba por la guía aterciopelada, deslumbrante, sobria y con un corazón que se podía tocar con el sonido de sus pasos. Se había trasladado para el momento más importante: todas las fuerzas estaban reunidas. Un aproximado de quinientos hombres en posición firme, habían de señalar a la nueva reina con gran admiración y entusiasmo, en traspasada fidelidad de autoridad. Nunca había estado en una ceremonia de coronación tan portentosa, me sentía pequeño, pero cuando Janett había subido a la tarima, de alguna forma me hizo una señal de que estuviera tranquilo. Janett lo sabía todo, y aunque no veía, cuando se trataba de percibir, ella descubría hasta lo que no existía.

—Janett Lanchester, hija del Olivo real y perteneciente al país de los deseos —dijo el rey con verbo protocolar mientras se erguía y tomaba lugar enfrente de ella—. En honor y presencia de sus acaudalados hombres y mujeres de defensa, protección y orgullo de monarcas. Le confiero el nuevo nombre de la reina del Olivo, pero antes le he de preguntar… ¿Cuidará del Olivo por encima de sus capacidades, por delante de su vida y por frente de su existencia misma?

—Sí.

—Ha sido pactado… señoras y señores, ¡he aquí su nueva reina! ¡La reina Janett! —El rey vociferó para la multitud.

Comenzaron a aplaudir con vehemencia y profusa alegría. También empecé a hacerlo por la energía colectiva. Esperaba un discurso extenso, pero al parecer en el Olivo eran más sencillos para definir reyes que para resolver juicios, una extraña característica perteneciente a los reinos monárquicos. Poco a poco, dejaron atrás los aplausos y luego Janett se sentó en el trono otorgado por su padre. Cuando volteé hacia los costados para observar cuántos más eran, a una prudente distancia, encontré a la antigua reina: de pie y cobijada bajo la sombra de un árbol aledaño, inexpresiva y atormentada. Parecía otra persona.

Janett comenzó a hablar e impartió con apresuramiento los deseos de su mandato, no había tardado ni un minuto en decir lo que tenía planeado:

—Señoras y señores, como nueva reina del Olivo, no tengo mucho para decirles ni tampoco tiempo para hablar con palabras delicadas. He decidido ser reina para presentar dos decretos. Lo lamento si tenían más expectativas.

Miré para los lados y había cierta confusión, el rey también observaba con extrañeza y no sé por qué sentía que las cosas iban a cambiar, no solo para mí, sino para todos los presentes.

» Mi primer decreto será una simpleza —dijo con tono fuerte y resuelto—: La futura reina del Olivo, es decir, la que siga después de mi retiro inminente, no contendrá poderes de ningún tipo. Sabemos muy bien que estamos en el resurgimiento social e independiente de las mujeres en el campo humanitario, gracias a nuestras fuerzas femeninas, somos ejemplo vivo de inclusión. Pero, no debemos desviarnos de nuestros verdaderos objetivos, con esto trato de expresarles en que concluyo finalmente que, si cumplen con mi deseo, no liberen más poderes sobre alguien que no pueda gobernar, o bien decida una terrible desavenencia para nuestros anhelos de seguir adelante.

Sin embargo, la única forma de abolir este decreto será después que, mi querida hermana, Teresina Lanchester, sea reina luego de cumplir su mayoría de edad, ya que confío en su armoniosa serenidad y ternura de encanto, para dirigir con buena energía el brillante destino de este reino. Pueden confiar en ella y si tienen reclamos, pueden pasar directamente sobre mí.

El rey observaba a Janett y quedaba estupefacto. De alguna forma, Janett había dictado con claridad el deseo de querer a su madre de vuelta, pero sin ninguna relevancia ni decisión sobre las fuerzas y demás componentes de suma importancia. El rey se sentía con el pecho aligerado, y sintió que Janett había ofrecido una primera ley directa para él y su pueblo, y que aún con el corazón hecho pedazos, todavía amaba con locura al amor de sus días.

Janett luego continuó con su última petición.

—El segundo decreto como reina… es que ya no deseo serlo —muchos dieron gritos de negación y luego se silenciaron, era una locura de imparcialidades. Yo estaba impregnado de confusión, porque lo último que esperaba era una decisión tan drástica—. Y es una orden irrevocable —sentenció Janett, levantándose del trono. No duró ni cinco minutos ahí. Se acercó al rey y le tomó de una mano—. Padre, no sería capaz de gobernar por tres razones y deseo que las escuches con la resignación de un buen oyente.

—¿Cuáles? —dijo aburrido y desentendido. Tampoco esperaba

que Janett cambiara las cosas tan de repente.

—Primero, porque no puedo ver el futuro de este palacio ni reino. Esa es la más importante que les concierne, y las otras dos son mi responsabilidad. Porque la segunda es que deseo cumplir mi sueño de viajar por el mundo. Y de tercero… —mi corazón sintió un pinchazo y comencé a abrigar un escalofrío debajo de la piel. Janett estaba a punto de decir algo demasiado significativo para mi vida mientras los presentes le observaban con intriga—. Ya conseguí un acompañante para ese sueño —dijo sonriente como una joven enamorada, estaba abrumado por ver tanta belleza en su rostro—. Y un excelente guía de viaje. Un hombre espectacular como el caballero Claude Rivarola, con quien sostengo una relación de apoyo mutuo, gran respeto e importante complicidad de amor. Espero respeten mis deseos, privacidad y vida.

Emilio, empezó a aplaudir en soledad, todos le observaron. Luego, Sounder se unió, y al segundo también las salamandras. En un escaso periodo de tiempo, la multitudinaria marea de humanidad de fuerzas correspondió con pasión a su fehaciente discurso entre numerosos aplausos en cadena. Aplaudí con timidez y muchos voltearon a verme. Algunos me felicitaron, incluyendo varios protectores que antes me habían herido. Era un escenario magnífico ser parte de la aprobación de tantas personas en un amor que soñaba desde que crecí.

—¡Caballeros! —declamó el rey con jerarquía mientras la euforia cesaba con velocidad—. ¡Pueden marcharse a sus puestos de defensa! ¡Gracias por venir y asirnos de su atención! ¡Les esperamos en una próxima oportunidad!

Y como si fueran una manada de ovejas ordenadas por su principal cuidador, cada uno de los componentes se marchó con calma hasta no quedar nadie más que Janett, el rey y yo. Incluso Emilio y Sounder se habían retirado, así de poderosas eran las palabras del rey.

Janett, estaba taciturna con una gran sonrisa y el rey la observaba con la impresión de ser nuevamente utilizado. Estaba rígido el ambiente, aunque no lo suficiente como para irme.

—Hija… ¿Qué has hecho? —preguntó, incomodado—. ¿Por qué fuiste reina para decir eso e irte? ¿No te parece equivocado?

—Papá, lo tenía que hacer antes de irme, no es justo esto para ti.

—¿Por qué lo dices?

Una persona que estaba detrás de mí comenzó a aplaudir hasta las lágrimas. Cuando me volví, me chocó un rayo de voracidad al cuerpo. Era la antigua reina en firme compostura, pero lagrimeando con vida.

—Hermosas palabras… —expresó la ex reina con alegría. Se le percibía otro semblante. Muy distinto al último que le vi. Había logrado

acercarse cuando nadie la veía. Ni prestó atención a mi presencia, pues era un ser fantasmal ante ella. No obstante, contra todo pronóstico, me observó de reojo y enseñó un rostro de arrepentimiento. Ella yacía en una amarga afonía y así mismo bajó la mirada al césped. Acepté sus disculpas con un ademán y la perdoné. No había más para decir.

—Madre, ven… sube. Tengo cosas que decirte —Janett hablaba como una auténtica gobernante, y por ese pequeño momento llegué a pensar, justo como antes y tal vez también como nunca, que Janett sí era la verdadera reina del Olivo, aunque ella fuera la última persona en saberlo.

Una vez la reina subió, se plantó de cara a Janett mientras conservaba la mirada de capa caída, como si fuera regañada por haber cometido una infamia. El rey estaba desentendido de todo.

» Mamá —repitió Janett—. Ya como ex reina que soy, te entrego mi puesto con los decretos que he postulado. No tendrás ningún poder y serás la figura representativa de un reino que tendrá sus cábalas en los generales de fuerzas. ¿Estás de acuerdo con eso? —le preguntó, con el alma en vilo. Janett, había maquinado una solución y el rey lo interpretó de forma indicada.

—Lo acepto… —dijo en patético estado. No tenía más réplica, porque su brillo de reina se había oscurecido en los días que no estuvo en el poder. Se le veía fatua, afectada, porque nunca conoció las verdaderas intenciones de su hija, ya que no deseaba ser reina y paradójicamente le había tocado serlo para salvarla de su inmundicia.

» ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó la reina con asombro. Su hija, era un despampanante tesoro que hasta aquella ocasión no había condecorado con la importancia que merecía. El rey miraba a la reina con amor y desilusión, y mientras se dejaba llevar por la conveniente solvencia de sus dificultades, no sentía otra cosa más que orgullo por tener una hija más gobernante que él mismo.

—Madre… tus sueños no son los míos —expresó, con una pequeña sensación de escarmiento—. Tú quieres gobernar y yo deseo conocer. Tú gobernaste por muchos años y ahora te toca verlo mediante tus hijas. Yo lo que pretendo es conocerlo todo sin poder ver, ¿entiendes eso? —se preguntó, un tanto decepcionada—. Quizás nunca lo hagas, porque ese siempre fue tu egoísmo… eres igual de ciega a mí, solo que miras al antojo de tu codicia, y yo logro ver con el corazón… esa es la diferencia.

—¿Algún día podrás perdonarme? —preguntó la reina en voz baja. Estaba impaciente y destartalada, pero al final, atenta.

—Lo he pensado… —dijo con reservas—. Y lo haré porque eres mi madre, pero nunca lo olvidaré. Espero puedas vivir con eso.

—Lo aceptaré así, reina Jane.

—No me llames reina, dime hija… y será suficiente para mí.

—Está bien, hija…

Janett, sin mostrar resistencia, fue aproximándose a la reina con la lentitud de una tortuga en la arena, y le dio un sentido abrazo más como hija herida que como soberana reina, y contra todo pronóstico, el rey se acercó y se unió al abrazo en un silencio de familia rota. Eran los tres, solos, y conmigo como espectador. Sin duda alguna, era la imagen más extraordinaria y única que había presenciado hasta ese momento, porque ellos, como cualquier familia del mundo, a pesar de ser reyes y potestades terrenales con incontables fortunas, también eran humanos que lloraban el sufrimiento de los malos actos. Por ello, no existía algo más incomparable que la paz de una familia feliz, porque ni los mismos gobernantes del mundo la atesoraban con su prolongada riqueza contada desde los sótanos hasta los cielos.

(…)

Inspirado por las palabras y el ejemplo de Claude y Janett, el caballero Emilio fue directo hacia la enfermería en su tiempo libre. Cargaba consigo unos chocolates que había comprado en Sonora, y al mismo tiempo, retenía una declaratoria infalible que había preparado desde su conversación reveladora con Lovett.

Tocó la puerta una sola vez y Lucy respondió sin demora.

—¡Puede pasar! —gritó desde la habitación, como siempre. Emilio, observó un cuadro artístico con auroras boreales que había a un costado, respiró hondo y pensó que estaba nervioso como no lo había estado en años por una mujer, aunque entró imponente. Caminó frente al escritorio de la enfermería y soltó su encarcelada verdad desde tiempos remotos:

—Sea mi esposa, mi mujer en perpetuidad —dijo, casi sudando con los chocolates en una mano y con la otra en la funda de la espada, por si debía inmolarse ante el rechazo.

—Sí, acepto. Acepto dos veces si quiere y hasta más —respondió, imperturbable.

—¿Por qué me recibe? ¿Cómo puede desear un futuro con un hombre al que le rechazó un café? Aquella invitación imperecedera para conocer a alguien con el respeto más medido e interesado.

—Aquel día que le dije no —dijo afable—. Es porque si usted no se iba y me dejaba pasar mi vergüenza, era para decirle que no disfruto del café. No es porque solamente sea guapo, es que, en lo cierto, no me agrada. Le recibo encantada un chocolate.

—Usted es hermosa. Yo no creo ser tanto de lo que me atribuye… —indicó Emilio, duro como un roble, cuando por dentro estaba a punto

de estallar de la felicidad.

—¿Por qué cree que cuando estuvo a punto de morir, le atendí con lo mejor de mis conocimientos? También me esmero en salvar a los que son héroes, y como usted es uno, con certeza me enamoró desde ese día. Solo que ya no creo en el amor —aclaró renuente, todavía estaba muy reacia, aunque distraída con la presencia del galante Emilio. Sin embargo, se había quitado la cola que le sostenía el cabello, liberando así una hermosa y abundante cabellera rojiza que había sido ocultada por el paso estéril de los años.

—Si le hago chocolate todos los días que desea… —expresó Emilio, nervioso, su belleza le intimidaba—. ¿Podrá cambiar su posición?

—Ya veremos —respondió con sonrisa de complacencia. Lucy, también se ponía discreta ante Emilio y enajenaba su frenética forma de ser cuando lo tenía de cerca, se comportaba como una mujer recatada, dentro de una conducta inverosímil.

—Muy bien, comenzaré ahora mismo. Dígame, ¿frío o caliente?

—Solo no me aburra, eso es lo único que le pido —expresó sin tapujos.

—No deseo que mi viaje aquí sea monótono, para hacerlo me tengo a mí —aclaró decidido—. Mejor entrégueme su alegría o una compañía bajo el silencio, cualquiera de la dos… me bastará.

—Espero que esto sea suficiente… —se acercó más a Emilio, saltó por encima de su escritorio y le dio un beso de cinco segundos. Emilio, mientras tanto, sujetó con fuerza su cintura al mismo tiempo que ella lo tomaba del cuello para sostenerse y no caer. Luego, al separarse, Emilio respondió con una tonta sonrisa de encantamiento:

—Será entonces, término medio.

—Perfecto, y con un toque de azúcar —sentenció, mientras se fundían nuevamente en otro beso, aquel sí ya descontrolado.

Capítulo 65.

Un mes después.

Definitivamente estábamos más listos que nunca para emprender el viaje de nuestras vidas. Luego de pensarlo con frialdad, no paraba de sonreír por los detalles que adornaban nuestra historia, porque después de haber vivido años engañados por cartas falsas y un terrible olvido con un tiempo martirizador, nos habíamos vuelto a enamorar de forma inalcanzable, al descubrir que de alguna manera siempre nos esperábamos como pequeños que seguían creyendo en que los finales felices eran una realidad destinada para los que no se dejaban de amar. Tampoco podíamos vivir sin encontrarnos el uno al otro en nuestros recuerdos. Eso era lo más inesperado, el amor se hacía eco en las ondas de la oscuridad.

—Yo pensaba que nuestro amor era de verano… Pero ahora no, ¿sabes por qué? —me dijo Janett. Caminábamos antes de hablar con el rey y planificar con calma nuestra despedida.

—Me encantaría saberlo —dije sonriente. Janett era un total encanto, cada día era más hermosa.

—Siempre fue una eterna primavera, no dejamos de florecer —se encogió de hombros con dulzura.

—Tú también sabes decir cosas bonitas… te felicito —le dije, en la gloria.

—¡Oye! ¡No bromees con mis intentos de entregarte cariño! Son pocos, pero justos… —dijo con fuerza, y algo abrumada, se esforzaba mucho a veces.

—Contigo hacer nada es hacerlo todo —le expresé contento a más no poder. Ella se alegró—. Ahora no paro de pensar en lo difícil que fue todo y cómo ha pasado el tiempo. Creo que eso lo hace diferente.

—Sí, y me disculpo por eso —dijo Janett, entristecida.

—¿Por qué? —pregunté impactado, no era el momento para ponerse triste.

—Discúlpame por ser una princesa en la era más complicada del mundo. Sé que no la tuviste fácil conmigo.

—¿Te preocupas por eso? —Tomé su mano y le deposité un beso en el metacarpo—. Te juro mi amor por siempre y lucharé para mantenerme a tu lado, el resto no me importa.

—¡Ya comenzaste con tus hermosos recitales! —dijo ruborizada. Lo que más me encantaba era observar su sonrisa de campanita feliz de árbol navideño, porque contenía magia y brillo.

El tiempo pasaba rápido entre nosotros, apenas lo había pensado, porque después de estar juntos no sería una primicia decir que el

tiempo no perduraba en el amor. Creía que le tenía envidia o un raro repelús, incluso podía ser un viajero a la distancia, que quedaba afligido al observar a dos corazones amándose hasta el sempiterno de las estrellas. Porque cuando amaba a Janett, las horas parecían enamorarse conmigo, y el reloj enloquecía sus manecillas por amor.

Días antes, le había dicho al rey que por fin lograba encontrar un propósito de vida, y no era otro más que guiar a la reina de mi corazón hacia los destinos más recónditos, misteriosos e insólitos del mundo. Y luego de concederme su bendición, resolvió con convencimiento de ley, entregarme a su hija en infinita confianza. Todavía no lograba sopesar su desmedida amistad, sin embargo, ya estábamos abriendo la puerta del palco y tenía que hacerlo, tenía que creer en el cuento de ser su yerno, porque tampoco era justo tratar con tanto respeto al hombre que me había compartido a la niña de sus ojos y me trataba como un hijo.

Dentro del palco, se hallaba el rey mientras que la reina estaba sentada a un costado, pero en el borde derecho del salón; era una escena tremenda. Era presenciar una división que sorprendía a propios y extraños, porque estaban juntos, pero no revueltos, tal cual como el viejo refrán. También se encontraba Emilio, laborioso y de buena energía. Janett se fue a hablar con la reina y yo hice lo mismo para conversar ante el rey.

—Hija… —le expresó la reina con el corazón aplacado—. Espero que Dios te conserve con bien y perdona tanto mal que te hice… quería entregarte una sorpresa.

—¿Cuál? —preguntó intrigada, y luego de unos segundos, una joven le tomaba de la cintura con una exorbitante alegría.

—¡Hermana!

—¡Tere! —dijo Janett, emocionada. Era su adorada hermana Teresina, que acababa de regresar del curso de reina que estaba haciendo en Europa.

—¿Hoy te irás? Te voy a extrañar mucho.

—Yo también.

—Pero… —Puso cara de tristeza—. ¿Por qué nos dejas?

—Estoy enamorada, lo sabrás pronto cuando te suceda —empezó a acariciarle el cabello.

—Sabía que te iría bien —replicó satisfecha con corazón de ángel —. Él estaba hecho para ti. Y oye, ¿cómo ha sido él? —le preguntó, intrigada.

—Asombroso, ¿por qué lo preguntas? —Teresina evocaba una linda sonrisa de oreja a oreja y le respondió sin tardar:

—Lo había visto hace varios años y le hablé sobre ti. Le dije que tú eras de las que nunca olvida… así que el triunfo del amor es tuyo —dijo con el encanto de su ternura, mientras Janett me percibía a la

distancia. Las escuchaba desde lejos y no podía evitar sentirme por las nubes, porque gracias a Teresina, Janett me fue imposible de olvidar.

Pronto, el rey me saludó junto con Emilio y me explicó los planes que Janett tenía, los cuales yo ya conocía, para viajar por los paisajes del mundo.

—La princesa viajará por cada lugar del mundo y así cumplirá su sueño. Lo recibo con resignación —admitió el rey, desganado—. Los sueños de Jane son los míos.

—También lo son para mí —precisó Emilio, cariñoso y correspondiente.

—Así que, por favor, le imploro la cuide y no deje que nada malo se atraviese por delante de su condición.

—Ella puede ser lo que quiera, menos débil, don Sabrino —La defendí sin vacilar—. Es una mujer fuerte.

—Es correcto —confirmó, entreviendo a Janett mientras se acercaba con un aparato de la nueva era. Y cuando estuvo frente a mí, me dijo—: Ten esto. Les servirá para disfrutar y coleccionar momentos.

Lo observé en mis manos y era una cámara fotográfica de última generación. Tenía un modelo genial de capturas, y también podía tomar fotos a color de forma digital. Era una excentricidad, y al tenerla en mi posesión, la traté como tal.

—Don Sabrino, a mí no me gustan las cámaras y mucho menos las fotos…

—No es para ti, es para Jane —aclaró, sin contratiempos—. Al verlos a los dos, siento que se la merecen.

—Pero… ¿No le parece raro que Janett, tenga una cámara?

—No tiene que saberlo, manténgala consigo y tome fotos de sus experiencias, eso hará que los viajes sean más entretenidos y les brindará recuerdos y locura en su relación para recordar las aventuras que echarán de menos en el futuro. Además, tener un registro fotográfico es importante para nuestra familia, por eso es bueno conservar recuerdos en imágenes —dijo concreto—. Claude, cuídela, que no sea solo a la cámara. Jane, está en sus manos.

—¿Y no le entregará nada a la reina? —le pregunté en confianza.

—Ese regalo era para ella… —dijo con el aire casi ausente—. Pero todavía no creo que merezca algo de mi parte, tal vez algún día. Las vías de reconciliación no son fáciles, toman su tiempo. Un mes no es medidor suficiente.

—Don Sabrino, desde hace un tiempo le tengo una propuesta…

—Adelante, lo escucho.

—Estaba pensando que, como un reino de valores inescrutables, el Olivo debería abrir sus puertas al turismo para las personas en el país,

especialmente para los pueblos de dónde vengo. Muchos desean conocerlo y demasiados mueren imaginándolo, mi abuelo fue uno de ellos.

—¿De verdad? —preguntó el rey, sorprendido. No se imaginó que el reino, además del respeto que le tenían, también fuera objeto de sueños imposibles para los habitantes.

—Sí, Janett y yo hablábamos estos días sobre la posibilidad de establecer un bazar en la entrada y destinar una recaudación de fondos no solo al reino, sino al país. Los protectores podrían cambiar y ser ideales para dar una cálida bienvenida, sería un sitio de encuentro y no un fortín acorazado… No sé qué le parecería —dije tímido al final. Sentía que había hablado demasiado y que tal vez me había excedido.

—¡Es una maravillosa idea! —expresó el rey, incluso Emilio aprobaba con buenos ojos—. No lo he hecho desde la deforestación, pero sin duda lo haré, se lo prometo. Tiene mi palabra —afirmó con decisión, era una completa locura tener a un rey siguiendo mis consejos para el futuro. En ese momento, Janett se había acercado lo suficiente y llamó a Emilio.

—¡Caballero Emilio! ¡Le deseo grandes bendiciones y deseo que sepa que reconozco el inmenso valor que tiene para mí!

—Es un placer —dijo con simpatía—. Mi vida está a su disposición, ya que cumplió mi deseo frustrado de verla como reina. Fueron los cinco minutos más bellos que viví.

Janett se rió, y el rey profesó nostalgia. Emilio continuó:

» Don Claude es un gran hombre, creo que están hechos para vivir lo inolvidable, y quiero expresarles mi sincero deseo en que así sea. Siempre seré su fiel servidor.

—Sí, también a usted le deseo una mujer espectacular que le sane el corazón, ¡con toda su pasión!

—Ya lo están recuperando muy bien, gracias… —dijo complacido, recordando a Lucy, aunque le había conversado a una pared inerte, ya que Janett estaba en otro mundo junto a mí. El carruaje que nos llevaría al aeropuerto había llegado y mis nervios aumentaban. Estábamos ansiosos y entusiasmados para irnos finalmente hacia el exterior.

—¡Les deseamos feliz viaje! ¡Cuídense mucho y esperamos verlos pronto de vuelta! —dijeron varios al unísono, mientras caminaba junto a Janett para tomar la guía del viaje.

Desde ese momento, habíamos comenzado nuestra travesía como dos almas enamoradas y perdidas en el amor, como locos que no encontraban cordura en un país mágico y debían desquitarse con los rincones que el mundo real ofrecía, en la inmensidad de su sencillez y cotidianidad.

El tiempo corrió tanto que ya estábamos en el aeropuerto de mi pueblo natal, frente a un enorme panel con una gran cantidad de ciudades y destinos, que parecían casi imposibles de elegir inmediatamente.

—¿Por dónde empezamos? ¿Qué vamos a descubrir primero? —me dijo Janett, sonriente al máximo.

Durante todo el tiempo que habíamos estado juntos, no había tomado su mano en ninguna ocasión, no porque se me hubiera olvidado, sino porque tenía un detalle bien pensado desde hacía semanas.

—Primero… quiero conocer la palma de tu mano, porque si sé quién me acompaña, el resto será lo de menos —Tomé su mano con cariño y ella me agarró con fuerza. Estaba respirando agitada y, sin embargo, con un beso de amor, había detenido su ansiedad.

—Vayamos hacia donde el mundo nos diga… ya quiero viajar, conocer lo inexplorado y ser como las estrellas que recorren el cielo durante las noches —dijo emocionada, dejándome decidir con sus palabras.

—Me parece perfecto —miré varias carteleras y le dije—: ¿Te gusta… Alemania?

—Alemania será encantadora si estoy contigo —dijo radiante—. Aunque hay un país que tiene forma de zapato, era mi favorito cuando niña, siempre lo veía en los mapas.

—¿Zapato? —dije con gracia, ya sabía a cuál se refería, pero me hacía el tonto.

—Sí, es como una bota o un tacón alto, un poco deforme, pero simpático —explicó con ternura. Me derretía al verla.

—Italia.

Capítulo 66.

1996. Nápoles, Italia.

Las aventuras en Italia y el resto del mundo serían la parte más dulce e inolvidable de nuestra vida juntos; sin embargo, aunque lo ideal no existía, con el paso del tiempo nos ocurrirían cosas para pensar con solicitud, porque tampoco estábamos exentos de momentos difíciles como cualquier pareja de enamorados que se conocía en el fondo de sus corazones, ya que, en el camino hacia los nuevos porvenires, sabíamos que no éramos perfectos y nunca lo seríamos. Pero vivíamos como almas encendidas en amor, dispuestos a entregarnos en perpetuidad hasta el último rincón de nuestra piel, y tal vez con eso, lo nuestro siempre funcionaría.

En aquel día, habíamos asentado nuestros pies y anclado los equipajes en un nuevo lugar del mundo. Veníamos de recorrer la melancolía del *Coliseo Romano* y habíamos aplazado a la enamorada Venecia para otra oportunidad cuando acordáramos con más energías disponibles. Nuestra casa era un lujoso e inmenso resort, ubicado cerca del golfo de la ciudad donde yacía el mar Tirreno. No obstante, tenía una extraña particularidad que debíamos cumplir sin falta: llevarnos bien con los vecinos de las habitaciones contiguas. Me parecía gracioso, porque no eran habitaciones, sino casas dentro de una impresionante compañía de hogares variados. Todo lo exclusivo del mundo no dejaba de sorprenderme.

Luego de tanto pensar, vi que Janett se había perdido entre los relucientes pasillos alfombrados, así que fui tras su rastro. Todavía no creía de lo que era capaz, porque siempre se iba a cualquier parte sin la guía de mi voz.

Justo en aquel momento, una preocupación repentina se apoderó de mí como una daga venenosa clavándose en mi corazón, ya que en el pasillo donde se había distanciado, Janett se encontraba conversando con alguien.

Era un hombre musculoso de cabellera oscura y abundante. Vestía pantalonetas color rosa y tenía rostro de galán. Su voz resonaba poderosa, capaz de elevar los tejados de las viejas chozas. Me acerqué para detallar sobre qué conversaban y mis celos no se hicieron esperar. Era la primera vez en mi vida que sentía algo así, de modo tan desagradable.

—Es hermoso —afirmó Janett—. Lo que más me encanta es su presencia, es imponente y debe sentirse espectacular cuando lo tenga de cerca —Janett conversaba con encanto mientras mi corazón se rompía, era inesperada mi reacción de desamor.

—Efectivamente, querida —le dijo aquel hombre—. Entre más cerca estés, mejor será el disfrute. Te encantará, es muy recomendado. Es excelso y también tiene un tamaño prodigioso, es lo más grande que verás o bueno… —emitió risas juguetonas—, sentirás.

«¿Tamaño prodigioso? Debe ser una broma» pensé bifurcado, sintiendo una mezcla de enojo y desesperación. Me jalaba el cabello deseando lastimar a alguien. No podía creer que Janett me estuviera traicionando, y ni siquiera habíamos salido a conocer Italia.

—Quiero escucharlo, y si el viento sopla a mi favor… tal vez hasta pueda mojarme.

—Déjalo venir, es lo mejor que tiene. Te sorprenderá.

En ese momento, fingí tener un dolor en el cuello y tosí muy fuerte. Sin embargo, nadie me escuchó.

—Vaya… —dijo Janett, sonriente—. Entonces, no sé qué ando esperando, deberíamos ir.

—No tengo mucho tiempo ahora —expresó con lástima, pero aún complaciente—. Podría ser rápido, o incluso ahora mismo.

Volví a toser más fuerte y seguían sin escucharme, ya estaba perdiendo la paciencia.

—Pero tengo miedo… sería mi primera vez —dijo coqueta y riendo, estaba alucinando con sus palabras, porque me había inventado una película atroz. Nunca creí escucharla así.

—No te preocupes, querida, cuando se quiere se puede —le tocó el hombro con delicadeza.

Intenté toser desesperadamente una vez más, y en verdad me había lastimado la garganta. Tanto lo fue, que me golpeé el pecho para intentar aliviar el exceso de carraspeo, ya que me estaba forzando más allá de mis capacidades.

—Claude, ¿estás mal de la garganta? —me preguntó Janett volteando hacia donde estaba. Aquel hombre también me vio muy preocupado. Sentía que se afligía por mi estado, y eso me pareció extraño.

—No… —dije mientras aún intentaba reponerme de la simulación de mis actos y su posible traición—. Puede ser el polvo.

—No hay polvo aquí —dijo Janett.

En ese momento, me puse a pensar en el esplendor de los terciopelos y lo impecables que estaban, no tenían ni un gramo de polvo. Me parecía una tontería pensar eso en medio de la situación. Sentí que había terminado nuestra relación. Cuando de repente… Janett habló.

—Claude, ven, te quiero presentar a un nuevo amigo —me llamó contenta. Me aproximé a la defensiva, entretanto continuaba tocándome el cuello con resentimiento. Aquel hombre me sonrió

cuando finalmente me decidí a verlo.

—Simón David, Claude. Claude, Simón David —Janett, parecía desentendida de la gravedad de la situación, porque con descaro, me había presentado al perpetrador y finalizador de nuestro sufrido amor de años.

—Un gusto, querido. Jane me ha conversado de ti. Eres un hombre asombroso —dijo cuando elevaba la mano para estrecharla, su tono de voz se había agudizado con ligereza. Le acepté el gesto en crudo silencio y no quise sonreír.

Él, en cambio, transformó un poco su rostro y no le prestó más atención a la plática porque sintió mi pesadez—. Cualquier cosa que necesites, Jane, por favor me dices —dijo volteándose para irse. Lo estrambótico de todo era cómo había meneado su cabello, como si fuera una reina de belleza presentándose ante un jurado—. Por cierto, me encanta tu pelo, es espectacular lo que usan en ese reino —concluyó, ya cuando se había ido.

Janett, estaba sonriente a más no poder y le pregunté sin tardar:

—¿Qué sucedió con ese hombre? ¿Por qué estás tan feliz?

—¡Estoy que salto de la emoción! —me dijo y, asimismo, se abalanzó sobre mí para un abrazo.

—Pero… espera —le contesté mientras me apartaba un poco. Janett lo sintió y se resistió con sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigada, nunca le había esquivado un afecto hasta ese momento.

—Ese hombre con el que hablaste… tiene el cabello largo y es muy simpático.

—¿En serio? —dijo Janett, indefectible—. ¿Te dio celos? —preguntó sonriente.

—Pues… —dije al aire, con claros síntomas de que sí. Por un momento, intuí que lo estaba arruinando por mi fantasiosa imaginación, y nada más alejado de la realidad.

Janett, con risas de niña, me volvió a decir—: No entiendo por qué lo describes físicamente cuando sabes que soy más ciega que la oscuridad. En mi caso, no tengo forma de descubrir los rostros.

—Disculpa si dije eso… —expresé afligido. Me sentía terrible porque armaba un lío sin tener pruebas de nada.

—No te preocupes —se acercó y me entregó un abrazo muy fuerte—. Al único que quiero es a ti. Solo tú tienes mi corazón, y el resto… que haga lo que desee. Además, conversaba con Simón David sobre nuestro nuevo destino, y me lo recomendó con ansias. Será también un vecino frecuente.

—¿Vecino? —dije temeroso. Tal vez Janett no lo veía, pero yo sí, y con muchos colores.

—Suiza —dijo corta y con sonrisa de mil amores—. ¡Vamos! —me

tomó de la muñeca y nos fuimos directo al aeropuerto para tomar una nueva aventura internacional.

(…)

Cuando caminábamos por las calles de Ginebra, discurría en profundidad cada vez que íbamos juntos, y era increíble. Lo normal era que yo la guiara mientras ella seguía mis pasos, y así era la mayoría de veces porque casi todo el tiempo estábamos enganchados de manos, sin separarnos, aunque no siempre era así. Muchas veces, Janett se adelantaba en el camino en contra de lo sensato, casi hasta pareciera que fuera un acompañante, porque en lo único que le servía, era para avisarle si había escombros o algo para una ocasión de tropiezo.

Otra cosa que me había sorprendido gratamente de Janett, era su buena habilidad con los idiomas, pues en nuestro arribo a Italia, había conversado en un fluido italiano con un montón de personas que nos llevaron hacia Nápoles. Era una bilingüe muy asidua e incluso creía que debía prepararme para más sorpresas en un futuro.

—¡Ya lo siento de cerca! —expresó encantada. Estábamos llegando a la principal atracción de la ciudad, y no lo creí, sino hasta verlo con mis propios ojos.

Era un enorme chorro de agua que se elevaba hasta atravesar las nubes, en el centro de un lago cristalino, adornado por un intenso arcoíris. Era un espectáculo para el recuerdo.

—¡Mami! *¡El Jet d'Eau! ¡El Jet d'Eau!* —gritaba un niño ansioso que nos acompañaba a un costado. Ya estábamos en presencia de él y observaba aquel disparo de agua con desparpajo.

—Lo que me contó Simón David era cierto, su sonido es lo mejor… Veía a Janett maravillada y no dejaba de sentir una zozobra por el tal Simón David, incluso me preocupaba, y lo peor era que no podía decirle, porque ya le había reclamado antes y no quería arruinarlo más.

» ¡Claude, por favor! ¡Descríbeme esto! —me dijo Janett, tierna, al mismo tiempo que me sostenía de una mano con fuerza y no me soltaba, y volví a pensar en lo estúpido que era, porque sin duda el que no disfrutaba lo que sucedía… era yo, un total afortunado.

Omití mis pensamientos distorsionados y activé la inspiración para entregársela a la mujer de mi vida:

—*¿Cómo podría empezar...?* —dije cuando deseaba tomar más concentración—. *Allá arriba, en numerosas nubes, me encuentro con la fortuna de ser un hijo del agua y sentir que toco los cielos, porque aquí estamos ante el gran acierto de la humanidad, que en su intento*

fallido por volar los cielos, solo consigue hermosura por doquier… rodeada de fuerza, colores del arcoíris y un sinfín de anhelos de niño imaginativo, que sueña con algún día, volar por los aires como un colibrí —volteé a observar a Janett y su sonrisa era colosal, mi corazón se ponía contento en destinar mis palabras a su alegría.

—¿Tienes la cámara? Me encantaría tomar una foto aquí… —dijo entusiasmada. Pronto busqué en el bolso que llevábamos y la encontré.

—No sé cómo usar esto… además, soy malo para las fotos —le dije, sin mentir.

—Pásamela, yo lo haré —aseguró confiada.

—¿Segura que sabrás enfocar esto? Si quieres te ayudo.

—No, yo puedo sola. Me guiaré con los sonidos, no necesito más —justo después de decirme aquello, Janett empezó a juguetear con los botones. Y con asombrosa habilidad, tomó la cámara con ambas manos, ajustó el lente y capturó una foto enfocando hacia el cielo, exactamente donde se vislumbraba el extraordinario poder del agua y sus destellos glaciares.

Empecé a reírme como un tonto. Janett lo notó de inmediato.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes? —me dijo medio confusa mientras sacaba la correa de la cámara y la colgaba sobre su pecho —luego de hacerlo, jamás la volvería a apartar de ese sitio—.

—Eres increíble —le dije mientras le daba un beso en la frente. Janett se sonrojó con ternura y comenzó a inclinar la cabeza hacia el suelo. No mentía en absoluto, Janett era una mujer hermosa, inteligente y demasiado recursiva para las destrezas que eran improbables, porque no se ponía límite alguno para lo que quería.

(…)

La noche cayó con avidez y la ciudad neutral encendió sus luces y establecimientos con gran revuelo. Ginebra cumplía con los requisitos mínimos para sorprender a cualquier turista. Pero teníamos un problema, y era encontrar hospedaje, porque aunque no era difícil para una ciudad tan hotelera, aún éramos los viajeros más novatos de la existencia. En cuestión de minutos, tanteando los alrededores, encontré una posada que tenía un letrero afuera con luces giratorias, era llamativo. En una torpe pronunciación, le dije a Janett lo que decía y ella me tradujo con amabilidad:

—Es posada para extranjeros. Está bien, quedémonos aquí —afirmó sin percances, y la verdad no se veía tan lujoso como el lugar anterior en el que nos hospedamos, pero a Janett no le importaba si tenía cinco estrellas o ninguna, y así fue.

Llevábamos varios meses juntos después de mi regreso al Olivo, y todavía no habíamos vivido una primera noche estando solos. Los padres de Janett eran de mente abierta y me habían dado su confianza para estar cerca de ella, pero yo quería demostrar mi respeto hacia ellos desde el principio, mostrando que mi deseo de estar con Janett iba más allá de cualquier cosa. Aunque en realidad, no esperaba que mi primera vez en la intimidad de una habitación con ella pasaría tan rápido —como tampoco imaginaba que mi sueño de estar con Janett se cumpliría—. Y tal como lo sentíamos, en ese cuarto tan desordenado y con olor a cerillo vencido, donde se encontraba el deseo encarnado de nuestras almas, pudo haber sido una noche inolvidable. Sin embargo, al final resultamos ser tímidos.

No éramos niños, pero aun así parecíamos pequeños atados a la suerte de poseer una libertad infinita, sin autoridades presentes. En aquella noche primeriza del amor: nada pasó, porque un corto beso de mesita de noche antes de ir a dormir fue suficiente para calmar las hogueras de nuestra pasión, y también el cansancio, ya que estábamos agotados. El viaje se había alargado debido a nuestra falta de experiencia como turistas.

Capítulo 67.

Al amanecer, fuimos como pollos correteando un novicio porvenir, porque pronto nos alistamos para recorrer lo que el país nos tenía por destino. Fuimos en tren por los rincones escondidos de la gran Suiza y vimos sus Alpes escarchados y blanquecinos, repletos de inefable belleza, y adornados por un ángel en estado de gracia. La mayoría de los escenarios suizos, parecían una película montada sobre las montañas. Janett, siempre llena de entusiasmo, capturaba cada posible paraíso en la cámara mientras caminábamos tomados de las manos por el imponente Palacio de las Naciones Unidas, un lugar lleno de banderas y patrias independientes que ejercían su soberanía con orgullo.

Al caer la tarde, regresamos en avión para Nápoles, y cuando creí que había experimentado la máxima belleza que la vida me podía ofrecer y que no habría más espacios por descubrir, Janett expresó su deseo de emprender otro viaje cuanto antes.

Sonreí y le dije que era imposible que una mujer tan pequeña, una princesa de las contemporaneidades, deseara explorar aún más. Sin embargo, Janett solo me observó con los ojos del alma, y llena de encanto y agradecimiento, mencionó un nuevo destino que haría realidad sus sueños: Marruecos.

No podía evitar sentirme afortunado como si hubiera ganado la lotería, la riqueza del corazón de Janett y sus deseos fervorosos, emitían una visión de ella que nunca le había conocido. Me tenía en las nubes, porque sus sueños también eran los míos. Siempre era un placer cumplirlos a plenitud.

En el país de la estrella verde, lo que se hallaba en él era como viajar en el tiempo. Habíamos cambiado la modernidad europea por una legendaria reliquia, llena de vivencias y un profundo respeto por las generaciones antiguas: el cuidado de los camellos y el inicio de una cultura extraordinaria, que resonaba en nuestros corazones.

El clima era árido y desolador. Por esa razón, Janett se cubría la cabeza con un paño que le dejaba los párpados libres, y al observarla hacerlo, me enternecía. Janett era tan enigmática y misteriosa como mujer, porque a pesar de asegurar constantemente que no era princesa ni mucho menos reina, no desistía de usar vestidos largos, ya que le encantaba la comodidad de esas prendas y su libertad.

En Marruecos, nos encontramos con mezquitas y construcciones que parecían sacadas de antiguos anaqueles e ilustraciones bibliotecarias. También había demasiados vendedores informales que además de vender con agilidad, incluso confeccionaban su propio arte con habilidad artesanal.

El idioma que hablaba allí era desconocido para mí, supuse que

era marroquí o alguno similar. Janett, a escasos metros de distancia, conversaba y escuchaba a un hombre guía que le decía muchas cosas. Ella solo afirmaba con la cabeza y actuaba como espectadora ante las palabras de aquel hombre de túnica blanca y gorro de paja.

Cuando terminó de hablar, le pregunté:

—¿Qué dijo? Fue bastante efusivo.

Janett volvió hacia donde yo estaba y con una sonrisa de decepción, respondió—: Ni idea, no entiendo ese idioma. Empezó en francés y me terminó conversando en árabe, y sé de árabe lo que conozco de ojos y de mirar. Me reí.

(…)

Después de unas horas, llegó nuestro momento más esperado: conocer el desierto del Sahara.

Admirar a Janett montada en el resguardo de un camello, junto al panorama despejado y sus piernas claras como la luna llena, enseñaban una particular visión sobre nuestra ida hacia el encuentro con las dunas. Era inolvidable la puesta en escena que tenía enfrente. Me hizo crear un silencio impoluto. Janett intuyó mi estado y no dudó en pedirme un nuevo relato.

—¿Qué ves? —me preguntó con el corazón. Ya habíamos bajado del camello y nos encontrábamos sentados en la cima de la duna más alta, inmersos en el encuentro con la arena.

—En este espacioso valle, amarillo y áspero, en el encuentro con la arena y sus raíces mediterráneas, el sol es un invitado de honor para conocer el desierto, porque el agua escasea y solo el brillo se acentúa hasta caer en las pieles necesitadas no solo de mieles, sino también de espíritus —tragué saliva, me costaba hablar sumergido en tanto calor—. *Y mirar el cielo despejado en medio de la nada, me hace nacer de nuevo y sentir el verdadero comienzo de la tierra…*

Cuando quise observar a Janett, ya había sacado la cámara sumergida en una preciosa sonrisa de polo a polo, y capturó una foto. No pude evitar soltar una risa breve, casi imperceptible, y pensé que Janett no la había escuchado, pero sí lo hizo.

—Cada vez que hagas un nuevo relato, tomaré una foto. Quiero sentir la magia de tus palabras guardadas en una imagen.

Me pareció curioso escuchar su respuesta y, al instante, me surgió una duda que no pude contener:

—¿Por qué tomas fotos si sabes que no las podrás ver?

—No seas imprudente, eso es como decir que no vivas si igual vas a morir —respondió con determinación y amabilidad—. Lo hago porque me gusta, y aunque sé que no son para mí… —se acercó y me jaló una oreja con extrema dulzura, rápidamente deposité un beso en su mejilla sin dudarlo—. Serán para alguien más.

Y en medio del desierto, nos encontrábamos aferrados al refugio de nuestro amor, elevándolo y potenciándolo hasta lo más recóndito del mundo observable. La ventisca de arena no se hizo esperar, y nos arropamos con los mantos que habíamos traído de la ciudad, y en cuestión de horas, regresamos felices gracias a la experiencia de la arena.

(…)

La noche llegó como de costumbre, y decidimos ir a descubrir los portales del comercio marroquí y sus manos atareadas. Había algunos estafadores, pero Janett, con su energía y sexto sentido, los detectaba con facilidad. Presenciamos serpientes danzantes, edificaciones milenarias y una variedad de licores —sin alcohol—, que se vendían apilados en estanterías y en cualquier rincón de las calles estrechas y detalladas del encantador pueblo.

No tardamos demasiado en regresar por el camino acordado, y lo bueno era que ya habíamos apartado el hospedaje desde antes para evitar contratiempos. Y en aquel sereno sublime, impregnado de vasta hermosura y paz, fue el inicio del principio de nuestro grandioso afecto de puertas abiertas y corazones contentos. En el continente africano, el romanticismo era un plato que se servía desde la primera hora del día y en la caída acelerada del tiempo, porque no podía faltar un decorado lleno de un romance para jóvenes. En la suite que habíamos reservado, el amor nos esperaba en cascada, listo para unir nuestros corazones en el camino hacia la eternidad.

Y así, en los días siguientes, nos resultó inevitable caer en la tentación de nuestros cuerpos, sedientos de amor para juntarse en lo eterno, porque los mismos dejarían de existir en el día que dos ciegos se vieran de frente, para hablarse al oído con tan solo sus voces delirantes.

Sentíamos de cerca nuestros rostros como si lo peor de la vida fuera dejarnos a un lado, porque estábamos atrapados en el azar de un amor correspondido. La verdad nos enamoramos rápido, como siempre había sucedido entre nosotros, como si perteneciéramos a una enfermedad incurable, y de nuestro curioso padecimiento, una vez enfermos, fue imposible soltarnos el uno al otro.

En la fundación de nuestro vínculo, construido a través de letargos y esperas amargas, el tesoro lo habíamos acariciado con los esfuerzos entregados por el corazón. Janett era espacial, porque me elevaba a un mundo desconocido, donde mis ojos cerrados y los suyos guardados desde siempre, eran un premio destinado para los deseos de pasión reservada. No entendía qué había logrado para

merecer tanta entrega de su parte, pero lo único, especial y perdurable, que podía asegurar en las mieles y recuentos de mi pequeño brío de pueblerino, era amarla hasta el último día de mi existencia, afirmando a mi espíritu con el imborrable espacio de su nombre.

(…)

En el contentamiento de nuestras almas, era improbable que regresáramos prontamente al país italiano. Lo habíamos dejado atrás para zarpar hacia una próxima aventura, porque luego del viaje a Vietnam, el tiempo nos rebasó como si anduviera a la velocidad del sonido. El encuentro anhelado de nuestras fantasías había creado un desorden en las normalidades que nos correspondían desde un principio. El tiempo ya no era nuestro aliado, porque se desvanecía en cualquier respiro.

El vuelo era largo y el descanso necesario; sin embargo, mientras Janett dormía, logré recordar muchas cosas de la infancia y de la lucha incansable por el amor. Estar enamorado de ella era el pan de cada día, y aunque no creyera nuestra historia, trataba de hacer lo posible para despertar de todos los cuentos hechos realidad. Era una completa locura, había conocido tres países inolvidables y todavía íbamos en destino a un cuarto, y no sabía a cuántos otros más. Sonreía y repetía la sonrisa, era interminable. Mi rostro estaba adormecido o al menos mi boca y músculos faciales, por el descontrol de no poder dejar de sonreír —además de endulzar mi energía con Janett y nuestras noches—.

Janett se había despertado y ni lo tuve en cuenta, porque si algo era complicado para mí, era saber cuándo exactamente lo haría, cuando ni siquiera abría los ojos.

—Claude… —recostó su cabeza en mi hombro, su voz era un magnífico elixir de gentileza—. Gracias.

—¿Por qué me agradeces?

—Tu compañía es mi mayor riqueza.

Con esas palabras, volvió a dormirse en un instante, era como si se hubiera sumergido en un sueño profundo para dejarme el alma dulcificada. Mis sentimientos, eran claros y genuinos como nunca, porque la amaba con locura y ya no era capaz de sonreír, y lo único que había comenzado a hacer, era llorar de la felicidad mientras intentaba ocultarlo. Varias mujeres en el avión nos observaban y se conmovían, al igual que yo. Las miraba con el orgullo tonto de un hombre que no creía en su buena fortuna, y lo único cierto era que su existencia en mi vida era maravillosa. Mientras más cerca la tenía,

más preciosa e inefable se volvía.

Capítulo 68.

En nuestro arribo a Vietnam aprovechamos el rápido descanso de la madrugada y, antes del alba, salimos disparatados como pelotas de tenis sobre el asfalto. Habíamos decidido un plan turístico con guías especializados, nativos de Asia, para navegar a través de las corrientes dispuestas en medio de los ríos orientales. Porque lejos de ser un país de aguas turbulentas; las playas e islas vietnamitas parecían sacadas de un cuento de hadas, pintadas por artistas exuberantes con alegría perpetua. Estábamos en un bote maderero, adornado desde el tapizado interno y magnífico para el contacto con el mar. Mi impresión se había elevado a niveles inimaginables, porque lo que se vislumbraba allí, era realmente increíble: aguas color esmeralda, arena templada y pródiga naturaleza hecha con elegancia por las divinidades de la creación.

Janett tomaba fotos mientras vivía adormecida con el sonido del mar y yo me conservaba similar a un frenético explorador, pues no calculaba la cantidad de islotes tan diferentes y atractivos que se sopesaban en el punto más exacto de la tierra. Janett conversaba con los hombres del bote en un idioma que desconocía, y cada vez me relajaba más. Era momento de por fin creer el cuento de que era un viajero del mundo. Recliné mi cabeza en el borde del flotante y cerré mis ojos.

Minutos antes, sentí que Janett me había expresado una advertencia mediante las palabras de los caballeros, pero no le presté atención y ni siquiera entendí lo que me quiso decir, porque mi descanso era inevitable. No obstante, era un error entrar en un estado de tranquilidad que todavía no me correspondía hasta ese día, porque en un mísero segundo, el bote chocó por abajo del agua con una roca deslizante y me hizo volar por los aires como una ballena lanzándose al infinito.

Sin compasión, caí a la deriva del mar. Janett lo sintió de inmediato:

—¡Claude! ¡Te dije que tuvieras cuidado! —renegó, prevenida, sabiendo que la única persona que podría conocer el mar por descuido sería yo, por falta de obedecimiento. Con lo poco que floté en el agua, me disculpé en un precario inglés con los guías y uno de ellos se había arrojado cuanto antes para engancharme a un salvavidas. Estaba sonriendo por la estupidez que había cometido.

(…)

—Podrías haber muerto —me dijo Janett, preocupada, cuando

habíamos reposado en bonita calma después de la travesía marina. Estábamos en puerto firme, sentados a orillas del mar dentro de una de las islas más hermosas del lugar.

—Pero no, sigo aquí. Lamento eso —dije con gracia, había sido muy imprudente. Janett me sonrió porque su amor era más fuerte que la enemistad de esa instancia y, con eso, entendía también la fuerza de su sentir, porque era inexplicable el poderoso sentimiento que Janett vivía a causa de mi nombre.

Mientras tanto, en el tiempo que la arena se amontonaba en mi pantaloneta, Janett solo se predisponía a concebir los cantos del mar porque le encantaban como a nada en el mundo, y eran la atracción principal de todos los viajes por encima de cualquier paisaje. Para mí, era observarla ser feliz con sus expresiones atestadas de magia. Janett asintió y levantó las cejas. Había entendido la señal. No tardé en conversarlo ante su implacable belleza.

—Las rocas y el nacimiento del planeta crearon lo hermoso, lo inefable, lo inolvidable. Aquí en medio de estas mareas y sus numerosas formas y relieves tallados por el mismo Creador, recuerdo que soy humano, que también vivo y respiro este aire salado y casi hasta endulzado de tanta belleza, porque ahora es el justo sabor del mundo y se encuentra en presencia de nosotros aquí… en este momento.

Janett, siempre sonreía cuando le relataba, pero era una sonrisa especial, como si solo la guardara para mí. Únicamente reservada para escucharme decir barrabasadas que rimaban y le gustaban; sin embargo, no podía mentirme, también comenzaba a empatizar con las palabras que le entregaba con el inmenso gusto de mi corazón.

Al pensarlo, me perdí por unos segundos y cuando volví a observarla, Janett había caído sobre la arena y se acostaba en ella. El mar casi le rozaba los tobillos y no le importaba mojarse al saber que yo lo había hecho antes. Recuperé mi estado de felicidad que fluía con alegría, porque Janett era la mejor cómplice que existía.

Lo cristalino del arroyuelo, la noble caricia del viento inesperado y la agradable marea humana que también deseaba empaparse, estaban presentes. Y en nuestro regreso a las calles, al voltearnos para dar fin a un día maravilloso, descubrimos a un hombre moreno, calvo y lampiño de barba, que se debatía en violencia ante unos pocos vietnamitas, que parecían asustados por tanta cháchara y rollos idiomáticos.

Janett no se contuvo y se acercó con curiosidad. Le seguí el paso.

—¡No puedo creer eso! —declamó el hombre, botando unos papeles descoloridos al suelo, la imagen era fuerte—. ¡Ahora creen que soy un *stupid* and *idiot*! ¡No juzguen, hombres, que yo vengo a conocer su país!

—¡Oye! ¡No deberías ser grosero! —le expresó Janett, indignada. Pronto, cuando me acerqué, quería desaparecer. Porque aquel hombre que se quejaba cada vez crecía más a medida que me acercaba, y cuando me puse a su lado, estimé su altura. Estaba rondando casi los dos metros y tenía unos brazos enormes que me podían destruir como un animal desguarnecido. Vestía una camisa *hawaiana* y llevaba unos cómodos *shorts beige*.

—*Lady*, debería guardarse sus palabras y al menos mirarme a los ojos. No creo que haya *justice* en todo esto.

—¿Por qué se expresa así? —preguntó, extrañada. No entendía sus mezclas de español forzado e insulso inglés.

—Soy un turista *madame*, y vivo de la renta de mis padres, puedo viajar por el *world* y todavía me sobra pasta. Soy un *fucking* amo.

Janett se burló de lo que había escuchado, mientras yo le susurraba con clemencia que no lo hiciera, que fuera prudente, pero no escuchaba. Estaba preocupado, porque no quería morir tan joven defendiendo a mi reina, pero si tenía que hacerlo… lo haría sin dudar.

—¿Cuál es la risa? —afirmó serio como un toro de batalla. Los vietnamitas, además de estar asustados, eran mucho más débiles que yo y desconocían incluso a dónde ir, y eso que estaban en su propio país.

—¿Cómo se llama? Quiero su nombre para evitar malentendidos y faltas de respeto.

—Charlie —dijo rudo, pero algo dulce—. *I am* Charlie Briegel.

—Don Charlie —le dijo Janett con sumo cuidado—. Debería de entender que estos pobres hombres no tienen la culpa de su enfado. A veces las cosas no salen como queremos, por eso deberíamos ser más amables con el mundo que nos rodea.

—No sabía que era *my mother* —dijo sarcástico. No le importaron las palabras de Janett.

—Hasta su abuela seré si no me escucha y acepta mis palabras, maleducado.

—¿Qué dijo? —preguntó, desentendido, fingiendo no haber escuchado lo que Janett claramente le había dicho.

—Ma-le-du-ca-do. Y si quiere, se lo digo en todos los idiomas que conozco —tragué saliva, como si todavía estuviéramos en los desiertos marroquíes, porque también me faltaba el espíritu.

—Vaya… —reiteró con naciente rabia—. Lo dice alguien que no es capaz de mirarme a los *eyes*. Debería de *change* sus conceptos.

—Y usted debería interpretar imágenes o al menos preguntar. Soy ciega, ¿lo entiende?

Charlie Briegel abrió los ojos y se quedó inmóvil como si nada hubiera sucedido, pero a la vez, todo le había arrinconado el juicio. Los vietnamitas se vieron entre ellos, espumados, mientras yo

temblaba.

» ¿Ya se fue...? No he escuchado sus pasos —preguntó Janett, distraída. Al final, era lo que había esclarecido, porque no se podía ocultar lo apremiante de su vulnerabilidad. Por eso me aterraba que una situación de tal magnitud viniera a visitarnos compuesta por un fortachón enrabietado y soberbio. Sin embargo, para nuestra increíble sorpresa, Charlie se había calmado en cuestión de segundos.

—Disculpen caballeros, he sido muy grosero y les debo un perdón.

(…)

No entendía lo que había sucedido antes, y tampoco comprendía lo que ocurría ahora.

Éramos dos tórtolos siendo escoltados por Charlie, que nos seguía el paso porque Janett le había dicho que le iba a enseñar algo que yo ni siquiera conocía. Lo extraño era observar a Charlie y notar que no era tan ogro como su apariencia lo decía. Parecía moldeable y corregible incluso para los más pequeños, y no sé por qué tuve la sensación de que, si Janett le conocía el rostro, tal vez ni le dirigiría la palabra, porque estaba tan enfadado que hasta podía romper huesos.

En una situación aún más complicada, Janett se detuvo luego de caminar en círculos y levantó la mano a un lado de su hombro, como para poner fin al asunto. Charlie se detuvo, al igual que yo.

Al mismo tiempo, Janett sacó su dedo índice y lo señaló en cualquier dirección, pero luego lo detuvo, apuntando hacia algo sorprendente.

Charlie me vio extrañado y yo encogí los hombros como respuesta de no saber qué era. Janett había enloquecido. Lo que apuntó con el dedo era un montón de maleza que no había sido cortada en años y, al lado, muy lejos del índice, había una camioneta vieja con tres neumáticos y la carrocería oxidada. Era mejor señalar a la camioneta, pero no lo hizo por su limitada condición. Al final, formaba parte de su naturaleza.

—¿Qué significa eso para ti? —le preguntó, precisa. Charlie estaba oscurecido por sus pensamientos, porque no sabía ni qué decir. Intenté conversar con Janett, pero ella siguió insistiendo—: Dime algo, lo que sientas ahora.

—Seguro que *nothing*…

—¿Ves? —dijo al aire—. Es lo mismo que yo… no observas nada porque tampoco logro saber qué es. Es intrascendente, al igual que traerte aquí.

Charlie me miraba de reojo y la verdad no comprendía. Me sentía inútil porque tampoco tenía una respuesta esclarecedora.

» Tal vez no entiendes lo que trato de decirte, pero lo explicaré —añadió Janett, destruyendo el incómodo silencio que estábamos viviendo—. Aunque tú y yo no veamos nada aquí, para alguien más, esto tiene algún valor. Es perspectiva, porque donde yo encuentro un tesoro que no alcanzas a ver, otro descubre la mejor revelación de su vida. Por eso debemos respetar desde un comienzo el patrimonio que todos protegen y preservan desde que son jóvenes.

Charlie comenzó a reírse por la curiosa lección, mientras yo estaba admirado por la inesperada sabiduría de Janett, que, en definitiva, tenía unas cosas que nadie más que ella lograba expresar.

—¿Ahora por qué te ríes? —dijo Janett, disgustada. Había demostrado una importante enseñanza, pero Charlie, sin demorar, sacó a relucir una esencia de caballerosidad:

—Vivir la *life* como turista —dijo sonriente y mirando hacia el suelo—. Se me había olvidado…

—Ahora que lo sabe, espero más empatía con los demás, ¿de acuerdo?

—*Okey, madame* —expresó en confianza—. Pensé que me haría perder el *time*, pero fue *amazing*.

—Otra petición —amplió Janett, Charlie le escuchó con atención—. Por favor, deje de decir esas frases mezcladas con inglés. Con todo respeto le digo que se escucha como un idiota sin remedio.

Fue imposible ocultar una risa tan genuina después de oírla. Janett no tenía la mínima intención de ser sutil.

Charlie, puso una cara espantosa que desapareció al instante, se rascó la cabeza y contestó—: Captado.

Pronto se fue y logró despedirse de nosotros con una amabilidad muy cálida.

—Espero volver a encontrarlo —le dijo Janett, de forma cariñosa. Charlie no pudo evitar sentirse complacido, porque a pesar de su posición, Janett nunca aparentaba ser menos que una persona normal, al contrario, tenía habilidades extraordinarias.

—Eso espero —admitió—. Además, el *world*, digo el mundo, es peor que un pañuelo. Es una cerbatana.

—¿Por?

—Porque la flecha que sigue siempre vendrá atrás.

Era demasiado inteligente lo que se dijeron y, luego de eso, se despidieron. Charlie también se despidió de mí con amabilidad, demostrando que había dejado atrás la imagen desfavorable que tenía al principio. Parecía ser un hombre bien dirigido. Janett tomó mi mano, feliz, y le pregunté:

—¿Cómo hiciste eso?

—Trucos de mujer que nunca serán contados —dijo sin más.

Sonreí para mis adentros, Janett era una mujer misteriosa, pero

además también encantadora, porque incluso estaba atrapada en su magia y la fuerza de su imaginación.

Janett apretó mi mano. Volteé para admirarla de nuevo y, con una alegría exuberante, me susurró un destino lleno de amor:

—Nuestro próximo viaje será al país más grande de América.

Capítulo 69.

Del Pacífico Asiático pasábamos al gigante del Polo Norte. No sabía que un país podía ser tan grande y maravilloso para la existencia humana, y mucho menos imaginé que lo visitaría como turista por segunda vez, ya que mi primer viaje en avión fue para visitar a una tía en Toronto.

Era una completa majestuosidad los paisajes desbordados que engalanaban con diferencia a cada país. Rápidamente recordé los momentos en los que Janett había quedado exhausta por caminar tanto durante la noche. Por eso, antes de venir a Canadá, nos habíamos tomado unos meses de descanso en el resort. Veía un calendario genérico colgado en las paredes del pasillo y me parecía imposible que tantos años se hubieran corrido tan de repente, como golpes precisos y deliberados del tiempo. Sus ganchos eran fulminantes y los minutos eran agujas con el contenido a rebosar. Así de poderoso era. Pero, aunque Janett me hablara como una mujer consagrada, su voz seguía siendo la melodía más armoniosa que conocía.

—¡Claude! ¿Qué esperas? —me llamó afanada cuando se proponía correr por el parque sin saber qué objetos le traerían sufrimiento.

—Solo a ti se te ocurriría visitar el país más grande para estar en un parque —respondí, volviendo a la realidad. Estábamos en el parque más grande de Canadá, en medio de un lugar inefable y cordial.

—No es cualquier parque —se defendió, igual había sido muy pobre su intervención—, es el parque más grande del segundo país más grande, hasta rima, ¿lo ves? ¿Te gusta?

—Lo que quieras, quiero —le dije cálidamente. Siempre aceptaba su caprichosa ternura, porque era mi musa de pedidos inesperados.

—Lo sé, pero es que estoy esperando el mejor momento.

—¿Cuál?

—¡Mira eso! —expresó Janett con ansias de por fin encontrar lo que quería. Lo increíble era que me señalaba con sus dedos hacia diversas melodías que lograba escuchar mientras colocaba su oreja de lado.

Observé de inmediato y, en efecto, era algo impresionante: un barco de cuatro pisos, o mejor dicho, un crucero iluminado con una muchedumbre de cantantes. Había un grupo de artistas delicados que tocaban sus instrumentos y unas bailarinas que danzaban de forma espectacular. Era una embarcación con un exquisito sentido para la música, y cuando miré a Janett, estaba encantada escuchando lo que sentía, como si nunca hubiera conocido la vida con otras voces

distintas a la suya. Quise relatarle, pero no fui capaz porque la inspiración no había venido a tocar los hilos de mi pensamiento.

—¡Qué increíble! —exclamó con alaridos de emoción inapagable. No dejaba de verla y ser un dichoso de primera categoría, porque estaba con la reina más guapa del mundo entero.

» ¿Qué me ves? —me preguntó al acto. Janett siempre sabía cuándo la miraba y no entendía cómo, así que le pregunté:

—¿Cómo logras reconocer cuando te veo? A veces pienso que tienes un poder especial, porque además de tener mi corazón, tienes la capacidad de descubrir muchas cosas.

—Es muy sencillo —dijo entre risas, yo no me reía porque no pensaba que fuera tan obvio—. Tú cambias cuando me observas.

—¿Cambio? ¿En qué sentido?

—Sí, es fácil notarlo, lo hago de una forma simple —Janett elevó una mano y la puso a la altura de mi nariz—. Tu respiración es diferente cuando lo haces, cambia su fuerza e intensidad, incluso hasta suspiras y siento miedo porque pienso que puedes morir por contener el aire. Es raro, pero supongo que debe ser lindo…

—¡Claro que lo es! —le aseguré casi en *shock*, con una sonrisa pintada. Janett veía más de lo que cualquiera podía creer—. Es tremendo saber que puedes hacer eso. Y sobre todo que pienses que puedo morir, porque si lo hiciera… sería de ti.

—No digas esas cosas, porque nunca quiero que mueras… —me dijo afligida mientras se acercaba para abrazarme.

—Siempre estaré vivo para ti —le aseguré, entregándole un beso —. Así vuelvas a abrir los ojos de nuevo o los mantengas cerrados como ahora, desde aquí te acompañaré —le dije romántico. Janett me hacía relucir en cualquier momento todo el amor que tenía guardado para ella.

—Mira… —me dijo, regresando a sonreír vasta—. También el ritmo de tu corazón cambia… así puedo saber cuánto me quieres.

—Cada vez que te acercas, late más rápido. No sé cómo controlarlo, pero creo que es porque cuando estás cerca, te quiero aún más cerca.

—¿Entonces, tanto me quieres? —me confirmó, casi nostálgica. No supe cuándo se había apoderado de ella esa fragilidad de querer llorar, porque en mi caso, no pude contener las lágrimas.

—No conocía el amor… —expresé con el cariño de mi alma—. Hasta que supe tu nombre.

—Ahora me harás llorar —dijo encantada; sin embargo, se resistió. Era más fuerte que yo, porque ya había empezado a llorar—. Es raro esto.

—¿Qué lo sería?

—Justo ahora… me puse a recordar a Emilio —dijo mientras se

disponía a pensar unos segundos—. Las cosas de la vida tienen su tiempo y su medida, y no importa cuántas vueltas den, ellas empiezan en el momento indicado.

—Emilio, ¿cómo estará ahora? Hay que visitarlos algún día — Janett lo tomó con gracia y me golpeó con sus palabras.

—¡Jamás! Salí del infierno y no pienso volver, así que… muchas gracias por el intento.

No pude contener las risas. Janett era reacia cuando percibía la aproximación del pasado martirizador.

» Mejor vamos al lago —expresó—. Ya aparté otro vuelo.

—¿Cuándo lo hiciste? —pregunté con admiración. Janett era impredecible y tampoco entendía cómo podía hacer tanto, porque cada nuevo día me mostraba una faceta ilustre y digna de ella.

—Porque cuando tú cierras los ojos, yo abro los míos —enseñó una gran sonrisa de oreja a oreja, y se colgó de mi cuello con sus brazos.

Le di un beso en la frente y, sin decir más, nos enrumbamos hacia la magia del sitio que nos esperaba.

(…)

Janett siempre prefería ir a los espacios del silencio, porque su oído era sensible al ruido y, en especial, si era bochornoso, porque la hacía perder de sus cabales y también el equilibrio. Por ello, no quiso ir a las cataratas más famosas del mundo y tampoco a las discotecas o ambientes de multitud protestante. El carro nos había dejado minutos antes y estábamos a punto de llegar, el escenario natural que divisaba era de paz ensordecedora, porque estábamos atiborrados de tranquilidad. Las personas eran nulas, no había nadie a simple vista. Sobrepasamos unas piedras rojas y marrones con el paso de nuestras suelas y pronto llegamos a lo inenarrable.

En los demás países lo había visto todo, pero no pensé volver al Collado en una sola imagen.

—Te detuviste —me dijo Janett—. ¿Ya llegamos?

—Sí —le respondí, paralizado ante la imagen que presenciaba. Era tanta la carga visual de belleza, que no lograba procesarla en tan solo unos segundos.

—El lago *Morraine* —adivinó Janett, sacando torpemente la cámara para capturar lo que era habitual.

Era una majestuosidad de la naturaleza, porque eran montañas de piedra y de hielo, pulcras y etéreas. A la derecha, había un pequeño bosque que parecía encantado con aguas color esmeralda, ataviado de pureza y naturalidad. Era impresionante la mezcla de hábitats y

elementos originarios de la tierra, porque había terrenos y mares que hacían de su fiel reflejo, un espejo con el cielo que multiplicaba la experiencia y la convertía en inolvidable. Al presenciar aquella imagen, obtuve la inspiración que me hacía falta y apreté con fuerza la mano de Janett.

—En lo hermoso, siempre puede haber una belleza más profunda de la normal —dije respirando profundamente—, como es este pequeño lago, bordeado de matices celestiales y terrestres, donde la vida es una dualidad y una conjunción de imposibles, de eterno asombro, de entera sonrisa de enamoramiento. Donde el cielo queda minimizado ante el reflejo de lo que siempre encuentra al fondo, sobre una nueva forma de encontrar lo bello en lo mortal, en lo que se consumará, en la culminación de hallar el día, de guardar el alma… bajo la sombra de la posteridad.

—Tu respiración se transmuta… —añadió Janett al relato, mientras me sostuvo esforzada entre sus dedos—. Tampoco antes sabía qué era el amor, pero ahora lo sé… porque tú lo eres. Gracias por todo.

Su sonrisa era mi alimento diario. Pero en aquella ocasión, me había regalado la sonrisa de su alma. Esa especial que no cualquiera podía conocer, y yo, con mis desdichados ojos abiertos, pude percibirla y hacerla mía para la eternidad. Janett me había entregado más de lo que nadie podía descubrir. Y eso era un sueño maravilloso que se hacía realidad, porque lo estaba viviendo con ella; con el amor de mi vida. Por primera vez en meses de estar juntos, me creí el cuento de que si estaba de viaje y disfrutaba, y me enamoraba, y soñaba, y solo era para ella y nosotros. Janett era el universo ideal para animar la pedantería de mi mundo de baja autoestima e incredulidad.

Y sentí un *déjà vu*, como si hubiera experimentado tanta felicidad antes, y me reconforté al pensar que parte de esa felicidad tan inexplicable para el cuerpo, era porque el alma ya la conocía desde antes. Luego, en un soponcio de la realidad, noté la presencia de un árbol de cerezos en medio de las grietas de unas piedras del río.

—¡Hay un árbol de cerezos! —le dije entusiasmado. No lo había notado hasta ese momento. Era el árbol favorito del abuelo. Todo el tiempo me lo contaba a través de sus historias.

—¿Cómo es?

—Tiene hojas blancas y rosas. No es tan alto y huele agradable, como la primavera.

—Me lo imagino hermoso… —sonrió cándida y amable.

—¿Recuerdas cuando me contaste la historia de la fuente? ¿Dónde había una sirena con un delfín?

—¡Sí!

—Bueno, según mi abuelo… si ves uno de estos árboles, debes

pedir un deseo.

—¡Genial! ¡Lo pediré!

Volteé hacia Janett y ella cerraba todavía más sus pupilas, como si estuviera lista para pedirlo. Parecía un ángel buscando un regalo, era asombrosa.

(…)

Habíamos pasado un largo rato en el lago, admirando la ineludible presencia de su belleza. También decidimos sumergir nuestros pies en el agua fresca.

Janett se vislumbraba alegre y decía que el agua estaba helada, porque le congelaba hasta el cerebro, y aunque no dejara de hacerlo en ningún instante, ella era tan terca que no quiso salir hasta que se le enfrió el corazón.

Antes de que el día llegara a su fin, habíamos regresado a nuestra sede italiana. Todo avanzó en un abrir y cerrar de ojos, y el amor —como siempre—, era veloz como le caracterizaba en la fundación del tiempo.

En ese intervalo, recordé que había dejado parte del equipaje en el transporte y fui a buscarlo. Cuando volví al resort, cansado y amilanado por el trajín, observé algo desagradable con atención.

Janett hablaba con reiteración ante el musculoso Simón David, sobre nuestro viaje y pormenores que podía detallar y escuchar con disposición.

—¿Cómo te fue en Suiza, querida? —le preguntó con encanto y movimiento. Sus pantalonetas ya no eran rosadas, había cambiado a un ligero morado de tono chillón que se parecía al fucsia de los lirios.

—Precioso, y amé el chorro. No olvidaré lo que escuché allí.

—¿Qué comiste? Hay platos deliciosos en el país.

—La verdad no recuerdo ninguno que me gustara —dijo perdida, escuchándole con esmero—. Pero sí probé unos helados buenísimos en el norte. Todos me encantaron.

—¿En serio? Tengo que ir a probarlos —le dijo mientras me acerqué a Janett por detrás. Simón David percibió mi entrada con amabilidad, y antes de que Janett le dijera algo, continuó hablando—: ¡Hola, Claude! ¿Cómo has estado? — expresó contento. Solo moví la cabeza en señal de saludo y él siguió:

» He probado muchos helados en el mundo, pero mi favorito y te sonara asqueroso, es el de limón con chocolate. Querida, ¡es divino! —dijo con un avivado tono en la voz, sonaba hasta femenino y exagerado, lo sentí muy raro después de terminar esa frase.

—¡Eres un puerco! Te deben dar unos terribles dolores de

estómago.
—Para nada, antes lo amo para aflojar mi pancita. El helado de esa combinación me fascina, y como todo lo que es diferente, también —me miró con una expresión extraña y pronto aparté mi mirada hacia cualquier parte, me había incomodado como un rayo en la intemperie.
—¡Eres tan raro! ¡Me encanta! —exclamó Janett con entusiasmo, sin preocuparse por mi incomodidad. Parecía que estaba en su propio mundo, en su brújula imaginaria, donde sabía que yo estaba a su lado escuchando todo con doloroso interés, no le importaba. Me sentí nauseabundo, incapaz de evitar sentirme terrible por sus hermosas palabras dirigidas a otro hombre que no era yo.
—¿Y tú, Claude? ¿Cómo la pasaste? —me preguntó, mientras mi mente estaba en un torbellino. Intenté hacer un ademán con mi rostro y parecía una decepción mezclada con incertidumbre. Sin embargo, Simón David tomó una decisión más acertada. No me dejó responder —: Me alegra mucho que lo hayas disfrutado —dijo sonriente a flor de piel—. Ahora me despido, tengo que ir a dormir porque mañana viajo temprano a Sri Lanka
Simón David le dio un apretón de manos a Janett, luego me vio y colocó cara de tristeza —Había asumido que se disculpaba con ello—, y se marchó hacia su dormitorio. Solo después me arrepentí luego de enterarme de la verdad a oídos de Janett, porque él consideró mi pésima energía como el infortunio de una amistad que se había roto sin siquiera comenzar.
—Claude —me dijo Janett con seriedad, después de su ida—. ¿Por qué te pones tan raro cuando hablo con él? Me sorprende.
Janett me había dejado en jaque. ¿Lo crees así? —le pregunté, Janett lo conocía todo.
—No me engañas, te pones pesado y tus palabras se acortan. Me da risa porque no puedo mentirte en esto —me dijo, abandonando su dureza y revelando su verdadera versión.
—¿Por qué te reirías? Debe existir una razón, pero a veces soy tan tonto que la olvido.
—Puede ser... porque es curioso que no lo hayas notado todavía. Entrecerré mis ojos y giré la cabeza hacia un lado, no entendía sus palabras. Pero Janett lo aclaró todo con una adivinanza.
—Su amabilidad contigo, la razón por la que me trata con cariño, de una manera que nadie más lo ha hecho, y su forma de vestir…
—¿Sabes cómo viste? —le dije impresionado, aquello era imposible—. ¿Es probable que lo sepas? —insistí. Janett estaba riéndose, convencida de que la respuesta debería saberla yo.
—Bueno, me ganas. Simón David me ha dicho que le gusta el rosa y eso también es un índice para dejar volar la imaginación.
—El rosa es un buen color, está a la moda.

—Es homosexual —dijo—. Un grandioso amigo homosexual.

—¿Qué? —expresé, estupefacto—. Él es…

—Sí, es obvio. Me lo dijo al minuto de conocernos. ¿Por qué crees que le hablo de esa forma?

—Yo pensé lo contrario —le dije aliviado, quitándome un gran peso de encima.

—Jamás lo haría con otro hombre que no seas tú.

—Pero…

—Además, Simón David me ha dicho que le pareces hasta simpático y está contento de que seas mi pareja.

—Cierto… —dije al aire con la mirada distendida. Janett me sintió con extrañeza—. Es verdad que somos pareja —terminé con escepticismo, la magia de Janett no me hacía creer plenamente en nuestra historia juntos, y no sabía cuánto tiempo más iba a seguir sintiéndome así, porque las recaídas de mi autoestima eran bárbaras. No obstante, Janett lo resolvió todo con una oración.

—Sí, lo somos, y también deberías saber que estás conmigo, porque no estoy viajando sola. Tú me guías para no caer.

Janett estaba frente a mí, con una hermosa sonrisa. No importaba si la realidad o los sueños eran una ilusión, incluso en ocasiones, hasta creía que la vida era una simulación, o la misma felicidad lo era, pero no importaba hacer aseveraciones profundas o filosóficas: Janett seguía ahí y eso era suficiente. Corrí hacia ella y la levanté en mis brazos como a un bebé. Janett entendió el lenguaje de mi amor y se aferró a mi cuello con agilidad. Era una escena romántica que siempre había querido experimentar, pero solo en el momento adecuado, que era ese.

—Ahora sí lo creo —admití, embriagado por mis emociones—. Y quiero hacer cada momento a tu lado, un mundo de aventuras para ambos.

—Muy bien —me dijo sonriente. Nos besamos las ánimas con pasión y no quería soltarla de mi prisión de brazos. Aunque Janett era liviana, su presencia en mi vida era tan abrumadora que mis brazos eran pilares para sostener ese amor—. Me podría llevar al cuarto para conocernos en medio de otra aventura, si le parece bien, sr. Rivarola —sugirió mientras me acariciaba el cuello y la parte posterior de la cabeza.

—Lo que desee, lo desearé el doble, sra. Lanchester —respondí, y la llevé en mis brazos hacia el pasillo para dirigirnos a nuestra habitación, preparada para albergar no solo nuestros cuerpos, sino también nuestros corazones. Porque al final —como también era mi existencia con Janett—, un resumen de felicidad se podía encontrar a la vuelta de la esquina, solo buscando su inolvidable nombre, en el espacio de mis bendiciones inmerecidas.

Capítulo 70.

1999. Irlanda, Doolin.

Era el comienzo de un porvenir que nos traería lo inesperado y feo —por no decir espantoso—, porque sería el inicio de un año de fuego para nuestro amor. Y también un curioso resurgimiento de cenizas, para las armonías apagadas dentro del sentimiento de película que vivíamos a diario. Sin embargo, todavía estábamos a destiempo del forzado momento de separarnos por un tiempo. Habíamos llegado hace algunas horas a Irlanda, el vikingo del occidente, y apenas había pasado minutos de nuestra andanza por sus famosos acantilados. Los teníamos en la suela de nuestros zapatos, en un divisible esparcimiento de hermosura y vientos en contra, que acariciaban nuestros rostros con delicadeza y finura.

Era una imponente vista en la cima de una colina empedrada y verdosa, donde las olas golpeaban las peñas de abajo con extrema violencia y otras con suavidad de resguardo, porque era un lugar mágico que enardecía la existencia hasta el final de sus confines, y delimitaba las rutas de visión para finalizar en su punto más sobresaliente. No había turistas en el lugar porque era día feriado, estábamos en la inmensidad de un mirador indescriptible.

Janett alzó ambas manos y se formó una cruz con el cuerpo, su cabello volaba y se hacía una figura de dualidad con el ambiente y las raíces de la tierra. Al observarla, como acostumbraba, me parecía mentira que hubieran pasado ya tres años, porque apenas ayer sentía que era el tiempo que decidíamos con delirio de amores, turistear por el mundo como jóvenes enamorados. Sentí en su silencio y la apertura de su oído, la disponibilidad para escucharme, y no tardé ni un segundo en comenzar:

—Mis ojos encuentran un mar que no tiene fin, que parece infinito ante el inminente encuentro de nuestras vidas, donde pisamos arriba en presencia de tierra firme, y estamos más cerca que nunca de surcar los cielos. Donde el viento se convierte en aliado, y, en donde el mar, poderoso y magnífico, aplaca a la tierra enraizada, verde y enigmática.

Janett había tomado la cámara apenas finalicé mis palabras y capturó el momento, su sonrisa nació justo después.

—Siempre será hermoso escucharte —me dijo contenta, el viento tronaba con más fuerza y sus cabellos eran las hojas extendidas de un árbol frondoso.

—Es un placer estimada dama —le dije con una absurda decoración de palabras que no usaba, ella se echó a reír y se aferró a

mi brazo con apego.

—Gracias por estar aquí —aseveró, cariñosa.

Janett, como en aquel tiempo nos instábamos, cada nuevo día se atrevía a decirme palabras amorosas y desaparecía su vergüenza conmigo. Era más romántica y menos asidua a la aspereza de sentimientos. Había tomado mi consejo de hace tiempo con la fuerza de sus entrañas. También habíamos visitado otros países y se nos había olvidado un poco la magia del amor, porque sin darnos cuenta, estábamos en una etapa monótona, que creía con firmeza, superaríamos con prontitud.

Regresamos a Italia al caer la noche, ya que habíamos aplazado los planes de ir en tren por Europa. Janett, de igual forma, disgustaba de ellos porque emitían chirridos escandalosos.

Pero algo pasó. El taxi que nos traía de regreso al resort, se había varado en medio de una de las calles más transitadas y congestionadas de la ciudad. El malestar sucedió con el motor del carro, que fue perdiendo los caballos de fuerza hasta finalmente perder toda su potencia, y presentí lo peor. Había quedado estático en el asiento, y Janett, no entendió lo que vivíamos de puertas hacia fuera. El conductor, bajó y se llevó las manos a la cabeza con un trapo montado a sus hombros. Las futuras noticias y su rostro de eterno lamento, todo lo decían, y se preveía desesperanzador.

Janett, descendió del auto con confianza e intrepidez, y me preguntó qué había pasado, ya que olvidé por completo explicarle lo sucedido. Si de algo tenía miedo en la niñez, era a los accidentes y sus derivados, porque me paralizaba ante cualquier referencia que se le pareciera. Aunque tampoco era apto para preguntar, porque no sabía ni siquiera saludar en italiano con naturalidad. Bajé el vidrio de la puerta apenas vi que Janett regresó para hablar conmigo:

—¿Qué haremos ahora? Me ha dicho que perdió el motor —admitió, angustiada.

—Ten calma, lo solucionaremos —le dije con fortaleza, pero estaba asustado—. Italia tiene buen flujo de taxis a esta hora, es cuestión de llamar a uno para que venga.

(…)

Parecíamos dos vagabundos en la calle, pidiendo encarecidamente al cielo que alguien viniera en nuestro rescate. Estábamos solos, divagando por los oscuros callejones de Nápoles, que eran tan solitarios como un pueblo desamparado al azar de su intemperie. Habíamos progresado y dejado atrás al taxista atravesado. Nadie paraba, éramos invisibles para todos. A pesar de la situación, no

podían faltar las risas, pues Janett siempre encontraba el humor en las señales inadvertidas. Levantaba la mano a cualquier carro que pasaba, ya fuera un camión de basura, una motocicleta lujosa o incluso patinadores aficionados.

—¿Te imaginas esta locura? —le dije con increíble asombro. Janett solo asintió mientras seguíamos avanzando—. Ahora, si hubiéramos decidido una vida normal, estaríamos en el Olivo tomando un café hecho por Emilio.

—¿Estás reclamando algo? —increpó Janett, vigilante. Ralentizó sus pasos al escucharme.

—No —aclaré de inmediato—. Es que jamás esperé que estaríamos pidiendo un taxi en la oscuridad de Italia.

—Yo tampoco. Ahora tengo sueño y no quiero bostezar para dormir en algún hotel de mala muerte.

La dejé hablando sola y me apresuré a conversar con el milagroso taxi que se había detenido.

Me acerqué a la ventana entreabierta y le dije:

—Señor, ¿puede llevarnos al resort que tiene vista al mar? —se me había olvidado decirlo en italiano.

—¡Claro que sí! —Por fortuna, el conductor parecía americano, porque me entendió a la perfección.

Janett corrió hacia donde estaba el taxi y, con caballerosidad, le abrí la puerta para que entrara. Lo hizo afanada porque quería marcharse. Sin embargo, ocurrió lo inesperado: pronto sentí acercarse corriendo, de manera desesperada, a un hombre que nos había estado siguiendo.

—¡Joven! ¡Por favor, ayúdeme a reparar el carro! ¡Ya encontré el problema! —me gritó el taxista varado, en un esforzado español que no le conocía. Nos había seguido como un animal buscando a su amo perdido—. Necesito su ayuda, no puedo hacerlo solo.

Miré a Janett, luego al taxista y no supe qué hacer.

—Quedémonos entonces —dijo Janett, que se había dispuesto a volver a bajar, pero frené en seco sus intenciones de querer salir.

—Ve tú, yo te alcanzo luego. Estás cansada, lo mejor es que vayas primero y descanses.

—Pero eso implica dejarte… —dijo triste, me vio con los ojos del alma, no quería abandonarme por nada.

—Janett —me agaché y le entregué dos besos—. Será un rato, este hombre me necesita y es justo que descanses. Estaré bien. Te lo prometo.

—Bueno… —me dijo abatida, pero entendiendo mi aspiración de que estuviera bien y lejos del peligro—. Cuídate, te espero.

—Volveré por ti, solo espérame afuera.

Janett me sonrió levemente y el taxista arrancó. No sabía qué error

tan grande había cometido con mi decisión, porque pronto se avecinaría lo doloroso en las próximas horas agobiantes y ensordecedoras.

(…)

—*¡Meraviglioso!* —expresó el conductor con el regocijo de su italiano—. Podemos irnos, *signore*.

Tomé sus palabras y subí con prontitud, nos dirigimos de regreso al resort. Respiré hondo y sentí cómo el hálito me regresaba a la carne, la noche se había alargado, pero no lo suficiente para rendirse en el intento. Sonreí con la satisfacción de saber que mi amada me esperaba, porque ya la extrañaba y no había pasado tanto tiempo desde la última vez sin ella. Creía que era imposible separarnos, pero la vida nos enseñó el momento preciso para hacerlo.

Había llegado, y con la ayuda del taxista —que solo me ayudó a bajar un bolso—, bajé el equipaje en soledad para no molestarla, pues parecía que Janett se había ido a dormir a la habitación. El cansancio era evidente, incluso también me abrumaba el sopor de la noche, porque yo anhelaba dormir.

—*¡Benvenuto e grazie!* ¡Cualquier cosa no dude en decirme! ¡Afuera estaré! —reiteró con su gracioso español inexperto.

Cuando entré al resort, tuve la fortuna de encontrarme con mi gran amigo, Simón David.

Lejos de diatribas internas y prejuicios absurdos contra él, con el paso del tiempo, se había ganado mi respeto con una vigorosa confianza que se traducía al caluroso saludo de un abrazo.

—¡Hola, querido! ¿Qué han hecho por el mundo? ¿Dónde viajaron? — dijo con sus acostumbradas pantalonetas rosas y su cabello largo que caía por debajo de sus hombros. Parecía un *rockero* nativo de los ochenta y un completo desentendido a la moda actual.

—Venimos de Irlanda —le dije, contento—. Estuvimos en los acantilados y también paseamos por monumentos antiguos. Estuvo bien.

—Irlanda es mágico. Qué bueno que lo disfrutaste.

—Siempre dices que el mundo es mágico —expresé con risas—. ¿O me equivoco?

—No todos son mágicos, hay unos embrujados y que asustan.

—¿Y cuál es la diferencia? —pregunté con curiosidad. A veces, Simón David, expresaba palabras tan discordantes que sonaba meticuloso.

—No lo sé —dijo llevándose el índice debajo del labio, mientras lo pensaba—. Suena diferente y entretenido. Eso es todo, querido. ¿Y

Jane? ¿Dónde está? Es raro no verla llegar detrás de ti. Siempre están juntos.

—Debe estar en la habitación, llegó hace un rato porque tuvimos un percance con el transporte, aunque nada de qué preocuparse.

—Envíale mis saludos. Si necesitas ayuda, avísame para cualquier cosa —dijo con exceso de confianza. Simón David era un hombre asombroso y servicial, atento a tiempo completo con nosotros.

Nos despedimos, luego me dirigí hacia la habitación, pero una sensación de nostalgia se apoderó de mí. Había comenzado a llover muy fuerte, lo escuchaba por las ventanas entreabiertas del pasillo.

Entré, me despojé de la ropa y sin tardar expresé la insignia más conocida del amor:

—Janett —dije a media voz—. ¿Sigues despierta?

No me respondió, asumí que dormía. Me acerqué a la cama, y lo que siempre temía se había hecho realidad: Janett no estaba ahí… y no sabía por qué.

(…)

—Señorita, son cuarenta mil liras —le dijo el conductor a Janett.

—Entendido. Déjeme sacar el… —Janett se dio cuenta de que no cargaba la cartera, se detuvo y al instante continuó—: ¿Podríamos esperar afuera del resort hasta que venga mi acompañante?

El taxista asintió y no pareció tener problema alguno. Sin embargo, después de esperar varias horas y darse cuenta de que Claude no llegaba, y la noche se convertía en madrugada, el taxista se impacientó con la rabia de la espera:

—¿El caballero va a venir? Tengo que irme a descansar.

—Sí, sé que vendrá. Solo debe esperar un poco… —le dijo con calma.

—No tengo tiempo para más. Señorita, me debo ir —replicó el taxista, resentido—. Déjelo así, no tiene que pagarme —sopesó ofuscado y se largó sin decir más.

Janett siguió esperando en el sereno nocturno, y al dejar de sentir el ruido del taxi, decidió levantarse y entrar al resort. No obstante, se golpeó con fuerza al chocar con una pared que no había previsto. Esto la confundió y despertó su curiosidad al darse cuenta de que habían construido algo nuevo. Con un poco de temor, fue palpando las paredes con las yemas de sus dedos, y así entendió en segundos que no estaba en el mismo resort, porque lo que sentía era rugoso y puntiagudo, no impecable como el anterior. Era otro lugar.

Capítulo 71.

Había enloquecido y deprimido al mismo tiempo. No lo podía creer, porque todo sucedió con extrema rapidez. Janett había parado en otra parte y no sabía dónde, todo era mi culpa por hacer un buen gesto con ella y dejar que se fuera. Era la primera vez en tres años que teníamos una desavenencia tan dolorosa. Terminamos separados como dos divorciados que ni siquiera se habían casado, y sentí la señal de hacerlo como nunca antes. No quería un distanciamiento más, ya había pasado suficiente tiempo viviendo en la soledad de Mississippi para que se repitiera la historia con ella.

Con avidez, me dirigí a la recepción del resort y les pedí con urgencia que llamaran a todos los resorts con vista al mar para preguntar por Janett Lanchester. Los empleados accedieron con la mayor disposición y comprendieron mi frustración.

Salí de allí desesperado, buscando a gritos al taxista que me había traído. Pasaron varios minutos antes de que por fin apareciera. Mientras lo observaba venir, con claros síntomas de terminar la jornada, se revolvía mi estómago al pensar en Janett, en imaginar qué le haría el frío de Nápoles, en saber que no tenía nada con qué cubrirse ni dinero para pagar. Por pensar en tantas cosas a la vez, sentía que me iba a explotar la cabeza. No podía concretar la realidad de reconocer que ella se había ido a otra parte porque la abandoné.

—*Signore*, ¿en qué le puedo ayudar? —me dijo con deseos de no hacerlo.

—Necesito ir a todos los resorts de la ciudad. Le pagaré lo que cueste.

—Una de la mañana. *Molto tardi.*

—Por favor —me arrodillé como un pobre miserable—. Necesito que lo haga, le daré lo que pida.

—Es muy tarde, debo irme, tengo esposa e hijas —me dijo con un español perfecto. Se percibía su firmeza en no ayudar. Lo solté, miré al vacío y luego se fue. Parecía que había personas que, si las ayudabas, lo olvidaban todo a la hora siguiente. Con gran locura, entré al resort y les pedí un taxi o cualquier otro transporte que estuviera disponible.

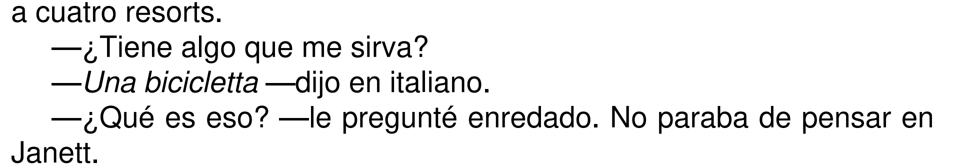
—Señor, ya es mañana… nadie le va a llevar a esta hora —aseguró uno de los vigilantes.

—Entonces, regáleme al menos un mapa de la ciudad.

—¿Qué hará, señor? —me preguntó otro de los vigilantes, más dispuesto a colaborar.

—Como no hay nadie que pueda ayudarme, me iré solo a recorrer los resorts de la ciudad.

—Necesita transporte —manifestó—. De lo contrario, no llegará ni



a cuatro resorts.

—¿Tiene algo que me sirva?

—*Una bicicletta* —dijo en italiano.

—¿Qué es eso? —le pregunté enredado. No paraba de pensar en Janett.

—Una bici, señor —me dijo inaudito, no se creyó lo fácil que sonaba al español, pero entendió mi poca capacidad de discernimiento por mi estado de ánimo.

—Disculpe —respondí torpe y con la angustia palpable en mis venas—, de verdad que no tengo tiempo ni para adivinar lo simple. Por favor, si la tiene, entréguemela ahora.

(…)

—¡Debe ser él! —expresó Janett con rebosamiento. El teléfono del resort donde se hallaba estaba sonando, y se había quedado así hasta expirar su llamado, al final no contestaron—. ¡Oiga! —reiteró—. ¿Por qué no atendió? ¿No ve que era el hombre que me está buscando?

—Después de las veinticuatro horas no contestamos llamadas, señorita —admitió sin culpas—. La gente también descansa.

—¿Y si es de vida o muerte? ¿No lo ha pensado?

—La gente descansa —repitió como loro en su jaula.

—No puede ser esto… —dijo indignada. Janett, yacía sentada en lo más postrero de la recepción de aquel resort de poca monta, pero protegida bajo un techo acolchado y de gran cobijo; sin embargo, lo peor estaba por suceder:

—Señorita, ya vamos a cerrar la puerta —aseguró el recepcionista.

—Bien. Hágalo cuando quiera, yo espero aquí.

—No me ha entendido, le pregunto: ¿tiene alguna reservación?

—Soy capaz hasta de comprar este resort por si me lo pregunta. Y no, no tengo reservación, le dejé la tarjeta a mi pareja.

—Muy bien, pero si no tiene nada aquí, debería marcharse —dijo con decisión—. Son las dos de la mañana.

—¿Sería tan osado de echar a una dama ciega a la calle con tal crueldad?

—Si no ha pagado, sin dudarlo.

Janett se elevó del asiento, respiró con orgullo de mujer y salió de allí. Apenas estuvo afuera, sintió la lluvia torrencial que inundaba las calles napolitanas. Pero antes de irse, se detuvo con precipitación al sentir que venía algo de la mano del recepcionista.

—Lo lamento, señorita. Solo sigo órdenes. Tenga esto —le entregó un paraguas para combatir la lluvia. Janett lo recibió, abriéndolo desde adentro. No dijo más y en definitiva se marchó. Luego, el recepcionista cerró la puerta con estruendo.

Janett se había quedado afuera como un ángel abandonado a su suerte de soledad, y se ocultó como pudo con su ropa ligera del viaje a Irlanda. Lo positivo era que tenía una bufanda que le cubría la desnudez de su cuello. Janett sufría hambre, un sueño devastador y se sentía perdida por el estruendo del cielo roto, que dividía sus oídos a la intranquilidad. Nunca se había sentido más inútil, desprotegida y vulnerable en su vida.

Habían pasado más de veinte minutos y el aguacero no cesaba su furia de lágrimas ventosas. A Janett se le veía sumida en una profunda tristeza y comenzó a temblar debido al frío nocturno. El invierno de las noches eran implacables, con temperaturas bajo cero y una helada que parecía una nevera abierta. En ese momento, una señora elegante con el cabello glaseado y las gafas trasparentes se acercó caminando cerca de Janett. Iba directo a su hogar cuando notó la presencia de ella, y se percató de que era ciega, ya que no le miró ni abrió los ojos. Con cuidado y respeto, la señora se aproximó a Janett para preguntarle:

—*Signorina, cosa ci fa da sola qui intorno?* (Señorita, ¿qué hace sola por aquí?)

—*La vita è strana, ecco perché sono qui.* (La vida es extraña, por eso estoy aquí)

—*Di dove sei tu?* (¿De dónde eres?) —le preguntó con curiosidad, se le veía cordial.

—*Sono di desiderio paese.* (Soy del país de los deseos)

—¡América! ¿¡Eres de América!? —preguntó emocionada.

—Sí, soy americana a mucho honor.

—Amo todo lo que tiene que ver con el país de los deseos, uno de mis sueños es visitarlo —Janett solo le sonrió y la melancolía cayó sobre ella como las gotas de lluvia que mojaban los techos y las calles. Pensó que era un escarmiento del karma el quedarse sola después de tenerlo todo. La señora notó el estado de Janett y no pudo evitar decir algo.

—¿Estás perdida? —le dijo con el alma en vilo. Janett bajó su rostro hacia el suelo y no pudo ocultar que se moría de frío—. Oye, no tienes cara de esperar a alguien… ¿O quizás sí? —Las respiraciones de Janett enseñaban humo blanco y congelado.

—Sí, pero no sé si vendrá con esta lluvia…

—Mi nombre es Katherine. Sé que no me conoces y siento que desconfías del mundo, pero mi hogar puede recibirte por hoy. No sé si quieras venir… —le preguntó con benevolencia.

Las gotas de rocío le tapaban las lágrimas a Janett, y aceptó muda sin dudarlo.

» Bien, ven, sostén mi mano. Te llevaré.

Janett se dejó llevar por la generosidad de aquella extraña pero

amigable mujer, y sintió en su corazón que había sido una divinidad terrenal que la había salvado de milagro. No creyó en su suerte, pero luego recordó que había sido la reina del Olivo y, por lo tanto, supo que su fortuna era incalculable.

(…)

Llovía con desgracia y tormento mientras avanzaba en la bicicleta con una fuerza proveniente de lo más profundo, como si fuera un ciclista todoterreno, que incluso podía participar en alguna competición, como el *Giro de Italia*, pero no tenía tiempo para pensar en trivialidades. Janett y su presencia de mis ojos se había desvanecido, y las lágrimas del cielo, mezcladas con mis deseos fervientes de llorar, se fusionaban como la receta propicia para atenuar el desgarro en mi corazón.

Respiraba agitado, mis piernas estaban empapadas y, estando mojado, pedaleaba como un enfermo por el deporte, pero mi padecimiento era crónico y solo se resolvería si ella aparecía. Había pasado por más de quince resorts, veinte hoteles y seis casas que confundí como ambos, porque estaba repleto de confusión. Ya no podía imaginar un mundo sin Janett y hacía todo lo posible para encontrarla, pero no había pistas…

Eran las tres de la mañana. La soledad de la ciudad y la lluvia ofrecían un escenario para el olvido, que, sin poder evitarlo, intensificaba mi tristeza. Profanaba mi espíritu y rompía mi corazón como a un hijo regañado que comprendía el abandono del amor como una decisión imperdonable.

(…)

Janett había avanzado junto a Katherine, y antes de llegar, detuvieron su avance. Esta es la casa de cuidados para ancianos —le dijo contenta mientras intentaba abrir—. Aquí tenemos más de cincuenta personas de la tercera edad que aman el atardecer y sus alrededores. Harás buenos amigos.

—Gracias. No sé cómo pagarle —expresó Janett con vergüenza.

—No te preocupes —respondió Katherine, mientras finalmente lograba abrir la puerta, se le había complicado por la lluvia y el sostenimiento de Janett, ya que era inservible ante el sonido del cielo —. Puedes pasar.

Janett, con sosiego y resguardo, avanzó hacia dentro. Katherine, con seguridad, agarró las dos sombrillas, las sacudió para eliminar el

agua del exterior, tomó las llaves y cerró la puerta con delicadeza.
Tres minutos después, Claude apareció en esa calle del ancianato como un ciclista en subida montañosa y siguió derecho sin observar nada nuevo. No había algo diferente a las casas y los restaurantes cerrados por la hora. Tampoco indagó más, porque estaba frenético y enceguecido en hallar resorts que estuvieran abiertos y capacitados para resolver su inquietud. No habían podido encontrarse por culpa del mal tiempo.
(…)

No dejaba de recorrer las calles de Nápoles. Eran interminables y se parecían entre sí. Pronto el mapa comenzó a desvanecerse bajo la lluvia, convirtiéndose con el tiempo en un trozo de papel arrugado.
Había visitado tantos resorts que ya no sabía cuál era uno, y no tenía espacio para más. Varios estaban cerrados y no sabía si seguir buscando o irme de largo hasta el día siguiente, pero mi alma pedía más y más. Era insaciable. Quería encontrarla. Buscaba debajo de las piedras, por los callejones oscuros, a orillas del mar… y nada. No había nada.
Sentía que me estaba muriendo. Mi cuerpo clamaba por agua y no hacía otra cosa que beberme el recuerdo de Janett para sentirme lleno de lo esencial.
Era una decoración de carne con agua de lluvia, porque estaba inundado en mis ropas y encharcado de rodillas para abajo. La lluvia me había traspasado los huesos, y la única parte de mi cuerpo que sentía calor era mi pecho, donde mi corazón latía con intensidad. No bajé el ritmo de los pedales en ningún momento; sin embargo, descuidé lo que yacía en el camino pavimentado y tropecé con un hueco en la calle que estaba cubierto por una estela de lluvia. Perdí el control de la bicicleta y caí en una acera desaliñada, como un búfalo herido por el inesperado golpe de la realidad.
Mientras mi cuerpo sufría y daba vueltas en dirección al suelo, pensé en Janett y su encantadora sonrisa, su brillo de mujer, su pasión de ángel y su cuerpo que parecía un universo. Ella era mi único consuelo, porque su existencia en mi vida… era el motor de voluntad que impulsaba mi corazón como un luchador de batallas imposibles.
Había terminado boca arriba y tumbado en el piso húmedo, visiblemente herido, deshumanizado y sin deseos de levantarme porque sentía que me desmayaría. Tenía minutos de haber superado mis límites. No sabía qué hora era, pero el cielo tenebroso se había aclarado un poco. Respiraba con afán, entre un desespero que me hacía desfallecer y una lluvia de cielo que bajaba sobre mí y no era normal, porque no se había interrumpido en ningún instante. No me

ayudaban las potestades, menos había secuencias milagrosas como en el pasado. Estaba solo y triste. Ahogado en una lluvia que no me mataba porque no podía arrebatarme el mínimo esfuerzo que aún me quedaba.

En ese estado, flaqueé con las pocas fuerzas que me restaban y recordé que era un simple humano, y no un superhéroe para la única reina de mi corazón.

Capítulo 72.

Abrí los ojos con somnolencia debido a la fuerte brisa y el sonido de los carros yendo de un lugar a otro. La brillantez del sol también sellaba mis párpados de luz. No sabía dónde estaba. Miré a mi alrededor y aún tenía la bicicleta a mi lado, aunque el mapa se había evaporado en mis manos. Me levanté y sentí un dolor insoportable en todo el cuerpo, especialmente en el hombro que me ardía por el impacto, también tenía los brazos atestados de llagas con la carne viva. A pesar de querer sucumbir ante el dolor, no le presté atención y regresé al resort. En menos de media hora, ya estaba de vuelta. Caminé despacio debido al sufrimiento creciente de mis heridas, y lo primero que hice fue preguntar si había alguna noticia.

—No, señor —me dijo el recepcionista con pesar—. Después de la noche, los teléfonos se desconectan.

—¿No hubo algo diferente? ¿Una pequeña esperanza? ¿Un malentendido? —pregunté abatido. Me dolía perder la única ilusión que almacenaba.

—Ninguna —expresó crudo—. Estos días no son buenos por las festividades que hay en el país. Como sabrá, los italianos se toman en serio su tiempo de descanso. También reportamos a la policía, en varias horas entregarán un reporte.

—Está bien… —dije mientras me iba a sentar en los bancos. Estaba destrozado.

—Señor, debería ir a la enfermería —me aconsejó. Mi franela estaba manchada de sangre.

—¿Para qué? —respondí de inmediato, con la mirada disipada—. Si la herida que tengo no la sana un doctor.

Luego de pasar los minutos como estacas volcánicas, me sentí en un infierno, sumergido en una lava que no apaciguaba mis llamas, sino que desempolvaba hasta el último de mis recuerdos. «Janett… ¿Dónde estarás? ¿Dónde fuiste a parar? Te necesito aquí». Estaba sufriendo como nunca en mi vida, y me pesaba el alma como un hierro, pues las lesiones que tenía en el cuerpo, eran un chiste en comparación con la multitud de fantasmas que embargaban mi mente y la fuerza de mi espíritu.

(…)

Janett se despertó con miedo e inquietud, ya que era la primera vez que amanecía en un lugar que no conocía, con una persona con la que había charlado durante veinte minutos.

—Ha despertado. La estaba esperando —le dijo Katherine,

amigable.

—Buen día, Katherine. La verdad, me siento avergonzada con usted. Me gustaría irme para no molestar más por aquí.

—¿Qué cosas dice? —respondió entre risas—. Respire un poco que se va a ahogar con tanto desespero. Vamos a conversar, tengo tiempo. Los abuelos no se han despertado.

—¿Qué quiere escuchar de mí? Ya lo he dicho todo —le dijo Janett, afectada por lo sucedido. Aún no desaparecía el rastro de lágrimas en su rostro después de la noche larga.

—Dame un nombre y te ayudaré. Puedo mover contactos por la ciudad. ¿Cómo se llama ese hombre que te quiere encontrar?

—Claude Rivarola, es mi pareja.

—¿Tu pareja te busca? ¿Y tus padres?

—Nada de eso —le replicó—. Solo somos nosotros dos.

—¿Y no se han casado? —le preguntó sin miedo.

—No… —respondió con cierta incomodidad.

—¿Por qué no te ha ofrecido ser su esposa? Eso está muy mal —le dijo, un poco intranquila. Janett entendió todo después de esa oración y le surgieron sentimientos enfrentados y desagradables. Se hizo una película en su cabeza.

—Ya llevo tres años con él… y pensándolo bien, todavía no se le ha ocurrido proponerme matrimonio. ¿Será que no me quiere y por eso me abandona?

—No, no diga esas cosas —renegó al instante—. No se preocupe, por supuesto que la debe querer. Además, esto pasó por algo. Dios conoce lo que hace.

—Aparte de todo… ¿Por qué me lo dice? —dijo sugestionada. Se lo pensó con detención porque era una pregunta ociosa.

—No soy fan del concubinato —expresó resuelta—. Porque además de ser guardiana, también soy catequista e imparto la doctrina cristiana, así que es bueno casarnos y vivir bajo las reglas del matrimonio.

—Suena muy conveniente.

—Un hombre que la ame deseará tenerla para toda la vida. ¿No lo cree? ¿O por qué el matrimonio sería eso que comenta?

Janett se lo pensó en silencio y se dio cuenta que Katherine tenía razón. El amor merecía todas las confirmaciones que fueran posibles. Al instante, recordó el nombre de un amigo:

—Conozco a alguien llamado Simón Da…

—¡Claro que conozco al joven Simón! —expresó sin dejarla terminar—. Pero él no vive aquí, es de Roma. ¿Se perdió tanto como para terminar en Nápoles?

—No —aclaró—. Se llama Simón David.

—Ah, David… ese es uno de los reyes más recordados, y el joven

Simón también, pero desconozco alguien que tenga ambos… ¿No se recuerda del lugar donde se hospedó?

—Es un hermoso lugar con paredes lisas por fuera, tiene un pasillo largo y muchas habitaciones. Y…

—Deténgase —le dijo con solicitud—. De nada me sirve que describa la forma de todos los sitios que conozco, necesito una dirección.

Janett bajó la cabeza y se sintió acongojada.

—No lo sé, no recuerdo dónde queda…

—Tranquila… Lo resolveremos pronto, pero no se ponga triste. ¿Vale? Volverá a su hogar.

(…)

Mis ojos vidriosos observaban el espacio frente a la puerta automática del resort, que se abría para recibir a nuevos huéspedes y personas que preguntaban cosas, parejas que disfrutaban de su luna de miel y otros turistas. Mis heridas todavía ardían y me rehusaba como un terco infeliz, a recibir curaciones o medicamentos. De repente, alguien me saludó:

—¡Claude! ¡Mira cómo estás! —Era Simón David, que se acercaba hacia mí—. ¿Qué te sucedió? ¿Por qué esas heridas?

—Amigo… la perdí.

—¿De verdad? —me dijo sorprendido como nunca le vi—. ¿La traicionaste? ¿Cómo fuiste capaz de hacerle eso?

—No, no…—negué desahuciado—. Nada de eso. La perdí, se me escapó.

—¿Cómo así? ¿Se perdió?

Levanté la mirada para observarlo con seriedad y él entendió la gravedad de la situación.

—¿Qué ocurrió? Me vas a matar de un susto —se sentó a mi lado y puso una mano en su pecho con resignación.

—Ayer paré un taxi, le dije al conductor que la llevara al resort que tuviera vista al mar y cuando llegamos aquí… no estaba en ningún lugar —dije abrumado del mundo, estaba en otra dimensión mientras lo contaba.

—Dios mío, Claude. ¿Cómo hiciste eso? Eso es peor que traicionar.

—¿Por qué?

—¿Sabes cuantos resorts hay en Nápoles con vista al mar?

—Ayer pensé que solo había uno…

—Pues hay más de uno, eso es seguro —dijo impactado—. Ven, sígueme —se elevó para irse.

—¿Qué harás? —le pregunté sin moverme todavía.

—Vamos a recorrer toda Nápoles, Jane debe estar en algún lugar. Si me sigues, la encontraremos, te lo juro.

—Bien —me levanté rápidamente y fui tras él. Cuando salimos afuera, vi su auto y quedé impresionado.

Estaba en presencia de un auto legendario. Uno rojo de apariencia lírica y sin techo. La verdad era que no sabía mucho de autos, pero ese se veía espectacular.

—¡Hermano, eso es un *Ferrari Testa Rossa*! ¡Una locura, amigo! —le dijo un joven latino a su amigo que lo acompañaba, ambos miraban el auto antiguo con la boca abierta, como si fueran a perder el aliento. Quedé paralizado ante tal maquinaria. Simón David me gritó desde el interior:

—¡Claude! ¿Vas a venir o te quedarás ahí como un palo? ¡Vamos! —Tocó la bocina del automóvil con insistencia.

Sacudí mi cabeza por la impresión y volví a la realidad, corrí con la velocidad de un coyote y me subí al auto.

Pronto, Simón David, arrancó con la furia de una carrocería que poseía cientos de caballos de fuerza.

Los minutos avanzaron mientras recorríamos las calles de Nápoles y todo se veía diferente desde la comodidad del auto.

Preguntamos en restaurantes, sitios de encuentro, parques e incluso en un campo donde entrenaban futbolistas profesionales. No encontrábamos ninguna pista, parecía como si Janett hubiera desaparecido sin dejar rastro y la ciudad estuviera ajena a la importancia de la situación.

Simón David había perdido parte de su entusiasmo y pronto se desanimó, ya que se estaba haciendo tarde en las calles. Los establecimientos —muchos de ellos—, cerraban de forma prematura y, para rematar, era día festivo en el país.

Pasamos por la avenida donde me había caído en la noche anterior y todavía se veían restos de la bicicleta y pedazos del mapa esparcidos por el suelo.

—Claude… —me dijo al volante—. ¿Qué piensas?

—No sé, amigo… no lo sé —bajé la mirada hacia el asiento acolchado, y me sentí impotente, ya que no podía hacer nada para cambiar lo sucedido. Levanté la vista y noté al final de una calle, en una vuelta sin retorno, a un taxista que se me hizo familiar. Era el que había llevado a Janett.

—¡Ese es! ¡Síguelo!

—¿¡Quién!? —preguntó, ofuscado.

—¡El taxista que llevó a Janett! ¡Síguelo rápido! ¡Por lo que más quieras! Simón David prendió los motores del artilugio mecánico y comenzó a superar varios carros por el camino. Afortunadamente,

estábamos en una autopista despejada debido al festivo, también había menos tráfico y presencia policial. El tiempo superó la barrera de lo inesperado, después de los acelerados derrames de mi congestión. Estaba con el corazón a millón y la adrenalina seguía creciendo, mientras recorría las venas y las entrañas.

El taxista había parqueado al frente de un resort, uno de los que ayer tenía cerrada sus puertas.

Bajé con rapidez del auto y corrí hacia él, y justo antes de que entrara al recinto, detuve su avance con fuerza. Lo empujé sin miedo.

—¡Oye! ¿Me recuerdas? ¿Dónde está?

—¿Qué le sucede? ¿Qué demonios dice? —preguntó alterado. No había reconocido mi rostro.

—¿Dónde está la chica que llevaste ayer al resort? ¡Dónde! —le expresé con desesperación, había perdido la paciencia.

—Oiga… ¿Qué le pasa? Tranquilo, no soy ningún secuestrador. ¿Habla de la mala paga de ayer?

—¿Mala qué? —me enfurecí con denuedo.

—Sí —admitió con acierto, mientras le agarraba la camisa con frustración—. Ella no me pagó y la dejé en el resort. Tal como me dijo, la llevé al que tuviera la mejor vista al mar, aquí la traje. Yo vengo por mi dinero, ¿me entiende? Tengo muchas deudas…

—¿Ella está aquí? —le pregunté con calma mientras lo soltaba… ya había nivelado mis revoluciones.

—Creo que sí. Pero no sé si se quedó. Señor, por favor, necesito mi dinero, ya le dije todo.

—Vaya al *house resort* y pida la cuenta por la habitación 136. ¿Algo más para decirme?

—Son cincuenta mil liras.

—Cobre lo que quiera y déjeme en paz —afirmé levantando la mano. Quería que se fuera, y así lo hizo. Simón David parqueó el carro y entró conmigo al resort. Observamos al recepcionista, quien lucía de mal humor y deseaba terminar su turno para irse.

—Buenas tardes, caballero —le dije cortés—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Diga —expresó desentendido, sintió que no queríamos reservar y no prestó mayor atención.

—¿Ha visto a una mujer aquí que se quedó a pasar la noche?

—A diario pasan demasiadas mujeres. Dígame un nombre y resolveré su petición.

—Se llama Janett Lanchester.

El recepcionista negó de forma instantánea haber escuchado ese nombre antes… Sin embargo, luego cambió su rostro y preguntó como un niño pequeño—: ¿Janett Lanchester? ¿La que fue reina y princesa del Olivo?

—La misma, caballero.

—No, tristemente no ha venido alguien así…

Baje la cabeza en evidente derrota y luego Simón David le dijo algo más:

—Joven, si ella llega a venir. Por favor, envíela para el house resort. Le dejaré pago el transporte si ella viene, ¿de acuerdo?

Mientras Simón David hablaba con el recepcionista, yo me disponía a salir. Me agaché en medio de la acera, coloqué una mano en el suelo y la otra en mi cabeza, no podía creerlo antes… pero ya era inevitable hacerlo. Janett, la mujer que tenía cautivo mi corazón, se había perdido y no sabía dónde encontrarla. Ya no estaba en el Olivo, donde siempre la encontraba, ahora estaba en algún lugar desconocido del mundo y temía lo peor.

(…)

Janett caminaba por las calles junto a Katherine y conversaban un rato sobre lo que había sucedido.

—¿No me puedes hablar un poco sobre tu familia? —insistió Katherine con confianza. A pesar de ser tan caritativa, era terca y quería saberlo todo. Janett no quería contarle mucho sobre el Olivo, ni que había sido reina, porque lo que menos deseaba era volver a su hogar.

—Mi padre está en América. Todo está bien por allá.

—Entonces… —dijo prolongada—. ¿Por qué no le envías un mensaje o lo llamas?

—Podría decirle a mi padre, pero no creo que tenga dinero para enviar un telegrama.

—¿Todavía piensas en el telegrama? Lo de moda es el celular, deberías usar uno para evitar esto.

—¿Un celular? —preguntó con curiosidad, nunca había escuchado aquella palabra.

—Sí, un celular es un dispositivo que permite llamar a largas distancias y también enviar mensajes, es muy efectivo. Y mira, también tiene sonidos —lo sacó y empezó a tocar las teclas del aparato cerca del oído de Janett, que había escuchado aturdida las molestas estridencias del celular.

—Gracias, eres muy amable. Lo pensaré —dijo contenta, pero no a plenitud, porque le había sobrevenido un aparente estado de culpa. Katherine, lo presintió con su sexto sentido.

—Mira… te voy a contar un secreto, pero antes no debes decírselo a nadie, ¿está bien?

En poco tiempo, cuando todavía seguían avanzando, Katherine

reconoció el resort donde se había encontrado con Janett y entraron en él. Ella le explicó que el recepcionista fue muy grosero, pero que al menos había tenido el detalle de prestarle un paraguas, y quería devolvérselo como muestra de agradecimiento.

—¿Alguien ha preguntado por mí? —le dijo al mismo tiempo que le entregaba el paraguas—. Muchas gracias, me salvó la noche.

—La verdad que no —admitió mientras lo recibía—. Espero poder disculparme por lo de anoche si fui demasiado rudo. Solo estaba haciendo mi trabajo.

—No se preocupe, a la próxima debe tener más tacto con un ciego, eso es todo. Adiós y que tenga buen día.

Katherine esperaba a un costado y se proponía a tomar la mano de Janett para irse. Sin embargo, al recepcionista le entró una extraña corazonada y recordó las palabras del hombre que había preguntado por una mujer, pero nunca le certificó si era ciega; por ello, dudó. Pero a pesar de eso, quiso investigar.

—¡Señorita! —llamó a la puerta antes de que se fueran—. ¿Usted es Janett Lanchester? ¿La del reino del Olivo? —soltó al aire para probar, de igual forma no esperaba una respuesta afirmativa de una mujer que no veía, pero de cualquier manera quería cumplir el deseo cedido por Simón David.

Janett, cambió el rostro por una leve irritación, se encogió de hombros con un respiro que le dolió y respondió sin esfuerzos, porque la habían descubierto—: Sí, soy yo.

(…)

Habíamos dado una vuelta por toda la ciudad, le preguntamos a la policía y hasta incluso salimos de Nápoles. Nada, siempre era nada. La verdad, estaba agobiado y estupefacto por el escenario moribundo que se creaba enfrente de mis narices. Porque después de todo, ¿qué iba a hacer? ¿Cómo les comentaría a sus padres —en especial al rey —, que había perdido su mayor posesión? Quemaba en el alma solo imaginármelo, porque no quería más que encontrar su rostro de nuevo. La noche había caído como una dolorosa aguja en la piel y mi corazón parecía un soldado fallecido en la guerra, porque no quería volver al resort, me negaba con tristeza a vivir otra noche de infierno sin Janett.

Simón David no estaba incomodado por la búsqueda ni mi obstinación, sino por estar manejando de forma prolongada durante horas, con la espalda recta que se le jorobaba y se resentía con molestia, porque no estaba acostumbrado a conducir tanto.

Sin embargo, llegó lo peor y lo que menos quería escuchar de su

parte, porque Simón David, lloroso y devastado, se parqueó en una de las plazas con pesadez. Nos quedamos varios minutos ahí, suspendidos en la existencia, sin decir una sola palabra, y había percibido lo importante.

Simón David quería comentar algo, lo sentía con su silencio, pero no decía nada. Tenía una mudez tan vívida que me recordó al caballero Sounder. Y no quise dejarlo esperar más tiempo…

—Dime —expresé con la mirada baja y mi luz más apagada que nunca.

—Querido… lo lamento tanto —me dijo con el corazón roto al mismo tiempo que empuñaba el volante con toda su fuerza y tristeza. Sentí sus palabras como puñaladas y me resigné a ver hacia otra parte para que no notara mis deseos incontrolables de llorar, de soltar mi cuerpo y desaparecer para siempre. Sin embargo, él sí lo hizo.

» Jane es tan hermosa, tan preciosa y encantadora, una mujer admirable con un gran ejemplo de vida, un ser humano para honrar siempre… —Había comenzado a llorar como un hombre en solitario, le quería acompañar, pero no me daban las lágrimas, porque mi espíritu estaba vaciado e incrédulo todavía—. Te juro que la encontraremos. Pero, ¡por el amor de Dios! ¡No siento la espalda! ¡¿Por qué? No es justo… —golpeó el volante con estruendo.

—Volvamos —dije con la voz rasposa y con el dolor más grande que jamás había sentido—. Vamos al resort.

(…)

Por primera vez en la vida, me había acarreado al alma una indescifrable y arrasadora sensación de sufrimiento. Era un abatimiento interno tan poderoso, que hasta perdí la capacidad de moverme a voluntad. Era mi cuerpo que actuaba como si fuese una masa inerte, como una marioneta controlada por las pocas neuronas que me quedaban, y eso que todavía no había salido del Ferrari, estábamos a minutos de llegar y ni siquiera sabía si recordaba caminar o abrir la puerta de un auto. Así de fuerte era la muerte desde adentro.

Había parado Simón David, y mientras parpadeaba, tomaba acción con lo poco de energía que me restaba. Pude salir al abrir la puerta, pero me costaba hacerlo porque estaba temblando.

—Amigo… descansa un rato y mañana lo intentamos de nuevo, ¿te parece? Estaré aquí temprano en la mañana.

Mis labios formaron un rostro abatido, y Simón David lo comprendió como pudo. Acomodó el auto para parquearse y se retiró con gran desánimo. Me encontraba de pie en el borde de la entrada al

resort, y no quería ni voltear para entrar, tampoco deseaba hacerlo porque tal vez merecía dormir en la calle como lo hice antes. Había abandonado al amor de mi vida y no tenía perdón para superar ese dolor tan fulminante.

De repente, en medio de mi estado de desorientación, vi un taxi acercándose a unos diez metros de distancia. El conductor se bajó con caballerosidad para abrirle la puerta a alguien, y de allí salió una mujer idéntica a Janett. Estaba alucinando. Era una locura lo que el cuerpo humano era capaz de hacer con un hombre que estaba sumergido en la mierda.

—¡Que tenga buen viaje! —le dijo el conductor mientras se marchaba.

—¡Igualmente! ¡Muchas gracias, señor!

Al escuchar su voz… me regresó hasta lo que no tenía ni sabía que contenía. No lo podía creerlo… ni siquiera podía procesar lo que mis ojos estaban presenciando. El ciego, en ese momento, parecía ser yo.

—¡Janett! —La llamé desde lejos, incrédulo hasta el horizonte.

—¿Claude? —volteó hacia donde me encontraba… y el resto fue historia. Corrí con tanta insistencia en superar la barrera del sonido, que casi terminé derrapando por el suelo por la agitación exacerbada de mis carnes. La abracé y la elevé en el aire como un tesoro descubierto entre mis manos. No podía dejar de sonreír con lágrimas en los ojos, llorando y sintiéndome vulnerable, y todo en silencio, pero no me importaba. Había regresado a la vida después de haber muerto.

—¿Por qué lloras? —sin embargo, era Janett, y ella entendía todo.

—Pensé que te perdía para siempre —le dije cuando intentaba nivelar mi respiración sin éxito, porque me costaba. Me sentía como un niño llorando, atrapado en el cuerpo de un desabrido hombre de veintiséis años.

—Solo tomé un taxi, no me fui del planeta —dijo con toda la tranquilidad del mundo, me la quería comer a besos, era inexplicable que tuviera tanta hermosura dentro del espacio de mis brazos.

—Nunca más te dejaré —le dije abrazándola con más fuerza—. Jamás me alejaré de ti. Y no me importa si me aborreces, te respiraré en la nuca todos los días. Perdóname si soy intenso y exagerado, pero no quiero perderte. No quiero volver a sufrir sin tu amor.

—Está bien —respondió con una sonrisa de oreja a oreja mientras limpiaba mis lágrimas con el dedo. Janett era mi ángel, había recuperado a mi ángel sagrado, a lo más importante—. Me agrada cuando me respiras de cerca.

—¿En serio?

—Sí, cuando estoy contigo, mi alegría siempre incrementa. Te

extrañaba —me depositó un cálido beso en los labios.

—Te prometo que así será —dije afirmándolo con seguridad mientras acariciaba su delicado rostro de mujer.

—Oye, no jures tampoco. Eres malo con las promesas… ¿No ves que casi me pierdes? —dijo negando todo lo anterior con una sarcástica inclemencia que me hacía reír hasta llorar de felicidad. Así era Janett, la dueña de mis días.

—Está bien. Mejor lo cumpliré.

—Así es buen hombre —reiteró con gran amor cuando nos fundimos de nuevo en otro abrazo amoroso.

Janett también acarició mi mejilla y emití un quejido. Tenía un gran moretón en el pómulo, resultado de mi accidentada caída del día anterior.

—¿Y esto? —preguntó asustada.

—Me golpeé con un faro de luz, es una larga historia —no le convencía lo que escuchaba, pero no tenía de otra que creerme. Luego noté que tenía algo escrito en el brazo. Eran muchos números.

—¿Y eso que tienes ahí?

—¡Ah sí! —dijo atenta—. Hay que guardarlo, es un número de teléfono importante. Lo necesitaremos algún día, es de una amiga que conocí.

—Genial —le dije mientras la abrazaba de nuevo. No quería distanciarme ni un segundo más, y me atreví a decirle algo más—: Te daré un destino para visitar.

—¿Uno de ti? ¿Y eso adónde? Qué milagro.

—Visitaremos a alguien muy especial.

—¡Vaya! —dijo queriendo abrir los ojos—. ¿Quién sería más especial que yo? —expresó con gracia tratando de encubrir sus celos.

—No seas así —le dije regocijado—. Iremos a Bolivia. Ya sabrás quién es, la conoces desde hace tiempo.

—Lo repito, espero que no sea más especial que yo, pero está bien. Confiaré en ti —dijo mientras tomaba mis manos y regresábamos rápidamente a la habitación, aliviados y llenos de amor. Lo malo había sido superado con éxito.

Capítulo 73.

Nos juramos nunca más dejarnos —o separarnos por mucho tiempo—, y para evitarnos aquello, decidimos finalmente comprar un teléfono celular. Éramos ignorantes al respecto de ese tema, pero sopesamos con inteligencia que Janett lo tendría en caso de perderse, para no volver a enloquecernos con una nueva búsqueda. Porque no había peor cosa que encontrar a alguien que le costaba hallarse.

Al final, habernos distanciado encandiló nuestro amor hacia niveles indescifrables y nos fortaleció aún más. Tiempo después, luego de insistentes reclamos por su parte, le conté lo que había hecho para encontrarla y lo patético que me había vuelto, porque era un hombre de penumbras sin ella. Y después de aquello, caí en cuenta de que Janett era mi vida y perdía el sentido cuando no estaba. Aunque al final, había algo que no le había dicho y esperaba el momento ideal para hacerlo. Pero como Janett era especialista en leer las energías —sobre todo las mías—, estaba descontenta por no conocer lo postrero que le atesoraba.

Aterrizamos en Bolivia y, luego de esperar unas horas en el aeropuerto, llegó la persona que había estado esperando visitar desde la última vez que estuvo en Rumpler.

—¡Claude! —gritó a la distancia mientras se acercaba con efusiva alegría—. ¡Mi tonto favorito de la familia!

Era mi querida prima, la dueña de los rulos y botas campestres, aunque había cambiado su apariencia con un vestido largo y sobrio, similar al de Janett, con la diferencia que usaba un gabán azul marino para protegerse del viento. Me dio un fuerte abrazo mientras Janett permanecía callada como una muda en una función bochornosa.

—¡Hola, Jane! ¿Me recuerdas? —le preguntó de cerca.

—Me parece que no… lo siento —dijo cambiando su semblante a uno muy amigable. Todavía estaba ofuscada por no saber lo que le ocultaba.

—Soy Amarilda. Claude, hace años nos presentó.

—¡Oh cierto! ¡Disculpa! ¿Cómo has estado? —expresó avergonzada. La había recordado en medio de una naciente alegría. Janett, no se había olvidado de mi familia y eso era muy significativo para mí. Le importaba de verdad.

—Bien, espero disfruten en el sur. De momento no estamos tan bien pero ahí vamos, caminando y andando —expresó con jugarreta —. Hay lugares hermosos por aquí, y a Claude le debo una visita, así que seré su guía.

—¡Fantástico! —dijo Janett, entusiasmada—. Es un honor.

Descansamos aquel día, después del interminable viaje de un continente al otro.

(…)

En la mañana siguiente, salimos a pasear por las calles bolivianas junto a Amarilda. Había celebración y mucho colorido en la capital, especialmente en las áreas de fiesta, donde había globos y gente afable de inolvidable estirpe. Mientras palpábamos unas artesanías referentes a la altura de la ciudad, pues era una de las más elevadas del globo terráqueo, habíamos dejado atrás a Janett.

—Eres impresionante —dijo Amarilda, abrumada—. Viajas por el mundo con una princesa real... ¿Podemos cambiar de vida? —preguntó, con gracia.

—No, ni si te ocurra —le dije sonriente—. ¿Y Travis?

—Mejor no me hables de él —replicó, decepcionada.

—¿Por? ¿Qué ocurrió con él? ¿No estuvo aquí?

—Sí, pero… ¿Te crees que vino a verme? Rompió mi corazón… —se puso la mano en el pecho y enseñó un rostro afligido.

—No era su obligación venir. Pero pensé que lo habías superado —le dije estupefacto. Amarilda llevaba años enamorada de Travis.

—Uno nunca supera a los idiotas, y él es uno muy especial. Es algo que todavía me sorprende —Hizo una mueca con desagrado. Era imposible adivinar a quién le gustabas o de quién te enamorarías, pero caer en las redes del olvido de alguien que no te prestaba atención, a veces era un destino peor que la muerte.

—Y yo que tengo una buena noticia.

—¿Sí? Aunque igual no creo que nada pueda levantarme el ánimo…

—Quiero casarme con Janett, pero no sé qué hacer. Ayúdame.

Observar la transformación de excitación en el rostro de Amarilda, había sido de las cosas más tiernas que vi en la vida.

—¡No puedo creerlo! ¡No puedo! ¡Te lo juro que no! —gritó al aire, enloquecida, mientras izaba los brazos al medio de su pecho, de un lado para el otro, como si se hubiera ganado la lotería con cien pesos.

—Haz silencio que casi nos escucha —le susurré. La tomé del brazo para irnos más lejos, porque le había causado demasiado asombro y conmoción.

Cuando nos separamos más, le expliqué el plan que tenía para hacerlo y le pareció perfecto. Tengo un lugar que puede ser espectacular para la propuesta, es más, lo haremos ahí. ¡Será hermoso! —me dijo flotando por los aires. No sabía que a las mujeres les encantaba tanto la idea de un matrimonio, porque la verdad, lo único que me producía era náuseas del gran susto de imaginarme una vida con Janett, no porque fuera un sueño, sino porque no sabía si

aceptaría. Todavía vivía con baja autoestima.

Había sido tanta mi ansiedad, sumada al ruidoso desespero de Amarilda, que ni siquiera habíamos esperado hasta el día siguiente para buscar el anillo. Janett dormía, y pronto regresamos al urbanismo como ladrones al acecho, en búsqueda del aliciente que necesitaba para adornar nuestra vida juntos.

Amarilda se probaba los anillos en lujosas tiendas de joyería y, en realidad, ninguno de los que se ponía me gustaba. Todo era muy ostentoso, y a pesar de que Janett era una abnegada princesa, no le gustaban las prendas de lujo ni las posesiones de gran valor.

La noche avanzaba y las tiendas cerraban; sin embargo, mientras caminábamos por la avenida principal, descubrí a una artesana callejera recogiendo sus telas para irse. En lo último que sostenía, vi lo que estaba buscando.

—¡Hola! ¿Qué tiene en aquella alfombra? —le pregunté, señalándola con el dedo. La artesana subió la cabeza y entrecerró su mirada con desconfianza.

—Una joya muy importante.

—¿Está a la venta?

—¡No! —expresó tajante y con un toque de enfado. Amarilda había llegado a acompañarme.

—¿Por qué?

—No es cualquier baratija —abrió la tela donde la guardaba y sacó la piedra con cuidado, como si fuera un tesoro—. Está elaborada por las manos más corteses del país… —elevó su mano con la joya para poder observarla con detenimiento: era un anillo de un fulgor inefable, rojo y con destellos de escarcha, de una belleza ideal—. Las de mi bisabuela, cuando vistieron el esplendor de los últimos *Quechuas* del siglo pasado. Un pedazo del diamante rojo de la gran roca de Brasil.

Al observarla, no pude dudar que era justamente lo que había estado buscando para un regalo matrimonial. Amarilda me veía admirando la piedra con tanto recelo, que se echó a reír, porque la consideraba mezquina y caótica.

—Entonces… ¿No está a la venta? —reiteré de buena gana.

—No, solo es para alguien que sea una verdadera princesa. Nada más.

Giré hacia donde Amarilda y nos reímos cómplices. El destino era una cosa seria cuando se trataba del amor.

—Lo encontré —le dije a la piedra pensando en Janett. La artesana me miró con un ojo muy abierto, como si fuera un bicho raro, y entendió la expresividad de mi lenguaje corporal.

—¿Me jura que es una princesa? —preguntó, con el alma enmudecida. Ella sabía que no mentía.

Sin decir una sola palabra, solté uno de mis brazos y levanté la

palma de mi mano en señal de promesa. La artesana, abrió la boca con creciente desconcierto, como si mi mano se transformara en una revelación de la vanguardia. Me incomodé al darme cuenta de que su rostro no cambiaba de expresión, y me rasqué la cabeza, por el surgimiento de una duda muy importante. Tenía miedo de no poder adquirirla debido a la precaria tecnología de la tienda, pero lo mejor era preguntar:

—¿Tiene para tarjeta aquí?

(…)

En el comienzo del día más terrorífico de mi vida, Janett me percibió más tenso que nunca y pensó que estaba asustado por razones inexplicables. Aun así, ella tomaba mi mano mientras íbamos al lugar especial que Amarilda nos tenía reservado por conocer. Eran unos tramos extensos y desérticos que se superaban en camioneta con un conductor de la localidad. Ya no podía contenerlo por mucho tiempo, sudaba con denuedo porque la carne me estorbaba gracias al miedo.

—Claude… ¿Por qué estás así? Deberías contarme eso, no te está dejando dormir tranquilo...

Sonreí tontamente. Janett siempre buscaba de forma sutil la manera de perturbarme con su belleza y encanto, y casi lo lograba, pero no fue capaz porque yo me mantenía firme como una roca bajo la montaña.

—Es un secreto —le dije mientras la besaba en la frente y rodeaba mi brazo por encima de su hombro. Había ganado más quietud. Janett tenía el poder de brindarme tranquilidad cuando era necesario. Había dormido apoyado en su hombro, y después de un rato, ella misma me despertó.

Cuando bajé del carro, mis ojos ya no se contaminaron en el mar del nerviosismo, porque creía que, además de ser el día del desasosiego, también era el de la infinita preciosidad.

—Es el salar más grande del mundo. ¡Es increíble cada vez que vengo aquí! ¡Cada vez lo amo más! —gritó Amarilda a los cuatro vientos mientras se disponía a correr sobre el salar.

Nos habíamos quitado los zapatos porque el agua rodeaba al salar y era un espectáculo fascinante. Era como un visor de dos mundos azulados, el primero que calzaban nuestros pies y el segundo que encajaba en el cielo, creando un doble espejo hacia la atmósfera, indescriptible en su asombrosa perfección. Parecía sacado directamente de un cuento de fantasía. Estaba conmovido, era demasiado para mí. Lo llamaban *el salar de Uyuni*.

Janett sostenía mi mano, rescatándome de mi ensimismamiento y avivando en mí el deseo de contar la mejor de las narraciones, porque lo había aprendido de nuevo; qué hermoso era estar con ella y acompañarla siempre.
—*Es insondable encontrar una posible definición ahora mismo, porque el cielo es un espejo del mar, del mismo que acarician nuestros dedos, porque en los astros también nos hallaremos. Somos parte del viaje hacia lo eterno, ideales al encuentro del hogar que hemos deseado atravesar, porque aquí se une lo divino y lo terrenal, el imaginario con lo real y lo humano con lo perpetuo. Aquí es donde unimos nuestras almas… y las juntamos para la eternidad.*

Amarilda lloraba al escucharme y Janett estaba a punto de hacerlo, aunque se contenía de forma valerosa. No sabía si lo hacía bien… Luego, Janett sacó la cámara para tomar una foto y Amarilda me hizo una señal para empezar. Sin embargo, Janett me soltó de la mano y comenzó a caminar, alejándose de mí, mientras imaginaba todo el escenario mágico y celeste que le había descrito en mi relato. Mis deseos de llorar habían incrementado de forma notable entretanto admiraba a Janett, paseándose y surcando los aires azulados, con su grandiosa ternura encantadora, era como ver a un ángel en su hábitat natural, porque le lucía a la perfección el tránsito hacia lo sublime de los cielos.

Amarilda me reiteró con voz baja que era el momento preciso para hacer la propuesta. Le hice caso y, con el miedo recogido en el universo de mi timidez, como si fuera un hombre partiendo para la primera cita, llamé a Janett… con el deseo de que fuera mía para siempre.

—Janett, ¿puedes venir aquí un momento? —le dije tembloroso y aterrado, sintiendo cómo la cobardía me consumía.

—Esto de llegar a ti siendo ciega… me resulta difícil a veces —me respondió en tono de broma, mientras se acercaba y se detenía frente a mí—. Dime, ¿qué necesitas? —preguntó con la amabilidad que le caracterizaba, aunque aún se mostraba reticente por no haberle confiado el secreto.

Tragué saliva dos veces, porque, aunque era muy probable quedar reseco en el lugar más salado del mundo, tampoco era una buena excusa para quejarme de lo nervioso que estaba. Observé que había agua debajo y no podía arrodillarme, estábamos inundados. Miré hacia Amarilda una última vez y ella me señaló con la cabeza que lo hiciera… y así fue, no me importó mojar mi pantalón. Amarilda tenía una sonrisa gigantesca.

—Janett, me siento en el cielo contigo, es decir… o bueno, ahora estamos en el cielo, juntos y eso… —balbuceaba horrible. Amarilda me miró aterrada y Janett ni siquiera se inmutaba, ya que yacía en la

misma serenidad que siempre la engalanaba. Volví a tragar saliva una vez más, mojando mis labios con la lengua, y volví a sudar. Saqué el cofre que contenía el anillo de diamante, lo sostuve y así continué sin parar:

» Lo que trato de decir es que mi vida contigo es como aquí. O sea, es tan hermoso que me cuesta describirlo, como esto ahora… Y solo quería decir… —miré hacia el suelo y me armé de valor con todas mis fuerzas—: ¿Te gustaría estar conmigo para siempre?

Elevé el anillo a la altura de su pecho y me volví uno con el agua, porque además de empaparme de cintura hacia abajo, estaba sudando de cuello para arriba.

De forma precipitada, Janett mostró una gran confusión a la altura del rostro y quiso taparse la cara, aparentemente decepcionada, al menos eso creí en ese momento. Y ocurrió lo peor, porque Janett cuando hizo aquello, sacudió el cofre de mis manos con la yema de sus dedos y cayó al salar inundado debido a la presión de la gravedad.

—¡No puede ser! —deliberé a vivo viento, mientras me apresuraba a escarbar bajo el agua, queriendo encontrar el diamante. También sentí mi alma salir de mi cuerpo, porque lo había arruinado… Janett me había rechazado. Janett me rozó el cabello mientras yo estaba agachado y se sorprendió al verme en esa posición. Luego, preguntó con duda:

—Claude, ¿por qué estás arrodillado?

—Te estoy proponiendo matrimonio —le aclaré rápido y ansioso, buscando como loco el diamante en la tierra. Por fortuna del destino y mi agilidad manual, conseguí tomarlo antes de que terminara al precipicio del salar.

Y con una mano en la sortija y la otra en mi cabeza, renegando, alcé mi rostro buscando encontrar su respuesta.

Janett, segundos antes, se había cubierto los párpados con las manos como si viera. No entendía nada. Por un momento llegué a pensar que lo nuestro había sido producto del azar y que solo ella me acompañaba porque no quería perderse del mundo. Sin embargo, era lo contrario a mi estúpida imaginación de perdedor. Janett no respondió de inmediato, porque se largó a llorar conmovida hasta el fondo, y me contestó con los ojos del alma:

—¡Me encantaría verte ahora mismo! —afirmó sollozando al mismo tiempo que enseñaba su bellísimo rostro, lleno de lágrimas—. ¡Porque no hay nada que desee más en mi vida que esto! ¡Estar siempre a tu lado!

—¿De verdad? —me coloqué en pie con el corazón latiendo a mil por hora, saqué mis manos con torpeza y retuve el anillo con escalofríos. Luego, soporté sus brazos con los míos. El momento era

increíble, me sentía en el cielo y ya estábamos en él—. ¿No estás mintiéndome? ¿Estás segura que te gustaría? Porque no quiero volver a perderte, quiero que seas mía para toda la vida.

—¡Más que nunca! —aseveró sonriente y agitando su cabeza entre lágrimas, mientras me atrapaba el rostro con sus manos—. Eres el hombre de mis sueños, el que vela por mí. Han pasado cinco años y quiero sumar un cero más para que sean cincuenta, y ojalá muchos más, para repetir todos los años que se vengan contigo.

Comencé a llorar como un niño y la abracé demasiado, estaba muy emocionado. Le susurré tres veces que la amaba con amor de verdad, con el espacio de mi corazón, con lo dispuesto que contenía en mi interior y con la existencia que sopesaba para entregarme por siempre, porque en mis deseos no anhelaba otra cosa que vivir a su lado. Amarilda lloraba como única testigo de lo nuestro, y el cielo se coloreaba con un nuevo atardecer de luces resplandecientes que se reflejaban sobre el prodigioso espejo del salar.

—Oye, Claude —me susurró, aún seguíamos abrazados—. ¿Por qué estás mojado?

—Me arrodillé para decírtelo.

—¿En serio?

—Sí.

—No tenías que hacerlo —me abrazó más fuerte y luego se recostó en mi pecho, no le importaba que estuviera empapado—. Soy ciega, recuerda que no veo nada.

—Cierto… —le respondí mientras miraba de reojo a Amarilda. Quería estrangularla por lo que me había obligado a hacer. Al mismo tiempo, Amarilda se moría de la risa conmigo por mi decidida voluntad para el amor. Sin embargo, nada más me importaba en ese momento, porque Janett, la mujer de mi vida, finalmente había aceptado serlo. Y no dejábamos de sonreírnos entusiasmados, porque estábamos en la gloria de nosotros, en la cúspide más sobresaliente, donde todo era amor y no había otra cosa que no fuera vivir sobre él.

Capítulo 74.

2000. Sídney, Australia.

El nuevo milenio nos deparaba agradables sorpresas. Desde el comienzo del año, habíamos planeado meticulosamente las características del lugar para celebrar nuestra boda. Nos queríamos casar cuanto antes, porque teníamos deseos de hacer crecer nuestro amor como la levadura del pan. Sin embargo, en nuestro viaje de descubrimiento al mundo, cuando el tiempo aún existía y no había lugar para excusas, cualquier ocasión era especial para crear momentos inolvidables, y aquella sería la inauguración de nuestra historia de amor, bajo los ojos atentos del Creador.

Habíamos planificado hacerlo en una noche de enero, en las afueras del muelle de la capital, con una vista privilegiada al ilustrado Sídney Opera House, el edificio más moderno del planeta. Estaba construido con cascarones en un estilo único y desconocido para el mundo. Lo conocía a través de imágenes y esperaba que la inspiración me guiara cuando llegara el momento perfecto de la noche.

En aquel día de celebración, Janett me informó que pronto llegaría la persona que había conseguido para concertar la unión. Curiosamente, había llamado al número que guardó cuando se perdió en Nápoles.

En general, todo iba a ser una sorpresa para cualquiera de nuestros conocidos, porque nos íbamos a casar por lo civil, pero vestidos de iglesia, en una improvisada decoración que habíamos adquirido con una empresa de la localidad. La mayoría de las cosas también serían inéditas para mí, así que estábamos destinados a ser sorprendidos por los realizadores. No habíamos invitado a nadie, tampoco lo sabía alguien, y aunque le dijimos a Amarilda, al final no quiso abandonar su natal Bolivia. Pero en el fondo lo queríamos así, ya que deseábamos privacidad.

Estábamos en el centro de la ciudad, y cuando me distraje mirando algunas vitrinas y carteles, apareció la persona que Janett esperaba con impaciencia.

—¡Janett! —le gritó una mujer de piel oscura y el cabello glaseado, envuelta en un elegante enterizo color pastel.

—¡Katherine! ¡La estaba esperando! —respondió sonriente mientras se abrazaban y se daban un beso en la mejilla—. Mira, te presento a Claude.

—¿Eres tú el que no se quería casar con este mujerón? —me expresó directa pero simpática. No entendía la pregunta, así que me

reí un poco incómodo sin responder, y Janett la pellizcó desde un costado—. ¡Ah, y hola! —añadió, elevando el brazo para darme un apretón de manos—. Es un placer, soy Katherine, la catequista. También soy jueza y tramito matrimonios. Encantada de casarlos —dijo gustosa.

—¿No era un secreto lo último? —le dijo Janett, extrañada.

—Lo es en Italia, más con los viejitos que debo cuidar —admitió serena—, pero aquí a los australianos nada les importa. Es otro mundo.

—Claude… —me dijo Janett—, ella fue la que me salvó. Gracias a su ayuda no me perdí y por eso le debo mucho.

—De verdad, muchas gracias —le aseveré con sonrisa, gratamente sorprendido—. No sé cómo pagárselo.

—Bueno, hay una forma… que es casándose con esta mujer —insistió Katherine—. No permito amores sin ley. Así que… siendo así, creo que comenzaré con usted. Venga y acompáñeme —Tomó mis manos y me apartó de Janett.

—¿Adónde iremos? —le pregunté mientras Janett quedaba atrás.

—A escoger su vestimenta, decidirla será fácil para usted.

No había pasado ni media hora y ya habíamos regresado con mi traje. Janett estaba sentada afuera sin nada que hacer. Luego, Katherine la sostuvo para llevársela y me dijo—: Claude, si desea puede irse al hotel para alistarse, yo llegaré con ella para la ceremonia.

—¿No me permitirá acompañarla? —le dije acongojado. No me había separado de Janett después de lo que había ocurrido.

—¡No! ¿Cómo se le ocurre? —se sorprendió—. Es sabido que es de mala suerte ver a la novia antes de la boda.

—Pero…

—¿Quiere casarse o renunciar a esto? ¡Arrepiéntase de una vez si no está seguro! —me increpó en tono de broma, pero también sentí su seriedad al decirlo. Katherine era una mujer extravagante e inesperada para decir las cosas.

—Perfecto… —le solté la mano por última vez a mi futura esposa y la dejé ir con calma—. Yo la espero, siempre la espero.

—Muy bien, entonces, allá nos vemos… póngase cómodo, porque después de esto la tendrá para toda la vida —reiteró mientras se iba junto a Janett para la elección del vestido. Estaba lleno de incertidumbre, pero al final, también sonreía como nunca, porque Janett sería mi esposa.

Después de horas y horas de espera en el hotel, me aburrí y decidí arreglarme sin más. Australia era monótono hasta el momento, al no tener más planes. Y luego, cuando quise acabar con el arduo somnífero del tiempo y el aburrimiento, partí en dirección hacia el

muelle que acompañaba al *Sídney Opera House*. Cuando lo vi de frente… quedé completamente paralizado.

Era una edificación que parecía imposible de construir, pues contenía una gracia particular y un aire artístico que se extendía desde las ventanas hacia afuera. Era un lugar de espectáculo. De reojo, pude ver al equipo de decoración que estaba preparando todo para la boda y lucía increíble: había arcos amarillos hechos de flores con más de tres metros de altura, una alfombra rojiza con pétalos de cerezo y un mesón de bebidas asiáticas fabricadas en Europa. Sin embargo, algo desentonaba según mi percepción: no entendía por qué había tantas sillas, eran más de doscientas.

Cuando me acerqué a preguntar a uno de los trabajadores, me dijo:

—Dos personas muy relevantes se casarán y habrá mucha gente acompañándolos. Me contrataron para esto, pero no sé quiénes son.

Le agradecí por la información y me sorprendí, porque efectivamente era nuestra boda, pero no sabía quiénes iban a ocupar la mayoría de las sillas. Y lo otro —y no un dato menor—, era que al hombre que le pregunté, nunca supo que yo era el novio a pesar de estar vestido.

El tiempo pasó como un remolino rapaz en medio del desierto y, poco a poco, mi miedo formaba a ser parte de mis titubeos y extrañezas internas. Estaba llegando un numeroso grupo de personas a ocupar los asientos, algunos vestidos de traje y otros de manera más informal. Lo increíble era que no conocía a ninguno y empezaba a dudar si yo era quien se iba a casar. Me sentía un extraño en mi propia boda.

Las luces se encendieron y la noche nos envolvió con su cercanía. El clima estaba ventoso, pero no impertinente, y las sillas estaban a rebosar de un gentío. Pronto se dispensó otra mesa con meriendas y más áreas de alimentación, decoraciones variadas que parecían ostentosas e incluso había un músico con una guitarra acústica. Era demasiado para mí y precisaba respuestas, porque además de ello, la noche avanzaba y la multitud se impacientaba porque Janett aún no aparecía por ningún lado. Luego, uno de los organizadores subió al pequeño altar que habían preparado para los novios, encendió un micrófono que estaba a la altura de sus hombros y dijo: ¡Por favor! ¡Esperamos aquí al novio Claude Rivarola, para su travesía de esperar por la novia! Con temor y entusiasmo a la vez, ocultando mi rostro por la vergüenza del inesperado llamado, decidí pasar en medio de la alfombra y permanecí en el lugar destinado para la espera.

La gente no me perdía de vista. Distinguían mi húmedo atuendo y forma de caminar, mi manía de ver al suelo y desear que me tragara la tierra. O tal vez, estaba tan neurótico que imaginaba aquellas cosas

en mi cabeza.

El tiempo seguía su curso y la desconocida multitud no dejaba de impacientarse. Pronto comencé a sudar con desenfreno y sentí que varios se reían de mí, cuchicheando entre sí. Mis piernas se entumecían por esperar de pie, y flexionaba mis extremidades con gran incomodidad. Logró acentuarse aún más cuando el músico dejó de tocar. Gracias a eso, la habladuría aumentó a niveles colosales. Sentía que estaba siendo humillado y llegué a pensar que Janett me había rechazado.

«¿Qué es esto? Dios santo… ¿Esto es casarse?» No lo podía entender, aseguraba con tristeza que Janett me había desamparado. La noche, ya madurada en aquel momento, me hizo creer que no llegaría.

Pero luego entendí por qué el artista pausó su recital, y era porque Janett… había aparecido.

Cuando la vi… solo sonreí, y los presentes guardaron silencio para capturar un recuerdo inolvidable.

Si existiera una forma de definir la espectacularidad de Janett en aquella noche, me hubiera encantado saberla, porque hasta en mi mirada —que hablaba por sí sola—, le parecía imposible que fuera humana. Janett había sido apartada de los cuentos de hadas para una noche, aquellos que ella negaba con insistencia, pero que yo afirmaba con certeza en mi sentir sin decírselo, porque en mi corazón creía que era muchísimo más que una princesa real, una reina de encanto… pero sabía que decirle así sería incorrecto, porque con el alma se lograba percibir que era mucho más que eso.

Janett, se deslizaba a paso lento por la alfombra mientras era llevada del hombro con delicadeza por Katherine. El público se ponía en pie y se hallaba expectante, la mayoría estaba boquiabierta por su impresionante belleza y el mágico realce que la adornaba. Estaba ataviada en un prístino vestido de tela negra con simpáticos encajes circulares, prolongado de una cola con clase y sobriedad. Era un embrujo a mis ojos.

«Ahora sé lo que es casarse… Dios mío» repetí alterado en mi respiración. Me estorbaban los pulmones en el pecho, no funcionaban para atrapar el aire y drenarlo con comodidad.

Katherine, desposó a Janett en mis manos y me picó el ojo con travesura; había hecho una maravilla con ella, pero a pesar de ello, todavía tenía algunas preguntas:

—No puede ser que haya tanta gente aquí… —le dije, un poco indiferente.

—Quise invitar al mundo y quería hacer algo inolvidable contigo… disculpa si no te lo conté, pero también quería sorprenderte —me dijo con una tonta sonrisa de satisfacción.

—Pero… ¿no te reconocerán? El reino del Olivo lo distinguen en todas partes.

—Menos en Australia —indicó, contenta—. Aquí están pendientes de otras cosas, como, por ejemplo: recibir comida gratis.

Cuando volteé a observar la mesa, había como treinta personas esperando en fila para comer. Era cierto, Janett pensaba en todo.

—Janett, estoy temblando del susto.

—¿Por la gente? ¿Por casarnos? —me preguntó, intrigada y preocupada.

—No —negué con complicidad—. Es por ti y tu infinita belleza esta noche.

Janett se rió y me tomó de ambos hombros con ternura mientras me regalaba una sonrisa de polo a polo. No podía creer lo hermosa que se veía, era mi mujer, la persona que me iba a acompañar para siempre. Solo con saber eso, era suficiente para ser el hombre más feliz en toda la existencia.

Los presentes tomaron asiento, y Katherine comenzó con la ceremonia del matrimonio, que en realidad había sido más sencilla y rápida de lo que esperé, porque lo que expresó desde el comienzo, lo omití por completo admirando a mi futura esposa.

—Por el triunfo del amor —enunció Katherine, leyendo una hoja que tenía en sus manos—. Hoy es el escenario especial donde dos valerosas almas destinan su vida para compartirla por siempre. Me resta decir que deseo con gran ímpetu que su amor sea tan grande que supere la vista del entendimiento, trascienda los ojos del espíritu y se adueñe de la visión que hay en el corazón. Los suyos, dispuestos a entregarse hasta la muerte, y no habiendo impedimento para esta noche, le pregunto; Claude Rivarola: ¿Acepta a Janett, como su legítima esposa, para cuidarla, guiarla en sus pasos y atesorar su vida como su riqueza más grande?

—Sí —dije casi sin fuerzas para expresarme, porque todavía seguía temblando.

—Janett Lanchester: ¿Acepta a Claude, como su legítimo esposo, para honrarlo, valorar su lucha y recompensar su vida como lo más importante?

—Sí, siempre sí —expresó con grandioso semblante, estaba en el cielo ante su hermoso rostro.

—¿Estás segura? —le susurré con despacio, no quería que se arrepintiera luego. Mi baja autoestima tenía una carta final.

—Obvio que sí, nunca he estado tan segura de algo —respondió, simpática. Me reí de lo tonto que había sonado, pero necesitaba confirmarlo de nuevo. Aquello era lo que valoraba de Janett, porque siempre soportaba hasta la peor de mis inseguridades.

Guiándola para que firmara, ambos certificamos el acta de

matrimonio con nuestras firmas. Katherine entretanto, continuó:

—Con el intercambio de sus anillos matrimoniales, se dirán palabras de afecto para sellar el matrimonio al frente de todos los reunidos aquí presentes.

No había contemplado un discurso ante tantas personas y mientras lo pensaba, Janett tomó el micrófono para comenzar con el suyo:

—Me siento contenta de que estés aquí —dijo sonriente a plenitud —. Y que seas mi compañía hasta el final, porque eres mis ojos en la permanente ausencia, eres mi voz en las tormentas y mi sendero cuando todo se oscurece. Siempre lo serás hasta mi último respiro, gracias por aceptar ser el hombre de mi vida —expresó linda y desligándose del micrófono, con una pasividad increíble. Había sido tan rápida su locución, que ni siquiera pude magnificarlo de forma esencial. Había sido tan inesperado lo que me dijo, que no logré sonreír con libertad porque tenía pánico escénico y tocaba mi turno:

—Claude, es su momento… —me murmuró Katherine.

Asentí timorato y me acerqué al micrófono un poco intimidado, quedando estático por los siguientes veinte segundos. Nunca había tenido la oportunidad de conversar con más de cinco personas a la vez, y hacerlo frente a doscientas, era una tarea inadmisible para mí.

Tragué saliva y el público empezó a conversarse entre sí, alegando cosas y admitiendo que mi falta de hombría para el amor, significaría el fin de mi relación, porque no sabía amar en público.

Cuando todo se iba a ir por la borda, Janett, se acercó a mi lado y me tomó desde la otra mano con firmeza y desmedido amor. Abrí mis ojos al instante y supe lo que era cierto: Janett siempre me colmaba de sus fuerzas, y gracias a eso pudimos casarnos.

—En un variado cascarón, que contiene diferencia de tamaños y magnitudes. En donde una imagen desde todos los ángulos realza su distinción, y enseña lo cambiante que puede ver el universo, que casi siempre está sujeto a nuevas formas estructurales —le sonreí al público y observé de reojo a Janett, era increíble estar ahí—. *Así es nuestro amor, como el Sídney Opera House, siempre tenemos nuestros altos y bajos, cambios de humor y duros contraluces en donde la oscuridad nos gobierna en el pecho, demostrándonos que la vida va más allá de una interminable alegría, porque a veces hay tristeza, también renace el dolor y a su vez, mueren cientos de sueños… pero si al menos estoy a tu lado… me doy por enterado de que vivo, y de que no importa si el tiempo es injusto conmigo o contigo, aquí estaré en pie, como una plaqueta de hormigón.*

Aunque Janett estaba emocionada de la alegría, percibí su mano temblar por el temor, incluso lo hacía más que yo, porque ella también sufría en nombre del amor. Un hombre de entre la multitud se elevó y comenzó a aplaudir con admiración.

—¡*Unbelievable!* —expresó, entusiasmado. En cuestión de segundos, dos más se unieron, y luego cinco, hasta que toda la gente se sumó. Vociferaron y entonaron cánticos de júbilo, estaban asombrados por mis palabras, y ni siquiera sabía cómo me habían entendido; sin embargo, a veces no era necesario hablar con el mismo idioma cuando se conversaba desde el corazón.

—En nombre de la ley y de la sociedad, bajo los ojos de Dios —dijo Katherine, un tanto conmovida—, los declaro legalmente marido y mujer.

Y con un placer de ensueño, me aproximé a mi mujer y le di un gran beso. Los aplausos y el enardecimiento colectivo regresaron, porque nos hicimos de un amor correspondido, que, aunque ya lo vivíamos, no estaba de más confirmarlo con nuestros votos. Después de todo, pensé en lo genial que era Australia, porque siempre estuvo vestida de gala para nuestra historia.

(…)

Katherine antes de despedirse nos platicó sobre varias claves del matrimonio y también la importancia de los hijos para crear una familia. Janett y yo no habíamos conversado para tenerlos, pero sin duda alguna, nuestra ocasión de formar un hogar estaba muy cerca. Pero antes de entrar en la seriedad de la descendencia, Katherine nos recomendó lugares para pasar una improvisada luna de miel.

Todavía seguíamos en Australia, y siendo así, fuimos a un zoológico para liberar las cargas del cuerpo mientras mirábamos los hermosos canguros de la región. Apenas Janett los escuchó venir, saltó de alegría como una niña. Incluso logramos acariciarlos y darles comida. No hacía falta recordarle a Janett que tomara una foto, ya que siempre estaba lista para capturar destinos gráficos para la memoria.

Luego de ello, nos embarcamos hacia otro destino encargado por Katherine: la playa de *Samurái Beach.*

Al llegar, podía sentir cómo el mar regresaba a pegarse en mi piel por la ausencia de la arena, y Janett, como acostumbraba, se regeneraba y disfrutaba escuchando los sonidos del mar; sin embargo, lo que me llamaba la atención de allí era la carencia de personas en la entrada de la playa, aunque poco nos importó mientras seguíamos en dirección al mar. Minutos después, me enteré con justa razón por qué faltaban personas.

A escasos cincuenta metros, observé a un hombre desnudo corriendo en la playa. Paró en seco y comenzó a hacerse cosas perturbadoras. Janett retenía la cámara con sus manos, e inconscientemente iba a tomar una foto hacia donde estaba aquel

hombre derramado.

—No lo hagas —le dije mientras le detuve el temporizador de la cámara con el dedo.

—¿Por qué? —me preguntó, impactada.

—Es mejor que no… —dije mirando de reojo hacia aquel hombre solitario y falto de afecto.

—Mmm, está bien —dijo un poco ofuscada—. Cuando tomes una foto, nunca volveré a tomar otra —me sentenció. Luego, el lejano pervertido comenzó a gritar de placer, tanto así fue, que Janett escuchó—. ¿Y eso tan extraño?

—Se golpeó alguien con algo —le mentí con descaro, no quería crearle una pésima imagen del hombre.

—Pero… ¿Con tanto frenesí?

(…)

Cuando regresamos al hotel, tuvimos la fortuna de encontrar a Katherine antes de que viajara de regreso. Tenía una importante demanda sobre lo que había sucedido en la playa.

—¡Katherine! —La llamé a lo lejos. Janett aún estaba a mi lado—. ¿Podríamos hablar un momento a solas?

—Por supuesto.

Luego de dejar a Janett a un lado, le expresé mi mayor inquietud. Estaba disgustado con las recomendaciones.

—Katherine, ¿por qué me hizo ir a ese lugar tan raro? O sea, los canguros estuvieron geniales, pero la playa fue terrible.

—¿Por qué?

—Había un hombre desnudo —le susurré con calma.

—Ah, eso. ¡Tranquilo hombre! —me dijo sonriente—. Es una playa nudista, es buena para recrearse con el nacimiento y volver a los orígenes.

—Bueno… pues el hombre que vi allá estaba regresando al origen de todo… y no era agradable verlo. ¿Por qué nos recomendó ir hacia allá?

—Pensé que sería bueno que se unieran en el mar como Dios los trajo al mundo.

—¿Pero así de ese modo? —le expresé incómodo, pero sensato —. Igual, gracias, pero a la próxima… que sea algo más privado, por favor.

—De acuerdo, haré el intento.

Despedimos a Katherine sin más y luego Janett me comentó una noticia:

—Llamó papá —me dijo impaciente.

—¿Qué dijo?

—Teresina no quiere gobernar, siente que sigue siendo inexperta. También nos invitó a su cumpleaños.

—Lo que tú decidas estará bien, eso haremos.

—No quiero volver —dijo sincera y contenta—. Mejor quiero terminar de recorrer el resto del mundo que me hace falta contigo. Eso es más divertido —me volvió a tomar de la mano. Le sonreí y conservé el silencio, no sabía por qué, pero cada nuevo día que vivía a su lado era una nueva oportunidad de poder descubrir nuestra vida y la fortuna de estar juntos.

Porque después de esos años, Janett era el amor de mi vida y mi esposa. Se decía fácil, pero me parecía una cosa increíble, y aún seguía sin creerlo; la suerte que tenía era inagotable.

Capítulo 75.

2004. Bran, Rumanía.

Los años del nuevo milenio avanzaban como un reloj que se había olvidado de esperar sus manecillas. Era el comienzo de un año maravilloso para la fructificación de nuestro amor, porque habíamos conversado formalmente sobre la inclusión de un nuevo miembro a la familia. No obstante, antes de ponerse sobre la marcha, estábamos dándonos un impresionante paseo por la auténtica Rumanía.

El escandaloso país del oriente europeo contenía una gran diversidad de castillos medievales y bosques vírgenes que lo hacían gozar de un aura de significativo encantamiento. Janett estaba fascinada mientras superábamos la aglomeración de castillos y esperábamos con ansias visitar uno de los más importantes: el castillo de Bran.

Era una asombrosa arquitectura que me hacía viajar a la Edad Media para recordar los cuentos extravagantes del abuelo, en especial el del conde Drácula, que era su favorito desde la juventud.

Era increíble observar que, además de los Olivos, el mundo también contenía edificaciones fortificadas, atesoradas de gran misterio e historia. Janett, que estaba impregnada de agrado, sacó la cámara para obtener una foto. Ya le había contado acerca de nuestra venida al baluarte y esperaba con impaciencia un relato de mi parte. Consentí sus deseos y de inmediato, comencé con la depurada espontaneidad de palabras:

—En las lejanías del oriente, hay historia y magia en la tierra prometida, en el esperado encuentro de un rey que busca su hogar, o una reina que desea hallar el descanso. En la cúpula de sus cubiertas, existe un castillo de suntuoso tonelaje y arqueo indescifrable: ladrillos grisáceos e impecables, espacios infinitos y nostálgicos, y ventanales estrechos para soportar guerras desde las trincheras, porque se les espera en la ida de los tiempos y de sus aires, de sus artes y de sus almas.

Janett logró capturar la foto con el panorama total del castillo. Y no me había dado cuenta de algo hasta ese momento, Janett era demasiado genial y precisa para la fotografía, porque sus retratos eran excelentes. Pero me entristecía en el alma reconocer que nunca vería lo sobresalientes que eran sus fotos en pantalla.

—Janett —le dije, un tanto afligido—. ¿Sabes que no verás esas fotos?

—Sí —me dijo, sin inmutarse—, pero nuestros hijos sí.

Quedé suspendido en el aire y con una impresión que me llegó hasta el fondo del corazón; qué palabras tan preciosas me había contestado.

—Entonces... tomemos más —le aseguré, sonriente y encantado.

—¿No dijiste antes que no te gustan las fotos? —preguntó, sorprendida. A veces me contradecía con torpeza.

—Sí —afirmé sereno—. Pero contigo cualquier cosa puede soportarse.

No dijo más en ese momento y me dio un corto beso de labios. Luego, volvió a responder con enamoramiento:

—Ya es hora —me dijo.

—¿Sobre? —Estaba desprevenido.

—¿Qué más sería de lo que estamos hablando? De tener un hijo —cambió su tono, lo había arruinado.

—Todos los que quieras —le acepté con amor.

—Pero ahora.

—Ah, ¿ahora? ¿En este momento? —le dije para confirmar, mi rostro parecía un poema porque era un tonto que preguntaba lo obvio.

—Sí.

—Pero… aquí hay gente —dije mirando para los costados con incomodidad.

—Obvio que aquí no —admitió con gracia y complicidad—. Pero estoy ansiosa, porque cuando tengamos nuestros hijos, les contaremos nuestra historia.

Me acerqué hacia ella con alegría y le di un gran abrazo. Janett se sostuvo de mi cintura y dejó su cámara a un lado del pecho, estaba más feliz que nunca por tenerla en mi vida.

(…)

Regresamos a Italia en medio de una noche de fuerte tempestad y entramos al resort empantanados por un charco de lodo que había que pasar antes. Simón David se hallaba en recepción y nos ayudaba con amabilidad. Janett tenía una sorpresa instantánea para mí, pero se la había guardado.

—Queridos, ¿qué les ocurrió? ¿Por qué tan mojados?

—Nos agarró la tormenta —le dije mientras me secaba e intentaba hacer lo propio con Janett.

—Eso veo… Tanto tiempo sin verlos por aquí, pero qué rico que estén viajando y disfrutando —admitió Simón David, contento.

—Es lo único que me gusta hacer, si conoces algo mejor, me avisas —expresó Janett, sarcástica y agradecida.

—Linda, lo único que tengo para ti, es un *spa* de los más

exclusivos de Italia, lo amarás —dijo con un tono feminizado. Simón David, a pesar de su robusta apariencia, era más amoroso que una mujer enamorada.

En ese mismo momento, se apareció un hombre en la puerta de entrada que había comenzado a gritarle al recepcionista. Todo se volvió caótico en un segundo, y para sorpresa de extraños, Janett logró reconocer la voz con inmediatez:

—Ese es… —dijo al viento. Volteé para observar hacia la puerta, y era un hombre corpulento de casi la misma altura de Simón David, fácilmente medía dos metros y no sé por qué se me hacía tan familiar… Simón David, se indignó al instante y fue a confrontarlo—. Es el gritón de Vietnam, Charlie Briegel —recordó Janett con una extraordinaria capacidad para la memoria. Y después de escucharla, sentí miedo de Simón David, porque había sopesado en mis pensamientos lo agresivo que era aquel hombre cuando estaba histérico.

—¡No puede ser! *¡Fuck you, men!* ¿Cómo no se puede reservar aquí? *¿Are you kidding me?*

—Oye… ¿Qué sucede? —le preguntó Simón David, conteniéndose.

—No es *your problem…* —giró a verle, denotó sus pantalones rosados, y no le dijo más.

—Vivo aquí hace trece años, este también es mi hogar —aclaró rudo como nunca.

—Cuando me importe eso que dices, *I will ask you.*

—Deberías ser más cuidadoso con tus palabras —le expresó con ardor. Charlie había cambiado mucho para aquel entonces, estaba barbado desde la sien hasta el cuello, pero seguía con la brillantez de la calva. Había dejado el bolso en el suelo con una rabia insulsa y se arrimó para ponerse al frente de Simón David.

Era una locura, no sabía quién podía matar al otro, porque eran dos tanques de guerra.

—¡Un momento! —alertó Janett hacia ambos con insistencia—. Charlie, ¿no le había dicho que dejara ese absurdo inglés?

—¿Y tú quién eres? —le expresó enrabietado.

—Janett Lanchester, antigua reina del Olivo, para tu información, y también una amiga que conoció en Vietnam.

—Oh... —bajó los ánimos de inmediato, y la rememoró con desagrado—. La soledad nos hace desviarnos del objetivo. Le debo una disculpa... —Charlie había transformado su semblante de forma implacable. Parecía que sufriera de histeria momentánea, o algo desconocido, porque se apaciguaba después de hablar con alguien de ritmo suave y cálido.

—Tranquilo, ahora diga, ¿cuál es el inconveniente?

—No tengo hospedaje —dijo cabizbajo—. Llegué aquí porque manejaban buenos precios, *but* según palabras del recepcionista —volteó a mirarlo y aplacó su furia ante él—. No hay más habitaciones, así que dormiré en la calle hoy.

Janett, sin decir una palabra y en un acto de plena confianza, metió su mano en el bolsillo, sacó las llaves de nuestra habitación y se las entregó a Charlie.

—Le daré mi habitación —le expresó con sosiego—. Esta noche, viajaré para conocer el abuelo de mi futuro hijo, y justamente necesito a alguien que se quede aquí. Puede estar el tiempo que requiera.

Charlie, estaba congelado y descolocado al igual que yo, porque era nuestro hogar. Tampoco podía procesar con orden sobre cuál personaje hablaba: ¿se refería a mi padre o a otra persona?

—Señorita…

—No haga que me arrepienta... —le dijo Janett como si fuera una hermana mayor, era impresionante el nivel de confianza que le había depositado—. Puede hacer amigos, incluso le presento al mejor que tengo. Por favor, Simón David.

Como si el pasado fuera perdonable en cuestión de respiros, Simón David se acercó sin mostrar resentimiento y estrechó la mano de Charlie con una sonrisa servicial.

—Simón David, querido. Espero ayudarte para lo que desees…

Charlie, giró aterrado a verme al no encontrar otros ojos diferentes para desahogarse y supo que había perdido la batalla de la rabia sin dar un golpe, y le entregó la mano a Simón David.

—Es un placer —le respondió cortés y con una sonrisa de medio lado.

Los dejamos a un costado y de forma simultánea me acerqué a Janett. Le pregunté a quién se refería, porque me había dejado en el limbo con su revelación.

—Te lo quería decir en el avión... Viajaremos a tu casa del norte. Iremos a Mississippi —expresó sonriente, y yo le devolví la sonrisa sin poder creerlo. Había pensado en el mundo entero menos en el lugar donde caminé los días más oscuros y amargos de mi vida—. Al fin conoceré a tu papá —me reiteró animada.

—Es un hombre genial. Tengo años sin verlo…

(...)

Viajamos a Mississippi como dos jóvenes enamorados en la fortuna de su amor, y rápidamente me invadió una sensación de nostalgia y ansiedad. La vida se iba en un abrir y cerrar de ojos, y los años eran tan corredizos que no sabía del tiempo cuando no hablaba

de él.

Mientras Janett dormía apoyada en mi hombro, mis ojos recorrían con nostalgia mi antiguo hogar a través de la ventanilla del avión. Después de tantas sensaciones encontradas, al volver a Mississippi, no pude evitar sentirme aliviado, ya que era diferente visitar el lugar como turista que como alguien que buscaba emplearse en el mecanismo del sistema. La presión en mi corazón se esfumaba y lograba desprenderme de algunos dolores del pasado.

—¿Cómo es tu hogar? ¿Lo has extrañado? —me preguntó Janett, todavía somnolienta y recostada sobre mí.

—No lo sé, es tan extraño volver… —le dije con una sonrisa aparente, perdiéndome con facilidad al pensar en todo lo que el pasado contenía.

—¿Tiene lugares agradables?

—Trabajé muchos años en la ciudad, y… ¿te puedes creer que lo único que conozco es el parque?

—Entonces… será interesante este viaje —expresó, mientras volvía a entregarse al sueño. Al parecer Mississippi nos tendría preparada la gran prueba de nuestras vidas.

(...)

Toqué la puerta de papá y no contestaba en ningún lado, creía que se había mudado. Janett me acompañaba y se sentía molesta con tantos golpes; sin embargo, desde atrás una voz se escuchó:

—¿Quién diría que te vería por aquí? —me dijo con orgullo.

Volteé y sonreí como el pequeño que siempre era con él, y le regalé un enorme abrazo. Le presenté a Janett y quedó encantado con su belleza, modales de señorita y personalidad única.

—Es una mujer maravillosa. Gracias por escoger a mi hijo —le dijo, encantado.

—Será abuelo muy pronto —le afirmó sonriente.

—¿Es eso cierto? —preguntó con los ojos abiertos y extensos, al desborde de la emoción.

—Todavía no —le dije contento—, espéranos un tiempo y te daremos la noticia —admití entre risas. Al final, Janett entendió que teníamos que esforzarnos para que se hiciera realidad—. ¿Cómo ha estado el trabajo?

—Va bien. En dos años recibiré mi jubilación y tus amigos están avanzando, excepto Juan Pablo, que se devolvió al sur de Virginia.

—Ese vago... —le dije negando con la cabeza llena de gracia. Juan Pablo, era el personaje idílico—. ¿Volverás con mamá?

—Sí, este viejo ya ha trabajado mucho y creo que es tiempo de su

descanso.

—Te lo mereces —le dije cuando él observaba su reloj y se impacientaba con el horario.

—Me tengo que ir —expresó, afanado—. Hijo, arriba tienen comida y si quieres puedes tomar tu cuarto, sigue tal cual lo dejaste. Vengo los fines de semana... así que —me picó el ojo—, pueden estar tranquilos.

—Gracias, papá —Janett también le agradeció, y él se marchó sin más. Me contentaba como un tonto por mi padre y sus obsoletas pretensiones. Se le había olvidado que ya no era un niño, aunque a los padres, poco les importaba la edad de sus hijos.

—¡Por fin cama! —gritó Janett hacia los vientos, tumbándose como si nada en mi desabrido colchón sin tender. Papá había sido literal al decir que quedó como estaba. Ni siquiera se dio el lujo de entrar para hacer un arreglo—. Claude, has estado pensativo, ¿ocurre algo? —me preguntó con ligereza; no sentí en ningún momento que estuviera incomodada por el olor de las sábanas y la humedad.

—Son muchos recuerdos... —le respondí, pensativo.

—¿Y no te parece que... sería mejor crear unos nuevos? —preguntó al final con evidentes señales de coqueteo. Se había quitado el calzado con velocidad.

—¿Qué tienes en mente? —le dije con picardía cuando me acercaba a ella, me había librado el pensamiento al decir aquello.

—Solo ven, ya algo se nos ocurrirá —Apenas dijo eso, fui corriendo a la cama por ella. La noche apenas había comenzado.

Capítulo 76.

Lo habíamos intentado por varios meses. Janett no mostraba síntomas porque su cuerpo se regulaba con normalidad. Llevábamos una semana desanimados por intentar pruebas de embarazo y siempre se vislumbraba en negativo. No nos preocupamos demasiado hasta que llegó aquel día de bicicletas con la conciencia del tiempo y demás inquietudes del corazón.

Alquilamos una bicicleta *tándem* de dos asientos para recorrer las prósperas playas de la ciudad. Había pocas personas, y gracias a eso, aprovechamos el exceso de espacio para mojar las ruedas con la caricia de las mareas. Janett gritaba con éxtasis al sentir el sonido de las olas y la maquinación de los pedales. El viento también golpeaba con estruendo, y hacia volar sus cabellos por los aires como un conjunto de banderas.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí a Mississippi como mi verdadero hogar, como el lugar donde forjé mi carácter y me preparé para las batallas que no esperaba, pero que estaban destinadas para mí. Luego brotó desde mis entrañas lo que deseaba salir desde hacía mucho:

—*El sonido de la corrida inolvidable, de aquello que se guarda en la piel y jamás sale, en donde lo reciente de la playa arenosa, la brisa salada y dulce, el eco natural del mar y sus raíces profundas, nos adornan de belleza los pies que presionan estos apoyos, porque nos hacen sentir que somos indestructibles, y capaces de recorrer a través de los mundos para guardarnos de la muerte, así sea en unos segundos de infinito recuerdo.*

Janett tenía la cámara dentro del bolso y no logró tomar fotos porque seguíamos bajo los pedales; sin embargo, cerré mis ojos para imaginarla, y me puse en los pies de ella. No sentí que ser ciego era tan horripilante como todos decían, solo tenían una valoración diferente de la vida y de cómo percibían lo esencial a su alrededor.

—Claude, no paremos —me dijo Janett, agotada por el desmedido trabajo de sus piernas, pero deseosa de hacernos infinitos como de costumbre.

—Congelemos el tiempo y hagamos un pacto con las horas para que pierdan sus trenes para siempre —le dije intentando sostener la conversa con mis pocas reservas de aire, el relato me había exprimido hasta el último aliento.

—Pero si el tiempo deja de correr... nunca conoceremos a nuestros hijos —me dijo sensata. Tenía razón, apenas dijo aquello, le pregunté de inmediato:

—Es raro que no haya pasado... ¿No te parece?

—Sí... creo que lo mejor será que acudamos a alguien.
—¿Mañana?
Janett, se quedó silenciosa por varios segundos. Lo pensó con cuidado y al final cedió:
—Sí, vamos mañana. Confiemos en que todo saldrá bien.
Y decidimos en aquel momento, salir en la mañana del próximo día para ir al médico, y así resolver nuestras dudas, que no eran más que una simple corazonada, pero lo suficientemente poderosa para entregar el dictamen de por fin decidirse hacer algo al respecto.
Al comienzo de la mañana, nos habíamos despertado con una sensación distinta, no era tanto color ni alegría, era seriedad de adultos, porque ahora los niños de nuestro corazón estaban escondidos. Antes de irnos, todavía seguía esperando que Janett terminara de hablar por teléfono. Estaba en altavoz y la señal era pésima, pero se le entendía.
—Ven a la posesión de Teresina. Será reina —le expresó el rey, con dificultades.
—No, tranquilo papá. Ahora estoy viajando para conocer el lugar donde trabaja mi suegro. Te envía saludos.
—Tu madre te ha extrañado, hija… —le comentó, con la voz triste.
—Bien, también entrégale saludos de mi parte. Un abrazo, los quiero mucho —colgó varias veces tocando el botón rojo, hasta que por fin desapareció el llamado. Estaba estresada y se le percibía con facilidad. Lo había pensado mucho desde que le dije y sintió que no era común una espera tan larga.
—Claude —me dijo áspera—. ¿Cuánto más hay que esperar el carro?
—Tenemos que irnos en taxi. Papá me acaba de confirmar que no puede venir.
—Bien... —dijo apesadumbrada—. Llámalo, pero primero vayamos a comprar algo para comer, me siento mareada.

(...)

Mientras Janett esperaba en el parque principal, yo había tomado el camino en dirección a la tienda que siempre visitaba cuando todavía trabajaba en la ciudad. Los cambios y la modernización en Mississippi eran asombrosos, el urbanismo también avanzaba a paso arrollador. Cuando volvía de allí y todavía me faltaba para llegar, un llamado de alguien me tomó por sorpresa:
—¡Claude!
Era la voz de Jolina, ni siquiera me tocó voltear porque estaba diagonal hacia mí, parada al lado de un árbol de pocas ramas con una

vestimenta muy decorosa, lejana a las prendas que le conocí. Ella se acercó, y me entregó un corto abrazo sin intenciones de más.

—Hola, Jolina, tiempo sin verte.

—¿Cómo te ha ido? ¿Estás con alguien ahora? —me preguntó con el corazón metido en su pupila. Con rapidez, aclaré lo indebido de antemano.

—Estoy casado desde hace cuatro años. Todo va bien —dije serio.

—Qué lindo, me alegra por ti —dijo sonriente, pero se le preveía desanimada.

—¿Y tú? ¿Cómo va tu vida?

—Nada importante —admitió, aburrida—, después de ti ha habido varios hombres, pero… ninguno ofrece nada bueno. Cambié de trabajo, gano más, pero tengo menos tiempo. Eso es todo —le iba a responder en la pausa que me ofreció, y dijo algo más—: Ah, y tengo un hijo. Ya tiene dos años.

—Qué bueno.

—¿Y tienes hijos? —me preguntó, muy interesada.

—No, pero estamos esperando a tener uno pronto.

—Eso es muy bueno… planificar es mejor —dijo reclinando un poco la cabeza—. Bueno, creo que me iré. Debo recoger a mi bebé —expresó con la mirada desvanecida hacia los árboles del parque.

—Cuídate.

—Igual tú, porque espero que ella lo haga también—me dijo, en un esfuerzo por decir algo importante—, eres un gran hombre y no mereces menos —Jolina colocó una escasa sonrisa de labios y se fue con decisión. Quedé abrumado, me había sorprendido porque, en definitiva, no lo esperaba. Jolina, seguía siendo una mujer hermosa, pero al final la vida me había entregado el amor en quien esperé, porque no era capaz de cambiar a Janett por nada ni nadie en el mundo.

Cuando regresé, ella me preguntó por la tardanza.

—Me encontré con alguien del pasado, no fue gran cosa —aclaré, sin contratiempos.

—¿Y la besaste? —me interrogó con juego, la pregunta me cogió fuera de base. ¿Janett me había visto? ¿Cómo?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Piensas que soy infiel?

—Es una broma —me dijo sonriente—, estoy muy nerviosa, lo siento.

—Sí, la besé —le dije al instante, no podía ocultarle nada—. Bueno, fue hace muchos años… y ella fue la que lo hizo.

—Oh vaya, entonces, atiné. No sabía que podía adivinar, debería jugar lotería —Tragué saliva con amargura y Janett estaba como si nada hubiera pasado; sin embargo, luego me dijo algo que jamás esperé:

—No te juzgaré por eso, porque yo también besé a alguien cuando no estabas.

—Entiendo —asentí, inaudito—. Pero, ¿fuiste tú?

—Sí. ¿Por qué?

—Nada —le dije en gracia, pero con recelo, porque tenía otra duda —. Pero...

—Ten calma —me dijo amigable—. Eres el único hombre en mi vida. No ha habido nadie más.

—Entonces… ¿el malo soy yo? —le dije con sarcasmo. En definitiva, estaba celoso.

—No entiendo. ¿Por qué tendrías que serlo?

—Estoy llamando tu atención, es solo... que siempre ganas como mujer. Eso me parece injusto.

—¡Oye! ¿Y qué gané yo ahora? —se preguntó con risas. Y cuando se distrajo, le robé un beso. Ella abandonó las risas y entró intencionada en un bonito estado de enamoramiento.

—Me encanta cuando haces eso —dijo cuando se acercaba con esfuerzo para darme uno devuelta, y me estremecía al observarla cuando lo hacía, porque se perdía al venir hacia mi rostro buscando mis labios.

—¿Besaba mejor que yo? —le dije en confianza.

—Nunca has tenido rival —concluyó, dándome otro beso.

Aquel dulce y grato momento nos sirvió de colchón para sopesar el estrés de visitar al doctor. Habíamos esperado varios minutos para comentarle acerca de nuestra situación y queríamos respuestas cuanto antes. Porque luego, después de salir de la consulta, nos llevaríamos un golpe tremendo. Cuando el doctor, con su rostro alargado y resistido en brindar una respuesta apacible, nos había alertado sobre lo anormal que era conservar tantos meses sin buenas noticias.

No obstante, a los días siguientes, después de uno que otro examen y tareas asignadas con medicamentos paliativos, y recomendaciones de su mano. Había llegado el momento decisivo para contemplar el diagnóstico final.

El doctor había sido más agresivo con los recursos necesarios para la solución del problema. Quiso intentar decirme en palabras entendibles lo que estaba aconteciendo. Janett y yo no entendíamos qué sucedía, y justo en aquel instante estábamos separados. Ella se hallaba con un especialista diferente y ambos estaban trabajando para descubrir nuestro inconveniente.

Y cuando lo vi venir, con una cara no larga sino recortada, cruda y de gran dolor, comprendí que se venía algo demasiado pesado o, al menos, lo suficiente para poner una tela de juicio.

—Sr. Claude Rivarola, tenemos un problema trascendental.

Me conservé callado, no podía decir nada después de eso, porque además había comenzado a sentir escalofríos dentro del espíritu.

» Puede sentirse tranquilo por su situación, porque usted no es el que tiene el padecimiento.

—¿Eso qué significa? —Estaba temblando, y parpadeé repetidas veces sin haberme dado cuenta.

—Su esposa —dijo despacio—. Tiene una afección ovárica que, en la mayoría de los casos, no logra encontrar un procedimiento... Lamento decirle esto, pero es irreversible. Pueden esperar más información si desean en un rato, pero los estudios son inminentes —Hizo un corto ademán de tristeza, entregado al desconsuelo de las noticias.

Ni siquiera le había escuchado con atención a lo último, porque estaba observando una pelota roja de juguete que retenía en el telar de su despacho. De lo que le escuché, creía que no existía más para objetar. Me había derrumbado desde la punta de un iceberg, cayendo hasta el fondo de unas aguas oscuras que se formaron en un segundo en mi corazón. Ya estaba ahogado en llanto y ni siquiera podía llorar, porque sabía que Janett y yo… nunca seríamos padres.

Capítulo 77.

Estábamos en medio de un abrazo desgarrador, sumergidos en la escarnecedora locura de la miseria y el dolor. Janett lloraba con estrépito. No entendía por qué a nosotros nos sucedía aquello entre tantas gentes. Habíamos superado un montón de cosas difíciles y, por si fuera poco, venía algo tan extremo que nos arrancaba el alma de una rebanada, pues anhelábamos dejar una hermosa descendencia. Era una violenta negativa que desvanecía nuestros sueños de continuar recorriendo al mundo.

—Hay adopción —le dije, en un desesperado intento por frenar sus lágrimas.

—No es lo mismo —respondió, gimoteando con tristeza mientras se columpiaba más fuerte en mi piel.

No podía llorar, pero tenía el corazón roto, muchas veces había llegado a ella y nunca sucedió una noticia inesperada desde los primeros viajes. El veredicto aclaraba que lo de Janett venía de nacimiento, tal cual como su visión, así mismo era al tratar de dar a luz. Me sentía horrible, porque quería una familia, un hogar, y una existencia que trascendiera a su lado más allá de lo que podía imaginar.

—No me importa —le dije decidido. Janett detuvo un rato su llanto —. Tú eres mi vida, mi hogar y mi casa, eres mi familia. Eres la familia que quiero para siempre.

—Pe-pero… no vamos a ser padres.

—No me interesa.

—Pues a mí… ¡sí! —gritó, entristecida, mientras se distanció de mí para sentarse en un banco en medio de la calle. Las personas nos veían al pasar y no entendían el motivo de la confrontación.

—Janett… —le dije, y cuando me acerqué para consolarla, ella tenía ambas manos en la cabeza, dispuesta a rompérsela si fuese necesario.

—Va-vamos a casa. No quiero estar aquí, por favor.

La acepté con gran desolación y a los pocos minutos, nos habíamos marchado en una infinita mudez.

(…)

Cuando llegamos, dos horas después de consolarla; Janett, finalmente se había acostado entre lágrimas, afligida hasta los tuétanos. Había decidido tomar cartas en el asunto; sin embargo, no sabía qué hacer para mejorar su estado de ánimo. Solo fui a la casa de un viejo conocido para distraerme.

—¡Amigo! —me dio un sentido abrazo—. Tiempo sin verte por aquí. ¿Qué has hecho?

—Lo mismo digo —le dije con efímera alegría. Cortés, sintió mi tristeza en un santiamén.

—Oye… ¿Y esa cara? Ven, tómate algo.

A la hora le comenté mi situación, pero antes, él estaba conversando sobre lo maravillosa que era su familia y sus niños. Era una daga al corazón, el pobre de Cortés, no se daba cuenta de mi dolor.

—Ander tiene tres, es el último. Ya juega ajedrez y enfrenta a los de siete, incluso les ha ganado. ¿Y tú?

—¿Yo? —le dije con abatimiento—. No hay mucho para decir…

Cortés inclinó su cabeza para un lado y no quiso emitir palabras, me había obsequiado su silencio hasta que le dije la verdad.

—Nunca seré papá —mi rostro era un desierto perdido. Cortés empuñó su mano y tapó su boca sin más.

—¿Es definitivo? —me preguntó, aterrado.

—Sí amigo, es seguro que sí —Quería llorar, pero mi mirada baja solo podía aguarse en un océano ocular.

—¿Cómo está tu esposa?

—Devastada, creo que nos tomó en un mal momento.

Cortés ponía cara de lamento, porque no había otra cosa que pudiera hacer. Luego seguí:

» No sé qué hacer, me siento perdido. Habíamos soñado una familia y saber que no habrá una, es… —me quedé sin aliento mientras no dejaba de mirar hacia el suelo que era mi lugar seguro.

—¿No han pensado en otros métodos o el de adoptar?

—Ya le dije, y tampoco queremos… —miraba para los costados hundido en la inmundicia, estaba en otro mundo.

—Amigo… lo único que te puedo aconsejar es que se distraigan un poco y viajen mucho. Ustedes lo hacen siempre, eso puede servir para las amarguras.

—Todavía no hemos recorrido todo el mundo… pero no existe un lugar en el que precisamente se pueda ser lo que queremos. Pero, ¿a dónde?

—Llévala a mi país, no conozco nada que no pueda arreglar el *Machu Picchu*, les servirá su buena energía.

Luego de aquello, le dije a Janett que viajaríamos en lo pronto y me aceptó callada, como si su espíritu se hubiera cerrado de forma temporal, para después conversarme sobre algún otro sueño incumplido.

Perú era maravilloso, un destino turístico envidiable para cualquiera que tuviera la oportunidad de visitarlo, pero nos cogió en el peor momento. Nuestras conversaciones eran monótonas y precisas,

no había razón para seguir amándonos con pasión y tampoco teníamos ganas de hacerlo, era el borde del abismo y de la pobreza amorosa, porque en nuestra inmensa riqueza de conocer el mundo, nos sentíamos realmente arrinconados en una esquina de la vida.

El tren que habíamos tomado para ir a Machu Picchu era largo y escabroso, el bullicio del transporte era elevado por parte de los acompañantes, pero entre Janett y yo, parecía existir una creciente agonía que se perpetraba en los confines de nuestros corazones, con un protagonismo doloroso.

Caminábamos tomados de la mano y éramos como dos pedazos de carne flotante, divagando hacia los extremos de un lugar sin trascendencia, en donde decir lo que sea, era perder energías. Juraba que nunca me había sentido tan mal. Pero aquello dejó de pasarme factura al observar el punto álgido de la montaña. Detuve los pasos, porque si hubiéramos seguido caminando, podíamos morir cayendo al precipicio. Respiré profundamente y sentí cómo retornaban mis fuerzas, el Machu Picchu era sanador. Lo que decía Cortés era cierto.

Y me sentía raro en aquel momento, porque me había librado de la elongada tristeza de forma momentánea. Era una vista espectacular e inolvidable, sumada a varios riscos de montaña y un pueblo nativo e histórico que tenía algo más que un simple encanto, porque era mágico y resplandeciente. Janett, no había entendido casi nada de lo que estaba viviendo, como si no existiera una forma de que se diera cuenta, y siendo así, con las fuerzas temporales que me entregó la montaña, decidí hacerlo:

—La belleza de la vida, el aclamado encuentro con la gran colina de la tierra, donde lo autóctono y antiguo se mezclan para crear un apoteósico instante, un mundo de fantasía y de roca vieja, un añorado encuentro con los antepasados que superaron al futuro y enseñaron los patrimonios con inmensa lindura, y llevan su tiempo cronometrado, como la creación de los cielos y la subida elevada, porque en una vista admirable y enérgica, llena de historia y misterio, existe el Machu Picchu.

Miré de reojo hacia Janett intentando descubrir su reacción… y se me había quebrado el corazón.

Mi relato, lejos de mejorar su estado de ánimo, parecía un disco rayado y de poco interés para ser escuchado por ella, y sentí que la perdía a pasos agigantados. Permanecía inmóvil, crucificada, casi escondida bajo el disfraz de ser ciega para evitar escuchar lo que decía. Omitía mis palabras sin querer hacerlo. La cámara que siempre permanecía colgada en su pecho, seguía ahí, huérfana y despreciada.

—¿Vas a tomar una foto? —le susurré, con miedo de hablarle.

—Ah, sí —contestó con desánimo, y tomó una foto que ni siquiera enfocó como solía hacerlo.

Aquello era el principal indicio del desastre, porque le había relatado algo hermoso, y no se inmutó, estaba muerta en vida. Me preocupaba demasiado.

El paisaje, que era de colores preciosos y relampagueantes, parecía ser un gris más oscuro que el negro y, por segunda vez, me sentí como un ciego delante de Janett, incapaz de observar su dolor.

Me frustraba ser tan inútil y poco recursivo para ayudarle en lo que necesitaba, porque ella me requería, y no sabía qué decirle. Me acerqué y la abracé a un costado, dándole un beso en la sien que pareció no tener efecto.

(…)

Apenas duramos dos días en Perú. Janett, entraba a un cuadro de abatimiento, cercano a la depresión, pero no lo suficiente para decidirnos ir a un psicólogo, porque estaba ahí para apoyarla en lo que fuera.

—Claude, perdóname —me decía con culpa y tristeza cuando regresábamos. No era posible responderle, no tenía palabras. Apenas habíamos retornado del viaje y ya empezaba a aceptar la realidad de que nunca sería padre, a pesar de haberlo dicho en ocasiones anteriores, ahora lo sentía más profundo y doloroso. Me dolía el corazón, porque era insoportable vivir así.

No volvimos a Mississippi, sino que regresamos a Italia. Una vez allí, desconocía que íbamos a hacer para superarlo, porque estábamos de manos atadas, consumando todo aquello que valía la pena.

Nuestra relación, que antes era un relieve perfecto, parecía las ruinas de una aldea antigua, llena de historia, pero ausente de la pasión y los deseos de amor que nos habíamos profesado, olvidado y dejado de rememorar... En el resort, todo seguía como de costumbre. Inclusive cuando entramos a la habitación, era lo mismo, como si no hubiéramos viajado a Mississippi o a Perú.

—Claude Rivarola —me llamó Janett con formalidad, me había impresionado. De nuevo lo había pensado, porque era real, y absolutamente todo se transformó para mal. Fui hacia ella con despacio, no quería que sonaran mis pasos; sin embargo, lo que Janett estaba por decirme… devastaría mi alma con inclemencia.

» Claude —repitió, dolida—. Esto no puede funcionar así… volveré a los Olivos, compraré mi pasaje de regreso para la noche. Porque creo firmemente que no es justo para ti que no seas padre. Nunca tendremos una familia. Me duele decírtelo… pero es lo que hay.

Sentía con sus palabras que me arrancaba el corazón, se

degollaba, lo trituraba para hacerlo polvo y, Janett, me veía sufrir abrumado a pesar de no mirar en lo absoluto, porque no había ninguna clase de misericordia. La vida nos era injusta a ambos.

Quise responderle, pero me dejé llevar por la tristeza y los dolores internos. Había ocultado la cabeza con las manos por encima de mi razón, y me sentía derrotado, como si hubiera perdido lo más importante que tenía dentro. Y era Janett, la había perdido con esa respuesta, y creía que para siempre…

» Déjame ir sola. Conozco el camino de vuelta, no tienes que acompañarme —reiteró con profunda desolación. Su voz estaba desquebrajada.

Alguien tocó la puerta y no tenía posibilidad de actuar frente a Janett. Trastabillando como pude, fui en dirección a abrirla. Mi mirada, no salía del sótano de los suelos y era un hecho. No había razón para erigir el pecho con orgullo. Era Simón David, me conservé en silencio a su lado.

—Querido, necesito tu ayuda por favor —Observé de reojo a Janett y Simón David me suplicó de nuevo, insistiéndome con más fuerza—: ¡Por favor! ¡Ayúdame!

Asentí resignado y, con prontitud, le seguí el rastro a Simón David, había dejado a Janett sin respuesta y era fatal, pero no sabía qué decirle, porque estaba agotado por los intentos que había realizado para que volviera.

Tampoco podía ser malo con Simón David, menos cuando tantas veces había ayudado no solo a Janett, sino también a mí, cuando estaba como loco recorriendo las calles de Nápoles para encontrarla.

(…)

Cuando íbamos en el carro, me había despejado unos segundos de Janett y nuestra historia, y luego Simón David comenzó a expresarme su necesidad de ayuda que aún desconocía con certeza.

—Disculpa querido, pero tengo que resolver un problema y necesito un hombre de repuesto… no voy a permitir que me arrebaten el amor de ensueño que tengo con Charlie.

—¿Qué dijiste? —le dije intrigado, ¿qué demonios había dicho Simón David?—. ¿Charlie?

Simón David sonrió como una jovencita enamorada de labios brillosos y escarchados, no pude observar su alegría con normalidad, porque giré hacia lo nauseabundo de las calles para seguir despejándome de Janett.

—Lo conquisté —lo observé de medio lado y percibía que era verdad. No podía creerlo.

—¿Pero no lo obligaste? ¿Charlie también es…? —pregunté con sorpresa y cierto escepticismo.

—Claro querido, ¿por qué crees que es tan gritón? —expresó presuntuoso y fascinado.

—No me cuentes más…

—Es necesario —dijo con seriedad—. Pero no sobre nuestra relación, porque necesito que hoy te hagas pasar por mi novio.

—¿Enloqueciste? Sabes que soy de mi esposa —no podía evitar reírme, era una completa barrabasada, porque además de estar tan mal con Janett, tampoco era para irse con el primer humano que se me apareciera.

—No malinterpretes esto.

—¿Y por qué no tomaste a Charlie?

—No quiero que mis hijos lo conozcan. Hay encuentros que es mejor nunca concretarlos —expresó reflexivo—. Ya verás quiénes son.

—Dijiste hijos, ¿no?

Simón David se mantuvo incauto, y en un suspiro atragantado, recordé a Janett. Era increíble cómo las cosas podían cambiar de un día para otro en el amor. Porque lo éramos todo, y en cuestión de horas, parecíamos dos extraños queriendo desechar años de un hermoso matrimonio que no tenía la culpa del camino tan incierto del destino.

Capítulo 78.

Íbamos de camino a un pequeño poblado del que se debía parquear con el carro en las afueras, pues tenía acceso peatonal. Hasta ese punto, me sentía perdido como nunca, porque a pesar de hacerle compañía a Simón David, no comprendía bien lo que tenía que hacer para ayudarle, y tampoco podía apoyarme a mí mismo, era un tornado de inestabilidad rodante. Simón David pareció percibir mi angustia y me transmitió tranquilidad con su serenidad. Bajamos del carro y fuimos caminando hacia un callejón uniforme e insulso. Él me guiaba y yo lo seguía.

—¿Sabes? Yo tengo mi historia, como todos la tenemos… —me dijo con la verdad, y no sé por qué al detallarlo con más calma, me eché a reír.

—¿Cuál es la risa? —preguntó, extrañado mi reacción.

—Eres muy cambiante —le aseguré, entendido—. No sé por qué cuando te veo hablar serio con esas pantalonetas me pareces tan extraño y particular, me haces reír.

Él también deseaba hacerlo, pero se contuvo. Son mis favoritos — dijo llano y sereno.

—Bien, ¿qué tenías para decirme? —le pregunté, él había parado de caminar justo al frente de una casa de rejas verdes y el techo a dos aguas. Un pequeño jardín la adornaba, su entrada era sencillamente espectacular.

—Es aquí —aclaró—. La historia es simple, pero luego te la contaré. Escúchame bien, primero vamos a entrar juntos y nos portaremos como dos personas que se quieren mucho. Te conservarás en silencio y todo estará bien. Adentro está mi ex esposa con mis dos hijos.

—Muy bien… no entiendo nada, pero te comprendo —le dije en un intento de hacerme parte de su extraño juego. Era cierto lo que le decía.

—Excelente querido, vamos a pasar. Estate alerta.

Al entrar en aquella casa, fue un cúmulo de sensaciones extrañas, porque sin duda alguna podía decir que había presenciado el escenario más estrambótico e insólito que viví en mi vida. Simón David era padre de dos hijos varones, de siete y nueve años. Había saludado a su ex esposa con un abrazo muy fuerte y, posteriormente, me presentó como su pareja. No sabía con qué fin lo hacía, pero debía exigir respuestas cuanto antes, y si era posible, al salir de allí. Simón David, luego de despedir a sus hijos, recibió un regalo de ellos. Era una pequeña caja que tenía varios huecos en los costados para ventilarse desde adentro. Parecía una caja llena de una magia particular.

—¿Eres padre? —le dije después de terminar aquello, mientras le presentaba un ademán de impresión. La pregunta era tonta, porque logré saberlo al acompañarlo. A veces la vida era tan irónica, porque mientras unos querían algo distinto, a otros les era imposible tenerlo.

—No solo eso. También soy bisexual —expresó con libertad—. O lo era… no lo sé, las cosas cambian con el tiempo.

—¿Qué sucedió?

—En el pasado… era un padre ejemplar. Pero, querido —perdió su enfoque por un rato—. Es inevitable ganarle a los impulsos de tu cuerpo. Es una carga que llevaba y al final pude ser libre.

—¿Le fuiste infiel a tu esposa?

—Jamás —dijo recto mientras la caja que tenía en su mano se estaba moviendo, me preguntaba qué contenía para hacerlo—. Ella lo fue primero con un hombre, y lo que me motivó a separarnos fue su traición. Eso me ayudó a ser feliz, porque vivía prisionero de un matrimonio que no tenía amor. Nunca pude amarla, no me correspondía hacerlo.

—No entiendo por qué me trajiste.

—Querido… lo hice porque confío más en ti que en Charlie. Él me gusta, pero no tanto como tú para esto.

—¿Entonces, me quieres de verdad? —le dije, desagradado. Sabía que algún día Simón David iba a ceder ante mi forma de ser.

—No de ese modo, lo digo porque me gustaría que mis hijos no conozcan a mi pareja real, quiero que mejor vean un amigo, así podemos… ya sabes, estar más tranquilos.

—Ah —lo había entendido, qué inteligente era Simón David—. Entonces, bien jugado.

—Gracias —dijo sonriente, pero disconforme—. Y bueno, me gustan los hombres, aunque no como tú eres… no sé si me entiendes. Pero eres buena gente —me aclaró con cuidado, no quería romperme el corazón, pero lo que me llenaba de alivio era saber que no le gustaba.

Sin embargo, a pesar de ello, no sabía cómo tomar lo que me había sucedido.

Era impresionante observar a Simón David, con un contraste que me estremecía la piel. Porque verlo ahí, tan digno y sereno con dos hijos encima, teniendo que desistir de ellos para cumplir con su corazón, mientras yo me moría por tener uno con Janett. Me ponía triste con solo pensar sobre la vida y sus enredos indescifrables. Simón David, con más sosiego y paz por haberle colaborado, me preguntó con un retorcijón de buen samaritano por qué me hallaba tan alicaído. Habíamos regresado al carro.

—¡Espera! ¡No me digas nada! —vociferó angustiado. Frené en seco mis futuras palabras—. Revisemos qué hay por aquí.

Simón David abrió la caja que tenía en sus manos sin más. De ella, salieron dos hermosos cachorros de raza labrador. Estaban dormidos en profundo gozo y envueltos en una manta de seda.

—¡Qué es esta belleza de todos los santos! —gritó Simón David, eufórico y contentado, mientras tomaba a los dos cachorros, uno por cada mano. Luego, uno de ellos ladró por haberse despertado, entretanto el otro permaneció adormilado—. Son preciosos.

—Sí, lo son bastante —dije distrayéndome con ellos.

—A ti, por ser gritón como Charlie —le dijo al que ladraba—. Te llamaré Coco. ¡Y te proclamo como "Coco el ladrador destructor"! —le dijo infantil al cachorro que elevaba por los aires. El pequeño seguía gruñendo como si no hubiese mañana—. Y a ti —le dijo al otro—. Te llamaré Antón, porque eres precioso y dormilón. Le encantarás a Charlie.

Era enternecedor observar a Simón David, porque se asemejaba a un niño con su cariño por los animales, y en un corto lapso, me hacía olvidar a Janett; sin embargo, su intervención en mis pensamientos era muy efímera, porque mi vida declaraba amor eterno hacia ella y eso era algo invariable. Al final, le comenté la verdad a quemarropa:

—Hay algo que no te he dicho.

—Dime, querido —me dijo cuando mimaba con locura a los animales.

—Janett no puede tener hijos.

—Oh no… —lamentó Simón David con rapidez, mientras guardaba a los perros con la caja abierta y negaba con la cabeza más de cinco veces—. No, no —no dejaba de hacerlo.

—Sí… —bajé el rostro. Él sostuvo mi hombro.

—Querido… Lo lamento desde lo más profundo de mi alma —me dijo con ganas de llorar. Luego, el perro de la caja ladró con mayor fuerza y Simón David pasó de estar triste a abrir los ojos como si nunca hubiera conocido la tristeza—. Tengo una idea —replicó sonriente y volteando a tomar los perros de nuevo—. Mira. ¿Cuál de los dos te gusta más?

—¿Por qué dices esto de repente? —le dije con el corazón acelerado, no sé por qué mi adrenalina había aumentado tan de golpe.

—Claude, creo que deberían hacer como Charlie y yo… No es posible que tengamos un hijo, tampoco podemos adoptar un niño, pero con un cachorrito tan precioso como estos… pienso que es distinto, porque también son hijos —enfatizó al final.

—¿Sí lo crees? —le pregunté, temeroso, era una tierna propuesta que sin duda me gustaba, porque creía que cuidar un hermoso perro con la ayuda de Janett… era una maravilla.

—¡Sí! ¡Inténtenlo! Si a Jane le gusta se lo quedan, y si no, vienes y

hacemos un trío.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté, confundido.

—Es un chiste, tontito —me dijo sonriente—, era para ver si estabas en la movida, querido —Ya había comenzado a pensar cosas improbables.

—Si tú lo dices… —dije como si no hubiera escuchado nada.

—Dale, escoge uno ahora —me indicó con la cabeza.

Miré al pequeño Antón con sus ojos entreabiertos y no sé por qué se me abrió un hueco en el pecho con forma de corazón, porque me nació una esperanza inexplicable con él.

—No te lo lleves por favor. Es bellísimo… —imploró Simón David, ya sabía que mis ojos no mentían al admirar parte de su bello encanto de joven durmiente—. ¡Tómalo antes de que me arrepienta y acaba con esto de una vez! —expresó de nuevo, cerrando sus ojos con desolación. Con facilidad lo retuve entre las manos y le hice una cuna improvisada con mis brazos. Parecía de juguete, aunque no era recién nacido, era mucho más grande.

Cuando volvimos, reiteraba la historia inverosímil de Simón David en mi cabeza, y con agilidad, pasaba la página pensando en lo más importante. Imaginaba de nuevo cómo sería mi vida sin Janett, tal cual en los años de mi juventud, todo perdía el color y la magia, era como volver a lo de siempre, a una insípida vida, merecedora del olvido y la soledad. No deseaba volver a nada de eso, no lo pretendía, quería que las cosas fueran como antes y mientras veía a Antón, creía que tal vez sería posible tener otra oportunidad.

Cuando llegamos al resort, fui a la habitación y no se podía abrir la puerta, todavía la noche estaba joven y parecía improbable que Janett se marchara; no obstante, le pregunté al recepcionista y me aseguró que Janett había desalojado la habitación hace varias horas. Le imploré que pidiera un taxi de inmediato… y ya no entendía qué más debía hacer.

Simón David se apareció después de guardar el carro y me vio sentado con cara de hijo abandonado.

—Claude, ¿qué sucedió? —dijo mientras entregaba las llaves del auto al recepcionista y en la otra tenía a su nuevo cachorro.

—Toqué la puerta, Janett no está.

—Dios mío… ¿En dónde está ahora?

—Creo que en el aeropuerto.

Como si hubiera activado un botón de acción en Simón David, con apuro volvió a la recepción y tomó las llaves del carro con afán. El recepcionista lo vio insólito.

—Ten —me lanzó las llaves de su impresionante Ferrari y las alcancé—. Toma mi carro y ve por tu mujer. No tienes tiempo para perder.

Apenas escuché su aprobación, fui veloz como un guepardo buscando su presa, porque no quería dejar escapar a Janett.

—¡Mira esto! —le dijo Simón David al recepcionista mientras enseñaba al cachorro lo más cerca que podía de su cara. El recepcionista lo observó incómodo—. ¿No es hermoso? —le preguntó, con los ojos saltones. Estaba maravillado.

(…)

Bajé del automóvil lo más rápido que pude, trayendo a Antón en la caja. Dentro del aeropuerto, miré desesperado buscando a Janett y cuando levanté la vista, ya había empezado a despegar un avión. Un trabajador del aeropuerto pasó a mi lado y sin dudar, le pregunté:

—Caballero, disculpe —le llamé temeroso—, ¿el último avión que va hacia el país de los deseos?

—Es el que está despegando —respondió puntual, sin emociones. Mi corazón se descompensó aún más.

Cuando llegué al área de embarque, el avión ya partía hacia su destino.

«Llegué tarde». Dejé la caja que tenía en el suelo y Antón se había liberado de ella en cuestión de segundos, buscando caminar por el piso del aeropuerto. Miré hacia abajo, donde mis pies… y no podía sentirme más miserable. Había abandonado a Janett cuando más me necesitaba, y ya no tenía perdón de Dios.

—Otra vez lo mismo… —murmuré en soledad mientras olvidaba dar respiro, y pasaban de un lado para el otro incontables viajeros y visitantes que despegaban y aterrizaban de sus vuelos. Subí mis ojos sin mayor gracia y recordé que alguien importante estaba perdido por los suelos—. Mierda, Antón. Busqué a mi alrededor y había una joven sentada de espaldas acariciándolo a la distancia. Respiré hondo porque al menos sabía dónde estaba, y justo cuando iba de camino hacia él, terminé completamente paralizado.

—Lindo, ¿por qué te perdiste? —le dijo Janett, que era la chica que estaba sentada, con un enorme bolso a sus espaldas. Estaba irreconocible. Antón, movió la cola con desespero y ladró con intensa alegría. Me fue inevitable no soltar una lágrima, no entendía qué demonios estaba sucediendo. Antón, había reconocido a Janett sin conocerla.

—Janett —le dije conmovido y sensible hasta el alma—. El avión que iba al Olivo ya arrancó.

—Alguien prometió que no me iba a dejar sola, y estoy esperando que venga por mí.

—¿Quién? —le dije quebrado, casi a punto de llorar.

—Obviamente tú, ¿quién más sería? Si conoces a alguien diferente, me avisas —admitió, regocijada.

—También había alguien que te estaba esperando… —le dije mientras lloraba y me sonreía como un imbécil, no podía evitarlo. El sarcasmo de Janett me sumaba años de inmenso gozo.

—¿Hay alguien más? —me dijo con sorpresa cuando acariciaba a Antón, y no sabía que era él quien la esperaba. Era tan extraño, pero maravilloso a la vez.

—Janett, te presento a Antón. Nuestro nuevo hijo.

—¿Hijo? —se preguntó Janett a oídos abiertos, cuando bajó la cabeza para acercarse a él, volviéndolo a acariciar con más amor.

Al observar a la mujer de mi vida, contenta y renaciente, pedí con insistencia a mi cabeza y al Creador que, por favor, me diera las palabras correctas para que Janett nunca más volviera a dudar de su valor como mujer, porque su felicidad era lo único que me importaba.

—Janett —Ella se contuvo de acariciarlo y me escuchó—. Solo quiero estar contigo hasta el día que me muera. Porque ya te lo he dicho antes, no me interesa ser padre si no eres tú la madre de mis hijos. Quiero que seas mi familia para todos los días de mi vida —Antón había comenzado a ladrar. Janett se conmovía por mis palabras —. Y con nuestro hijo… que siempre nos va a acompañar. No sé qué te parece.

Janett, se emocionaba entre lágrimas y Antón intentaba cubrir su llanto con la torpeza de sus pasos y la inocencia de su ser.

—Es perfecto así —dijo Janett, cuando se disponía a llorar como un ser sanado gracias al corazón de un ángel con cuatro patas.

Agradecí hacia lo más alto y me acerqué lo más posible a ella. La abracé como nunca mientras me arrodillaba a su frente y ponía mi cabeza por encima de su regazo, al lado del adorable Antón.

» Gracias por amarme y protegerme siempre con tu amor… te amo tanto —expresó llorando, entristecida y aliviando su alma al compás de los tiempos. Tenía tiempo sin escuchar palabras tan maravillosas de su parte.

—Nunca te dejaré, eres lo único que sé cuidar —le dije besando sus mejillas empapadas por la caída de lágrimas, y Antón ladraba por el llanto de los dolores vividos y superados de nuevo por nuestro gran amor, que a veces era difícil, pero que no tenía fecha de caducidad. Porque no interesaba el final, o un hondo precipicio, o la desaparición forzada del cariño, porque aun así se entristeciera el mundo y se terminaran las llamas de la hoguera, el amor que nos teníamos seguía firme como roca de montaña en el nacimiento de la tierra. Nuestro amor, finalmente, había superado todas las pruebas posibles.

Capítulo 79.

2008. Bangkok, Tailandia.

El tiempo seguía avanzando con solidez, y después de varios altibajos, habíamos empezado uno de los momentos más gratificantes de nuestra vida juntos. Janett había mejorado su estado de salud —y también su ánimo—, volviéndose una mujer radiante y espectacular, más de lo que ya era.

Antón nos ladraba dos veces en un segundo y no podía estar más contento. Nuestro hijo tenía la inteligencia de un perro guía, ya que era extraordinario a la hora de ayudar a Janett cuando más lo necesitaba. Ya era un perro adulto y responsable, nos sentíamos infinitamente agradecidos de haberlo adoptado, porque lo amábamos con todo nuestro corazón.

Estábamos en mitad de la ruidosa y comerciante Bangkok, que se hallaba afónica por el inicio de la temporada baja, o al menos era lo suficientemente temprano para no despertar a los vecinos de la gran ciudad.

En nuestro acostumbrado turismo por las ciudades, habíamos quedado eclipsados con la belleza artística de *Wat Pho* y sus adornos emblemáticos. Era un lugar asombroso, lleno de templos antiguos y bellos edificios con formas geométricas y pintorescas. Un auténtico deleite visual para los amantes del arte. Janett, tomó la cámara con ambas manos y aprovechó el momento para capturar una foto a mis espaldas.

—¡Oye! ¡Me tomaste una foto a mí! —le dije sorprendido.

—Era mi intención —sonrió Janett, satisfecha.

Nuestra relación había evolucionado a lo largo de los años, como si hubiéramos ascendido a un nivel de amistad profunda, siendo cómplices en cualquier momento y compartiendo aventuras de por vida.

Nos conocíamos con tal profundidad que nos hacíamos íntimos hasta para expresar lo más trivial, y habíamos trascendido el amor de forma perdurable, honrando lo que sentíamos el uno por el otro. Todo en compañía de Antón, que seguía creciendo a sus cuatro años.

—¿No harás tu relato hoy? Me estás dejando plantada aquí.

—Si no he comenzado es porque siento que algo quieres decirme.

—Bien, tú ganas —respondió con nostalgia, noté el cambio de energía en su voz—. Algún día… me encantaría conocer tu rostro.

Le sonreí sin decir nada y bajé la mirada, sabía que eso era imposible. Sin embargo, por un azar fortuito, recordé un efímero momento de mi niñez que me dejó boquiabierto.

—Ahora que lo recuerdo bien… creo que me viste de niño en el Valle de los Lamentos.

—¿Sí? ¿En el tiempo que podía ver?

—Yo pienso que sí —le dije inseguro, la verdad no recordaba mucho de aquel momento, era muy olvidadizo—. Había perdido unas granadas con Travis y nos estaban dando una paliza.

—Ah, claro, cuando nos robaban con descaro —me dijo sarcástica.

—No, jamás —negué mintiendo con certidumbre, en realidad éramos unos ladronzuelos de fruta. Ya se lo había contado en el pasado.

—Ojalá lo recordara… —me dijo, desilusionada, mientras se sentaba en uno de los muros engalanados que tenían los templos y sostenía su mejilla con la mano—. Mis recuerdos de cuando veía son muy contados, y aunque tenga una excelente memoria, igualmente me cuesta mucho ordenar las cosas ahora.

—¿Y si soy feo? —le dije con gracia, pero en mi interior era una pregunta muy importante.

—No te preocupes por eso —admitió con claridad—. En realidad, amaría ver tus ojos para confirmar nuestro amor… las parejas que se aman nunca dejan de verse. Debe ser lindo —se encogió de hombros con la cabeza baja.

—A mí también me encantaría ver los tuyos, creo que moriría feliz si lo hiciera.

—No digas tonterías —replicó con una sonrisa, le había gustado lo que le dije.

Aunque tenía una agitación interna, no sabía por qué mi corazón sentía el deseo de expresar aquello. Pero la verdad, era un sueño que hubiera deseado cumplir para todos los días: observar los ojos de mi amada.

—Templos de arquitectura colorida, pequeños detalles adornados de misticismo y gloria. Historias profundas de la Asia histórica y sus feudos decretados por el pueblo, atestados de perfección y obediencia. Lugares que encierran una profunda pasión por el arte, por la belleza delicada y los colores suaves pero cálidos, que, sin duda, son una excelsa preciosidad de las eras contemporáneas, en su intento por querer descubrirlo todo. Nunca sentirán lo que fue estar ahí... rodeado de un sinfín de símbolos de inolvidable valor y recuerdo.

Janett, no había cambiado de lugar, pero se hallaba con sonrisa de oreja a oreja, y capturó una foto. Luego me dijo:

—Claude, ¿dónde aprendiste a narrar cosas tan hermosas?

—Vaya… buena pregunta —me lo pensé unos segundos, aunque ya conocía la respuesta—. Pienso que mi abuelo me enseñó.

—Tuvo que haber sido un hombre excepcional.

Sentí un poco de dolor en sus palabras. Luego, le pregunté algo

que me intrigaba desde hace algún tiempo:

—Janett, ¿por qué casi no pides ayuda?

—¿Qué ayuda?

—Con la ceguera. Desde que te conozco siempre has preferido seguir sola.

—Pero si tú me acompañas…

—Ahora sí, pero antes no.

Janett abrió su boca con ligereza y logró entender lo que trataba de expresarle. Quería saber más sobre ella y su dolor del pasado.

—De niña lo decidí así, porque cuando perdí la visión de nuevo… me sentía triste —se le percibía hasta en el tono, no pudo ocultar su estado.

—¿Cómo lo tomaron tus padres? ¿Te apoyaron?

—Ellos siempre se portaron muy bien… pero llegó el día que me cansé de todo.

—¿De qué fue? —le dije curioso.

—No querían dejarme sola en ningún momento. Ellos pensaban que sería una inútil por siempre. Les dije que se fueran porque quería tener paz, y que no me trataran como una carga, sino como hija. Siempre he sabido de mis limitaciones, y sé que soy capaz de más. Ellos se disculparon tanto conmigo, que terminé aborreciendo las disculpas…

—¿Por eso no usas bastón?

—Si no estuviera contigo, tendría que usar uno. Y si en los Olivos nunca lo he utilizado, es porque además del tubo metálico que hay en uno de los pisos, no existen más lugares que desconozca. El Olivo es como si fuera una extensión de mi cuerpo.

—¿Y no me necesitas para algo más? —le dije cuando me acercaba para descubrir su rostro.

Janett se quedó pensando por varios segundos, y justo cuando estaba por darle un beso en la mejilla, respondió:

—Creo que no.

Igual se lo entregué, aunque con tristeza por escuchar eso (Pero sabía que era sarcasmo. Janett era la mujer ideal para arruinar toda clase de momentos románticos). Ella lo recibió con encanto y me lo devolvió de forma amorosa. Para terminar el día, pasamos por el buda acostado y un distintivo, pero numeroso grupo de torres y reliquias antiguas. Lo que me llamaba la atención, era que cada una de ellas era de tamaños diferentes y contenían ilustraciones de excelsa belleza. La gente era cálida y Janett llevaba el *tailandés* como pez en el agua.

(…)

Al siguiente día, decidimos ir a los mercados y callejones de Bangkok, pero no soportamos ni siquiera una hora en aquellos lares porque había demasiado ruido, y como era de noche, costaba mucho encontrar transporte de regreso. También habíamos dejado a Antón en el hotel, porque como siempre, prefería dormir.

Sostuve las manos de Janett antes de pasar la calle, y recordando la conversación de ayer, pensé en mi mejor amigo. Había sobrepasado el carril y Janett me descubrió pensativo.

—¿Qué piensas ahora? —preguntó, directa.

—Cada vez me asustas más cuando dices eso, no me acostumbro a que sepas mis silencios.

—Eres muy obvio —reiteró segura y cariñosa. Janett era una maestra para leer el lenguaje corporal que provenía desde mi corazón.

—Estaba pensando en visitar a un amigo. No sé si te gustaría otro destino de mi parte… —expresé con cuidado, el único que le había recomendado además de Bolivia, era Perú, y había sido un viaje horrible.

—Tus destinos me encantan. ¿Por qué lo preguntas? Vayamos y ya.

—Pero…. ¿estás segura?

—Sí —asintió—. La vida es una y no es justo quedarnos esperando a que pase, mejor hagamos que suceda. Tenemos tiempo para hacerlo, ¿no? Además, también me gustaría conocerlo.

—Obvio —le dije sonriente, intentando imitarla. Ella se rió sin más.

—¿Dónde será?

—Tengo que preguntarle a mamá, sé que es un país centroamericano.

—Todavía no hemos ido a esa parte del mundo, será perfecto ir cuanto antes. Cuando Janett terminó de hablar, dos carros pitaron con estruendo. Pronto se taponó los oídos con sus manos, y ya sabíamos desde antes que lo correcto era irnos de inmediato.

(…)

Aunque no habíamos comprado mucho en Bangkok, no podía negar que era una ciudad fascinante para cualquiera que deseara conocer el ingenio infinito de la gente. Lo único terrible para nosotros —sobre todo para Janett—, era su ruido infernal, porque era desconcertante pasar del silencio absoluto a tempestades sonoras en cuestión de segundos. Cuando íbamos de vuelta al hotel, abrazaba a Janett y sentía la soledad de los lugares que contenía la ciudad. Muchas veces, la forma de encontrar la paz era justo a su lado. No había mejor quietud que descansar en sus brazos delicados de mujer,

y en medio de sus piernas, donde siempre volvía a renacer.

(…)

Cuando el avión arrancó, volví a observar lo impresionante que era Tailandia a través de la ventanilla y sentí que le debía mucho, porque algún día quería volver. Sus espectaculares figuras y ruidos, sumando también sus símbolos piramidales y demás atracciones… eran una completa delicia. También estaba contento, más que nunca, de saber que volvería a reencontrarme con mi mejor amigo. Mamá me había contado acerca de su país y me sentía muy raro, porque iba en búsqueda del hombre que me regaló las experiencias más inquietantes y horrorosas de mi vida, el rey de los chiflados y el maestro de la estupidez humana, mi gran amigo: Travis.

Capítulo 80.

Hay amistades que siempre llevan una parte de ti. Pero cuando lo veía a él, pensaba que me había quitado toda la locura, o al menos, la mayoría de la que me correspondía por existir. Porque éramos dos polos opuestos. Era una combinación explosiva concertar sus arrestos de arrebato y mis respectivos análisis seculares, porque mientras yo quería vivir, Travis, el tonto de aventuras infantes, propiciaba en cualquier momento un escenario de muerte. Me reía en soledad al recordar aquellos tiempos.

Janett, me tanteaba como un bicho raro, porque estaba a minutos de reencontrarme con él. Llevaba casi veinte años que no lo veía, y nos habíamos dejado de enviar cartas desde que le conté sobre el casamiento. La ansiedad me carcomía el cerebro, porque además de hacer tics extraños, como mover las piernas cuando me sentaba o tocarme las sienes de la cabeza, también estaba sufriendo una sudoración extrema.

—Tranquilo, ya casi —me decía Janett con voz baja y afectuosa, al mismo tiempo que me tomaba de las manos. Me enorgullecía que Travis pudiera conocerla, porque no le había contado que ella había sido mi prometida.

La puerta de su casa estaba al frente. Travis vivía en medio de unas fincas de fácil acceso y tenía prados verdosos importados de los Robledos de Herminda. Era como tener un pedazo del país en un lugar distinto. Sin embargo, cuando había tocado la puerta repetidas veces, nadie salió para abrir. Ni siquiera hubo respuesta de alguien y menos se presentaron vecinos en las zonas contiguas.

Esperé sentado junto a Janett en un bulto de paja, y simplemente nadie se había asomado. Pronto el cansancio fue inminente y nos pesaba el letargo de no poder presenciar algo que valiera la pena. Y muy decepcionado, salimos de aquel lugar donde se suponía que vivía Travis.

Luego de encontrar la calle de regreso, en medio de dos carreteras que se cruzaban, había una gran multitud aglomerada alrededor de un conflicto que se produjo por un accidente.

Había llegado con rapidez la policía nicaragüense para encarcelar a los locos detrás del volante. Obligatoriamente teníamos que pasar por esa calle para salir, y cuando estábamos a punto de irnos, entre la azarosa muchedumbre, fue imposible evitar no curiosear para detallar quiénes eran los culpables del siniestro, porque se habían chocado dos carros: uno último modelo que parecía costoso, y el otro un viejo traste oxidado y mandado a recoger. Uno de los apresados, estaba gritando con delirio:

—¡No me toquen! ¡Yo puedo solo! ¡Maldición! ¡Qué falta de

modales tiene esta gente! —expresó de espaldas, todavía no le había visto el rostro.

—Usted se lo buscó señor, si hubiera sido más cuidadoso no estaría aquí —le dijo el agente de policía, que lo tenía contra el baúl del carro, expuesto y humillado al escarnio público. Sentía pena por aquel hombre—. Diga su nombre, por favor —reiteró con conclusión.

—¡Oh señor, por favor! ¡No me haga esto! ¿¡Es cierto esto!?

—¡Nombre! —repitió el policía, presionando la cabeza del acusado al carro.

—¡Travis! ¡Travis Rivas! —suplicó a gritos que lo dejaran mientras se lo estaban llevando.

Ya lo había reconocido antes de que dijera su nombre a los cuatro vientos, «Travis... ¿Qué carajos te pasó?». No podía creerlo, mi mejor amigo de la infancia, había pasado de ser travieso a transfigurarse en un criminal de altísima relevancia, y aquello era el colmo de los destinos buscados por imprudencia.

(...)

El celador abrió la puerta y me dejó entrar al pequeño calabozo de la penitenciaría. Caminé unos metros y encontré a un Travis achatado y con la cabeza desplomada, como nunca lo había visto. Me dio nostalgia, pero no supe por qué después sentí hasta una risa, porque era raro observarlo pagando condena. Travis, a veces, se creía un superhéroe.

—Dieciocho años después... —Travis subió la mirada y quedó enloquecido al verme—. ¿Y tengo que venir aquí, a Nicaragua, para sacarte de la cárcel por un accidente? Te superas con los años, amigo.

—¡Dios mío! —expresó Travis con éxtasis, y a su vez, descendió el rostro con dolor—. Claude, ¿qué haces aquí? Por lo que faltaba... es un asco que me veas así.

—Sí, estás en la mierda —le dije con la verdad—. Es increíble cómo pasa el tiempo y la gente cambia.

—No, fue una estupidez de esos dos ricos. Te lo juro —se tomó la cabeza con las dos manos y empezó a renegar contra la pared—. Me cagaron la vida y no sé cómo pagar para salir.

Los policías me habían aclarado su situación y le tenía buenas noticias al respecto.

—Tranquilo, en dos horas te liberan, ya hablamos y resolvimos —le dije con júbilo—. Pero no lo vuelvas a hacer.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo? El dinero de la fianza es demasiado alto y no tengo para pagar —dijo levantándose como si hubiera

escuchado la noticia del siglo—. Y que tú la pagues es imposible. Porque no creo que seas el mejor hombre del mundo. Eres mi mejor amigo, pero no tanto.

—Es mentira, te vas a quedar aquí para siempre —le dije sonriente mientras me reía en su cara, él cambió su rostro a pura seriedad—. No es cierto, estate tranquilo que sí —aseguré con rapidez. Travis, estaba que se inmolaba con el hierro de la reja.

—No jodas, Claude... Maldición, te daría un abrazo, pero... ¿cómo?

—¿Estás loco? Yo nunca abrazaría a un criminal —le dije en broma. Travis de nuevo se puso rígido como glacial, me había dado gracia.

—Cuando salga, te daré una golpiza tan grande, pero tan grande... —Había afirmado con pausa—, que regresaré aquí con placer —me amenazó de rabia.

—Vamos por unas granadillas, eso es menos agresivo.

—Está bien... pero Claude, por favor, ¡sácame de aquí que me estoy volviendo loco!

—Ten calma, apenas llevas una hora. Todavía te faltan otros dieciocho años —Travis, por tercera vez, me vio con ganas de golpearme y también de matarse. Se le había colapsado la imaginación.

Mientras salíamos de la penitenciaría, nos concedimos un gran abrazo como en los viejos tiempos, y fue el más extenso que le había dado. Travis, estuvo a nada de llorar y me reseñó su historia con lujo de detalles. Los culpables habían sido los del otro carro que lo chocaron en su regreso a casa.

—Cambiaste a los protectores por policías, vas avanzando.

—No, aquí no te aceptaré eso —dijo cuerdo—. Los protectores casi me matan varias veces, y contigo. Los policías no me han hecho nada.

—No entiendo por qué sigues metiéndote en problemas... ¿cómo sigues vivo?

—Todavía tenía que verte hoy, por eso no he muerto.

—No seas molesto —le empujé con el hombro—. Tonto, ya sabes que te quiero vivo —Travis, estaba impresionado por mi venida y no dejaba de sentirse bien a mi lado.

—Todo fue una idiotez, pero ya pasó. No queda más.

—Igual a pesar de eso, lo lamento —lo consolé—. Se ve que el carro costaba mucho.

—¿Costaba? —enarcó la ceja.

—Sí... era último modelo, ¿no? —Travis se rió.

—Para nada. Mi carro es viejo y se le cae la pintura.

—¿Es ese fusil abandonado?

—¡Oye! —Llamó mi atención—. No me trates mal a Lucinio.

—No... no me digas eso —sopesé, ridículo—, ¿Tan enfermo estás que le tienes nombre al carro?

—La soledad es cosa jodida.

Janett, se había elevado de su asiento. Travis la reconoció de inmediato aun estando lejos, y volteó a verme sorprendido con cara de haberse ganado un premio mayor, mientras yo le sonreía como el ganador.

—¡No, viejo! ¿Te casaste con la princesa del Olivo?

Asentí, súper orgulloso. No me cabía la sonrisa en el rostro.

» Dame tu suerte hermano, por favor. ¿Qué es esto? —me dijo preguntándose a sí mismo, estaba conmocionado—: ¡El verdadero loco siempre has sido tú!

(...)

Fuimos hacia la cómoda y decorada casa de campo, de la mano de su horroroso carro que prendió de milagro, pues la policía lo había traído de vuelta mucho antes de irnos. Le presenté a Janett, y aprovechando que se había acostado un rato en el cuarto de huéspedes, conversé con él para resumir esos dieciocho años de ausencia, como buenos hombres, en un par de minutos. Travis, agarró una radio obsoleta que estaba encima de su nevera, la prendió y puso música con el volumen en bajo.

—Escucha esto.

La canción comenzó suave, y luego de unos segundos sonando entre un ritmo pegadizo y atrapante, empezó a describir una letra escandalosa que no le podía seguir el paso.

—¿Qué es eso? —le pregunté curioso.

—*Reggaetón*. Esto es lo último que está a la moda. Es lo máximo.

—Parece juvenil —le expresé intentando analizar lo que era.

—Y cuando lo bailas con una mujer... es una maravilla de la vida —me ignoró, y pronto abrió los ojos y mojó sus labios como depravado, además de hacer ademanes grotescos con la mano.

—Estás viejo para bailar cosas de niño.

—¿Viejo? ¿Sabías que los cuarenta son los nuevos veinte? Voy para eso.

—Estás delirando, cada año te suma en estupidez —le dije con risas. En un descuido, Travis se sentó en el mueble y comenzó a jalarse el pelo con frustración, sollozando de la rabia. Era impactante la escena, había cambiado de alegre a desahuciado en milésimas de segundo. Dejé de reírme porque supe que era en serio.

—Maldición —dijo al viento—. Esto es imposible.

Me senté a su lado y cuando le iba a preguntar qué sucedía,

continuó hablando:

» No, no pienses que estás mal, me alegra mucho por ti. Sabía que ibas a terminar con alguien increíble. Pero... —me vio a los ojos con desolación—. Para mí... es una tortura. Hace dos años me divorcié, la pasé terrible —le sostuve del hombro—. Perdí mi empleo, no tengo amistades. La mitad de la casa es de ella, también se quedó con el carro... Lucinio es de mi papá, el bueno es Fígaro, el Mercedes Benz que ella tiene.

—¿Y los niños? —le pregunté con curiosidad.

—No, ninguno. Los queríamos tener, pero cuando la vi actuar raro ya no quise nada... no sé, esto de terminar con alguien es horrible —Travis se enfocaba en él y hacía énfasis en su dolor para sentirse peor —. Las mujeres ya no sirven.

—Amarilda te espera con los brazos abiertos —le dije de alivio—. Sus relaciones nunca han funcionado y creo que pueden darse una oportunidad —expresé en un intento forzado por consolarlo.

—¿Quién? ¿Tu prima?

—Sí, Amarilda sufrió mucho contigo cuando fuiste a Bolivia porque no la visitaste.

—¿Me estás vacilando?

—Es real, hace meses hablé con ella y me dijo que morirá solterona, porque ningún hombre supera sus expectativas.

—Espera, espera... —me detuvo Travis, su sonrisa había emergido de las entrañas—. ¿Me estás diciendo que le gusto a Amarilda?

—¡Sí! ¡Eso es lo que siempre te he tratado de decir! ¡Desde que éramos niños! ¡Pero nunca me escuchas! —Travis, puso una cara inexpresiva con la boca apenas abierta, y comenzó a mover los ojos para todas partes, incluso pensé que se le iban a salir.

—¿Por qué carajos no lo dijiste antes?

Me golpeé la cara con la palma de mi mano de la frustración.

—Por Dios, ¿qué te estoy diciendo ahora? ¡Escucha bien! —le afirmé, indignado.

—Amarilda siempre ha sido mi sueño frustrado. Me encantan sus...

—¡No me digas más! —le aseguré con enojo—. No quiero escuchar nada que tenga que ver sobre eso, ¿sí? Por favor, así sea por una vez... hazme caso.

—Está bien —dijo Travis con una demoledora y picarona sonrisa de lujuria. Tenía los ojos perdidos en el suelo, barriendo todo lo que veía con la mirada.

—Ahora debes buscarla rápido, antes de que cuelgue las botas en el amor y selle su corazón para siempre. A ella nunca le gustaron los juegos estúpidos que hacías, pero por alguna extraña razón... te quiere.

—Ella está más loca que yo, es perfecta para mí. La amo.

—¿Bueno que esperas? Ve por ella.

—¡Sí! ¡Voy de una vez! —Travis saltó por encima del mueble y empezó con apuro a escudriñar las mesas y los comedores, queriendo encontrar cosas que le sirvieran para el apresurado viaje; sin embargo, unos segundos después se contuvo, repitiendo el tomarse de la cabeza—. Pero mierda, espera... la casa.

Lo vi y no entendía nada, hasta que finalmente se explicó:

» Me van a embargar la casa... cuando quisimos comprarla, nos separamos. ¿Cómo voy a venir con Amarilda si no tengo casa? Amor y hambre no combinan.

—¿Cuánto necesitas? —le dije con confianza.

—No... es demasiado, son como 8000 o 9000 —admitió, desanimado. Revisé mi bolsillo, saqué la tarjeta y la observé detenidamente antes de responder—: Los tengo, te los daré.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo mientras me miraba, abrumado—. ¡Ni se te ocurra! —se fue hacia la cocina y abrió la nevera para prepararse un *sándwich*—. ¿Cuándo te pagaría eso? Ni siquiera tengo un trabajo estable. Me tomaría años y no creo que perder nuestra amistad por dinero sea bueno. Esto es de verdad, Claude.

—Nunca he dejado de hablar con seriedad —le dije, sabiendo que me aceptaría, porque así funcionaba Travis: lograba manipularme para cualquier cosa, pero yo también lo podía hacer—. Además, gracias a ti conocí a Janett, si no iba ese día al Valle, no la hubiera conocido. Es un favor y listo. Me los pagas algún día.

—¡Maldito! —cerró la nevera con rabia—. Entonces, vienes aquí después de tantos años... ¿Y se te ocurre la grandiosa idea de arreglarme la vida entera en solo dos horas? — me observó con una sonrisa de gratificación y los ojos aguados.

—No empieces... —le dije evitándolo, conocía a ese idiota y sabía de lo que era capaz. Porque Travis estando feliz, era un ángel de pura locura.

—¡Eres el mejor hombre del universo! ¡Te pagaré cada maldito centavo con todo el sudor de mi puta frente!

» ¡Te lo prometo! —se acercó hacia mí y me dio un abrazo tan fuerte que sentí cómo mi espalda ser partía en dos. Parecía como si nunca hubiera abrazado a otro ser en su vida, y sin duda alguna, habíamos roto el récord del abrazo más largo en toda la historia de nuestra amistad.

Capítulo 81.

Me sentía feliz por mi mejor amigo, porque después de tantos años de estar separados, había llegado en el momento indicado. Al tiempo de irse, me había recomendado visitar los templos y construcciones del país, porque según él, eran los más hermosos del mundo. Estaba yendo con Janett, como siempre tomados de la mano, y me encontraba en el olimpo de la alegría, porque no dejaba de sonreír. Travis también me había mencionado acerca de una sorpresa que podríamos cumplir si seguíamos el camino que estaba dispuesto.

—Estás muy contento… me agrada —dijo Janett, caminando como ave por las nubes. Al igual que a mí, ella era feliz si yo lo era.

—Es mi amigo de la infancia. Me gusta ayudarle.

—A mí también.

—No sé si te he contado, pero gracias a él, te conocí.

—¿En qué año fue eso? —me preguntó con deseos de saber.

—No lo recuerdo bien… —dije pensativo—. Pero sé que fue por él.

—Sería genial si lo recordara… —me dijo alegre.

—Yo recuerdo el día que te vi.

—¿Sabes qué vestido tenía?

—Uhm… —Mi cerebro se estaba fundiendo, me costaba mucho recordar cosas de la niñez, y si lo conseguía, era por lapsos muy cortos. Sentí que fue amarillo, pero no me animé a decirlo.

—Hazme una pregunta.

—¿Ah? —no entendí nada, aún estaba pensando—. ¿Qué quieres que te pregunte?

—Sí, una pregunta, cualquiera —dijo sonriente—, ya sabes… para salir de la rutina.

—Bien… —me había preparado para algo que ni siquiera escatimé, pero una pregunta me asistió como un impulso al pensamiento. Lo pensé por tres o cuatro segundos y la solté—: ¿Por qué volviste a perder la vista?

Janett subió las cejas con ligereza, y se quedó paralizada. No se lo esperaba.

—Ese día… —Janett se entristeció, y perdió mucho tiempo pensando.

—No lo tienes que contar… Lucy me dijo una buena parte de ella, pero me gustaría conocerla con tus palabras. Un pequeño resumen estaría bien.

Era todavía difícil para ella, no había caído en cuenta de ello. Janett respiró profundo, y recogió fuerzas tomando mi mano con fortaleza.

—Era un día soleado, el doctor me había dicho que no podía ver mucho el sol, porque a pesar de tener meses viendo, era muy

delicado hacerlo. Un godín me echó un polvo en el ojo, la verdad no recuerdo cómo se llamaba, pero recuerdo que al mojar mis ojos con agua… no sentía la vista, era extraño. Pero sí podía ver colores.

—¿Colores?

—Sí, no sé por qué en el fondo de mi corazón siento que no soy ciega del todo, o sea, es como si yo viera algo, porque a pesar de la ceguera si puedo percibir luz y eso lo consigo al abrir los ojos.

—Pero nunca lo haces —le dije con intriga. Jamás había visto a Janett con los ojos abiertos en tantos años juntos, porque era como si tuviera los párpados cosidos.

—En el día no lo hago porque me asusta el sol —respondió con claridad—. Los abro en la noche cuando dormimos y las luces están apagadas, aunque por unos segundos.

—¿Y lo puedes hacer ahora? —le pregunté, tampoco quería intimidarla.

—Me encantaría —sonrió en un respiro—, pero aquel doctor me dijo que no lo hiciera en el día. Yo solo trato de cuidarlos lo más que pueda.

—¿Los cuidas a pesar de todo? —le pregunté, admirado. Sentía una corazonada al respecto—. ¿Todavía tienes esperanzas?

—No lo sé… ha pasado mucho tiempo.

—¿Te imaginas que algún día podamos vernos? —le pregunté, un poco nostálgico.

Janett suspiró largamente y emitió una débil sonrisa:

—Sería un sueño cumplido conocer tu rostro… y ver tus ojos —imaginó, sin respiro—. Los recreo azules o verdes. Preciosos como dos estrellas que nunca se apagan.

—¿Quieres que te rompa los sueños? —le comenté, mirándola con gracia—. Son marrones.

—Cafés también son hermosos… —replicó contra las cuerdas, intentando sacarse esos colores de la cabeza.

—¿Y si te estoy mintiendo y son rojos?

—¿Rojos? —Puso una cara extraña—. No los recuerdo de ese color… —concluyó, muy tierna.

Estaba feliz entre una risa silenciosa luego de haber dicho semejante estupidez, porque con Janett, todo era un gozo de perpetua admiración.

Pero la verdad no sabía por qué concebía una extraña sensación arraigada en el pecho, porque, aunque no era un oftalmólogo o algún científico de la visión, percibía aún en mi ignorancia que alguien ciego siempre tenía posibilidades de salvarse, y no de serlo con precisión, sino de sentir el mundo con los ojos que contenía. Los ciegos también tenían ojos, solo que diferentes al resto. Tal vez por eso el mundo para ellos desde un comienzo era decolorado o indefinido, porque su

visión estaba en una dimensión; quizás, ilustrada para esferas distintas de cualquiera.

Mientras pensaba en las infinitas posibilidades, estábamos paseando por la colonial y enriquecida ciudad de León. Había mucho para observar y maravillarse: paredes pintadas de historia, iglesias por doquier con acabados magníficos, vientos que te hacían volver al pasado y, por último, una sublime catedral que era el emblema más portentoso de la ciudad.

Janett, como siempre, tomaba sus fotos con el mismo ánimo y entrega. Parecía que no se cansaba de eso, y aunque tenía ganas de poder hacer un relato, todavía no me venía inspiración a la cabeza.

Luego, recordé las últimas palabras de Travis antes de viajar: «¡Tienes que subir a cerro negro o al menos verlo!».

Había preguntado a varias personas por donde quedaba aquel monte pálido y negruzco que llamaba mi atención, porque deseaba conocerlo con prontitud. La amabilidad y buena disposición de los habitantes me inspiraron a aventurarme, y después de transitar varias horas y dar una que otra parada para comer, finalmente lo vi con mis propios ojos.

En aquel camino plano y vegetal, rodeado de variadas colinas con colores naturales como el verde y la tierra castaña, se apareció aquella montaña volcánica de tinieblas rocosas y derramadas. Era un coloso de más de quinientos metros de altura, con forma piramidal y redonda —sin puntas—, y aunque no era muy grande, había dado un golpe de autoridad sobre la mesa por encima de la mayoría de los lugares que había conocido.

—¿Estás llorando? —me preguntó Janett, cuando ya me había atrapado el volcán en sus manos.

—Aún no.

Sonreí como un joven que apenas estaba conociendo el mundo, y a mi lado —en mis manos—, estaba Janett, culta y sosegada, indiferente ante su belleza que se magnificaba en el soplo de la brisa y en los escenarios más apartados de la creación. Y no comprendía por qué, pero empecé a llorar ahí, junto a mi mujer y frente a la vida que se nos presentaba vestida de aspectos inexplicables. Todo contenía una magia tan irremediablemente fina, era una esencia singular que recorría por el aire y que no podía describir con habilidad. Brotaba de mí y de Janett, de ambos y los dos por separado, era tremendo y desmedido. No hubo más explicación.

Fácilmente podía ser el momento más feliz de mi vida sin saberlo, pero de algún modo lo descubría. Janett tampoco tenía idea de nada, y eso colmaba a la existencia de mucho encanto y misticismo, porque dentro del enigma escondido del corazón, la razón nunca podría opinar acerca de la felicidad. Solo la intuición era quien podía actuar

para estremecer de llanto o de una alegría inenarrable.

El tiempo se había caramelizado, porque el espíritu que se apegaba y se expandía en mis primeros años de travesía, ahora se había desvanecido gracias a Janett y su amor de ensueño. A pesar de que seguía sin creer que estaba a su lado, después de largos y sufridos años de matrimonio, era un honor compartir con ella. Mi baja autoestima se había retirado casi por completo.

Janett apretó mi mano muy fuerte y la cámara estaba lista para tomar una foto. No dudé en volver a hacerlo:

—Hay un monte negro, gigantesco, sublime, que parece sacado de un cuento de terror para venir aquí hoy a presentarse, y no me da miedo, no me asusta, porque no encuentro el temor estando aquí. Porque lo real no distingue del horror, es solo piedra negra, oscura, que contiene su magia en derredor y la hace única en el mundo. Y hoy aquí, a tu lado… me he dado cuenta que he sido el hombre más afortunado.

—Desviaste el relato para hablar de mí… —dijo Janett, con gracia y lágrimas, ella sintió mis palabras, pero no supo que también lloraba. Y aunque el sonido ventoso era fuerte por las corrientes, en ningún momento nos impidió escucharnos y mimarnos para la eternidad.

—Te amo.

Le di un beso de protección en la frente, limpié sus lágrimas con el pulgar y también lo hice con las mías. Había sido un instante maravilloso, uno de los más inolvidables que viví a su lado. Y lo mejor, era que lo sabía, porque verdaderamente había sido el hombre más feliz del mundo.

(…)

Cuando regresamos al hotel, Antón todavía dormía como un bebé, y mientras lo esperamos, estábamos listos y deseosos para planificar nuestro siguiente paseo. Teníamos varios destinos para conocer, pero la ansiedad se había apoderado de nuestros cuerpos, ya que el último lugar que escogeríamos, sería la celebración para el Año Nuevo.

—¡Vamos a *Tokio*! —señaló Janett, encantada con los lugares que le había mencionado. Eran en total cuatro países para probar, entre ellos estaban: Mongolia, Puerto Rico, Japón y un pequeño pueblo al sur de la República Checa.

—Sería espectacular conocer a Japón y su cultura, pero está clasificada como una de las ciudades más ruidosas del mundo… y no quisiera verte sufrir de nuevo.

—No importa —replicó Janett, agradada—. Puedo usar tapones. Son muy buenos.

—Hay un viaje más corto y puede ser divertido —le dije, ignorando

su petición. Quería protegerla.

—¿Cuál?

—*Cesky Krumlov* —dije con complicaciones, era un nombre difícil de pronunciar—, es un pueblo al sur de la República Checa. Tiene tradiciones y tranquilidad, deberíamos ir.

Apenas dije el nombre de la ciudad, Antón comenzó a ladrar con estrépito.

—Mira —le dije a Janett—. Hasta a Antón le gusta.

Sin embargo, cuando lo veía, parecía que sus gritos eran más una queja que afirmación. Pero no le presté cuidado, porque deseaba lo mejor para todos.

—No me convence… además, ya hemos ido mucho a Europa.

—Sí, pero… ¿Quieres volver a vivir lo de Bangkok?

—No lo creo… —dijo bajando la cabeza.

Pronto, me le acerqué un poco desilusionado y apoyé mi barbilla por sobre su hombro.

—Tranquila… nos irá bien. Es lo mejor que podemos hacer —le di un beso en la mejilla. Antón también estaba cabizbajo y de poco juego. Al parecer, todos deseábamos viajar a Tokio, pero al final optamos por el pueblo checo. Tenía que cuidar a Janett como fuera posible, y los detalles y las circunstancias eran muy importantes a la hora de viajar.

Capítulo 82.

Nos habíamos acoplado con desenvoltura a las vías medievales que contenía el poblado checo. Todavía estaba temprano y estábamos casi listos para conocer el resto, porque *Cesky Krumlov* era un lugar fascinante que nos transportaba al pasado, con exactitud a la Edad Media, donde el arte crecía y se hacía un hueco inolvidable en los anaqueles más entrañables de la historia.

Aún no habíamos salido a disfrutar del recorrido, y en el último día del año, logramos preparar las medidas ideales para hacerlo. Janett estaba feliz y Antón tenía un ventilador en la cola, pues no dejaba de oscilarla con desorden. Estaba temprano, el almuerzo se había reposado con tranquilidad.

—¡Antón! ¡Vamos! —le dije mientras lo acariciaba y él se bifurcaba con la pasión de un cachorro. Sostuve la mano de Janett, y ella a su vez, retenía a Antón con la correa. Así salimos.

Cesky Krumlov era un terreno bastante congelado, y por ello, me había enfermado en los días anteriores. Tenía las defensas bajas y sopesaba un insólito desvelo que estiró mi fortaleza como espagueti; sin embargo, en aquel día, estaba mucho mejor de lo esperado, pero no en plenitud de facultades.

De igual forma, saldría de caminata con Janett y Antón, porque no podía permitirme pasar Año Nuevo en una ingenua cama de hotel.

La noche estaba a punto de aparecerse, y antes de regresarnos para volver a salir, dimos una vuelta por la redonda de la plaza principal — donde era el sitio que íbamos a pasar el Año Nuevo—, y se hallaba prácticamente abandonado. Llamaba mi atención porque, en contraposición al templo, había una tarima instalada para hacer conciertos, en la que aún seguían trabajando.

Quería relatar, pero todavía no era el tiempo; no obstante, al pasearnos por aquella plaza, había algo que evocaba mi interés con mayor insistencia.

—¿Por qué paramos? —me preguntó Janett.

—¿Qué será eso de ahí? Me encantaría averiguarlo —le dije al mismo tiempo que entrecerraba mis ojos para analizar su figura—. Es como una larga columna, con ocho Santos abajo, y que arriba tiene a la Virgen María. Está diseñado de dibujos antiguos.

—Espera le pregunto a alguien —expresó Janett, que se puso en marcha.

Mientras ella buscaba e interrogaba a personas, no podía dejar de pensar con orgullo y satisfacción sobre lo autosuficiente que era. A veces, incluso pensaba que no era necesario para ella, porque tenía a Antón de guía obediente.

» No me dijeron el nombre… —consintió, decepcionada—. Pero sí

que está para conmemorar a gente que falleció por un terrible suceso.

—Vaya, tuvo que haber sido difícil… —dije mirando de nuevo hacia la columna, no sé por qué lo hacía, pero algo tenía que me estaba llamando la atención. Parecía una valiosa aportación a la humanidad, y un gran recordatorio de aquellos hombres y mujeres que conocieron la muerte, algunos sin merecerla, y otros; tal vez, incluso queriendo encontrarla de frente.

(…)

En nuestro segundo regreso, con más energías, acertamos al atravesar sus laderas y sitios de recreación turística. Había más templos medievales; casas de un solo techo y color, adornos acicalados del siglo XVI y caracteres humanos, ocultos y sociales, que nos inspiraban a pensar en los hechos de un mundo que había avanzado demasiado en la búsqueda de la tecnología. Pero lo que más me impresionó de *Cesky Krumlov* fueron sus espectaculares miradores. Mi favorito, de entre tantos y sin tiempo de espera ni escogencia, era la del castillo principal, que tenía similitudes con la *Torre de Pisa.*

Aquella visión, periférica y perfeccionada con intención, era el lugar indicado para comenzar con mi relato:

—En el centro de la gran Europa, sumergido y rodeado de un río que sigue hacia la infinitud de los océanos vivos y vírgenes, se encuentra un pequeño sitio de historia viva y cuidada, una ocasión especial para viajar en el tiempo y una fortuna para aquel que perdió su batalla contra el reloj, y su furia que arranca minutos, porque en lo insólito de esta vista empedernida, me alcanzan los ojos, para encontrar otra nueva razón de ser.

Al girar para observarlos, siempre era maravilloso admirar el rostro no solo de Janett, sino también el de Antón, que escuchaba sobrio y con los oídos alegres, pues zarandeaba la cola como si no hubiera un mañana. Janett ya había tomado su foto de costumbre.

—Se está haciendo tarde, deberíamos ir bajando —me dijo, como si fuera una meteoróloga experta del nacimiento exacto de la luna.

Asentí junto con Antón, y regresamos con agilidad para encontrarnos con el esperado comienzo de un nuevo año en el calendario.

(…)

Cuando arribamos hacia la plaza principal, lejos de la tranquilidad

campal que arropó el sol en la mañana, el recinto se había transformado, con brusquedad, en una numerosa fiesta de checos y turistas celebrando la entrada del Año Nuevo. Había mesas redondas y asientos improvisados, altavoces gigantes con canciones navideñas para bailar, y cantidades industriales de licor para regalar en todas partes. El suelo también estaba pegajoso y el olor a humo era espantoso. A pesar de todo, en la tarima dispuesta para los conciertos, todavía no había ningún músico, aunque era previsible que llegarían pronto por la cantidad de personas que estaban esperando.

Había empezado a desanimarme bastante, sintiéndome culpable por haber venido a tierras checas con la esperanza de pasar unas festividades tranquilas. Cuando lo pensaba, en un descuido, una banda de rock and roll se montó al escenario y llamó a la gente presente a disfrutar del último día del año con un ensordecedor grito de libertad.

Volteé hacia donde estaba Janett y la vi tapándose los oídos con los índices, incluso había soltado la correa de Antón; sin embargo, él permaneció inmóvil como perro fiel, a pesar de tener la posibilidad de irse.

Me acerqué a Janett y la abracé, avergonzado por haber arruinado la noche.

—No te preocupes —respondió con regocijo, intentando perdonar mi falla—, si estás conmigo… puedo soportarlo —me dio un beso en la mejilla, y yo le devolví uno en sus cabellos con tristeza. Aunque me sentía feliz, algo me hacía mella en el pecho, porque había magnificado el problema.

El sonido se volvió insoportable en cuestión de minutos y Janett se había agachado para acariciar a Antón, que estaba abrumado por los colores y fuegos artificiales que comenzaron a iluminar el cielo. El año 2009 había iniciado, y con ello, la gente se enloquecía. Muchos empezaron a saltar en conjunto y otros brindaron con sus copas.

En medio de la multitud, empujaron a un hombre borracho y maloliente hacia nosotros.

Venía directo hacia Janett y Antón, que estaban recogidos en el espacio bajo del suelo, y sin pensarlo dos veces, me puse frente a ellos para protegerlos del posible impacto.

El hombre de gorro y bufanda desarreglada —y también visiblemente ebrio—, había chocado de cara conmigo. Pronto conseguí sujetarlo con las manos, y a pesar de su extrema fuerza, no logró moverme lo suficiente como para caer sobre Antón y Janett.

—Oye, ten cuidado amigo —le dije rudo mientras lo tenía a medio metro de distancia.

Él, me observó con dificultad, teniendo la cabeza perdida y con náuseas. Se compuso con un esfuerzo irreconocible y abrió la boca de

par en par, entretanto se iba para atrás. Lo retuve con mis brazos para que no cayera, y justo cuando esperaba sus palabras, el impulso que había tomado para hablar… en realidad era un estornudo atragantado.

El borracho, me tosió en el rostro con una violenta expulsión de aire y cerré los ojos al instante, apartando también mis manos de él. Antón, viendo la confusión, se abalanzó sobre el hombre, entregado a morderle una pierna por haberlo hecho.

—*¡Pustit!* —gritó el borracho intentando separarse de Antón, que al mismo tiempo le mordía el pantalón, con una precisión quirúrgica.

—¿Qué sucede? —preguntó Janett, alarmada e introvertida. La música alta la afectaba por completo. No le respondí en ese momento porque estaba al lado de Antón.

El borracho, gracias a la holgura de sus ropajes, logró liberarse con facilidad de las garras de Antón. Sus pantalones anchos le dieron el tiempo suficiente para escapar hacia el núcleo de la muchedumbre.

Lo malo había pasado, y la noche se estaba haciendo más intensa. Janett, al no hallar respuesta, repitió la pregunta:

—¿Qué está pasando? —expresó, angustiada.

—Vamos a otro lugar… —le dije sin más, mientras recuperaba a Antón y la llevaba agarrada desde la cintura para salir.

(…)

Luego de los temblores y las risas del público desordenado, habíamos encontrado la paz en uno de los puentes distantes y alumbrados que contenía el poblado. Había armonía de poca gente tomándose fotos, familias enteras disfrutando en voz baja y fuegos perecederos celebrando la entrada del año.

—Hubiéramos venido aquí desde el principio… —dije con descontento, apoyando mis codos en un barandal, que ofrecía una vista maravillosa hacia el desemboque del río nocturno.

—Ya pasó —dijo Janett, en otro intento por ser comprensiva, se había portado hermosa conmigo toda la noche—. ¿Hay luz aquí? Me gustaría tomar una foto.

—Sí, claro. Siempre hay luz donde estás tú —le dije sonriente mientras observaba a otras personas que estaban con nosotros en el lugar.

Noté la tecnología de las cámaras que utilizaban, con las cuales grababan vídeos, tomaban múltiples fotos y tenían focos que brillaban en la oscuridad. Luego, miré a Janett y nuestra vieja cámara del siglo pasado, y pensé que era hora de hacer un cambio.

» Janett, ¿te gustaría cambiar la cámara por una más nueva?

—¡Jamás! —expresó con solvencia. Me sorprendió su negativa.

—¿Por qué? Ya tiene más de diez años.

—La amo, es mi bebé —me dijo mientras acariciaba la cámara

pegada a su mejilla—. No la abandonaré, porque ella también es nuestra compañera de aventuras.

Janett me hizo reír con su respuesta.

—Como quieras, está bien —asentí, encantado. Estaba contento por Janett, porque valoraba incluso lo más pequeño como un aspecto fundamental.

En ese momento, el celular comenzó a sonar.

—Debe ser papá —dijo Janett, que con afán y un poco de torpeza, se había dispuesto a contestar—. Hola, papá… —no había puesto el altavoz. No la podía escuchar.

» Bien, ¿y tú? —respondió Janett—. ¿¡De verdad!? —expresó boquiabierta y con las dos cejas elevadas.

» Dios mío… ¡no lo puedo creer! —reiteró mientras había comenzado a llorar, me estaba preocupando—. Hacer el intento es un esfuerzo enorme. Y sí, yo entiendo. No tendré muchas esperanzas… igual no tengo nada que perder. Pero confiaré en que vendrá lo mejor —mi corazón estaba revolucionado, me sentía raro, quería saberlo todo cuanto antes.

» Sí… gracias papá. Te amo, y sí, estoy comiendo bien, ojalá conozcas a Antón un día de estos. Está precioso. Un abrazo —Janett, había colgado el teléfono y cortó cualquier otra posibilidad de respuesta. Estaba conmocionada, como nunca la había visto antes.

—¿¡Que pasó!? ¡No me dejes así!

—Claude… —sentí que Janett me había visto, no sabía por qué, pero ella me vio ahí… con los ojos del alma—. En el norte hay un grupo de oftalmólogos experimentales, y dijeron que me van a revisar la vista, hay posibilidades; mínimas y remotas, pero probables de que recupere la visión. ¡Dios mío!

—¿De verdad? Eso sería demasiado increíble… —caminé hacia atrás y me distendí—. ¿No es una broma? ¿No estarás mintiendo?

—¿Crees que el gran Sabrino es de mentir? Claude, ¡creo que te podré ver! —Janett, abrió sus dos brazos hacia el cielo y corrió hacia mí con todas sus fuerzas, para envolverme en un enorme abrazo de amor. Yo estaba dentro de un *shock* eterno mientras Antón daba vueltas alrededor de nosotros como si fuéramos la luna y el sol. No podía creerlo… Era imposible de imaginarlo, y ya era mía una gota de ilusión en el océano del desengaño, porque tenía el sueño añorado; casi indescriptible, de poder conocer los ojos de la mujer que amaba. *Cesky Krumlov* era el lugar de la buena fortuna, porque había decidido enseñarnos, dentro de los escogidos azares del destino, que Janett podía recuperar la vista a través del resguardo de sus ojos.

Capítulo 83.

2012. Jerusalén, Israel.

Cuando creíamos que la vida nos esperaba con bien, podía incluso ser muchísimo mejor. La noble y propositiva intención del rey, había sido la guinda del pastel, pues en los años que estaba con Janett, trató de buscar competencias a la altura de sus eminencias para hallar una solución radical a su problema de visión.

A comienzos del año 2010, Janett se había sometido a un tratamiento especial de un organismo experimental, con énfasis en ceguera, reconocido ampliamente por el terreno internacional de las asociaciones médicas de salud. Viajábamos a su sede, que yacía en Pensilvania, cada dos o tres meses —y por fortuna, estaba cercano a Mississippi—. Las noticias de su progresión eran lentas pero seguras, y sobre todo posibles, que era lo más importante, porque había sido una sorpresa increíble reconocer cuál era el verdadero padecimiento de Janett.

Además, había que sumar la influencia del atraso de estudios científicos que contenía el país de los deseos, pues recibió pésimos diagnósticos por parte de personas rudimentarias y sedes hospitalarias no especializadas.

Janett era ciega, aunque no de nacimiento. Había obtenido la visión en el trayecto de su niñez gracias a una acertada intervención de un excelente oftalmólogo; sin embargo, su método no era el más viable para el largo plazo. Janett había observado el mundo en un 50% de sus capacidades oculares, y sus otros progresos no eran significativos por su falta de estímulos para una mejoría.

Tiempo después, absorbió el desafortunado puñado de tierra extraña del godín, que le removió las esperanzas. Janett había recibido el diagnóstico y el resultado final era pérdida de visión parcial y/o total. Pero aquel "parcial", en realidad era más acertado que el "total". Janett, sufría de una rara enfermedad denominada: *«amaurosis congénita de Leber»,* en una fase muy avanzada. Su problema provenía desde la retina, con una poderosa degeneración y pérdida de fotorreceptores a temprana edad, porque lo más seguro era que Janett, a los pocos segundos de haber nacido, haya perdido la luz dentro de sus ojos.

Debían recuperar los genes dañados de Janett para crear unos que restablecieran la posibilidad de encontrar un brillo, porque a pesar de todo, Janett sí podía percibir una brisa luminaria en los párpados. Era aquella contingencia a la que se aferraban los médicos, porque tampoco se podía esconder lo evidente y casi imposible que resultaba

una restauración absoluta.

Tenía un dolor de cabeza bastante molesto, y mientras esperaba sentado a Janett, a lo lejos la vi venir con Antón. Era de tarde, y estábamos en la Ciudad Santa, buscando el primer vistazo de los hechos bíblicos y sus enseñanzas para la posteridad.

—¿Tardé mucho? —me preguntó Janett mientras acomodaba una botella de agua que había comprado para ella y Antón.

Negué con entusiasmo y nos aseguramos de caminar rápido para aprovechar el tiempo. El día aún seguía prematuro, a pesar que el sol se mostrara intenso. Habíamos llegado al monte de los Olivos —de Jerusalén—, uno de los escenarios más imponentes y significativos para los feligreses del mundo. Los atardeceres se oían con claridad, la luz creaba un arco natural de colores radiantes y las casas antiguas parecían montadas con rocas del cielo, brindando un júbilo perpetuo a todos los espectadores.

Janett juntó las palmas de sus manos para hacer una pequeña oración. Intenté calcar su conducta mientras la acompañaba en ese momento especial.

—Gracias a este monte existe el reino del Olivo —me dijo Janett al mismo tiempo que continuó con sus manos entrelazadas. Me había tomado por sorpresa—. Debemos mucho a esta tierra prometida.

Le quería preguntar por qué, pero estaba tan concentrada que me pareció imprudente.

» Mi papá siempre me ha contado… —dijo Janett como si iniciara una pequeña historia—. Que Jesús salvó a nuestros antepasados de los pecados. Gracias a su intervención, nuestro apellido ha estado en el punto más alto: el del perdonado. Por eso, papá pensó en este lugar como el nombre ideal para el reino. Y ahora aquí estoy … es increíble.

En mi caso, no era alguien tan religioso ni conocía mucho de los tiempos aquellos; sin embargo, me llamaba la atención todo lo relacionado con la creación y su principal fundador, porque aquel lugar tenía una esencia insuperable a todos los lugares que habíamos visitado. También pasamos por el Muro de los Lamentos —al igual que en los Olivos yacía el Valle de los Lamentos—, el lugar por excelencia de las oraciones y súplicas antes de sucumbir al Apocalipsis.

—¿Crees en los milagros? —me preguntó Janett, seriamente.

—No tanto, pero me gustaría ver uno algún día.

—Él hizo varios, entre ellos… sanó la vista a los ciegos, digo, no es que lo vaya a hacer conmigo… —dijo con gracia—. Pero… —Janett volvió a juntar sus palmas para una oración—. Le pido desde el corazón, que algún día podamos vernos.

Sentí que Janett me conmovía el alma, porque ella de verdad

anhelaba desde lo más profundo de su ser, poder hacerlo: encontrar sus ojos con los míos. No era el mejor creyente, pero si había alguien a quien le podía agradecer, era al Divino. Porque mi historia con Janett no era normal ni desdichada, era una improbabilidad entre millones siendo vivida como una grandiosa realidad, y eso tan perfectamente intencional, solo podía venir de las manos de una deidad que no conocía en mis cinco sentidos.

Fuimos al huerto de *Getsemaní* para una última petición y, al final, terminamos el viaje enfrente del mar muerto, en medio de las costas de aquella agua cristalina y blanca, que era un gran lago de proporciones serenas y reposadas. Janett quería entrar, pero antes me esperaba para que comenzara un relato y así poder tomar una foto. En tierra firme, Antón esperaba afuera, correteando hacia lo extendido e indivisible.

Y no podía resistir más, el calor del sol me agobiaba, y el dolor que estaba sintiendo me abrumaba. No podía conseguir un relato con tanto peso sobre mí.

—Claude… —me dijo Janett mientras se acercaba—. ¿Estás bien?

—Me duele la cabeza.

Janett reconoció mis palabras y entendió de inmediato que, si me estaba quejando, era porque realmente estaba sufriendo, ya que no era alguien de lamentar dolores.

(…)

Encontramos una farmacia porque no teníamos un hospital cerca. El dolor era infernal. Me atendió un joven farmacéutico que hablaba español y que reconoció mis rasgos americanos con sencillez.

—¿Cómo se siente? —me preguntó apoyado de codos en la vitrina, esperando la respuesta de su futuro cliente.

—Bien… solo tengo dolor de cabeza —Estaba que me la cortaba del sufrimiento.

—Por lo general, los hombres son muy malos pacientes… Si quiere, le puedo hacer una consulta, porque siento que tiene mucho dolor.

—¿Si lo puede hacer? —le pregunté dudoso, era raro recibir una consulta de parte de un farmacéutico.

—Sí, pero será clandestino, porque soy un estudiante de medicina. Puedo ayudarle.

Observé a Janett, y ella indicó con la cabeza que estaba bien, lo mejor era confiar en una ayuda tempranera.

El farmacéutico me abrió una puerta desde un costado, y pasé hacia dentro para acostarme en una camilla que tenía escondida entre

las cortinas. Parecía una pequeña sala de urgencias, y mientras sacaba sus cosas para el chequeo, conté cada uno de los cuadros que tenía colgados en la pared por aburrimiento, tenía siete, y también observé varios dibujos abstractos con cuerpos desnudos y otros de anatomía humana.

Sin decir palabras, el farmacéutico me colocó el tensiómetro para medir la presión y el estetoscopio para escuchar los latidos del corazón. Luego comenzó un cuestionario de preguntas relevantes.

—¿Bebe licor? —me preguntó.

—No.

—¿Fuma o algo así?

—Tampoco.

—¿Alucinógenos?

—No, nada de eso.

—Bien… —añadió mientras anotaba cosas en un papel, mostrando habilidades más allá de su estatus de estudiante. Parecía tener la experiencia de un profesional con años de ejercicio laboral.

—¿Sexo?

—Uhm… —me había tomado desprevenido, lo bueno era que Janett no estaba cerca—: Cada vez que nos busca el amor…

—Caballero —me dijo, un tanto incomodado—, le pregunté fue el género, no su actividad sexual.

—¿No cree que sea hombre?

El farmacéutico elevó sus ojos para ver mi rostro y me miró de arriba abajo, hasta que terminó en la comprobación de mis partes íntimas. Hizo una mueca con los labios, encogió los hombros y escribió la información.

—Además del dolor de cabeza, ¿siente alguna otra afección?

—No, a veces toso.

—Pero, ¿cuánto? ¿mucho o poco?

—Creo que más de lo normal. Ha sido así hace unos meses.

—Perfecto.

El joven farmacéutico me recetó una pastilla para el malestar y me recomendó tomarla en caso de que reaparecieran los síntomas. Si el dolor era fuerte, podía tomar dos pastillas, pero me advirtió que, si los síntomas persistían o empeoraban con el tiempo, lo mejor era acudir a un médico.

—¿Qué dijo? —me preguntó Janett, preocupada. Estuvo esperándome afuera junto a Antón, que estaba un poco somnoliento.

—Todo está bien, me recomendó unas tabletas y me dijo que, si seguía así, había que ir al médico.

—Entonces, vamos.

—¿A dónde? —le pregunté, curioso. El día estaba pesado y no creía que siguiera con ganas de caminar más.

—Al hospital, debemos salir de dudas.

—No, ya me siento mejor… No es necesario —le mentí, en realidad, mi cabeza seguía ardiendo y la medicina aún no hacía efecto.

(…)

Ni siquiera había pasado una hora, cuando ya estaba acostado en la cama del hotel, soportando dolores extremos. Mi cabeza no tenía la menor intención de bajar su intensidad y, al contrario, solo empeoraba. No podía pensar las cosas con claridad. Estaba lloviendo y los rayos retumbaban con vehemencia a los postes de luz.

—Claude… ¿Estás respirando raro? —me preguntó Janett, como si pensara que le fuera a decir la verdad.

—No, es el cuarto que está angosto. Hace falta un ventilador —aquello era verdad. África era calurosa de por sí.

—Deberíamos buscar un médico —Janett tocó mi cabeza con el metacarpo de su mano y no se preocupó demasiado. No tenía fiebre, era dolor de cabeza.

—Ya me voy a recuperar. Mientras, si quieres, juega con Antón —le dije para distraerla, y la verdad era que Antón estaba profundamente dormido, roncando después de haber terminado un almuerzo trepidante.

Janett, lejos de alejarse, lo que hizo fue acostarse a mi lado apoyando su cabeza en mi pecho. No lograba abrir mis ojos para nada, me hostigaban las luces, los olores y los colores.

—Claude… —me dijo Janett mientras bajaba mi respiración, se armonizaba gracias a ella—. ¿Te apago la luz?

—Si quieres.

Janett, en el transcurso de segundos, se volvió a elevar, tocó el interruptor y regresó de nuevo a mi lado. Todo se había oscurecido.

—Janett —La llamé segundos después, me surgió una duda—: ¿Cómo supiste eso?

—¿Qué cosa?

—Lo de la luz.

—Desde que llegamos, tocaste el botón una vez. Ya sabía que estaba encendida.

—Sí, pero… ¿Cómo lograste saber que la luz me hace daño?

—¿Es malo? —preguntó, algo triste.

—No, es increíble —le afirmé con una sonrisa, aunque no me viera.

—Estás sonriendo —me dijo contenta. Ciertamente Janett, con o sin luz, podía ver cosas que nadie más lograba descubrir.

—Janett —El dolor seguía siendo insoportable—. ¿Y si nos casamos otra vez?

—Las veces que quieras. Igual si no lo hacemos, nunca te voy a dejar.

—Eso es acoso —le expresé gracioso. Janett, me hacía olvidar del dolor.

—Tú buscaste que te amara… eso no es mi culpa.

La lluvia había bajado su intensidad, y no dejaba de sentirme feliz. Había sido un hombre apoyado en la buena suerte, ayudado constantemente por los astros, porque luego de cumplir tantos años de matrimonio, y de haber superado cosas que creía que eran irremediables, como el separarnos y dejarnos atrás. Janett era mi riqueza más grande, y la amaba… adoraba su vida en la mía con un amor descomunal, amor que no podía expresarle estando enfermo, pero que vivía desde las entrañas. También era mi catalizador para el malestar, porque siempre disminuía con sus buenos afectos. Su fuego me sanaba no solo el corazón, sino también la cabeza.

Capítulo 84.

Llevaba varias semanas en un óptimo estado de salud, la medicina había funcionado de maravilla. Estábamos de paseo en Noruega, rodeados de un lugar que habíamos soñado visitar desde siempre, y en medio de hermosos fiordos, visibles a plena luz del día. También buscábamos el anhelado encuentro con las auroras boreales, el escenario natural más soñado para cualquier mortal, porque Noruega —en definitiva—, era mágico.

En aquella fría tarde de invierno, habíamos preparado la mayoría de nuestras pertenencias para salir a conocer los valles glaciares y nevados que nos ofrecía el país nórdico, pero antes de ponernos sobre la marcha, Janett estaba recibiendo una llamada del rey.

—¿Cómo ha estado la progresión de la terapia? —le dijo el rey, la señal telefónica era muy buena.

—Mejor que nunca —dijo Janett, con alegría—. Me dicen que es posible volver a ver, pero no saben en qué tiempo.

—Algún día será... Te debo la visión hija mía, y no me iré tranquilo de este mundo hasta que logres encontrar lo que sueñas.

—No debes despeinarte con esas cosas, yo soy muy feliz así, Claude es excelente para guiarme y no me pierdo si estoy con él.

—Me alegra… es un gran muchacho —dijo el rey, Janett se reía y yo me moría de la vergüenza, porque él no sabía que lo estaba escuchando desde el altavoz—. Hija, creo que recuperarás la vista pronto. Eso me hace feliz.

—Iremos a Pensilvania estos días para mi otro estudio, me dijeron que operarán, así que pienso que irá bien. Tengo fe en que sí.

—Eres bendecida, no lo dudo.

—Igual no me debes nada, todo está bien entre nosotros.

—Hija… te amo —dijo con el corazón—. Cuídate mucho. Entrega un saludo a Claude. Me agrada verte así.

—Hasta luego, cuídate. También te amo. Janett, luego de colgar, se sonrió como nunca.

—Te veo feliz —le dije contento.

—No sé, pero me siento tan… no sé cómo decirlo, pero sé que es más que la felicidad.

—¿Apenas? —le pregunté sarcástico y decepcionado—. Yo he estado así desde que viajamos a Italia la primera vez.

—Las mujeres somos diferentes, sr. Rivarola —me dijo con un tono decoroso y clásico. Me había encantado.

—Sra. Rivarola, ¿y si mejor le robo un beso? ¿Seré un ladronzuelo o un triunfador? —le expresé resuelto.

—Debe pagar para costearse un acercamiento a mis mejillas. De lo contrario, si aplica la fuerza, tendré que denunciarlo formalmente con

la policía.

—¿Cómo sería eso? ¡Mejor venga para acá y descubrimos qué tan injusta es su denuncia! —le expresé mientras la llenaba de besos y abrazos por doquier. Luego, Antón saltó hacia el sofá donde estábamos y nos lamió el rostro para separarnos. Era celoso conmigo, o tal vez, nunca se enteró que así se peleaban de amor papá y mamá.

(…)

Fuimos recorriendo los espacios noruegos como eternos enamorados que soñaban con alcanzar el cielo entre sus manos. No obstante, después de una travesía por los galantes paisajes del país escandinavo, había una ceremonia del reinado noruego en plena calle, al aire libre y con sus ciudadanos.

Janett tomó las fotos y, en un irreconocible cambio de ánimo, había comenzado a hablar sobre aquel reino de atuendos dorados y trajes elegantes, ya que le había contado sobre aquello que observé a simple vista.

—Una de las princesas es mala gente.

—¿Cuál de las dos?

—La que tiene el cabello rojo con rulos.

Me sorprendió la furia contenida en sus palabras—: ¿La odias o algo así?

—No —aclaró, esforzada—, me desagrada el hecho de saber que no contiene el don de la bondad, no le gusta ayudar a otros; es engreída, prepotente, mala. Ella fue mi compañera de habitación cuando hice el curso de reina, te imaginarás las peleas que tuvimos, se cree una monarca y ni siquiera sabe gobernarse a sí misma.

—¿Crees que nos verá? —le pregunté un poco tímido, lo que menos deseaba era problemas.

—Podría saludarla, pero prefiero quedarme aquí. No creo que nos vea, a ella solo le interesa lo que se encuentra arriba de sus hombros.

Cuando la observé, no sabía por qué me recordaba tanto a la sra. Blanchet en su tiempo de reina. Janett, me sustentó de sus manos, y nos marchamos hacia otro sitio. La vida era demasiado corta para estar en la presencia de alguien no grato.

Habíamos retornado hacia los maravillosos fiordos de fantástico relieve, y nos esperaba un viaje en tren de primera clase. Cuando lo abordamos, conocimos zonas montañosas y cascadas de aguas blancas, lo cual me recordó al primer viaje que habíamos hecho en Suiza, como dos jóvenes inexpertos, que apenas buscaban motivos para amarse hasta el último de los días. Mi sonrisa se había convertido en la de un hombre sabio, que reconocía el valor de los

recuerdos y la ferocidad del tiempo que arrasaba todo a su paso.

(…)

La esperada noche se presentó con anterioridad, y ya por fin nos habíamos devuelto para el espacio abierto, donde decían los guías, que era probable toparse con el comienzo de las auroras.

—Ojalá podamos encontrarlas. ¿Te imaginas? —me dijo Janett, emocionada, el cielo no estaba precisamente despejado, pero tampoco se sentía venir una lluvia de nieve.

—Nada es imposible, lo lograremos si creemos —dije en un intento por sonar atrevido en contra del destino.

—Vaya, deberías emprender un curso de crecimiento personal, hasta pienso que venderías muchos libros si sacas uno —me dijo sarcástica.

—Mañana mismo lo publicaré, ojalá pueda gustarte —admití sonriente.

Nos habíamos sumergido dentro de una larga y plácida conversación, hablando sobre mucho y poco, sobre lo invisible y el tacto, sobre lo importante y lo intrascendente, y no dejábamos de hablar. Podía quedarme ahí durante el resto de mi vida, hablando con Janett, sin cansarme ni pedir descanso. Y justo cuando habíamos tomado una pausa, admiré al cielo de reojo por unos instantes.

Había llegado la magia del cielo nocturno, con una humareda verdosa de luces y matices que iban desde el morado hasta el azul más claro que vi alguna vez en mi vida. Era aquella la famosa e inenarrable aurora boreal de la que tanto hablaban, y que no supe que existía hasta ese momento. Se me estremeció el alma.

—¡La aurora! —dijo Janett que saltó de la emoción y pronto sacó la cámara. Ella descubrió la aurora por mi silencio sepulcral, y al mismo tiempo, comencé a narrar sin tardar:

—Cuando el cielo está de fiesta y no tiene que mostrarse al mundo, se esconde en el norte. Siempre vivo, inocente e imponente, empieza a jugar con los astros del espacio y les imita, les copia, porque algún día sueña con ser como ellos. Pero lo que no sabe, lo que de forma tonta no logra suponer con inteligencia, es que está rodeado y creado entre tanta hermosura, que hasta la tierra le admira. Y el compararse con otros… resulta equivocado ante lo que ya es bello y sumamente inolvidable.

Janett estaba llorando, y no se contuvo para decirme cosas preciosas.

—Claude, gracias por hacer de mi mundo uno más increíble del que ya existe. Es tan hermoso lo que dices.

Le sonreí y quise darle un beso; sin embargo, no fue sino hasta el

momento de acabar el relato que me di cuenta que… sentía una pesadez en el cuerpo.

(…)

No sabía en qué instante me había acechado una fiebre tan agresiva al organismo, no tenía dolor de cabeza como antes, pero me pesaban las extremidades. Estaba encamado, era casi de media noche.

—Está muy alto. Si sigues así tendremos que posponer el viaje a Pensilvania —dijo Janett, que me tocó la cabeza.

—Pásame la medicina —le dije mientras me abrigaba un poco más.

—No es bueno tomarla tan tarde… —Janett sacó la caja, y la agarré sin dudar.

—Mañana hay que viajar —Tomé dos pastillas y las ingerí a palo seco—. No es justo que te quedes sin terapia.

—Dios mío. Espera traigo el agua —expresó cuando se afanaba para encontrar un vaso, y realmente no era necesario, porque estaba acostumbrado —desde niño—, a tragar sin tomar bebida.

Al día siguiente, amanecí mucho mejor, y aunque no estaba recuperado por completo, podía hacer las cosas con naturalidad. Gracias a eso, habíamos decidido viajar en la noche a Pensilvania. Lo positivo de todo era que la cirugía sería en esa misma semana, y aunque no conocíamos el día, podíamos salir a dar una vuelta por otro lugar.

—Deberíamos regresar al Olivo —le dije con confianza—. Desde que nos fuimos juntos no hemos vuelto. Pensilvania está más lejos, luego podemos hacer escala.

—No creo que justifique quedarse tan poco tiempo, podrían darnos la fecha mañana y serían dos o tres días.

—Sí, pero veríamos a los caballeros y también cómo ha avanzado el reino.

Antón comenzó a ladrar, pero ninguno de los dos le prestó atención.

Janett se lo pensó un rato y sentí que no lo tomó de buena forma. Creía que el pasar de los años le ayudarían a sanar, pero al parecer… me había equivocado. Aún no había perdonado lo que sucedió en el Olivo.

—Sabes… ahora pienso en Teresina —dijo evitando el tema—. Ella tuvo razón, en el futuro iba a existir algo que pudiera restaurar la vista. Ojalá que así sea —dijo sonriente y cabizbaja. No quise preguntarle más al respecto.

(…)

Teníamos tres días en Pensilvania y ya esperaba a Janett con ansiedad a bordo. Antón, también estaba derrochando intranquilidad. Habían pasado tres horas desde el comienzo de la operación y no podía estar más entusiasmado. Los doctores tenían un gen experimental para implantar en Janett, que le podría servir para avanzar en la restauración de su visión.

Al rato, apareció de repente el doctor que la estaba operando y venía hacia mí. Había cambiado mi efusivo estado de ánimo a un temor infernal. Tenía malas sensaciones con los hospitales y las clínicas, la verdad era miedoso para muchas cosas.

—Sr. Claude —me dijo el doctor—. Le tengo noticias.

—¿Buenas? —le pregunté, corroído por la preocupación.

—No tanto —dijo con una falsa sonrisa—. La operación fue un éxito, pero lamentablemente todavía no hemos logrado que el gen implantado se adhiera a sus ojos.

—¿Qué significa eso? —le pregunté confundido, sin entenderlo.

—En pacientes con ceguera total o parcial, como es en este caso, un éxito se define por la continuidad del procedimiento. La srta. Janett no perdió mucho, pero sufrió complicaciones. Por ello, le recomiendo que la vigile para que siempre pueda usar el antifaz y que bajo ninguna circunstancia se lo vaya a quitar. El antifaz la protegerá aún más, ya que sería irreversible si expone sus ojos a la luz solar. Ella también es consciente de esta información.

—¿Cuánto tiempo tomará esto, doctor? —le pregunté con la esperanza de obtener una mejor respuesta.

—El próximo año lo intentaremos de nuevo. Por ahora, fortaleceremos con terapia.

—¿Dónde está ella?

—Ya salió, parece que recibió una llamada después de salir… y con su permiso, me retiro —expresó el doctor, mientras se dirigía a otro lugar.

No sabía qué pensar, había quedado con un sinsabor en la boca luego de sus respuestas. No comprendía si lo que venía era bueno, malo o espeluznante, pero no había de otra que seguir creyendo en medio del dilema.

Luego, cuando creí que lo peor ya había pasado, Janett apareció al fondo del pasillo, llorando desconsoladamente mientras caminaba de vuelta hacia donde yo estaba. Llevaba el antifaz que el doctor me había mencionado, le cubría por casi completo los párpados, como si le hubieran pasado una brocha de pintura negra por encima de la

nariz.

Janett se veía desquebrajada. Me acerqué a ella y la abracé, no paraba de estar triste, entre lágrimas y sollozos. Estaba completamente desamparada.

—Janett, ¿qué sucedió?

Su respiración se entrecortaba y apenas podía hablar, sus palabras se desvanecían. La sostuve con firmeza desde la cintura para evitar que cayera al suelo. Estaba tan liviana como una pluma, y temblaba como si hubiera visto un fantasma en el pasillo.

—Me lla-llamaron —dijo entre sollozos, tenía el espíritu arrugado como una nuez. Ubicó su rostro sobre mi hombro, y se echó a llorar de nuevo con los pedazos rotos de un corazón marchito—. Mi papá falleció.

Capítulo 85.

Los Olivos.

El tiempo era un asesino silencioso, feroz, devorador de sueños y esperanzas. En nuestro regreso, el Olivo había ganado en brillo y resolución, ya que, tal como le había propuesto al rey, abrió sus puertas e incrementó el turismo en el reino, recibiendo el abrazo del mundo hacia sus imponentes murallas.

Sin temor a equivocarme y tras haber recorrido innumerables países y lugares, el Olivo se alzaba como un monumento de eterna gloria, sus extensos castillos y campos inolvidables, lo convertían en la construcción más excelsa que jamás hubiese creado el hombre, ya que ninguna otra obra lograba igualar su grandeza.

La mayoría de las cadenas televisivas, reporteros de renombre y miembros de alta relevancia internacional, ofrecieron sus condolencias y realizaron actos solemnes en honor al monarca más grande de América. Fue un reencuentro muy amargo y doloroso con las fuerzas generales del castillo; las salamandras estaban devastadas, y los protectores junto con los caballerizos estaban firmes, pero sin la fortaleza de su gran baluarte. Los únicos que estaban sobrios e imponentes, en medio de la pérdida del rey, eran dos personajes muy bien conocidos y apreciados por mí: el honorable caballero Sounder y el gran caballerizo de oro, Emilio.

Los años no pasaban en vano, algunos en el reino que recordaba jóvenes ya tenían el cabello grisáceo y otros presentaban rugosidades, como la viuda del rey y el primer protector.

—Me complace verlo acá —me expresó Emilio, seguro y elocuente. Estábamos en medio de las exequias de honor al rey, reunidos con la multitudinaria presencia de más de 4000 hombres y mujeres, que se ordenaban entre filas y columnas. En el centro, reposaba el féretro dorado y resguardado por personalidades del mundo, entre ellas, se encontraba la sra. Blanchet, la reina Teresina y mi amada esposa.

—Hace unos días hablamos con él… —le respondí en voz baja.

—La muerte no conversa con nadie —dijo crudo. Sounder veía de reojo, lo teníamos cerca. También se advertía lastimado desde el corazón.

—¿Cómo se siente? —le susurré.

—No hay palabras… —dijo con la mirada desvanecida hacia donde yacía su gran amigo, jefe y caballero.

El momento de los discursos había llegado y no sabía quién tomaría la palabra; sin embargo, suponía que sería Teresina, ya que

era la reina del Olivo desde comienzos del milenio. Además, ya no era una niña tierna como antes, se había transformado en una empoderada mujer con todas las letras. En efecto, ella misma se posicionó en una plancha entelada, donde se encontraba el atril para ofrecer un mensaje:

—Damas y caballeros del mundo… —expresó Teresina, que a pesar de estar afectada, estaba más firme que Janett y la sra. Blanchet—. Hoy, el mundo sufre la pérdida de un ser humano maravilloso. Sabrino Lanchester fue un rey de buenos deseos por el otro, de entregarse con y para el corazón. Un hombre que dejó su vida entera por el país y sus naciones limítrofes. Hablar mucho de él sería mancillar su valía, entorpecer su legado, porque era un hombre trabajador, y de pocas palabras. Donde sus actos, su intervención directa, y su nobleza, la entrega de su alma, atrapó a la humanidad con su sacrificio y extensa labor. Les imploro y solicito en el día de hoy, hermoso y sin mancha, que por favor conserven su nombre en sus memorias, con respeto, valor e integridad.

Teresina bajó del podio, y los componentes de fuerzas, sumados a los presentes, comenzaron a aplaudir con estruendo y conmoción su sentido homenaje. Lo único que deseaba hacer, era seguir abrazando a Janett, pero estaba lejos de ella. Janett solo encontraba la calma en los brazos de su madre y hermana.

Empezó a caer la tarde, acompañada de un poderoso rayo de luz solar, y mis ojos sufrían la furia de su brillo. Traté de soportarlo hasta donde mi ímpetu me lo permitiera.

Mientras enterraban al rey en el mausoleo, Teresina tomó con sus manos el rostro de su llorosa madre. Janett se había separado de ellas y vino al encuentro con nosotros. Pronto, se plantó al frente de Emilio. Sus párpados eran oscuros, la piel le desvanecía el resplandor.

—Lo siento, Jane… —le dijo Emilio, derrotado y entristecido.

—Sé que dabas la vida por papá, te conozco, y no eres culpable de nada… —Janett se había recompuesto a pesar que su semblante mostrara dolor.

Emilio conservó el silencio con amargura y Sounder no subía los ojos del suelo. Se sentían culpables e impotentes.

—Mamá, ¿cómo ha estado ella?

—Los años la han aplacado, se ha vuelto más persona.

—Teresina, ¿cómo va su reino?

—Sin objeción, es maravillosa y correcta.

—Y… —Janett se comenzó a derrumbar de nuevo…—. ¿Usted, Emilio?

—Yo siempre estaré bien aquí, daré mi último aliento bajo estas tierras. Y si me sobra otra vida… también la viviré aquí —se le había

entrecortado la respiración a Janett, no podía soportarlo más.

» Jane… ¿Quiere un abrazo?

Janett admitió su dolor como una niña en ruinas, y caminó hacia él para abandonarse en un abrazo de consuelo.

(…)

El Olivo había cambiado por completo, era más azulado y placentero, alejado de aquellos grises de siempre. Habían abolido la vigilancia en los exteriores y el horario se flexibilizó, ahora mrs. Arismendi y su acompañante trabajaban en el interior. La zona del Redmond era exclusivamente para el público y las torres ahora eran atracciones; sin embargo, para despedir al gran rey, se decoró con solemnidad. Estábamos en los comedores junto a Emilio y Sounder, la reina Teresina aún no llegaba. Pronto comencé a sentir mareos constantes por la fuerza del sol y el sonido de las masas. No sabía cuánto tiempo resistiría.

—¿Te he contado alguna vez que mi abuelo conoció los Olivos? —le comenté a Janett, intentando animarla.

—¿Sí? ¿Cómo fue eso?

—Era uno de los obreros que construyó los muros. Tu padre siempre lo recordó, lo tenía en estima.

—Sí… —repetía Janett, por defecto. Seguía muy afectada.

—Muchos de sus cuentos eran inspirados en el reino. También era un gran hombre como tu papá.

—Por eso me siento en casa cuando te escucho… Porque tus relatos son mi hogar —me dijo con una leve sonrisa, olvidando un poco el tema de su padre. Me pareció bello escuchar eso.

La reina Teresina había llegado. Los caballerizos, en especial Sounder y Emilio, hicieron una pequeña reverencia ante ella, al igual que Janett, que aunque no gozaba mucho de las pleitesías, honraba a su hermana. Teresina se había vuelto una mujer muy sabia, con alma de ángel y un corazón valeroso, muy similar al de Janett.

Las noticias internacionales hablaban bien de su gestión, y los comentarios eran positivos y aceptados: Teresina gobernaba con orden y rectitud. Janett sonrió apenas la sintió acercarse, y se levantó del asiento para recibirla, ya estando al frente de ella, Janett respondió con gran respeto:

—Teresina, mírate, ahora eres una hermosa mujer —afirmó Janett. Teresina, estaba más alta que Janett, su cabello era largo y su vestido era un azul de reina. Estaba espectacular—. No es necesario verte para saber lo bella que te has vuelto. Papá debe estar orgulloso de ti, porque su reino está bien guardado.

—Jane —le sonrió con orgullo—. Todo lo aprendí de ti —Teresina se dispuso a darle un abrazo, era un hermoso momento entre

hermanas que se amaban.
—Papá me quería aquí… y lo traté tan mal, no se lo merecía —dijo Janett, con ganas inmensas de volver a las lágrimas.
—No digas eso, él te amaba y lo entendía —La consoló—. No te inmoles. Recuerda que siempre quiso lo mejor para ti y estuvo años buscando por tu solución mientras yo gobernaba. Él estará muy feliz si vuelves a encontrar la luz.
—Está bien… Cumpliré el deseo de papá.
—Jane —intervino Emilio—. Sepa que me tiene disponible para cualquier cosa. Ahora que su padre no está, es mi deber cuidar de usted.
—¿Y Teresina no necesita seguridad?
—Estoy retirado de las fuerzas —aclaró Emilio, solvente—. Pero al igual que con su padre y hasta el último día, quisiera cuidar lo que corresponde a mi corazón.
—¿Insinúa que Claude lo hace mal?
—Reforzar la seguridad de alguien importante nunca está de más —dijo agradado. Emilio siempre distinguía qué decir, era un maestro para dar respuestas seguras. Luego, algo sucedió.
Sounder se dio cuenta y me retuvo para que no cayera de la mesa, y llevé la mano hacia mi cabeza mientras cerraba los ojos.
—Sr. Claude —me dijo Sounder con respeto y preocupación—. ¿Ha de suceder algo?
—Debo estar un poco confundido… eso es todo.
Me había mareado en cuestión de minutos, tal vez era el cambio de clima que me afectaba. Todos se habían dado cuenta, inclusive Janett.
—¿Es muy grave? —me dijo—. Deberías ir a enfermería.
—Tengo la medicina en el equipaje, no es necesario.
—Es una lástima —expresó Emilio, entristecido—. Si hubiera ido, conocería a mi hijo.
Teresina sonrió y Sounder también. Janett, había transformado el rostro a un suceso inexplicable.
—¿¡Eres padre!?
—El amor… también multiplica. Eso es todo lo que tengo para decir — Me había reído junto a Teresina, y Sounder se contuvo por respeto a Janett, mientras ella parecía empecinada en no creer.
—¿Por qué no lo dijiste antes? Hubiera venido a su nacimiento.
—Quería que fuera una sorpresa… por si volvía antes.
Janett, lo lamentó de forma profunda, y como pudo mantuvo su fortaleza de antigua reina. La acompañé todo el tiempo por los redefinidos caminos verdosos y cuidados del Olivo y, en el fondo, parecía que todo seguía igual. Pero el calendario era definitivo. Emilio había envejecido los cabellos, pero conservaba una fuerza de espíritu

imperturbable, continuaba macizo como un roble. Sounder era leal y eterno, y la sra. Blanchet cambió su figura a una anciana enmohecida. Eran años de paz en un Olivo que sufría su primera pérdida en años —y tal vez la más importante de todas—.

Janett y yo habíamos tomado distancia del resto, y nos sentamos con cuidado en las cercanías del lago donde fue nuestro primer beso, y distante de ser un buen recuerdo para relucir y sacar a la luz, porque así lo pensaba, Janett, había comenzado a hablar con el corazón abierto. Antón estaba recorriendo como perro chiflado, los favorables prados verdosos y ocres del reino, no tenía idea de nada.

—Claude… —me dijo, tibiamente—. Pensé que lo encontraría… pero no fue así.

Janett estaba a punto de volver a llorar, yo le supliqué que no lo hiciera, porque me estaba matando el corazón.

» Pensé que papá era eterno, que siempre estaría aquí… fui una idiota —se insultó con crudeza, mientras consentía su hombro con la mano—, el tiempo no me esperó para despedirlo… y no fue capaz de esperarme.

—No te digas eso. Don Sabrino fue asombroso, y supo lo que había que sacrificar desde un principio. Era un rey, no puedes hacerlos felices a todos cuando eres alguien tan importante.

—¿Cómo te sientes? —me dijo preocupada. A pesar de estar rota, no dejaba de pensar en mí.

—Estoy mejor, sentado es distinto. Ahora me preocupas tú.

—Estoy bien —dijo con la voz rasposa y ánimos de llorar.

—Ven aquí.

La rodeé con mi mano y ella se apoyó en mi hombro para consolarse, le di caricias en el brazo. Sentí que era el momento para convidar un relato:

—El omega y el alfa, el inicio y el fin, son como dos hermanos que chocan de frente y rara vez hacen las pases, porque mientras uno va adelante… el otro viene y hace el remate. La muerte será dolorosa, pero no se encuentra en el sanatorio de la vida, porque hasta cuando mueres… todavía vives en alguna otra parte. Él vivirá para siempre… como el recordado rey de los deseos.

Janett se sintió mejor con mis palabras y luego escuchamos una voz a nuestras espaldas.

—Maravilloso relato —expresó la reina Teresina, muy sonriente. Quería morirme de la vergüenza, nadie además de Janett me había escuchado uno en privado—. Ya entiendo por qué Janett no quería volver aquí.

En todo el viaje, Janett nunca se había reído, pero luego de escuchar aquello, fue inevitable que Teresina no le robara una risa. Janett me sostuvo fuertemente de la mano, como si me dijera con el

cuerpo lo mucho que me amaba. Fue el momento más incómodo pero gratificante que había tenido, rodeado de dos hermosas mujeres que me admiraban como un tesoro.

—Deberíamos ir a ver a tus padres —me dijo Janett. Asentí en silencio ante la grandiosa idea.

—Podemos llevarlos si así lo desean—expresó Teresina—. Tenemos transporte de sobra.

Hicimos caso a las palabras de la reina y sin tardar fuimos rumbo hacia la gran puerta. Cuando llegamos, nuevamente quedé paralizado.

—¿Esto es cierto? —pregunté, atónito.

La reina me vio sorprendida porque no entendió mi reacción, luego supo por qué fue y se echó a reír.

—Teníamos que actualizarnos. No íbamos a andar en caballos para siempre —Janett escuchaba y no entendía en absoluto.

Pronto Teresina vio su reloj de mano, y con el rostro había dado muestras claras de tardanza.

» Lamento dejarlos, pero tengo una importante reunión con el resto de las Naciones Unidas. Escojan el que necesiten, si requieren un conductor pueden decirle a Emilio o Rebecca que ya aprobaron el curso de manejo.

Acepté las palabras de Teresina, y antes de marcharse me dijo otra cosa:

» Caballero Claude, gracias por cuidar de mi hermana. El rey Sabrino siempre le consideró como el mejor —me hizo una pequeña reverencia y terminé en el limbo. No podía creer la fortuna que tenía, porque mi vida estaba rodeada de personas asombrosas. Teresina se había ido.

—Janett —le dije sonriente, porque lo que había ahí, eran dos autos lujosos con el blasón del reino—. ¿En qué nos vamos? ¿En *Hennessey* o *Aston Martin*?

—¿Y la carrozas? —preguntó Janett, alarmada.

—Al parecer… se dejaron de usar hace mucho.

(…)

Nunca creí que algún día llegaría a la casa de mis padres manejando un carro de altísima categoría, es más, si alguien me preguntaba eso antes, le diría con franqueza que estaba enfermo. Antón sacaba la lengua por la ventana, emocionado, mientras ya casi alcanzábamos el destino. Cuando llegamos, al contrario del Olivo, mi hogar estaba intacto, idéntico al sitio donde había crecido y forjado un corazón para aprender a caminar sobre la vida. Tenía zozobra, porque

no quería encontrarme más sorpresas. Al tocar la puerta, di gracias al Creador… porque papá salió para abrirme.

—¡Hijo! —gritó con desbordada alegría y me dio un sentido abrazo. Después, a los pocos segundos, apareció mamá. Era inevitable no llorar, y aunque todavía no lo hacía, mamá ya lloraba como una nube torrencial.

Se acercó a mi lado y me besó la frente. Luego, me dio uno de los abrazos más grandes que había recibido en vida. Mamá… discúlpame por no venir antes —le dije decepcionado. Era cierto, tenía más de quince años sin verla.

—Es tu vida hijo, yo solo puedo esperarte con las manos abiertas y una galleta con jugo de melón —dijo conmovida, y volteando, descubrió a Janett y Antón—. ¡Qué tenemos por aquí! ¡Mira esta belleza de animal! —replicó mamá cuando Antón se le había abalanzado con las patas a la altura del estómago.

Papá también abrazó a Janett y mamá hizo lo mismo. No podía sentirme más feliz, porque gracias a la vida, mis padres estaban plenos, gozosos y disfrutando de su amor admirable.

Les conté cómo había tenido un montón de vivencias afortunadas con Janett mientras comíamos hasta saciarnos, anécdotas sobre los países que habíamos visitado, momentos difíciles con Janett y también de cómo el amor nos había alcanzado en lugares inimaginables. Hubo un momento en que callamos los tres. Janett yacía en el sofá, a una distancia prudente de nosotros, y yo comencé a llorar enmudecido delante de mis padres, porque los años no pasaban solos... Luego, de forma extraordinaria, Janett me hizo una pregunta voraz:

—Claude, ¿por qué estás llorando? —Mis padres la miraron, impresionados y aturdidos.

—¿Cómo lo sabes, hija? —le preguntó papá de inmediato, mis lágrimas eran mínimas, pero Janett las escuchaba.

—Papá —dije, orgulloso de ella—. Janett lo sabe todo.

Ella se sintió avergonzada, pero mis padres solo la elogiaron por sobrellevar todo con tanta habilidad y le expresaron sus condolencias por el fallecimiento del rey.

La noche se había instalado con rapidez y realmente no quería irme, pero debíamos devolver el carro y tomar el vuelo de regreso; Janett me había dicho que necesitaba despejarse después de lo sucedido.

—Qué alegría verlos por fin juntos. Siempre había soñado con este día —les dije a ambos con el corazón lleno de orgullo.

—Hijo, el amor es una cosa que bien se puede sufrir o gozar, pero crece en la espera —dijo papá mientras sostenía a mamá, tal como yo abrazaba a Janett.

—Tendrás un hermano —dijo mamá.

—¿¡Qué!? —dije enloquecido.

—Es mentira —aclaró al instante, juguetona y dando saltos. Mamá no era de las que mentía y, sin embargo, nos hizo reír—. No tenemos edad para esas cosas. Somos viejos.

—Los amo —los abracé a ambos—. Gracias por todo. Prometo volver pronto.

—Eso siempre dicen los hijos —indicó papá con una tierna sonrisa.

—Yo haré que él cumpla —dijo Janett, decidida.

—Bien, las mujeres mandamos. Excelente, Jane—expresó mamá, agradecida. Papá y yo nos encogimos de hombros al mismo instante, porque sabíamos que una vida sin mujeres ni amor era un completo sinsentido.

Gracias a mis padres y su buena energía, Janett consiguió distraerse un poco. El día había sido inolvidable, pero aun así, no dejaba de ser agridulce. Janett —a pesar de estar entristecida—, cuando me veía feliz también lo era con una pequeña sonrisa.

Capítulo 86.

En el viaje hacia lo desconocido e inmemorial, logramos tomar un destino único y diferente a cualquier otro. Habíamos aterrizado en la ciudad más austral del mundo, donde las aventuras con Janett y Antón pasarían a un nivel escandaloso, porque era una tierra bendecida con la naturaleza más salvaje y espectacular de la creación. No obstante, casi ni entendía por qué tenía tantos deseos reservados en querer viajar hasta ahí, pero sin duda alguna, era uno de los destinos que más sonaba en mi cabeza.

En el refugio donde nos hospedábamos, el clima era cálido y acogedor, y mientras esperábamos en la cama, impacientes y cobijados, aguardando la gloriosa salida del sol; Antón se había montado encima de nosotros para corretearnos de un lado hacia el otro.

En su juego de locura hacia todos los extremos, había soltado mucho pelaje y me habían entrado sus hebras por los orificios nasales. Con la rapidez que ameritaba la situación, conseguí estornudar hacia un costado para evitar males.

—Antón, baja —le indicó Janett, luego de sentir el carraspeo. Antón obedeció de inmediato.

—Lo hubieras dejado un rato… —tosí de nuevo, con mayor ímpetu —. No estaba haciendo nada malo.

—Sí, pero tiene las piernas muy frías y tampoco me quiero congelar aquí.

—Los abrazos quitan el frío… —le dije romántico. Janett asintió desvaneciendo su reclamo y, justo al acercarse hacia mí, me entró un nuevo estornudo.

Traté de contenerlo como pude, aunque era imposible. Había tosido lejos de Janett y antes de que lograra abrazarme.

—Claude, eso no me gusta —expresó, preocupada.

—Deben ser los pelos de Antón —dije mientras me limpiaba la nariz con la yema de los dedos.

—No, está raro. Antón nunca ha sido de darnos alergias. Deberíamos ir al médico… desde hace rato te están dando cosas.

—Sí, algún día iremos —le dije con deseos de pretender dormir una siesta, no había logrado darle el abrazo.

—No, vamos ahora —reiteró molesta—. O mejor voy a llamar para que te programen una cita para la noche, no es justo que lo posterguemos de nuevo.

—Yo me siento bien, pero si quieres... Hazlo —le dije aceptando. Tampoco le estaba mintiendo, la medicina que utilizaba siempre me ayudaba.

Janett había llamado desde el teléfono de la recepción del refugio,

y logró apartar una cita para la noche en el hospital de la ciudad.

—Gracias por preocuparte —le dije, sonriente—. ¿Ahora si puedes darme un abrazo para el frío?

Janett, silenciosamente se montó a la cama y fue dispuesta a hacerlo, todavía nos faltaban dos horas para salir y la temperatura baja no desaparecía. Pero de nuevo, el teléfono del refugio empezó a sonar.

» ¡Dios! —reclamó Janett frustrada por no abrazarme—. ¿Quién será?

Volvió a tomarlo y lo sostuvo desde la mano por un minuto, y después de esperar varios repiques, con una pizca de temor, contestó:

—¿Hola? ¿A quién necesita?

Observaba a Janett con atención, porque… ¿Quién podría llamarnos por aquí? Podría ser el doctor o algo así.

» Sí… habla con su esposa —dijo serena. Me reí, era increíble que Janett fuera mi esposa. Sonaba precioso cuando lo decía.

» Ah sí… claro. Claude, es para ti —me susurró mientras sostenía el teléfono en el aire.

—¿Quién será? —le respondí cuando lo tomaba—. Hola. ¿Para qué me necesita?

—Viajero del norte, ¿está en búsqueda de un guía turístico, uno de los mejores de la historia, para que le enseñe la ciudad de Ushuaia y sus alrededores?

—No…. con nosotros dos estará bien —dije a punto de colgar, pero retornó con más palabras.

—Usaré entonces, el depurado recurso del recuerdo, querido amigo de perdices y mala memoria. ¡He de sufrir por lo que no me pertenece!

—¿Qué dice? ¿Está loco señor? —le dije seguro pero intimidado, no quería conflictos tan lejos de casa.

—Siempre he sido uno, ¡Y el mejor! Pero… ¿Creías que no te iba a ver por aquí? ¡Soy el presidente de la Patagonia!

—¿¡Quién es!? ¡Me está asustando! —dije ofuscado y agotado, entre tanta y tanta cháchara.

—No seas cruel conmigo… —expresó en una voz más amena—. Ahora dime, ¿quién es el hombre más loco que has conocido?

—¿Loco? —le dije incomodado. Luego, mi rostro se transformó a la completa incredulidad. Había recordado a la única persona que lo era desde siempre—. No me digas que… ¿Cornelio?

—El mismo que desearía ser hijo de tu madre y hermano tuyo para tomar esa inolvidable agua panela, amigo mío.

(…)

A la hora salimos de camino para encontrarnos con Cornelio y comenzar nuestra travesía por la vasta riqueza de los glaciares. Antón, se había quedado dormido en el refugio al sentir el frío escarnecedor y no lo culpaba. El ambiente era una heladera.

Al fondo, en medio de la nieve ordenada, apareció Cornelio con la mano elevada. La movió hacia un lado, intentando saludar como un náufrago atrapado en altamar.

—¡Amigo! ¡No lo puedo creer! ¿Cómo conseguiste mi número? —Cuando Cornelio se acercó, había encontrado a un hombre transformado en loco, porque retenía un extenso cabello que le llegaba por debajo de los hombros, su barba también le ocultaba el cuello. Vestía ropajes de pordiosero y parecía un oso. Al final, se había vuelto uno. Por primera vez tenía que agradecer a la ceguera de Janett, porque si veía a Cornelio, probablemente saldría corriendo con las ganas que yo tenía de hacerlo en ese momento, pero no podía del frío.

—Tengo mis contactos especiales, ¿se te olvida que estás en mi territorio? Conozco todo lo de aquí, polluelo arrepentido.

—Estás enfermo, amigo. ¿Ahora qué te hiciste en el cabello? Pareces un pez peludo.

Janett, había comenzado a abrir la boca para iniciar una risa, pero se contuvo con valor.

—En el Polo Norte están todos los osos, mientras que el único que hay aquí, soy yo. Debo ser elástico en mis propósitos.

—Al menos, ¿me darás un abrazo? La última vez no te despediste de mí.

—Tengo más grasa que una olla de pollo frito, pero si deseas mojarte de asquerosa humedad… ¡adelante, explorador!

—Mejor conservaré la distancia… —le dije, desagradado.

—¡Sígame todo aquel que desee vivir por última vez! —gritó a los cuatro vientos, estaba loco, lo bueno es que éramos los tres. El sitio estaba abandonado y, sin embargo, le seguimos sin más.

Cuando estábamos de camino al hielo de los confines del mundo, Cornelio nos llevó primero hacia una lujosa embarcación apartada, donde una vez dentro, conocimos las formaciones más frías y arcaicas del mundo, en un variado conglomerado que era una postal para conservarse en el recuerdo.

Luego, recorrimos los paisajes marítimos con presencia de ballenas y, al final, desembarcamos por varios minutos para sentir el iceberg antártico, la brisa estruendosa y la oceánica estructura que se hervía en el fondo de la tierra.

—¿Vives aquí? ¡Esto está demasiado épico! —expresé a viva voz. Janett, no dejaba de tomar fotos desde todos los ángulos a pesar que

se le congelara el lente de la cámara.

—Sabía que volverías —dijo emotivo—. Estaba esperando al rey de la melaza desde hacía años.

Cornelio todavía no me había dicho cómo sabía que vendría y no pude ocultar por más tiempo mi deseo de saberlo, así que tuve que preguntarle:

—¿Siempre lo supiste? Además, ¿desde cuándo vives en el sur?

—Hace quince años que llegué a la Patagonia y tengo diez en Ushuaia. Cuando vienen turistas, siempre salen sus nombres en la pancarta de recibimiento y sabía que el único Rivarola que podría ser capaz de venir hasta aquí, sin duda serías tú, pescador de peces —expresó entre risas ahogadas y sopladas por el aire glacial.

—Oye espera… —le dije intrigado—. ¿Estuviste viendo una pancarta de aviso por más de diez años?

—La amistad es lo único que no puede comprarse. Pero también a la soledad se le ocurren muchas cosas estúpidas y consistentes —alzó el dedo por un segundo—. Además… a un viejo como yo, que sabe de lo que habla, no fueron diez, fueron nueve. Porque no conocía esa pancarta en el primer año —expresó aberrado de verso, no le entendí, sino hasta la mitad.

—¿Y la llamada? ¿Cómo la hiciste si no sabías dónde estaba? ¿Eres brujo?

—A la luz de la magia nada se escapa, porque el fuego es —Hizo como si se quemara la mano con una fogata invisible—, un caluroso y vigoroso. Fue un chasquido, o debo decir una chispa fácil, solo sé que no hay nada más que dos refugios en este infierno glacial, y uno lo cerraron el año pasado.

—Está bien. Ya me di cuenta que no tienes salvación —le dije con acepción y sarcasmo, mientras Janett yacía en un silencio templado y sumiso. Cornelio se había apartado y salido hacia las barandillas del barco, desabrigado y decidido a olerse la sal de los mares. Verlo era un poema abstracto, porque la cabellera le ondeaba como una frígida tormenta, primeriza ante la existencia.

Janett pronto se acercó y me susurró con gala:

—Tu amigo loco también sabe relatar —expresó, animada—. Pero me pierdo cuando lo hace, es muy desordenado, narra como si el mundo no tuviera suelo.

—Creo que no has podido describir mejor a Cornelio… —le dije con una sonrisa a medias, el hielo me había congelado hasta los músculos de la cara.

(...)

Más tarde, la corriente escampó sus turbulencias, y nos adentramos a la isla de Cabo de Hornos, la tierra que verdaderamente estaba hasta el fin del mundo. Estábamos en una costa alta, vegetal, rodeados del mar más poderoso de todos.

—¡El final ha llegado! ¡Corran terrícolas y gallinas voladoras! ¡Se les ha terminado el placer! —gritaba Cornelio con sus dos manos abiertas, como si fuera un valiente queriendo encontrarse a un lobo feroz y punzante.

El viento no era débil, era diferente, y el golpeteo de las olas junto al choque de los océanos dejaban prever un escenario ideal para un relato. Janett estaba temblando de frío, pero me sostenía con sus manos. Cornelio se había acostado en la hierba congelada.

—Desde el comienzo he estado y hasta el fin he llegado, hay turbulencias y se encuentran desavenencias, te quieres ir, pero realmente buscas cómo quedarte. Estoy en la isla que sobrevivirá al fin, porque hasta ya lo es, lo ha sido y lo será. Y con el corazón alegre, glacial y ventoso, encuentro fuego en mi sangre, soporto filos de espada blanca y fría, y resisto a la paila, del cabo de hornos.

Janett tomó la foto con rapidez, y el viento había incrementado con peligro. Hasta parecía que hubiera querido escuchar mi relato, o tal vez, estaba alucinando por la invariable cháchara de Cornelio.

—¡Vámonos! ¡Estoy que muero del frío! —replicó Janett, sonriente y abrumada. Había disfrutado el relato como nunca y a pesar del ambiente hostil, resistió el frío con firmeza.

—¡Cornelio! ¡Vamos! ¿Quieres morir? —le pregunté a los gritos mientras me resguardaba con Janett para volver a embarcar.

—Amigo… —susurró Cornelio, en soledad—. Cuánto he pedido a la muerte… y no se me ha concedido. No es una mujer fácil de cortejar.

(…)

Estábamos de regreso en Ushuaia, la noche había comenzado. Sus calles estaban serenas y nubladas, porque después de la mañana, en la tarde del hielo venteado, el resto simplemente era imposible de olvidar. Nos había encantado todo, en especial el estruendo del mar.

—¡Tengo mi bar, amigo! ¡Y comparto cervezas gratis los domingos! Deberías quedarte hasta ese día, o al menos para siempre.

—¿Cumpliste el sueño loco que te dije en broma? —le pregunté estupefacto. No podía creerlo.

—Desde el día que lo dijiste, ya lo había cumplido en mi cabeza —expresó pedante, me había quedado anonadado con la respuesta.

—Cornelio, ¿y no tienes novia o mujer? Digo, porque eres genial… y ahora con una fuente de trabajo creo que… —le pregunté, con deseos de verlo formalizado y controlado.

—¡Jamás me uniría en carne con una mujer! —vociferó con voz de júbilo. Janett había abierto los ojos que no tenía al escucharle.

—¿No te gustan?

—Es que soy injustificablemente feo. Estoy condenado a la soledad, y eso, es un precio que al menos un ser humano en la tierra debe pagar, ese soy yo, el elegido para el segundo diluvio.

—¿Por eso nos llevaste hasta el fin del mundo? —le pregunté sobrio y con ojos analíticos. Cornelio era una caja de sorpresas, no solo lingüísticas, sino también filosóficas.

—No… eso sí es azar —dijo corto. Casi se había transformado. Dios santo, no existía forma de cruzar ese laberinto sin salida que era Cornelio. Janett se puso de nuevo mi lado y volvió a cuchichear:

—No me parece tan feo como dice...

—No le hagas caso —le dije decisivo—. Te aseguro que ese tonto se casa, porque hasta los más locos lo hacen.

—Es verdad… si no mírame a mí contigo.

Había mudado mi cara de una alegre a indignada y aburrida, incluso deseaba reírme, pero no quería perder la dignidad. Janett se había transfigurado naturalmente a una hermana perdida de Cornelio.

Después de conocer Ushuaia y sus partes simpáticas y decoradas, Cornelio volvió a hablar luego de un soberano silencio que se había reservado para la última conversación.

—Les tengo la sorpresa ideal para un final de serie —expresó cuerdo, y al segundo, apuntó con el dedo hacia un camino de piedras —. Si quieren ver pingüinos enamorados, vayan al fondo.

—¡Cornelio! ¿¡Dónde demonios te perdiste!? —le gritó un hombre, enfurecido, que estaba a diez metros de distancia.

Cornelio le había dado la espalda y nos comenzó a sonreír con exageración. Luego, en medio de un lamentable y embarazoso ademán, se volteó para responder:

—¡Jefe! ¡He de excusarme con profunda tristeza! ¡Suba mi salario en compensación por mi falta!

—¿Subir? Ya empezaste con tus demencias. ¡Ven acá si no te quieres quedar sin pago para el resto de mes! ¡Esperan los tragos en la mesa! ¡Ven ahora! —renegó su jefe, colérico, volviendo sus pasos del camino.

—Bueno Claude, es mi desenlace —dijo sensato, como nunca lo había escuchado. En silencio se acercó hacia mí y me entregó un gran abrazo.

—Amigo, ¿por qué te pusiste tan raro ahora? —le dije al oído mientras continuaba el abrazo. Parecía un hombre de verdad.

—Me disculpo contigo por no despedirme antes, y lo hago ahora, por si no hay una nueva ocasión. La vida no es un instante, los instantes somos nosotros. Amigo, recuerda que te quiero para siempre.

Lo abracé con más ímpetu, y sonamos palmas en nuestras espaldas con fuerza. Cornelio, se despidió de Janett con una ligera reverencia y ella hizo lo mismo.

» Cuídelo muy bien, señorita. Es un hombre sabio, pero al final tonto como todos nosotros. Los tontos del mundo, tienen nombre de hombre.

—Lo haré —le expresó, contenta.

Habíamos cerrado nuestro viaje austral con los hermosos pingüinos de Ushuaia, y no podía agradecer más a Cornelio en mi corazón, porque aquel día, había empatado a Travis como mi mejor amistad. El bohemio sudado se había convertido en un sabio borracho al igual que su tío, cumpliendo la cruz de las generaciones antiguas, porque al final su gran sabiduría era asombrosa. Y de algo tenía razón, que los hombres —aun así, viejos y sabios—, nunca dejaban de ser unos perfectos torpes.

(…)

Mientras la ciudad oscurecía con naturalidad y la noche hacía su entrada triunfal, ya me enfrentaba a una pésima noticia. Janett se había enfermado con severidad por los bruscos cambios de temperatura que habíamos soportado. Estaba encamada y resistida entre las cobijas, le había dado un té caliente junto a una aspirina para pasar el malestar. Estaba muy preocupado.

—Claude… —me dijo tibia—. Necesitas ir al médico, por favor... quiero estar tranquila contigo.

—No. ¿Cómo se te ocurre que te voy a dejar aquí? —Antón me había comenzado a ladrar.

—Antón me puede cuidar, pero no pierdas esa cita. Deberías ir… —dijo con dificultad, se dolía del cuello.

—Tranquilízate, yo estoy bien. No tengo gripe ni tos. Tú eres la que debería ir al médico.

—No… por favor, tienes que ir…

Antón estaba ladrando con locura y no paraba, se había tornado muy molesto.

—¡Antón ya! —enuncié con firmeza—. ¡Me quedaré aquí! No dejaré sola a mamá.

Antón gimoteó de tristeza por mis gritos y recostó su cabeza en la alfombra, acongojado y mirando para los lados.

Me consternaba hacerlo, pero debía entender que no quería volver a mirar un médico, no después de tantos horribles episodios. Lo que

menos esperaba en vacaciones era encontrarme uno. Además, solo tenía una tos ligera. Pero la verdad… había estornudado más de tres veces en el paseo al Ártico, y mi suerte era que Janett no se había enterado. No quería que se preocupara, así mejoraría pronto. Porque Janett era mi vida y no quería que nada malo le pasara. Solo deseaba cuidarla para siempre.

Capítulo 87.

2013. Stocking Island, Bahamas.

El 2013 fue el año de dos acontecimientos capitales que cambiarían nuestras vidas para siempre; el primero era la exitosa operación de restauración visual de Janett. Los doctores habían augurado cosas muy buenas para el futuro, y conversaron acerca de una esporádica esperanza, porque era posible que en un par de años; Janett pudiera recuperar la vista. El nuevo gen implantado a sus ojos solo debía adaptarse y esperar la corrida del tiempo.

Por aquella agraciada noticia a comienzos del año, fuimos románticos en extremo, y disfrutamos del resto de los meses en la dulce espera del que es bendecido. En esos días recordamos los inicios de nuestra juventud y cuando nos conocimos, porque después de la dolorosa separación que nos había costado sudor y lágrimas, en cualquier lugar era sencillo encontrar una razón para rendirnos, porque la mayoría —o al menos en gran parte—, de la historia que vivíamos juntos, siempre había sido complicada, amarga y desoladora. Pero al final mantuvimos el amor a base de esfuerzo y dedicación.

A veces, nos encontrábamos subiendo una montaña de espinas con los pies descalzos; en otras, como un huracán de fuego que destruía el suspiro de nuestros sentimientos, o simplemente observábamos la rotura del hielo en los ríos burbuja que sujetábamos en el pecho, con los recuerdos que guardábamos con recelo. Pero una vez el tiempo despejó el enredo de los senderos, el atardecer se había vuelto un aliado y las palabras amorosas un bálsamo para fecundar el amor. Habíamos viajado a numerosos sitios; estaba siendo nuestro año preferido.

Primero buceamos por los arrecifes y corales de la guapa Indonesia, sumergidos en un paisaje de los más espectaculares del mundo, regocijando nuestros ojos al color de las alegrías. Pactamos en confianza con los monjes hindúes de la India, conocimos su cultura, la paz del alma y la meditación para abrir las puertas del espíritu. Había sido una experiencia enriquecedora para fortalecer no solo nuestra relación, sino también para crecer como individuos. Luego, encontramos locura y excentricidad en los aires frondosos de Nepal, cuando saltamos hacia el vacío de la pendiente y experimentamos el valor de la vida y su intensa vulnerabilidad, con el recogimiento y el escalofrío de un paracaídas abierto.

Continuamos en la gran Rusia, incrementando la adrenalina en los torrentes sanguíneos y sumándole emoción al corazón con las

montañas americanas, donde el aliento se quería escapar al cielo o viajar por el espacio, pero regresaba al cuerpo hasta el final de sus vueltas. De igual forma, regresábamos al cielo dentro de un flotador en Turquía, en el conocido globo aerostático, que me ponía nervioso con las nubes, pero me hacía morir de contento con la compañía de mi mujer.

Admiramos el museo del Vaticano y sentimos cómo la historia venía a atraparnos para quedarse en nuestras pieles de época nueva. Precisamos conciertos en Inglaterra con maravillosos artistas que cantaban con pasión y otros que eran de impresión, porque los más grandes ya eran costumbre.

Dirigimos el corazón hacia la hermosa África, con aterrizaje de primera clase en Kenia, donde fuimos de libre turismo en un carro de montaña, y paseamos en safari conociendo una gran multitud de especies silvestres: cebras, búfalos, jirafas, leones, rinocerontes y al final hasta hubo tiempo de tomar fotos a las floras áridas y vírgenes de suma belleza. También conocimos Sudáfrica y su excelente modernidad, con un salto que te hacía creer que la vida podía ser un juguete que se podía romper en cualquier momento, pero que aun así se podía restaurar para seguir.

El avión descendió por las selvas amazónicas de Brasil, en la aparición del coloso del sur, donde conocimos su gente, la cultura, el Carnaval de Río y el fútbol playa. Asimismo, dimos breves pasos por varios países y sitios que no era probable recordar con referencia, pero de todos los continentes, al menos más de un país visitamos, incluyendo las islas de Oceanía.

Cada nueva aventura era novicia a la luz de nuestras almas, porque éramos jóvenes caminando hacia la eternidad, haciéndonos ilustres y autónomos, siempre en búsqueda de otro destino para aumentar las arcas de nuestro amor, en acompañamiento y vigilia de un ángel con cuatro patas como era Antón.

Todo había sido tan increíble y perdurable que, detrás de mi ufana alegría y desconcierto por la tierra honda, Janett estaba a mi lado con su adornada belleza que tanto amaba, otorgándome sus afectos para todos los días.

Nos habíamos compenetrado tanto con el paso del tiempo que, cuando Janett me percibía, realmente se contagiaba con mi energía. Parecía una contradicción, porque el repartimiento equitativo de nuestros disfrutes individuales se había echado a perder, y cuando antes pensaba que la acompañaba para conocer el mundo, porque le describía cientos de paisajes originarios, en los últimos años estaba siendo lo contrario.

Yo era el turista, el que disfrutaba del buen viento y admiraba la puesta en escena del mundo, y del peso pluma que contenía mi carne

cuando yacía en el monte más alto. Janett se guiaba con mi voz de forma juiciosa, cariñosa. Con su captura de fotos, sus palabras sarcásticas, su pasión de telenovela y demás aspectos románticos que solamente ella sabía tener. Janett no quería conocer el mundo, Janett deseaba que yo conociera el mundo a través de ella. Era maravilloso. Pero había algo que no podía ocultar… y estaba sufriendo.

A comienzos del año pasado, había abordado una multitud de padecimientos en el cuerpo, y eran los mismos de siempre. A veces fiebre, dolor de cabeza y uno que otro potente estornudo de narices. Lo positivo era que el medicamento me ayudaba a resistir esas falencias.

Había llegado diciembre y estábamos en los últimos días del año, y aunque no estaba haciendo lo indicado —estaba claro—, cada vez consumía las pastillas con más regularidad. Antes lo hacía una vez al mes. Luego, fui cambiando a semanas, para después terminar tomándolas cinco veces al día: tres por la mañana y el resto en la tarde. Era terrible la sensación de culpa que había comenzado a sentir y, de forma consecutiva a mis desconciertos, llegó aquel momento en Bahamas que cambió todo para siempre.

—¡Oye! —reclamé con risa, era Antón lamiendo mi rostro cuando descansaba sentado al frente de la divertida y cristalina playa de *Stocking Island*—. No lo hagas más, detente —me había reído por su intervención, incluso se logró montar encima de mí, despertándome con cosquillas.

—¡Claude! ¿Ya comió el niño? —me preguntó Janett que estaba diagonal y en pie, a la orilla de la playa, haciendo el trabajo de tomar una foto perfecta. Ella tenía los pies desnudos y metidos en el mar, la brisa se mezclaba junto a la marea que atravesaba sus hermosas piernas. Era encantadora mi mujer, era la más bella del mundo.

—¡Sí! —le mentí con descaro, y luego me arrepentí—. La verdad no, ya voy. Quería hacer un relato para Janett, uno especial y diferente, uno de agradecimiento por tantos años de amor, y tal vez hasta otro porque simplemente deseaba hacerlo. Sin ninguna recompensa o la remuneración de un beso; sin embargo, primero debía ir a buscar la comida de Antón.

Mi sonrisa nacía en lo insondable de mis pensamientos, y me había venido un análisis tan casual como imprevisto a la piel, porque como ser humano intransigente, quería apartarme del mundo por un segundo. Tenía que probar o al menos hacer el merecido intento de poner los pies sobre la arena, y hablar con Janett de nuestro amor de imposibles coincidencias, porque lo nuestro no solo se trataba de amarnos, iba más allá del infinito observable.

Y mi baja autoestima, aquel poderoso monstruo que golpeó a mi

existencia para todos mis días, de esa aversión del Claude pasado, que se moría del susto por desconocer la función de las cosas importantes, porque aun cuando había comenzado a convivir con Janett, seguía siendo un tonto sin remedio. Era miserable, desanimado, un especialista de la negatividad y voluntarioso en falta de amor propio. Tenía los caracteres indicados para morir de soledad y pobreza, porque no tenía un agente salvador; asimismo, era alguien que sufría por desconocer el verdadero propósito de mi vida.

Luego… llegó ella que, con amor y comprensión, me ayudó a forjar un corazón de hombre cuando ni siquiera sabía si tenía uno. Me había entregado un valor sin precedentes, un aprecio que superaba cualquier sueño remoto y una sonrisa que me transformaba a un árbol que esperaba su sol de regreso. Olvidaba lo propio, pero cuando Janett estaba ahí, lo recordaba cada día. Gracias a Janett había comenzado a vivir de verdad, por eso disfrutaba los viajes y me sentía libre. Janett me salvó, mientras yo no podía hacerlo, porque estaba diagnosticado de eso que llaman el placer del amor verdadero.

En aquel instante, cuando apenas estaba comenzando a creerme el cuento, sin mentiras ni conjeturas boicoteadas, sentí el pataleo de la cola de Antón y su chillido ronco. Tenía hambre y no lo había ayudado a extinguirla. Me elevé del asiento con lentitud y él no se despegaba de mí, parecía un chicle pegado debajo de una mesa que contenía mi nombre. Porque su provocador reclamo, había logrado una victoria.

A lo largo del año había sufrido dolores raros, pero casi siempre era uno o dos. Eso me dejaba tranquilo; sin embargo, no tenía una plena felicidad, porque vivía desdichado y escondido bajo el dolor.

Había que pasar un obstáculo al lado de la sombrilla para encontrar la comida de Antón, y justo antes de llegar, también se hallaba un pequeño montículo de arena. La primera vez lo sobrepasé con facilidad, incluso hasta un niño era capaz. No obstante, cuando regresé con el alimento en la mano, después de volver a pisar ese mismo montículo, todos los padecimientos que sufrí desde antes, absolutamente todos se combinaron en uno solo, y al doble de su fuerza, sumado a una terrible confusión que me dejaba el equilibrio perdido en el aire. La fortaleza me había abandonado.

Teníamos tres días en las Bahamas y el medicamento no me servía para más, pero en aquel momento no sentí dolor, porque finalmente había abusado de las pastillas que me correspondían, ya que tomar siete en un día no era suficiente. Pronto, una dolorosa puntada en la espalda me hizo dar dos pasos al frente con aturdimiento, y caí desmayado en la arena. Lo último que escuché eran los incesantes ladridos de Antón, montándose arriba de mi espalda, y citando con desmedidas fuerzas a toda la comunidad. Se había esparcido el alimento por la playa y no hubo tiempo para otro



relato.

Capítulo 88.

Nassau, Bahamas.

Desperté en una habitación parecida a un hospital y no sabía qué había pasado, no recordaba nada. Janett estaba sentada a mi lado, medio adormilada y con la cabeza inclinada, su rostro parecía haberse empapado en un charco de lluvia, pero en realidad eran rastros de lágrimas. Me dolía el cuerpo, pero no tanto como en días pasados. Tenía dos inyecciones en el brazo izquierdo y sonaba una máquina que tenía encima de mi cabeza, imaginaba que era la que tomaba el pulso.

—Janett… —La llamé. Mi voz era baja, no podía hablar más fuerte. Ella se despertó al instante. Intentó arreglarse como pudo, igualmente se veía hermosa. Sin embargo, detrás de una buena noticia, solo podía venir una espantosa. Janett estaba muy enojada conmigo porque no le había dicho acerca de los dolores que padecía. La rabia le duró un par de minutos hasta que cedió.

—¿Quieres comer algo? ¿Tienes sed? —me preguntó angustiada, pasando sus manos por todo mi cuerpo. Todavía seguía perdido, me costaba comprender cómo había llegado ahí.

—Estoy bien —dije en mejor tono, apenas estaba recuperándome. Janett dio un enorme respiro y me abrazó a un costado de la camilla.

—Dios, pensé que te había perdido —dijo, aliviada—. Me tenías tan preocupada.

—¿Cómo llegamos? ¿Qué hacemos aquí? —expresé confundido mientras echaba un vistazo a todas partes.

—¿Eso es lo único que preguntas? —dijo indignada—. Caíste a la arena como un dominó, gracias al cielo aquí son muy amables y me ayudaron contigo. Porque era imposible cargarte y eso que lo intenté.

—¿Cuánto tiempo llevo? —Apenas había abierto los ojos por completo.

—Un día. Los doctores están revisando a ver qué sucedió. Llamé a tus padres, ya vienen en camino, también le dije a Emilio que viniera, y a varios de tus amigos. Lamenté saber que me sentía mal y había empeorado, aun sabiendo que Janett me conocía hasta en lo imperceptible. Me había enfermado, y no visitar el hospital antes era una pésima equivocación. Lo habría evitado.

El médico, entró sereno a la habitación y pensé lo peor, tenía miedo de entender qué estaba ocurriendo.

—¡Claude! —dijo gustoso—. Me alegra que haya despertado, ¿cómo se siente?

Era muy amigable. Tragué saliva y mojé mis labios para dar

respuesta.
—Bien… ya estoy mejor, ¿qué pasó?
El doctor observó varias muestras y algunos papeles que tenía en un mueble metálico. No tardó mucho para contestar:
—Sufriste un desmayo porque presentas un cuadro gripal muy severo, pero… —me sonrió con amabilidad—, tiene solución, estamos usando medicamentos para que recuperes tus defensas y puedas volver al ruedo. Te dejaremos unos días aquí mientras averiguaremos qué sucede a fondo. ¿De acuerdo? Volveré en un rato.
Apenas terminó de hablar, sentí que la vida me regresó en un respiro, todo estaba bien, no había de qué preocuparse. Janett sonrió agradecida y sostuvo mi mano con solidez. También había respirado profundamente.
—Todo está en orden —me dijo Janett y luego le sonó el teléfono. Estaba alegre por reconocer que lo malo pasaría pronto. Janett contestó lo más rápido que pudo—. ¿Emilio?
Mientras la miraba, observaba lo hermosa que se veía, Janett era mi ángel, siempre me salvaba de la muerte.
» ¿Estás afuera? —le dijo, y después me habló a mí—: Iré por Emilio para que no se pierda. Ya regreso.
Asentí con esfuerzo, me había empezado a doler de nuevo la espalda.
(…)

Emilio no había venido solo porque Sounder también lo acompañaba. Eran los dos hombres de guerra más importantes del Olivo, y ahí estaban, presentando sus honorables facultades conmigo. Era increíble.
—Don Claude —me dijo Emilio con sosiego, se le percibía afectado por mi estado—. ¿Cómo está? Aquí estamos para servirle, el caballero Sounder y mi persona.
—Emilio, no ponga esa cara. Estoy bien —le dije sonriente, en aquellos minutos me había recuperado muy bien.
—Me alegra —respondió regocijado, al mismo tiempo que tomó mi hombro con confianza—. El investigador Lovett le manda saludos, y espera que se recupere pronto.
—Claude —dijo Janett—, ahora me iré con Emilio a buscar una posada para tus padres y volver con Antón. Sounder se quedará aquí para cuidarte afuera. No te levantes, quédate ahí, ¿sí?
—Tampoco puedo —le afirmé con gracia, elevando las manos. Se movían las agujas que tenía acopladas en los brazos con sus respectivas vías. Janett me dio un beso y se quedó unos segundos conmigo, luego se marchó con Emilio. Mientras ella se retiraba, recordé a Antón y nuestro viaje del año pasado, y me hizo sentir raro.

Tenía que buscar el motivo del porqué contenía aquellos dolores desde los últimos años.

—Es una mujer de oro, sr. Claude —me dijo Sounder, en confidencia.

—Sí… —le respondí bajando la mirada—. Es maravillosa.

Las enfermeras le habían dicho a Sounder que esperara afuera del cuarto, y él, muy obediente, hizo caso. Aunque se quedó de espaldas a la puerta, muy firme y en pie. Tal cual como sus días de protección al rey.

—¡Sounder! ¡Si quiere puede tomar asiento afuera! ¡No se preocupe!

—Gracias, sr. Claude, pero negaré su petición con deshonra —dijo como si nada, no le importaba quedarse así durante horas. Me había robado una sonrisa, los caballerizos eran personas increíbles.

La enfermera había entrado al cuarto, y en un par de segundos me quitó las dos agujas que tenía. Pensé que eran buenas noticias, porque eso indicaba que estaba mejorando. Era un sueño no tenerlas. Dos horas después, entró el doctor para inspeccionar.

—Claude, le haré unas preguntas sencillas de responder, ¿le parece? —Consentí de buenos ánimos y acepté su propuesta.

» ¿Sabe desde cuándo está mal? —expresó de primera mano, y me fue inevitable no pensar en Antón.

—Hace un año tuvimos un viaje a Argentina, mi perro se subió encima de la cama y tragué varios de sus pelos. Luego de eso me comencé a sentir muy mal.

—¿Por qué no vino antes?

—Eh… —desvié la mirada hacia cualquier lado—. No soy muy amigo de los hospitales.

—Tranquilo, es entendible —dijo mientras anotaba en una tabla las cosas que le estaba diciendo—. Su esposa me contó sobre unas pastillas que usa, ¿quién se las recetó?

—Un joven médico… —dije incierto, temía ser descubierto.

—¿Está totalmente seguro? —abrió sus ojos con denuedo.

—Era un estudiante de cuarto año.

—Uhm —mostró descontento.

—No fue culpa de él —aclaré con rapidez—. Me dijo que fuera a un hospital si presentaba más síntomas. Yo no quise venir, es mi responsabilidad.

—¿Sabe que no es correcto automedicarse? Puede tener reacciones adversas.

—Entiendo —dije breve, estaba avergonzado.

—No se preocupe, a todos alguna vez nos pasa —dijo comprensivo al tiempo que anotaba nuevas cosas en su tabla—. Ahora veremos cómo se comporta su cuerpo y si no necesita más,

pronto procederemos a darle de alta. No lo vuelva a hacer. Su salud es lo primero. Mientras tanto, disfrute la noche.

—Gracias doctor.

(…)

Al día siguiente desperté temprano y tenía fiebre, pero no les dije a las enfermeras. Me había despertado la voz de Emilio afuera de la habitación, le había dicho a Sounder que era su turno de velar por mí. Sounder, se había quedado toda la noche como perro guardián y no podía creerlo, me cuidaban sin haberlo pedido. Janett había entrado.

—Claude, ¿cómo estás? —se acercó y me dio un corto beso.

—Bien, ¿Sounder se quedó toda la noche?

—Sí, eso parece… —me dijo apenada.

—Que no lo haga, no es necesario.

—Les dije lo mismo —admitió, decepcionada—. Pero ellos quisieron hacerlo. Vinieron por su cuenta para cuidarte.

—¿Por qué?

—Dicen que el hombre más importante del Olivo después del rey… eres tú.

—¿¡Qué!? —dije perplejo, era una locura, ¿cómo podía ser tan importante? Janett se rió a pesar de ello, porque también estaba impresionada por ellos. Luego, al cabo de unos minutos, entraron mis padres.

—¡Hijo! —dijeron los dos al unísono mientras se acercaban a ambos lados de la cama. ¿Qué paso? No podemos creer que estés aquí —afirmó papá.

—Es una historia muy aburrida —dije intentando calmar la desesperación de todo el problema. Tampoco me estaba muriendo.

—¿Aburrida? No digas estupideces, casi perezco de un infarto cuando Jane nos llamó —expresó papá.

—Hijo, te traje jugo de melón y galletas, al menos para que pases estos días —dijo mamá, muy preocupada, se le veía mal.

—Janett —le dije, ella me escuchó a un lado—. Yo creo que fue Antón. Le dije al doctor y fue a revisar qué pasaba.

—¿Antón? Si aquí lo tengo, mira.

Antón, ágilmente se montó como pudo a un costado y empezó a lamer mi brazo hasta llegar al rostro.

—¡Hola, Antón! ¡Te extrañaba! —lo acaricié extensamente, era también mi cuidador. Siempre estaba al filo de la situación.

—Sí… por fin me dejaron pasar con él, aunque me tocó llamar a Teresina para que moviera influencias, porque no permiten perros aquí.

—¿De verdad llamaste a la reina solo para eso? —le dije atolondrado.

—Obvio, yo no iba a permitir que no te viera —dijo segura, luego me respondió con otra pregunta—: ¿Por qué crees que fue Antón?

—En Argentina, antes de ver a Cornelio, él se subió a la cama y ese día estaba botando mucho pelo —dije mientras lo acariciaba, deseaba que no fuera él, pero no tenía otra sospecha—. Después la gripe comenzó, y nunca se fue. Janett lo repasó con detenimiento, aunque todavía no lo conseguía creer, sin embargo, había que esperar el veredicto del doctor.

—Hijo —dijo mamá—. No pueden estar tantas personas aquí, así que nos vamos. Cuídate mucho y que Dios te cuide, estaremos en el hotel mientras tanto. No comas nada raro y si te duele algo, avisa.

—Sí, mamá… —ambos, papá y mamá, me besaron la frente y pidieron por mí.

Y solo pude pensar en lo afortunado que era, habían pasado dos días y ya tenía a las personas más importantes conmigo. Janett, se fue con ellos de camino al hotel y afuera había quedado Emilio, vigilando mi estancia. No podía imaginar cómo mi vida se había volcado al cuidado en tan poco tiempo, y me sentía tan amado y querido por todos que ahora era imposible fallarles. No quería hacerlo más.

Tuve una prueba instantánea cuando la enfermera que me atendía, pasó a un costado de donde yo estaba. Quería decirle que mi fiebre estaba aumentando, pero no sé por qué no fui capaz y la dejé pasar. Ella, tomó la botella de suero que estaba arriba de los equipos y se retiró sin más.

Luego, pasaron veinte minutos, y escuché desde fuera gritos enérgicos de Emilio, se le sentía acalorado. Me levanté a revisar lo que estaba ocurriendo y mi sorpresa no se hizo esperar. Era Emilio teniendo contra la pared a mi gran amigo Simón David y a su pareja Charlie, sosteniéndolos con una mano a cada uno. Era una escena inaudita de presenciar.

—¡Emilio! ¿Qué ocurre? —le pregunté alarmado, sabía que no los conocía.

—Don Claude, disculpe —afirmó, agitado—. Estos dos intrusos querían entrar a hacerle daño, pero ya los contuve.

—¡Querido, dile que se detenga por favor! ¡Nos va a asfixiar! —suplicó Simón David con la barbilla pegada a la pared, con sus características pantalonetas rosadas. Charlie, estaba enmudecido de igual manera. No podía sopesarlo, eran dos hombres gigantes que no podían contra un Emilio colosal. Desde ese día supe que los caballeros del Olivo, en definitiva, eran otro cuento.

—Emilio, puedes soltarlos… ellos son mis amigos de Italia.

Apenas lo hizo, ambos se sostuvieron de las rodillas para encontrar un respiro. Emilio, luego les aclaró:

—Podré ser viejo, pero conozco muchas artimañas, joven rosa —le aseguró a Simón David. No entendía qué había pasado.

(…)

Habíamos resuelto los problemas en la habitación, aunque al final daba risa. Nunca creí que un viejo pudiera dejar en la miseria a dos corpulentos en la flor de su juventud.

—Me disculpo ante ustedes, caballeros, y con su permiso… estaré afuera —admitió Emilio, que se había retirado, mientras Simón David y Charlie sonreían de forma incómoda. Le tenían pavor.

—Querido, ¿cómo estás? —me preguntó Simón David—. Janett me comentó ayer. Estábamos en Puerto Rico y viajamos hoy, ¿qué sucedió?

—Una gripe muy larga… pero no es la gran cosa —le dije con seguridad, él asintió.

—Me alegra —dijo y cuando volteó a observar el suelo, se topó con Antón—. ¡Dios mío! ¿¡Qué es esta belleza de muchacho!? —expresó contento entretanto lo acariciaba con sus manos.

—Sí, es Antón —le dije sonriente.

—*¡Oh my goddess*! —expresó Charlie en extraño inglés—. Este bonito me hace extrañar a Coco —comentó al tiempo que también lo mimaba.

—¿Coco? —les pregunté, inseguro.

—Decidimos dejarlo con mis hijos —indicó Simón David—. Ellos tenían tiempo para él y sus cuidados.

Pensé en Simón David y no podía negarlo, era un amigo sobresaliente. El mejor que Italia me había regalado. Él fue quien salvó mi relación con Antón, el único hijo que tenía con Janett.

—Bueno… querido —dijo Simón David—. Es hora de irnos, espero que te recuperes y salgas a recorrer el mundo como siempre. Y ese hombre… — dijo en referencia a Emilio—. Dios mío, ¡qué buen vino! —se había mordido el labio. Charlie, mostró celos de inmediato.

Estaba que me moría de la risa, pero no quise hacerlo y tampoco deseaba darle la razón; sin embargo, era innegable, Emilio era un tipazo.

Cuando se fueron, él volvió con lentitud a revisar el área, todavía no estaba convencido de que eran mis amigos.

—Caballero Emilio —le dije con soltura, él escuchó atento—. Usted aún continúa tan fuerte y entero, ¿no ha pensado en retirarse de verdad?

—Un guerrero muy rara vez abandona su cargo, generalmente nos quedamos hasta la muerte.

—Los tiempos cambian, ustedes también podrían hacerlo.

—Mi vida le es fiel al trabajo. Además, el rey siempre habló de usted y le quería como un hijo.

—¿Sobre mí? —le dije absurdo.

—Sí, decía que era su hijo adoptivo. Porque jamás un hombre había conseguido hacer feliz a Jane. Ni él, en su condición de rey, pudo hacerlo.

—Vaya… —le sonreí dichoso como un tonto—. Eso es demasiado.

Él asintió simpatizado y luego entró el médico con la enfermera. Emilio, se marchó inclinándose ante mí y ellos comenzaron a hablar:

—Bien, creo que es tiempo de darle de alta. Todo está correcto —dijo el médico. No les había contado sobre mi fiebre, y también que me empezaba a sentir confundido.

La enfermera me quitó la sábana y antes de que dijeran algo, el médico tanteó mi pulso y colocó su mano sobre mi frente. Al instante, enrareció la cara. La enfermera lo observó curiosa.

—No debería tener la fiebre tan elevada… —dijo sensato—. Claude, ¿puedes ver la luz de la habitación?

—Sí, claro.

La vi por medio segundo y aparté la vista, estaba muy fuerte. El médico entrecerró los ojos, y me hizo una última prueba.

—Claude, por favor, ¿podrías hacer esto? —El médico inclinó su cabeza hasta tocarse el pecho con el mentón—. Intenta estirar el cuello.

Yo lo seguí como pude; sin embargo, al intentarlo, no podía llegar siquiera a moverlo. Era imposible.

—¿Puedes o no? —me presionó con sus palabras. Intenté hacer un esfuerzo sobrehumano, pero no alcanzaba, no conseguía lograr hasta donde él estaba.

El doctor, vio de reojo a la enfermera y había quedado congelada. Me miraron en silencio por varios segundos y después hicieron nuevos chequeos. Hubo algo que no tuvieron en cuenta. A la media hora volvieron y corroboraron, porque al parecer… era mucho más grave de lo estimado.

Capítulo 89.

El segundo acontecimiento capital del año era mi inesperada meningitis, según palabras del médico, un agente externo alborotó las meninges de mi cerebro al punto de degradar un importante fragmento del sistema nervioso. Además, indicó que no tenía ninguna enfermedad parecida o equivalente a las que otorgan los animales en humanos, así que Antón nunca cargó con tal responsabilidad.

También lo había pensado con detenimiento al paso de los años: primero, comencé en Israel con un extraño dolor de cabeza, luego en Noruega me dio una fiebre muy renuente y en el funeral del rey sentí mareos y precipitaciones en todo el cuerpo, para finalmente evocar en Argentina una tos incontrolable. No había error, todos eran los síntomas de la enfermedad, y uno a uno se habían accionado hasta llegar al día de Bahamas, donde se acoplaron para dar el golpe concluyente. En cada país me afectaba un cuadro de gripe y mucho más, pero el medicamento lo solucionaba, sin embargo, me había vuelto dependiente y eso era una noticia deplorable.

Tenía más agujas que antes y ahora era revisado con mayor frecuencia. Llegaban otros especialistas y revisaban mi caso con sorpresa, porque había vivido episodios de la enfermedad por mucho tiempo y sin complicaciones. El doctor, también me había alertado de mis posibilidades —y no eran confortables—, aunque tampoco podía desmoronarme, tenía que alzar el pecho y retener la cabeza en lo elevado del rascacielos. No me podía dejar vencer por un padecimiento espontáneo.

Mi madre estaba sosteniendo mis manos con las suyas, y papá estaba sufriendo mientras se tapaba el rostro con el antebrazo. Janett también estaba ahí. Todos estaban preocupados, aunque mintieran con el rostro.

—Mamá, papá, no se impacienten. Los médicos están investigando, esto pasará. La meningitis es curable —escogí expresar con optimismo, de nada servía dar palabras desalentadoras.

—En un rato volvemos, hijo… —me respondió papá, entristecido, y se llevó a mamá, que estaba totalmente devastada por la noticia. Janett se quedó y seguía indignada por lo que le había ocultado. Incluso más que antes.

Hubo un silencio muy duro y angustiante, lo sentí con claridad, hasta que Janett llegó y lo rompió con su voz.

—Voy a cancelar la terapia de mañana, no viajaré porque hoy te voy a cuidar. Allá fuera te espera un gran amigo, y alguien más, estaré… —le retuve la mano antes de que se marchara, Janett calló.

—Perdóname. Te aseguro que no lo volveré a hacer —le dije con el corazón en la garganta. Janett, se zafó de mi brazo y no respondió

a mis palabras, solo se retiró. Era la primera vez que no me contestaba. Me había desconcertado, pero al menos lo había intentado.

Me sentí amargo por unos instantes y se me borró todo de la mente, hasta que vi al personaje que me estaba esperando.

—¡Maldición! ¡Es cierto! ¡Estás fulminado! —expresó Travis con broma, era maestro en decir estupideces.

—Ni que lo digas. Esta enfermedad me tiene jodido, mira esto —le mostré mis brazos y mi pecho, tenía incontables agujas. Era horrible.

—Esto es peor que ir a la cárcel —me dijo mientras observaba las máquinas y el resto de las cosas en la habitación.

—¿Qué haces aquí? No pensé que llegarías a mi funeral.

—La verdad no tenía ganas de hacerlo —me dijo sincero—. Pero luego recordé que hubo un superhéroe que me salvó de morir en la cárcel. ¿Sabes quién es?

—No tengo idea.

—Ajá —afirmó con exageración, como si tampoco lo supiera. Luego, en un acto de agradecimiento, depositó la palma de su mano en mi pecho—. Porque aquí está. Mira, un tipo de oro —me enseñó una sonrisa que era de no creérselo. No imaginaba que fuera el héroe de su cuento remilgado.

No pude evitar soltar risas después de ello, porque Travis era el mejor bromista. Pero la verdad, me costaba hacerlo, porque era como sentir una pila de cemento caer sobre mi cabeza.

—Amigo —me dijo Travis con seriedad, había olvidado el dolor al escucharlo—. Hace más de cinco años estaba en la mierda, y luego viniste tú, con tu cara de niño bueno a salvarme. Eres el mejor, no conozco otro igual a ti.

Mis ganas de llorar pasaron de ser nulas a casi infinitas después de escucharlo decir eso. Era imposible que Travis hablara formal, porque era un payaso de categoría icónica. Pero lo había hecho, lo había conseguido.

» Ahora estoy con Amarilda y me hiciste tu familia. Bueno, ya lo éramos. Y aún no tengo el dinero que me diste, así que amigo, por favor, déjame pagarte y sal de esta.

Justo cuando le iba a consentir sus reclamos, apareció mi prima Amarilda con una pequeña bebé en brazos. Travis observó mi rostro, no podía creerlo… era una noticia bárbara. Primero lo pregunté, porque era escéptico a lo que veían mis ojos.

—¿Eres padre? O sea… ¡Son padres! —sonreí como un niño. Travis se echó a reír entre lágrimas y Amarilda estaba reacia, creí hasta incluso que se le observaba arrepentida de haberse casado con un loco de remate.

—Ethan, te presento a tu tío. Míralo, es un vago que no trabaja —

describió Travis animado, mientras Amarilda lo acercaba a mi frente. Tomé sus manitas y parecía de juguete, no podía imaginar que un bebé tan pequeño consiguiera nacer y ser tan hermoso. No perdía mi sonrisa en el rostro.

—¿Cómo les va siendo pareja y ahora padres?

—Lo quiero ahorcar… pero es ilegal —respondió Amarilda, viendo de reojo a Travis con severidad, y empezó a zarandear con amor a Ethan.

—Es que si lo haces… ¿Luego cómo lo revives? No es posible —le dije con gracia y obviedad. Amarilda había emblanquecido los ojos y Travis parecía ser el verdadero bebé cuando veía a su hijo.

—Amigo —me dijo más feliz que una lombriz—. Eres padre y tío a la vez. Es gracias a ti, y ya sabes que tenemos una ida pendiente al Valle. Necesito granadillas para que mi hijo crezca sano y fuerte como nosotros.

—Con tal de que no sea como tú, es ganancia suficiente —Amarilda sonrió de medio lado y Travis frunció la cara con regaño.

—Espera unas semanas y vamos por eso —aseveré. Travis me observó sonriente y chocamos los puños—. ¿De verdad vinieron desde Nicaragua? —pregunté, impresionado.

—Cualquier momento es bueno para verte —me dijo Amarilda—. ¿Cómo no veríamos a nuestro cupido? Siempre te estaremos agradecidos.

Les sonreí tan orgulloso que una lágrima había descendido de mi ojo y la limpié con el dedo.

—Recupérate amigo, estamos contigo —me dijo Travis con reservas de esperanza, y asentí sin más.

(…)

Las horas transcurrían, eran largas y aburridas. Sounder estaba afuera, pero era tan insistente en cuidarme que ni siquiera entraba para conversar. Se tomaba el trabajo muy en serio, hasta que luego le escuché unas palabras.

—Reina Teresina, bienvenida, puede avanzar —dijo Sounder. Había abierto los ojos como roedor en peligro, y luego entró la persona que había dicho. Era la mismísima reina del Olivo.

—¡Hola, Claude! ¡Me alegra verte! —me saludó mientras se arrimaba con calidez para acompañarme, era la última persona que esperaba en mi habitación. Hasta Cornelio hubiera sido más probable.

—Reina Teresina, ¿qué hace aquí? —le dije atónito. Ya conocía la agenda de un rey y era la cosa más estrecha que existía.

—Puedes decirme Teresina, no tengo ningún problema con eso —

replicó, decorosa.

—Teresina… —le dije muy apenado—. ¿De dónde viene?

—Vengo desde Finlandia luego de cerrar unos convenios, y no podía evitar saludar a mi apreciado cuñado —mostró una sonrisa de agradecimiento—. Uno de los grandes responsables del éxito del reino.

Dios santo, era cierto… también era el cuñado de la reina. ¿Qué carajos había logrado para merecer tanto?

Al ver que no le podía responder por el colapso mental de su presencia. La reina, continuó hablando:

» Mi madre desea que se recupere… y anhela con la firmeza de su corazón, verlo sano en prontitud.

—Muchas gracias —le dije agradecido, de igual forma ya la había perdonado.

—Claude, el reino del Olivo te desea pronta recuperación. Trajimos unas cosas para ti, Sounder las conserva afuera. Mucha fuerza, ¿entendido?

—Que así sea, admirable reina. Gracias por venir.

La reina dio la vuelta para irse, pero antes de que se fuera, la llamé:

—¡Reina! Eh… ¡Teresina! —corregí de inmediato. La reina se había dado media vuelta para escucharme.

—Gracias por velar el amor de Janett y yo. Fue gracias a usted que nunca dejé de amarla.

Teresina enseñó una sonrisa todavía más complaciente y de gratitud, luego consiguió responder:

—No es nada, las reinas también tenemos ojos en el corazón —señaló a los suyos—. Y sabemos muy bien cuando alguien ama de verdad.

Me había dejado boquiabierto con su sabiduría, y no podía esperar menos de la hermana menor de mi querida esposa.

Luego, al pasar unos minutos, oí de nuevo un intercambio entre Sounder y Emilio, ahora se quedaba Emilio para resguardarme. Después escuché que saludaron a mis padres que volvían a venir.

—Hijo… ¿Cómo vas? —me preguntó papá con mamá.

—Me siento mejor —les dije en confianza, pero la verdad no sentía ni una pizca de alivio.

—Soy tu padre y me niego a morir antes que tú —expresó papá, muy seriamente. Me reí al instante.

—¿Y eso? —volví a reírme—. No se preocupen, todo irá bien. Los medicamentos son buenos.

—Hijo… —dijo mamá, entristecida—. Te debemos dejar, tenemos que volver a casa, ¿seguro estarás bien?

—Todo lo estará, créeme.

—¿No necesitas que te cuidemos? —preguntó.

—No, Janett me cuida. Ella es muy inteligente y lo ve todo. Los exámenes finales aún no los entregan, pero estaré bien. Aunque si les soy sincero… ella está enojada conmigo.

—¿Por qué? —dijo mamá, indignada—. Cuida a tu esposa.

—Sí… lo sé, tengo que hacerlo. Pero creo que no me quiere… —dije desanimado—. No ha estado mucho conmigo desde que estoy aquí.

—¿Que no te quiere? —expresó papá, estupefacto—. Si ella no ha descansado ni dos minutos seguidos —abrí mis ojos—. Dice que le preocupas, por eso llamó a tus amigos para que te recuperaras rápido, apartó los hoteles, trajo a los mejores hombres del Olivo y tramitó la papelería del hospital… ella lo está haciendo todo y no te das cuenta porque estás aquí.

—Hijo —me dijo mamá—. Ella sigue enojada contigo porque... ¿cómo le ocultas que estabas enfermo cuando son una pareja y deben decirse todo para seguir? Pero tranquilo, así somos las mujeres cuando nos enojamos, y lo hacemos también porque los hombres son unos tontos, lo son todavía más cuando tienen nuestro corazón, unos especialistas para lastimar, si no mira a tu padre. Volteé para observar a papá y era como admirar un cuadro abstracto, estaba anonadado. Mamá, pronto continuó:

» Ella no te ve, hijo… pero mírala bien, tiene unas ojeras terribles y se las guarda por dentro. Te ama, lo he comprobado, se muere por ti —dijo satisfecha—. Hasta parece loca, no deja de nombrarte y decir las cosas bellas que han hecho juntos. Es una gran mujer.

Estaba con los ojos llorosos, a tan solo segundos de derramar lágrimas. Yo lo sabía, Janett no era así… solo la había herido… A la niña de mis ojos, a lo que más amaba en mi vida, y le debía una disculpa.

—Me voy a recuperar por ella y por ustedes. Se los prometo —dije conmovido, me habían estremecido las palabras de mamá.

—Hijo, te amamos. Eres nuestro tesoro —indicó mamá al mismo tiempo que lloraba—. ¿Estás seguro que no nos necesitas?

—Los amo… pero mi esposa me cuidará. Además, también está Emilio y Sounder. Estaremos bien.

Ambos asintieron muy afligidos y nos abrazamos los tres, y no tenía nada para quejarme, eran los padres más excepcionales que me podrían haber tocado. Mis viejos, siempre fueron lo mejor de mi vida.

Alguien tocó la puerta y entró sin avisar. Era el doctor y mis papás ya se habían retirado.

Y como el doctor dejó la puerta abierta, también logré escuchar a Emilio conversar con Sounder para ver quién llevaba a mis padres hacia el aeropuerto, y Sounder decidió —a voluntad propia—,

quedarse de nuevo para afrontar mi cuidado. Era su segundo turno consecutivo.

Antes de que el doctor comenzara a hablarme, estaba sintiéndome el hombre más feliz del mundo.

(…)

El doctor apenas había terminado de platicar conmigo y me entregaba las noticias definitivas, finalmente debía aceptarlo. Janett entró al tiempo que pensaba en ello, se le veía más apacible y cordial. Sounder estaba presente afuera y la puerta seguía abierta desde la salida del doctor.

Janett, solo llegó y se sentó a mi lado, no dijo ni una palabra. Le sonreí al notar todavía su consiente enojo, y ella se enfureció el doble, porque me había escuchado la sonrisa.

—¿Por qué sonríes? —dijo, malhumorada.

—Porque eres la mujer de mi vida y siempre me cuidas. Por eso sonrío. Janett, volteó la cara hacia un costado y negó con frustración. Eran ciertas mis palabras.

» Has estado durmiendo muy poco… Deberías descansar.

—Son tantas cosas…—replicó, cabizbaja.

—¿Y si vas a tu terapia para relajarte un poco? No te preocupes por mí, yo estaré bien con Sounder.

—Pero no aparecería en varios días… es mucho tiempo —afirmó insegura.

—¿Y si recuperas la vista en esa terapia? —le dije esperanzado, realmente solo buscaba que se fuera y se distrajera, tenía unas ojeras horribles a causa de mi nombre—. Seamos positivos.

Janett, estaba muy desconfiada y no quería irse. Volví a hablar porque quería convencerla:

» Ven acá.

Janett se reunió lo más cerca de mí y esperó respuesta.

» Es justo tu descanso. Me has cuidado mucho y no podría estar más feliz de que una mujer tan asombrosa me ame tanto. Soy un completo idiota, te he fallado un montón de veces… y quiero que te brindes esa oportunidad. Porque deseo verte algún día. También es mi sueño hacerlo.

Janett, sonrió con tímida sonrisa y asintió. Se le veía un arduo cansancio que hasta me dolía en el corazón. Ella, como ángel herido, también se había enfermado con mis cuidados y quería librarla de eso.

—Entonces, viajaré para ir… y te traeré noticias muy buenas. Está bien, seremos positivos —dijo con naciente alegría.

—Ya te extraño —Tomé ágilmente el metacarpo de su mano y le di un beso—. Disfruta tu descanso.

—Sí, cuídate —se acercó hacia mis brazos y se recostó en mi pecho para acariciar mi rostro. Ella sentía mis latidos y yo los vivía por ella, así era nuestra vida juntos.

Janett al final se marchó para Pensilvania con la compañía de Emilio, y Sounder se quedó vigilando la puerta, sentía que había tomado la decisión correcta. Sin embargo, en menos de un cuarto de hora, Sounder entró a la habitación. Observé su rostro a medio mirar y después lo aprecié por completo. Él estaba triste, y supuse en ese momento que había escuchado la conversación que tuve con el doctor.

—Aquello ha sido demasiado para mi espíritu de justiciero… —dijo con voz nublada y la mirada distendida—. Lo siento de verdad, sr. Claude.

Le sonreí con dificultad mientras tenía los ojos desvanecidos en un punto fijo.

» ¿Se lo contará? —me reiteró Sounder, con mayor resignación.

—No… Lo dejaré así —le dije visiblemente derrotado, no había nada más que hacer.

—Prometo entregar mi silencio hasta el final —aseguró en posición de soldado y con el rostro blando, como nunca lo había visto—. Con su permiso, me retiro.

Sounder, había decidido archivar las palabras que conocía hasta la consumación, y le estaba agradecido por eso, porque lo último que deseaba era que alguien más lo supiera, y tenía ganado el infierno; porque de nuevo, con rabia y desazón, le había ocultado a Janett el tormento de mi futura muerte.

Capítulo 90.

Horas atrás.

Mis padres regresaban al aeropuerto para volver a Rumpler, mientras me quedaba en soledad con el doctor. Tenía incertidumbre, me picaban las manos y quería conocer qué problema podía esperarme, sentía que contenía el poder del mundo en mis manos… no obstante, la felicidad de mi rostro se había evaporado como una humareda, cuando le observé el semblante al doctor: no tenía una compostura amigable, ni un lenguaje corporal idóneo para entregarme buenas noticias. Así que, con temor y escalofríos, preparé mi alma para lo peor. Era mejor tener un golpe de realidad, que una mentira de fantasía.

—Claude —me vio por unos escasos segundos, con algo parecido a la impotencia.

—Doctor —le dije mirándole a los ojos. Estaba preparado.

—Tengo algo para contarle.

Asentí en silencio y me contagié de buenos pensamientos, no quedaban más opciones, había que confiar. El doctor continuó:

» Hay varios tipos de meningitis —mojó sus labios—, otras sencillas de tratar y el resto también, aunque requieren una medicación más precisa. Pero hay un tipo que arrasa con todo.

—Quiero escuchar la verdad doctor, no es necesario que explique. No importa si es difícil, intentaré superarlo —le dije motivado.

—Su función motora está sirviendo con las uñas, en cualquier momento podría…

—¿Desmayarme? —le pregunté, miedoso.

El doctor, desvió su mirada hacia lo finito de los suelos, tardó unos segundos en sopesarlo y a la postre, soltó su veredicto. Antes de que hablara, sentí una brisa desfilar por el cuello, como un viento extraño e insonoro.

—Podría morir… —lamentó clemente, mientras bajaba de nuevo la visión, pero en espacios de la camilla.

—Pero me siento bien —le dije en confianza, no tenía que mentirle. La medicina ayudaba.

—No por mucho… Tiene drogas que le ayudan con el dolor. Pero ya no puede levantarse de esa cama. No por sus propios medios.

Me parecía imposible lo que decía. Negué con la cabeza todas sus palabras, y en la terquedad de mi corazón, intenté elevarme de la cama. Pero apenas lo hice, sentí cómo mi cuerpo invocaba aquella caída del montículo de la playa, y entre membranas, se había multiplicado el umbral del dolor hasta diez veces más. Me dejé caer

aceptándolo de inmediato. El doctor había sido definitivo y supe que no tenía equivocación...

—Claude —me dijo—, si hubiera venido antes a un chequeo médico rutinario, la historia sería muy diferente. La meningitis deja señales y síndromes observables, se habría salvado —admitió, apenado—. Ya luego después las probabilidades disminuyeron, porque lo que hacía el medicamento que consumía, era retrasar los síntomas y entregarle un tiempo sin dolor, pero no curaba el padecimiento.

—Doctor, ¿qué debo hacer?

—Si fuera usted… —se lo pensó por unos segundos, con seriedad —. Llamaría a toda mi familia… y les diría lo mucho que los quiero — dijo lamentando con un ademán en la mirada y los labios. El doctor, se había quedado un tiempo ahí, acompañándome en la calamidad de la noticia, y se retiró sin más, pero antes de que se fuera, le expresé una última petición:

—¿Y un milagro? —Él se detuvo en seco—. ¿Hay posibilidad?

Y sin voltear, respondió:

—Los milagros son para Dios, yo solo soy un médico. Haga lo que tenga que hacer y resuelva su vida con orden —indicó sin despeinarse, lo vi con total aceptación y recibí su mensaje con humildad. Se había ido.

Luego de reconocer todo el desastre emocional que implicaba saber que moría de verdad. Janett, había entrado con su presencia que me dejaba sin palabras.

La percibí ahí, con su cautivadora belleza que había sido toda para mí. El día que morí fue ese, o bueno, empecé a morir sin darme cuenta. Tenía una extraña sensación, pero de alguna forma no pude responderle que me estaba despidiendo. No había nada para hacer, no existía una magia que me aliviara los sufrimientos, ni tampoco una fórmula para alargar los años, aunque inconscientemente la había tenido con el medicamento que usé por años sin enterarme. Ahora me resignaba a un milagro.

Así despedí a Janett, y le dije que se fuera a su última terapia del año, sabiendo que me restaban días o tal vez horas.

Me sentía patético por guardar otro secreto, pero no era justo que Janett colapsara con algo tan doloroso, y sin ninguna clase de descanso. Le quería regalar mis anhelos, pero ni siquiera sabía si podía llamarlo de ese modo, porque mi sentencia de muerte ya estaba firmada. Sounder, había escuchado todo y me prometió no contarlo en su gran honor de hidalgo. Me alegraba que alguien al menos supiera lo que me venía, en especial él, porque era un verdadero caballero y así mismo quería morir… como si fuese uno, aunque no lo fuera.

(…)

El día siguiente había comenzado con aprietos, porque no me hallaba en ningún lugar. Janett ya no estaba ni tampoco Antón, mis padres se habían ido y no tenía más visitas. Paso a paso, cuajaba la idea de reconocer que iba a dejar de existir, porque los minutos pasaban y aunque me estaba apagando, la cabeza y mis pensamientos se encontraban más encendidos que nunca.

Mi sonrisa renacía como una flor de primavera, porque la vida me había otorgado unas vivencias muy espectaculares, que repetía en mi mente una y otra vez, de la mano de una mujer maravillosa.

Lo único que me regocijaba de gozo y procuraba mi olvido hacia una muerte inminente, era Janett y nuestra historia de amor.

Nunca había sido fácil, ni siquiera en los aspectos más sencillos de la existencia podía consentir lo mismo; sin embargo, encontrar a Janett en mis recuerdos vivos era un sueño hecho realidad, que hasta en aquel punto tan terminante de mi vida aún me costaba creer. También podían ser deslumbramientos de una prueba u otro escenario ficticio, porque las posibilidades eran infinitas. Pero lo nuestro era netamente tangible, genuino y real.

Porque en el baile de la vida, quizás, no cualquiera estaba preparado para afrontar que el mejor momento de su vida ya había pasado. Todo iba a terminar, eso era seguro. El dolor me acompañaba y se adhería a mi piel con mayor insistencia, e incluso en aquel instante, jamás me había sentido tan mal. La medicina era mi transporte seguro a un puerto que disminuía el dolor, aunque no sabía hasta cuándo, porque tampoco conocía el tiempo que me quedaba.

Pese a ello, me sentía contento de haber compartido tantos años con Janett, y de conceder como un regalo estrella de mi parte: un amor intenso, perdurable y honesto. Era devastador imaginar que ella no estaría aquí para verme, pero quizás; algún día, en un pensamiento luminoso y adecuado, Janett comprendería mi razón para hacerlo.

Cargaba en la espalda los yacimientos de nuestro amor, y a ella de sus manos con mi corazón. Todo era lo correcto, las balanzas estaban bien repartidas en su sana justicia.

Con mis fuerzas y el sobrante de esperanzas que me restaba, pedía observar un milagro, distinguir uno a la puesta de mis ojos, pero entendía que era un sinvergüenza malagradecido, porque ya había recibido todos los milagros posibles y existentes en el mundo. Incluso había dejado pasar la oportunidad de un último tiempo con ella, por querer separarme de su lado para su bien. La amaba, lo hacía de tal manera que mi vida parecía un trapo viejo en compensación a su amor… y no tenía nada que lamentar. No conservaba arrepentimiento en mi corazón. Y si tuviera que volver a repetirlo, igualmente lo habría

dejado todo por ella, porque Janett era mi vida.

(…)

Dos días después. Pensilvania.

Janett estaba en la sala de operaciones de la clínica experimental y apenas salía del quirófano. No tardó mucho para incorporarse a la sociedad, estaba deseosa de conversar con el doctor de turno para descubrir cómo iba su asunto de la visión. Todavía tenía el antifaz que le cubría el rostro y sus añoranzas por querer ver el mundo eran enormes.

Había algo especial en el corazón de ella, que además de otorgarle alegría y un soñado encuentro con la luz, también le depositaba una poderosa e inagotable ansiedad. Quería con todos sus esfuerzos una buena noticia, y suplicaba a lo elevado de los cielos su ocasión de poder brillar con luminaria propia.

No obstante, el doctor que la atendió salió apresurado, indispuesto y perfumado para irse. Emilio lo reconoció a la distancia al igual que Antón, y sabía que Janett lo esperaba.

—Jane, el doctor se está yendo para otro lado.

—¿Sí? —dijo confundida.

—¿Lo llamo?

Janett asintió y Emilio fue corriendo junto con Antón antes de que se escapara. Al doctor, no le había gustado la idea de que vinieran a su encuentro, y al minuto, Janett siguió los pasos de ambos hasta llegar a la pregunta de sus inquietudes:

—¡Doctor! —dijo Janett, acercándose con agrado—. ¿Dentro de cuánto puedo abrirlos?

—¿A qué se refiere? ¿A los ojos? —le preguntó mientras observaba de reojo hacia la puerta electrónica de salida, quería marcharse.

—Sí, ¿qué más sería?

—Pronto, pero aún no.

—¿Cómo que no? —dijo Janett, enredada—. Claramente me había dicho…

—No, ya le dije que falta. Todavía estamos en pruebas —dijo ofuscado.

Emilio analizó con detalle al doctor y no le convencieron sus respuestas en lo más mínimo.

—¿Más pruebas? —añadió, irritada.

—Sí… ¿Tiene alguna disconformidad al respecto?

—¡Por supuesto! —reiteró dolida—. Siempre he sido muy consecuente con el tratamiento. Nunca he hecho algo indebido, y no quiero perder la oportunidad de conocer a mi esposo e hijo —dijo mientras acariciaba a Antón—. Y usted dice que falta tiempo... No entiendo esto, ¿no hay mejoras aquí?

—Restaurar la vista es más difícil de lo que parece, tenemos nuestros resultados, pero no todos son exitosos… —se defendió con los dientes.

—¡Desde que llegué me dijeron que mi caso era muy probable! No al menos para una restauración total, ¡pero sí parcial! y no me parece justo que hasta el día de hoy no vea ningún resultado.

—Le reitero, todavía falta… podría ser dos o tres años más. Debe ser paciente.

—¿Y si los abro ahora qué pasa? —amenazó Janett de rabia, con deseos de quitarse el antifaz.

—Si lo hace, podría quedar ciega para siempre. El tratamiento que usamos es muy intenso y se debilita con la luz.

—¿¡Más de lo que ya estoy!? ¿¡Sí sabe lo que está diciendo!? —expresó colérica—. ¡Los abriré! —volvió a asegurar mientras se intentaba quitar el antifaz. Emilio intentó contenerla, el especialista la observaba aterrado.

—Ni se le ocurra abrir los ojos con luz, es sumamente peligroso, y con su debido respeto. Me retiro —inclinó un poco la cabeza y se marchó. Antón fue tras él, pero Emilio le vociferó que no lo hiciera.

—¡Ustedes lo que hacen es robar el dinero de mi padre! ¡Son unos desgraciados! ¡Malditos! —gritó exasperada. Emilio, con su gran fuerza, no dejaba que Janett se hiciera daño, pero le costaba—. ¡Los demandaré! ¡Maldita sea!

¡Juro que lo haré! —expresó con sus últimas fuerzas antes de caer al suelo de rodillas. Antón ladraba sin parar, pero al observar a su madre de aquel modo, lo que hizo fue lamer las heridas del corazón.

» Ustedes no han hecho nada por mi vista… —dijo débil y entrecortada—. Son un engaño… porque nunca fueron buenos…

Emilio la había librado de sus manos. Janett se tranquilizó como pudo.

—Gracias, Emilio… —dijo sin ánimos de más—. Esto es horrible, quería llevarle una buena noticia a Claude… pero creo que no lo lograré.

El celular de Janett había empezado a sonar. Antón vio el rostro de Emilio y viceversa. Janett sintió algo muy fuerte en el pecho y contestó sin dudar:

—¿Hola?

—Jane, ¡es una alegría que pueda contestarme! —aclaró, angustiado.

—¿Quién es? —preguntó curiosa.

—Los padres del sr. Claude, no han de contestar. Las noticias de la ciudad han expresado que mañana será festividad, su regreso será dificultoso si arriban más personas a la ciudad… —Janett reconoció el tono de voz, el verbo, y supo inmediatamente quién era.

—Sounder… ¿por qué dice eso?

Emilio se sorprendió con estruendo, Sounder no era de llamar ni tampoco sabía cómo funcionaban los teléfonos, pero lo había conseguido. Había logrado la llamada crucial.

—Necesito imperiosamente que venga en lo pronto, le prometí a su señor esposo que no le expondría en absoluto, pero al ser ocasión de apremio… ¡me veo en la obligación de romper mi promesa!

—¿Romper su promesa? ¿Se volvió loco, Sounder?

Emilio estaba todavía más sorprendido y dudaba si era Sounder quien llamaba, porque había sido una declaración muy terca e imprudente, y por primera vez en muchos años… Emilio sintió miedo.

—Cuando ha de ser necesario, un caballero olvida su ley… —expresó Sounder, agitado y desguarnecido—. Es fundamental su regreso aquí, porque el sr. Claude… se complicó.

—Dios mío —dijo Janett, turbada y ausente de aire por un solo vocablo—. ¿Qué pasó con él?

—No deseo hacer perder su valiosísimo tiempo, pero debe venir en lo pronto.

—Aquí está casi de madrugada y no hay transporte ahora que nos lleve al aeropuerto.

—Mañana será tarde —concluyó Sounder, luego tragó saliva y afirmó—: Es una emergencia clase cuatro. Señorita Jane, es execrable en demasía. Venga ahora.

—Entendido… —respondió Janett, trémula, y colgó el teléfono. Perdió el brillo en sus ojos después de escuchar las palabras de Sounder. Comprendió la gravedad de la situación.

Emilio se encontraba impotente y no imaginó cómo había pasado aquello. Quería saberlo todo.

» No puede ser… —dijo Janett tocando con los dedos su sien, mientras sentía que se le venía el mundo encima.

Emilio abrió los ojos como lozas y Antón percibió el dolor en el ambiente. Janett sacudió su cara con rapidez, comprendiendo que no le quedaba tiempo para malgastar. Y con determinación y sufrimiento, pronunció con ansiosa desesperación:

» Tenemos que irnos ahora.

Capítulo 91.

Yo había sido la vida de ella; era sus ojos hecho persona, y no existía forma imperturbable en mi ser que me dijera que hacía lo incorrecto. Toda mi existencia se resumía a contarle mis días al grandioso amor que vivía, y eso me hacía inmensamente alegre a pesar de que estaba más cerca que nunca de conocer la muerte. La enfermera había inyectado morfina porque no podía con el dolor. Era insoportable.

—Claude —escuché a Janett después de recordar nuestra historia juntos. Tuve tiempo para ser feliz e inmortalizar todo en minutos. Pero me había sido devuelta el alma al cuerpo como un regalo, pensé que era una alucinación.

—Janett… ¿Qué haces aquí? Deberías estar en Pensilvania —Observé con un ojo a Janett, y ahí estaba, bellísima y tierna como siempre. Todavía retenía el antifaz, parecía que la terapia había fallado.

Sentí a Emilio y Sounder afuera, y él estaba tapándose el rostro con frustración porque había roto la promesa de no hablar, pero al mismo tiempo, estaba triste porque pensaba que había sido demasiado tarde. Nunca me podría haber indignado con él. Sounder era un magnífico caballero del Olivo que merecía respeto.

—¿Crees que abandonaría al hombre que amo? ¡Jamás! —me dijo sonriente hasta casi llorar—. Conseguimos un vuelo con escala y llegamos justo a tiempo...

Había recuperado mi lucidez gracias a la morfina y la adrenalina de verla, ambas me proveían el adicional de energías que necesitaba para seguir. Janett era el ángel de mi resiliencia y la única con quien podría encender el motor de mis fuerzas. La enfermera, vio de reojo a Janett y enseñó una exigua sonrisa, retirándose con tristeza. Reconocía lo que se venía para mí.

—Te tengo una noticia maravillosa —me dijo.

Le otorgué una sonrisa, de esas que me llenaban el corazón.

—Dime, ¿cuál?

—Estás sonriendo —expresó con sapiencia antes de hablar—. Conozco ese murmullo agradable que marcas en la boca cuando te sientes feliz.

Me conocía tanto que no dejaba de sorprenderme, siempre hacía eso sin poder observarme y hasta después de mucho todavía me lo preguntaba… ¿Cómo era capaz de descubrir mi espíritu con tan solo su voz?

La muerte me tenía en la lista de espera desde hacía años, era una realidad bien sabida, incluso cuando charlábamos de forma natural. Había vivido rodeado de una mujer de infinitas bondades y pocos

errores, que me salvó de morir muchas veces, pero que no había forma de que lo hiciera otra vez… sin embargo, suficiente me era con observar su hermoso rostro y entender una vez más que la vida siempre me había obsequiado razones para prolongarla.

Había roto casi todas mis promesas con Janett, pero la más importante de todas… la conseguí cumplir: amarla durante toda mi vida.

—El doctor me dijo que puedo abrir los ojos… —dijo temerosa, pero confiada.

—¿Y si te traumas por lo que ves? —no podía creerlo hasta no mirarla de verdad. Pero no sé por qué percibí lo inexplicable en sus palabras. Janett casi sudaba de la impresión.

—Ya han pasado veinte años desde que estamos juntos, es el tiempo suficiente para aceptarte en todas tus formas. No veo por qué tendría miedo de verte por primera vez.

—¿En qué momento pasaron los años? Ayer fue el día que te conocí...

—Ya crecimos —dijo como niña.

—Sí… somos adultos y hasta viejos. Cómo vuela el tiempo. ¡Dios! ¡Algún día tiene que descansar de correr tanto! —le dije con los ojos más abiertos, estaba encantado con la conversación.

Janett se quedó pensativa por un rato, como si rebobinara el lapso de nuestras vidas con lo que nos quedó pendiente.

—Ahora que lo pienso… —dijo certera e investigadora—. Al final no viajamos a Venecia… y lo tuvimos tan cerca —Era verdad, se nos había olvidado conocer la ciudad flotante, y los años ocultaron ese hecho a través del tiempo—. Necesito por lo mínimo viajar diez veces más contigo, conocer otros planetas si es posible, al menos el universo puede que sea suficiente.

—No tuvimos tiempo para más, apenas nos alcanzó para ser felices — mi sonrisa era eterna, mis ojos ya tenían indicios de lágrimas contenidas. Janett conservó el silencio; sensible y nostálgica, y decidí preguntarle dos cosas muy importantes:

» ¿Te arrepientes de algo? ¿Cuidarás de Antón?

—No cambiaría las cosas buenas y malas que vivimos, fue lo justo para llegar aquí. Y claro que cuidaré a Antón, es nuestro hijo. El único hijo.

—Él te cuidará a ti ahora que veas… “porque no hay peor ciego que el que no quiere ver” —expresé con el legendario refrán.

—Entonces… ¿Los puedo abrir? —me volvió a preguntar, estaba nerviosa—. Quiero verte. Quiero intentarlo.

—Siempre has podido… Adelante.

Yo sonreí extenso, tenía miedo, quizás no le gustaría verme postrado en una cama, pero no había mejor maquillaje en el rostro

que sentirme contento. Observar el alma de Janett era lo que más anhelaba, y la muerte no me impediría la posibilidad de obtener algo más. Se había despojado del antifaz y, con tranquilidad y en despacio, colocó su inolvidable rostro a centímetros de mí.

Ella los abrió con lentitud; muy suavemente, como un alba que se tardaba en venir dentro de un día de lluvia declarada, como si fuera una joven leyendo el mensaje de su antigua propuesta de amor. Mi nostalgia de saber que el fin se avecinaba era espantosa, pero hallaba una paz que comprendía el regreso del mejor momento: el ver sus ojos nuevamente.

Y hubo milagro. Janett me vio.

Sus pupilas estaban dilatadas de inexperiencia, como si hubiera esperado toda su vida para verme por primera vez. Se quedó inmóvil, inexpresiva, parpadeaba repetidas veces para cambiar su color de angustia e incredulidad. Era un *shock* en estado repentino, un tornado de poder que retozaba en el espíritu del iris que se le arrejuntaba con torpeza. Sus labios querían emitir una señal; sin embargo, su mirada charlaba conmigo como una niña que le encontraba el sentido a un rompecabezas, a uno que solo se resolvía al abrir las ventanas del alma. Tomé sus manos con fortaleza y le esforcé mi sonrisa que ya era escasa.

—Eres hermoso —me susurró, fragmentada y llorosa, sin encontrar un fin—. Y eras tú…

Simplemente sonreí, ya no daba más. Pero… ¿Quién era? ¿A quién hacía referencia?

» Eras aquel chico… el niño del Valle, el diferente —reiteró con sonrisa de conmoción—, el que siempre había querido conocer.

—¿¡Qué!? —dije alertado—. ¿Cómo recuerdas eso? —mi ritmo cardiaco se había elevado, era demasiado impresionante para ser cierto—. Es imposible. No hay forma. Son más de veinte años.

—Mi memoria no sabe del tiempo —replicó, gustosa.

—No, me rehúso a que sea cierto.

—Y cuando te vi ese día… —me dijo con ternura mientras me ignoraba por completo—. Tú mirabas hacia otro lado... Pensé que mi destino era no conocerte —dijo feliz, acariciando mi mejilla con amor.

Había recordado con sus palabras los tiempos de mi niñez, cuando recogía fruta con Travis y en cómo nos había salvado de la furia de los protectores. Rememoraba también que no había sido capaz de observarla, y pensaba en ella como lo más prístino y celestial que había admirado en toda mi vida. ¿Era posible que olvidara lo más increíble que vi alguna vez?

—¿Y por qué no solo te acercaste y me hablaste? Si eras la princesa más hermosa que había visto… —Estaba llorando.

—Porque no podía hacerlo, me daba pánico. Los ojos y la garganta

me quemaban cuando quise hacerlo… por mucho tiempo me arrepentí de eso —se encogió de hombros con un brillo incalculable en el iris, entretanto me desvanecía desde adentro—. Porque soy tímida… así como tú.

Mi aliento se hallaba en la gloria y no podía sortear las jugarretas del azar. Janett y yo, éramos amor a primera vista sin vernos. Qué contradicción tan improbable, indescifrable… porque a veces ser niños era contener milagros imposibles en el pecho. Janett me había observado… y así como yo era temeroso para verla, ella también lo fue conmigo.

No tenía palabras. Janett era la mujer que aguardaba mi futuro desde la juventud, una granadilla en el suelo o una sonrisa atraviesa almas, eso era ella. Siempre fue ella. Sus ojos, parecían el cielo visto de cerca, como una aurora que entraba de frente y cambiaba tu vida para siempre. Me recordó a mamá cuando venía con el agua panela caliente y hacía sus saltitos de alegría, dispuesta a brindarme el afecto de un ser maravilloso. Porque no lograba definir la hermosura de tal mirada. Y seguí llorando como una creciente marea que se aparecía entre los vientos, porque estaba conmovido al punto de que no existía forma de alegrarse tanto.

—Janett —le suspiré—. Tus ojos son lo mejor que he visto.

—Yo estoy en el paraíso ahora —me dijo viéndome con más insistencia—. Qué hermoso es… y no quiero parpadear, porque si lo hago perderé tiempo, y no quiero. No lo deseo.

El milagro que esperaba era ella: su amor, su vida, sus ojos… era lo que anhelaba desde que la conocí.

Janett sonreía con una nostalgia especial, porque vivía enamorada de mis versos y palabras rebuscadas, tratando de imitar lo sempiterno.

Mi alegría poseía duración, un cronometraje excelso, y no existía tiempo alguno para recordar lo que concurría en el momento, porque solo se profesaba desde el interior.

—Dicen que el amor es ciego… —le dije con cierta gracia.

—El amor no es ciego… —negó con amabilidad—, porque sabe ver muy bien a quienes se escogen para amarse.

Cuando me dijo aquello, estuvimos medio minuto viéndonos como seres inauditos y afortunados, era plácida su compañía hasta el final. Luego, de súbito, apareció una incógnita en mi cabeza. No dudé en traerla a la conversación:

—Hay algo que no olvido… —le dije contento. Janett me escuchaba con atención—. Cuando me preguntaste mi nombre por primera vez, tomaste mi mano y escribiste algo… ¿Qué fue lo que escribiste?

Janett se había encantado con mi pregunta, tal vez la esperaba desde hacía mucho.

—También lo recuerdo porque hiciste el primer relato —señaló, entusiasmada—. Recuerdo que te escribí: “Gracias por darme tus esperanzas” —me sonrió cándida.

—Dame la cámara —expresé oportuno, me sentía animado con su mensaje—. Tomaré una foto.

Janett cambió su cara como si fuera un querubín en estado apacible, y se enterneció con bastante lindeza. Pronto sacó la cámara del bolso, sin apartar los ojos de mí y la entregó con juego al instante.

» Quédate ahí… y sonríe —le dije feliz. Janett se había subido a un lado de la cama y podía verla desde el frente, como si fuera la estrella más brillante del cielo.

Ella sonrió con incesante felicidad, y no poseía enfoque de algo tan asombroso. Mi piel se quedaba corta al sentir el escalofrío del alma que se me podía salir en cualquier momento, y se esculpía mi existencia al admirar tales matices en su retina. No me gustaban las fotos —de hecho, las aborrecía—, pero sabía que la mejor de todas, la había tomado yo.

Y mi corazón tardío… ya no respiraba por cuenta de sí, mi hora estaba al pie del mañana. Janett retuvo la cámara rápidamente mientras mis fuerzas se desvanecían y me dejaba arrojar sobre los tendidos.

La vida a veces era injusta… pero tenía la extraña propiedad de darle a cada quien lo que se merecía. Creía que no existía persona en el mundo que deseara vivir más que Janett, a pesar de haber sido tan distinta en el pasado que la conocí, porque las esperanzas de seguir… yo se las entregué.

Sostuvo de mis manos con desmedido vigor; oscilante y envuelta en desconsuelo. Y con la dulzura de alguien que sabe de esperas, me dio un beso corto en la frente y otro en los labios, y me vio aún más de cerca.

—Qué lindo es verte. Lo haría por siempre.

Ya no podía hablar. La sonrisa que tenía no sabía si seguía, y el corazón se me desvelaba en medio de la tristeza, pero nacía entre un gozoso semblante. Janett era única, y además de ello, también era mía su mirada.

Porque verla ahí; a sus ojos florecer como los pétalos de un girasol, sentir su ánimo acariciar al mío, palpar el abrazo del cariño más puro que podía existir. Lloraba todavía más en mi interior, y no había congoja desventurada, era feliz amargura, una llana incoherencia que me costaba las lágrimas del corazón… y amaba su sonrisa hasta en aquella forma tan brillante e inesperada, porque amarla de todas las maneras posibles… era mi misión, el propósito de mi vida.

» Qué irónico es esto —me dijo, casi llorando—. ¿Quién pensaría

que estaríamos en el lecho de nuestro amor, viéndonos a los ojos, con el placer de los seres que se aman? —expresó entrecortada, su visión se estremecía con la pasión del corazón.

Tenía que responderle de alguna forma y como fuese posible, porque verla me colmaba de energías inagotables, de esas que no se adquirían de ningún modo. Así que, di un enorme respiro y logré contestarle con el último vestigio de mi amor:

—Porque mientras tú abres los ojos… yo vengo…, y cierro los míos — Cuando lo hice, ya no era capaz de abrirlos; mi corazón quería, pero el cerebro había renunciado a mis deseos—. Ahora seré tus ojos, aunque será diferente…

—Te amo y hasta el fin… Siempre los serás

Escuché con claridad a Janett y sus palabras desgarradoras con un nudo en la garganta. Me apretujaron hasta lo profundo, tallaron en lo más guardado que podía disponer. Apreté su mano con las únicas fuerzas que me quedaban y hasta pensé que le rompería los dedos; no obstante, era la medida justa para que sintiera que todavía estaba vivo. Sus lágrimas teñían mi rostro, lo sentía. Janett, se había resistido el llanto para que no la viera así.

La morfina aceleraba mi respiración y solo conseguía agitarme con pausa, me encontraba en reposo y era mi momento. Mi corazón fallaba y, sin embargo, todavía enunciaba dentro de sí, el grabado que más adoraba mientras hallaba existencia:

—Janett, Janett… —le susurré, muy débilmente. Se había limpiado el llanto.

—Dime.

—Gracias... Por dejarme… Vivir el mundo…, con tus ojos —los abrí por última vez, y vi el cielo junto a su mirada… acompañada con el dolor del corazón, que se constituía en hendidura del amor. Pero mentía con descaro, ya no veía nada, me estaba muriendo más de lo que observaba. Porque, al fin y al cabo, ya me había creído nuestra historia juntos.

—Son para ti, por permitirme vivir el mío con los tuyos.

Tengo que hacer mi último relato. Pero no encuentro mi voz… así que lo haré con el pensamiento, y estoy seguro de que algún día… lo escucharás.

«Hasta que la vida sea cortada por el fin, mi corazón tan normal y sencillo como cualquier otro… te amará hasta lo postrero de su mínima existencia. Porque; aun así, exista una brisa en forma de susurro, un recuerdo que agote mi capacidad de latir o una muerte vestida de lo que sabe hacer, siempre volverá a renacer este sentimiento de eterno cariño hacia ti, y que, para mí, nunca tendrá límites… porque en el amor no los hay».

—Hiciste un relato —me dijo conmovida y casi al instante, sentía

que veía mis ojos, pero ya era ciego. Y solo podía asegurar que, Janett; viendo o no, siempre lograba descubrirme.

Sentí mis labios formar el arco de una sonrisa, tan solo se dio, y entendí que había algo dulce dentro de la muerte… y era que cuando llegaba avisando… tal vez; en el fondo, sí se podía desear —Janett, me cerró los ojos; muy lentamente, con una sonrisa que admiraba desde que nací—, porque quizás, ya todo estaba hecho (o escrito en el destino).

Te amo, Janett Lanchester.

Capítulo 92.

Meses después. Venecia, Italia.

Cuando el tiempo pasó… recordé que aún estaba viva.

Había enviado a Emilio y Sounder para el reino, porque ya era justo que estuvieran con su familia. Mis suegros seguían devastados y Teresina me pidió volver para darme el abrazo que necesitaba… pero estaba bien con Antón. Quería estar sola y ser el principal deseo de mi amargura para así consumirme en los dolores del alma, pero nada hacía que perdiera la cordura y la sensatez. Me sorprendía a pesar de estar tan desahuciada.

Tomé un bus y me fui muy lejos, a lo más apartado de lo que alguna vez escuché. El conductor había hablado sobre una travesía marítima o algo parecido, pero me daba igual, yo quería ir a cualquier parte. Necesitaba guardar mi duelo y cumplir con mi último destino.

El viento de los afluyentes de Venecia era un agradable desahogo, porque podía recordar las cosas bonitas que la vida me había dado. Nos habíamos bajado del bus para embarcarnos en un bote flotante. Antón le tenía miedo al agua, pero con la compañía de otras personas en la balsa, se sintió más tranquilo.

Y después de tantos meses de espera, finalmente había decidido con valor y determinación, revisar las imágenes de la cámara con nuestras aventuras juntos.

Tenía en ella todas las fotos con él: nuestros momentos en Suiza, cuando fuimos a Marruecos y dimos una vuelta en Vietnam. Nuestro viaje a Irlanda y la subida a la montaña en Perú, cuando paseamos por Tailandia y nos detuvimos a mirar el lago de Canadá. El día que me perdí en Italia y conocimos los subterráneos de Israel, aunque lo más inolvidable fue la noche de la Patagonia observando al Pacífico, donde sentí cómo mi alma entre ojos abiertos, se sumergía en la profundidad de los mares, proveyendo lo más sublime de nuestras existencias. Australia fue grandiosa para casarnos, y Bolivia con su inolvidable salar, estuvo a la altura de la propuesta.

Todas me encantaron, absolutamente todas, y las había tomado con los ojos que ya no tenía. Fueron tan asombrosas que no dejaba de verlas. Eran un bucle infinito; una adicción sin remedio, una forma de ser feliz y engañarme por un rato…

Me sentía ciega, muy ciega mirando, y aunque no había vacío en mí, estaba llena del amor que de extraña manera era capaz de observar. El amor, siempre fue una falsa ilusión, aquello era mi ley antes de perder la vista y conocerlo, pero creo que después de recuperarme… no existía nada mejor.

Era un milagro de la vida, muchos lo decían. Había perdido los ojos dos veces y todavía conseguía presenciar el mundo que estaba en frente. Aunque para mí, la verdad eran tres… y la última, me marcó para la posteridad:

—Claude —mi sonrisa se fundaba con especialidad al solo pronunciar su nombre, la nostalgia de su recuerdo me daba el calor que llevaría conmigo toda la vida; los relatos de él eran la cosa más hermosa que existió, y verle los ojos… siempre será el mayor placer que nunca volveré a sentir. Los recuerdos son la condena de los vivos —. Gracias... —le correspondí desde el corazón.

Algunas personas en el bote volteaban a verme ofuscadas mientras yo acariciaba a Antón y, al mismo tiempo, hablaba sola. Después, vi un árbol de cerezos en el muelle, de los que él dijo que si lo veía alguna vez… tendría que pedir un deseo. Así hice en el pasado y ahora:

—Desearía volverme ciega otra vez… para así poder ver el mundo a través de tus ojos.

Escuché el sonido de su sonrisa mientras cerraba mis párpados, y era cierto que había amor después de la muerte, porque lo sentía a un lado apenas sellaba mi visión. Y la tristeza de no tenerlo físicamente, se reparaba con el sonar del recuerdo de su risa. Así fuera de imaginación o magia repentina. Una niña curiosa en la barca se había sentado a mi lado. Intrépida e imprudente, volteó a verme con los ojos muy abiertos y era voraz como un rayo de tormentas, me jaló desde la ropa que llevaba. La miré con ojos de ternura, y asentí con la cabeza para que hablara.

—Bonito perro, ¿lo puedo acariciar? —Antón se acercó y se dejó mimar con cariño. No tuve ni que responder.

Luego, finalmente… había llegado a la última foto que él me tomó, y la niña, indagadora y deseosa de saberlo todo, me preguntó al mirarla:

—¿Quién es él?

—¿Quién? —le dije confundida, en la foto solo salía yo sonriendo.

—Mira… ¡Él! ¡Él! —Apuntó con su dedo, igual de chiquito que una hormiga, dos veces en la imagen—. El que sale en el reflejo.

Me puse al detalle de la imagen. Luego amplié la foto, y después… traduje mis ojos al desconcierto, absorta en la locura del vivir.

En el reflejo de mis ojos estaba el contorno de su silueta: fotógrafo, sonriente, feliz, como si volviera a nacer para quedarse. ¡Dios! ¡Cuánto había comenzado a llorar con eso!

Antón se achicopaló de inmediato y lo mimé junto con la niña.

—Ahora, ¿cómo quiere ser ciega si ya puede ver? —me dijo intrigada a flor de piel.

—Mi niña —le acaricié la cabeza, entre lágrimas—, es un decir —

Sus padres, que estaban sentados al otro lado del bote, me veían con sus rostros iluminados, porque no encontraron maldad en mis palabras. Luego, ella volvió a decir:

—¿Y cómo se dice eso? —me preguntó sensible, a punto de llorar al verme tan alicaída.

Di una corta risa y le sonreí muchísimo. Había entendido una gran verdad, mis lágrimas brotaban solas porque ya sabía la respuesta. Giré a verla y le contesté con inmensa dulzura mientras volvía al llanto. Claude, me dio algo que nadie podía tener:

—El amor es ciego mi pequeña amiga, y siempre lo será, pero también es capaz de verlo todo.

Era verdad, qué precioso y ambivalente era el amor… además de valerosas las miradas que contenían su esperanza de volverse a encontrar, así fuera por una sola vez. Porque en el reflejo de mis ojos estaba su sonrisa en la imagen de mi vida… él fue mis ojos. Siempre fuiste mis ojos. Y solo hasta que te vi, pude entender lo que era el amor; que ni siquiera hacía falta mirarnos para querernos con el corazón. Por eso, hoy, te digo con las manos en él, que he de amarte para siempre, Claude Rivarola.

FIN

A mi amado padre, Luis Gerardo Ramirez Alzate, y a mi querido abuelo paterno -A quien no conocí-, Francisco de Paula Ramirez Hoyos, dos maravillosos hombres infravalorados por la vida y sus alrededores, pero siendo ahora recordados por mí, en este profundo instante de avivamiento. Dedicado también a mi hermosa prima, Emily Johana Sierra Ramirez, que se nos adelantó en el viaje hacia la eternidad a sus 21 años.

Agradecimientos:

A Dios por darme la fortaleza de terminar un libro que pensé

nunca finalizaría.

A mi madre por confiar cuando nadie me creía y por luchar cuando ni siquiera yo podía.

A mi hermano mellizo por ser mi primer editor a tiempo completo de forma empírica.

A mi hermano mayor por entregarme el valor de

la incondicionalidad.

A mi mentora por guiarme desde el principio en mi inexperiencia.

A mi consejera por hallar lo que no había podido observar.

A mi gran lectora por su valioso aporte a mi obra.

¡Gracias por dejarme ser quien soy!

Eduardo Ramirez

Solo hasta que te vi nació de una noche sencilla que lamentablemente se eternizó por el tiempo en espera, uno que agitó los hilos del camino hacia un destino que no conseguí superar con prontitud porque la vida tuvo otros planes: azotó la crisis, los sueños se truncaron y el primer amor desapareció. No obstante, gracias a la Gloria de Dios y al íntimo encuentro con su Verdad, logré prevalecer para tomar la crucial decisión en mi carrera como escritor de terminar esta novela.

Deseo de corazón que puedan disfrutar de esta historia tal y como la he querido transmitir: con nobleza, enseñanzas y con la puesta en escena de un amor que no se olvide con facilidad.

Un gran abrazo para todos los lectores de este libro. Les deseo bendiciones imperecederas y espero seguir teniendo el gran honor de continuar escribiendo más para ustedes.